

T.C. Boyle

El fin del mundo



Ambientada en el valle del Hudson, hoy Nueva York, *El fin del mundo* abarca trescientos años de historia en los que se entrelaza el destino de varias familias. En el siglo xvii los Van Brunt, humildes granjeros procedentes de Zelanda, se enfrentan a los Van Wart, ricos colonos propietarios que ejercen un dominio feudal sobre sus peones. Tendrán que pasar siglos para que ambas familias se unan cordialmente en la relación que entablan sus últimos descendientes.

Desde las injusticias y venganzas entre los primeros colonos y los indios americanos hasta la juventud de los años sesenta que cree en la parapsicología, el rock y las teorías económicas de Karl Marx, T.C. Boyle repasa la historia de EE. UU. con sarcasmo y sentido del humor. Con un lenguaje cargado de ironía y con una capacidad narrativa impresionante, este autor —«uno de los escritores más imaginativos y exuberantes de su generación» (The New York Times)— construye un eficaz relato que cautiva al lector convirtiéndole en testigo del devenir de una saga familiar a lo largo de tres siglos.

Lectulandia

T. C. Boyle

El fin del mundo

ePub r1.0

Castroponce 07.05.2017

Título original: *World's End*
T. C. Boyle, 1987
Traducción: Isabel Núñez & José Aguirre
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria de mi padre, a quien también perdí.

Tras ese conocimiento, ¿qué perdón?

T.S. ELIOT, «Gerontion»

NOTA DEL AUTOR

Lo que sigue a continuación es una epopeya histórica. Guarda muy poca relación con hechos y lugares de la actualidad, y ninguna en absoluto con personas vivas o muertas. Todo es pura ficción.

Mi más profundo agradecimiento por el permiso para reproducir pasajes de las siguientes obras: «Gerontion», de T.S. Eliot, *Collected Poems, 1909-1962*. Copyright 1936, Harcourt Brace Jovanovich, Inc. Copyright 1963-1964, T. S. Eliot. Reproducido con permiso de Harcourt Brace Jovanovich, Inc. y Faber & Faber Ltd. *Desire under the Elms*, de *The Plays of Eugene O'Neill*. Copyright 1924, renovado en 1952 por Eugene O'Neill. Reproducido con permiso de Random House, Inc.

El autor agradece a las siguientes personas la ayuda que le prestaron en la recopilación de datos para este libro: Alan y Seymour Arkawy, Mitchell Burgess, Richard Chambers, Chuck Fadel, Ken Fortgang, Rick Miles, Jack y Jerry Miller, y la tripulación del *Clearwater*.

PRIMERA PARTE

Martyr's Reach

Empezó a dudar
si él y el mundo que le rodeaba
no estarían hechizados.

WASHINGTON IRVING,
Rip van Winkle

Colisión con la historia

El día en que perdió el pie derecho, Walter van Brunt se había visto acosado, casualmente, por fantasmas del pasado. Empezó por la mañana, cuando le despertó el olor a tortas de patata, un olor que le recordó a su madre, muerta de pesar tras los tumultos de 1949 en Peterskill, y continuó durante el exiguo descanso para almorzar, en el que alternó los recuerdos nostálgicos de su abuela paterna con un bocadillo de salchicha de hígado que sabía a carne muerta y a productos químicos. Aquella tarde, por encima del gemido del torno, se quedó absorto soñando despierto con su abuelo, un hombre arisco y barrigón tan cubierto de vello que parecía un ogro salido de un cuento infantil, y luego, justo antes de las cinco, tuvo una visión ondulante y vaporosa de un holandés socarrón con sombrero cónico y bombachos.

El primer fantasma, el fantasma de las tortas, fue conjurado por la diestra mano culinaria de Lola Solovay, su madre adoptiva. Aunque Walter sólo tenía cuatro años y pico cuando su madre natural sucumbió a las fuerzas del fanatismo y del patriotismo mal entendido, la recordaba sobre todo por sus ojos, que eran como almas hechas carne, y sus tortas de patata, que eran ligeras, deliciosas, cubiertas de crema ácida y salsa casera de manzana. Echado en la cama, esperando en el limbo entre el sueño y la conciencia a que el despertador le convocara a su infernal trabajo en la Depeyster Manufacturing, percibió el aroma de aquellas tortas etéreas, y por un momento su madre estuvo allí con él.

El fantasma de su abuela, Elsa van Brunt, también estaba mezclado con olor a comida. Desenvolvió el bocadillo de salchicha de hígado con mayonesa que Lola había preparado para él en la penumbra del amanecer, y de pronto tenía diez años y estaba veraneando junto al río con sus abuelos, y el día era tan oscuro como si fuese diciembre, a causa de una tormenta asentada en la cumbre del monte Dunderberg. Su abuela se había levantado de su torno de alfarero para prepararle el almuerzo y contarle la historia de la hija de Sachoes. Sachoes, como Walter sabía por episodios anteriores, era el jefe de los kitchawank, la tribu que había sido engañada e inducida a dejar sus tierras por los fundadores de Peterskill-on-the Hudson, en los tiempos de la colonia. En aquella época, los kitchawank, que según cuentan eran un clan de letárgicos y pacíficos vagabundos, comedores de ostras y constructores de cabañas de corteza de árbol, eran vasallos de los fieros mohawk del norte. En efecto, aquellos mohawk eran tan fieros, salvajes, belicosos y rapaces, que no necesitaban enviar a más de un guerrero para cobrar el tributo, y que Manítú tuviera piedad de la tribu que

no se desviviera por tratarle a cuerpo de rey y no le atiborrara con *wampumpeak* y *seawant*. *Kanyengahaga*, o gente del pedernal, era como se llamaban a sí mismos los mohawk; y los kitchawank y sus parientes mohicanos los llamaban *mohawk*, gente que come a otra gente, una alusión a su propensión a asar y devorar a quienes no les caían simpáticos.

Prosigamos. El pan blanco fue depositado en el plato, se dispuso el tomate, cortado en rodajas, y de la nevera se sacó una salchicha de hígado envuelta en celofán. Sachoes tenía una hija, dijo la abuela de Walter, que se llamaba Minewa, igual que la diosa del río que lanzaba los rayos y los truenos. La abuela señaló fuera de la ventana, más allá del amplio lecho del río Hudson, donde los relámpagos se proyectaban como terminales nerviosas desde la cima del Dunderberg. Como aquéllos.

Una perezosa tarde de agosto un guerrero mohawk irrumpió en el poblado. Iba casi desnudo, con sólo un taparrabos, y pintado como el demonio y la muerte. Exigió el tributo en una lengua que chasqueaba como los coletazos de las víboras, y luego cayó desfallecido; sangraba por la boca y los oídos, y las marcas de viruela desfiguraban su cara. Minewa le cuidó. Si él moría, no podrían comer más ostras, ni vagar de un lado para otro en sus canoas, ni arrancar la blanca y dulce carne de las cavidades de los cangrejos de pinzas azules: se acabarían los kitchawank. Los mohawk se ocuparían de ello.

Durante un mes yació postrado en la cabaña de Sachoes, con la cabeza acunada en el regazo de Minewa mientras ella le aliviaba la fiebre con almizcle de nutria y le alimentaba con hierbas y cebollas silvestres. Poco a poco el mohawk empezó a recuperar sus fuerzas, hasta que un día pudo ponerse en pie sin ayuda y repetir su demanda del tributo. Pero por entonces lo que quería ya no eran pieles de castor o *wampumpeak*. Era a Minewa. Sachoes se mostró reacio, pero el mohawk fanfarroneó y amenazó y se hizo tres cortes en el pecho para demostrar su sinceridad. Se la llevaría a la región del norte y la convertiría en una reina. Desde luego, si Sachoes lo prefería, el guerrero volvería a casa con las manos vacías y luego regresaría en una noche sin estrellas con una partida de guerreros, y acuchillarían a los kitchawank como a perros. Sachoes —que poco después sería embaucado por el comerciante holandés que fundaría Peterskill sobre la sagrada roca donde los antepasados del jefe habían visto descender a la tierra a la gran esposa de Manítú— dijo: «Claro, llévatela».

Dos semanas después, un grupo de kitchawank iba rastreando el valle contiguo en busca de bellotas, avellanas y escaramujos cuando avistaron la humareda de un fuego en el que se cocía algo. Furtivamente, con curiosidad, valor y audacia nada desdeñables —sólo Manítú podía saber si se encontrarían con el mismísimo diablo cocinando una de sus plagas—, se acercaron al claro donde el humo se levantaba hacia el cielo como el sueño de un capnomante. Lo que vieron, dijo la abuela de Walter al tiempo que extendía la mayonesa sobre el pan, fue la traición. Allí estaban

el mohawk y Minewa, o lo que quedaba de ella. De cintura para abajo no había nada, dijo su abuela mientras ponía el bocado frente a él —embutido de hígado, con la textura, el color y el mismo olor de la carne—, sólo los huesos.

Si las imágenes de su madre y de su abuela habían sido conjuradas por un hormigueo del lóbulo olfativo, el fantasma de su abuelo fue más problemático. Quizá fuese una cuestión de asociaciones: cuando se empieza a recordar, una cosa conduce a la otra, y la mente pasa los recuerdos como si fueran cuentas ensartadas en un cordón. Sea como fuere, al calor de la tarde el viejo Harmanus van Brunt se había materializado justo a la izquierda del torno, huesudo, barrigón y cabezón, peludo como una oveja, con cortantes y aceitosas virutas de aluminio atrapadas en el vello de sus antebrazos y una pipa de arcilla apretada entre los dientes. Había sido pescador toda su vida; arrastraba las redes con la fuerza de sus espaldas y el contrapeso de su vientre, y murió como había nacido: en el río. Walter debía de tener entonces doce o trece años. Su abuelo era ya demasiado viejo para manejar las enormes redes de pesca cargadas de mújoles o esturiones, pero seguía en la brecha atrapando pececillos con la red y guardándolos en cubos para venderlos como cebo. Una tarde —y para Walter recordarlo era como cauterizar una herida al fuego— la cara del viejo mostró una súbita expresión de aturdimiento, y el derrame cerebral le hizo doblarse como una navaja y le arrojó de cabeza al cubo del cebo, donde la masa de pececillos se cerró sobre él. Cuando Walter volvió con ayuda, el viejo ya se había ahogado.

Pero la imagen de aquel holandés era algo distinto. Algo que Walter había visto en una galería de Amsterdam cuando los Solovay se lo llevaron a Europa. O quizá en una caja de puros. Durante un momento aquella visión le dejó perplejo, y luego la atribuyó a la memoria genética y a la indigestión, a partes iguales. Cuando sonó la sirena de las cinco, sacudió la cabeza dos veces, como para despejarse, y luego se dirigió en moto hacia el Throbbing Elbow, a beberse una triste jarra de cerveza en honor de su veintidós cumpleaños.

Pero incluso allí, en el santuario del presente, con su fulgor de neón, sus ensordecedores altavoces y sus focos de luz negra, sufrió un ataque de recuerdos. Cuando cruzó torpemente el umbral con sus nuevas botas Dingo con correas para espuelas de imitación piel, habría jurado que había visto a su padre de pie en la barra, con una chica cuyo vestido era tan corto que exhibía la curva inferior de sus nalgas. Se equivocaba. Bien, en lo que respecta a su padre, porque las nalgas de la chica eran incontrovertibles. Llevaba una minifalda de papel, pintada a mano por los indios shawangunk en su reserva del sur de Jamestown, y las bragas iban a juego. El hombre que estaba a su lado, con el pelo alborotado y desigual y una camisa cuyas puntiagudas solapas medían veinte centímetros, resultó ser Héctor Mantequilla.

—Van —dijo él dándose la vuelta—, ¿qué pasa?

La chica también se volvió; el pelo le caía sobre los ojos, y fruncía los labios en medio de una masa de maquillaje. No estaba ni bien ni mal. Walter no había visto a su padre desde hacía once años.

Walter se encogió de hombros. Sintió lástima de sí mismo, se sintió huérfano, mártir y burlado, lleno de la mierda de la existencia humana y con ganas de vomitar sólo de pensar en envejecer: se sentía viejo. Era 1968. Sartre aparecía en las portadas de todos los periódicos, el *Saturday Review* se preguntaba: «¿Sobreviviremos al nihilismo?», y *Life* había fotografiado a Jack Gelber sobre un iceberg a la deriva. Walter se sabía muy bien todo aquello. Él mismo era un héroe alienado, era un Meursault, un Rocquentin, un hombre de hierro y lágrimas enfrentándose al mundo sin esperanza, y tan acribillado por la náusea como un Jarlsberg por los agujeros. No podía, por ejemplo, irse a casa a comer el pollo *cordón bleu*, los espárragos a la vinagreta y la reluciente mousse de chocolate que le había preparado su madre adoptiva. No podía irse a casa a abrir agradecido el regalo de su dulce Jessica —un casco nuevo, bronceado como el sol y adornado con calcomanías de margaritas que dibujaban su nombre—, y luego desnudarla tiernamente bajo la mata de azaleas, en el jardín, con la noche susurrándole al oído como el aliento de un durmiente. Ni pensarlo. Al menos durante un rato.

—¿Qué bebes, hombre? —preguntó Héctor, inclinándose hacia la barra para apoyarse. Su camisa, que parecía de una tela sintética compuesta de esparadrapo y poliestireno, mostraba un par de sangrientos globos oculares y una lengua rosa y brillante que se hundía en las profundidades bajo su cinturón.

Walter tardó en contestar, y cuando lo hizo fue con un *non sequitur*:

—Es mi cumpleaños —dijo.

Aunque estaba mirando a la chica, otra vez veía a su abuela, con la carne de sus gruesos brazos agitándose sobre un montón de peladuras de nabo, y la expresión de su rostro cuando le contó que había desconectado el teléfono porque su vecina —una célebre bruja— le enviaba piojos embrujados por el cable. Con una superstición que la asociaba al pasado con la misma firmeza con que las tumbas de piedra se arraigaban a la tierra en el cementerio de la colina, se había pasado los últimos veinte años de su vida haciendo ceniceros de cerámica con la forma de los peces sin valor que su marido sacaba de las redes y arrojaba a la orilla del río para que se pudrieran. «Son los desposeídos», solía decir ella, mirando al peludo abuelo de Walter. «Criaturas de Dios. Los veo en mis sueños. Peces, peces, peces».

—¡Sí, sí! —exclamó Héctor—. ¡Tu cumpleaños, hombre! —Y luego rugió llamando a Benny Settembre, el camarero, para que les sirviera. Héctor era natural de Muchas Vacas, Puerto Rico, hijo de esclavos e indios que fueron convertidos en esclavos. Y descendiente de alguna otra raza: tenía los ojos tan verdes como la estatua de la Libertad—. Tengo algo para ti, hombre, algo especial —dijo, y cogió a Walter del brazo—. En el lavabo de hombres, ¿vale?

Walter asintió. La gramola se puso en marcha con un estrépito de cristales rotos y piedras contra los costados de los autobuses. Héctor avanzó hacia el lavabo llevándole todavía del brazo, y luego se paró en seco.

—¡Ah, sí! —dijo indicando hacia la chica—. Ésta es Mardi.

Seis horas después Walter se dio cuenta de que estaba pensando en deportes acuáticos. Pero sólo fugazmente y porque la ocasión lo sugería. Estaba en la orilla del río más alejada de Peterskill, a dos kilómetros y medio de casa a nado y a dieciocho o diecinueve en coche. Sumergido hasta el cuello en la grasienta e infernal corriente del Hudson nocturno. Nadando. O a punto de nadar. En aquel momento andaba a tientas por el lodo del fondo, firmemente erguido contra la corriente, con el intenso aroma natural del río en la nariz, un aroma que combinaba las esencias de la putrefacción acuática, las pieles de naranja, los restos de combustible y, sí, también la mierda. Ante él, en la oscuridad, oía la risa de Mardi y el suave remolino de su patada de tijera.

—Ven —susurró ella—. Es muy agradable...

Y luego lanzó una risita, un sonido tan natural que podría haber salido de cualquiera de los insectos ansiosos de amor posados en los árboles que se erguían sobre la orilla en un muro negro e insondable.

—¡Mierda! —maldijo Héctor tras ellos en voz baja, y luego se oyó un fantástico chapoteo, mezcla de los gritos de delfines juguetones, cargas de profundidad y barriles de cerveza cayendo al agua desde el muelle; después les llegaron sus sonoras carcajadas.

—¡Chissst! —siseó Walter.

Aquello no le gustaba, no le gustaba nada. Pero estaba borracho —no, peor aún, estaba pasadísimo por las pastillas que Héctor le había estado dando toda la noche—, había rebasado el límite y ya no se preocupaba. Mientras se levantaba y hundía bajo la superficie, nadando a braza furtivamente, sentía la fuerza ascensional del agua como manos de las náyades del río.

Habían salido del Elbow a las diez para sentarse en el abollado Pontiac 55 de Héctor, y se habían pasado una pipa. Walter no había llamado a casa, no había hecho nada excepto llevarse latas de cerveza a los labios. Y pensó en Jessica, en Hesh y Lola y su tía Katrina con una especie de placer perverso. Ahora debían de echarle de menos, eso era seguro. El pollo *cordón bleu* se habría secado en el horno, los espárragos estarían flácidos y la mousse se habría deshecho. Se los imaginó apilados tristemente alrededor de la mesa de jardín de secoya roja, con los cócteles aguados por el hielo derretido y los palillos de dientes coagulándose en un charco de grasa sobre la larga fuente, mucho después de que les arrancaran sus albóndigas suecas. Se los imaginó —a su novia y a su familia— esperándole a él, Walter Truman van Brunt, artífice de su propio destino, solitario, duro, libre de convenciones y de la doble carga del amor y el deber, que había preferido coger la pipa de la mano de un extraño. Ahora le echarían de menos, ¡oh, sí!, desde luego que sí.

Pero entonces sintió una puñalada de culpa, la maldición del apóstata, y volvió a ver a su padre. Esta vez el viejo estaba cruzando el aparcamiento solo, con las manos hundidas en los bolsillos de sus rotos pantalones de marinero y una bufanda malva

cruzándole el pecho. Se detuvo a la altura de la ventanilla del coche, inclinó el tronco y miró al interior del vehículo con la misma mirada furiosa y torturada con que había surgido de la nada en el undécimo cumpleaños de Walter.

De la nada. Como una aparición. Enorme, con la cabeza cubierta por una enmarañada melena rojiza, los pantalones rasgados y grasientos, la chaqueta demasiado pequeña. Parecía un cruce entre el judío errante y el fantasma de las Navidades pasadas, un exaltado que ha perdido la exaltación, un hombre sin futuro, un vagabundo. Tan insignificante, que Walter no se habría fijado en él si no hubiera sido por los gritos. Con once años, ahíto de pastel cubierto de azúcar escarchado de color rosa, zarzaparrilla, confites de chocolate y caramelos, Walter estaba arriba, en su habitación, disfrutando con su nuevo juego de «Presidentes, monarcas y ministros del mundo» cuando oyó un tumulto de voces que venía de la fachada de la casa. La voz de Hesh. La voz de Lola. Y otra, una voz que sonaba como si estuviera dentro de su cabeza, como si estuviera pensando por él, extraña, magnética y al mismo tiempo familiar.

La puerta principal estaba abierta. Hesh se hallaba de pie en el umbral como un coloso y Lola estaba a su lado. Más allá, en el césped de enfrente, había un hombre con la cabeza como una calabaza y ojos incoloros, líquidos. Aquel hombre estaba perturbado, casi frenético, bailaba sobre un pie con rabia y recitaba como un chamán; la letanía de sus agravios fluía de él como vinagre.

—¡Carne de mi carne! —gritaba el hombre una y otra vez.

Hesh, el gran Hesh, con su calva y honrada cabeza y sus antebrazos como martillos, le gritaba a aquel hombre que parecía un mendigo —al padre de Walter—, como si quisiera matarlo.

—¡Hijo de puta! —rugió Hesh con voz agitada, pronunciando cada palabra de un modo claro y cortante—. ¡Mentiroso, ladrón, asesino! Lárgate. ¡Lárgate de aquí!

—¡Secuestradores! —gritó estentóreamente el hombre a su vez, y en su acceso de rabia se inclinó hasta casi tocar el suelo. Pero de pronto apareció Walter, asustado y confuso, y el hombre se quedó en silencio. Hubo un cambio en su rostro —antes era feo y vehemente, y ahora, de pronto, parecía tan sosegado como el de un sacerdote—, arrodilló una pierna y extendió los brazos—. Walter —dijo en el tono más seductor que el niño había oído nunca—. ¿No sabes quién soy?

—Truman —dijo Hesh con voz que era al mismo tiempo de advertencia y de súplica.

Walter lo sabía.

Y entonces lo vio. Detrás de su padre, tras aquel hombre pálido, trasquilado y derrumbado, vestido con las ropas de un mendigo, había una motocicleta. Una pequeña Parrilla 98 cc, pintada de rojo y cromada, brillante como un cardo en un desierto.

—Ven aquí, Walter —le dijo su padre—. Ven con tu padre.

Walter levantó la vista hacia el hombre al que conocía como su papá, el hombre

que le había vestido y alimentado, que había acudido junto a él en sus pesadillas, que siempre estaba junto a él para lanzar la bola y cogerla, para intimidar a sus profesores y subyugar a sus enemigos con sólo una mirada, para protegerle y apoyarle. Y luego miró al hombre que había en el jardín, el padre al que apenas conocía, y la moto que había tras él.

—Venga, que no muerdo.

Walter fue.

Y allí estaba otra vez, había vuelto al cabo de once años, había vuelto por segunda vez en aquel día. Sólo que ahora era negro, una sólida presencia, con un par de ojos enrojecidos y una nariz que parecía como si se la hubieran pisado. Ahora estaba inclinado hacia la ventanilla del Pontiac, se encendía un cigarrillo con el porro de Héctor y alcanzaba la mano de Walter para estrechársela como amigo y preguntarle: «¿Qué coño haces, hombre?». Ahora era Herbert Pompey, asiduo de los bares de South Street, poeta, corneta y flautista, bailarín a horas en el Man of La Mancha, y colgado de fin de semana.

Enfermo de recuerdos, con el pasado cayendo sobre él como una sucesión de estridentes fuegos artificiales, Walter sólo pudo tirar débilmente de la mano de Pompey y murmurar algo en el sentido de que todo iba bien, aunque tenía dolor de cabeza, estaba muy pasado y pensaba que le dolían un poco los ojos. Y los oídos. Y ahora que lo pensaba, también el cerebro.

Luego siguió un intervalo durante el cual Pompey se les unió en la gran aeronave que era el interior del Pontiac —Héctor, Mardi y Walter delante, y Pompey echado a lo largo del asiento trasero con una botella de Spañada que había aparecido en su mano como por obra de los espíritus—, un intervalo durante el cual comulgaron con el leve parloteo de la radio, la textura de la noche, una mancha verdosa en el cielo que podía haber sido un ovni, pero que probablemente era un globo sonda, y el inmenso firmamento estrellado que se extendía sobre el capó del Pontiac como un mar de fieltro. La gravedad tiraba del labio inferior de Walter. El gollete de la botella de Spañada asomaba sobre su mano derecha, y el porro en la izquierda. Estaba más entumecido que un cadáver. El ataque de recuerdos se había terminado.

Fue a Mardi a quien se le ocurrió la idea de ir nadando hasta los barcos fantasmas. Una idea fácil de concebir, pero difícil de ejecutar.

—Será fantástico —insistió—. No, de verdad, será fantástico —repitió como si alguien la estuviera contradiciendo.

Y por eso Walter, Mardi y Héctor (Pompey eligió sabiamente quedarse en el coche) nadaban en dirección a las silenciosas y negras sombras que yacían ancladas sobre nueve metros de agua, frente al monte Dunderberg.

Brazada, patada, brazada, patada, recitó Walter aguantando la respiración, intentando recordar si tenía que respirar con la cabeza por encima o por debajo de la superficie. Pensaba en deportes acuáticos. Escafandrismo. Waterpolo. Salto mortal. Hacer el muerto. No es que nadara mal: había practicado todos los estilos, se había

tirado de cabeza y había competido con los mejores, había nadado en ríos, lagos, calas, lóbregas charcas naturales y asépticas y cloradas piscinas, y los movimientos de aspa de sus brazos y de tijera de sus pies eran una maravilla. Pero aquello... aquello era distinto. Había llegado demasiado lejos. El agua era como una crema densa, y sus brazos como palos. ¿Dónde estaba la chica?

No la veía por ninguna parte. La noche cayó sobre él desde los huecos del espacio, hendiendo las montañas inmemoriales, los robles, los alerces y los nogales, mezclándose finalmente en una piscina negra con el río helado y hechizado que tiraba de él desde abajo. Brazada, patada: no veía nada. Habría podido nadar igual con los ojos cerrados. Pero espera un momento: ahí, contra la lisa quilla negra del barco más próximo. ¿No era ella aquella mancha blanca? Sí, allí estaba, la pequeña bromista, con el bulbo de su cara como una flor nocturna, un faro, una bandera de tregua o rendición. La quilla se erguía tras ella como un precipicio, los murciélagos revoloteaban sobre la superficie del agua, los insectos chirriaban, y en alguna parte, perdido en la oscuridad, Héctor forcejeaba como un pez en una red; sus contenidas maldiciones eran engullidas por la noche hasta perderse en el infinito.

Walter estaba pensando en cómo Mardi se había despojado del vestido de papel en la penumbra de la orilla, de una forma tan natural como si se estuviera desnudando en su propio dormitorio. Pensaba en la excitación que se había encendido en su entrepierna cuando ella se apoyó contra él para levantar primero una pierna y luego la otra mientras se quitaba las bragas de papel y las tiraba sobre el lodo. De un modo fantasmagórico, una pálida presencia contra el telón de la noche, la chica había desaparecido en el abrazo del agua antes de que él tuviera la oportunidad de despojarse de la camisa. Ahora se concentraba en el borrón lechoso de su cara y braceaba hacia ella.

—¡Héctor! —dijo Mardi mientras él se deslizaba en su dirección. Estaba intentando mover la cadena del ancla, agarrando el frío y rugoso metal con las manos desnudas, abrazándose a ella, balanceándose por encima de la superficie como esos mascarones de proa que en las leyendas están vivos.

—No —susurró él—. Soy Walter.

Ella pareció encontrarlo divertido y volvió a reírse. Luego se dejó caer en el agua con un chapoteo que podía haber alertado a los marineros fantasmas de todos los barcos de la flota, o por lo menos al vigilante del que tanto había hablado en el coche. Walter escudriñó la cadena del ancla y miró el barco que asomaba por encima de él. Era un barco mercante de la Segunda Guerra Mundial, como los demás que había más allá, barcos de la flota de reserva, que habían subido y bajado con la marea dos veces al día desde que naciera Walter. Sus bodegas estaban llenas de grano que el gobierno había comprado para impedir que la libre empresa acabara con los granjeros de Iowa, Nebraska y Kansas. Por debajo de ellos, en alguna parte, en algún pozo del río frente a Jones Point, yacían los restos del barco *Quedah Merchante* echado a pique por los hombres de William Kidd en 1699. La leyenda decía que era visible

cuando las aguas del río bajaban claras, aparejado y listo para partir, todavía cargado de tesoros de La Española y de Berbería.

Pero Walter no iba tras los tesoros. Ni tras podridos gérmenes de trigo mezclados con excrementos de rata, ni tampoco le interesaba hacer un saludable ejercicio. De hecho, hasta que su cuerpo volvió a rozar el de Mardi en el agua, bajo la herrumbrosa y tensa cadena del ancla, no supo con certeza lo que perseguía.

—¡Sorpresa! —barbotó ella, manoteando junto a él, con un brazo en la cadena y el otro rodeándole el cuello. Y luego, apretando el cuerpo contra el suyo (no, frotándose contra él como si de pronto hubiera contraído un prurito subacuático), murmuró—: ¿De verdad es tu cumpleaños?

A él casi se le había olvidado. Las tristes caras de reproche de Jessica, Lola y Hesh pasaron en rápida sucesión, como la súbita manifestación de un pesar más intenso, y luego se encontró abrazado a ella, buscando orificios, intentando besarla, restregarse contra ella, agarrar la cadena del ancla, mantenerse a flote y a la vez copular. Tragó una bocanada de río y empezó a toser.

Mardi hizo un ruido suave, gimiente, chasqueando los labios como si estuviera bebiendo sopa o un sorbete. Pequeñas olas chapaleteaban a su alrededor. Walter seguía tosiendo.

—Oye, chico del cumpleaños —le susurró ella escapándose y luego acercándose otra vez—. Yo podría ser muy cariñosa contigo si me hicieras un favor.

Walter estaba electrificado. Ardiente, ansioso, fuera de sí. La helada corriente sin brillo se había vuelto de pronto tan caliente como una piscina rodeada de palmeras.

—¿Sííí? —dijo.

Lo que le propuso mientras chapoteaba como una náyade en el turbulento y viejo Hudson, a altas horas de la noche y con la monumental proa en forma de uve del barco elevándose imponente sobre ella, era una auténtica hazaña. Algo heroico. Proezas de fuerza y agilidad. Quería ver trepar a Walter por la cadena del ancla como un desnudo bucanero y que se perdiera en las entrañas del barco misterioso para desenmarañar la madeja de sus secretos, impregnarse del espíritu de sus estructuras y memorizar el aspecto de sus cubiertas. O algo parecido.

—Yo no puedo subir —dijo ella—. Tengo los brazos demasiado débiles.

Un remolcador se movió en la distancia arrastrando una barcaza. Más allá Walter pudo distinguir las tenues luces de Peterskill, brumosas por la lejanía y por el manto de niebla que colgaba sobre el tramo medio del río.

—Venga —le aguijoneó ella—. Sólo a echar un vistazo.

Walter pensó en el posible vigilante, en la pena por entrar en una propiedad federal, en su miedo a las alturas, en el crapuloso, narcotizado y soporoso estado de su mente y su cuerpo, que convertía en un riesgo cada movimiento, y dijo:

—¿Por qué no?

Avanzando una mano por encima de la otra, un pie sobre el otro pie, ascendió por la cadena como un verdadero nihilista, un héroe que se enfrentaba al mundo. ¿Qué

importaba el peligro? La vida no tenía significado ni valor, uno vivía sólo para la extinción personal, para el vacío, para la nada. Era peligroso sentarse en un sofá, llevarse el tenedor a la boca, lavarse los dientes. ¿Peligro? Walter se reía en su cara. Por supuesto, a pesar de aquellas bravatas mentales, estaba aterrorizado.

Cuando había hecho dos terceras partes del camino, se soltó y luchó como un loco por volverse a agarrar a la cadena mientras la sangre le golpeaba locamente en los oídos. Abajo, la negrura; arriba, el umbrío perfil de la baranda del barco. Walter contuvo el aliento y luego continuó subiendo, suspendido muy por encima del agua, como una enorme y pálida araña. Cuando llegó a la cima, cuando al fin pudo alargar una mano incierta y su piel tocó la fría inmensidad del casco del barco, descubrió que la cadena del ancla se sumergía en una especie de portañola siniestra, algo que muy bien pudiera haber sido el ojo vacío, monstruoso y pirático de una escuadra fantasma. Se inclinó un momento para tocar las gigantescas letras que identificaban el viejo casco —*U.S.S. Anima*—, dudó un instante y luego se abrió camino contorsionándose para entrar por la portañola.

Ya estaba dentro, en un espacio indefinible de absoluta y envolvente oscuridad. Los pies desnudos se agarraron al acero desnudo, sus dedos tantearon las paredes. Olía a metal oxidado, a aceitoso lodo y a pintura seca. Se abrió camino trabajosamente hacia delante, centímetro a centímetro, hasta que las sombras empezaron a emerger de la oscuridad y se encontró en la cubierta principal. Ante él había una escotilla cerrada; encima se erguían el palo mayor y las cabrias. El resto del barco —cabinas, botes, mástiles y grúas— se hallaba sumido en la oscuridad. Tenía la sensación de estar elevado a gran altura, casi volando, como si estuviera vagando por los pasillos de un avión muy por encima de las nubes. Allí no había nada excepto sombras. Y los millares de crujidos y gemidos de lo inanimado en un débil y rítmico movimiento.

Pero algo fallaba. Algo de aquel lugar parecía reavivar las llamas de nostalgia que le habían devorado durante todo el día. Se quedó quieto como un poste. Tomó aliento. Cuando se dio la vuelta, sólo le sorprendió levemente ver a su abuela subida a la barandilla detrás de él.

—Walter —le dijo, y su voz crepitó con la electricidad estática como si estuviera hablando por teléfono desde un lugar muy distante—. Walter, estás desnudo.

—Pero abuela —dijo él—, estaba nadando.

Ella llevaba un amplio vestido de arpillera y estaba tan gorda como siempre.

—No importa —dijo moviendo una muñeca llena de hoyuelos en señal de disculpa—. Quería decirte algo de tu padre, quería explicarte...

—No necesito ninguna explicación —gruñó una voz a sus espaldas.

Walter giró en redondo. Le había estado rondando todo el día —sí, desde que había abierto los ojos—, y estaba harto.

—¿Tú? —dijo.

Su padre gruñó.

—Yo —dijo.

Los once años transcurridos habían producido ciertos cambios. El viejo parecía aún más grande, con la cabeza abultada como un relieve en la cornisa de un edificio o una estatua erguida velando una tumba antigua. El pelo le había crecido, y mechones oscuros y grasientos le caían por la cara y descendían sobre su nuca. El traje — parecía el mismo con el que había aparecido en el undécimo cumpleaños de Walter— se caía a pedazos, ajado por los años. Y había algo más. Una muleta. Como la vara de un hechicero, cortada de algún árbol del camino, todavía a medio descortezar, le afianzaba como si tuviera algún miembro dañado. Walter bajó la vista, esperando ver un pie gotoso o envuelto en vendas, pero no pudo distinguir nada en el charco de sombras que engullían la mitad del cuerpo de su padre como una mortaja.

—Pero Truman —dijo la abuela de Walter—. Estaba intentando explicarle al chico lo que le he dicho toda mi vida... Estaba intentando decirle que no fue culpa tuya, que fue culpa de las circunstancias, y de las ideas en las que creías con toda tu alma. Dios sabe...

—Cállate, mamá. Ya te lo he dicho. No necesito explicaciones. Mañana volvería a hacer lo mismo.

Fue en ese momento cuando Walter se dio cuenta de que su padre no estaba solo. Había otros detrás de él, un grupo numeroso. Les oía agitarse y gruñir, y de repente pudo verlos. Vagabundos. Debía de haber unos treinta, harapientos, con los ojos enrojecidos, babeantes y hediondos. ¡Oh, sí!, también percibía su olor, un olor a ganado, a hongos de los pies, a ropa interior apestando a orines.

—¡América para los americanos! —exclamó el padre de Walter, y entre la multitud fantasma se levantó un murmullo y un resuello que finalmente se convirtieron en un enloquecido vocerío en la oscuridad.

—¡Estás borracho! —exclamó Walter sin saber por qué lo decía. Quizá era un recuerdo de los primeros años, después de que su madre muriera y antes de que su padre desapareciera para siempre, un recuerdo de los veranos en casa de sus abuelos, cuando su padre estaba con ellos, a veces durante semanas. Siempre, tanto si el viejo estaba durmiendo en el sofá como si ayudaba a su propio padre con los cubos o se llevaba a Walter al puente del Acquasinnick a buscar cangrejos o al campo de polo a ver algún partido, siempre había oído a alcohol. Quizá fuera eso lo que había evocado su presencia aquella noche, en el Elbow. El olor a alcohol. Era la clave para llegar a su padre, como las tortas de patata y las salchichas de hígado eran las claves para llegar a los tristes ojos de su madre y a la mujer supersticiosa de enormes brazos que había intentado llenar el vacío dejado por ella.

—¿Y qué? —dijo su padre.

En aquel preciso momento un hombrecillo con cara de gárgola salió de entre las sombras. No llevaba sombrero cónico ni bombachos. No, iba vestido con una camisa azul de trabajo y pantalones holgados y fruncidos, con bolsillos laterales. Pero Walter le reconoció.

—No tan borracho como tú —dijo el hombre.

Walter le ignoró.

—Tú me abandonaste —dijo volviéndose hacia su padre.

—El chico tiene razón, Truman —crepitó la voz de su abuela como grasa chisporroteando en una sartén.

El viejo pareció desmoronarse.

—¿Crees que para mí ha sido fácil? —preguntó—. ¡Vivir con esos vagabundos y todo lo demás! —Hizo una momentánea pausa, como para recobrase—. ¿Sabes lo que comemos, Walter? Mierda, eso es lo que comemos. Un puñado de ese trigo podrido, quizá una carpa llena de barro que alguien pesca por ahí, o una rata que cazan cuando hay suerte y asan con un pincho. Diantre, si no hubiera sido por el alambique que Piet montó... —No acabó su pensamiento, sólo extendió la mano y luego la dejó caer como una cabeza cortada—. Una larga y absurda caída —musitó—, del útero a la tumba.

Y entonces el hombrecillo —Walter vio estremecido que no sobrepasaba la cintura de su padre— empezó a tirarle del brazo al viejo. Truman se inclinó para sostener un susurrante diálogo con él.

—Tengo que largarme, Walter —dijo el viejo volviéndose para marcharse.

—¡Espera! —jadeó Walter súbitamente desesperado. Había algo pendiente, algo que tenía que preguntar, que tenía que saber—. ¡Papá!

Fue entonces cuando ocurrió: la atmósfera brilló perceptiblemente, y sólo durante un instante. Quizá fue el efecto de la luna, rodando entre las nubes, o quizá había fuego en la ciénaga, o tal vez toda la población del Bronx saltó de sus camas tambaleante para encender la luz del cuarto de baño al mismo tiempo. Fuera lo que fuese, le permitió a Walter vislumbrar de un modo fugaz y evanescente la pierna izquierda de su padre mientras el viejo se perdía tambaleante en la oscuridad. Walter se quedó helado: el dobladillo del pantalón colgaba vacío.

Antes de que pudiera reaccionar, las sombras se cerraron otra vez como un puño, y el hombrecillo estaba a su lado, mirándole de soslayo con una expresión retorcida y sucia, como el duende que aguijonea al ogro.

—Y ahora, no vayas a seguir los pasos de tu padre, ¿me oyes?

De pronto Walter se dio cuenta de que estaba montado en su moto (¿moto?, no era un caballo, era un ingenio terrorífico que despedía fuego y dejaba pasmados a los paletos, una gran Norton Comando única en su género que al acelerar podía arrancarte de un tirón los empastes de las ruedas), y que el pálido amanecer, un amanecer misterioso, lleno de pájaros, se abría a ambos lados de él igual que la imagen en un televisor en blanco y negro que estuviera ladeado. Él era invencible, inmortal, impermeable a las heridas y a las sorpresas del universo: salía de Peterskill a ciento cincuenta por hora. La carretera doblaba a la izquierda, y él también dobló.

Había un declive, una elevación, y él se pegó a la máquina como una nueva capa de pintura. Ciento sesenta. Ciento... ¡oh!... setenta. Ciento ochenta. Se dirigía a casa, la noche era una mancha borrosa. ¿Había perdido el conocimiento en la parte trasera del coche de Héctor, volviendo de Dunderberg? Se dirigía a casa, al lecho de un héroe que se enfrentaba al mundo, situado encima de la cocina de la casa de madera de sus padres adoptivos. La carretera estaba húmeda. Todavía no se había hecho de día.

Y luego, de pronto, como si se hubiera encendido un interruptor dentro de su cabeza, empezó a aminorar la marcha; el impulso que le había hecho correr a ciento ochenta le abandonó súbitamente. Soltó el acelerador —ciento cincuenta, ciento treinta, ciento diez—, convertido después de todo en simple mortal. Un poco más adelante, a la derecha —apenas lo vio, había pasado por allí mil veces, diez mil—, había un indicador que recordaba algún hecho histórico, azul y amarillo, un rectángulo que se recortaba en la oscuridad. ¿De qué era, de hierro? Letras en relieve, amarillas —o doradas— contra el fondo azul. Probablemente lo habían hecho aquellos pobres mamones de Sing-Sing o algún sitio así. Se imaginó que aquella zona tendría un montón de historia, George Washington, Benedict Arnold y todo eso, pero la historia le traía sin cuidado. El hecho es que ni siquiera había leído nunca aquella inscripción.

No se había molestado en leerla. Por él, podría haber conmemorado los movimientos intestinales de Lafayette o el descubrimiento de la cebolla; no le interesaba. Era algo que había en la carretera, nada más: limitación de velocidad, curva peligrosa, roble, valla, indicador histórico, camino particular. Tampoco ahora le habría echado un segundo vistazo de no haber sido por la sombra que de pronto apareció en medio de la carretera frente a él. Aquella sombra (no era nada reconocible: ni un conejo, ni una zarigüeya, un mapache o una mofeta, sólo una sombra) le hizo tirar bruscamente del manillar. Y aquel tirón le hizo perder el control. Sí. Y aquella pérdida de control le hizo pisar por un instante el suelo, a la derecha, con su nueva bota Dingo con correas para espuelas de imitación piel. Cayó antes de que pudiera enderezar la moto y chocó contra aquel indicador azul y amarillo; el impacto pareció digno de un dios.

Por la tarde del día siguiente, cuando se despertó entre las paredes color aguacate del ala este del Hospital de Peterskill, en medio del sonido de los interfonos y del olor a desinfectante, no sentía ningún dolor. Era muy extraño: debería haberlo sentido. Examinó sus antebrazos, envueltos en gasa, y sintió algo que le tiraba de las costillas. Por un momento tuvo pánico. Hesh y Lola estaban allí, murmurando halagos y palabras de ánimo, y también Jessica, con lágrimas en los ojos. ¿Estaría muerto? ¿Era eso? Pero entonces los calmantes surtieron efecto y sus párpados cayeron por decisión propia.

—Walter —susurraba Lola como si estuviera muy lejos—. Walter, ¿estás bien?

Intentó ordenar las piezas, hacerlas encajar. Mardi. Héctor. Pompey. Los barcos fantasmas. ¿Había trepado por la cadena del ancla? ¿Lo había hecho realmente?

Recordó el coche, la cara demacrada de Pompey, cómo el vestido de papel de Mardi había empezado a deshacerse al contacto con su piel mojada. Él le había puesto las manos en los pechos, y las de Héctor se movían entre las piernas de la chica. Ella lanzaba risitas. Y luego recordó el amanecer. Los pájaros dirigiéndose a la luz. El aparcamiento detrás del Elbow.

—Ajá —graznó abriendo los ojos otra vez—. Estoy bien.

Lola se estaba mordiendo el labio. Hesh no quería mirarle a los ojos. Y Jessica —aquella Jessica siempre bien arreglada, empolvada, perfumada— tenía el aspecto de haber corrido una maratón de ida y vuelta y haber quedado la última. Las dos veces.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Walter agitando las piernas.

—Todo va bien —dijo Hesh.

—Todo va bien —repitió Lola—. Todo va bien.

Fue entonces cuando él miró a los pies de la cama, bajó los ojos hacia la sábana, donde su pie izquierdo sobresalía como si fuera el palo central de una tienda de campaña, y advirtió el triste y hundido hoyo que formaba la sábana donde debería haber estado su pie derecho.

¡Oh, pioneros!

Unos trescientos años antes de que Walter esquivara una sombra y mellara el afilado borde de la historia, el primero de los Van Brunt de Peterskill ponía los pies en el valle del Hudson. Harmanus Jochem van Brunt era un granjero novato de Zelanda, un descendiente de pescadores de arenques a quien las redes se le caían de las manos. Llegó a Nueva Amsterdam en la goleta *De Vergulde Bever* en marzo de 1663, con ánimo de poner la máxima distancia posible entre él y las ancestrales redes, que dejó al cuidado de su hermano menor. El pasaje lo pagó el hijo de un cervecero, un tal Oloffte Stephanus van Wart, al cual, bajo la autoridad de los Serenísimos Estados Generales de Holanda, le habían concedido una encomienda en lo que ahora es el norte de Westchester. El mandatario de Van Wart en Rotterdam había desembolsado la magnífica suma de doscientos cincuenta florines para pagar el pasaje transoceánico de Harmanus y su familia. A cambio, Harmanus, su mujer (la *goude vrouw* Agatha, de soltera Hooghboom) y sus *kinderen*, Katrinchee, Jeremias y Wouter, estarían obligados por contrato a ser siervos de los Van Wart durante el resto de sus días.

La familia se estableció en una granja de cinco *morgen*, situada aproximadamente a dos kilómetros del almacén de Jan Pieterse, en la desembocadura del arroyo Acquasinnick, en tierras que habían sido hasta hacía poco propiedad de la tribu de los kitchawank. Les esperaba una tosca cabaña de madera con el techo de paja. El patrón, el viejo Van Wart, les proporcionó un hacha, un arado, media docena de gallinas sarnosas, un buey famélico y dos vacas lecheras, ambas a punto de quedarse secas, así como una colección de utensilios de cocina inservibles, agujereados y rotos. Como contrapartida de su inversión, esperaba una renta de quinientos florines, dos cargas de leña (cortada, entregada y apilada reverentemente en la cavernosa leñera de su mansión), setenta celemines de trigo, dos pares de gallinas y veinticinco libras de mantequilla. Vencidos y pagaderos en plazos de seis meses.

Un alma de poco temple se habría desanimado. Pero Harmanus, que en su pueblo nativo de Schobbejacken era conocido como Huesos de Jamón por su fuerza, su agilidad y sus proezas en los concursos de comida, no era hombre que se achicara fácilmente. Con sus dos hijos menores a su lado (Jeremias tenía trece años y Wouter nueve), a finales de mayo ya había sido capaz de limpiar y sembrar dos acres y medio de fértil pero pedregoso terreno. Katrinchee, una chica de quince años de pechos florecientes y caderas en expansión, soñaba con repollos. A mitad del verano, su madre y ella habían plantado un próspero huerto de guisantes, judías, zanahorias,

repollos, nabos y coliflores, así como una doble hilera de maíz y calabazas, cuyas simientes había obtenido ella del último y degenerado hijo de Sachoes, Mohonk^[1]. Bajo los pacientes cuidados de Katrinchee, las viejas vacas de morro largo —*Kaas* y *Boter*, como habían sido bautizadas esperanzadamente por el pequeño Wouter— empezaron a adquirir poco a poco la sedosa suavidad de la adolescencia. Cada mañana ella tiraba de sus encogidas ubres; cada tarde las alimentaba con una mezcla de almaizo y hierba serpentaria, cantándoles en un ondulante contralto que flotaba por los campos como arrancado de un sueño. El momento crucial llegó cuando, utilizando la ayuda de Mohonk, consiguió las pieles recién curtidas de un par de terneros, las rellenoó de paja y las apuntaló con palos en el corral de las vacas. Al cabo de una semana las vacas acariciaban a los supuestos terneros con maternal arrobó y llenaban los cubos de leche tan deprisa como Katrinchee podía vaciarlos. Y por si esto fuera poco, las gallinas parecían rejuvenecidas. Inspiradas por sus compañeras bovinas, empezaron a poner como gallinas de primera, y al macilento gallo le brotó un magnífico abanico de plumas en la cola.

La tierra era fértil y los Van Brunt se mecían en su opulento abrazo como huérfanos en un regazo maternal. Si el azúcar era caro, la miel era suya por derecho. Y también lo eran los arándanos, las manzanas silvestres, la achicoria y las hojas de diente de león. ¡Y la caza! Prácticamente les caía del cielo. Una descarga de trabuco producía una lluvia de pavos y conejos diseminados como grano, los venados se asomaban por las ventanas abiertas, gansos y patos marinos se enredaban con la ropa tendida para que se secara. En cuanto Jeremias surcaba el Hudson —o el Río del Norte, como se llamaba entonces—, saltaba a la canoa una perca o un esturión.

Incluso la casa empezaba a tomar forma bajo el riguroso régimen de *vrouw* Van Brunt. Ella amplió el sótano, restregó los suelos con arena, fabricó muebles de mimbre y madera, puso postigos para evitar que entraran tábanos y para protegerse de la repentina fiereza de las tormentas que a veces les llegaban desde la cumbre del Dunderberg en las tardes bochornosas. Incluso plantó tulipanes frente a la casa, en dos hileras tan rectas que parecían trazadas por un agrimensor.

Pero más tarde, a mediados de agosto, las cosas empezaron a ir mal. Aparentemente la vida nunca había sido mejor. Caían los árboles talados, la pila de la leña aumentaba, los campos de trigo llegaban por encima de la rodilla, y la despensa estaba llena de alimentos ahumados. Katrinchee se iba haciendo mujer, y los chicos estaban morenos, fuertes y saludables como ranas. Agatha canturreaba con su escoba y su trapo del polvo. Harmanus, liberado de sus redes patrimoniales, trabajaba como cinco hombres. Pero lenta e imperceptiblemente, como el primer mordisquito susurrante de las termitas en las tablas del suelo, el sufrimiento y la privación empezaron a colarse furtivamente en sus vidas.

Todo empezó con Harmanus. Una noche volvió del campo y se sentó a la mesa con un apetito tan intenso que le cortaba como una cuchilla. Mientras Agatha se afanaba con un *hutspot* de nabos, cebollas y venado, le sacó un queso redondo de dos

kilos y una hogaza de un *bruinbrod* del día anterior, que estaba duro como una piedra. El aire estaba lleno de moscas y mosquitos, los niños jugaban al escondite y gritaban en el jardín. Cuando ella se dio la vuelta, el queso y el pan habían desaparecido, y su marido estaba sentado, contemplando las migas con una mirada extraña y vacía, con los maxilares trabajando.

—¡Por Dios, Harmanus —se rió—, déjales algo a los niños!

Pero no se asustó hasta que llegó la cena. Además del estofado —había al menos para tres días—, puso un pastel de caza, otra hogaza, medio kilo de mantequilla, ensalada y una jarra de barro llena de pescado conservado en salsa. Los niños apenas tuvieron tiempo de llenarse los platos. Harmanus se lanzó sobre los alimentos como si estuviera compitiendo en el concurso anual de tragones que se disputaba por Pentecostés en la taberna de Schobbejacken. Jeremias y Wouter se escaparon a jugar a la pelota a la débil luz del atardecer. Pero Katrinchee, que se había quedado a recoger, observó con temor cómo su padre atacaba el pastel, se llenaba rápidamente la boca de pescado en salsa con un pedazo de pan y dejaba la cazuela limpia. Se quedó sentado a la mesa casi dos horas, y en todo ese tiempo ni una sola palabra se escapó de sus labios, excepto algún murmullo ocasional para pedir agua, sidra o pan.

A la mañana siguiente no hubo ningún cambio. Se levantó con las primeras luces, como siempre hacía, pero en vez de coger una hogaza de pan de la mesa y salir con el hacha o el arado, se apoltronó en la cocina.

—¿Qué te pasa, Harmanus? —le preguntó Agatha con un dejo de aprensión en la voz.

Él se sentó a la tosca mesa con sus manazas extendidas y la miró. Por un momento ella pensó que parecía un extraño.

—Tengo hambre.

Ella estaba barriendo el suelo, con los codos saltando como ratones.

—¿Quieres que te haga unos huevos?

Él asintió:

—Y carne.

En aquel momento Katrinchee entró en la cocina con un cubo de leche fresca. Harmanus estuvo a punto de dar una patada a la mesa.

—Leche —dijo como si asociara por primera vez la palabra al objeto. Su voz era monótona, mortecina, sin entonación, como la voz de un fantasma. Agarró el cubo con las manos, lo levantó hacia sus labios y bebió sin parar hasta dejarlo vacío. Luego lo tiró al suelo, eructó y miró la habitación en torno a sí, como si nunca la hubiera visto—. Huevos —dijo con el mismo tono—. Carne.

Llegados a aquel punto, la familia entera estaba asustada. Jeremias observó muy pálido cómo su padre comía, se abría camino por la despensa, forcejeaba con un esturión ahumado y desplumaba un par de gallinas para ponerlas en la olla. Katrinchee y Agatha volaban por la cocina, cortando, amasando, friendo y cociendo. Wouter fue enviado a por leña, y el humo salía de la marmita. Aquel día no hubo

trabajo en el campo. Harmanus comió hasta primera hora de la tarde, comió hasta dejar el huerto asolado, vació la bodega, amenazó al ganado. Su camisa era un manchón de grasa, yema de huevo, salsa y sidra. Parecía borracho, como los mendigos empapados de ginebra que frecuentan el Heerengracht de Amsterdam. Luego, de pronto, se levantó de la mesa tambaleándose como si estuviera herido y se dejó caer en el jergón del rincón: antes de tocar la paja ya se había quedado dormido.

La cocina estaba devastada y las ollas ennegrecidas. Restos de comida manchaban la madera del suelo, la mesa, la base de piedra del hogar. La despensa estaba vacía —no quedaba venado, ni esturión, ni conejo, ni pavo—, y el grano y los condimentos que habían conseguido mediante trueque con los Van der Meulen también habían desaparecido. Agatha había cocinado como si se hubiera invitado a todo el pueblo de Schobbejacken a un banquete de boda que hubiera durado días. Exhausta, se hundió en una silla y apoyó la cabeza en las manos.

—¿Qué le pasa a *vader*? —preguntó Wouter.

Jeremias estaba de pie a su lado. Los dos parecían aterrados.

Agatha los miró azorada. Apenas había tenido tiempo de reflexionar. ¿Qué le había pasado? Recordó algo similar que había ocurrido cuando ella era pequeña, en Twistzoeken. Un buen día Dries Herpertz, el panadero del pueblo, declaró que las tartas de cereza eran la comida perfecta, y que no volvería a comer otra cosa hasta el día en que muriera. Sopa, al menos tendrías que tomar sopa, le decía la gente. Leche. Repollo. Carne. Él alzaba la barbilla, desdeñándoles como si fueran una pandilla de pecadores o de demonios dispuestos a tentarle. Durante un año sólo comió tarta de cereza. Se volvió gordo, inmenso y blando como una masa cruda. Se le cayó el pelo, se le cayeron los dientes. Un bocado de pescado, le suplicaba su mujer. Un poco de *braadwurst* buenísimo. ¿Queso? ¿Uvas? ¿Tortitas? ¿Salmón? Él negaba con un ademán. Ella se pasaba el día preparando comidas fabulosas, barría los mercados en busca de frutas exóticas, platos de Arabia y de Oriente, caracoles, trufas, hígados de ocas alimentadas a la fuerza, pero nada de eso le tentaba, y por fin, después de cinco años de intentarlo, cayó muerta de cansancio frente a una cacerola de *filosoof*. Dries no se inmutó. Sin dientes, gordo como un puerco, vivió hasta los ochenta años, sentado frente a su panadería y chupando el dulce jarabe rojo de sus pulgares grandes como espátulas. Pero aquello... aquello era distinto.

—No lo sé —dijo, y su voz era sólo un susurro.

Hacia el anochecer Harmanus empezó a moverse en el jergón. Gritó en sueños, gimiendo algo una y otra vez. Agatha le sacudió suavemente.

—Harmanus —le susurró—. No pasa nada. Despierta.

De pronto se le abrieron los ojos. Sus labios empezaron a moverse.

—¿Sí? —dijo ella inclinándose hacia él—. ¿Sí?, ¿qué pasa?

Él intentaba decirle algo —una sola palabra—, pero no lo conseguía.

Agatha se volvió hacia su hija.

—Trae un vaso de agua, date prisa.

Él se sentó, se bebió el agua de un trago. Empezaron a temblarle los labios.

—Harmanus, ¿qué te pasa?

—Pastel —gruñó.

—¿Pastel? ¿Quieres pastel?

—Pastel.

Fue entonces cuando ella sintió que se hundía. En todos los años de su matrimonio, durante las numerosas ocasiones en que él se había sentado desvalido ante sus redes rotas o le había tenido que arrancar de la cama para que enfilara su barca por el ventoso Escalda, durante toda la tensión y la incertidumbre del viaje al Nuevo Mundo y las dificultades a las que se habían enfrentado, ella apenas había alzado la voz. Pero ahora, de pronto, sintió que algo se rompía en su interior.

—¿Pastel? —repitió—. ¿Pastel? —Y empezó a golpear la repisa que había junto al hogar, abriendo los paquetes y cajas, tirando las marmitas, los cuencos de madera, las escudillas y los cucharones al suelo como si fueran basura—. ¡Pastel! —chilló volviéndose hacia él con la cacerola de hierro colado protegiéndole el pecho—. ¿Y con qué quieres que lo haga, con maleza y arena del río? ¡Te lo has comido todo, manteca, harina, tocino, huevos, queso, incluso las caléndulas secas que me traje desde Twistzoeken! —Respiraba con dificultad—. ¡Pastel! ¡Pastel! ¡Pastel! —gritó de pronto, y su grito fue como la llamada de un gran pájaro histérico que salta violentamente de su percha. Un segundo después se desmoronó en el rincón sollozando.

Katrinchee y sus hermanos estaban apretados contra la pared, con las caras encogidas y blancas. Harmanus no parecía advertir su presencia. Se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación buscando algo que comer. Al cabo de un momento apareció con una bolsa de bellotas que Katrinchee había recolectado para hacer engrudo. Haciéndolas crujir entre sus dientes, con cáscara y todo, salió tambaleándose y se perdió en la noche.

Eran más de las cuatro de la mañana cuando le encontraron. Guiadas por una débil luz que procedía de la colina de Van Wart, Agatha y su hija vadearon el arroyo de Acquasinnick, subieron vacilantes por el escarpado talud que se levantaba en la orilla más lejana y se abrieron camino entre una maraña de espinos, ortigas y ramas húmedos de rocío. Estaban aterradas. No sólo por su marido y padre, sino por ellas mismas. Abajeñas, acostumbradas a los pólderes y a los diques, y a un horizonte que seguía y seguía hasta perderse en las extensiones indefinidas y azules del mar, allí se encontraban ante un nuevo mundo bárbaro que rebosaba de demonios y trasgos, con extrañas criaturas y salvajes semidesnudos que se ocultaban tras los árboles. Lucharon con el pánico, se mordieron los labios y se apresuraron. Por fin, exhaustas, se encontraron en un claro iluminado por la vacilante llama de un fuego.

Allí estaba Harmanus. Su cabezota y su torso llenos de sombras macabras contra los troncos de los blancos abedules retorcidos fantasmagóricamente detrás de él, y una articulación del tamaño de un fémur apretada contra su boca. Se acercaron más.

Tenía la camisa desgarrada, manchada de sangre y de grasa, y había trozos de carne —carne tan rosada y grasa como la de un bebé— crepitando sobre las llamas en un rudimentario asador. Y luego lo vieron; yacía cerca de los pies de Harmanus: la cabeza y la espalda, los mismos ojos y las orejas, la cara con una mueca de muerte. No era un bebé. Era un cerdo. Un cerdo muy especial. El viejo *Volckert Varken*, un costoso semental propiedad de los Van Wart.

Harmanus se mostró dócil como un bebé mientras Agatha le ponía las muñecas atrás y las ceñía con las cuerdas de cáñamo que había metido en su delantal media hora antes, en medio del desorden de la cocina. Luego le puso un ronزال en torno al cuello y le guió hasta casa como a un ternero extraviado. Cuando llegaron a la cabaña casi amanecía. Agatha condujo a su marido a través del umbral mientras los niños les miraban silenciosos, y lo dejó en el jergón como si fuera un cadáver. Luego le ató los pies.

—Katrinchee —dijo ahogadamente, con voz tan tensa como las cuerdas anudadas —, vea buscar a Mohonk.

Como estaba tan lejos de los centros de ciencia y charlatanería, y como el único médico de Nueva Amsterdam era un valón tuerto llamado Huysterkarkus que vivía en la isla de Manhattoes, a unas seis horas en chalupa, Agatha no tenía acceso a las formas aceptadas de diagnóstico y tratamiento. Aunque de haber estado presentes los grandes doctores de Utrecht o Padua, tampoco habrían podido hacer mucho más que cortar y rezar, o prescribir pelos arrancados de la axila en un vaso de vino de quinina o los menstruos de un lirón hembra envueltos en excrementos de vaca. Pero los grandes doctores no estaban presentes —pasarían aún cinco o seis años antes de que el propio Nipperhausen respirase por primera vez, y eso en el Palatinado—, así que, en los casos extremos, los colonos solían apoyarse en las artes y los exorcismos de los kitchawank, los canarsee y los wappinger. Por lo tanto, Mohonk.

Media hora después Katrinchee apareció en el umbral, apagada por la sombra del hijo menor de Sachoes. Mohonk tenía veintidós años, era adicto a la sangría, la ginebra y el tabaco, alto como un pino y delgado como una cigüeña. Encorvado en el umbral, con la zamarra de mapache erizándose sobre él, parecía un diente de león a punto de germinar.

—Ah —dijo, y luego recurrió a todo su vocabulario holandés—: *Alstublieft, dank u, niet te danken*. —Arrastró los pies hacia delante esparciendo un intenso olor a almizcle de mapache a su alrededor, y se inclinó sobre el paciente.

Harmanus lo miró como un niño castigado, totalmente dócil y contrito. Su voz era apenas audible.

—Pastel —gimió.

Mohonk miró a Agatha.

—Comer demasiado —dijo ella representando la escena con gestos—. *Eten. Te veel*.

Por un momento el kitchawank pareció desconcertado.

—*Eten?* —repitió.

Pero cuando Agatha agarró una cuchara de madera y empezó a llevársela furiosamente a la boca una y otra vez, una expresión primero de comprensión y luego de horror invadió el rostro del indio. Saltó lejos de Harmanus como si le hubieran pinchado, con sus largas manos cobrizas manoseando vagamente el cinturón de su zamarra.

Agatha soltó un grito ahogado, el pequeño Wouter se puso a resollar, Jeremias se miró los pies. El indio ya se iba hacia la puerta cuando Katrinchee se adelantó y le agarró del brazo.

—¿Qué es? —le preguntó—. ¿Qué le pasa?

Ella le hablaba en la lengua de sus antepasados, la lengua que él le había enseñado por encima de los lomos de las vacas. Pero él no quería contestar, sólo se lamió los labios y se ciñó el cinturón de la zamarra, aunque estaban a treinta y cinco grados, y pronto haría más calor.

—Mi madre —dijo al fin—. Tengo que ir a buscar a mi madre.

Los pájaros se habían refugiado en los árboles, y los mosquitos se habían levantado de los pantanos en pleno apogeo cuando él volvió con una vieja y marchita *squaw* que llevaba polainas sucias y un mandil. Seca como una mazorca de maíz, encorvada y medio paralítica, con la cara como un pozo negro, parecía que la hubieran desenterrado de una turbera o de un nicho en unas catacumbas. Cuando tenía seis años y era ágil como una salamandra se metió en el río hasta la cintura con el resto de la tribu y observó cómo el *Half Moon* se abría camino silenciosamente contra la corriente.^[2] El barco era una maravilla, una visión, una señal de los solitarios dioses que se escudaban en las montañas para preservar sus actos de los ojos de los mortales. Alguien dijo que era un don de Manítú, un gran pájaro blanco que venía a santificar sus vidas; otros, menos confiados, lo identificaron como un pez-diablo que venía a aniquilarles. Desde aquella época había visto cómo su marido era engañado por Jan Pieterse y Oloff van Wart, a su hija devorada por un caníbal, a su hijo menor embrutecido por el alcohol, y cómo la tercera parte de su tribu era liquidada por la viruela, la clorosis y varios males venéreos que los valones atribuían a los holandeses, los holandeses a los ingleses y los ingleses a los franceses. La *squaw* se llamaba Wahwahtaysee.

Mohonk dijo algo en su lengua que Agatha no pudo pescar, y su madre, Wahwahtaysee, la Luciérnaga, entró cautelosamente en la habitación. Llevaba consigo un bolso de cuerda lleno de accesorios para ahuyentar a los demonios (dientes caninos de zarigüeya y loba, notocordios de esturión, varias plumas, hojas secas y algunos puñados de materia orgánica descolorida tan esotérica, que incluso ella había olvidado su uso y origen); despedía un olor tan rancio e intenso, que a Agatha le recordó la marea baja de Twistzoekeren. Sin apenas mirar a Harmanus, que había empezado a aporrear su jergón y a pedir de nuevo el pastel, la *squaw* se arrastró hasta la mesa y volcó sin ninguna ceremonia el contenido de su bolso de cuerda.

Luego llamó a su hijo con cortas y airadas sílabas que sus labios soltaron como avispas saliendo en enjambre de la colmena. Mohonk, a su vez, dijo algo a Katrinchee, que se volvió hacia Jeremias y Wouter.

—Quiere que encendamos un fuego, una hoguera de verdad. ¡Venga, corred, traed leña de la pila!

Pronto la habitación se llenó de un calor infernal —el calor de una sauna finlandesa—, y la vieja *squaw*, cuyo sudor hedía al rancio aceite de visón con el que se untaba para adquirir salud y vigor, empezó a agitar sus amuletos ante las llamas uno por uno. Durante todo el tiempo entonó una áspera salmodia contra los *pukwidjinnies*, Jeebi, el espíritu fantasma, y diablos de toda índole. Según lo que Mohonk contó después a Katrinchee, la *squaw* estaba intentando exorcizar los espíritus dañinos que se habían congregado en aquel lugar y de algún modo habían infectado a Harmanus. Porque la cabaña, construida unos seis años antes por Wolf Nysen, un sueco de Pavonia, se había levantado precisamente en el sitio donde el grupo de cazadores había encontrado a Minewa.

Al cabo de una hora, más o menos, la vieja metió la mano en el fuego y la mantuvo allí hasta que a Agatha le pareció oler a carne asada. Las llamas lamían los dedos extendidos, jugueteaban sobre las hinchadas venas del dorso de la mano, pero Wahwahtaysee no retrocedía. Los segundos pasaban, Harmanus yacía silencioso, los niños observaban con horror. Cuando por fin la *squaw* apartó la mano de las llamas, la tenía indemne. La mantuvo en alto y la examinó durante un buen rato, como si nunca hubiera visto la carne y el hueso, la sangre y los tendones. Luego se levantó, se arrastró pesadamente por la habitación y extendió la palma de la mano sobre la frente de Harmanus. Éste no reaccionó. Siguió allí mirándola sin interés ni animación, igual que la había mirado una hora antes, cuando ella había entrado por la puerta. La única diferencia era que ahora no pedía pastel.

Pero por la mañana pareció recobrar su antigua personalidad. Se levantó al alba y bromeó con los chicos. Meintje van der Meulen, al enterarse de sus apuros, les había enviado media docena de pequeñas hogazas de pan, y Harmanus escogió la más pequeña, se la metió en el zurrón, se puso el hacha al hombro y echó a andar campo a través. Al mediodía volvió y tomó un poco de potaje de guisantes.

—Sírvete un cucharón más, ¿no, Harmanus? —le pidió Agatha. Pero fue en vano. Y al oscurecer se comió un filete de perca, un trocito de lechuga y dos mazorcas de maíz antes de caer en un plácido sueño. A Agatha le pareció que sus hombros se liberaban de una pesada carga, se sintió aliviada y agradecida. Sí, el huerto estaba diezmado y la despensa vacía, y el viejo Van Wart quería setenta y cinco florines como compensación por su cerdo, pero al menos ella había recuperado a su marido, al menos la familia estaba otra vez completa. Aquella noche rezó a san Nicolás.

La oración cayó en saco roto. O quizá fue interceptada por Knecht Ruprecht, el malicioso sirviente del santo. O quizá, dados los misterios del Nuevo Mundo y sus múltiples divinidades rivales, las oraciones que Agatha había aprendido en

Twistzoekeren no resistían la travesía del océano. En cualquier caso, el proceso de desintegración empezó a acelerarse: justo al día siguiente del regreso de Harmanus al reino de la moderación Jeremias sufrió un accidente.

Imagínense el día: cálido, sin nubes, con un aire tan denso que uno no podía desvanecerse aunque quisiera. Jeremias estaba ayudando a su padre a arrancar los matojos en un montecillo encrespado que lindaba con el estanque de Van Wart, antaño estanque de Wapatoosik. Trabajaba mecánicamente, tan indiferente a las picaduras de los mosquitos como a las de los tábanos. Debió de pasar junto a la orilla del pardusco estanque unas veinte veces —con los brazos cargados y los ojos llenos de sudor— antes de que se le ocurriera quitarse la ropa y refrescarse. Desnudo, chapoteó en el barro de la orilla del estanque. Se abrió camino cautelosamente, con el barro oponiéndose a él como si estuviera vivo, cuando de pronto el fondo del estanque se abrió y algo le agarró el tobillo izquierdo con un zarpazo tan fiero e indomable como el de la Muerte. No era la Muerte. Era una tortuga mordedora, una *Chelydra serpentina*, grande como una rueda de carro. Cuando Harmanus llegó con su hacha, el agua se había teñido de rojo con la sangre, y él tuvo que meterse en el agua hasta las rodillas para localizar la maligna, córnea y antediluviana cabeza de la criatura, y separarla del caparazón con su hacha. La cabeza siguió clavada a la pierna. El resto del monstruo, con las garras agitándose todavía, se deslizó de nuevo hacia el lodo.

En casa Harmanus abrió las cerradas fauces con unas tenazas de herrero y Agatha limpió y curó la herida lo mejor que pudo. Desde luego, tendrían que pasar unos doscientos años para que se identificaran los agentes de la sepsia (invisibles animalillos en verdad; pero cualquier estúpido sabía que los vapores de la noche ennegrecen una herida y que ni la ausencia ni la presencia de los cometas detiene el proceso), y así, a Jeremias simplemente le envolvieron el tobillo con jirones de trapos sucios. Cinco días después la pierna del chico tenía el color de una fruta podrida en verano, y segregaba un pálido fluido, como suero, por debajo de los vendajes. Le subió la fiebre. Mohonk prescribió orina recién sacada de la vejiga de un castor, pero todos los castores que cazó se mearon perversamente antes de que los sacara del agua. La fiebre empeoró. Al séptimo día Harmanus apareció en el umbral con la sierra de través que guardaban en la leñera. Ochocientos metros más allá, al borde de Blue Rock, con Jan Pieterse y un barril de ron, Mohonk, Katrinchee y el pequeño Wouter se tapaban los oídos, intentando no oír los enloquecedores y jadeantes chillidos de espanto que silenciaban a los pájaros como la llegada de la noche.

Milagrosamente Jeremias sobrevivió. Harmanus no. Cuando el hueso se separó del hueso y el jergón de su hijo se convirtió en una masa sanguinolenta de carne y fluidos revueltos, arrojó el hacha y salió disparado, de cabeza hacia el bosque, gimiendo como un caballo con una bala en las tripas. Corrió durante casi tres kilómetros y luego se dejó caer sobre los arbustos, donde permaneció traumatizado hasta después del ocaso. Al día siguiente la piel empezó a escocerle, y más tarde se le

llenó de pústulas. Al final de la semana yacía indolente en un jergón junto al de su hijo, con los ojos cerrados e hinchados, y la cara como de pesadilla de leproso. De nuevo llamaron a Mohonk, esta vez para ponerle cataplasmas de sasafrás sobre las llagas. Cuando Agatha vio que todo aquello era en vano, llamó al patrón y le pidió que enviara a buscar a Huysterkarkus río abajo. Van Wart contestó que lo sentía, pero que no podía ayudarla.

No fue culpa de Katrinchee. De acuerdo, quizá estaba soñando con Mohonk y la forma en que la había tocado la semana pasada, cuando jugaban en las heladas aguas del Acquasinnick, y quizá tuviera la muñeca dislocada de arar la tierra para hacer un nuevo sembrado de coles, pero le podía haber pasado a cualquiera. La pierna de venado estofada, fue eso. Se dirigía hacia la mesa llevándola en la mano por aquella habitación llena de trastos, pequeña, inhabitable, del tamaño del retrete que tenían en Zelanda, cuando tropezó con el cubo de la leche, patinó por el suelo con sus zuecos de madera y derramó la fuente —su contenido estaba lo bastante caliente como para repeler a los invasores que subieran por los muros de un castillo— sobre la camisa de su padre.

Fue el final de Harmanus. Se levantó del jergón de paja de un salto increíble que le dejó suspendido en el aire como una marioneta durante cinco segundos, se abrió paso a través de una ventana destrozando los postigos nuevos sin un solo quejido, y echó a correr hacia los árboles, lanzándose ciegamente de un tronco a otro mientras la familia le perseguía. Le encontraron entre las agudas rocas al pie de la colina de Van Wart, una caída vertical de quince metros. Jeremias no situaba exactamente la cronología de los hechos de aquel año, pero, según recordaba, fue más o menos un mes después cuando aquel rayo cayó sobre la casa y la quemó totalmente, llevándose con ella a su madre y a Wouter. Al día siguiente Katrinchee se entregó a los fuegos del infierno huyendo a Indian Point con el pagano Mohonk.

Cuando llegó noviembre y venció el término de los pagos, el comisionado de Van Wart cabalgó hasta allí desde la administración, en Croton, con un zurrón lleno de libros de cuentas colgando tras él. Esperaba encontrarse con problemas en la granja Van Brunt —no estaban al corriente por lo que hacía a la leña y a los productos agrícolas—, pero cuando llegó al final del camino de carro que llevaba a la propiedad, se quedó estupefacto. Donde antaño se erguía la cabaña, ahora sólo quedaban cenizas. El grano se había secado en los campos, y luego, batido por la primera tormenta de invierno, se había helado en montones diseminados. Y en cuanto al ganado, había desaparecido también: los dispersos montoncillos de plumas daban testimonio del destino de las aves de corral, pero no se veía por ninguna parte el buey ni las vacas lecheras. El comisionado era un hombre práctico, escrupuloso, de gran trasero y abultada tripa. Aunque nada le hubiera gustado más que irse corriendo al almacén de Jan Pieterse y sentarse junto al fuego con una jarra de cerveza, dio unos golpes a los fríos flancos de su montura y avanzó hacia delante en pos de su objetivo.

Circundó el roble blanco que se erguía en el patio delantero, encontró un arado

herrumbroso que estaba junto a la cerca inacabada y se asomó a mirar el interior del pozo. Cuando estaba a punto de darse por vencido, descubrió un rastro de humo elevándose sobre el erizado bosquecillo que había ante él. Parándose tan sólo para reencender su pipa y hundir sus nalgas en la helada silla, el comisionado de Van Wart atravesó el claro y se adentró en la maleza castigada por el invierno hasta el extremo más lejano. Lo primero que vio fue el buey, o más bien lo que quedaba de él, la piel momificada sobre los huesos, y los ojos, orejas y labios mordisqueados por los carroñeros del bosque. Más allá un rudo cobertizo.

—¡Hola! —llamó.

Pero no hubo respuesta.

Entonces vio al chico. Envuelto en jirones y pieles despellejadas, encogido sobre una piel de vaca a la sombra del cobertizo. Observándole.

El comisionado condujo el caballo hacia delante y se aclaró la garganta.

—¿Van Brunt? —preguntó.

Jeremias asintió. La temperatura estaba ya bajo cero, el viento era del noroeste, procedente de Canadá. El chico estaba sentado sobre la pierna buena. La otra, la que terminaba en una estaca de madera como la del belicoso Pieter Stuyvesant, yacía a la vista, insensible al frío. Jeremias observó en silencio cómo el hombre gordo se contorsionaba en la silla para alcanzar algo que llevaba dentro de un zurrón. Era un gran libro encuadernado en piel. Lo hojeó, dejó como señal el cañón de su pipa y bajó los ojos hacia él.

—Por el uso y el beneficio de esta tierra bajo la encomienda de Oloffte Stephanus van Wart, según la patente que se le concedió, adeuda usted dos cargas de leña, setenta celemines de trigo, dos pares de gallinas, veinticinco libras de mantequilla, quinientos florines de renta anual, más setenta y cinco florines por la apropiación indebida de un cerdo.

Jeremias no dio nada. Se inclinó hacia delante para atizar el fuego; los ojos le escocían a causa del humo. El gordo llevaba zapatos con hebillas de plata, pantalones de franela, una capa de piel y orejeras de piel de conejo bajo su sombrero cónico.

—Y bien, Van Brunt, ¿no me ha oído? —preguntó el comisionado.

Transcurrió un largo momento, con el bosque invernal silencioso como una tumba.

—No soy más que un muchacho —dijo por fin Jeremias, y su voz se ahogaba con el peso de todo lo que había tenido que sufrir—, *Vader* y *moeder* están muertos, y todos los demás también.

El comisionado se movió en su silla, se aclaró la garganta por segunda vez y aspiró su pipa. Una columna de humo salió de sus labios.

—¿Quiere decir que no lo tiene?

Jeremias miró a otra parte.

—Muy bien, señor —dijo el comisionado al cabo de un momento—. Debo informarle que está usted incumpliendo las condiciones de su acuerdo con el patrón.

Me temo que tendrá usted que desocupar el terreno.

Polvo ancestral

Depeyster van Wart, el duodécimo propietario de la mansión Van Wart, la casa señorial de finales del siglo XVII que se alzaba en las afueras de Peterskill, sobre la colina de Van Wart, desde donde dominaba una vasta visión del basurero de la ciudad y de las agitadas aguas del arroyo de Van Wart, siempre repletas de porquería, era geófago. Es decir, comía polvo. No era polvo corriente, como moho del follaje o suciedad de las alfombras, sino una especie muy particular de polvo, algo totalmente seco y con un leve olor a trillones de criaturas microscópicas muertas que le daban cuerpo y sustancia, un polvo que no había visto la luz del día en trescientos años y que se esparcía frío y estéril entre los dedos, un polvo de tanta categoría como el que se encontraba debajo del templo de Angkor Wat o el que llenaba la tumba de Grant. No, lo que él comía era polvo ancestral, extraído con una azada de jardín de las frías cavernas que había debajo de la casa, en las que el tiempo parecía haberse detenido. Incluso ahora, sentado ociosamente ante su pomposo escritorio tras la puerta de cristal opaco en la Depeyster Manufacturing, pensando en la comida, el periódico de la tarde y la compra de nuevos terrenos, el sobre comercial que llevaba en el bolsillo del pecho estaba lleno de aquel polvo hasta la mitad. De vez en cuando, en actitud meditabunda, humedecía la punta de su dedo índice y lo hundía furtivamente en el sobre antes de llevárselo a los labios.

Algunos fumaban, otros bebían, hacían trampas con las cartas o maltrataban a sus mujeres. Pero Depeyster se permitía sólo aquella excentricidad inofensiva, que era su único vicio. Era un niño pequeño, no tendría más de dos años, cuando por primera vez se escapó de la vigilancia de su niñera (una vieja negra llamada Ismailia Pompey; Ismailia llevaba tanto tiempo con la familia que pasaba por alto el hecho de que Lincoln hubiera liberado a los esclavos), encontró la puerta descolorida y resquebrajada entreabierta y la empujó para abrirse camino hacia las reconfortantes y frías profundidades del sótano. Silenciosamente cerró la puerta y se sentó ante su primera comida. Mientras gateaba en la oscuridad triturando el polvo con sus dientes de leche, dándole forma con la lengua, paladeando su leve sabor fecal, por encima de él se desplegó una búsqueda que se convirtió en parte de la leyenda familiar. Instalado en aquella oscuridad nutritiva y ancestral, debió de oír su nombre mil veces mientras escuchaba los frenéticos pasos por encima de su cabeza, la voz de su madre al teléfono, y a su padre, al que habían hecho volver de la oficina, sermoneando y golpeteando airadamente botella y vaso. ¿Cuántas veces habían empujado la puerta

de su santuario y había podido entrever las caras de los preocupados adultos enmarcadas en un triángulo de luz? ¿Cuántas veces habían pronunciado su nombre en aquella oscuridad devoradora antes de que finalmente, cuando el sol se había puesto ya y estaban dragando el estanque, se decidiera a salir, con los labios untados con su secreto? Su madre lo había apretado contra su pecho en medio de una aureola de perfume y calor corporal, y su padre, aquel hombre disoluto y malcarado, se deshizo en lágrimas: el hijo descarriado había vuelto a casa.

Ahora ya no era un niño. Cincuenta años —cincuenta y uno en octubre—, elegante, guapo y con un acento rico en énfasis patricios propios de los Roosevelt, Schuyler, Depeyster y Van Rensselaer que le habían precedido, descendiente de la dinastía Van Wart y cabeza nominal de la Depeyster Manufacturing, era un hombre en la aurora de la vida, bronceado, grácil y atlético, el blanco de las miradas de la comunidad. También era un hombre que cargaba con su pesar con la misma discreción con que utilizaba aquel sobre de polvo. Aquel pesar era un dolor en los riñones, una ráfaga de ametralladora que le llegaba al corazón, y es que pensar en ello era pensar en la extinción, en un universo negro e indiferente, en la futilidad de la existencia y del esfuerzo humanos: él era el último de los Van Wart.

Casado desde hacía veintitrés años con una mujer que le había dado un fruto —una hija— y que luego había reconducido su energía sexual hacia las compras, los tratamientos faciales, la cocina étnica y la atención a los indios, había intentado todo lo concebible para engendrar un heredero legítimo. Al principio, cuando aún hacían vida conyugal, probó pomadas, ungüentos y mezcolanzas malolientes que había adquirido de recelosos tenderos del barrio chino. Se vestía con elegancia y leía a su mujer pasajes eróticos de *Lolita*, *Los aventureros* y del Antiguo Testamento. Consultó a terapeutas, consejeros, médicos, técnicos, curanderos y criadores de caballos, pero todo fue en vano. No sólo Joanna no volvió a quedarse embarazada, sino que empezó a esquivarle cuando se iban a dormir, por la mañana, a la hora de comer y en la vecindad más inmediata de cualquiera de los seis cuartos de baño. La estaba atosigando demasiado, decía. El sexo se había convertido en una obligación, un deber, alternativamente clínico y perverso, como trabajar un día en un laboratorio y al siguiente en la cabaña de un brujo. ¿Qué se creía que era, una puta cara o algo así? Fue poco después de aquello cuando Joanna descubrió a los indios.

Cualquier otro habría pedido el divorcio, pero Depeyster no. Ningún Van Wart se había divorciado nunca, y él no quería sentar precedente. Además, a su manera la quería. Era una mujer atractiva, con una permanente mirada de asombro en los ojos, los miembros finos y aquella actitud tan suya de llevarse a sí misma como un regalo en una bandeja. Y a veces él se sorprendía anhelándola tal como era antes. Pero había otras veces en las que dejaba vagar la mente y se la imaginaba fatalmente herida en un accidente de coche o víctima de un virus maligno. Habría un funeral. Él lo sentiría. Llevaría un brazalete negro, después se iría por ahí y encontraría a una fecunda joven de piernas fuertes, una amazona o una acróbata. O una de las

universitarias de ojos inexpresivos, descalzas y sin sujetador que entraban y salían de la casa bajo la tutela de su hija. Tierra fértil. Aquello era lo que necesitaba. Y si llegaba el momento en que él fracasara, cuando el mecanismo dejara de funcionar como debía, pues muy bien, siempre le quedaba la cámara frigorífica de la compañía Trilby, donde guardaban doce envases con sus semillas perpetuamente dispuestas para la ocasión.

Depeyster suspiró y tomó otra pizca de polvo. Hacía demasiado calor para jugar al golf —treinta y cinco grados, y una humedad que sobrepasaba el límite aceptable—, y la sola idea de aparejar el *Catherine Depeyster* era suficiente para postrarle. Echó un vistazo al reloj: la una y cuarto. Demasiado pronto para irse a casa. Pero ¿a quién intentaba engañar? Todos los trabajadores de la fábrica, incluida aquella gorda granujienta que habían contratado hacía dos días para la sección de embalaje, sabían que no podía distinguir una tuerca de un tornillo, y que tampoco le importaba. Así que al infierno con ellos. Lo que haría, pensó de pie, acariciando el sobre que llevaba en el bolsillo de la pechera, sería ir a casa a comer un poco, tomar un té helado, coger la edición vespertina del *Peterskill Post Dispatch Herald Star Reporter*, echar una siesta, y luego, si refrescaba a última hora del día, iría en coche a la propiedad de Crane y soñaría que el viejo Crane se la había vendido.

En casa, en la cocina, cortando en rodajas un tomate sobre el aparador de caoba que el marqués de Lafayette regalara a Pierre van Wart en 1778 como expresión de sincera gratitud por haberle cuidado durante mes y medio de enfermedad, Depeyster echó un vistazo a los titulares del periódico que yacía junto a él, aún sin desplegar, REUNIÓN DEL CONSEJO ESCOLAR, leyó. MURIEL MOTT VUELVE DEL VIAJE A TANZANIA. El tomate aún estaba caliente del huerto. Lo cortó en rodajas gruesas, peló una cebolla de las Bermudas y se sumergió en la nevera buscando jamón, queso cheddar blanco y mayonesa, LOS RUSOS INVADEN CHECOSLOVAQUIA. Los viejos listones de madera crujieron bajo sus pies. El jamón de Virginia y el queso blanco picante ascendieron sobre una rebanada de pan de maíz y centeno. Cortó la cebolla, untó mayonesa y se llevó el plato y el periódico a la mesa de madera de cerezo que pertenecía a la familia desde hacía doscientos años, UNA LEY PERMITE QUE LOS PERROS VAYAN SUELTOS. LA EMPRESA DE RECOGIDA DE BASURAS FAGNOLI AFECTADA POR LA HUELGA. En la mesa había un salero y un pimentero, ambos de porcelana de Delft, con la forma de un zueco de madera. Roció las dos caras del tomate con sal y pimienta, y luego, mirando por encima del hombro, cogió de su bolsillo un pellizco de polvo. Al espolvorear el sándwich con él, apenas se distinguía de los demás condimentos.

Desplegó el periódico con un bufido de desdén. El consejo escolar era una broma, y siempre había detestado a Muriel Mott; de hecho, esperaba que la hubieran destrozado las hienas en algún remoto lugar fronterizo. Lo de Fagnoli no le afectaba. Y tenía la costumbre de disparar contra cualquier perro que se acercase a su

propiedad. En cuanto a los rusos, en ese tema siempre había estado de acuerdo con el general George S. Patton, a cuyas órdenes sirvió. Pero al pie de la página un pequeño titular captó su atención:

Vecino herido en un accidente al amanecer

Walter Truman van Brunt, de veintidós años, vecino del número 1777 de la calle Barón de Hirsch, en la colonia Kitchawank, resultó herido esta mañana al perder el control de su motocicleta en la carretera de Van Wart, al este de Peterskill. Van Brunt se fracturó una costilla y sufrió contusiones en la cara, además de perder el pie derecho. Burleigh Strang, de Strang Fertilizer, apareció en el escenario del accidente momentos después de que todo se llenara de sangre. Strang dijo: «Había tanta niebla, que estuve a punto de atropellarle». Se considera que Strang le salvó la vida a Van Brunt, pues los médicos del Hospital Municipal de Peterskill dijeron que si no llega a ser por su intervención, Van Brunt se habría desangrado [...] a doce personas presentes. El doctor Rausch, superintendente de escuelas, se refirió al problema de los armarios individuales para los miembros del equipo de hockey femenino [...] reaccionando con rapidez y colocándolo en la caja de su camión de reparto, sin olvidar llevarse el pie cercenado, con la esperanza de que los médicos pudieran salvárselo. El pronóstico de Van Brunt es reservado.

Van Brunt. Truman van Brunt. Hacía años que no oía aquel nombre. Años. ¿Cuántos, quince? ¿Veinte? Levantó la vista del periódico, y allí, en la cocina, por encima de la cebolla, el jamón y la pizca de polvo tribal, se materializó de pronto la cara de Truman, tal como era en 1949, la noche de los tumultos. El pelo rojo oscuro pegado por el sudor y cayéndole por la frente como una corona de espinas, la sangre seca en la comisura de la boca, y los ojos pálidos y oscuros —del color del hielo del río— aturcidos por el shock. «He venido por mis treinta monedas de plata», dijo. Y de pronto Joanna también estaba allí, en la puerta, con una sonrisa marchita como una flor cortada. Era joven, tenía las piernas suaves y firmes, y llevaba el kimono cruzado sobre el pecho. No necesitaba maquillaje. «¿Qué pasa?», le dijo ella mientras Depeyster ya se levantaba de la silla. «Pregúntaselo», contestó Truman, que avanzó por la cocina señalándole con un dedo ensangrentado. Y entonces desapareció.

Depeyster sacudió la cabeza como para despejarse, y luego, llevándose el sándwich a los labios, volvió a enfrascarse en el artículo. Truman van Brunt, pensó. Mala suerte y conflictos, sólo eso. Y ahora su hijo —poco más que un niño— había quedado mutilado de por vida.

Leyó el artículo por segunda vez; luego dejó el sándwich y le quitó la rebanada de encima. Había pedacitos de cebolla pegados a la mayonesa, que ya había empezado a tomar un color rosado por el contacto con el tomate. Lo espolvoreó todo con una pizca talismánica de polvo del sótano, y cuando levantó los ojos vio que su hija, Mardi, entraba medio atontada en la habitación.

Si ella había visto algo, no lo demostró. Avanzó indolente hacia la nevera, vestida con una sucia bata y con el maquillaje de la noche anterior rodeándole los ojos como *fond de teint*. Estaba ojerosa y parecía una arpía, una drogadicta, una borrachuza. Supuso que había pasado la noche fuera, como de costumbre. Sintió deseos de decirle algo, algo cortante e hiriente, crítico, amargo. Pero se suavizó recordándola de pequeña, y luego, mientras ella se inclinaba a escrudiñar las brillantes profundidades de la nevera, se maravilló ante aquella criatura descalza y greñuda como una hippy,

aquella adulta desconcertante, aquella mujer, único fruto de sus riñones.

—Buenas —dijo él al fin, con un gesto irónico.

—¿Has visto el zumo de naranja?

Él lo pensó un momento, mientras daba un tranquilo bocado a su sándwich y se limpiaba los labios con una servilleta de papel. Por un momento se fijó en los ojos sagaces y la sonrisa levemente absorta del general Philip van Wart (1749-1831), cuyo retrato, pintado por Ezra Ames, colgaba junto a la ventana de la cocina desde su muerte.

—¿Has mirado en el congelador?

Mardi abrió la puerta de plástico del congelador sin hacer el menor comentario. Mientras miraba cómo cogía el llamativo envase del estante y lo manipulaba desmañadamente con el abrelatas eléctrico, sintió de repente el deseo de sacudirla, sacudirla para que se despertara, cortarle el pelo, coger todas sus minifaldas y medias de red y tirarlas al cubo de la basura, que era donde mejor estarían, y reintegrarla a la comunidad humana. Que él supiera, lo único que hacía era andar en compañía de una panda de personajes que parecían sacados de una cueva de Nueva Guinea, abogar por la liberación sexual y la libertad de los pueblos oprimidos de Asia en la mesa a la hora de cenar, y dormir hasta mediodía. En junio se había graduado en Bard, y lo más cerca que había estado de tener un trabajo desde entonces había sido un comentario que se le escapó sobre un bar de Peterskill: en otoño, cuando no sé quién se fuera a Maui, ella tal vez trabajara dos noches a la semana como camarera en el bar; nada definitivo aún, por supuesto.

¡Sacúdela!, le dijo una voz en su interior. ¡Quítale la mierda de encima!

—¿Has visto a mamá? —murmuró ella mientras llenaba a rebosar una jarra de cerámica esgrafiada inglesa. Un líquido vagamente amarillento se deslizó hacia el mármol, y de allí al suelo, goteando.

—¿Qué? —preguntó él, aunque la había oído perfectamente.

—Mamá.

—¿Qué pasa con mamá?

—Que si la has visto.

Claro que la había visto. Al amanecer. Sacaba la camioneta al camino particular de la mansión para irse a Jamestown y a la reserva india. La camioneta iba tan cargada de camisas viejas, trapos, sombreros agujereados y zapatos pasados de moda, de medidas fuera de lo común, que se tambaleaba peligrosamente, como un carguero extranjero llegando a puerto con una carga de rodamientos de bolas. Joanna, todavía con el pelo lleno de rulos, le había dedicado un rígido y serio gesto con la mano y le dijo que estaría en casa al día siguiente, como siempre. Él le había devuelto el saludo aturdido. Cualquiera que les hubiera visto —él, con la bata de seda de Yakarta de su abuelo, de pie en el quieto amanecer lleno de pájaros; ella, sonriente, sin maquillaje e imperturbable, conduciendo la camioneta por el camino particular con toda aquella porquería— habría pensado que acababa de despedir a la doncella, o que había hecho

un donativo muy poco generoso al Ejército de Salvación. Miró a su hija.

—No —dijo—. No la he visto.

De todas formas, aquella información no pareció producir mucho efecto en Mardi, en ningún sentido. Se bebió un vaso de zumo, se sirvió otro y avanzó vacilante hacia la mesa, se derrumbó en la silla, agarró desesperadamente el vaso e hizo ademán de coger el periódico.

—¡Coño! —murmuró—. Estoy hecha una mierda.

No siempre estaba tan comunicativa últimamente.

Estaba a punto de inquirir cuál era la causa y la raíz de aquel sentimiento, pensando que eso sería un medio para acercarse a su hija, y que quizá al compadecerla se saltarían la barrera generacional, cuando ella encendió un cigarrillo y echándole el humo a la cara le preguntó:

—¿Viene algo en ese periodicucho hoy?

De pronto se sintió humillado, cansado, como si fuera un lector de labios en presencia del Gran Enigma. En su tono más suave, generalmente reservado a sus compañeros de la Sociedad Histórica de Van Wartville, dijo:

—Pues en realidad sí. Al final. Algo sobre el hijo de un hombre al que yo conocía, un caso de verdadera mala suerte, que anoche tuvo un accidente. Es curioso porque...

—¿Y a quién le importa eso? —espetó ella apartándose de la mesa y arrugando el periódico con su mano libre—. Me importáis un pito tú y tus viejos compinches, no son más que una pandilla de fachas y racistas palurdos.

Ahora sí que la había hecho buena. Aquella ansia de sacudirla, de estampar un poco de sentido común en aquellos presumidos ojos sin vida, se apoderó de él clavándosele como unas afiladas garras. Se levantó.

—No me hables así. Tú, tú... Mírate. —Escupió e inició una diatriba contra todos los aspectos del credo hippy, su conducta y sus hábitos, desde su agobiante y estúpida música hasta sus sucios y desgredados compañeros de tribu, y terminó con una filípica contra uno de ellos en particular, el chico de los Crane—: Flaco, sucio y de aspecto enfermizo.

—Estás enfadado porque su abuelo no te quiere vender su preciosa propiedad, ¿no? —Ella cortó el aire con el dorso de la mano, como un juez absoluto e inamovible—. Sólo sabes pensar en eso, dinero e historia, ¿verdad?

—¡Hippy! —siseó él—. ¡Vaga!

—¡Esnob! ¡Comemierda!

—¡Narices! —rugió—. Yo sólo intentaba mantener una conversación, ser simpático, para variar. Nada más. Yo conocía al padre de ese chico, ese tal Van Brunt, y nada más. Somos dos seres humanos, ¿verdad? Padre e hija, ¿no? Y nos comunicamos, ¿no? Bueno, pues yo conocía a ese hombre, nada más. Pensaba que era una ironía, y bastante interesante, si nos ponemos en plan morboso, leer que su hijo había perdido el pie.

La expresión de Mardi había cambiado.

—¿Cómo has dicho que se llama? —le preguntó inclinándose hacia el periódico.

—Van Brunt. Truman. ¡Oh, no!, el hijo se llama de otro modo, William o Walter no sé qué.

Ella estaba de rodillas, alisando el periódico sobre los listones de madera de la cocina, que tenían trescientos años.

—Walter —murmuró leyendo en voz alta—. Walter Truman van Brunt.

—¿Lo conoces?

La mirada que ella le dedicó fue como una estocada.

—No en el sentido bíblico —dijo—. Al menos, todavía no.

Prótesis

Walter tuvo suerte.

Dos semanas después de su choque con la historia, salió del Hospital Municipal de Peterskill con un pie de plástico color carne, cortesía de los doctores Ziss y Huysterkark, la compañía de seguros Pensacola Corporation, Hesh y Lola. El doctor Ziss, después de tres vigorosos sets de tenis por la mañana temprano, había sido llamado a la sala de urgencias para asegurarse de que la herida se cerraba convenientemente. Desbridó el tejido dañado, acortó la tibia y el peroné, dejó libres dos colgajos de piel y músculo para que hicieran de cojín, y los suturó uniéndolos por encima del hueso en forma de boca de pez. El doctor Huysterkark apareció la tarde siguiente para darle ánimos y enseñarle cómo funcionaba la prótesis. Los de la compañía de seguros, en colaboración con Hesh y Lola, pagaron la cuenta.

Walter estaba dormitando cuando entró Huysterkark. Se despertó y encontró al médico sentado al borde de la silla de las visitas, con el pie de plástico en el regazo. Los ojos de Walter fueron inmediatamente desde el pelo desigual y la sonrisa fija del doctor a la prótesis, y contemplaron la protuberancia del hueso del tobillo y las hendiduras que delineaban los dedos. Parecía algo arrancado del maniquí de una tienda.

—¡Ah, se ha despertado! —dijo el médico sin apenas mover sus labios color salmón. Llevaba una bata de operar y zapatos de dos colores. Tenía la pinta de ser un hombre capaz de vender hielo a un esquimal—. ¿Ha dormido bien?

Walter asintió mecánicamente. En realidad había dormido como un condenado a muerte esperando su ejecución, acosado por miedos irracionales y por los demonios del inconsciente.

—He traído la prótesis —dijo Huysterkark—. Y algo de... —se puso a hurgar en un sobre de papel Manila— material complementario.

Aunque Walter se había graduado en humanidades en la universidad estatal (una visión fragmentada de la literatura mundial, un seminario sobre los ritos de circuncisión en las islas Trobriand, cursos de historia de la agricultura, fabricación de láudes en la Edad Media y filosofía contemporánea que hacía hincapié en la obsesión por la muerte y el existencialismo, por mencionar los temas más sobresalientes), no estaba familiarizado con el término.

—¿Prótesis? —repitió con los ojos fijos en el pie de plástico.

De golpe se vio invadido por el pánico. Aquel repugnante pedazo de plástico,

aquel pie de muñeca iba a ser injertado de una forma seguramente desagradable a su propio yo desmembrado y defectuoso. Pensó en Ahab, en Long John Silver y el viejo Joe Crudwell, que vivía en la misma manzana que él y había perdido las dos piernas y el antebrazo derecho por culpa de una granada alemana en el bosque de Belleau.

Abstraído en el sobre, Huysterkark apenas le miró.

—Una pieza de recambio. Del griego: poner a, añadir a.

—¿Y lo es?

Huysterkark ignoró la pregunta, pero alzó los ojos para clavar en Walter una mirada astuta y observadora.

—Piénselo de esta forma —le dijo al cabo de un momento—. ¿Qué pensaría si su cuerpo fuera una máquina, Walter, digamos un coche? Si usted fuera un Cutlass descapotable, ¿eh? Lustroso y reluciente, recién sacado de la tienda.

Walter no sabía qué decir. Él no quería hablar de coches, quería hablar de pies y de movilidad. Quería hablar del resto de su vida.

—Probablemente podría usted funcionar sin problemas durante años, Walter, pero según fuera acumulando kilómetros, seguro que algo en usted se agotaría más tarde o más temprano. ¿Me sigue? —Huysterkark se inclinó hacia delante—. Digamos que en su caso le ha fallado una rueda.

Walter intentó mantener la mirada del médico, pero no pudo. Estudió sus manos, las mangas de su pijama de hospital, las arrugas de las sábanas.

—Bueno, ¿qué haría entonces, eh? —Huysterkark se detuvo. El pie estaba en su regazo, como una piedra—. Pues iría usted a la tienda de recambios y se compraría una nueva, eso es lo que haría. —El médico parecía autocomplacido. Parecía como si acabara de anunciar una sencilla cura para el cáncer, las enfermedades cardíacas y las fiebres tropicales—. Aquí lo tenemos todo, Walter —dijo haciendo un gesto con el brazo que abarcaba todo el hospital—. Ojos, piernas, rótulas, válvulas de plástico para el corazón y vértebras de acero. Tenemos manos mecánicas capaces de pelar una uva, Walter. Dentro de muy pocos años tendremos riñones, hígados y corazones artificiales. A lo mejor algún día somos capaces de reemplazar circuitos cerebrales estropeados.

Walter contuvo la respiración. Apenas pudo formular la pregunta, y casi se sintió culpable de haberla planteado. Pero la verdad era que quería saberlo.

—¿Podré... bueno, en fin, podré... volver a andar?

El médico lo encontró chistoso. Echó la cabeza hacia atrás y esbozó una amplia sonrisa, mostrando una tría de dientes manchados y unas encías color mayonesa.

—¿Andar? —aulló—. Antes de que se dé cuenta estará bailando. —Bajó la cabeza, cruzó las piernas y empezó a revolver los papeles. Entre tanto el pie se le deslizó del regazo, cayó al suelo con un ruido sordo y se escurrió bajo la silla. El médico pareció no advertirlo—. Ah, aquí —dijo, y le mostró la fotografía de un hombre con pantalones cortos y zapatillas de deporte haciendo *jogging* por una carretera asfaltada. El hombre tenía la pierna seccionada quince centímetros por

encima de la rodilla, y desde ese punto bajaba una barra de acero hasta un tobillo de plástico color carne. El aparato se aguantaba en su sitio por medio de correas que se unían en la parte superior del muslo—. El valle de la Drang —dijo el médico—. Un encuentro desafortunado con unas... esto, minas enemigas contrapersonal, creo que las llaman. Yo mismo le coloqué la prótesis.

Walter no sabía si sentirse aliviado o vomitar. Su primer impulso fue saltar de la cama, salir por el pasillo a la pata coja y tirarse por la ventana gritando. Su segundo impulso fue echarse hacia delante y abofetear la terapéutica sonrisa del médico. Su tercer impulso, por el que se dejó llevar, fue quedarse rígido y apretar los dientes como si fuera un catatónico.

El médico no le hizo caso. Estaba ocupado pescando el pie de Walter bajo la silla, sin dejar de conferenciar sobre el uso y los cuidados de aquel objeto como si fuese una planta de invernadero en lugar de una masa inerte de plástico manufacturada en Weehawken, Nueva Jersey.

—Desde luego —dijo mientras se enderezaba, con el pie en la mano—, sería absurdo que se engañara a sí mismo. Ahora está usted mutilado —hizo una pausa—, y experimentará cierta pérdida de movilidad. Pero cuando las cosas se asienten, creo que se sentirá capaz de realizar todas sus actividades anteriores.

Walter no le escuchaba. Estaba mirando el pie, en el regazo de Huysterkark (el médico se lo iba pasando inconscientemente de una mano a la otra mientras hablaba), y una sensación de desesperanza y de irremediable fracaso se abría paso por sus venas como una especie de infección. Se sentía juzgado y condenado, y al mismo tiempo se rebelaba contra la injusticia de todo aquello. El viejo Joe podía vituperar a los hunos, Ahab a la ballena. Walter sólo tenía una sombra, y la imagen de su padre.

¿Por qué yo?, pensaba sin cesar mientras el médico jugaba con aquel pie advenedizo como si fuera un bibelot o un pisapapeles. ¿Por qué yo?

—No, no, Walter —dijo Huysterkark—. Si nos atenemos a los hechos, usted ha tenido suerte. Mucha suerte, en efecto. Si hubiera golpeado aquel indicador un poco más arriba, habría perdido la pierna por encima de la rodilla, así. —Sus manos acabaron de explicarlo.

Al otro lado de la ventana el sol se ponía sobre las copas de los árboles. Más allá, a lo largo de la autopista, la gente salía a jugar al tenis, a comprar comida, a nadar, a jugar al golf, a aparejar barcos en el muelle de Peterskill, o se paraba a tomar un refresco en el Elbow. Walter yacía entre las rígidas sábanas blancas, helado por la autocompasión, sin remedio. Pero había tenido suerte. ¡Oh, sí!, desde luego. Mucha suerte, mucha suerte, muchísima suerte.

La noche antes, después de que Hesh y Lola se fueran y cuando la anestesia empezaba a abandonarle, Walter había tenido un sueño. El pálido fulgor del pasillo se confundió con la niebla, el siseo del intercomunicador se convirtió en el chapalateo del agua sucia en los pilotes, la marea bajaba, y había un olor tan penetrante que parecía provenir de todo lo que había vivido y muerto sobre la tierra. Estaba pescando

cangrejos. Con su padre. Con Truman. Se habían levantado al amanecer, habían puesto los bártulos en el portaequipajes del Studebaker, con el cebo envuelto en papel de periódico. Paseaban por el puente de madera sobre el Acquasinnick, donde, al subir la marea, el río se ensancha y fluye sin cesar hacia arriba, hasta el arroyo de Van Wart. «Mantente lejos de los raíles», le avisó su padre, y Walter miró entre la niebla, casi esperando que el tren que venía a las seis y veinte de Albany quebrara la mañana y le partiera en dos. Pero eso habría sido demasiado fácil. Aquel sueño era más sutil, el desenlace más siniestro.

¿El cebo? ¿Qué era? Pescado podrido y cubierto de moscas. Huesos. Tuétano. Muslos de pollo tan putrefactos que la mano te olía durante una semana con sólo tocarlos. Cuando la gente se ahogaba en el río, cuando yacían pálidos e hinchados en el fango, sujetos bajo un árbol caído o la carrocería de un coche, cuando empezaban a pudrirse, los cangrejos se los comían. Su padre nunca hablaba de ello. Pero los chicos del vecindario sí, las ratas del río también, y también los vagabundos que vivían en las chozas de la orilla y que podían verse desde allí. En cualquier caso, es posible que el tren de las seis y veinte pasara por el puente con un rugido apocalíptico que parecía que iba a arrancarlo de los pilotes, aunque quizá no fue así. Walter tiró de la cuerda: la red estaba trabada, no quería moverse. Su padre, oliendo a alcohol, con un cigarrillo apretado entre los labios y los ojos bizqueando a causa del humo, dejó la cerveza en el suelo para ayudarle. «Tómatelo con calma —gruñó—. No quiero romper la cuerda». Luego la red se soltó y empezó a levantarse hacia él, tan pesada como si estuviera llena de ladrillos.

No eran ladrillos. No había ninguna trampa. Sólo la madre de Walter, la de los ojos tristes, con el pelo como una nube y cubierta de cangrejos; no quedaba nada de ella de cintura para abajo. Nada excepto los huesos.

Lo siguiente que vio fue que la enfermera estaba allí. Una mujerona de mediana edad, con el uniforme demasiado estrecho en las caderas y los muslos. Tomó la habitación por asalto, tropezando con la lámpara del techo, las persianas, el decorativo orinal y la lavativa, blandiendo el termómetro rectal como si fuera un sable. La luz del sol atravesaba las ventanas, ella silbaba alguna melodía marcial —¿era música de Sousa o el himno de la Infantería de Marina?—, y él sintió una breve fluctuación en los niveles de dolor cuando le clavó la aguja para ponerle una inyección intravenosa en el sitio equivocado y tuvo que repetir la faena torpemente.

El sueño —bastante horrible— soltaba su presa, y Walter se despertaba a una insoportable realidad. Todo le llegaba precipitadamente, la voz de la razón recién despierta le siseaba al oído como un boletín de noticias del frente: «Estás en el hospital, las costillas te arden, el brazo es pura costra. Y qué me dices de esto: no tienes pie. No tienes. Nada. Eres un tullido. Un monstruo. Un monstruo de por vida».

Luego llegó el desayuno. Naranjada deshidratada y reconstituida con agua, huevos triturados, sucedáneo de beicon. Se lo trajeron una enfermera, tan poco comunicativa que parecía haber hecho voto de silencio, y una lozana comedora de

dulces de dieciséis años, que descubrió un pájaro en el alféizar y le estuvo arrullando durante todo el tiempo que permaneció en la habitación: «Oooh, pichoncito, oooh, qué mono, qué mono». Walter no tenía apetito.

Cuando salieron se sentó y se examinó la pierna, vacilante. Sentía un latido embotado en la rótula y una punzada de dolor en el lugar de la pantorrilla en el que le habían dado veinte puntos. Los dedos vagaron hacia abajo, arrastrándose por la espinilla, hacia su recelosa revelación final. Notó las vendas —gasa y esparadrapo—, y luego, tocándolo como si hubiera tocado un hierro candente, el liso y cortado muñón de su pierna. Apartó las sábanas. Allí estaba. Su pierna. O no, era la pierna de otro, truncada y destruida, repugnante, ajena, inerte como un tronco. Pensó en pan, pan francés cortado de través. Pensó en salchichas de hígado.

Luego volvió a dormirse. Sentía frío. Arrastrado por el derivado de morfina y el demerol, tenía una pesadilla tras otra. Dormido, revivió el accidente. Volvían la sombra, el indicador, la sensación de desesperanza y predestinación.

Y allí estaba el viejo, encorvado, con el pelo blanco, empapado en su propia saliva, vendiendo lápices en la esquina de una calle del Bowery y echado en un jergón en algún albergue para mendigos, con otros cien tullidos y subnormales. Dormido, vio el cadáver de su abuelo y la nube de pescaditos cerrándose sobre él. Dormido, vio a su padre.

El viejo estaba sentado en la silla junto a la cama. Llevaba el pelo cortado, con raya y recién peinado. Llevaba un traje de mohair y corbata de seda, y tenía los ojos serenos. Pero había algo raro: no llevaba zapatos. Ni calcetines. Y cuando Walter volvió la cabeza para mirarle, Truman se lo recalcó levantando primero un pie y luego el otro, y los apoyó en el borde de la cama, como si los exhibiera. Luego agitó los dedos desnudos y sostuvo la mirada de Walter.

—Pero yo creí, creí... —espetó Walter.

—¿Creías qué? —dijo el viejo—. ¿Que yo también estaba mutilado? —Flexionó los dedos de los pies y luego los dejó caer al suelo—. Y lo estoy, Walter, lo estoy... —dijo cerrando los ojos y frotándose el dorso de la nariz—, sólo que no se nota, simplemente eso.

—En el bote, en el barco... —empezó Walter.

Truman hizo un gesto con la mano como si apartase un humo invisible.

—Una ilusión —dijo—. Un aviso. —Se inclinó hacia delante clavando los codos en las rodillas—. Vigila cada paso que des, Walter.

Fue entonces cuando Walter sintió la inspiración, y comprendió lo que había querido preguntarle en el barco fantasma. Durante toda su vida había aceptado la historia que le habían contado Hesh y Lola como si estuviera cincelada en granito en el monte Anthony's Nose. Su padre era un traidor, un maníaco que les había traicionado, que les había vendido, y su madre había muerto por culpa de su traición. Y sin embargo nadie, ni siquiera Hesh, parecía saberlo con certeza.

—Mil novecientos cuarenta y cinco —dijo Walter—. Los tumultos. Dime, ¿qué le

hiciste a ella? ¿Qué es lo que le hiciste?

Truman no dijo nada.

—Aquello la mató, ¿no?

Los ojos de su padre se endurecieron. Una vez más se apoderó de él la mirada de profeta loco. Al cabo de un momento dijo:

—Ajá. Supongo que sí.

—Hesh dice que eres peor que un asesino.

—Hesh. —Truman escupió el nombre como si hubiera mordido algo podrido—. ¿Quieres saberlo? —Hizo una pausa—. Vuelve atrás y echa un vistazo a aquel indicador.

—¿Indicador? ¿Qué indicador?

El viejo se había puesto de pie, una extraña mezcla del hombre que había sido once años atrás y del que se había abierto camino en el mundo desde entonces. Casi parecía bien plantado.

—Dímelo tú —dijo bajando los ojos hacia la pierna de Walter. Luego se dio la vuelta y salió bruscamente de la habitación.

Había ocurrido lo mismo que en el barco fantasma.

—¡Vuelve aquí! —exclamó Walter— ¡Vuelve, hijo de puta!

—Estoy aquí, Walter.

Abrió los ojos. Al principio no sabía dónde estaba, no podía enfocar el pálido campo blanco que pendía suspendido sobre él, pero luego el olor de la muchacha —crema para el pelo, perfume My Sin, chicle de tutti-frutti— le hizo volver en sí.

—Jessica —murmuró.

—Sólo era un sueño.

La mano de Jessica estaba sobre su frente, su pecho en la cara de Walter. Él se incorporó, aún grogui, como si en aquellas circunstancias lo más natural del mundo fuese empezar a hurgarle entre los botones de la blusa. A ella no pareció importarle. Él hurgó un poco más, con el cerebro embotado, los dedos como bastones de pan, y pronto tuvo sus pechos en las manos, los sopesó y los acarició, y se los llevó a los labios como si fuera un niño de teta. Pero no, espera: él era un niño, su madre se inclinaba hacia él con sus ojos profundos, y el mundo era tan puro y simple como la mancha del sol de media mañana sobre las paredes del cuarto de los niños...

Jessica apretó los labios contra su frente, susurró su nombre. En aquel instante todo el agitado parloteo del hospital se silenció: los televisores se apagaron, el intercomunicador enmudeció, los vestíbulos cayeron en un hechizo. Médicos, enfermeras, ordenanzas, recién nacidos y agitados donantes de sangre contuvieron el aliento. Ninguna aguja hipodérmica se deslizó en ningún brazo ni en ninguna nalga, no lloró ningún niño mordido por un perro. No había pasos en el corredor, ni pájaros en los árboles, ni motores recalcitrantes en el aparcamiento. Sólo silencio. Y en el propio núcleo y centro de aquel silencio, que era como un océano, yacían Walter, con su pierna abreviada, y Jessica. En su miedo, en su soledad, su abandono al pesar y la

desesperación, se cogía a ella agradecido, aferrándosele como alguien medio ahogado se agarra a una roca en medio de un torrente. ¿Se había vuelto loco aquella noche? Ser duro, libre y desalmado era una cosa, ser excluido de la comunidad humana y abandonado a la deriva era otra. Él era un mutilado, un paria. Y allí estaba ella, Juana de Arco, Calipso y Florence Nightingale en una pieza. ¿Qué más podía desear?

—Jessica —susurró cuando ella se inclinó sobre él, con el suave tapiz de su pelo rubio y ondulante protegiéndole de las opresivas paredes, las intolerables flores, la mesita de noche con sus ajados ejemplares del *Argosy* y del *Reader's Digest*, la enfermedad y la herida—. Jessica, creo... quiero decir... ¿crees que deberíamos casarnos?

El silencio se sostuvo. Un silencio feérico, onírico, mágico, un momento etéreo y sutil que no guardaba ninguna proporción con las miríadas de momentos que comprende una vida. Se mantuvo hasta que ella lo rompió con un murmullo de asentimiento.

Tenía suerte, mucha, muchísima suerte.

Neeltje le devolvió el saludo

Jeremias no tuvo tanta suerte. Sin decir palabra, recogió las enjutas pieles que le rodeaban y se sentó, rígido como una estatua, mientras el comisionado de Van Wart se agitaba en su montura, fanfarroneaba, juraba y amenazaba. El comisionado intentó hacerle razonar, intentó vencer su resistencia y meterle miedo en el corazón, incluso intentó apelar a la bondad natural del chico cantando «Defiende mi causa, ¡oh Señor!, con los que pugnan conmigo», en un tono de agudo tenor que contrastaba con su corpachón. El viento ululaba más allá de las montañas. Jeremias no quería ni mirarle. Por fin, el comisionado hizo volver grupas a su caballo y se alejó ruidosamente en busca de la ley.

Cuando volvió con el *schout*, el tiempo había empeorado. Nevaba copiosamente; grandes copos caían livianos del pecho del cielo y se acumulaban contra los árboles caídos y los helechos, como el signo de un cúmulo de ira cósmica; y para acabarlo de arreglar, la temperatura había descendido hasta quince grados bajo cero. El *schout*, cuyo deber era imponer la ley del patrón, en nombre del patrón y en provecho del patrón, era un tipo flaco y fisgón que respondía al nombre de Joost Cats. Llegó armado con una notificación de desahucio con el sello de su jefe (una uve pegada a una uve doble, VW, la divisa utilizada por Oloffte Stephanus para autentificar sus edictos, identificar sus bienes y propiedades, y decorar su ropa interior), el espadín, el tahalí y el sombrero de pluma plateada que eran propios de su cargo.

—Ese jovenzuelo inepto —decía el comisionado mientras la nieve jugueteaba sobre sus mandíbulas— sacrificó el ganado y dejó que la cosecha se perdiera y los campos quedaran yermos. Me da igual que le ahorquen o le desahucien.

Joost no contestó. Sus negros ojos saltones quedaban ocultos por el ala de su sombrero, y la afilada barbita le colgaba de la barbilla como una cadena. Su postura irregular le curvaba la espalda como si fuera una hoz, y se sentaba tan abajo en la silla que sólo se advertía su llegada por la exuberante pluma que se agitaba entre las orejas de su caballo. No contestó porque se sentía de un humor de perros. Estaba en el último confín de la tierra, el cielo era como un jarrón roto, y la nieve moteaba su negra capa hasta hacerle parecer un *olykoek* espolvoreado de *azúcar*. Y todo aquello ¿para qué? Para escuchar el parloteo del gordo, colorado y pomposo asno que iba junto a él, y meter a un chico al que faltaba una pierna en las fauces de un mundo inmenso, yermo e incivilizado. Carraspeó ruidosamente y escupió con disgusto.

Cuando llegaron al desnudo y blanco roble que en mejores tiempos había dado

sombra a la casa de los Van Brunt, la nevada había empezado a disminuir y la temperatura había bajado otros cinco grados. A su izquierda, frente a la vasta extensión de bosque, se alzaba el inacabado muro de piedra que había empezado a construir Wolf Nysen antes de enloquecer, asesinar a su familia y largarse a las colinas. Les había rebanado el cuello mientras dormían —a una hermana, a su mujer y a sus dos hijas—, y luego las había dejado pudrirse. Cuando el predecesor de Joost, el viejo Hoogstraten, las encontró al fin, estaban tan descompuestas que parecían papilla. La gente decía que el sueco debía de andar por allí, en alguna parte, viviendo como un piel roja, envuelto en pieles y matando conejos con las manos. Joost miró a su alrededor, incómodo. Justo enfrente yacían los restos carbonizados de la cabaña agujereando la piel de la nieve como una fractura múltiple.

—Aquí —resopló el comisionado—, mire lo que han hecho con la finca.

Joost se tomó un minuto, mientras su caballo se hundía en la nieve amontonada como un viejo chapoteando en el baño, antes de responder:

—Me parece que el patrón debería renunciar a esta finca. Sólo le trae mala suerte.

El comisionado le ignoró:

—Por ahí —dijo señalando con un dedo gordezuelo en dirección al cobertizo de Jeremias.

Joost soltó las riendas y hundió sus ateridas manos en los bolsillos mientras su caballo, un jamelgo tuerto con un apetito insaciable y aspecto hidrópico, subía y bajaba la cabeza estúpidamente tras la yegua del comisionado.

—¡Van Brunt! —gritó el comisionado mientras daban vueltas alrededor del vacío cobertizo y del nevado montículo formado por el cadáver del malogrado buey—. ¡Salga inmediatamente!

No hubo respuesta.

El comisionado emitía un continuo huracán de exasperados resuellos, y empleaba términos como descaró, frescura y desfachatez, cuando Joost señaló unas huellas semiocultas en la parte posterior del cobertizo. Un poco más allá había una huella similar, y más allá otra. Tras un examen más minucioso y sesenta segundos dedicados a razonar de un modo deductivo, el comisionado determinó que se trataba de las huellas del joven Van Brunt, a saber, la marca de un zapato —el izquierdo—, más o menos paralela a un hoyo poco profundo que podía asociarse a las huellas de una pata de palo.

Aunque la nieve ya no caía, el viento había empezado a soplar y el cielo se estaba oscureciendo con el atardecer. Joost opinaba que debían dejarlo; el chico se había ido, eso era lo único que importaba. Pero el comisionado, escrupuloso como era, se sintió obligado a cerciorarse. Después de un intercambio de opiniones sobre el tema («¿Adónde cree que puede haber ido? —preguntó Joost en un momento dado—, ¿de vuelta a Zelanda?»), los dos emprendieron un lento y laborioso camino siguiendo la pista del chico para poder desahuciarle con propiedad.

El camino serpenteaba como una cinta deshilachada a través del bosque y por un

denso sotobosque donde cloqueaban los urogallos y los pavos dormían en las ramas bajas de los árboles. Más allá del sotobosque había innumerables colinas enmarañadas como erizos y pobladas de árboles, que albergaban gallinas silvestres, pichones, ciervos, faisanes, ratones, y el lince, el gato montes y el lobo que les acechaban. Y más allá de las colinas se alzaban las montañas, violentamente sombrías —Dunderberg, Suycker Broodt, Klinkersberg—, que engullían el río y daban origen a la sierra de Kaaterskill y a los territorios sin nombre que se extendían por detrás hasta la lejana puesta del sol. Mirando todo aquel territorio salvaje, lleno de terrores desconocidos, con la oscuridad acercándose y las puntas de los pies entumecidas dentro de las botas, Joost espoleó su caballo hacia delante y rezó para que la pista les llevara hacia las luces brillantes y el cómodo hogar de la casa señorial.

No fue así. Jeremias se había dirigido hacia el sureste, evitando la gran mansión y dirigiéndose en cambio hacia la granja Van der Meulen. Joost y el comisionado vieron dónde se había parado a orinar en la nieve o a coger algunas bayas marchitas y masticar un pedazo de corteza; vieron cómo la pata de palo se iba volviendo más pesada y se hundía más en la nieve. Y por fin, para su profundo alivio, vieron que las huellas les dirigían efectivamente a través del arroyuelo Meulen, pasaban ante las grandes puertas de madera del granero de Staats van der Meulen y conducían hasta la cálida cocina, iluminada con velas y oliendo a pan, de la propia *vrouw* Van der Meulen, una mujer célebre en todo el camino hasta Croton por sus *honingkoek* y sus *appelbeignet*.

Si esperaban hospitalidad, si al ver el calor de la cocina de Meintje van der Meulen sonrieron, se llevaron una decepción. Ella les saludó en la puerta con una expresión tan fría como la noche que se extendía a sus espaldas.

—*Goedenavend* —saludó el comisionado quitándose el sombrero con un gesto ceremonioso.

Los ojos de *vrouw* Van der Meulen pasaron recelosos del comisionado al *schout*, y luego volvieron al primero. Detrás oían el amortiguado mugido del ganado de los Van der Meulen mientras Staats ahorquillaba el heno de los montones del granero. Meintje no devolvió el saludo al comisionado, sino que se limitó a retroceder y dejar la puerta abierta para que entraran.

Dentro era el paraíso. La habitación delantera, que tenía la anchura de la casa y ocupaba la mayor parte de su espacio —detrás había dormitorios más pequeños—, era cálida, como un lecho de plumas con una buena esposa y dos perros. Tizones chispeantes brillaban en el inmenso hogar, y la gran olla ennegrecida que colgaba sobre el fuego expandía el aroma más embriagador de caldo de carne. Había hogazas de pan en el horno en forma de colmena —Joost percibía su olor, ambrosía y maná—, y una cazuelilla de hierro colado llena de gachas de maíz se inclinaba sobre un puñado de tizones en la piedra del hogar. Las puertas de la alacena estaban abiertas y la mesa a medio poner. En la esquina más alejada, un viejo perro de aguas levantaba pesadamente la cabeza, y dos rubios niños Van der Meulen les miraban con aspecto

de querubines.

—Bueno —dijo Meintje al fin, cerrando la puerta a sus espaldas—. ¿Qué trae al honorable *commis* y a su colega el *schout* a nuestra solitaria granja en una noche como ésta?

La espalda de Joost no estaba tan encorvada como cuando montaba, pero aun así se curvaba de mala manera. Dando vueltas en las manos al sombrero de pluma, se apoyó desgarbadamente en el marco de la puerta e intentó una explicación:

—Van Brunt —empezó, pero fue interrumpido por el oficioso comisionado, que llevaba el caso del patrón contra Harmanus y su solitario heredero como si estuviera pleiteando ante un tribunal de compañeros del acusado (aunque, desde luego, tampoco había necesidad ni precedentes para tal tribunal, pues el patrón era juez, jurado y abogado en sus propias tierras, y pagaba al *schout* y al verdugo para que se hicieran cargo del resto). Terminó —y durante el proceso se las había arreglado para acercarse más al hogar que despedía tan paradisíacos aromas— afirmando que le habían seguido la pista al malhechor justo hasta la puerta de la *goude vrouw*.

Meintje esperó a que acabara y luego sacó un cucharón de madera de la alacena y empezó a maldecir —a maldecirles a ellos—, pues su cólera se dirigía también contra Joost, para horror de éste. Ellos eran unos criminales, no, peor, eran demonios, *duyvals* con pezuñas y rabo, seguidores de Belcebú y de su nefanda tribu. ¿Cómo podían pensar siquiera en perseguir al pobre niño huérfano y echarle del único hogar que había conocido? ¿Cómo podían? ¿Eran cristianos? ¿Eran hombres? ¿Eran seres humanos? Durante cinco minutos completos Meintje les vituperó, siempre blandiendo el cucharón de madera como la espada de la justicia. Con cada enfático gesto hacía retroceder al comisionado, hasta que abandonó el sitio junto al hogar que tanto le había costado alcanzar y se encontró apretando las nalgas contra los fríos tablones de la puerta, como si fuera a fundirse con ellos, mientras Joost se encorvaba aún más de vergüenza y mortificación, hasta tal punto que podría haberse desabrochado las botas con los dientes.

Fue en aquel momento cuando Staats, envuelto en una vaharada de rancio olor a granero y una aureola de frío, entró dando un portazo. Al hacerlo hizo perder la estabilidad al comisionado y le envió dando vueltas hasta el centro de la habitación, donde logró apoyarse en la mecedora de abedul con una mirada de dignidad herida. Staats era un hombre imponente, de gran nariz y cráneo calvo, con ojos de mirada intensa y desafiante. Parecía extremadamente confuso por la presencia del *commis* y del *schout*, aunque ya debía de haber visto sus caballos tapados con mantas y atados junto a la puerta.

—Santa *Moeder* del cielo —rugió—. ¿Qué pasa aquí?

—Staats —gritó Meintje corriendo hacia él y repitiendo su nombre dos veces más, en un gemido de queja—, han venido a por el chico.

—¿Chico? —repitió como si la palabra fuese nueva para él. Sus ojos erraron por la habitación buscando una pista, y se levantó el gorro de visón para rascarse una

cabeza tan dura y pelada como una avellana.

—El pequeño Jeremias —le susurró su mujer a modo de aclaración.

Joost les observaba incómodo. Como más tarde supo, el chico había aparecido unas dos horas antes suplicando que le dieran refugio y un poco de comida. Al verle, *vrouw* Van der Meulen había cerrado la puerta con horror —un fantasma había aparecido en su umbral, lánguido y mutilado, un espectro—, pero luego había vuelto a mirarle y comprobó que sólo era un niño medio muerto de hambre, huérfano y cubierto de nieve. Lo había abrazado, lo había arrojado frente al fuego, le había dado sopa, chocolate caliente y bizcocho de miel mientras sus propias curiosas criaturas se apretujaban alrededor. ¿Por qué no había venido antes?, le preguntó. ¿Dónde había estado todo aquel tiempo? ¿No sabía que Staats, ella y los Oothouse pensaban que había perecido en el incendio que se llevó a su pobre *moeder*?

No, dijo él sacudiendo la cabeza, no, y Meintje se preguntó si estaba respondiendo a su pregunta o rechazando algo horrible, desconocido para ella. El fuego, murmuró, y su voz sonaba lenta y entrecortada, la voz del ermitaño, del paria, del anacoreta que sólo habla con árboles y pájaros. En aquella tarde fatídica de ellos estaban fuera, en los campos, quitando la maleza con la azada y golpeando cacerolas para alejar a los pájaros del maíz y del trigo, todos excepto Katrinchee, que había huido y andaba por ahí con Mohonk, el kitchawank. Jeremias ya había recobrado sus fuerzas y era capaz de desenvolverse bastante bien con su pata de palo, que había hecho cortando y puliendo una rama de cerezo. Pero su solícita madre le había enviado a espantar los pájaros mientras ella y Wouter hacían el trabajo más pesado. Cuando estalló la tormenta los perdió de vista, y de repente vio que la cabaña estaba en llamas. Cuando llegaron Staats y Oothouse, se escondió en el bosque con su ganado, invadido por el pánico, el temor y la vergüenza. Pero ya no podía esconderse más.

—¿Jeremias? —repitió Staats, y la comprensión empezó a resbalar por su rostro como el agua que se cuela por una gotera del tejado—. Antes los mataré —dijo mirando a Joost y al comisionado.

Fue entonces cuando el sujeto de la polémica apareció en la puerta que daba a la habitación del fondo: un chico pequeño, pero de huesos fuertes y alto para su edad. Llevaba una camisa de lana, pantalones hasta la rodilla y un solo calcetín grueso que le había prestado el chico mayor de los Van der Meulen. Se mantenía en pie con las piernas separadas, desafiantemente erguido sobre su pata de palo. Joost nunca pudo olvidar la expresión de su mirada. Era una mirada de odio, una mirada de desafío, de desdén hacia la autoridad, hacia los espadines, los tahalíes, las plumas plateadas y los libros de cuentas, una mirada que hubiera desafiado al mismísimo patrón si hubiera estado allí para enfrentársele. Su voz era baja, suave, la voz de un niño, pero el desdén que había en ella era inconfundible.

—¿Me buscan? —preguntó.

Al verano siguiente un drástico y profundo cambio iba a ocurrir en Nueva

Amsterdam y las soñolientas poblaciones que se erguían a lo largo del Río del Norte. Una quieta y cálida mañana de finales de agosto Klaes Swits, un pescador de almejas de Breucklyn, levantó la vista de su rastrillo y vio cinco buques de guerra británicos que largaban anclas en los mismísimos Narrows. Con la prisa de dar parte al gobernador y a su consejo de aquel extraordinario acontecimiento, desafortunadamente perdió su ancla, se le rompieron los remos y el rastrillo, y finalmente se vio obligado a remar con las manos al estilo indio durante todo el camino desde la ensenada de South Breucklyn hasta la Battery. La misión del pescador de almejas fue superflua: toda Nueva Amsterdam sabría tres horas después que los barcos eran mandados por el coronel Richard Nicolls de la Armada de Su Majestad, quien exigía la capitulación y rendición total de la provincia ante Carlos II, rey de Inglaterra. Carlos reclamaba el territorio de la costa de Norteamérica, desde el cabo Fear River por el sur a la bahía de Fundy por el norte, alegando que los exploradores ingleses habían precedido a los holandeses, que a su vez habían engañado a los indios de Manhattoes. John Smith había llegado allí antes que aquellos holandeses comedores de queso, insistía Carlos, y Sebastian Cabot también. Y por si esto fuera poco, la propia isla de Manhattoes y el río que la bañaba habían sido descubiertos por un inglés, aunque estuviera navegando al servicio de los holandeses.

A Pieter Stuyvesant eso no le gustó. Era un rudo, duro y belicoso militar frisón que había perdido una pierna luchando con los portugueses y que no se rendiría ante nadie. Gritó su desafío ante las narices de Nicolls: que vinieran, él lucharía contra los ingleses hasta la muerte. Desgraciadamente, los honrados ciudadanos de Nueva Amsterdam, que sufrían el monopolio de la Compañía de las Indias Occidentales, pagaban muchos impuestos, no tenían derecho a representación parlamentaria y odiaban al despótico gobernador como si fuera el propio diablo, se negaron a apoyarle. Y así, el 9 de septiembre de 1664, tras cincuenta y cinco años de dominio holandés, Nueva Amsterdam se convirtió en Nueva York, en honor del hermano de Carlos, Jacobo, duque de York, y el Río del Norte, ancho, verde, turbulento y de amplias riberas, se convirtió en el Hudson, en honor del inglés de pura cepa que lo había descubierto.

Sí, los cambios fueron drásticos —de pronto había una moneda nueva, un nuevo idioma que aprender, los yanquis de Connecticut acudieron al valle en enjambres, como moscas—, pero ninguno de aquellos cambios tuvo demasiado efecto en la vida de Van Wartwyck. Si Oloffte Stephanus prosperaba bajo el dominio holandés, siguió prosperando, multiplicándose y volviendo a prosperar con los ingleses. Los nuevos gobernantes, que como bien se sabía eran un pueblo poco amigo de cambios radicales, mantuvieron el *statu quo*, es decir, la nobleza arriba y los siervos abajo. La riqueza y el poder político de Oloffte crecieron. Su primogénito y heredero, Stephanus, que tenía veintiún años cuando Stuyvesant se rindió, vería multiplicarse por ocho los diez mil acres de la concesión holandesa original cuando Guillermo III y

María II concedieron nuevos privilegios a la casa de Van Wart, hacia el final del siglo.

Y en cuanto a Joost, siguió cumpliendo sus deberes como antes, sin dar explicaciones a nadie excepto al viejo Van Wart, que continuó ejerciendo su dominio feudal sobre sus tierras. El *schout* trabajaba en su pequeña granja junto al río Croton, a un tiro de piedra del edificio de la administración, segaba cuando la cosecha estaba madura, iba a cazar, a pescar o a buscar cangrejos según la época, educaba a sus tres hijas para que respetaran las leyes de Dios y del hombre, y satisfacía a su jefe por la rapidez y la eficacia con las que arreglaba las disputas entre los granjeros arrendatarios, perseguía a los malhechores y cobraba lo adeudado y vencido. En general, las cosas se desarrollaron con bastante calma en el período que siguió a la toma de poder por los ingleses. Unos pocos yanquis destrozaron unas cuantas cabañas en el vecindario de la tienda de Jan Pieterse, donde más tarde se levantaría la ciudad de Peterskill, y Reinier Oothouse se emborrachó e incendió su propio granero, pero aparte de eso no ocurrió nada fuera de lo corriente. Arrullado por la tranquilidad de aquellos años, Joost casi había olvidado a Jeremías, cuando una tarde, en compañía de su hija mayor, la pequeña Neeltje, se lo encontró en Blue Rock.

Estaban a finales de mayo, se había acabado la siembra y las mañanas eran tan suaves como un beso en la mejilla. Al amanecer Joost había salido de la administración con un hato de cosas para la mujer del patrón, Gertruyd, que estaba en pleno retiro religioso en la casa señorial, y con instrucciones del patrón para arbitrar una disputa entre Hackaliah Crane, el nuevo arrendatario yanqui, y Reinier Oothouse. Neeltje, que había cumplido quince años el mes anterior, le pidió que la dejara acompañarle, aparentemente para gozar de la compañía de su padre, pero en realidad para comprarse un trozo de cinta o una barra de caramelo en el almacén de Pieterse con los florines que había ganado haciendo velas sacramentales para *vrouw* Van Wart.

El tiempo era claro y hermoso, y el sol había secado las ciénagas y fangales que un mes antes hacían el camino prácticamente intransitable. Recorrieron los casi trece kilómetros que había desde Croton hasta la mansión señorial a buen paso, y pudieron ver a Crane y a Oothouse antes de mediodía. Reinier, que estaba borracho, como de costumbre, se quejó de que aquel yanqui narigudo le había llamado «perro viejo» porque él, Reinier, le había calentado las orejas al hijo menor del yanqui, un tal Cadwallader, por espantar a un grupo de gallinas cluecas y echarlas de sus nidos. Reinier había respondido al agravio «retorciéndole sus grandes orejas y dándole un mojicón en su nariz de palo de escoba», a lo que el yanqui había respondido «arrojándole al suelo a traición y pateándole un lugar muy doloroso». Crane, un ilustrado vástago de los Crane de Connecticut, una familia llamada a proveer a las colonias de maestros de escuela ambulantes, cacharrereros y vendedores de remedios curalotodo, lo negó categóricamente. El *schout*, ateniéndose a la ebriedad de Reinier y quizá un tanto intimidado por la cultura del yanqui, falló a favor de Crane y multó a Oothouse con cinco florines, pagaderos en forma de huevos frescos, a entregar a

vrouw Van Wart en la mansión señorial, pues huevos crudos era el único alimento que ella consumía mientras sufría las congojas de la abnegación religiosa, a ración de cuatro al día. Después, padre e hija comieron anguilas, huevas de sábalo y pescadilla con repollo en salmuera en la grande y fría cocina de gruesos muros de la mansión. Luego pasaron por el almacén de Jan Pieterse.

El almacén comprendía un tosco corral, un gallinero vallado caprichosamente y una larga cabaña iluminada sólo por un par de ventanucos en las paredes delantera y trasera y por la luz que entraba por la puerta, que estaba abierta de mayo a septiembre. Jan Pieterse, del que se decía que era uno de los hombres más ricos del valle, dormía en un colchón de hojas de maíz, en la trastienda. Había empezado comerciando principalmente con los indios —*wampumpeak*, cuchillos, hachas y cazuelas de hierro a cambio de pieles—, pero tanto el castor como los indios habían empezado a decaer, y los boers y yanquis a prosperar, de modo que ahora vendía piezas de tela importada, utensilios agrícolas, cañas de pescar, barricas de vino y barrilitos de pies de cerdo adobados para atraer a su cambiante clientela. Pero el comercio no era lo más atractivo de aquel lugar. Junto con el molino que Van Wart había erigido encima del arroyo, la tienda era un gran centro de reunión para la comunidad. Uno podía encontrar allí media docena de *kitchawank* o de *nochpeem* (estaba terminantemente prohibido venderles ron, pero los indios no querían otra cosa, y, con una concesión a la necesidad y un guiño a la ley, Jan Pieterse se lo proporcionaba), o al pastor Van Schaik haciendo una colecta para la construcción de una iglesia de ladrillo amarillo en el camino de Verplanck. También podía haber algunos granjeros vestidos con *paltroks* hechos en casa, sombreros cónicos y zuecos de madera, acompañados por sus *vrouwen* y llevando firmemente cogidas del brazo a sus tiernas y jóvenes hijas, vestidas a la última moda... del siglo anterior, y desde luego, a los sonrientes jóvenes del país, patanes de manos callosas y cara colorada que se quedaban de pie en una esquina aporreándose el pecho unos a otros.

Aquel día en particular, mientras Joost ayudaba a su hija a bajar de su montura, sólo vio a Jan Pieterse y a Heyndrick Ten Haer fumándose una pipa en el porche mientras un bravo indio *wappinger* yacía despatarrado sobre un terreno lleno de hierbas ponzoñosas que había junto al sendero, borracho como una cuba y enseñando los genitales. Más allá del indio, el río estaba tan liso y quieto como peltre alisado por el martillo, y el monte Dunderberg se erguía apuntando al horizonte en un profundo y sombreado azul.

—*Vader* —dijo Neeltje antes de tocar tierra—, por favor, ¿puedo entrar en el almacén?

Aquella mañana, desde que habían salido de Croton, no había hablado de otra cosa que de cintas, velarte y terciopelo. Mariken van Wart tenía las enaguas de seda y las faldas de satén azul más bonitas del mundo, y sólo tenía trece años, claro que era la sobrina del patrón. Y aquella cinta de raso a juego, ¿era digna de verse!

Joost la ayudó a bajar, se enderezó un momento y luego volvió a encorvarse como

siempre.

—Sí —susurró—. Sí, claro, ve.

Luego empezó a deambular por allí y se dirigió a Jan Pieterse y al granjero Ten Haer para solazarse un rato con su conversación.

Llevaba unos diez minutos apoyado en el umbral, fumando fraternalmente su pipa de arcilla y deleitándose con el rico sol poniente, en aquellos instantes que precedían al momento inefable de proponerle a Jan Pieterse que se tomaran una jarra de cerveza, cuando se dio cuenta de que su hija estaba hablando con alguien dentro del almacén. Le sorprendió, porque pensaba que estaba vacío. Sólo había dos caballos fuera —su pobre jamelgo tuerto y la yegua tostada y reluciente que había sacado del establo de los Van Wart para su hija—, y el carro del granjero Ten Haer estaba solo tras el avellano. ¿Con quién habla?, se preguntó, pero Heyndrick Ten Haer estaba en mitad de una historia sobre Wolf Nysen, pues aquel sueco renegado, estuviera vivo o no, se había convertido en el chivo espiatorio del vecindario, y se le echaba la culpa de todo, desde una gallina desaparecida a la espinilla entablillada de la *huis vrouw* de alguien. Así que, por un momento, Joost se olvidó de ello.

—¡Ah, ja, ja, ja! —decía el granjero Ten Haer, asintiendo vigorosamente—. Salió del pantano cerca de aquel estanque lleno de tortugas, donde estaba su granja, negro como un demonio, sin nada encima, cubierto de barro de la cabeza a los pies, y llevaba esa enorme y terrible hacha en la mano, con el filo lleno de sangre seca...

Joost se estaba imaginando a aquel monstruo, al Nysen aquel, cuando oyó claramente reírse a su hija en el interior del mortecino almacén. Estiró el cuello para asomarse a mirar por el sombrío umbral, pero no pudo ver nada excepto un montón de pieles cortadas y el morro peludo y gris del perdiguero de Jan Pieterse, que estaba dormido encima.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó volviéndose hacia el comerciante.

—Ella estaba allí cogiendo champiñones, mi Maria, cuando él se le acercó de repente, aullando como una bestia.

—Sí, y supongo que tenía pezuñas demoníacas y olía a azufre —dijo Jan, y luego, inclinándose hacia Joost y bajando la voz—: ¡Ah, sí!, el pata de palo, ya sabes, el chico Van Brunt.

En un abrir y cerrar de ojos le vino a la cabeza todo, aquella noche en la granja Van der Meulen, la mirada de odio insaciable del chico, su propia vergüenza y azoramiento, y su primera reacción fue de miedo, miedo por su hija. La verdad es que incluso dio la espalda a los otros y se irguió disponiéndose a la acción, pero él mismo se contuvo. Era sólo un chico, un huérfano, uno de los afligidos y desheredados de la tierra, no era ningún ogro. Aquella noche estaba demasiado excitado, no era más que eso.

—Pongo a Dios por testigo —declaró el granjero Ten Haer cruzando los brazos sobre el pecho.

Fue entonces cuando Neeltje apareció en el umbral de la puerta. Una chica bonita,

con enaguas y una falda ceñida a la cintura, sonriendo como si tuviera algún pensamiento muy divertido. Detrás de ella, empequeñeciéndola, había un hombre de casi uno noventa, con unos hombros capaces de reventar las costuras de su *bemdruk* de lana. Le cedió el paso al llegar a la puerta y luego salió también a la luz. La pata de palo golpeaba los tablones como un puño sobre una puerta. Joost vio la misma expresión inflexible, la misma arrogancia que había visto en el niño. Si Jeremias le había reconocido, desde luego no lo demostró.

—Bueno, *younker* —dijo Jan Pieterse quitándose la pipa de la boca—. ¿Te has decidido por algo?

Jeremias asintió y respondió que sí, sí, señor. Levantó una grande y trabajada palma con cinco anzuelos de pesca y dos brillantes terrones de azúcar cande, y le pagó con una moneda que parecía como si hubiera sido enterrada y desenterrada al menos seis veces. Después, ignorando a Joost, colocó un terrón de azúcar en la palma de Neeltje como si fuera una joya africana y se metió el otro en la boca. Luego echó a andar, con la pata de palo hiriendo la tierra con cada movimiento de su pierna.

Le observaron en silencio —Joost, Neeltje, el granjero Ten Haer y Jan Pieterse— mientras avanzaba vacilante por el terreno, torpe y grácil al mismo tiempo. Su brazo derecho se balanceaba como un bastón de mando, llevaba los hombros echados hacia atrás, y los largos y oscuros mechones de su pelo cortados a ras del cuello de la camisa. Le vieron esquivar un tocón podrido y pasar por entre un par de pedruscos incrustados de líquenes. Le vieron adentrarse en las sombras del lindero del bosque y luego volverse a saludar.

Joost tenía las manos en los bolsillos. El granjero Ten Haer y Jan Pieterse levantaron los brazos con indiferencia, como si temieran romper el hechizo. Neeltje —sólo Neeltje— le devolvió el saludo.

El último kitchawank

Cuando la Bolsa se vino abajo, en el otoño de 1929, Rombout van Wart, señor de Depeyster, marido de Catherine Depeyster y undécimo propietario de la mansión Van Wart, no saltó desde la azotea de la Bolsa ni se colgó de los majestuosos gabletes de la casa señorial. Pero le dieron una paliza, en sentido literal y en sentido figurado. Figuradamente hablando, perdió una fortuna. El negocio maderero de la familia quebró, y la fundición —que en aquella época producía baterías de cocina de hierro, pero que durante la guerra había fabricado recámaras para piezas de artillería— entró en una mala época. Perdió bastante dinero —nunca supo cuánto a ciencia cierta— en acciones adquiridas a crédito, y desperdició dos mil dólares en una sombría tarde en el hipódromo de Belmont Park. La otra paliza, es decir, la literal, le fue administrada por un individuo de nariz aguileña y tez cobriza que se hacía llamar Jeremy Mohonk y pretendía ser el último de los kitchawank, una tribu de la que nadie en la comarca de Peterskill-Van Wartville había oído hablar. Para hacer valer sus derechos tribales sobre el territorio, levantó una especie de cabaña de cartón alquitranado en Nysen's Roost, una parcela sin arrendar de la hacienda Van Wart en la que Rombout había introducido recientemente el pavo salvaje, en un ataque de nostalgia feudal.

Fue el propio Rombout el que descubrió la presencia del *squatter*. Montado en *Pierre*, un caballo bayo castrado y con un linaje casi tan glorioso como el suyo, el señor de la mansión estaba haciendo ejercicio al vigorizante aire otoñal (y al mismo tiempo intentando exorcizar los demonios de sus calamidades financieras con la ayuda de una licorera de bolsillo de plata grabada con la divisa tradicional del clan Van Wart) cuando se encontró con la cabaña del intruso. Se quedó pasmado. Bajo el venerable roble blanco en el que su bisabuelo, Oloffte III, había grabado sus iniciales, se levantaba ahora una especie de retrete de gitanos, una choza tan desagradable, mísera y destartalada como las que uno esperaría encontrar en el último extremo de una porqueriza de Alabama o Mississippi. Al acercarse descubrió una figura andrajosa encorvada sobre el fuego, y luego, galopando hacia el miserable patio salpicado de basuras, reconoció el cadáver desplumado y decapitado de un pavo chisporroteante en el asador.

Era demasiado. Saltó del caballo empuñando la fusta de montar mientras el andrajoso mendigo se enderezaba con gesto de alarma.

—¿Qué coño está haciendo aquí? —rugió Rombout sacudiendo el látigo en la cara del invasor.

El indio —porque era indio— retrocedió rápidamente, vigilante y alerta ante cualquier movimiento.

—¡Esto... esto es allanamiento! —exclamó Rombout—. Vandalismo. Ocupación ilegal. ¡Por Dios! ¡Estas tierras son propiedad privada!

El indio había dejado de retroceder. Iba vestido con una camisa de franela barata, pantalones de trabajo rotos y un magullado bombín que debía de haber pescado en unos urinarios públicos. Iba descalzo a pesar del frío incipiente.

—¿Propiedad privada, so burro? —dijo cruzando los brazos sobre el pecho y dedicándole al señor de la propiedad una fulgurante mirada verde, fría y desafiante. (¿Indio? Rombout soltaría más tarde una risotada de incredulidad. ¿Dónde se había visto un indio con los ojos verdes?).

Rombout se acercó a él rabioso. Hay que decir también que estaba bastante ebrio, que había consumido coñac en proporción a la magnitud de la ansiedad que pretendía mitigar, y que su ansiedad, de naturaleza pecuniaria, era monumental, pétrea e impenetrable como el mármol. De hecho, dos días antes había confesado a un compañero del Club de Yale que financieramente hablando se estaba yendo a la mierda. Así que se puso a gritar al indio:

—¿Sabes quién soy yo? —Puntuaba cada estentórea sílaba con un movimiento del látigo.

Increíblemente sereno, como si él fuera el propietario y Rombout el allanador, el indio asintió gravemente.

—Un criminal —dijo.

Rombout se quedó desconcertado. Ningún hombre le había insultado en la cara desde hacía veinticinco años, desde que un descarado compañero de colegio, que estudiaba uno de los últimos cursos, le había llamado «culo almidonado», y había recibido un contundente puñetazo en la oreja derecha como rápida respuesta. Y allí estaba aquel allanador, aquel vagabundo aceitunado de nariz ganchuda, vestido de trapero y subiéndosele a las barbas en su propiedad.

—Un criminal y un expropiador —continuó el indio—. Un explotador de la clase trabajadora, un alcahuete de esas dos putas hermanas gemelas que son el privilegio y el capital, un contaminador de la tierra en la que mis antepasados vivieron en armonía durante siete mil años. —El indio se detuvo—. ¿Quiere seguir oyéndolo, eh? —Ahora le señalaba con el dedo índice—. Es usted el intruso, no yo. Yo he venido a reclamar los derechos que me corresponden por nacimiento.

Fue en aquel momento cuando Rombout le golpeó —sólo una vez—, un perverso latigazo dirigido contra aquellos helados, odiosos e incongruentes ojos verdes. El sonido, como el estallido único de un aplauso brutal, se difuminó rápidamente en aquel aséptico aire, y un instante después sólo quedaba el recuerdo del latigazo.

Por su parte, pareció como si el indio recibiera el golpe con agrado. Apenas se movió, aunque Rombout le había pegado con todas sus fuerzas. Que no eran muchas, considerando el hecho de que pasaba de los cuarenta y llevaba una vida sedentaria,

aliviada tan sólo por algún que otro partido de golf o algún paseo a caballo por la propiedad. Por el contrario, el indio apenas aparentaba veinte años, era alto, bien constituido, y estaba endurecido por el trabajo y la indigencia. Unas gotas de rocío sanguinolento formaron una banda que le bordeaba los ojos y le marcaba el puente de la nariz como la señal de unos anteojos.

—Maldito seas —dijo Rombout temblando con la reacción química que la rabia le había provocado en la sangre. Pero no tuvo oportunidad de decir nada más, porque el indio se agachó a coger un tizón de la longitud y el ancho de un bate de béisbol y lo colocó a un lado de su cabeza, como el inmortal Bambino cuando lanzaba hacia la red detrás de la base del bateador. Más tarde se supo —en el juicio del indio— que el atacante le lanzó muchos otros golpes, así como patadas, puñetazos y rodillazos, pero Rombout sólo se enteró del primero y de la oscuridad que le envolvió rápidamente.

No estaba muerto, no —viviría para recobrar la salud y el vigor, hasta que la fatalidad le hizo ingerir una ostra cruda en Delmonico, unos diez años después—, pero podía haberlo estado. No se movió. Durante tres horas yació allí, y su sangre fluía y se coagulaba, fluía y se congelaba.

Recobró el sentido una o dos veces, vio un mundo que parecía como si estuviera diez brazas por debajo del océano, sintió el sabor de su propia sangre y descendió de nuevo a las penumbrosas profundidades de la inconsciencia. En todo ese tiempo el indio no hizo nada. Ni renovó su ataque, ni intentó ayudar a su víctima, cogerle la cartera o darse a la fuga con *Pierre*, el magnífico caballo bayo castrado. Simplemente se quedó sentado en el umbral de su cabaña, liando y fumando cigarrillos, con una expresión farisaica en el rostro.

Fue Herbert Pompey —chófer, mozo de establo, jardinero, factótum, chico para todo, mayordomo e hijo de Ismailia, la niñera— quien finalmente rescató al señor de la heredad. Al cabo de unas horas, al ver que Rombout no volvía, Herbert fue en busca de su madre para pedirle consejo.

«Estará borracho —opinó ella—. Tirado al pie de algún árbol. A lo mejor se ha caído del animal y se ha roto la cabeza».

Luego le dijo que pusiera un pie delante del otro y le buscara.

Pompey miró primero en la vaquería. A veces Rombout iba allí a caballo a beber café y grappa con Enzo Fagnoli, cuya familia llevaba más de ochenta años ordeñando vacas para los Van Wart. (Los Fagnoli habían reemplazado a los Van der Mule o Meulen, arrendatarios de los Van Wart desde que empezó el mundo. Informado de que la Asamblea estatal estaba a punto de poner fin al sistema feudal en el valle del Hudson dando títulos de propiedad a los arrendatarios que hubieran trabajado las fincas durante generaciones, el bisabuelo de Rombout, Oloff III, había desahuciado a los holandeses en favor de los intrépidos italianos, que convirtieron la granja en explotación lechera y trabajaban a cambio de un salario anual. Fue duro para Oloff acostumbrarse a pagar a sus arrendatarios en vez de lo contrario, pero las hordas insaciables de Nueva York reclamaban su leche, mantequilla y queso, sus rebaños se

multiplicaron hasta oscurecer las colinas, y hubo de reconocer que las cosas habían ido bien). Enzo, en mono y con sombrero de ala ancha, saludó a Pompey con entusiasmo y le ofreció un trago de sidra de una jarra verde, y le dijo que lo sentía, pero que no había visto a Rombout desde hacía casi una semana.

La siguiente visita sería a la fonda Blue Rock, donde el señor de la heredad solía hacer un descanso en su ejercicio ecuestre para compartir un vaso de bourbon de contrabando con el propietario, Charlie Outhouse, que por lo general solía obsequiar a sus huéspedes con agua de soda y té negro a la naranja. Pompey volvió sobre sus pasos, pasó a un tiro de piedra de la mansión —aún sin Rombout— y se dirigió al lugar donde estaba la fonda, dominando el arroyo Van Wart en su desembocadura en el Hudson. Charlie estaba fuera, en la parte de atrás, desplumando gallinas para la comida. Él tampoco había visto a Rombout. Pompey siguió andando, bordeó el cerro de Acquasinnick y siguió la orilla del arroyo hasta que finalmente se dirigió hacia el norte, hacia Nysen's Roost.

Pisó el camino pedregoso que atravesaba el arroyo Blood, llamado así porque Wolf Nysen había enrojecido sus aguas cuando se lavó la sangre de sus hijas de las manos, con las piernas fatigadas mientras trepaba por la escarpada colina. Su madre, una mujer chismosa y supersticiosa, acervo de leyendas locales y guardiana de la historia familiar de los Van Wart, le había contado historias de Wolf Nysen, el sueco loco y asesino. Y de los duendes, de los *pukwidjinnies* y de la mujer de la fonda Blue Rock, que pereció en una tormenta de nieve y cuya voz podía oírse aún en las noches en que nevaba con fuerza. El bosque era muy espeso allí —nunca había sido talado—, y las sombras se agrupaban en torno a los esqueletos de los árboles caídos. Era un lugar desdichado, extrañamente silencioso incluso en verano, y tanto de pequeño como de mayor Pompey siempre lo había evitado. Pero ahora, aunque las hojas secas llegaban a la altura de los tobillos, pudo advertir que no hacía mucho había pasado un caballo por allí, y eso le hizo sentir alivio.

Cuando emergió de los bosques en lo más alto de la colina, se sorprendió, como antes se había sorprendido su patrón, al ver la tosca vivienda de retoños de árboles mellados y cartón embreado, levantada a la sombra del grande y viejo roble blanco, que se alzaba como un centinela sobre el lugar. Acto seguido vio a *Pierre*, todavía ensillado, pastando tranquilamente bajo el árbol. Luego, al acercarse un poco más, advirtió al extraño que estaba sentado a la puerta de la cabaña —por su aspecto parecía un vagabundo—, y tras él algo así como un montón de harapos destacándose entre la alta hierba inmóvil. Pero ¿dónde estaba Rombout?

Sin titubear, aunque tenía las tripas revueltas por una corazonada, Pompey avanzó hacia la cabaña para enfrentarse al extraño. Se detuvo a un par de metros con las manos en las caderas. «¿Quién demonios eres?» Tenía esa frase en los labios cuando se fijó en el montón de harapos. Parecía como si Rombout estuviera durmiendo, pero tenía sangre en una sien. Sus botas de montar —Pompey las había abrigado aquella mañana— relumbraban con la pálida luz otoñal.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Pompey al indio, que apenas había levantado la cabeza al verle acercarse a la cabaña. Un miedo ancestral hizo presa en Pompey mientras miraba al hombre blanco tirado en el suelo.

El indio no dijo nada.

—¿Has hecho tú eso? —Pompey estaba asustado, asustado y furioso—. ¿Eh?

El indio siguió en silencio.

—Pero ¿tú quién eres? ¿Qué quieres?

Pompey miraba distraídamente del indio al caballo y del caballo al ominosamente inerte amasijo de ropas que había en el suelo.

—¿Yo? —dijo al fin el indio levantando la cabeza despacio para clavarle sus fanáticos ojos—. Soy el último kitchawank.

El juicio no duró ni una hora. El indio fue acusado de allanamiento criminal, asalto a mano armada e intento de asesinato. Su abogado, nombrado de oficio, había ido al colegio con Rombout. El sheriff, el secretario del tribunal, el fiscal del distrito y su ayudante también habían ido al colegio con Rombout. El juez había estudiado con el padre de Rombout.

—Evidentemente, señoría —arguyó el abogado del indio—, mi cliente no está en posesión de sus facultades.

—¿No? —respondió el juez, que era un hombretón duro y reaccionario, conocido por su intolerancia hacia los vagabundos, pordioseros, gitanos y similares—. ¿Y en qué se basa para asegurarlo?

—Dice que es indio, señoría.

—¿Indio? —El juez enarcó las cejas mientras todo el mundo que había en la sala le dedicó una mirada al kitchawank, que estaba tieso como un palo en el estrado de los testigos.

El juez se volvió hacia él.

—Jeremy Mohonk —empezó, y se volvió hacia el secretario—. ¿Mohonk? ¿Es así? —El secretario asintió y el juez se volvió al acusado—. ¿Comprende la naturaleza de los cargos que se le imputan?

—Yo estaba defendiendo mi persona y mi propiedad —gruñó el indio barriendo la estancia con los ojos.

Rombout, que tenía aún la cabeza vendada y el lado izquierdo de la cara tumefacto y descolorido, apartó la mirada.

—¿Su propiedad? —preguntó el juez.

El abogado del indio estaba de pie.

—Señoría... —empezó, pero el juez le hizo una señal para que se callara.

—¿Es usted consciente, señor, de que la propiedad que reclama como suya pertenece a la familia Van Wart desde antes de que este país existiera en su forma actual?

—¿Y antes de eso? —replicó el indio. Sus ojos eran como garras que desgarraran todos los rostros de la sala—. Antes de eso perteneció a mi familia. Hasta que fuimos expulsados de esas tierras con engaños. Y por si no lo sabía, lo mismo sucede con la tierra sobre la que se asienta este tribunal.

—¿Afirma usted ser indio?

—Medio indio. Mi sangre está contaminada.

El juez le miró durante un largo instante, chasqueando los labios de vez en cuando y quitándose dos veces las gafas para limpiarlas con la manga de su toga. Finalmente habló:

—Absurdo. Hay indios en Montana, Oklahoma, las Black Hills, pero aquí no hay indios.

Luego despidió al abogado de la defensa y preguntó al fiscal si tenía más preguntas para el acusado.

El jurado, ocho de cuyos miembros habían ido también a la escuela con Rombout, salió al cabo de cinco minutos. Su veredicto: culpable. El juez sentenció a Jeremy Mohonk a veinte años en Sing Sing, un lugar llamado irónicamente así por los sint sink, una tribu, extinguida hacía mucho, de indios parientes de los kitchawank.

Rombout había visto cómo se le hacía justicia, pero aquella parte de su propiedad —disputada por un loco y que nunca había rendido gran cosa— resultó ser una carga demasiado pesada de soportar. Seis meses después de que Jeremy Mohonk fuera enviado a prisión y su cabaña demolida, Rombout se vio forzado a poner el lugar en venta. A lo largo de los años, debido a la legislación, a la presión popular, a las disputas entre los herederos y a otras circunstancias, la propiedad original de los Van Wart había disminuido de ochenta y seis mil acres a menos de doscientos. Y ahora se vería privada de cincuenta más.

Los tiempos eran duros para todo el mundo. Durante dos años la parcela estuvo en venta y no llegó una sola oferta. Hasta que por fin Rombout puso un anuncio en el *Peterskill Post Dispatch* (que pronto se fusionaría con el *Herald* y el *Star Reporter*). Al día siguiente de publicarse el anuncio un reluciente último modelo de Packard sedán avanzó despacio, con su marcha flatulenta, por el camino particular de la mansión. Dentro iba Peletiah Crane, director de la escuela de Van Wartville y descendiente del legendario pedagogo y legislador. Iba vestido con su traje a rayas de director, completado con una pajarita, cuello duro y canotier, y llevaba consigo un maletín negro, similar a los que usaban los médicos para hacer sus visitas.

Pompey condujo al educador hasta el salón brillantemente iluminado, donde Rombout y su hijo de trece años, Depeyster, estaban sentados ante un tablero de ajedrez.

—¡Peletiah! —exclamó Rombout sorprendido, y se levantó para estrecharle la mano.

El director sonrió, y su sonrisa —no, era una mueca— se fue haciendo cada vez más amplia, hasta que le dio el aspecto de una nuez a punto de abrirse. Depeyster

agachó la cabeza. Conocía aquella sonrisa. Era una variante de la que utilizaba el Viejo Pico de Piedra, como le llamaban sus alumnos, justo antes de levantar su bastón, que pendía de la pared, y aplicarlo contra el trasero de algún bribón. Más amplia, más pegajosa y con los labios más apretados que la sonrisa del apaleo, la de ahora estaba reservada para las ocasiones triunfales, como cuando el doctor Crane reunía a todos los estudiantes a fin de anunciarles que su propio hijo había ganado el concurso de redacción para conmemorar la fundación de Peterskill, o cuando redujo las actividades deportivas durante un mes porque Anthony Fagnoli había profanado una de las duchas con un diagrama anatómico. Mortificado por aquella sonrisa, Depeyster, que tenía trece años, sintió ganas de bajar al sótano a buscar un pellizco de polvo. En vez de eso, se concentró en el ajedrez.

El director estrechó la mano de su padre alegremente, y luego tomó asiento.

—Señor Van Wart —dijo—. Rombout. —Y tamborileó los dedos en el maletín que tenía en su regazo con aire de posesión y de sabiduría, como si el maletín contuviera la piedra filosofal o el primer esbozo del discurso del New Deal de Roosevelt—. He venido a hacerle una oferta por la propiedad.

El dedo

Era un febrero frío, torvo y gris. Walter, un joven con dos pies como cualquier otro, todavía estudiaba; estaba sentado ante su escritorio con un tazón de cereales y un yogur de ciruela, intentando desentrañar a Heidegger. Su motocicleta estaba en el garaje, detrás de la casa de huéspedes en la que comía, dormía, cagaba y meditaba sobre cuestiones relacionadas con el destino del hombre en un universo indiferente, y permanecía solitaria en medio de un amasijo de mesas de tres patas, sillones destripados y lámparas deformadas. No la iba a necesitar durante un tiempo. La temperatura exterior rondaba los diez grados bajo cero, él estaba a más de quinientos kilómetros y a un universo entero de distancia de la colonia Kitchawank y del siseante infierno de la Depeyster Manufacturing, y tendría que soportar tres interminables meses antes de recibir su diploma de las manos moteadas de manchas pardas del presidente Crumley y arrancar las páginas al libro de Heidegger con el mismo malicioso placer con el que de pequeño arrancaba las alas a las moscas.

Jessica también estudiaba. En Albany. No había visto a Walter desde las vacaciones de Navidad, y la semana pasada le había escrito tres veces sin recibir respuesta. También había escrito a varias universidades donde graduarse. Scripps, Miami, Nueva York, Mayagüez. Lo que quería de Walter era amor, fidelidad y una relación estable. Lo que quería de Scripps, Miami, Nueva York y Mayagüez era la posibilidad de especializarse en biología marina. En aquel momento estaba contemplando el mecanografiado de su tesis de fin de carrera, que yacía en el escritorio junto a otra carta para Walter. Tenía las piernas cruzadas, y unas zapatillas de peluche en forma de conejo se balanceaban sobre las puntas de sus pies con las uñas pintadas de rosa. El título le produjo un leve estremecimiento de placer: «El efecto de la fluctuación térmica sobre la concentración de vanadio en los tunicados de la zona litoral», por Jessica Conklin Wing. Superó la emoción, volvió la página y empezó a leer.

Tom Crane, nieto de Peletiah, amigo y confidente de Jessica y compinche de Walter de toda la vida, no estudiaba. Al menos, desde hacía dos semanas. No. Él no. Había dejado de estudiar y estaba orgulloso de ello. Por lo que a él respectaba, Cornell no era más que una institución burguesa, represiva, reaccionaria y estúpidamente aburrida. Había diseccionado a su última rana, torturado a su último cobaya y luchado por última vez por levantar sus doce kilos de libros de texto, plagados de ilustraciones, diagramas y apéndices. Había limpiado su habitación y

vendido todo el material —escritorio, silla, lámpara de flexo, regla de cálculo, textos, diccionarios, su cuaderno de campo de historia natural y un calendario de hacía dos años con fotos de flores silvestres del noreste que tenían como marco las húmedas vulvas de chicas puertorriqueñas desnudas y de negros pezones— por veintiséis dólares, había metido su ropa interior en una mochila y había hecho autostop hasta casa.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó su abuelo cuando llegó.

Sucio y encorvado, con la bufanda amarillo canario de dos metros y medio de largo enroscada al cuello como una anaconda y la cazadora de aviador alemán de la Primera Guerra Mundial abierta hasta la cintura, se limitó a encogerse de hombros:

—No sé —dijo—. Podría buscar trabajo, supongo.

Su abuelo, antaño guía y orientación de las escuelas de Van Wartville y Peterskill, y firme creyente en la dignidad del trabajo y los principios de John Dewey, hizo una mueca de desdén. Tenía setenta y cinco años, y sus cejas subieron y volvieron a bajar como enormes y feroces búhos blancos.

—Por cierto, ¿podría vivir en la cabaña?

Por un momento el viejo se quedó sin habla.

—¿La cabaña india? —dijo al fin, con voz trémula y ronca por la incredulidad—. ¿Allí, en el último confín del mundo? ¡Por Dios, si te morirás de frío!

¡Qué va!, él no se moriría de frío. El verano anterior había equipado el lugar con una nueva estufa de leña, había puesto ventanas nuevas y había tapado las grietas de las paredes con trozos de madera y masilla. Y hacía dos veranos había arreglado el porche, había instalado un retrete químico y había arrastrado hasta allí los suficientes muebles viejos y abandonados para hacerla habitable. Además, tenía un buen saco de dormir y cincuenta acres de bosques donde obtener leña.

Su abuelo, el del afilado pico Crane y los penetrantes ojos Crane, le había idolatrado desde que llevaba pañales, y ahora que su hijo se había ido, el anciano se aferraba a él con esa pasión desesperada que provoca el temor de que se extinga la propia sangre. Es decir, no sabía decirle que no.

—Si es eso lo que quieres... —dijo por fin, y exhaló un suspiro que podría haber levantado las cortinas.

Y allí estaba él, viviendo como un ermitaño, un hombre de las montañas, un santo de los bosques y un héroe del pueblo, libre de las mezquinas preocupaciones financieras que importunan por igual al capitalista y al obrero. Claro que helaba, y sí, la necesidad le forzaba a caminar penosamente por la carretera de Van Wart y hacer autostop para recorrer la distancia de más de tres kilómetros hasta casa de su abuelo a fin de comer como Dios manda y efectuar de vez en cuando el ritual de quitarse los tejanos y meterse en una bañera humeante, pero lo había conseguido. ¡Aquello era independencia! ¡Nadie le mandaba! ¡El placer de la pereza! Se quedaba en la cama toda la mañana, envuelto en su saco de dormir, con los brazos presos bajo el peso de innumerables mantas indias y una vieja zamarra maloliente de piel de mapache que

había encontrado en el armario de su abuela, dejando que su aliento se suspendiera en el aire. A veces se levantaba a abrir una lata de maíz en conserva y la ponía a calentar sobre la estufa de petróleo, o se hacía una taza de infusión o de chocolate caliente, pero la mayoría de las veces simplemente se quedaba tumbado, holgazaneando indolentemente y saboreando su libertad. Hacia las diez o las once —no sabía exactamente cuándo, porque no tenía reloj— se ponía a leer. Lo más típico era que empezase con alguna cosa ligera, por ejemplo alguna fantasía de duendes o ciencia ficción, como Tolkien, Vonnegut o Salmon. Después de comer —potaje de garbanzos con arroz moreno y lentejas, cocido en una gran olla— se adentraba en terreno más denso. Lenin, Trotski, Bakunin, folletos baratos de tapas grises o verdes, de un papel tan malo como el de los periódicos. ¿Qué le importaban las cubiertas de cuero si el contenido era un rollo? Él estudiaba para la revolución.

Pero aquella sombría noche de invierno, mientras Walter elucubraba y Jessica dirigía sus pensamientos hacia las holoturias, Tom Crane se puso sus botas de ante rosa con cordones (con unas desafortunadas manchas de aceite lubricante que había intentado limpiar aplicándoles una solución de tetracloruro de carbono y gasolina pura) y sus pantalones acampanados de cuadritos, que abrazaban sus huesudas rodillas y hacían de sus pies simples cuñas de carreras. Cogió su cazadora de aviador, se envolvió como una momia en su bufanda y se dirigió a la puerta, invadido por una excitación que le hacía taconear con sus largos y huesudos pies sobre el suelo del porche, como si sus pies caminaran solos. Iba a un concierto. Un concierto de rock. Una salvaje y alegre exaltación de la juventud, la rebelión, la negativa a prestar el servicio militar, las drogas, la liberación sexual y toda clase de placeres libidinosos. Llevaba tres días enteros esperando aquel concierto.

El cielo estaba cargado, negro, ondulado de nubes, y la tendencia al calor de los últimos días había empujado el mercurio hasta más arriba de los diez grados. Tenía que recorrer con cautela el camino, pues el fino y espasmódico haz de luz de la linterna era tan débil que sólo le servía para satisfacer su curiosidad de saber qué rama trémula y larga se le había metido en el ojo o se había enganchado con fuerza en el deshilachado extremo de su bufanda. Había unos ochocientos metros de camino pedregoso y cóncavo hasta el arroyo de Van Wart y el puentecillo de madera erigido por algún altruista en tiempos pasados, y luego otros cuatrocientos metros o así a través de cenagosos prados frecuentados por vacas lecheras, que al depositar sus desbordantes excrementos los dejaban como un campo de minas. Luego el camino serpenteaba a través de un bosquecillo de hayas desnudas y abetos frondosos, ascendía durante un corto trecho y finalmente emergía sobre el inmóvil y negro río de alquitrán que era la carretera de Van Wart.

(¿Qué le impulsaba a realizar aquel recorrido tedioso y prolongado hasta la carretera o desde ella, aún más pesado cuando lo efectuaba cargado de sacos rebosantes de lentejas, judías pintas o copos de salvado? Lo recóndito del lugar tenía sus ventajas. Un héroe del pueblo o un santo de los bosques recibiría pocas visitas,

por ejemplo, de representantes de las autoridades del condado y de la ciudad debidamente constituidas, como tasadores del catastro, inspectores del Departamento de Construcción y Seguridad, o el sheriff y sus secuaces. Tampoco le molestarían viajantes, mendigos, vendedores de la casa Avon o testigos de Jehová, pues al pasar por la carretera sólo verían una infinidad de árboles, cada uno proyectando su sombra sobre el otro. En cambio, para los iniciados, para sus huéspedes privilegiados, Tom Crane utilizaba el tapacubos del Packard. Si disminuían la marcha al acercarse a cierto olmo de aspecto enfermizo que se hallaba a un kilómetro y medio más allá de cierta barandilla rota y veían el tapacubos colgado de un clavo en el tronco de aquel olmo, aparcaban el coche y entraban: Tom estaba en casa. Y si el tapacubos yacía en el suelo, podían ahorrarse la molestia de parar).

En la carretera Tom se quitó los guantes de piel de ciervo, uno de los dieciséis pares que su padre le había legado sin saberlo. Los encontró, algunos todavía envueltos en papel de regalo con dibujos de hombres de nieve y bastones de caramelo, al revisar los cajones del escritorio de su padre, la semana después de que las primeras vacaciones que sus padres hacían en veinte años acabaran trágicamente a causa de un error del piloto en algún lugar cerca de San Juan. Guardó los guantes en la bolsa que formaba en la cintura su amplia cazadora de aviador, deslizó la inútil linterna en el bolsillo trasero de sus anchos pantalones y descolgó del árbol el tapacubos del Packard. Luego se sopló en las manos y se dirigió hacia la larga y negra sombra que se extendía a lo largo de la carretera como la boca de una insondable gruta.

Era el propio Packard una reliquia del lejano pasado, pintado con los colores del sueño y el olvido y corroído por la herrumbre. Las ventanillas estaban abiertas de par en par, los frenos eran apenas un recuerdo y las maderas del suelo habían ido desprendiéndose hasta formar una delicada celosía que dejaba los pedales flotando en el aire mientras la carretera se movía bajo ellos como una cinta transportadora. Un genuino artefacto que, a su manera, era tan revelador de una civilización desaparecida como una flecha o una cerámica antigua. El viejo cacharro había sido desterrado el año anterior del cobertizo trasero de la casa de su abuelo. El mayor de los Crane había tenido una larga serie de sucesivos Packards, y aquél, que era de finales de los cuarenta, había sido el último. («Después de la guerra empeoraron mucho», insistía el viejo, con una vehemencia que hinchaba las aletas de su magnífica nariz. «Basura, son sólo basura»). Ahora era de Tom.

A tientas y ayudado por la memoria, luchó por levantar la capota y sacar el filtro del aire. Estaba pulverizando éter en lo que en la oscuridad suponía que sería el carburador, cuando vio por primera vez el platillo volante. Trémulo y luminoso, se movía a sacudidas por el cielo, y se detuvo bruscamente justo por encima de él, donde osciló incierto, como si buscara un sitio donde aterrizar. Tom se quedó helado. Miró la cosa sin aprensión y con ojos de científico (tenía forma de platillo, de acuerdo, y emitía una pálida y líquida iridiscencia), sorprendido, pero sólo levemente.

Creía en la parapsicología, la reencarnación, la astrología y las teorías económicas de Karl Marx, y mientras estaba allí, de pie, sintió que su sistema de creencias se enriquecía con una nueva e inquebrantable fe en la existencia de la vida extraterrestre. Pero después de unos diez minutos el cuello se le estaba poniendo rígido, y empezó a desear que aquella maravillosa aparición hiciera algo —despedir llamas, abrirse como un ojo, convertirse en barro o gelatina—, algo que no consistiera en revolotear incesantemente sobre su cabeza. Fue entonces cuando buscó subrepticamente la linterna en el bolsillo trasero, pensando vagamente en lanzar señales a los alienígenas en código Morse o algo así.

Pero en cuanto tocó la linterna, la sombra de una mano gigante hizo desvanecerse la nave espacial. Cuando soltó la linterna los astutos alienígenas volvieron, revoloteando como antes. Tom se sintió un tanto estúpido. Estuvo jugando con la linterna un minuto más, y luego dejó que el platillo se lanzara a su destino en los confines negros como la tinta del espacio y volvió al coche. El viejo cacharro arrancó con un rugido volcánico, y una brillante explosión de llamas azules salió del carburador. El santo de los bosques se apresuró a volver a poner el filtro del aire y luego cerró la capota. Y después se fue, con un chirrido del volante y un gemido de los neumáticos, a derramar su espíritu en el dionisiaco frenesí del concierto.

El concierto presentaba a un conocido grupo underground cuyos miembros invertían cada centavo de sus ganancias en acciones preferentes. Se celebraba en Poughkeepsie, en el gimnasio del Vassar College. Tom mostró su entrada y atravesó las puertas con el resto de la masa de ojos negros, hirsuta y cargada de ruidosos collares, encantado de entrar y dejar el frío. No sabía que Poughkeepsie era un término de la lengua algonquina que significaba ‘refugio seguro’, pero nadie en aquella multitud lo sabía. De hecho, había muy pocos que tuvieran idea de que la historia les había precedido. Conocían de una forma abstracta algo del día de Acción de Gracias y los peregrinos, de Washington, Lincoln, Hitler y John F. Kennedy, de la Depresión —¿acaso sus padres les hubieran dejado olvidarla?—, y recordaban oscuramente la construcción de algún centro comercial local en cierta lejana época formativa de sus vidas. Pero todo era inconexo, trivial, un conocimiento útil en sexto grado para responder a tests de cultura general o para acertar las extrañas preguntas de un concurso de televisión. Lo real, lo que importaba, era el presente. Y en el presente ellos, y sólo ellos, estaban en auge: habían inventado el sexo, el pelo largo, la marihuana y la guitarra eléctrica, y la civilización empezaba y terminaba con ellos.

Sea como fuere, aquella noche el santo de los bosques entró en el auditorio como un balandro en un mar agitado. El viento helado soplaba a sus espaldas pegándole la bufanda a las orejas como una vela orzada, y un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo sacudiéndole hasta las bordas. Pateó, tembló y se estremeció, con los codos volando como vibrantes botavaras, mientras avanzaba poco a poco hacia delante,

empujado por hombros y cabezas, por gruesos abrigos, chaquetones del ejército y chaquetas con flecos. Flotaba en el ambiente un hálito frío que procedía de los cuellos subidos, emanaba de las bufandas, había quedado atrapado en el estallido vegetal de las cabelleras, pero se disipó rápidamente, absorbido por el calor de la muchedumbre. Un momento después estaba dentro, el gentío se dispersaba, las inmensas estufas eléctricas irradiaban brisas tropicales, suaves luces brillaban por encima de sus cabezas y un murmullo de voces ondeaba a su alrededor como olitas lamiendo el malecón.

De pronto sintió brotar en él una sensación de hilaridad, de amor tan puro como las nieves del Himalaya, de hermandad y alegría comunitaria similar a la que Gandhi debía de sentir entre las sucias hordas de Delhi o de Lahore. Había sido ermitaño durante demasiado tiempo (hacía ya al menos dos semanas), demasiado tiempo lejos del contacto con la energía de la gente y del *élan vital* de la época. Además, no había estado a menos de medio metro de una chica desde septiembre, cuando Amy Clutterbuck le dejó cogerle la mano en un oscuro cine de Ithaca. Y ahora estaba rodeado de ellas.

Aquí una rubia, allí otra, rubias por todas partes. Chasqueó la lengua para sí mientras se abría camino hacia las gradas y subía los escalones a zancadas largas, agitadas y torpes. ¡Joder, aquello era fantástico! ¡Los olores! ¡Perfume, incienso, hierba, tabaco, licor! Estaba casi aturdido por la excitación cuando se apropió de un asiento a medio camino de la grada más próxima, se dejó caer sobre el frío y duro tablón y clavó las rodillas accidentalmente en la espalda de la chica que había delante. Pero no fue un simple empujón —sus largas espinillas parecían haberse disparado como resortes, y los afilados huesos de sus rodillas se habían convertido en agudos cuchillos—, no, fue una salvaje y penetrante puñalada en los riñones de la víctima, que la hizo sacudirse convulsivamente y volverse hacia él como una arpía.

Tom vio una carita blanca devorada por la cabellera, ojos como violetas tras un cristal, una arruga de rabia entre el par de cejas perfectamente depiladas.

—¿Qué coño haces, cabrón? —le espetó con tanta furia que los pelos de la barba se le pusieron de punta.

—Yo... yo... yo... —balbució Tom como si estuviera a punto de estornudar. Pero luego se controló y se lanzó a una disculpa tan profunda, sincera, halagadora y rebuscada que habría ablandado al propio Ho Chi Min. Concluyó ofreciéndole un chicle. Y ella aceptó.

—Piernas largas, ¿eh? —dijo ella con una sonrisita realmente encantadora.

Él asintió, con el agudo pico Crane cortando el aire y la desgredada trenza aleteando sobre su cuello. ¿Era de por allí?, quiso saber ella. No, era de Peterskill, acababa de dejar de estudiar en Cornell —era un auténtico coñazo, ¿entendía lo que quería decir?—, y ahora vivía por su cuenta, a sus anchas, en el bosque.

—¿Peterskill? —aulló ella—. ¿Es una broma?

Ella era de Van Wartville. Ajá, nacida y criada allí. Había ido a una escuela

privada. Ahora estaba en Bard. ¿Tenía coche?

Lo tenía.

A ella no le importaba irse a casa a pasar el fin de semana, saltarse alguna clase del lunes y hacer que su padre la llevara luego de regreso. ¿Le gustaría ir a dar una vuelta?

Él asintió hasta que empezó a dolerle el cuello, y sonrió tanto que las comisuras de la boca se le quedaron entumecidas. Claro, desde luego, cuando quisiera.

—Me llamo Tom Crane —dijo tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó; aquella mano estaba tan fría como las innumerables percas de ojos fijos que había abierto en el laboratorio de biología.

—Yo me llamo Mardi.

Tom estaba a punto de decir alguna nimiedad, sólo para mantener la conversación, algo como «Yo soy libra», pero entonces las luces se apagaron y el presentador anunció al grupo. Y entonces las cosas empezaron a ir mal. Porque en vez del grupo, con sus greñas y sus muecas, otro personaje apareció ante el micrófono —un decano o algo así, con traje y corbata—, quien les anunció con voz que era casi un aullido que había habido un accidente, y pidió la cooperación de la multitud. La gente empezó a mirar a su alrededor. Se alzó un murmullo. Al parecer, alguien —uno de los que querían colarse— había entrado por uno de los grandes ventanales que corrían a lo largo de las paredes y quedaban a unos seis metros por encima del suelo. El intruso había trepado hasta allí, y permaneció colgado un momento del alféizar para caer luego entre la muchedumbre. O al menos, así lo explicó el decano.

El murmullo se hizo más alto. ¿Estaba pidiendo aquel individuo —un representante de la élite militarista— al público, al pueblo, que entregara a uno de los suyos? ¿Que le delatara, acusara y traicionara? Tom estaba estupefacto. Contempló la coronilla de la cabeza de Mardi, su pelo, la curva de sus hombros, mientras sentía crecer la rabia. Pero no. No era eso, ni mucho menos. El intruso se había herido. Se le había enganchado el anillo en el tirador de la ventana al caerse al suelo: el dedo, atrapado por el anillo que lo rodeaba, se le había arrancado de cuajo. ¿Quería el público dedicar un minuto a la búsqueda del dedo para poderse salvar?

El murmullo se convirtió en griterío. Todos se habían levantado, y un gran estrépito de pisadas y gemidos invadía el lugar, como si un numeroso rebaño estuviera emigrando; el pánico estaba escrito en sus caras. Allí, en alguna parte, en un regazo, en un bolso o en el suelo, bajo el tacón de alguien, había un dedo sangrante, con la carne aún caliente. ¡Era suficiente como para ponerse a cuatro patas y husmear como un sabueso! Tom sintió náuseas, y la alegría y la hilaridad huyeron de él como el aire de un globo pinchado. Hubo un gemido general y crujir de dientes. «¡Que no cunda el pánico!», exclamaba el decano por el micrófono, pero nadie parecía escucharle.

Mientras tanto Mardi había permanecido de pie, inmóvil, un paso más abajo que

el santo de los bosques, escudriñando la multitud con los ojos. De pronto se volvió hacia él y realizó un brusco movimiento con la nuca para arreglarse el peinado; allí estaba el dedo. Cayó como un pálido gusano de la enmarañada telaraña de su pelo y aterrizó en el asiento que había junto a ella.

—¡Ahí! —exclamó Tom señalando al asiento con horror y fascinación—. ¡Ahí está!

Ella lo miró. Luego levantó los ojos hacia él. La expresión de su rostro —no estaba consternada, disgustada ni aterrada, no chillaba ni danzaba sobre las puntas de los pies— era algo que Tom nunca había visto. O sí: era una expresión de fiera. Ella era una gata, y aquel trozo de carne una presa que había cazado en algún nido o en una madriguera de un árbol. Una sonrisa se fue abriendo paso lentamente entre sus labios, hasta que en medio de la confusión, los chillidos, los ataques de histeria y las carcajadas contenidas que amenazaban con convertir el auditorio en un campo de Agramante, la chica dirigió a Tom una mirada radiante.

—No podemos empezar el concierto —exclamaba el decano, pero Mardi no le prestaba atención. Aún radiante, mientras seguía sosteniendo la mirada de Tom, inclinó ligeramente la cintura y le dio al dedo un capirotazo que lo hizo perderse en las sombrías fauces de las gradas.

Patrimonio

Era como si Walter se hubiera despertado de un largo sueño, como si los pasados veintitantos años hubieran sido una ilusión, y aquello —los sueños y visiones, los recuerdos que le acosaban tenaces—, la realidad. No volvería a estar seguro de nada. Todos los soportes empíricos del mundo —la ley de Boyle, la física de Newton, las doctrinas evolucionistas y la herencia genética, la televisión, la gravedad, los contratos sociales, la mierda— se habían vuelto súbitamente sospechosos. Su abuela siempre había tenido razón. Su abuela —la mujer del pescador, la de las medias caídas en los tobillos y el levemente bigotudo labio superior elevándose y bajando en un conjuro constante— había percibido el mundo con mayor agudeza que filósofos y presidentes, farmacéuticos y agentes de publicidad. Ella había visto a través del velo de Maya, había visto el mundo tal como era: un lugar encantado, donde todo podía suceder y nada era lo que parecía, donde las sombras tenían colmillos y el destino se refocilaba en la sangre. Walter sintió que podía flotar en el espacio, estallar como un boniato dejado demasiado tiempo en el horno, hacer crecer pelo en las palmas de sus manos o convertirse en jalea de uvas. ¿Por qué no? Si había apariciones, sombras en carreteras oscuras, voces hablando en la noche indiferente, ¿por qué no también duendes y gnomos, Dios, Santa Klaus, extraterrestres y *pukwidjinnies*?

Salió del hospital en una soleada mañana de agosto, y lo primero que hizo —antes de tomarse una cerveza o una hamburguesa gigante con pepinillos, potenciador del sabor, mayonesa, mostaza y salsa de chiles superfuertes, antes de llevarse a Jessica a su habitación, encima de la cocina, para terminar lo que había empezado en la dura y lisa cama institucional del ala este— fue esto: volvió y leyó la inscripción del indicador de la carretera, como el espectro descalzo de su padre le había aconsejado. Conducía Jessica. Llevaba un vestido camisero de un tejido semitransparente, como el que se usa para la ropa interior, llevaba sandalias, joyas, maquillaje, perfume. Walter observaba por la ventanilla cómo se alejaban los árboles, uno tras otro, en una sucesión interminable y sin pausas; su color verde era tan intenso que le obligó a protegerse los ojos. Jessica canturreaba al ritmo de la radio. Estaba efusiva, despreocupada, alegre y locuaz. Él estaba alicaído y distante. Ella charlaba sobre planes de boda, contaba chistes, manipulaba el papel dorado del cuello de la botella de Moët Chandon que llevaba apretada entre sus muslos, y le hablaba de gente que conocían —Héctor, Tom Crane, Susie Cats—, como si hubiera estado ausente un año. Él no tenía gran cosa que decir.

El indicador histórico apenas había sufrido daños con la embestida de Walter. El poste se había mellado en el punto donde su pie había chocado con él, y el conjunto se había desplazado hacia atrás un grado o dos, de modo que el texto podía ser leído con mayor comodidad desde las ramas más bajas del arce que había al otro lado de la carretera, pero lo cierto es que Walter había salido mucho peor parado que el instrumento de su mutilación. Así pudo comprobarlo desde la ventanilla del coche cuando se pararon al borde de la carretera. Salió del lado del pasajero del Volkswagen de Jessica como un cangrejo sacudiéndose la concha, avanzó apoyándose en sus muletas —cada vez que descansaba su peso sobre el muñón todavía tierno de su pierna derecha, sentía como si se quemara—, y renqueó para descifrar el indicador que se había convertido para él en algo tan importante y misterioso como debieron de ser las tablas del Sinaí para las tribus de Israel. Podría haberle pedido a Jessica, o a Lola, o a Tom Crane que le echaran un vistazo mientras él yacía desvalido en el lecho, atormentado por la imagen de su padre y por la brutal mezcla de ensueños y realidad, pero prefirió hacerlo así. Después de todo, no había chocado contra un árbol, un buzón, una boca de incendios o una farola, sino contra un indicador —símbolo, señal y aviso—, sí, un indicador, y por la atención que él le había prestado en el pasado, habría podido estar escrito en letra jeroglífica. Allí había un mensaje. Él ansiaba la revelación.

Hacía calor. El final del verano. Los coches pasaban disparados aspirando el aire. No había sangre en la carretera, ni aceite, sólo el mellado indicador. Leyó:

En este lugar, en 1693, Cadwallader Crane, líder de una sublevación armada contra el feudo Van Wart, se rindió a las autoridades. Fue ahorcado, al igual que su compañero de conspiración, Jeremy Mohonk, en Gallows Hills, en 1694.

Lo leyó, pero no recibió la revelación. Se quedó plantado como un hombre de piedra, memorizándolo, palabra por palabra. Y luego, tras un largo momento durante el cual maldijo sus sueños, a su padre y a la sociedad histórica estatal, se dio la vuelta sobre sus muletas y caminó pesadamente hacia el coche.

En casa el mundo había cambiado bajo sus pies, se había transformado de un modo tan cierto e irrevocable como si hubiera chocado contra un cometa o lo hubiera visitado una delegación de alienígenas de tres cabezas procedentes de Alpha Centauri, y sin embargo allí todo seguía igual, incluso las silenciosas franjas de luz solar que caían por la alfombra turca como una bendición y las lámparas gemelas con pantallas de color y la textura de pergamino antiguo. Walter se plantó torpemente en medio del abarrotado cuarto y se abandonó al vigoroso abrazo de Lola. Las paredes, forradas con paneles de madera, tenían todavía colgadas las melancólicas fotos color sepia de los padres de Lola con sus abrigo moldavos, sus chanclos y sus sombreros de piel; las fotos en blanco y negro de Walter con su uniforme de jugador de béisbol; la instantánea sobreexpuesta de Lola y la madre de Walter cuando iban a la escuela

secundaria, con el pelo largo y los brazos unidos; y el rígido retrato oficial de Lenin, que ocupaba el lugar de honor sobre la repisa de la chimenea. La planta de caña del rincón seguía muerta, y el acuario estaba como siempre: vacío y recubierto de una dentada capa de sedimento petrificado. En las estanterías, entre los lomos descoloridos y las sobrecubiertas de los libros que nadie había tocado desde que Walter tenía uso de razón, se agazapaban los tigres y elefantes de cerámica, las torres y los caballos y los peones de marfil con los que había jugado de pequeño, tal como los había dejado en aquella lejana mañana de las tortas de patata. Había estado fuera dos semanas. Todo seguía igual y todo había cambiado.

—Bueno —dijo Lola—. Bueno, ya has vuelto.

Jessica estaba junto a él, toqueteando su bolso. Sonreía azorada. Lola también sonreía, pero la suya era una sonrisa cansada y lastimosa. Walter, a pesar de sí mismo, advirtió que él también le sonreía. Pero no era una sonrisa animada. Estaba demasiado desorientado, demasiado agobiado por el fantasma de los espíritus familiares, que chillaba cada vez que algo crujía en los arbustos, cada vez que él bajaba los ojos hacia su pie derecho, y no podía sonreír como un hijo desenvuelto y cariñoso. No, su sonrisa era más bien una mera desnudez de sus dientes.

¿Quería comer algo?, quiso saber Lola. ¿Una sopa borsch quizá? ¿Con un poco de pan de centeno? ¿Té? ¿Galletitas? ¿Quería sentarse? ¿Hacía demasiado calor? ¿Quería que pusiera el ventilador? ¿Cómo se iba a alegrar Hesh cuando volviera del trabajo...!

Walter no quería borsch, ni pan de centeno, ni té con galletas. No hacía demasiado calor. No hacía falta poner el ventilador. Claro que quería ver a Hesh. Pero ahora —y entonces dirigió a Jessica una mirada significativa— sólo deseaba irse a la cama. O sea, descansar. No bebería champán, no se tomaría una cerveza ni se comería una hamburguesa gigante, ni tampoco se sumiría en un acto de amor y afirmación con su novia. En vez de eso, subiría las escaleras a su habitación de adolescente como un soldado al volver de la batalla, como un mártir, echaría las cortinas, se tumbaría en la cama y contemplaría cómo las sombras se intensificaban hasta el anochecer.

A la mañana siguiente le despertó el olor de las tortas de patata, un olor que le sacudió como un bofetón en la cara. Se sentó en la cama invadido por el miedo y el hastío. El ciclo volvía a empezar. Los tristes ojos de su madre ya habían empezado a destacarse de la penumbra del rincón que había tras el escritorio. Un minuto más y su abuela estaría mirando por encima de su hombro, y su padre le tomaría el pelo otra vez o le haría llegar otro críptico mensaje. Era intolerable. ¿Cuántos kilos de carne tendría que sacrificar? ¿Cuántos miembros? Se enredó con las correas de la prótesis, tiró de su ropa, alcanzó las muletas y se escabulló por las escaleras como un hombre acosado.

Eran las siete de la mañana, Hesh y Lola estaban en la cocina, y sus voces eran suaves y murmurantes. La casa palpitaba con los leves y confortables sonidos que tanto había añorado en el hospital: agua corriendo por las cañerías, el zumbido del lavavajillas y la nevera. Fuera el sol lanzaba sus rayos sesgados a través de los olmos y los arces, se derramaba por el césped e inundaba el jardín. Walter se acercó un momento a la ventana para recobrarse. Vio maíz. Tomates. Calabazas, pepinos, cidras. Los había plantado Hesh en mayo. Antes de que Walter empezase a trabajar en la Depeyster Manufacturing, antes de que arreglara la Norton y de que descubriera un fantasma en el aroma de una torta. Y allí estaban, arraigados a la tierra.

En la cocina dejó sus muletas contra la pared y se sentó a la mesa enfrente de Hesh. Lola estaba junto a los fogones haciendo las tortas.

—Te he hecho tu desayuno favorito, Walter —le dijo.

El olor era insoportable. Era la muerte. Hubiera preferido oler los efluvios humeantes del plástico quemado, el gas neurotóxico, la sangre, la carroña y la mierda. Había un vaso de leche junto a su plato. Bebió un sorbo. Estaba caliente.

—No tengo hambre —dijo.

—¿No tienes hambre? —repitió Hesh. Se inclinaba sobre su bizcocho como un águila devorando su presa. Sus antebrazos se dilataban contra el borde de la mesa—. Venga, chico, cómetelo todo. Has perdido el pie. De acuerdo. Pero eso no quiere decir que se acabe el mundo.

Walter dejó el vaso de leche en la mesa.

—Por favor, Lola —le dijo estirando el cuello para mirar por encima del hombro—. Ahora no. Simplemente, no me apetece comer. —Y luego, volviéndose a Hesh, que se relamía la mantequilla de los dedos y masticaba con un movimiento rítmico y circular de sus grandes y bien afeitadas mandíbulas, dijo—: No es eso. De verdad. Es que... —No sabía cómo decírselo—. Últimamente he estado pensando en mi padre.

Hesh dejó de masticar.

—¿Tu padre? —repitió como si no lo hubiera oído bien. Cogió el cuchillo de la mantequilla y volvió a dejarlo—. Ya sabes lo que pienso de tu padre.

Walter lo sabía. Pero todos sus problemas tenían sus raíces en el mismo punto, los tumultos, los barcos fantasma, el acertijo del indicador histórico y la carga de la herencia.

—Sí, ya lo sé. Pero ahora las cosas son diferentes y tengo derecho a saber qué fue eso tan horrible que os hizo a Lola, a mi madre y a ti, tengo derecho a saber dónde está. Tengo derecho a preguntárselo por mí mismo.

Los ojos de Hesh no habían cambiado. Estaban abiertos —fijos en Walter—, pero podían haber estado cerrados a cal y canto. Había empezado a masticar otra vez, pero más despacio y, al parecer, sin disfrutar de lo que comía.

—Claro —dijo al fin, mientras Lola hacía ruido de cazuelas en el fogón—. Tienes todo el derecho del mundo. Pero tu madre nos hizo tus tutores legales, a nosotros, no a él. Él te abandonó, Walter. Y aunque volvió aquellos veranos, ¿crees que estaba

preparado para asumir la responsabilidad de criar a un niño, a pesar de los escándalos que organizaba? ¿Eh? ¿Lo crees?

Walter se encogió de hombros. Las tortas le estaban matando. Se sintió como si estuviera a punto de echarse a llorar en cualquier momento.

—Adelante, búscalo. ¿Dónde? Sólo Dios lo sabe. Pero para mí es un vagabundo. Un Judas. Persona non grata. Por lo que a mí respecta, el libro está cerrado.

Pero el libro nunca se cierra del todo.

Hesh salió hacia su taller de vidriero de Houston Street, y Lola se sentó a la mesa y contó a Walter la historia de los tumultos por enésima vez. Él conocía cada matiz, se anticipaba a cada pausa y a cada cambio de inflexión como si fuera él quien hablara, pero esta vez escuchó como si nunca hubiera oído aquella historia, escuchó como el día después de su undécimo cumpleaños, cuando Lola le hizo sentarse e intentó explicarle por qué Hesh y su padre habían estado a punto de liarse a puñetazos por una cosa tan maravillosa e inofensiva como una motocicleta italiana con guardabarros rojos y manillar cromado. Escuchó.

Ella no había podido acercarse al lugar, es decir, el lugar del concierto. Pero Hesh sí. Y los padres de Walter también. El comité organizador les había pedido que fueran temprano para colocar las sillas y cuidar de las luces y los altavoces. Después Christina se encargaría de los programas y de los folletos, y Hesh y Truman tenían que mezclarse con la multitud y vigilar que no hubiera problemas. Iba a ser una noche memorable: el calor del anochecer de verano como una manta descomunal, las estrellas por encima de sus cabezas, miles de voces uniéndose en una canción. Durante semanas no se hablaba de otra cosa.

Will Connell iba a estar allí, tocando su guitarra y cantando sus canciones sobre los trabajadores de América. (Más tarde, cuando todo el país se contagió de la enfermedad de los tumultos, fue apuntado en la lista negra de todas las compañías discográficas, las publicaciones musicales, los agentes teatrales y los propietarios de auditorios desde Maine hasta California). También iba a cantar una mujer del mundo del espectáculo de Nueva York. Y había dos oradores, uno era del Sindicato de la Confección y el otro era un miembro del partido que había luchado en la Brigada Abraham Lincoln. Pero la gran atracción —el hombre al que todo el mundo quería ver— era Paul Robeson. Paul Robeson era negro y comunista, era actor y luchador por los derechos civiles, era una figura colosal, un hombre capaz de cantar los antiguos espirituales de un modo que conmovía hasta la médula de los huesos.

Lola le había visto el año anterior en el pabellón de la colonia Kitchawank. Unas doscientas personas se habían reunido aquella vez a escucharle, casi todos eran de la colonia o de por allí, los encanecidos anarquistas y socialistas que habían fundado la comunidad en los años veinte, porque querían liberarse de los males de la vida urbana y dar a sus hijos una educación libertaria, y los miembros del partido comunista que habían empezado a sustituirles. La gente llevaba bocadillos y se sentó en la hierba; parejas mayores, niños, mujeres embarazadas. No hubo problemas. Simplemente, fue

un rato agradable para todos. Un poco de cultura fuera de los grandes centros urbanos.

Pero al año siguiente —en agosto, a finales de agosto— todo fue muy diferente. Entonces Lola trabajaba, un turno de media jornada en el mostrador de la pastelería Van der Meulen de Peterskill, y por eso no podía ir tan temprano como Hesh y Truman. Pero la madre de Walter sí que fue. Christina preparó unos bocadillos y termos de té helado, dejó a Walter con su abuela —él acababa de cumplir tres años, ¿se acordaba?— y luego subió en el Plymouth 1940 de Hesh, con su marido y su compinche Piet.

Lola echó la cabeza hacia atrás y recorrió la habitación con la mirada. Había una taza de café enfriándose en la mesa, delante de ella. Encendió un cigarrillo, sacudió la cerilla y exhaló el humo.

—Era todo un personaje, el tal Piet —dijo—. Un tipo bajito y pequeño, que apenas me llegaba a la barbilla. Y siempre estaba haciendo bromas. Ya sabes, tu padre era muy bromista. —Tomó un sorbo de café frío—. Los dos estaban siempre de guasa. Tonterías. Timbres ocultos en la mano, claveles que despedían chorros de colorante rojo, y baratijas. Me pregunto qué fue de él. De Piet, quiero decir. Tu padre creía que llegaría lejos.

Aquella noche no hubo bromas. Conducía Hesh. Christina se sentó delante, con los termos y los bocadillos, la caja de programas y los folletos del partido. Truman y Piet iban detrás, encajonados con el equipo de sonido. Lola tenía pensado reunirse con ellos más tarde. Salía a las siete, y el concierto estaba anunciado para las siete y media. Esperaba que le guardaran sitio.

De todas formas, iban a celebrar el concierto cerca del río, justo al lado de la carretera de Van Wart, en una propiedad de Peletiah Crane, que era el superintendente de las escuelas de Peterskill. («Sí, eso es —había dicho Lola cuando le contó la historia por primera vez—, el abuelo de Tom»). Peletiah no era miembro del partido, pero simpatizaba con la causa y había promovido durante años diversos acontecimientos culturales en la colonia. Cuando se vio que el concierto y la concurrencia iban a ser mucho más grandes que el año anterior —un espectáculo de solidaridad progresista que atraería quizá a dos mil quinientas personas de la ciudad —, los de la asociación de la colonia Kitchawank comprendieron que no tendrían espacio ni instalaciones para albergar a tanta multitud, y decidieron no patrocinar el acontecimiento. Entonces entró en escena Peletiah. Ofreció a la gente de Robeson el uso de su propiedad gratis, y esto animó a uno de los sindicatos a poner el dinero para el alquiler de sillas, el equipo de sonido y los focos. Sasha Freeman, el novelista, y Morton Blum, el constructor, se encargaron de la organización. No esperaban que hubiera ningún problema, pero nunca se sabía. Pidieron a Hesh y a Truman, ambos miembros del partido y de constitución fornida, endurecidos por la guerra y la adversidad, que se encargaran de la seguridad.

En aquella época Hesh aún no era calvo, y, pese a su aspereza, por dentro era un

osito de peluche. Truman era el hombre más bien plantado de Peterskill, muy valiente, tan temerario que una vez alquiló un avión y pasó por debajo del puente de Bear Mountain —y cabeza abajo, encima—, por eso el Departamento de Aviación Civil le retiró el permiso de pilotar. Hesh y él eran íntimos amigos («Sí —le dijo aquella primera vez—, como Tom y tú»), todos eran amigos. Christina y Lola habían ido al colegio juntas, primero a la escuela primaria de la colonia y luego al instituto de Peterskill. Después de la guerra, cuando Christina empezó a salir con el padre de Walter, todo el mundo se quedaba encantado con él. (Su padre era casi de allí, pero no del todo. Se había criado en Verplank y había estudiado en el Hendrick Hudson. Hesh había jugado contra él a fútbol, y Lola le reconoció en cuanto le vio: era el vencedor de los mejores jugadores de Peterskill, un hombre que destacaba en tres deportes y que a menudo le había hecho poner la carne de gallina de emoción cuando lanzaba la pelota jugando al béisbol, cuando corría en dirección a la canasta con sus sedosos pantalones cortos y cuando irrumpía por un hueco de la defensa con las pantorrillas sucias de barro y las negras manchas de grasa enmascarándole los ojos). Trabajaba en la antigua fundición de hierro de Van Wart, que cerró durante la Depresión y luego fue reabierta con nueva maquinaria por un veterano de la guerra manco y oriundo de Brooklyn, y estudiaba por la noche en el City College para licenciarse en historia de América.

—La historia —dijo Lola pronunciando despacio cada sílaba— era su pasión. —Y continuó—: El padre de tu madre, que era presidente de la asociación de la colonia y miembro del partido, dio a Truman algunos libros y le habló de la dignidad del trabajador, de la plusvalía y del fetichismo de la mercancía. Todos hacíamos lo mismo, todos le hablábamos, y no pasó mucho tiempo antes de que se uniera a nosotros. Desde luego, fue tu madre la que se lo ganó, pero ésa es otra historia. Aquel otoño se casaron y alquilaron una casita de dos habitaciones detrás de la plaza de Rosenberg. ¿Te acuerdas? —Lola hizo una pausa para apagar su cigarrillo—. En el verano, Walter, en el verano del cuarenta y seis naciste tú.

Walter ya sabía cuándo había nacido. Había aprendido la fecha a los tres o cuatro años, y si alguna vez se le hubiera ido de la mente, siempre podía consultar su carné de conducir. También sabía de aquella casita, su hogar durante los primeros y oscuros años de su vida, igual que sabía lo que vendría después.

Así que Truman se afilió al partido. Truman se casó. Pasaba dos noches a la semana en el City College, estudiando la guerra de la Independencia estadounidense, y cinco noches a la semana ante la mesa de juego de la habitación delantera de Hesh y Lola. Una noche Christina hacía un pastel relleno de repollo, o *hutspot*, un asado que había aprendido de su madre, o sus crujientes tortas de patata. A la noche siguiente Lola hacía un *kugel* de queso y tallarines. Así estaban las cosas. Lola no podía tener hijos propios, por eso cuando nació Walter, Truman le preguntó si estaba de acuerdo en que Hesh y ella fueran los padrinos, y las veladas siguieron como hasta entonces, sólo que con la cunita de Walter en un rincón.

Luego llegó 1949. Agosto. Y el partido quiso que Paul Robeson diera un concierto en Peterskill, y Sasha Freeman y Morton Blum acudieron a Hesh y Truman. Para la seguridad. No habría violencia. No, no lo creían. Sería una reunión pacífica, negros y blancos juntos, trabajadores, mujeres y niños y gente mayor disfrutando de un concierto y si les venía en gana de un par de discursos políticos, ejerciendo su derecho a reunirse y expresar ideas impopulares. Pero Sasha Freeman y Morton Blum acudieron de todas formas a Hesh y Truman. Sólo por si acaso.

Hesh entró en un camino sin asfaltar que desembocaba en la carretera de Van Wart, a kilómetro y medio del terreno donde se celebraba el concierto, y lo primero que advirtió fue la cantidad de gente que se había congregado a lo largo del camino. Algunos se dirigían hacia la propiedad de Crane, en grupos de cuatro o cinco, sin prisas y con aire desorientado, con botellas de cerveza en la mano. Otros estaban de pie a un lado de la carretera, esperando, como si por allí tuviera que pasar un desfile. Un momento después encontró los coches. Docenas de ellos, aparcados a lo largo del camino, pegados a los dos lados, de modo que sólo quedaba un estrecho carril entre ellos. Sólo eran las seis y media.

Hesh estaba confuso. Peletiah había preparado un terreno del tamaño de tres campos de fútbol expresamente destinado a aparcamiento, y en cambio los coches se alineaban a lo largo del camino como taxis en el aeropuerto, colapsando prácticamente el acceso al lugar. Por allí tenían que entrar autobuses, autobuses de la ciudad, y camionetas, y más autobuses de las colonias de verano de Rockland County y Catskills. Eso sin mencionar los cientos y cientos de coches particulares. ¿Qué ocurría? ¿Por qué no habían aparcado en el terreno del concierto?

Enseguida se le ocurrió la respuesta.

Nadie les había mirado siquiera hasta que llegaron a la barricada de coches aparcados, pero entonces, una vez entraron en el único carril que llevaba a la entrada del concierto, las cabezas empezaron a volverse. Un hombre que llevaba una gorra cuartelera les dirigió una exclamación ofensiva, y entonces algo rebotó contra el lateral del coche. Aquella gente no había ido a ver el concierto; había ido a impedir que se celebrara.

Sasha Freeman y Morton Blum no creían que fuera a haber violencia, aunque desde hacía un mes el periódico de Peterskill hervía de invectivas anticomunistas, antijudías y antinegras, aunque el jefe local de la Asociación de Veteranos había amenazado con montar una «reunión de gente leal» para protestar contra el concierto, aunque las banderas ondeaban agresivamente en todos los porches del pueblo, y en los escaparates habían empezado a aparecer carteles injuriosos contra Robeson. Pero allí estaba. A la entrada Hesh se enfrentó a una larga y densa multitud —doscientos o más— que prorrumpió en insultos y escarnios en cuanto se dieron cuenta de que él y sus acompañantes eran asistentes al concierto y no espíritus afines a ellos. Subieron las ventanillas, aunque la temperatura era de treinta grados, y Hesh redujo la velocidad cuando se acercaron a la boca del estrecho camino de tierra que

desembocaba en la propiedad de Peletiah.

—¡Amigos de los negros! —gritó alguien.

—¡Judíos de mierda!

—¡Comunistas! ¡Judíos! ¡Hijos de puta!

Un adolescente con el pelo engominado y la cara roja de odio asomó entre la multitud para escupir contra el parabrisas, y entonces Hesh sintió que era demasiado y pisó el acelerador a fondo. El Plymouth saltó hacia delante y la muchedumbre se dividió en dos con griterío. Los puños empezaron a golpear furiosamente contra puertas y guardabarros, pero pronto entraron en el recinto y la multitud quedó atrás, en el espejo retrovisor.

Temblando, Hesh entró en el aparcamiento y dejó el coche junto a un autobús alquilado. Había allí otros tres autobuses, un camión con el rótulo «Campamento Wahwahtaysee», y quizá doce o quince coches. Christina estaba pálida. Truman y Piet permanecían silenciosos.

—Problemas —murmuró Hesh—. Hijos de puta. Ahora ya estamos dentro.

Llegaron las siete, y pasaron. No había señales de Robeson, ni de Freeman, ni de Blum. En la carretera nada se movía. Los caminos de acceso estaban bloqueados o repletos de coches y autobuses de frustrados asistentes al concierto, y nadie entraba ni salía. Excepto los patriotas, es decir, los que exhibían sus barras de hierro y sus llaves inglesas o arrancaban postes de la cerca, los sopesaban y se paseaban por la superficie alquitranada de la carretera como si les perteneciera. Y aquella noche les perteneció, en efecto, durante horas. Los pocos desafortunados que consiguieron llegar a la carretera de Van Wart con la intención de sentarse en una manta, tomarse una Coca-Cola o una cerveza y disfrutar de un concierto, fueron desviados del bloqueado acceso a la explanada, sacados de sus coches y golpeados. Nadie, desde Peterskill a la colina Kitchawank, ida y vuelta, vio a un solo policía.

Había quizá ciento cincuenta personas reunidas frente al escenario cuando llegaron Hesh y los demás. La mayoría eran mujeres y niños que habían ido temprano para disfrutar del atardecer en el selvático claro del norte de Westchester. Además de Hesh, Truman y Piet, había unos cuarenta hombres. Más allá, tras la hilera de árboles que marcaba el límite de la propiedad de Peletiah, quinientos patriotas bramaban yendo y viniendo por la carretera, buscando comunistas.

Hesh se hizo cargo. Mandó a cinco adolescentes —tres chicos y dos chicas que habían llegado de Staten Island para hacer de porteros— a echar una ojeada a la muchedumbre de la entrada.

—Si entran en la propiedad, decídmelo —dijo—. ¿Entendido?

Pidió a Truman y a Piet que cogieran a seis de los hombres, se armaran con todo lo que pudieran encontrar y se desplegaran por el campo para asegurarse de que ninguno de los fanáticos llegara hasta ellos por detrás. Luego organizó al resto de los hombres en filas de a ocho, con los brazos enlazados, y avanzaron hacia la carretera. Las mujeres y los niños —la madre de Walter entre ellos— se reunieron en el

escenario vacío. En la distancia oían el ruido de cristales rotos, gritos incoherentes, el rugido de la chusma.

Walter conocía el viejo camino que llevaba a la propiedad de Crane, ¿verdad? Ahora no era más que un sendero, con el paso cerrado desde los tumultos, pero en aquellos días era un camino sin asfaltar bastante utilizado, con un reguero de hierba en medio. Aunque estrecho, con taludes empinados y un sotobosque inaccesible — arbustos espinosos, enredaderas y maleza— a cada lado. El camino se adentraba en la pradera y luego se convertía en poco más que un sendero al cruzar el arroyo por su extremo más alejado, y se elevaba por la colina. La gente iba en coche hasta allí para buscar un poco de intimidad, poner la radio del coche, darse achuchones y beber cerveza. Algunas noches había una docena de coches aparcados en el prado. En cualquier caso, sólo existía otro camino para llegar allí, y había que hacerlo a pie; se iniciaba al final del prado, donde la carretera de Van Wart se desviaba unos ochocientos metros hacia arriba. Hesh pensó que si podía llegar a la carretera, todo iría bien. Es decir, si empezaba a haber problemas de verdad. Esperaba que la policía llegara antes de que estallara la violencia.

Pero no fue así.

El primer incidente estalló hacia las siete y media. Hesh y sus hombres se habían estacionado fuera de la vista del gentío, en el punto más estrecho del camino, y habían hecho colocar las camionetas contra su flanco para obstruir un poco más el paso. Si los patriotas se excitaban lo bastante como para atacar —con ventaja de quince a uno—, habría que detenerles allí. Si alcanzaban el escenario, donde estaban las mujeres y los niños, podía suceder cualquier cosa. Así que permanecieron de pie, con los brazos entrelazados, esperando. Treinta y dos extraños. Un estibador negro, que iba en camiseta y tejanos, un puñado de hombres con uniforme de la marina mercante, barrigones vendedores de coches, propietarios de tiendas de licores y empleados de empresas de transportes marítimos, un vendedor de enciclopedias de Yonkers y tres asustados seminaristas negros que, como los chicos que Hesh envió, habían llegado antes para hacer de porteros. Permanecieron de pie y escucharon los aullidos y maldiciones de la chusma, esperando que apareciera la policía y todo acabara. Nadie quería ya que se hiciera el concierto, nadie quería ya escuchar discursos ni pensaba siquiera en los derechos inalienables garantizados por la Constitución; lo único que querían, como un solo hombre, era irse de allí.

Y entonces empezó. Hubo un rugido de la multitud, seguido de un silbido prolongado y un estrépito que podía haber sido la descarga de una tormenta azotando los árboles, y luego aparecieron de repente los cinco porteros por la curva —los tres chicos y las dos chicas—, corriendo con toda su alma bajo una lluvia de piedras y botellas. Hesh había visto antes aquella expresión de sus caras, en Omaha Beach, en Isigny, en Saint-Lô y en Nantes. Las dos chicas sollozaban y uno de los chicos —no debía de pasar de los quince— tenía una brecha en el ojo derecho y sangraba. Pasaron la barrera, y Hesh y sus hombres volvieron a cerrar filas uniendo los brazos.

Un momento después estaba allí la turba. Ahora ya eran más fuertes, quinientos o más, pero, apretados como ganado en el estrecho camino, se lanzaron contra los defensores en un frenético ataque, empuñando sus palos. A Hesh le golpearon en la cara, le hirieron justo detrás de la oreja y le pegaron en los dos antebrazos.

—¡Matemos a los cerdos comunistas! —aullaba la chusma—. ¡Linchemos a los negros!

No duró más de dos o tres minutos. Los hombres de Hesh estaban magullados y sangraban, pero repelieron la primera oleada. Rabiosos, mascullando insultos y blandiendo palos, piedras y todo lo que podían llevar en la mano, los componentes de la turba se retiraron unos ciento y pico metros para reagruparse. La mayor parte de ellos estaban borrachos, excitados hasta el frenesí por un odio irracional y unos prejuicios que eran como heridas abiertas, pero otros —había un corro de ellos, personas bien vestidas, que llevaban corbata y gorra de legionario— se mostraban tan fríos como mariscales de campo. Depeyster van Wart era de este último grupo, rígido y formal, con la cara serena, pero sus ojos hubieran podido perforar un camión. Estaba hablando con su hermano —al que luego mataron en la guerra de Corea— y LeClerc Outhouse, el que ganó tanto dinero en el negocio de los restaurantes. ¿Se acordaba Walter de él?

Walter asintió.

—¡Volved a Rusia! —chilló un hombre agitando el puño, y toda la multitud le coreó. Estaban a punto de romper filas y volver a cargar cuando aparecieron tres policías. Eran agentes locales, no policía estatal, y los patriotas los conocían bien.

—Calma, chicos —oyó Hesh decir a uno de ellos—. Esto nos molesta tanto como a vosotros, pero hagamos las cosas por lo legal, ¿eh? —Y luego, mientras sus colegas aplacaban a la chusma con palabras parecidas—: Si por mí fuera, los mataría como a perros, aquí y ahora, pero ya sabéis que no podemos, al menos en este país no.

El que había hablado primero se ajustó los pantalones, se colocó la entrepierna y se dirigió hacia donde Hesh y sus magullados hombres seguían de pie con los brazos cruzados y la carne lacerada.

—¿Quién manda aquí? —preguntó.

Hesh lo reconoció en aquel instante: Anthony Fagnoli. Habían ido al instituto juntos. Fagnoli tenía dos años menos. Era un tipo de aspecto facineroso, con el pelo engominado, al que suspendían siempre por fumar en el lavabo de los chicos o por llegar borracho a clase. Dejó los estudios en segundo para conducir uno de los camiones de basura de su tío. Ahora era policía.

Hesh miró a su alrededor. Sasha Freeman no había aparecido. Ni Morton Blum.

—Supongo que yo —dijo.

—Usted, ¿eh? —Fagnoli no hizo signo de reconocerle.

—¡Perro judío! —chilló un patriota—. ¡Hitler no te mató, pero nosotros sí!

—¿Y qué coño se cree que está intentando hacer aquí, señor? —dijo Fagnoli.

—Usted sabe jodidamente bien lo que estamos haciendo. —Hesh lo miró a los

ojos con dureza—. Estamos ejerciendo nuestro derecho a reunarnos en asamblea pacífica y, además, en una propiedad privada.

—¿Pacífica? —Fagnoli prácticamente aullaba—. ¿Pacífica? —repitió, y luego señaló con un pulgar por encima de su hombro hacia la multitud—. ¿Llama a eso pacífico?

Hesh se rindió.

—Mire —le dijo—. No queremos que haya violencia. El concierto se ha acabado. Totalmente. Se terminó. Sólo queremos largarnos de aquí.

Ahora Fagnoli sonreía con afectación.

—¿Salir? —dijo encogiéndose de hombros—. Ustedes han montado este lío, arréglenlo ustedes. —Y dio media vuelta para marcharse.

—Agente, por favor. Si usted les dice que se dispersen, le escucharán.

Fagnoli se volvió como si le hubieran pegado por la espalda.

—Es cosa suya —siseó.

Hesh le observó tambalearse por el camino y abrirse paso entre la turba, donde se detuvo un momento a conferenciar con Van Wart, Outhouse y otros cabecillas. Luego se volvió a sus dos colegas y dijo con una voz que llegaba a Hesh y sus hombres y volvía:

—¡Quieren irse, chicos! ¿Qué os parece?

Un hombre que llevaba gorra cuartelera voceó de pronto:

—¿Irse? ¡No saldrán nunca de aquí! ¡Esta noche morirán todos los negros hijos de puta! ¡Todos los judíos hijos de puta!

Y la multitud empezó a rugir. Fagnoli y los otros dos policías habían desaparecido.

La segunda carga llegó un momento después. Los patriotas chillaban por el estrecho camino, blandiendo postes arrancados de la cerca y barras de hierro, piedras y botellas, y arremetieron en masa contra los hombres de Hesh. Éste se mantuvo firme, luchó con un hombre que llevaba una estaca y le lanzó puñetazos a la cara hasta que el otro cedió. Esta vez la *mêlée* tampoco duró más de tres o cuatro minutos, y los atacantes retrocedieron. Pero Hesh estaba herido. Y sus hombres también. Heridos y asustados. Tenían que avisar al mundo, llamar a la policía, al gobernador, al *New York Times*, necesitaban conseguir ayuda. Y pronto. Si no les ayudaban pronto, nadie dudaba que algunas personas morirían en aquel camino antes de que se acabara la noche.

Fue en aquel momento cuando Truman entró en escena. Como Hesh, llevaba casi cuatro años fuera del servicio, pero a diferencia de Hesh y de la mayoría de los veteranos, nunca había abandonado el hábito del ejercicio físico. Se mantenía en forma con el régimen de gimnasia diaria, carreras a campo través y levantamiento de pesas que había empezado cuando estaba en el servicio de formación militar, en Inglaterra. A los treinta y un años, aún tenía mucho de aquel atleta que con dieciocho había llevado al Hendrick Hudson a la final del campeonato del condado en dos

deportes. Cuando Hesh comprendió que alguien tenía que salir de allí, supo que Truman era su hombre.

Instruyendo a sus hombres para que resistieran como fuera, se fue por la curva del camino hacia el prado, pasando los coches abandonados y los autobuses de los asistentes al concierto y rodeando el escenario, donde había un millar de sillas plegables desocupadas. Mientras iba a toda prisa, vio fugazmente a Christina, pálida y sombría, sentada en la mesa con sus folletos, y también vio a otras mujeres, apiñadas en grupos ante el escenario vacío. Aquí y allá había niños jugando, pero con voces susurrantes y con movimientos que parecían los de una coreografía de ballet subacuático. Uno de los desafortunados porteros —una chica de dieciséis años— estaba sentada sola, detrás del escenario, con una brillante flor de roja sangre abriéndosele en el cuello de la blusa.

Encontró a Truman apoyado contra un árbol, desde donde dominaba la pradera y el camino que iba a la carretera por el extremo más lejano de la propiedad. Con él estaba Piet, y hablaban en voz baja, como un par de estrategias militares supervisando una batalla, lo que tampoco estaba tan lejos de la verdad. Su cuadrilla había cogido a dos de los patriotas en campo abierto y les habían hecho retroceder, pero por lo demás todo estaba en calma. Hesh les explicó la situación y preguntó a Truman si podía intentar salir y llegar hasta un teléfono. Sería peligroso y tendría que dejar allí a Christina, pero si no lo conseguía, parecía que iba a suceder algo terrible.

Truman se encogió de hombros. Claro, lo intentaría.

—Bien —dijo Hesh—. Bien. Si los atacantes se enteran de que hemos llamado al exterior, si se enteran de que hemos acudido a los periódicos, no tendrán excusa, tendrán que liberarnos.

Truman se miraba los pies. Alzó la vista hacia Hesh y luego volvió a bajarla. A lo lejos se oía rugir a la multitud.

—Sí —dijo—. Iré. Pero quiero llevarme conmigo a Piet.

Hesh miró a Piet. Tenía la cara pálida e inexpresiva, y sus orejas parecían extrañamente grandes en proporción con el resto. No debía de llegar al metro cincuenta, y si pesaba cuarenta kilos, la mitad debían de corresponder a aquellas anticuadas y curiosas botas con hebilla que siempre llevaba.

—¿Por qué coño...? —murmuró Hesh—. Llévatelo. —A decir verdad, Piet no era de los suyos; había ido al concierto sólo para divertirse, y no habría podido resistir ni a las abuelas de aquellos racistas aunque hubiera querido—. ¿Seguro que no te estorbará?

Truman replicó que Piet podía cuidar de sí mismo, y luego se volvió y echó a andar por el campo, con el hombrecito corriendo para mantenerse a su paso, y ambos desaparecieron tras la alta y rígida maleza. Fue la última vez que Hesh —o cualquier otra persona— los vio aquella noche.

Lola hizo una pausa. Encendió otro cigarrillo y lo dejó quemarse. La taza de café estaba vacía. La primera vez que Walter escuchó la historia, la interrumpió para

preguntarle qué les había pasado. Ahora quiso oírlo otra vez.

—¿Y qué les pasó?

Nadie lo sabía con certeza. Era como si Piet y Truman se hubieran desvanecido. No hubo ninguna llamada a la policía ni a los periódicos. A la mañana siguiente Hesh golpeó sin obtener respuesta la puerta de los paneles de la habitación amueblada que Piet tenía alquilada en Peterskill, y ninguno de los heridos ingresados en los hospitales respondía a sus descripciones. Hesh temía que los hubieran asesinado, que aquellas hordas de fanáticos les hubieran pegado hasta matarlos y los hubieran tirado a un barranco en algún lugar de la carretera. Aunque tenía un dolor de cabeza que era como un martillo dentro del cráneo, aunque le habían dado diez puntos en los antebrazos y seis más junto a la oreja derecha, y aunque estaba agotado por la tensión y la falta de sueño, con las primeras luces del alba que siguieron a la noche de los tumultos se levantó y se puso a buscar entre los arbustos de cada lado de la carretera de Van Wart. No encontró nada. Entonces no podía imaginárselo, pero pasarían casi quince meses antes de que Lola o él volvieran a ver a Truman. Y en cuanto a Piet, nunca más volvieron a verle.

Dos días después de los tumultos Truman volvió a la casita que tenían detrás de la plaza Rosenberg. Christina estaba en plena crisis. Walter tenía tres años. Se agarró a las rodillas de su padre canturreando «papi, papi», pero Truman le ignoró. Le dedicó a Christina una leve sonrisa y empezó a hacer su equipaje.

—Pensábamos que estabais muertos —le dijo ella—. ¿Qué pasó? ¿Qué haces? —Él no quería contestarle, y se limitó a seguir haciendo el equipaje. Jerséis, ropa interior, libros, sus preciosos libros... Walter lloraba—. ¿Te hirieron? ¿Es eso? —chilló Christina—. ¡Walter, contéstame!

Había un coche esperando abajo. Era un Buick, y decían que pertenecía a Depeyster van Wart. Piet, apenas visible tras el parabrisas, estaba sentado en el asiento de pasajero.

—Lo siento —dijo Truman, y luego se fue.

Cuando volvió había pasado casi un año desde el funeral. Borracho, sin afeitarse, con un aspecto lamentable, vestido con ropas que le colgaban como andrajos de pordiosero, apareció en la puerta de Lola pidiendo ver a su hijo.

—Estaba en plan insultante, Walter —dijo Lola—. Era otro hombre. Me insultó.

Aquél no era el Truman que ella conocía, sino uno de esos indeseables que merodean por las esquinas de Times Square, un vagabundo. Cuando Hesh subió del sótano para ver qué ocurría, Truman intentó empujarle para pasar, y Hesh le pegó, le pegó en la cara y luego en el vientre. Truman se quedó a cuatro patas en el porche delantero de la casa, resollando hasta que las lágrimas le anegaron los ojos. Hesh cerró la puerta.

Para entonces la gente ya estaba segura de que Truman les había traicionado, de que sus simpatías siempre habían estado con los «patriotas» y había vuelto la espalda a sus familiares y amigos de una forma fría y calculadora. Rose Pollack, que aquella

noche no había podido llegar al concierto, le había visto en la carretera con Depeyster van Wart y LeClerc Outhouse, justo antes de que un criminal lanzara un ladrillo contra el parabrisas de su coche, y el día en que volvió a la colonia para romperle el corazón a la madre de Walter y empaquetar sus libros y su ropa interior, Lorelee Shapiro le había visto conduciendo el coche de Van Wart. O al menos eso decía ella. Lola no sabía qué pensar, ni Hesh tampoco. Le querían, querían a aquel hombre alegre y risueño, su camarada y amigo, el marido de Christina Alving, padre de su ahijado. Tras los tumultos, la gente estaba histérica: buscaban cabezas de turco. Lola —y Hesh también, sí, Hesh también— intentó creer en Truman, pero todas las pruebas estaban contra él. Por ejemplo, la forma como desapareció. Y luego la propia terrible y fatídica noche de los tumultos.

Truman no llamó a la policía estatal, ni al *Times*. Y veinte minutos después de que saliera andando campo a través un centenar de patriotas entraron por donde él había salido, sin que nadie les detuviera, gritando barbaridades.

—¿Fue una coincidencia, Walter? ¿Sí?

Ahora era Lola la que hacía preguntas. Walter no dijo nada.

Estaba oscureciendo, y desde el camino la muchedumbre había empezado a tirar piedras a Hesh y a sus hombres, piedras enormes, cada vez más grandes, cientos y cientos de piedras chocando contra el flanco de la camioneta, alcanzando a los hombres en la cara, en el pecho, en las piernas, en las ingles. Uno de los seminaristas fue alcanzado de lleno, y la nariz se le redujo a pulpa. El estibador negro, un hombretón que ofrecía un blanco muy fácil, ya estaba sangrando de una herida en el cuero cabelludo cuando una andanada de piedras le hizo caer de rodillas.

Los patriotas estaban ya a diez metros y seguían acercándose. Los brazos se extendían hacia delante como látigos, las piedras aporreaban la camioneta, caían sobre el camino, llegaban a su objetivo con un sordo y apagado ruido. Hesh oyó aquel ruido, el ruido de un cuchillo de carnicero al hender la carne —¡zas, zas, zas!—, y comprendió que estaban acabados. Vio caer al estibador y luego sintió que le alcanzaban en las piernas también a él. En el mismo instante una piedra le dio en la mejilla, y cuando levantó un brazo para protegerse la cara, una botella de cerveza le golpeó las costillas. Aquello era ridículo. Inútil. Suicida. Él no era un mártir.

—¡Dispersaos! —rugió de pronto—. ¡Dispersaos y corred!

Sangrando, malheridos, con las ropas hechas trizas, los defensores retrocedieron, esquivaron la camioneta y se abrieron paso por el oscuro camino. Tras ellos, los patriotas se lanzaron hacia delante gritando como locos.

Al principio Hesh y los demás se retiraron invadidos por el pánico, sin dirección, cada uno por su lado. Todo cambió cuando llegaron al espacio destinado al concierto. Aquel lugar estaba brillantemente iluminado —una mujer había activado el generador para encender los focos del escenario al caer la noche—, y Hesh y sus confusos camaradas se vieron de repente frente al espectáculo de un centenar de hombres de ojos salvajes corriendo como locos en medio de sus esposas y niños. Era

insoponible. Sin vacilar —sin siquiera disminuir sus zancadas—, se reunieron de nuevo y cargaron en forma de cuña, blandiendo palos y puños, rabiosos, enloquecidos y dispuestos a morir. Los patriotas retrocedieron ante la furia de aquel ataque, y las mujeres y los niños que habían sido atrapados avanzaron hacia el escenario como si fuera una canoa salvavidas en un mar revuelto. Hesh y sus hombres lucharon con sus adversarios por un momento y luego se lanzaron al escenario mientras los patriotas que llegaban por el otro camino iban a por ellos. Fue entonces cuando una mano desconocida dejó inconsciente a Hesh de un botellazo. Ayudaba a un niño a subir al escenario cuando de pronto quedó tendido en el suelo.

Hesh no supo cuánto tiempo estuvo inconsciente, ¿media hora?, ¿tres cuartos de hora? Pero cuando se despertó, la noche era negra, iluminada sólo por una hoguera frente al escenario, y los patriotas se habían ido. Habían descargado su rabia contra las sillas plegables, los folletos, las mesas y el equipo de sonido. Uno de ellos había apagado las luces y luego se habían ido a tientas campo través, rompiendo sillas, quemando libros y folletos, arrojando piedras a las ventanillas de los coches y autobuses aparcados. Eran como indios de película, dijo Christina más tarde. Salvajes. Aullando, chillando como animales. Destruyeron todo lo que pudieron encontrar, y luego, como si obedecieran una señal convenida, desaparecieron. Unas cuantas mujeres habían sido heridas en el forcejeo, una docena de ellas estaban histéricas (Christina incluida, porque no podía localizar a Truman ni a Hesh y temía lo peor), y varios de los hombres tenían huesos rotos y heridas que requirieron puntos, pero nadie fue linchado, nadie murió.

Justo cuando Hesh recobró el sentido, aparecieron seis pares de luces de coches en el camino, que los asaltantes habían dejado libre al volcar la camioneta y al abrir un paso en la barrera que obstruía la carretera de Van Wart. Temblorosos, temiendo más violencia, los asistentes al concierto se amontonaron en el escenario y esperaron que se acercaran los fríos rayos. Luego, de pronto, las luces rojas empezaron a encenderse intermitentemente, y una mujer gritó:

—¡Gracias a Dios, al fin han venido!

Walter no quiso oír el resto. No quiso oír cómo Lorelee Shapiro había hablado con la policía estatal, que conocía la situación desde el principio, pero que se había tomado con gran calma lo de ir hasta allí, o que su madre estaba en estado de shock, o que Lola había ayudado a organizar el segundo concierto, que se celebró una semana después en el mismo lugar maldito, un concierto en el que Paul Robeson y Will Connell sí cantaron y al que acudieron veinte mil personas, y todo transcurrió sin ningún obstáculo hasta que los asistentes intentaron salir. No quiso oír lo del segundo tumulto, lo de los coches y autobuses apedreados durante todo el trayecto entre la carretera de Van Wart y la carretera general, no quiso oír hablar de la connivencia entre la policía y los veteranos racistas del primer tumulto, que llevaban brazaletes donde se leía: ¡DESPIERTA AMÉRICA: PETERSKILL YA ESTÁ DESPIERTO! Todo aquello era historia. Lo único que quería oír era que su padre no era un traidor, un renegado, un

cobarde y un soplón.

—La semana siguiente fue peor, Walter —decía Lola, ahora atrapada en sus propios recuerdos, con un cigarrillo recién encendido en el cenicero, pero Walter ya no la escuchaba. Recordaba aquella escena en la cocina de la casita como si hubiera sido una lejana pesadilla, recordaba haberse agarrado a las piernas de su padre mientras su madre se enfurecía, recordaba el olor de él, Truman, aquel olor a sudor, como de almizcle de gato macho, el olor dulce y corrupto del alcohol. ¡No!, gritaba su madre. ¡No! ¡No! ¡No!

—Pero teníamos que hacerlo, Walter. No podíamos dejar que consiguieran su objetivo. Teníamos que demostrarles que éste era un país libre, que podíamos decir, pensar y hacer lo que quisiéramos. Fuimos veinte mil, Walter. Veinte mil.

Basura. Su padre era una basura. Un hombre que vendió a sus amigos y abandonó a su mujer y a su hijo. ¿Por qué luchar? Eso era lo que Walter estaba pensando cuando alzó la vista de la mesa y vio a su padre de pie junto a la cocina, enmarcado entre la cabeza de Lola y su rígido y declamatorio dedo índice. Estaba igual que en el hospital, limpio, vestido con traje y corbata y con el pelo peinado y cortado, pero todavía descalzo.

—No te lo creas —gruñó Truman.

Lola no lo vio ni lo oyó.

—Animales, Walter. Eran unos animales. Pura basura. Nazis.

—Dos versiones, Walter —dijo su padre—. Cada historia tiene dos versiones.

De repente Walter la interrumpió.

—Muy bien, Lola. Gracias. Ya he oído lo suficiente.

Se apartó de la mesa y cogió sus muletas. Fuera los pájaros estaban posados sobre los árboles, inmóviles, y había mariposas amarillo pálido revoloteando como confeti a través de catedrales de luz. Truman se había ido.

—Él debía de tener alguna razón —dijo Walter—. Quiero decir mi padre. Nadie sabe lo que pasó en realidad, ¿verdad? Tú ni siquiera estuviste allí, y mi madre está muerta. Quiero decir que nadie lo sabe con certeza.

Lola aspiró largamente su cigarrillo antes de contestar. Sus ojos eran lejanos y extraños, sus rasgos estaban enmascarados por el humo.

—Ve a preguntarle a Van Wart —dijo.

Entre los salvajes

Vivía en una cabaña de corteza de árbol en el linde de un poblado de los weckquaesgeek, sufriendo el ostracismo tanto de los boers como de los pieles rojas, y se había afeitado la cabeza con una concha de ostra como muestra de renunciación y de penitencia. Tres años atrás, en el fatídico día en que la ira de Dios había perdonado al roble sólo para golpear su hogar y destruir su familia, Katrinchee, que debería haber estado con ellos en los campos, que debería haberse apiñado con ellos en la cabaña donde cayó el rayo, se hallaba bajo un umbrío emparrado en compañía de Mohonk, hijo de Sachoes, y de un botellón de cerámica lleno de ginebra. Ella le acarició el pecho, los muslos y la ingle, y él también la acarició, y ella bebió ginebra para aliviar la culpa que sentía por la muerte de su padre. (¡Oh, sí!, la culpa la acosaba noche y día. No podía mirar una cazuela sin ver a su padre, y la idea del venado y cualquiera de sus encarnaciones le era tan repugnante que incluso la visión de un gamo sobresaltado en el camino del bosque bastaba para aturdirlo y hacer que las náuseas le subieran por la garganta). Cuando un chico kitchawank fue hasta la tienda india donde ellos se habían refugiado de la tormenta, sin aliento, con los ojos desorbitados, y sus labios narraron una historia de destrucción caída del cielo, la culpa creció hasta abrumarla. *Moeder*, musitó con voz ahogada, y cayó como si le hubieran disparado en las piernas desde el suelo. Sentada en la tienda, ofuscada, mirando pasmada a Mohonk, a Wahwahtaysee y los rostros de los salvajes y pintarrajeados extraños que rondaban a su alrededor, sintió una nueva e insoportable conciencia desparramándose por sus venas: ella los había matado a todos. Sí. Los había matado de forma tan certera como si los hubiera alineado y hubiera disparado contra ellos. Primero su padre y ahora aquello: había yacido con un salvaje y sufría la venganza de Dios. En su pesar, en su desesperación, cogió una concha afilada para afeitarse el cráneo y se abrazó a Mohonk.

Un año después nació su hijo, Squagganeek, Ojos de hoja. Tenía los ojos verdes, como Agatha, y esa peculiaridad produjo gran consternación entre los kitchawank. Eran ojos de codicia, argumentó una facción, ojos de diablo, de brujo, de hombre blanco, y el niño debía ser expulsado para que errara por la inmensa tierra. Pero otra facción, de la que formaba parte Wahwahtaysee, arguyó que era el hijo del hijo de un jefe y que tendría el lugar que le correspondía en la tribu. Pero los acontecimientos se desarrollaron de un modo muy distinto. Era Mohonk y sólo Mohonk el que decidiría el destino de su hijo.

Pero Mohonk se había vuelto extraño. Desde que Katrinchee se cortó el pelo, advirtió el cambio que se había producido en él. Estaba irritable. Lanzaba interminables y ásperas diatribas contra los objetos más inofensivos, piedras, polvo, hojas secas. Bebía ginebra y eso le enloquecía. La llamó búho de nieve y señaló despectivamente su cabeza rapada. Ella tenía el pelo del color del vientre del halcón, rojo, cobrizo, sagrado e inalcanzable. Ahora, con su liso y blanco cráneo que parecía el bulbo de una cebolla y los ojos que miraban desde su rostro con aquella pena tan inmensa y tan inconsolable, parecía un búho de las nieves. Una noche, después de pasar tres días borrachos con la ginebra que le escamoteaba a Jan Pieterse, Mohonk se levantó temblando y se quedó mirándola, de pie, mientras ella amamantaba al niño.

—Búho de nieve —le dijo, y el fulgor del fuego alargaba los huesos de sus mejillas y enmascaraba sus ojos en la sombra—. Voy a orinar.

Se ciñó la zamarra de piel de mapache en torno al cuerpo y se perdió tambaleándose en la noche, a grandes zancadas. No volvió a verle nunca más.

Para los weckquaesgeek Katrinchee era una santa loca, uno de los seres idos y errantes cuyas visiones son certeras. (Y en efecto, tenía visiones. Tiritando en la cabaña, con Squagganeek en el pecho, veía a Harmanus, con las piernas torcidas por la caída, bailando una danza macabra; veía a Agatha con la escoba alzada en señal de enfado; veía a Jeremias y la terrible cicatriz endurecida en que terminaba su pierna). El día después de que Mohonk la abandonara, recogió sus cosas, se ató a Squagganeek a la espalda y siguió el río hacia el norte. Dos días después se tambaleaba a través del campamento weckquaesgeek, situado sobre una miserable ribera barrida por el viento al pie del monte Suycker Broodt. Con su cabeza afeitada, su andrajoso vestido y los trémulos labios que nunca cesaban su murmullo, surgió ante ellos como una aparición, un pálido espectro, y se reunieron en torno a ella y el extraño bebé que sostenía en sus brazos. Exhausta, se dejó caer contra un árbol y se desplomó en el suelo. Al cabo de unos minutos estaba dormida.

Por la mañana se despertó y descubrió que alguien le había echado una piel de oso sobre las piernas y había puesto un cuenco de gachas de maíz sobre el tocón del árbol que había junto a ella. Los weckquaesgeek —una tribu desdichada de indios que habían perdido ojos y dedos de las manos y los pies, blanco de todas las enfermedades, sucios y desgredados— la observaban a una distancia respetuosa. Despacio, con manos temblorosas y ojos turbulentos, se llevó el cuenco a los labios y comió. Luego, después de hacer gestos de agradecimiento y amamantar a Squagganeek, se levantó y construyó una ruda cabaña contra la base de un árbol. A partir de entonces cada día encontró un cuenco junto a su cabaña, lleno de puré de calabaza, o de esturión, o de maíz machacado; a veces había un palomo o un conejo, pero nunca venado; no, nunca había venado. Las estaciones pasaron. Squagganeek creció. Katrinchee hacía vida en la choza y masticaba las pieles hasta ablandarlas, llevaba mocasines y una túnica de cuero como una *squaw*, y se afeitaba la cabeza en

cuanto se la tocaba y notaba la pelusa erizándose en ella. Pequeña, sucia, campo abonado para pulgas, garrapatas, mosquitos y gorgojos, la cabaña no era mejor que la madriguera de un animal. Pero ¿qué podía esperar? Aquél era su castigo.

En un momento dado, por el bien de su hijo, pensó en ir a casa de los Van Wart, en arrojarse a los pies del patrón y pedirle trabajo y refugio, pero sabía que no habría piedad para con ella. Tenía un hijo mestizo, era una renegada, una puta: había castigos para lo que ella había hecho. Las leyes holandesas, ahora sobreesridas por las leyes inglesas, aún sin definir, exigían la suma de veinticinco florines por cohabitar con una *squaw*, multa que subía hasta cincuenta si ella concebía, y a cien si daba a luz; el concepto de una mujer blanca fornicando con un grasiento salvaje que hedía a almizcle era tan impensable que los buenos ciudadanos y los boers no se habían molestado en legislarlo; la mutilación física y el destierro bastaría como aflicción.

Y así fue —la vida como sucesión de heridas, sin ninguna alegría excepto por el niño, con las estaciones sucediéndose en una vacía repetición— hasta que un día, a principios de verano, una visión de resurrección se encarnó y vino a redimirla.

Estaba acurrucada en la cabaña, masticando pieles, y el llanto de Squagganeek llegaba hasta ella débilmente: los chicos weckquaesgeek le atormentaban como de costumbre por sus ojos verdes y su loca madre blanca. De pronto apareció una cara en el umbral. Era una cara que había visto miles de veces en sus sueños o en las ascuas del fuego, pero ahora la cara había cambiado, ya no era la cara de un niño, no, estaba más llena, más dura, mejor definida. Ella cerró los ojos con fuerza y murmuró un encantamiento. Nada sucedió. La cara siguió allí, en aquella puerta tan baja que hasta un perro hubiera tenido que agacharse para entrar, suspendida, como desgajada del cuerpo, y los rasgos le eran tan familiares y a la vez tan ajenos, que crecieron su emoción y su confusión. Estaba a punto de llorar, de gritar su nombre, cualquier cosa para romper el hechizo, pero Jeremias habló primero. Pronunció una sola palabra, y su voz vibró con la impresión y la incredulidad:

—¿Katrinchee?

Staats y Meintje le habían llevado a su hogar, le habían vestido y alimentado, tratándole como si fuera uno de los suyos. Él trabajaba en los campos junto a Staats y su hijo mayor, Douw, empuñando la guadaña y el azadón como un hombre adulto, aunque tenía sólo dieciséis años y debía cargar con su defecto físico. Cuando se sentaban a la mesa, Meintje siempre se las arreglaba para encontrarle un trozo especial de carne o un terrón de azúcar para su chocolate caliente, y siempre le apoyaba, como si tratara de compensarle por la aflicción y las carencias que había sufrido en otro tiempo, cuando no había ninguna mano que pudiera alimentarle. Le dieron afecto y esperanzas, y Jeremias nunca lo olvidaría. Pero cuando pensaba en Van Wart, que engordaba gracias al trabajo de los demás, cuando pensaba en aquel encorvado *schout* y en aquel comisionado de grueso culo que le habían expulsado de

la granja donde muriera su padre, sentía el resentimiento brotando en su interior como el pus en una herida.

Vivió en paz consigo mismo durante dos años y medio, sin pensar en el pasado ni en el futuro, tallando una nueva pata de palo cada pocos meses, cuando la pierna le crecía y la vieja ya no le servía, reventándose los granos de acné que le brotaban en la cara y el cuello como moho del pan, cazando en el bosque y pescando en el río. Pero una tarde fue andando al almacén de Jan Pieterse —a buscar unos anzuelos, se dijo, pero en realidad porque se sentía inquieto, agobiado, con una nueva e indefinible insatisfacción, y quería salir de la granja durante un rato—, y de pronto todo cambió. Estaba en la parte de atrás del almacén, saboreando los olores, las quietas y frondosas sombras inamovibles que eran como el fondo de un cuadro que había visto una vez en la nave de una iglesia de Schobbejacken, haraganeando entre las pieles que susurraban sobre lugares secretos y salvajes, los toneles de ale y los arenques salados, los sacos de especias, las piezas de tela y los barrilitos de licor. Fuera, más allá de la puerta abierta, las voces de Jan Pieterse y el granjero Ten Haer flotaban perezosamente en la soleada tarde. Jeremias se inclinó contra un estante de pieles mientras los anzuelos se le calentaban en la mano, y cerró los ojos.

Cuando los abrió había una chica de pie, frente a él, apoyada en la pared, mirándole como si hubiera descubierto un sapo en el plato de la mantequilla.

—¡Oh! —dijo ella mirando a otra parte, observándole de reojo y volviendo a desviar la mirada—. No sabía que hubiera nadie aquí. —Tenía un trozo de cinta en la mano, y llevaba una falda hecha en casa, gorro de lino y una blusa blanca que se ceñía a sus brazos un poco más arriba del codo.

—Sí, estoy aquí —dijo Jeremias. Se sintió estúpido. Tenía telarañas en el cerebro—. Bueno, quiero decir que he venido a comprar unos anzuelos. —Abrió la palma y extendió la mano para enseñárselos.

—Ya —dijo ella—. Y yo he venido a comprar cinta. —Enarboló un trozo de cinta de terciopelo negro y sonrió.

Él le devolvió la sonrisa y le dijo que nunca la había visto por allí.

Ella se encogió de hombros como diciendo «Peor para ti», y luego se balanceó sobre un pie e hizo ondular un dedo por su pelo mientras le decía que vivía en Croton, cerca de la mansión Van Wart. Y después de una pausa añadió:

—A veces *vader* me trae por aquí de camino cuando tiene trabajo.

Luego ambos se quedaron en silencio y Jeremias oyó una nueva voz fuera, una voz que había oído antes y cuya cadencia evocaba un lugar profundo y apartado de su memoria. Oyó al granjero Ten Haer fanfarroneando sobre Wolf Nysen, oyó a Jan Pieterse replicándole con burlas, y luego oyó aquella otra voz, que le hizo sentir frío.

—¿Y tú? —preguntó ella al fin.

El perro de Jan Pieterse cambió de postura entre las pieles con un gruñido sibarita. Jeremias se encontró mirando un par de ojos que eran como la porcelana azul de los ricos, brillantes y de un color tan intenso como el río Escalda.

—¿Yo? —dijo—. Vivo en la granja Van der Meulen. Pero soy un Van Brunt, Jeremias van Brunt. Este verano cumpliré diecisiete años.

—Yo soy Neeltje Cats —dijo—. Acabo de cumplir quince. —Y luego, con orgullo—: Mi padre es el *schout*.

Sí. Desde luego. El *schout*. A Jeremias se le endurecieron los ojos y apretó los dientes.

—¿Qué...? —empezó a decir ella, y luego titubeó—. ¿Qué te pasó?

Él bajó la vista hacia su pierna de madera como si la viera por primera vez. La atmósfera había cambiado de repente. No podía ver las pieles a las que correspondían las garras que brillaban tenuemente bajo la luz que se filtraba por la puerta abierta.

—Tuve un accidente —dijo—. Cuando tenía catorce años.

Ella asintió, como diciendo que no importaba, que el mundo era un lugar muy duro, o al menos así se lo habían enseñado sus padres.

—Mi padre dice que Pieter Stuyvesant era un gran hombre.

—Lo era —dijo Jeremias—. Lo es. —Y de pronto sintió que algo se soltaba en su interior, una cuerda que estaba demasiado tensa, y empezó a hacer el tonto, patinando por el suelo en su pata de palo, con el pelo sobre los ojos y la cara ceñuda, blandiendo una espada imaginaria contra los ingleses como lo habría hecho aquel gran hombre.

Neeltje se rió. Pura, transparente, tan maravillosa como la música de las esferas, aquella risa fue lo que le atrapó. No, no se clavó el dedo en uno de los anzuelos ni cayó boca abajo en el barril de pies de cerdo adobados, pero igualmente estaba atrapado. Aquella risa era una revelación. La miró, esta vez riéndose él también, la estudió mientras ella seguía sonriendo con un trozo de cinta en la mano, y vio su futuro.

Lo primero que hizo al volver a la granja fue preguntarle a Staats por ella. Su padre adoptivo estaba fuera, a un lado de la casa, subido a una silla y pintando la pared con un jalbegue hecho con conchas de ostras pulverizadas.

—¿Cats? —dijo él haciendo una pausa para echarse hacia atrás su sombrero de ala ancha y pasarse una mano por la calva cabeza—. Conocí a un Cats hace mucho tiempo, en Volendam. Detestable pordiosero. Un hueso duro de pelar.

Jeremias se quedó allí mientras caía la oscuridad y escuchó cortésmente cómo su padre adoptivo le ofrecía un relato detallado de todos los mezquinos crímenes y escándalos fomentados por aquel nefasto Cats —Staats no recordaba el nombre de pila de aquel *duyvil*—, unos veinte años antes, en la ciudad de Volendam, a medio camino del otro confín del mundo. Cuando Staats hizo una pausa para respirar, Jeremias le condujo amablemente de vuelta al tiempo presente.

—¿Y qué me dices del *schout*, Joost Cats?

Staats se detuvo otra vez.

—¿Joost? —dijo buscando la relación—. *Ja, ja*, Joost. ¿Tiene alguna hija quizá?

Meintje tampoco fue de más ayuda. A la mera mención del *schout*, sus ojos adquirieron una expresión dura y aconsejó a Jeremias que pensara que lo pasado,

pasado estaba.

—Si estuviera en tu lugar —le dijo—, no me acercaría a él, ni tampoco a su hija.

Pasó un mes. Jeremias limpió la tierra, quemó rastrojos, construyó muros de piedra, ordeñó y alimentó a las vacas, escardó las malas hierbas y esparció el estiércol. Comió pescado, pollo y caza, comió pasteles de maíz, gachas de avena y *bruinbrood*, bebió sidra y cerveza. Durmió en un jergón de perfollos de maíz con Douw van der Meulen, molió tabaco y lo probó detrás del granero, nadó desnudo en el arroyo de Van Wart. Y hubo largas y cálidas tardes en las que lo único que hizo fue vagar hasta la vieja granja y mirar las cenizas. Y mientras hacía todas esas cosas nunca palideció la imagen de Neeltje Cats.

Luego llegó el día en el que un kitchawank marcado de viruela y vestido con un par de amplios pantalones llamó a la puerta. Estaban a mediados de junio, la luz era como una fina cera, y Jeremias acababa de sentarse a la mesa para cenar con la familia. Meintje abrió sólo una rendija de la puerta, como podría haber abierto a un buhonero en Volendam.

—¿Sí? —dijo.

Pero Staats ya se había puesto en pie, y Jeremias, Douw y los tres niños más pequeños miraban la escena sorprendidos.

—¡Vaya, si es el viejo Jan! —dijo, y Meintje abrió la puerta del todo.

El kitchawank iba sin camisa, y su torso era una topografía de cicatrices, abrasiones y picaduras de insecto infectadas. Llevaba los mocasines rotos y llenos de barro. En el vecindario era conocido como el viejo Jan y se ganaba la vida desempeñando extraños trabajos y arrastrándose de pueblo en pueblo, llevando mensajes a cambio de una moneda o de una jarra de cerveza. Había sobrevivido a la viruela que había asolado a su tribu unos treinta años antes, pero la fiebre le había cocido el cerebro. Staats le conocía de la tienda de Jan Pieterse. Meintje nunca había puesto los ojos en él.

—¿Qué pasa, Jan? —dijo Staats—. ¿Tienes un mensaje para nosotros?

El indio se quedó de pie en el umbral, impasible, con la cara tan ajada y gastada como una roca.

—Ja, tengo un mensaje —dijo en su vacilante y rudimentario holandés—. Para él. —Y señaló a Jeremias.

—¿Para mí? —Jeremias se levantó de la mesa, confuso. ¿Quién le enviaría un mensaje? No conocía a un alma en el ancho mundo, excepto los chicos del vecindario y la gente reunida alrededor de aquella mesa.

El viejo Jan asintió. Luego señaló un hueco entre los árboles, más allá del granero, y Jeremias, ya en el umbral con Staats y Meintje, con Douw y Barent, Klaes y la pequeña Jannetje, vio emerger de la oscuridad una demacrada figura envuelta en una zamarra de piel de mapache.

—Tu hermana —empezó el viejo Jan volviéndose a él, y de pronto Jeremias sintió la sangre agolpándosele en los oídos. Katrinchee. No había pensando en ella

desde hacía muchísimo tiempo. Por lo que él sabía, podía estar muerta, pues había desaparecido de la comunidad sin dejar rastro—. Tu hermana —repitió el indio, pero su voz se apagó. Miró a Jeremias y sus ojos parecían adormecidos.

—¿Qué? ¿Qué le pasa? —preguntó Staats.

Desde el otro extremo de los campos les llegó la voz de Mohonk, urgente y regañona, y el viejo Jan se sobresaltó, como si le hubieran pillado durmiendo.

—Ella cree —murmuró— que tú te quemaste y que estás muerto. Ella... —Su voz se apagó.

—Jan, Jan, suéltalo —gruñó Staats cogiendo al indio del brazo, pero fue el sonido de la voz de Mohonk lo que volvió a recobrarle. Mohonk ahuecó las manos junto a la boca y gritó por segunda vez, y los ojos de Jan se despejaron momentáneamente. Barrió sus caras con una mirada ausente y dijo:

—Un vaso dé cerveza.

—Sí, sí, cerveza —dijo Staats—. Pero primero el mensaje.

Los miró como si acabara de venir al mundo.

—Tu hermana —repitió por tercera vez— es una puta weckquaesgeek.

Staats van der Meulen era un hombre compasivo. No había lugar para ella en la casa, pero arregló un jergón en el granero y Katrinchee se tumbó tímidamente en la paja con su hijo, como una madonna rapada y abandonada. Los bueyes bufaron, las vacas mugieron, las golondrinas revolotearon entre las sombras. Meintje se mordió el labio y envió una cesta de pan del día y un pedazo de queso de cabra para ella.

—Esto es temporal —le avisó a Staats blandiendo su cuchara de madera—. Mañana —y parecía que hablase de una matricida o de una leprosa— se va.

Mañana se convirtió en el día siguiente y luego en el otro.

—No podemos devolverla con los salvajes —arguyo Staats, pero Meintje era inquebrantable. La chica había caído, era rebelde y no se había arrepentido, había dado a luz a un mestizo, y no podían tenerla allí, cerca de los niños.

—Te doy de plazo hasta el final de esta semana —le avisó.

Por su parte, Jeremias ignoraba el conflicto que se estaba cociendo en torno a él. Pasaba la mayor parte de su tiempo fuera, en el granero, con Katrinchee y Squagganeek, reprendiendo el pasado, y estaba demasiado alborozado como para darse cuenta de nada. Una semana antes era huérfano de padre y madre, privado de hermanos, y su relación más próxima era un tío de Schobbejacken al que apenas conocía. Y ahora, no sólo le había sido devuelta su hermana, sino que, maravilla de las maravillas, se había convertido en tío. Se quedaba horas sentado con Squagganeek, jugando a las cartas o al *trock*, mirando a los ojos del niño y viendo a su padre, a su madre, al pequeño Wouter. En su mente no cabía ninguna duda: por supuesto, Staats y Meintje iban a darles cobijo. Por supuesto.

Pero cuando se acabó la semana, Meintje tomó el asunto en sus manos. No hubo

lágrimas, ni ataques, ni una palabra más alta que otra, ni recriminaciones. Cuando Staats y sus hijos despertaron a primera hora con los balidos de las cabras sin ordeñar y la riña petulante de los pollos hambrientos, encontraron el hogar frío, y Meintje, aún en camisón, estaba sentada en su mecedora a un extremo de la habitación. Además, tenía las manos juntas como si rezara y estaba mirando a la pared.

—Meintje, ¿qué pasa? —gritó Staats corriendo hacia ella—. ¿Estás bien? ¿Es la gripe?

Ella no dijo nada. Él le cogió las manos. Estaban inanimadas, muertas. Ella miraba la pared.

Al cabo de unos minutos la casa estaba conmocionada. Meintje, que nunca se había sentado en su vida excepto para pelar guisantes o remendar calcetines, y cuyas manos nunca habían estado ociosas, había sido afectada por alguna terrible y enervante aflicción, se había convertido en una muerta viviente, sorda, ciega e inmóvil.

—*Moeder!* —gritó la pequeña Jannetje colgándose de sus pies mientras el bebé, el pequeño Klaes, aullaba como si le hubiera sido revelado súbitamente todo el dolor del mundo. Meintje no volvió la cabeza una sola vez. Jeremias se agitaba incómodo al fondo, intercambiando miradas con Douw. Luego se fue a ver a su hermana.

Meintje se quedó allí sentada durante seis días. Nadie la vio moverse, ni siquiera para levantarse y descansar. A veces tenía los ojos cerrados y otras estaban fijos en la pared en una mirada sin parpadeos. Hablarle —preguntarle si quería comer, si tenía sueño, si quería ver al médico, que la enviaran de vuelta a Volendam a visitar a su anciana madre— era como hablarle a una pared. Entre tanto la familia se las arreglaba como podía. Douw y Barent intentaron cocinar, Staats hizo la colada, y una vez, en plena desesperación, Jeremias intentó una hornada de pasteles de maíz que parecían y sabían como los rescoldos de la chimenea. Al cabo de poco la cocina de Meintje —la envidia del vecindario, refulgente como un estanque helado y que restregaba de arriba abajo hasta las grietas de los tablones del suelo— era un lugar grasiento y pútrido lleno de restos de comida, barro del granero y cacharros rotos. Finalmente, en la víspera del séptimo día, habló.

La familia se quedó atónita. Se habían acostumbrado a su silencio y su inmovilidad hasta tal punto que habían olvidado que estaba allí. Ya no era la esposa y la madre que conocían hasta una semana antes; era un mueble, un escabel, una percha. Los cachivaches habían empezado a acumularse a su alrededor como detritus: calcetines, peladuras de vegetales, una zanahoria a medio masticar. La muñeca de Jannetje yacía en su regazo, el gorro de Klaes colgaba del respaldo de la silla y el tablero de *trock* había sido calzado de algún modo entre su hombro y el brazo de la silla. Ahora, cuando habló, la familia entera la miraba asustada, como si los tablones de suelo hubieran exclamado: «¡Me estáis pisoteando!», o la marmita hubiera chillado mientras la leña ardía debajo de ella. Su mensaje fue bastante directo. Staats se golpeó la frente, Jeremias se quedó helado. Meintje habló a la pared, sólo cuatro

palabras, pronunciadas de un modo tan lento y cortante como si valiesen miles de florines:

—¿Se ha ido ya?

Jeremias tenía muy clara su decisión. Dio media vuelta, atravesó la puerta, avanzó majestuosamente por el patio y entró en el granero. Cinco minutos más tarde emergió con Squagganeek a sus espaldas y con la trasquilada y sorprendida Katrinchee a su lado. No se llevó nada con él, ni ropa, ni herramientas, ni comida. No miró atrás.

Staats tardó casi una semana en encontrarle. Lo más al sur que llegó fue hasta el poblado de los sint sink, de allí fue hacia el norte, Cold Springs, y de allí viajó hacia el lago de Crom, hacia el este. Llamó a las puertas de los granjeros, escudriñó cabañas, tiendas de indios y tabernas, y en todas partes obtuvo la misma respuesta: nadie había visto a un chico con una sola pierna, ni a una trasquilada *meisje*, ni a un bebé mestizo. Era como si se hubiesen desvanecido de la faz de la tierra. Pero Staats insistió. Tenía que encontrarles, tenía que explicarle a Jeremias lo que sentía, tenía que explicarse y exculparse. Era culpa de Meintje, y él no podía hacer nada. Gracias a él Jeremias había encontrado techo para Katrinchee y su hijo bastardo. Él lo había conseguido y Jeremias lo sabía. Pero Meintje era una mujer obstinada, no era más que eso, una mujer que se aferraba a sus principios...

Staats no era hombre de muchas palabras, pero ensayó su discurso como si fuera un ducho orador mientras avanzaba laboriosamente a través de los bosques o vadeaba con su caballo las relucientes y lodosas orillas del río. Aunque si no hubiera sido por Douw, nunca habría tenido la oportunidad de soltar su discurso. Jeremias no estaba en Croton, en el lago de Crom, en Beverwyck ni en Poughkeepsie. Douw podría habérselo dicho. Después de todo, ellos dos habían dormido en la misma cama durante dos años y medio, habían errado juntos por las colinas, se habían sentado frente a libros de texto en la salita de Crane, birlado calabazas, habían trepado codo con codo hasta nidos de codorniz y atontado ranas. Douw le conocía casi tan bien como se conocía a sí mismo. Cuando por fin su padre se decidió a preguntar, y Douw le dijo adónde habría ido Jeremias casi con toda seguridad, Staats le miró atontado durante unos instantes, y luego se puso a maldecir. La antigua granja, por supuesto.

Aquella noche Staats se comió presuroso su cena a base de pan y gachas, y luego se fue andando a casa de Van Brunt. Cuando llegó ya estaba oscuro, las hogueras horadaban las sombras, los troncos de los árboles se deslizaban a uno y otro lado de la hilera, las cigarras charlaban y los mosquitos volaban. Al principio no vio nada —o mejor dicho, vio hojas y árboles, las ruinas de la cabaña, el roble blanco en todo su esplendor—, pero luego, al acercarse un poco más, vio que el podrido cobertizo de Jeremias, el cobertizo de su exilio y abandono, estaba cubierto con capas de corteza de olmo. Y también había un ruido que ahora ya podía oír, un arañar o rascar que no era de ningún animal identificable.

Vio a Jeremias acucillado sobre el cadáver de un conejo, despellejándolo con una piedra afilada. Katrinchee y Squagganeek, que estaban recogiendo leña, levantaron la

vista con expresión sorprendida.

—Jeremias —dijo Staats, y el chico le clavó la vista por encima del hombro. Sus ojos eran fieros y fríos.

Staats repitió dos veces su nombre, luego soltó su discurso vacilante. Había llevado un hacha y un cuchillo, y se los dio a Jeremias junto con la cesta de comida —pan, sáballo ahumado y repollo— que Meintje había preparado para él. Jeremias no dijo nada.

—¿No quieres volver a casa? —le preguntó Staats casi en un susurro.

—Ésta es mi casa —dijo Jeremias.

Era una locura. Irremediable. Irresponsable. Ya era casi junio y la tierra estaba sembrada, y Jeremias quería sacar provecho de aquella granja. Un lisiado con una hermana medio loca y su pequeño bebé bastardo, y quería reconstruir la cabaña, volver a plantar los campos, obtener una cosecha tardía y almacenar para el invierno. Meintje hizo chasquear la lengua, Douw bajó los ojos a su taza de sidra. Pero a la mañana siguiente Staats, Douw y el pequeño Barent, de diez años, estaban allí con sus herramientas y un capacho de comida que podía haber aprovisionado a la flota inglesa. Jeremias les abrazó solemnemente, uno por uno. Luego empezaron a arar.

A medida que pasaban las semanas toda la comunidad contribuyó. Reinier Oothouse echó una mano con la carpintería, Hackaliah Crane pasó por allí con su yunta, Oom Egthuysen prestó una vaca lechera que en realidad pertenecía al patrón y Meintje hizo una colecta entre todas las *huis vrouwen* para comprar vajilla, ropa de cama y batería de cocina.

Incluso Jan Pieterse entró en escena, donando dos barriles de cerveza, un saco de bulbos de cebolla, una nueva reja de arado y una vertedera. No era mucho, pero era suficiente para ayudarles a levantarse. A principios de julio Jeremias tenía trigo y maíz en la tierra y un sembrado de calabazas y nabos brotando cerca de la puerta, y Katrinchee, ahora ya cerca de cumplir diecinueve años, regentaba su cocina por primera vez en su joven vida. La cabaña se había levantado en dos semanas, justo sobre los chamuscados restos de la antigua, y aunque era rudimentaria, mohosa, oscura y húmeda, les permitiría sobrevivir al invierno. Las cosas parecían arreglarse.

Cómo se enteró el patrón fue un misterio para Staats (el viejo Van Wart sufría una virulenta erupción de gota en los nudillos y los dedos de los pies, y no había salido de Croton durante seis meses o más), pero el caso es que se enteró. Estaba encolerizado. Se habían aprovechado de él mientras yacía en su lecho de enfermo. Había intrusos en Nysen's Roost, gorriones, vagabundos que se habían trasladado allí como salvajes furtivos y habían cultivado su tierra sin molestarse en reconocer su soberanía o en establecer arreglos para pagarle una renta. Era intolerable. Un ultraje a las leyes del hombre y de Dios, y un puñetazo en los propios cimientos de una sociedad justa. Envió al *schout* a investigar.

A Joost no le hacía gracia la misión. Y no quería llevar a Neeltje consigo. En absoluto. No era que esperase problemas —no en aquellos momentos, al menos—,

pero temía que ella viera a alguien inconveniente. Quién sabía cómo sería aquella gente. Podían ser borrachos y depravados, viviendo en el pecado, comiendo carroña y chupando conchas de ostras. Podían ser hijos naturales de yanquis o esclavos fugados. Lo único que sabía era que había sido una familia —hombre, mujer y niño— la que había tomado Nysen's Roost como residencia y que su misión consistía en convertirles en arrendatarios del patrón o en expulsarles. No, definitivamente no quería llevarse a su hija. Pero Neeltje tenía otras ideas.

—*Vader* —suplicó con una mirada que hubiera desgarrado las plumas del ala de un ángel—, ¿no quieres llevarme contigo? Por favor. —Sería tan fácil, arguyo. Él podía dejarla en el almacén de Jan Pieterse mientras hacía su trabajo y luego ir a recogerla. Así ella podría comprar unos regalitos también para los más pequeños—. ¡Oh, por favor, por favor! —rogó, y Ans y Trijintje, de nueve y diez años respectivamente, le miraban con expresión esperanzada—. Necesitamos tantas cosas...

Así que ensilló su jamelgo tuerto y fue al establo del patrón a por la yegua, y se pusieron en marcha hacia la casa señorial por primera vez desde la primavera y la disputa entre Crane y Oothouse. Joost se sentía mal. El día era caluroso, los mosquitos eran una plaga y una amenaza, el tahalí le colgaba del hombro y la pluma de plata pendía ante sus ojos, y a cada paso tambaleante del jamelgo él se juraba que preferiría estar en la bahía, buscando cangrejos, pero de todos modos seguía su camino, siempre responsable ante la llamada del deber. A Neeltje, por su parte, le importaba un comino el calor. O los mosquitos. Iba al almacén de Jan Pieterse y sus hermanas no. Aquello era suficiente para ella.

Se detuvieron en la casa señorial a comer algo, y el lugar estaba frío como una bodega, con sus inmensas paredes de un metro de espesor. *Vrouw Van Bilevelt*, que, junto con Cubit el esclavo y su mujer, guardaba el lugar, les sirvió una sopa fría y pasteles de cangrejo. Ellos presentaron sus respetos a Gerrit Jacobzoon de Vires y su familia, que regentaban la granja de la casa señorial y cuidaban del molino desde la muerte del hermano del patrón, y luego siguieron su camino hacia Blue Rock para que Neeltje pudiera hacer sus compras mientras Joost veía a los intrusos de Nysen's Roost. Pero al llegar allí encontraron el almacén desierto y la puerta cerrada y atrancada. Neeltje, mordiéndose el labio por la frustración, intentó abrir la aldabilla dieciséis veces y golpeó la puerta hasta que Joost pensó que se le abrirían los nudillos. Entonces descubrió la nota de Jan Pieterse. En el barro. «Estoy pescando cangrejos —leyó en voz alta—. Volveré a la seis». Joost sacudió la cabeza. Apenas eran las dos y media. No había nada que hacer, tenía que llevarse a Neeltje con él.

En el camino hacia la colina desde el arroyo de Acquasinnick, a través de aquel bosque poblado por los fantasmas de kitchawank asesinados y de las malogradas hijas de Wolf Nysen, dijo a su hija que no esperaba encontrar ningún problema, pero que por su propia seguridad no debía acercarse más que al linde del claro, y que en ningún caso se acercara a aquella gente ni hablara con ellos. ¿Estaba claro? Neeltje

miró melancólicamente las astilladas rocas y los troncos podridos que yacían a su alrededor, las sombras, que parecían pozos en el vientre de una gruta, y asintió. No tenía ningún interés por aquel lugar ni por aquella gente, ningún interés por los asuntos de su padre en aquella materia. Lo único que le importaba era el almacén de Jan Pieterse, y el almacén de Jan Pieterse había tenido que cerrar precisamente aquel día entre todos los días del año. Estaba tan frustrada que sentía ganas de llorar hasta que los pulmones se le volvieran del revés. Y si su padre y ella no hubieran estado allí, y si el lugar no hubiera sido tan lúgubre y susurrante, así lo habría hecho.

Al cabo de poco llegaron a la cumbre y salieron a un claro dominado por un solo árbol de alta copa. A la izquierda había una pared arruinada, y a la derecha, una tosca cabaña de troncos verdes y mellados. No había granero, ni charca, ni huerto, ni animales excepto una vaca enferma atada debajo del árbol. El lugar parecía desierto.

—Quédate aquí —le dijo su padre, se irguió en su silla y avanzó hacia el umbral—. ¡Hola! —llamó—. ¿Hay alguien en casa?

No hubo ningún sonido.

Su padre volvió a llamar y la vaca le dirigió una mirada enfermiza antes de dejar caer su cabeza para pacer en un montecillo de hierba dentro del perímetro de su trailla. Fue entonces cuando apareció una mujer por la esquina de la casa, con un balde en la mano. Lo primero que Neeltje vio fueron sus pies. Iba descalza, con los pies mugrientos, relucientes de barro fresco como si acabara de vadear un pantano o algo así. Y su vestido era un apaño evidente, hecho de retales, descolorido y manchado, y tan usado que se le veía la piel a través de la tela. Pero aquello no era lo peor. Cuando la mujer se acercó más a su padre, Neeltje vio con un estremecimiento que lo que llevaba en la cabeza, y que ella había tomado por un gorro, no era ningún gorro, no era tela, era la piel. ¡La mujer era calva! Pelada, rapada, desnuda, su cabeza era tan lisa, pálida y yerma como la del pastor Van Schaik. Neeltje sintió que se le encogía el estómago. ¿Cómo podía una mujer hacerse algo así a sí misma?, se preguntó. Era tan... tan feo. ¿Tenía piojos? ¿Era una ramera desterrada de Connecticut? ¿Una monja católica romana? ¿La habrían cogido los indios y... y la habrían violado?

—Soy el sheriff de aquí —oyó que le decía su padre—. Joost Cats. He sido enviado por el propietario legal y señor de estas tierras para preguntarles qué hacen aquí.

La mujer parecía desconcertada, ida, como si fuera ella y no Neeltje la que hubiera llegado a aquel lugar por primera vez en su vida. ¿Harlaría holandés?

—No tienen ningún derecho a estar aquí —dijo Joost—. ¿Quién es usted y de dónde ha venido?

—Katrincee —dijo por fin la mujer, dejando el balde en el suelo—. Soy Katrincee.

Pero entonces aparecieron dos figuras más por la esquina de la casa: un niño —de ojos claros y tez oscura— y un hombre que se balanceaba torpemente sobre una pata

de palo llena de barro. Pasó un momento —todo era tan distinto y el lugar tan extraño — antes de que ella pudiera reconocerle. Jeremias. El nombre había estado antes en sus labios. En primavera. Durante un mes o así después del último viaje la había acompañado incluso en los momentos más raros; en las tempranas horas de la mañana, en sus oraciones, cuando se sentaba ante el telar de mantequera. Jeremias. Pero ¿qué estaba haciendo allí?

Ella no estaba más sorprendida que su padre. El *schout* echó la cabeza hacia atrás como si le tirase el cuello, abandonó su curvatura habitual y se enderezó como un muñeco de resorte.

—¿Van Brunt? —jadeó con la voz quebrada por la incredulidad—. ¿Jeremias van Brunt?

Jeremias cruzó el patio hacia donde estaba el *schout*, subido al tuerto rocín. Se detuvo exactamente frente a él, como a un metro de distancia, midiéndole con una mirada firme.

—Exacto —dijo—. He vuelto a casa.

—Pero usted no puede... Éstas son tierras privadas.

—Tierras privadas... y una mierda —dijo Jeremias, y se inclinó a recoger un tizón del suelo.

La mujer retrocedió y apretó el niño contra ella.

Joost trató de sujetar las riendas, irritado, y el jamelgo tembló y enseñó los dientes en señal de protesta. Aquel chico era imposible. Un renegado. Un tarambana. No tenía ningún respeto por la autoridad, ni conocimiento del mundo, ni nada en que apoyarse excepto su sonrisa farisaica. Joost recordó aquella carita desafiante en el umbral de los Van der Meulen, el petulante gesto de sus hombros en el almacén de Jan Pieterse, la risa de su hija y el regalo de azúcar cande que era como una violación de su paternidad. Estaba frente a él.

—Usted está en deuda con el patrón —gruñó.

—Al carajo el patrón —dijo Jeremias, y aquello le pareció demasiado a Joost. Antes de poder pensarlo se había lanzado sobre él, con el espadín de oficial saliendo de su vaina como un cortante rayo de luz. La mujer se aferró a su hijo y Jeremias cayó hacia atrás ante el bamboleo del caballo.

—¡No! —chilló Neeltje, y Jeremias, sosteniendo el palo para defenderse, la miró, y se contemplaron mutuamente; al momento cayó la espada. La mujer también gritó. Luego hubo silencio.

Especialmente nupcial

Así que Walter fue a visitar al undécimo propietario de la mansión Van Wart, respondiendo al desafío de la figura envuelta en humo de su madre adoptiva, y luego, seis semanas después, se casó con Jessica al pie del viejo y retorcido roble blanco que se erguía sobre la cabaña de Tom Crane como una gran mano en forma de copa.

En realidad, más que buscar a Depeyster van Wart, podría decirse que se tropezó con él, como si aquel encuentro estuviera predestinado. Aquella mañana, en la cocina aún impregnada de olor a tortas de patata, se levantó de la mesa, cogió sus muletas y dijo a Lola que eso era exactamente lo que pretendía hacer: preguntar a Depeyster van Wart. Le pidió prestado su maltratado Volvo —¿Estaba seguro? ¿No debería descansar, recién salido como estaba del hospital?—, reculó por el estrecho camino de grava, dejó atrás los árboles repletos de pájaros, pasó los tallos de maíz, que le llegaban a la barbilla, las estacas de las tomateras y las hileras de infladas calabazas del huerto de Hesh, y salió a la negra superficie —ahora más bien blanda por el calor— de la carretera del Barón de Hirsch.

Durante muchos años había estado dormido, inconsciente del impacto de la historia y de los mitos que le habían moldeado, y todavía no estaba totalmente despierto. Por ejemplo, nunca había relacionado a aquel Depeyster van Wart con el epónimo de la infernal fábrica de herramientas y troqueles que le había empleado por un jornal ínfimo durante los dos meses anteriores, nunca había relacionado aquella figura levemente legendaria con el agujero tórrido y ensordecedor donde había aprendido a temer el filo del torno como podría haber temido el chillido de algún pájaro carroñero que acudiera cada día a devorarle el hígado. No: Depeyster Manufacturing era sólo un nombre, nada más. Como colonia Kitchawank, Ascensores Otis, Fermentos Fleishmann. Como Peterskill o Poughkeepsie. No significaba nada para él.

Cambió a primera y avanzó por la carretera, con su nuevo pie muerto en el pedal del acelerador, y llegó al primer cruce antes de darse cuenta de que no tenía ni idea de adónde iba. Van Wart. ¿Dónde podría encontrar a Van Wart? Probablemente habría treinta Van Wart sólo en Peterskill. Apoyado en el freno y mirando a su alrededor en busca de inspiración, de pronto se fijó en la estación de servicio de Skip, con sus dos surtidores de gasolina y la cabina de teléfonos, que se hallaba frente a él al otro lado de la carretera. Entró, salió del coche y consultó las blancas páginas.

VAN WART, leyó, DEPEYSTER R. CARRETERA DE VAN WART, 16. VAN WARTVILLE.

Él había perdido un pie, había sido acosado por los fantasmas del pasado, había escuchado en silencio la historia de la perfidia de su padre y su desertión: estaba aturdido. Van Wartville. No significaba nada para él. Sólo una dirección.

Se metió por la autovía de Mohican, que desembocaba en el extremo superior de la carretera de Van Wart; ignoraba hacia qué lado iba la numeración, y descubrió para su irritación que estaba por el cinco mil. El primer buzón que encontró se lo indicó. Oxidado, abollado, víctima de innumerables arañazos y choques de coches desviados, decía, con una escritura que parecía una adaptación de la caligrafía azteca: FAGNOLI, 5120. Volviendo hacia el suroeste, hacia Peterskill, Walter no miraba ni a la derecha ni a la izquierda, pues el escenario de la carretera le era tan familiar que no había vuelto a mirarlo desde que estudiaba octavo curso e iba a sus clases de música. No tenía prisa —si había tardado tantos años en empezar a perseguir el espectro de su padre, ¿para qué iba a darse prisa?—; sin embargo, sin darse cuenta iba cada vez más rápido, aquel pie ajeno pisaba a fondo el acelerador, y las bocas de riego y los buzones centelleaban como páginas de un libro desafiante. Dejó atrás terraplenes de olmos, robles y sicomoros, dejó atrás coches abandonados, sorprendidos peatones y perros rascándose. Pasó la luz ámbar de Cat's Corner a noventa, dobló por la curva en forma de ese que había más allá y enfiló la recta a ciento veinte. Hasta después de pasar la cabaña de Tom Crane, con su tapacubos colgado en el árbol y los fatídicos prados que había más abajo, no empezó a frenar.

Allí las casas eran más numerosas y caían por ambos lados de la carretera en extensiones de césped que eran como valles y ensenadas de verde. Había una iglesia, un cementerio, otra luz amarilla parpadeante. Vio una camioneta que retrocedía por un camino particular a su derecha, y más adelante, en el lado opuesto, como el resto de una pesadilla, el críptico indicador que lo había desencadenado todo. Jeremy Mohonk, murmuró para sí. Cadwallader Crane. Durante un instante de inspiración se vio a sí mismo virando brusca y ampliamente hacia el carril opuesto, y luego invadiendo el arcén para abatirse sobre aquel insidioso indicador de la carretera en una nube de polvo y arrasarlo con una tonelada y media de vengativo acero sueco. Pero al volver a la realidad estaba esquivando la camioneta —girando, clavando el pie en el pedal del freno—, y el indicador, todavía inclinado hacia el cielo, todavía burlón, se alejaba de él. Un momento después, justo antes de llegar al límite de la ciudad de Peterskill, descubrió lo que estaba buscando, el número 16, con las cifras recortadas en el pilar de piedra que había a la entrada de la antigua mansión que se alzaba en la colina. La mansión Van Wart. Van Wartville. La carretera de Van Wart. Empezó a comprender.

La mujer que contestó al timbre era de mediana edad, negra, llevaba un vestido de algodón y un delantal, y le pareció tan familiar que pensó que volvía a tener alucinaciones.

—¿Sí-íí? —dijo pronunciando dos claras y estentóreas sílabas, casi cantando—. ¿Qué desea?

Walter estaba de pie en un porche del tamaño del alcázar de uno de los barcos fantasma anclados frente al monte Dunderberg. La casa a la que iba pegado se erguía sobre él, caía tras él, se extendía a ambos lados de él como una gran presencia viva, un monstruo antediluviano surgido de las profundidades para devorarlo. Vio la roca desnuda, ennegrecida por el tiempo y excavada de la tierra en alguna era lejana. Vio vigas de roble que en siglos pasados habían sido árboles. Vio aleros, contraventanas de madera, aguilonas, chimeneas, un tejado de pizarra del color del cielo en una mañana de invierno. ¿Cuántas veces había pasado por allí y había mirado el lugar sin un solo destello de reconocimiento? Ahora estaba allí, en el porche, en la puerta, y se sentía como aquella mañana de las tortas de patata.

—Verá... —dijo—. Quisiera hablar con el señor Van Wart.

Había ensayado la escena en el coche, durante todo el camino. Allí estaría él, hijo de su padre, encorvado hacia delante sobre sus muletas. Van Wart abriría la puerta, el propio Van Wart. El monstruo, el fantasma, el ignorante maníaco nazi de la Bircher Society que había fomentado los tumultos que avergonzaron a su padre y rompieron el corazón a su madre. Van Wart. El hombre que podía reivindicar de una vez por todas el nombre de Truman van Brunt. «Hola —diría Walter—, soy el hijo de Truman van Brunt». O no. «Hola, me llamo Walter van Brunt. Creo que usted conoció a mi padre...». Pero ahora estaba en la puerta de una mansión, una gran casa ostentosa que podía haber salido de las páginas de Hawthorne o Poe, hablando con una doncella que se parecía a... a... Herbert Pompey, y empezó a sentirse trastornado e inseguro de sí mismo.

—Lo siento —dijo la doncella, que contemplaba con aire desconfiado sus muletas, su pelo, que le bajaba por la nuca y le trepaba por las orejas, y las veintisiete manchas negras de encima de su labio superior, que podían ser un bigote, o tal vez no—. No está en casa. —La doncella ya no cantaba y tenía una expresión recelosa—. ¿Para qué desea verle?

—Nada importante —musitó Walter, y estaba a punto de seguir murmurando, en un tono aún más bajo, que volvería más tarde, pensando ya en la biblioteca de Peterskill y en las fichas del catálogo, escritas a mano, que había utilizado para sus trabajos de la escuela secundaria sobre el estado de Alaska, John Steinbeck y la línea de ferrocarril B&O, preguntándose si habría alguna referencia a Mohonk o a Crane, cuando una voz habló desde el fondo de la casa:

—¡Lula! ¡Lula! ¿Quién es?

A través de la puerta abierta Walter podía ver oscuros y pesados muebles, una gastada alfombra oriental y un melancólico retrato en la pared.

—Nadie —contestó la doncella por encima del hombro, y luego se volvió a Walter.

Él podía haber tomado aquello como una despedida, podía haber dado media vuelta sobre sus muletas y bajado ruidosamente las escaleras, cruzado el camino y dirigirse a su coche, pero no lo hizo. En vez de eso, se quedó allí, levantado por las

axilas, y esperó hasta que los pasos se detuvieron ante la puerta y pudo contemplar el rostro moreno e inquisitivo de una mujer que le pareció tan familiar como si hubiera surgido de un sueño.

La mujer parecía de la edad de Lula, o no, más joven. Unos cuarenta años. Llevaba pantalones de pana, mocasines y una especie de banda india con cuentas de plástico incrustadas a modo de diadema. Le dirigió una mirada confundida y luego miró a la doncella antes de volverse hacia él.

—¿En qué puedo ayudarle? —le dijo.

Veía visiones, no cabía duda. No sólo la doncella tenía la misma nariz chata y los ojos saltones de Pompey, sino que aquella mujer, con su helada mirada violeta, sus altos pómulos y su fuerte mandíbula, le recordaba misteriosamente a alguien, pero ¿a quién? Tenía una sensación de *déjà vu*, sintió desgarrarse la carne al chocar contra el frío y duro suelo, oyó la risa burlona de los andrajosos vagabundos en la cubierta del *U.S.S. Anima*. Casi lo tenía —estaba a punto de situar aquella cara— cuando la voz de la mujer le llegó de nuevo, más amable, pero un tanto alarmada.

—¿Se encuentra usted bien?

—Soy el hijo de Truman van Brunt —dijo.

—¿El hijo de quién?

—De Truman van Brunt. Me llamo Walter. Querría hablar con el señor Van Wart... sobre mi padre.

Ella no pestañeó ante el nombre, ni levantó una mano para ocultar su rostro, ni cayó desmayada al suelo. Pero sus ojos, que habían empezado a descongelarse levemente, se volvieron otra vez gélidos.

—Lo siento —dijo—. No puedo ayudarle.

Eso en cuanto a la búsqueda.

Al día siguiente, después de pasar una hora en vano en la biblioteca (encontró referencias a Mo-ho, Mohole, Mo-holy-Nagy, el diagrama de Mohr y Mohsin-ul Mulk, pero nada de Mohonk, mientras que los Crane estaban representados por las reminiscencias jurídicas, hacia 1800, de un tal I.C. Crane), se fue en coche a la Depeyster Manufacturing a recoger su cheque y decir a Doug, el encargado, que volvería a trabajar dentro de una semana más o menos, pero que no podía seguir en el torno a causa del pie. La fábrica estaba emplazada en un antiguo edificio de ladrillo de la calle Water, en Peterskill, en medio de los almacenes abandonados y las agrietadas ruinas de las fábricas de cocinas de leña, alambre, hule y sombreros que recordaban los días de prosperidad de Peterskill a finales del siglo pasado. Las industrias habían crecido a lo largo de la orilla del río aprovechando la disponibilidad de agua corriente para refrigerar la maquinaria y eliminar los desechos, así como las buenas comunicaciones fluviales y por ferrocarril. Pero el camión había desplazado a la barcaza y al vagón de tren, el hule había sido sustituido por la fórmica, y las viejas

cocinas panzudas por las cocinas de gas y los hornillos eléctricos, la demanda de miriñaques de alambre no era la de antes, y nadie llevaba ya sombrero. Para Walter, desde luego, las ruinas de la calle Water eran tan incomprensibles como Stonehenge o la Gran Pirámide de Gizeh. Alguien había hecho algo allí alguna vez. Qué había sido, quién lo había hecho o con qué propósito eran cuestiones que no le importaban un pito.

Aparcó el Volvo en el estacionamiento de empleados junto al Chevrolet de 1955, con los desconchados pintados con minio de Peter O'Reilly, intercambió un incoherente saludo con el hosco compadre cabezón que trabajaba en el muelle de carga y que llevaba camisetas con lemas tan edificantes como: «Muerte a los policías» y «Putas gratis», y luego continuó su camino a través de la gran puerta de acero con el rótulo: SÓLO EMPLEADOS. Desgraciadamente, el peso de la puerta le hizo perder el equilibrio y entró en el rugiente estrépito del taller tambaleándose como un vendedor de lápices borracho, entrechocó las muletas y se agarró desesperadamente al reloj para no darse de morros contra el suelo de cemento. Al momento siguiente estuvo a punto de ser atropellado por una carretilla elevadora que conducía algún idiota, y por fin Doug le cogió del brazo y le condujo por la descolorida y hollada pared de ladrillos hasta su oficina.

Walter llevaba ausente casi tres semanas, y durante ese tiempo había empezado a olvidar lo deprimente que era aquel lugar. Oscuro y cavernoso, iluminado a intervalos por los rutilantes fluorescentes sujetos por alambres clavados en el techo, cables de aluminio, apestaba a lubricante y al líquido desengrasante y vibraba con el fragor incesante de la maquinaria; podría haber sido una de aquellas fábricas implacables de *Metrópolis*. La gente corría de un lado para otro con batas cortas color verde, esquivando nubes de vapor de color verde amarillento, gritándose unos a otros por encima del clamor como pálidos abejorros frenéticos. A Walter no le gustaba, no le gustaba ni pizca. Mientras se deslizaba por allí junto a Doug, saludando a sus compañeros con la cabeza —ellos levantaban sus ojos cansados, en medio de una nube de humo, desde sus tornos—, de pronto comprendió que no iba a volver. Nunca. Ni aunque le ofrecieran un cómodo trabajo en la sala de inspección, ni aunque le hicieran encargado, director o presidente del consejo de administración. En principio, aquel trabajo había sido idea de Hesh. Algo temporal, algo que le mantuviera ocupado hasta que decidiera qué quería hacer con su título académico. Ahora todo aquello había cambiado.

—Pues —dijo Doug tras conducir a Walter a una mugrienta oficina decorada con cortinas manchadas de aceite y bandejas de pieza troqueladas y de tuercas rechazadas que se elevaban hacia el techo en una tambaleante disposición— ya nos hemos enterado de lo de su pie.

Allí, detrás de la puerta de cristal ahumado, el ruido se transformaba en un monótono e insistente zumbido, como si una lejana falange de dentistas estuviera haciendo funcionar sus taladros. Walter se encogió de hombros. Estaba apoyado

pesadamente sobre sus muletas, y el muñón de la pierna le dolía.

—Ya —dijo.

Doug tendría unos treinta años y era un condenado de por vida a la Depeyster Manufacturing; su rasgo más sobresaliente era un labio superior tan ancho, lampiño y móvil como el de un chimpancé. Una vez, cuando Walter había cuestionado la instalación de su torno, Doug le había recordado que no se le pagaba para que pensara, y luego, con aire benevolente y edificante, le había indicado la clave de su propio éxito. «Soy diferente del resto de vosotros, de los que trabajáis aquí, ya sabes —le había dicho asintiendo significativamente—. Y aunque te cueste creerlo, tengo ciento cinco de cociente intelectual». Ahora, parándose a encender un cigarrillo, bajó la vista hacia el pie de Walter y le preguntó:

—¿Duele?

Walter volvió a encogerse de hombros.

—Mira, Doug —le dijo—. No sé si podré volver a trabajar. Sólo he venido a recoger mi cheque.

Doug había empezado a toser. Carraspeó un momento, volvió a chupar el cigarrillo y luego se inclinó a escupir en la papelera. Tenía los ojos anegados y parecía desconcertado, como si Walter le hubiera pedido que bailara o le hubiera preguntado la raíz cuadrada de doscientos cincuenta y seis.

—No lo tengo —dijo al fin—. Para eso tendrás que ir a la oficina principal.

Un momento después Walter se encontró avanzando suavemente por un pasillo alfombrado, buscando la oficina de la señorita Egthuysen, mientras le envolvían brisas refrescantes, y los melifluos tañidos de las cuerdas de violines, violas y violonchelos salían de recónditos altavoces para acariciarle los oídos. Había plantas en macetas, acuarelas enmarcadas, las paredes parecían recién pintadas y las claraboyas resplandecían con la luz del sol como si enviaran una lluvia de oro. El contraste no le había pasado inadvertido. A menos de treinta metros de donde había sudado junto al torno y había contado los minutos interminables hasta que sonara la sirena de las cinco, estaba aquello. Walter se sintió engañado.

La señorita Egthuysen era la secretaria. Doug había garabateado su nombre y el número de su oficina en un sucio pedazo de papel —el 1, o quizá era el 7, Walter no logró descifrarlo—, y le escoltó por la puerta que había al fondo de la fábrica y daba acceso al santuario interior. Luego se volvió sin decir una sola palabra y desapareció en la penumbra de la fábrica. Walter estaba maldiciendo entre dientes —maldiciendo a Doug, maldiciendo las horas que había desperdiciado en el antro que ahora tenía a sus espaldas, maldiciendo a Huysterkark y a la señora Van Wart, maldiciendo la mezquindad y la perfidia de un mundo completamente podrido, el mismo que Sartre había descrito certeramente—, cuando encontró el 1, una puerta de cristal opaco desnuda excepto por la cifra pintada en medio. Trató de abrirla. Estaba cerrada. Nadie contestó a su llamada.

Todavía maldiciendo —maldiciendo a la señorita Egthuysen y a los jefes que la

habían contratado, maldiciendo a los intelectuales vestidos con bata de laboratorio y corbata que se paseaban por aquel mismo pasillo y por el taller una vez al mes haciendo anotaciones en sus cuadernos de hojas sueltas—, dio media vuelta y examinó el trozo de papel que tenía en la mano. Lo que había tomado por un uno podía ser un siete. O un nueve. El garabateo de Doug era indescifrable, pero claro, dado su elevado cociente intelectual, nadie podía esperar que Doug desperdiciase sus preciados recursos mentales en un acto tan tedioso como la caligrafía. Walter caminó pesadamente hacia el otro lado del pasillo, localizó el 7, y tanteó la puerta.

Estaba abierta.

Manejando las muletas con estrépito, se apoyó contra el opaco cristal y entró. Vio un escritorio, una silla, un archivador. Plantas. Cuadros enmarcados. Pero dudó un momento, algo iba mal. No era la señorita Egthuysen quien le miró alarmada, dejó un sobre en el escritorio y cerró el cajón de su mesa con un ruido que sonó como un disparo de escopeta, sino el hombre vestido con un traje de verano color tostado, el que veían de vez en cuando departiendo con los intelectuales en la puerta del taller.

—¡Ejem...! Yo... —empezó Walter.

El hombre le estaba mirando, y sus ojos le perforaban con una expresión tan feroz que Walter habría dado cualquier cosa por estar entre los vapores del taller, o en el hospital, en cualquier sitio menos allí.

—Yo... ¡Ejem...! Estaba buscando a la señorita... —murmuró Walter, pero se detuvo en seco. Había una placa con el nombre en el escritorio. Por supuesto.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —preguntó Van Wart. Se había puesto de pie y parecía alarmado. O más bien furioso. Amenazador—. Estuvo usted en casa ayer, ¿verdad?

—Sí, pero... —Culpable, culpable, ¿por qué siempre se sentía culpable?—. Yo trabajo aquí.

La cara de Van Wart se volvió inexpresiva.

—¿Usted trabaja para mí?

—Sólo desde finales de mayo, pero yo no sabía... quiero decir, no me había dado cuenta...

Pero el epónimo de la Depeyster Manufacturing no le estaba escuchando.

—Bueno, eso tiene gracia —dijo dejándose caer en su silla giratoria como si las noticias le hubieran debilitado las piernas—. ¿Ahí fuera, en el taller?

—Ajá. Llevaba uno de los tornos.

—Es realmente curioso —repitió Van Wart, y de pronto esbozó una sonrisa que era como una grieta abriéndose en un campo helado—. El hijo de Truman van Brunt. —Bajó la vista hacia el pie de Walter y su sonrisa se desvaneció—. Sentí mucho lo de su accidente. —Hubo un silencio—. Su nombre es Walter, ¿verdad?

Walter asintió.

—Lo leí en el periódico.

Walter volvió a asentir.

—Conocí a su padre.

Walter no dijo nada. Estaba esperando.

—Hace años.

—Lo sé. —La voz de Walter era susurrante, casi un siseo. Hubo otro momento de silencio en el que Van Wart volvió a abrir el cajón y empezó a revolver sus papeles—. Por eso fui a su casa —confesó Walter—. Quería hacerle unas preguntas acerca de él, de mi padre.

Van Wart tenía aspecto aturdido. En aquellos momentos parecía viejo e indefenso. Sin levantar el sobre del cajón, deslizó un pellizco de algo entre sus labios.

—¿Truman? —dijo al fin—. ¿Por qué? No se le habrá ocurrido volver, ¿verdad?

Cuando Walter contestó con una negativa, Van Wart pareció aliviado. Se tomó otro pellizco de lo que fuera que guardaba en aquel preciado sobre y luego bajó la vista a los impecables puños de su camisa y a sus cuidadas manos. Así que aquél era el ogro, pensó Walter, el fantasma, el fascista que había dirigido la carnicería de inocentes y protagonizado los cuentos que se habían contado a la hora de dormir a una generación de niños de la colonia. Ciertamente, no parecía tan malo. Con su correcto y limpio pelo cortado a navaja, sus fuertes dientes y su bronceado uniforme, con su aire de bienestar y los precisos y hieráticos tonos de su habla, podría haber sido un padre bondadoso y previsor en cualquier serie de televisión, podría haber sido un juez, un profesor, un pianista, un director de orquesta.

Pero todo aquello se disipó al instante siguiente. Van Wart levantó la vista y le dijo de pronto:

—No les creas, Walter. No les escuches. Tu padre tenía razón. Era alguien que podía enfrentarse a todos ellos y a sus asquerosas y malévolas mentiras. —Ahora sus ojos estaban clavados en los de Walter y no había en ellos ni asomo de bondad. Eran unos ojos ultrajados, formidables; aquellos ojos eran capaces de todo—. Tu padre —continuó inclinándose hacia delante y haciendo un esfuerzo para controlar su voz—, tu padre era un patriota.

Luego llegó la boda.

Si la vida había empezado a pelarse para Walter, una capa de piel tras otra, como una gran cebolla insondable, si todas sus misteriosas manifestaciones —el accidente, el indicador, el fantasma de las tortas, la cara del umbral de la mansión Van Wart, el propio Van Wart— eran piezas de un rompecabezas, la boda era una oleada de aire fresco: la boda, al menos, era algo inequívoco. Walter, antes un héroe triste y alienado para quien el compromiso y el matrimonio eran como la muerte, quería a Jessica, y ella le quería a él. Pero no, era más que eso. O quizá menos. Walter la necesitaba —ahora sólo tenía un pie en el suelo—, y ella necesitaba sentirse necesitada.

La ceremonia se iba a celebrar en un campo frondoso de hierba que llegaba hasta la rodilla, en medio del soñoliento zumbido de las abejas de Tom Crane y a un tiro de

piedra de su cabaña. La familia de Jessica había presionado para que celebrasen una boda tradicional, con música de órgano, el ritual de quitarse la liga y tirarla al aire y un pastel de siete pisos, que tuviera lugar en la iglesia episcopal de Peterskill. Pero tanto la novia como el novio rechazaron la idea al instante. Ellos no eran esclavos de la tradición. Ellos eran originales, espíritus libres, extravagantes y osados, y no tardaron ni cinco minutos en decidir que el sitio donde vivía Tom Crane era el lugar ideal para celebrar sus nupcias.

Después de todo, ¿dónde iban a encontrar nada mejor? Ninguna corrupta institución ensombrecería su ceremonia, y la propia naturaleza sería el celebrante. Sería una boda al aire libre, irreverente e informal, con una barbacoa y bocadillos de queso de soja para los vegetarianos. Y habría lecturas de Gurdjieff o Kahlil Gibran en vez de las terribles divagaciones de las ceremonias civiles y religiosas, y música de Herbert Pompey y su flauta tailandesa en vez del tedioso Mendelsohn. La novia llevaría flores en el pelo. El novio llevaría flores en el pelo. Los invitados, vestidos con ponchos, botas y prendas de ante con flecos, llevarían flores en el pelo. Y para Walter, por supuesto, aquel prado tenía su propio y especial significado.

Walter llegó temprano. Su fiesta de despedida de soltero había empezado en el Elbow con varias rondas de whisky con cerveza, y acabó con jerez de cocinar y kif en el apartamento de uno de sus compañeros de universidad —no recordaba cuál—; le dejó agotado y resacoso. Al final se fue a la cama hacia las cuatro, pero en cuanto cerró los ojos una firme procesión de indicadores históricos empezó a desfilar por su habitación al compás de *Yankee Doodle Dandy*, y sus sueños eran los de un hombre que ha dejado atrás la juventud. Se despertó a las siete, tembloroso y sin haber descansado, con un intenso picor en el pie que había perdido. Fue entonces cuando decidió ponerse su traje de boda y encaminarse a casa de Tom Crane.

Estaban a finales de septiembre. La mañana era cálida y brumosa, y la luz se extendía sobre él en un haz, por encima de las copas de los árboles. Alzó los ojos hacia la telaraña de ramas que se reflejaba en el parabrisas y vio que las hojas de los arces se habían caído; aunque aún era pronto, ya detectaba en el aire el leve y cáustico olor a hojas quemadas. Cuando tuvo el accidente, hacía ya casi dos meses, había dejado de afeitarse, y ahora, mientras conducía, se frotaba la cerdosa e irregular barba que le había crecido por debajo de la nariz y a lo largo de las patillas. Iba vestido de blanco, como un gurú o un cordero pascual, con la camisa estilo Nehru y los pantalones acampanados de algodón que Jessica había elegido para su boda. El pelo, que llevaba a la moda del día, le colgaba por el cuello. Calzaba sus habituales botas Dingo, y para dar color —y buena suerte, ¿por qué no?— al conjunto, se había puesto un cinturón que su sentimental y triste madre había trenzado con cordoncillos de plástico rosa y azul cuando era niña y estaba en un campamento de verano.

Bajó la colina desde la carretera sin demasiados problemas; se estaba acostumbrando a su prótesis igual que se había acostumbrado a su primer par de patines, y había estado levantando pesas para fortalecer los largos músculos de sus

muslos y tener mejor apoyo. No era la pierna lo que le molestaba, era la cabeza. El jerez de cocinar había sido un error, no cabía ninguna duda. Mientras avanzaba bajando por el sendero que seguía toscamente el curso del antiguo camino, esquivando las curiosas deposiciones de vaca, se encontró envidiando a Tom Crane, que se había marchado de la fiesta tras beberse un par de cervezas, alegando responsabilidades para el día siguiente. Se detuvo un momento en la pradera amortajada por la niebla que daba al arroyo, pensando: «Allí estaba el escenario, aquí el aparcamiento». Luego se volvió y caminó torpemente por el puentecillo, espantando las golondrinas que anidaban debajo. Se iba a casar. Allí. Allí entre todos los lugares posibles. Sabía que la elección no había sido tan caprichosa como él había querido creer.

Walter estaba trepando por el escarpado sendero desde el arroyo de Van Wart, con el agitado y pequeño afluente conocido como arroyo Blood a su izquierda, y a su derecha las colmenas de Tom Crane y el sembrado todavía germinado con sus gordos calabacines, calabazas y tomate tardío, cuando se encontró con el primero de los huéspedes no invitados. Le daba la espalda y llevaba los gruesos calcetines enrollados sobre los zapatos. Walter vio las venas que le subían por las piernas. La reconoció con el primer vuelco de su corazón. Ella estaba agachada, buscando algo, o no, estaba arrancando malas hierbas, con las rodillas rígidas y su gran trasero ondeando en la brisa como un blanco de feria. Recordó el día en que había encontrado aquel blanco tan irresistible que le había arrojado un puñado de tierra sucia cuando ella se inclinaba sobre el cuadro de tulipanes que había frente a la casa, en Verplank, y también recordó el pago que había recibido cuando su abuelo dejó las redes, volvió a casa y le hizo probar la dureza de una vieja driza de barco. Arrancando malas hierbas. Era tan típico de ella... Recordó que cada peluda raíz primaria o racimo de garranchuelo merecía un conjuro en el bajo holandés que la gente había olvidado un siglo antes, y cómo contrarrestaba los malos deseos de la porcina señora Collins, que vivía al otro lado de la calle, o de Nettie Nysen, la bruja que la había forzado a desconectar el teléfono. En primavera ella enterraba el espíritu helado de un cangrejo —pedúnculos de los ojos y cerebro— con cada nuevo paquete de semillas.

—Abuela —dijo, y ella se volvió como si se hubiera asustado.

¿Y qué si fuera así? Él estaba furioso. Pensaba que todo aquello se había acabado, pensaba que había dejado los sueños y las visiones en el hospital o en la carretera, pensaba que el sacrificio de un pie era suficiente. Pero se equivocaba.

Ahora ella sonreía, gorda y radiante con la salud de quien come indiscriminadamente, la mujer que cada mañana de su vida había desayunado arenques ahumados, donuts azucarados y café con azúcar, tan negro y espeso como aceite de motor.

—Walter —murmuró con su voz crepitante—. Sólo quería desearte lo mejor en el día de tu boda. —Y luego, con la finura de un chismorreo entre vecinos—: ¿Y qué tal el pie?

¿El pie? De pronto sintió ganas de gritarle: «¿qué tiene que ver eso contigo, eh?» Pero estaba mirando el tocón de un árbol cortado por Jeremy Mohonk al ser liberado de la cárcel en 1946. Su abuela se había ido. Más recuerdos. De repente se sintió cansado. Le invadió la nostalgia, el vino se volvió vinagre, y los pájaros le rodearon desde los árboles, que llenaban el espacio como una gran muchedumbre. Había intentado ordenar su mente, había intentado recordar que odiaba a su padre y que le importaba un pito dónde pudiera estar, que tenía una vida y una personalidad propias que trascendían la de aquel niño abandonado, el niño huérfano, el niño que se había criado entre extraños. Había intentado concentrarse en Jessica, en la unión que le redimiría y le daría integridad. Y ahora allí estaban otra vez: recuerdos.

Avanzó pesadamente por la colina con su incorpórea abuela susurrándole al oído, contándole una de sus historias favoritas —una que le gustaba más que la de la traición que mató a Minewa o la expulsión con engaño de Sachoes—. La historia de la boda de sus padres. ¿Cómo iban vestidos?, quería preguntarle. ¿Qué aspecto tenía mi madre? Háblame del lago.

Tu madre parecía una reina, le contó ella. Y tu padre era el hombre más guapo del condado. Un atleta, un bromista, animoso y siempre a punto para contar un chiste. Él se casó de uniforme, con las medallas en el pecho y los galones de sargento en los hombros. Tu madre era una Alving. Sueca. Su padre era Magnus Alving, el arquitecto —él dibujó los planos de la escuela gratuita de la colonia, ¿lo sabías?—, y su madre era descendiente de holandeses, una Opdycke. Ella llevaba el vestido de su madre, de piel de ángel, guarnecido con perlas y encaje de Madeira. Llevaba el pelo recogido muy arriba y tacones altos, como si hubiera salido de un cuento de hadas. Celebraron la ceremonia al aire libre, en la playa del lago Kitchawank, aunque era hacia finales de año y hacía frío, y cuando el juez dijo: «Puede usted besar a la novia», y tu padre cogió a tu madre en sus brazos, todos los gansos empezaron a graznar en el lago y los peces se arrojaron a la orilla como laminillas de estaño. Hesh era el padrino.

Casi había llegado a la cumbre de la colina cuando otra voz empezó a irrumpir en su conciencia. Alzó los ojos. Allí, ante él, pálido, patizambo y desnudo como un espíritu del bosque, estaba Tom Crane. El santo de los bosques agarraba un bote de champú con una mano y con la otra sostenía una toalla tan rígida como una lámina de cartón. Estaba sonriendo y decía algo de enfriarse los pies, pero Walter no pudo entenderlo porque todavía tenía en los oídos el zumbido de la voz de su abuela. «Walter, Walter —decía, con una voz dolorosa y que se iba apagando—, no le culpes. Él la quería. La quería. Pero en su corazón... quería a su país... más...».

—Eh, Walter... Van... quítate todo eso de encima. —El santo desnudo estaba ahora a medio metro de él, escudriñándole los ojos como si estuviera en el extremo de un telescopio—. ¿Todavía estás colocado de anoche o qué?

Lo estaba. Sí. Era eso. Enfocó por primera vez a Tom Crane y vio que su huesudo cuerpo estaba sembrado de forúnculos, manchas y picaduras de insectos. Tom se estaba rascando la barba. Sus costillas eran como tablas en una valla, y sus pies,

largos, blancos y lisos, parecían hechos de masa de pan que no hubiera subido al cocerla. Ahora movía los labios y decía algo de despertarse, un baño en el río y luego café y bourbon caliente en la cabaña. Walter se dejó llevar colina abajo, por el puente y hacia los helechos que había al borde del agua.

La corriente era suave en aquella época del año, pero el santo de los bosques, pensando en su aseo, había levantado una represa debajo del puente. La poza resultante era tan profunda como una bañera y tres veces más ancha. Deteniéndose sólo a colgar la toalla de un árbol, Tom se metió en la poza, exponiendo las lisas y pálidas nalgas que no habían sentido el abrazo del algodón desde que su madre había dejado de ocuparse de su colada cuando él salió de Cornell, cuatro años antes. Se hundió en el arroyo como un zapatero, con el culo primero, gritando por la impresión.

Walter fue más lento. Recorrer aquel camino tambaleándose le había dejado tenso y sudoroso. De pronto sentía la pierna como si se la hubieran frotado con pimentón de la rodilla para abajo, y sus ojos seguían tendiéndole trampas. No era nada más — los árboles no se transformaban en garras o caramelos de palo, y su abuela no estaba a la vista — que aquel aspecto oblicuo y desenfocado que tenía todo, el mundo visible en intrincado movimiento, como si estuviera examinando al microscopio una gota de agua de la charca. Las hojas que colgaban por encima de él, el desvencijado puente, la corteza de los árboles y el grano de la roca: todo se reducía a sus componentes, a una cuadrícula de puntos danzantes. Imaginó que era culpa de lo de la noche anterior. El jerez de cocinar. Tenía que haber sido eso. Se dejó caer en una roca y empezó a quitarse la bota izquierda.

Tom estaba sacudiéndolos miembros espasmódicamente y respirando con fuerza, como una foca saliendo a por aire.

—¿Fría? —preguntó Walter.

—No, no —dijo Tom demasiado rápido—. Está perfecta. —Desvió los ojos mientras Walter se quitaba la bota del otro pie.

Walter se quitó la camisa estilo Nehru por la cabeza, dejó caer los pantalones y los calzoncillos, y se quedó allí de pie, desnudo entre los helechos y los arbustos. Sentía el lodo del fondo entre los dedos del pie izquierdo; el pie derecho, el inerte, estaba plantado como una piedra. Nadie le había visto así, ni siquiera Jessica. Y Tom Crane, su más viejo amigo y mentor intelectual, no le miraba.

—¿Sabes una cosa? —dijo Tom mirando a Walter mientras bajaba al agua y luego mirando a otra parte—. Los coches. Automóviles. En un principio iban a llamarlos electrobats. —Se rió al pensarlo—. Electrobats —repitió.

El agua estaba fría como un lago glacial. Walter no gritó, no contuvo el aliento, no maldijo ni pataleó. Se limitó a echarse boca arriba, con la corriente levantándole los genitales, y repantigándose sutilmente para acomodar su cuello y sus hombros. Al cabo de un momento levantó la pierna derecha del agua y apuntaló el pie de plástico en una roca que había al borde de la poza.

—Locomotoras de aceite —dijo Tom—. Ésa también estaba prevista al principio.

—Pero la ligereza había abandonado su voz—. ¿Es eso, no? —dijo, y luego—: ¿Cómo lo sientes?

—En este momento duele como un hijo de puta. —Walter hizo una pausa contemplando la escultura de plástico y el extremo inferior de su pierna—. El médico asegura que aprenderé a vivir con él.

El sol estaba ascendiendo ahora entre los árboles, afianzando las sombras y afluyendo en el sotobosque con una intensa luz dorada que colgaba de las hojas como crema batida. Walter contó los frondes del helecho que había junto a él, observó los pececillos que se dejaban caer con la corriente y se colocaban entre sus piernas, escuchó el golpeteo del pájaro carpintero y la llamada del víreo. Por un momento se sintió parte de todo aquello, criatura del bosque virgen que había antecedido al alquitrán, al acero, al carbono y a las prótesis de plástico, pero luego el tartamudeo de una moto por la carretera de Van Wart le hizo aterrizar.

—Muy bien —dijo levantándose de la poza con las maneras lentas y vacilantes de un octogenario—. De acuerdo. Ahora estoy muy bien.

—Usa mi toalla si quieres —dijo Tom. Estaba sentado, todavía soplando y jadeando, con la larga cola húmeda de su pelo cayendo por su espalda granujienta como algo que se le hubiera prendido, empapándole.

Walter se despellejó con la rígida toalla mientras los mosquitos zumbaban en torno a él y el lodo se le metía por entre los dedos del pie. Se sentía mejor, no cabía ninguna duda. El dolor de cabeza había remitido. Parecía que las ramas y las hojas que le rozaban le habían ayudado a consolidarse otra vez, y el dolor había abandonado su entumecida pierna. Fue entonces, allí, de pie en el barro y tiritando a la luz de las primeras horas de la mañana, cuando tuvo una revelación. De pronto se dio cuenta de que todo el asunto de la vida cotidiana le parecía irrelevante, que no quería hablar por hablar ni discutir sobre los electrobats, la fiesta de la noche anterior, las drogas, el gas neurotóxico o la revolución en América Latina. No, en realidad él sólo quería hablar de su padre. Quería abrirse a la vibrante, vil y huesuda masa de carne de gallina que ahora seguía goteando junto a él y decirle que se había estado engañando a sí mismo, decirle que ahora y siempre le había importado dónde estaba su padre, y que no quería otra cosa —nada, ni a Jessica, ni la carne y los huesos que le habían sido arrancados— sino encontrarle, enfrentarse a él, agitar la sangrienta bandera del pasado en su cara y reivindicarse a sí mismo en el proceso. No quería hablar de su boda, ni de música, ni de los alimentos naturales, ni de los ovnis. Quería hablar de la flota de reserva, de su abuela, de un fantasma conjurado por unas tortas de patata, de las visiones de sus ojos, que habían resucitado el pasado para traerlo al presente.

Pero no tuvo oportunidad.

Porque el santo de los bosques, con la cara azul y castañeteando de frío con todos sus molares y todos sus dientes, con la andrajosa toalla frotando furiosamente sus hombros extendidos y el desnudo escroto, dijo de pronto:

—Hablando de otra cosa, ¿qué le has hecho a Mardi?

Mardi. Era una sombra, un fragmento de la memoria, una mancha en su conciencia. Ella era otro fantasma.

—¿Quién?

—Ya sabes, Mardi. Mardi van Wart.

Walter no lo sabía. No quería saberlo. Había un grito en sus oídos, un estrépito insoportable que de pronto se erguía del sangriento suelo ante él. Oía los gritos de las víctimas, la acariciadora voz de su madre volviéndose tensa, las rabiosas maldiciones de los hombres con los palos, las barras de hierro y las estacas de la cerca en la mano. Perros judíos, negros comunistas. Él estaba allí, contra la tormenta. ¿Van Wart? ¿Mardi van Wart?

—Dice que estaba con Héctor y contigo la noche en que tú, eh..., tuviste el accidente, ¿sabes? Dice que necesita verte.

Lo sintió tensándose en él; era algo repugnante, impío, irresistible.

—¿Tú... la conoces?

Tom Crane tenía un aspecto ridículo. Desnudo, chorreando, con la ajada toalla sujeta al brazo y un cepillo de dientes colgándole indiferentemente de los labios, se detuvo para dedicarle a Walter una amplia y significativa sonrisa con sus dientes de cabra.

—¡Oh, sí! —dijo con los gritos de los inocentes resonando a su alrededor—. La conozco.

Jessica llevaba un vestido de encaje laboriosamente tejido por campesinas subalimentadas del otro confín del mundo, un par de sandalias blancas sin adornos y el camafeo de marfil de su abuela. En su pelo, que brillaba con un resplandor rubio que hubiera cegado a los propios vikingos, relucían primulas y jazmines. Walter estaba de pie junto a ella a últimas horas de la mañana, con despreocupadas abejas y mariposas rondándole, flanqueado por Hesh y Lola y los padres de Jessica, que tenían la cara muy rosada. Mientras, Tom Crane leía un pasaje de una novela de ciencia ficción sobre la propagación extraterrestre, y Herbert Pompey bailaba de un lado para otro bajo el peso de las flores que llevaba en el pelo, e interpretaba con su flauta las serpentinas melodías de los encantadores de serpientes hindúes. Luego Jessica recitó un par de versos de un oscuro escritor sobre el amor y el pecado, y Hesh se adelantó para leer las frases culminantes de la ceremonia civil («Walter Truman van Brunt, ¿quieres tomar a esta mujer... hasta que la muerte os separe?»). «Sí, quiero», dijo Walter, y besó a la novia en una oleada de emoción —lleno de amor y gratitud y con la plena percepción de la vida y la juventud— que por un momento le sacó de la hondonada de confusión a la que el accidente le había arrojado. Fue entonces cuando Héctor Mantequilla encendió un castillo de fuegos artificiales de Arecibo y la celebración empezó de verdad.

La familia de Jessica, los Conklin y los Wing se fueron temprano. La abuela Conklin, una estirada y vieja patricia con la piel blanquísima, la nariz oscilante y ojos de tortuga, había sido trasladada colina arriba envuelta en una manta. Se sentó en una silla plegable a la sombra de un roble, rodeada por sus sobrinas mayores de Connecticut, con una notoria embarradura de mierda de vaca en sus zapatos de salón de piel negra y una mirada iracunda que expresaba su desaprobación por las formas. Media hora después de que se sirviera el ponche y el trozo de pastel, ella ya se había ido. Pronto la siguieron las sobrinas mayores, y luego el propio John Wing —tan suave y torpemente guapo como la estrella de una comedia de enredo sobre la sabiduría de los padres— le estrechaba la mano a Walter antes de marcharse diciéndole que cuidara de su hijita. Entrada la tarde todos los representantes de la primera generación se habían marchado, rascándose las picaduras de insectos y enjugándose con pañuelos los rostros castigados por el sol. Hesh, Lola y Katrina, la tía de Walter (que había cogido una cogerza impresionante y luchaba por contener las lágrimas), fueron los últimos en irse.

La tormenta empezó a levantarse hacia las cuatro. Jessica, con los ojos brillantes y la lengua trabada, le estaba haciendo a Nancy Fagnoli un relato biográfico exhaustivo de Herbert Axelrod, santo patrón de la pesca tropical. Walter bebía champán matarratas y fumaba un porro con Herbert Pompey. Alguien estaba tocando la guitarra en algún lugar del bosque.

Walter contempló el abultado vientre del cielo, que bordeaba las copas de los árboles, se hundía en la hendidura de la colina que había tras él y se hinchaba aspirando al sol. Al cabo de unos minutos el cielo estaba oscuro. Pestañeando a través del humo, Herbert Pompey le tendió la nube amarillenta del porro.

—Parece como si fuera a llover en tu fiesta.

Walter se encogió de hombros. Se sentía bastante embotado. Champán, chocolate, una pasada de esto y de lo otro, el bourbon en el café de la mañana y los excesos de la noche antes: el efecto acumulativo era proporcional. Estaba casado, y por allí, junto al roble, estaba su mujer, eso era lo poco que sabía. También sabía que al cabo de unas horas cogerían el tren a Rhinebeck, llegarían a un exótico hotel lleno de rincones oscuros y polvorientas antigüedades, y que después harían el amor y se dormirían uno en brazos del otro. En cuanto al tiempo, le importaba una mierda.

—¿Qué esperabas? —le dijo dejando la botella en la hierba. Luego cogió a Pompey del brazo y fueron a buscar otra botella.

La tormenta no estalló hasta casi una hora después, y para entonces ya había aparecido el segundo huésped no invitado. Aunque había luchado contra ello, Walter comprendía lo susceptible que era en aquel momento a los recuerdos, la nostalgia y los hechos del pasado. A lo largo del día había esperado levantar la vista y ver a su padre subido al muro del porche entre Tom Crane y Héctor Mantequilla, o abriéndose camino por la alta maleza con una botella de champán barato presa en su gran mano de hierro. Pero no fue su padre el que emergió de las sombras de los árboles cuando

Walter orinaba de pie contra la parte posterior de la cabaña. Fue Mardi.

Se dirigió hacia él, con una media sonrisa en los labios, y en la mano un paquete envuelto en papel de seda. Él intentó parecer indiferente, pero estaba demasiado atolondrado con el asunto de la micción, guardándose el equipo y subiéndose la bragueta, y volvió la cabeza hacia ella con orina caliente en el muslo y en la entrepierna del pantalón.

—Hola —dijo—. ¿Te acuerdas de mí?

Iba descalza, con una minifalda (esta vez no era de papel ni de nada que pudiera deshacerse entre sus manos húmedas, sino de cuero) y una blusa muy corta y brillante que hacía juego con el color de sus ojos. Llevaba collares indios alrededor del cuello y pendientes hechos de conchas y plumas pequeñas. Se parecía a su madre. Se parecía a su padre.

—Claro, claro —dijo Walter—. Me acuerdo de ti. —Y los dos bajaron la vista hacia su pie.

—Te he traído esto —dijo ella tendiéndole el paquete.

—¡Ah!, oye, no tenías por qué... —empezó, y miró reflexivamente por encima del hombro buscando a Jessica, pero allí no había nadie. Estaban solos detrás de la cabaña. Los pájaros se habían callado de pronto y el cielo era como la cara oculta de un sueño. El paquete era pequeño y pesado. Rasgó el papel. Madera y latón, la hendidura de metal. Sostuvo el telescopio en la mano. Pero no, era un telescopio con algo superpuesto, un pálido cuadrante rotulado con marcas de grados y festoneado con tornillos, tuercas y espejos. Ella le estaba observando. Él se encontró con su mirada y bajó los ojos hacia el objeto, intentando simular que lo conocía y lo apreciaba.

—Es... eh... bonito, precioso.

—¿Sabes lo que es?

Él sacudió la cabeza despacio.

—No, la verdad es que no. —El latón estaba verdoso por el tiempo, la madera del telescopio astillada y mellada como si hubiera sido utilizado por un marinero esclavo en tiempos inmemoriales—. Parece antiguo —sugirió.

Mardi le sonreía. No llevaba maquillaje, o quizá sólo un atisbo. Tenía las piernas desnudas y fuertes, y sus pies —uniformemente morenos, de finos huesos, con arcos perfectos y un trazado de ricas venas azules— eran hermosos.

—Es un sextante —dijo ella—. Antiguamente se utilizaba para navegar. Mi padre lo tenía por ahí tirado.

—¡Ah! —exclamó Walter como si tuviera que haberlo entendido desde el principio. Acababa de casarse, estaba pasado y exaltado, el cielo estaba resquebrajado y se aposentaba radiante sobre los árboles. Él tenía un sextante en la mano y se preguntó por qué.

—Es una especie de broma —dijo ella—. Así puedes encontrar el camino hacia mí, ¿sabes? —Él no lo sabía, pero las palabras le agitaban—. ¿No te acuerdas?

Aquella noche en el río...

Él le dedicó una mirada aturdida. Tal vez se acordara y tal vez no. Aquella noche habían sucedido muchas cosas. De pronto, locamente, sintió un terrible escozor en el pie perdido.

Ella estaba rebuscando algo en su saquillo de piel: Walter vio un peine, un espejo, una barra de labios.

—Me refiero a nuestra cita —dijo. Encontró lo que estaba buscando, cigarrillos, sacó uno del paquete y lo encendió. Walter no dijo nada, pero la observó como si nunca hubiera visto encender un cigarrillo—. El barco de mi padre —dijo ella—. Te voy a llevar a los barcos fantasmas. —Le miró y sus ojos eran fríos y duros como trozos de mármol. Él sintió las primeras escasas y pesadas gotas de lluvia en la espalda, atravesándole la camisa. Hubo un retumbar de truenos—. ¿Se te había olvidado?

—No —mintió—. No, no. —Y en aquel momento intuyó que la llevaría allí arriba, que volvería a andar por las inútiles y herrumbrosas cubiertas como había vuelto anhelante y turbado ante el indicador de la carretera, supo que estaba ligado a ella de una manera alarmante e insondable.

—¿Qué se siente? —quiso saber ella de pronto.

—¿Con qué? —preguntó él, pero no necesitaba hacerlo.

—Ya lo sabes, el pie.

Ahora la lluvia caía con más fuerza, grandes gotas preñadas que le hormigueaban en el cráneo y le humedecían las mejillas. Se encogió de hombros.

—No se siente nada —dijo—. Como si estuviera muerto.

Y luego, cuando estaba a punto de darse la vuelta y correr por la esquina a apiñarse con los demás bajo el agrietado techo de la cabaña de Tom Crane, ella le cogió del brazo y lo atrajo hacia sí. Su voz era un agudo susurro.

—¿Puedo verlo?

Un trueno estalló en los árboles y un rayo incendió las ramas del gran roble blanco que se ondulaba sobre ellos. Él no sabía qué aspecto tendría en aquel momento, pero su rostro mostraba lo que sentía. Ella le soltó.

—Ahora no —la oyó decir mientras él se volvía sumergiéndose en la lluvia creciente, viendo el manto de niebla, el indicador de la carretera y la súbita sombra centelleante extendiéndose de nuevo—. No quiero decir ahora. —Él siguió alejándose— ¡Walter! —le llamó— ¡Walter! —Él había llegado a la esquina de la cabaña y pudo ver a Jessica, Tom y Héctor apiñados bajo el alero ante él. Se paró a mirar por encima del hombro. Mardi estaba de pie, indiferente a la lluvia. El pelo mojado le colgaba alrededor de la cara y tenía las manos extendidas a modo de súplica—. No digo ahora —repitió, y el cielo se quebró por encima de ella.

Con la bendición del patrón

El pastor Van Schaik, todavía sin iglesia, tuvo que hacer todo el camino a pie hasta la granja Van Brunt para el bautizo. Había pasado la noche anterior en un jergón de la casa señorial y había desayunado galletas secas y agua antes de dirigir un servicio al alba para *vrouw* Van Wart, un servicio seguido por dos horas de rigurosa oración y meditación (riguroso es decir poco, aquella mujer era una fanática). Sentía cada amén en la corva de las rodillas mientras arrastraba los pies por el puentecillo y se esforzaba por subir el escarpado camino de piedra hasta la granja.

Era un día de finales de septiembre, nublado pero caluroso —opresivamente caluroso—, y cuando estaba a medio camino de la colina sintió la necesidad de sentarse un momento a descansar junto al arroyo que chapaletaba a lo largo del camino entre cintas de helechos y frailillos. Los granjeros locales, recordó, llamaban a aquel arroyuelo el arroyo Blood por alguna razón supersticiosa, algo sobre un parricida que supuestamente merodeaba por aquellos bosques. Las supersticiones campesinas surtían poco efecto en el pastor, un hombre que había seguido a Gomarus y elegido el camino de la rectitud, pero, aun a su pesar, tuvo que reconocer que aquellos bosques eran especialmente sombríos y siniestros. ¿Por qué? El follaje de los árboles era más denso, supuso, y la luz más tenue. Y parecía haber un número desproporcionado de troncos muertos entre los árboles sanos, gigantes cretáceos que se apoyaban precariamente sobre sus vecinos aún vivos o se extendían en el suelo —con la corteza caída a pedazos y profusamente cubiertos de hongos en forma de oreja— hasta que eran engullidos por las sombras del suelo del bosque.

El pastor acaba de ahuecar las manos e inclinarse a beber de una poza de piedra y agua clara cuando alzó la vista y descubrió la figura de un hombre balanceándose entre un pequeño roble y una camia. Le produjo un impacto terrible, y precisamente por su certidumbre, por su desdén hacia los espectros que acosaban a la mente primitiva, sintió que le daba un vuelco el corazón. Pero el impacto fue momentáneo: no era ningún sueco de barba pelirroja y un hacha chorreante, era... nada. La figura, si es que había estado allí, había desaparecido en el sotobosque como un fantasma. ¿Le habían tendido una trampa sus ojos? No. Lo había visto claro como la luz del día. Un hombre de carne y hueso, flaco, alto, con los rasgos de un aborigen y envuelto en un abrigo de piel de animal. Temblando, el pastor se irguió cautelosamente.

—Hola —dijo—. ¿Hay alguien ahí?

No se movió ni una hoja. Desde una rama invisible, muy por encima de él, una

corneja graznó con su tono burlón. De pronto el pastor se enfadó consigo mismo; había caído presa de la superstición, aunque hubiera sido un instante. Pero el enfado dio lugar al miedo: un miedo racional, frío y egoísta. Si lo que había visto no era una aparición, se le ocurrió que un salvaje pintarrajeado debió de estar acechando entre los arbustos, rondándole a él —el pastor— como si persiguiera un pavo o una codorniz. A esta revelación siguieron recuerdos de las matanzas indias de los años cuarenta, y el pastor, imaginando miembros mutilados y cráneos cortados con *tomahawks*, se irguió y se apresuró a seguir su camino.

Cuando llegó a la cresta de la colina estaba jadeante, y se tomó un momento para recobrar el aliento y dar una ojeada a la descuidada y pequeña granja que yacía a sus pies. El lugar era peor de lo que se había imaginado. Una reciente tormenta había convertido la era que había frente a la casa (si a eso podía llamársele casa) en una ciénaga, las vallas de piedra estaban medio derruidas y había un penetrante tufo a desechos humanos envolviendo el lugar. La mujer, con su cabeza afeitada y sus ojos inexpresivos, se acercó a saludarle. Llevaba un vestido que podía haberle sido arrancado a un cadáver, y el niño mestizo —debía de tener unos dos años— se arrastraba tras ella, desnudo como el día en que viniera al mundo. El pastor les saludó y se sentó frente al tajadero, bebiendo más agua —¿es que ya nadie servía cerveza?— y pellizcando un rancio pastel de maíz mientras el niño corría a buscar a su tío, y un ganso silvestre miraba expectante con las alas plegadas.

El joven Van Brunt llegó de los campos y le tendió una calluda mano.

—Me alegro de volver a verle, pastor —dijo—. Le agradecemos mucho que quiera hacerlo.

El pastor se había propuesto ser severo, echarle al chico un sermón respecto a criar bastardos mestizos, desafiar la autoridad del patrón y pelearse con el *schout*, pero el humilde saludo de Jeremias le suavizó. Cogió la mano que le ofrecían, miró la herida furiosamente enrojecida que la espada del *schout* había dejado, como la línea de plomo de un topógrafo, en la cara del chico, y contempló las furtivas profundidades de sus ojos.

—No es sólo el deber hacia Dios —murmuró—. También es una alegría.

La ceremonia no fue nada —pronunciar unas palabras y rociar con agua que la mujer fue a buscar al arroyo—, una ceremonia que él había celebrado cientos de veces y más, pero lo más problemático era el nombre. Se equivocó dos veces al decirlo, antes de que el tono suave y tranquilizador de Jeremias le corrigiera. Jeremy —la versión inglesa de Jeremias— no era problema: era el nombre patronímico lo que le clavaba la lengua en el paladar como un pastel crudo.

—¿Mohonk? —dijo—. ¿Se dice así?

Dos meses antes, en aquella asfixiante tarde de julio en que Jan Pieterse dejó su almacén para buscar cangrejos en la bahía de Acquasinnick, y Joost Cast fue hasta

Nysen's Roost con una misión del patrón, Jeremias estaba arrancando malas hierbas entre las altas hileras de dulces brotes de maíz en el huerto detrás de la casa. Era un objetivo un tanto chapucero. La tierra estaba húmeda como una esponja con el aflujo de agua de la tormenta de la noche anterior y se pegaba a la azada con agudos y acuosos sonidos, aferrándosele a la pata de palo como una mano sucia. Jeremias mataba los insectos a manotazos, el sudor le caía de la nariz, tenía salpicaduras de barro en la cara y en la ropa, en la pata de palo y en el zueco de madera que llevaba en el pie izquierdo. Como el día era tan caluroso y tan quieto —incluso los pájaros estaban descansando hasta que llegase el fresco del atardecer—, aquello le llegó por encima de los campos en una soleada rapsodia. Staats, pensó. O Douw.

Cuando iba de camino hacia la casa, se encontró a Squagganeek agachado sobre un hormiguero con un palo, y le cogió de la mano.

—Es *grootvader* Van der Meulen —le dijo al chico—. Viene a vernos con su caballo. Y seguro que también viene el tío Douw.

Pero cuando rodeó la esquina de la casa con el niño a su lado vio hasta qué punto se había equivocado, y cuán amargo y doloroso fue aquel descubrimiento. Esperaba un abrazo de Staats, un paseo con Douw, algo del horno de *moeder* Meintje, y la visión del *schout*, con su nariz de corneta, su encorvada espalda y el feo brochazo negro de su barba, le detuvo en seco. Por un momento. Sólo un momento. Luego le invadió la ira. Temblando, con el corazón martilleándole y la garganta seca, cruzó la era, oyó lo que aquel asno tenía que decir y se inclinó a recoger un tizón del suelo.

Estaba tan furioso —«Otra vez el hijo de puta había ido a desahuciarle»— que apenas miró al segundo jinete que se movía en el linde de los árboles. Hasta que ella le llamó. Hasta que su padre desenvainó su espada y la alzó por encima de su cabeza y ella gritó de impresión y horror, en el más amargo hoyo de lamentación. Jeremias la miró, con su nombre en los labios incluso cuando el palo se le resbaló de las manos y la fuerza de la espada del *schout* le hizo caer de rodillas, sintiéndose torpe y avergonzado, avergonzado de su ropa y de su despeinada cabeza, arrepentido de su rabia, su situación, su vida, queriendo sólo aferrarse a ella, pero sin aferrarse a nada. Luego la sangre le llenó los ojos y cayó al suelo.

Si el sol se movió en el cielo y las sombras se ensancharon, él no tuvo conciencia de ello. Cuando abrió los ojos apenas pudo ver a través de la sangre que los velaba, pero supo que ella estaba allí, inclinada sobre él, apretándole la cara con algo que olía a su más íntimo ser, mientras Katrinchee sollozaba en alguna parte, al fondo, y Squagganeek, muy cerca, aullaba como una bestezuela. Entonces lo entendió: era su falda. Él estaba sangrando, estaba herido, y ella le limpiaba la sangre con su vestido. Ahora podía verla, con la luz temblando en torno a ella en una aureola ultraterrenal, sus rizos cayendo en cascada, su rostro con una palidez mortal y su vestido empapado en su sangre negra.

—¿Neeltje? —preguntó.

—Aquí estoy —dijo ella, y añadió su nombre en un sorprendido susurro—:

Jeremias.

Y entonces fue cuando sonó la otra voz, la voz que le revolvía, despertando su odio incluso mientras yacía allí boca arriba.

—Siento haber llegado a esto —dijo el *schout*, y Jeremias pudo verle también, gigantesco, todo nariz y sombrero de ala ancha, tan alto como cualquier árbol y lo bastante ancho como para tapar el sol—, siento haberle cortado. Pero tiene que aprender a respetar la autoridad, tiene que aprender cuál es su posición.

—Oh, *vader*, por favor. ¿No ves que está herido?

El *schout* continuó como si no la hubiera oído, como si ella estuviera hecha de aire o de papel.

—Bajo la autoridad de que me invistió el señor y propietario de estas tierras, Oloffte Stephanus van Wart, patrón —dijo, y su voz se volvió nasal con el discurso oficial—, tengo el deber de informarle a usted, Jeremias van Brunt, de que está bajo la custodia de la ley.

Jeremias recorrió a pie los doce kilómetros hasta Croton. Con sus sucias ropas manchadas de sangre, con briznas de hierba y hojas en el pelo y un costado de su cara hinchado hasta el doble de su tamaño con el emplasto de hierbas medicinales que le había aplicado Katrinchee, a la manera de los *weckquaesgeek*, sobre la herida abierta. Llevaba las manos atadas a la espalda, como si fuera un ladrón o un asesino, y una cuerda alrededor de la cintura que le ataba a la silla del *schout*. Era muy duro avanzar así. El *jamelgo* podía acelerar el paso súbitamente y tirarle hacia delante, o bien pararse de pronto, obligándole a desplazarse a la derecha para no chocar, con la pata de palo clavándosele como un cuchillo en el extremo de su pierna. Otro hombre se hubiera quejado, pero Jeremias no. Aunque tábanos y mosquitos le hacían agitarse con sus aguijones, aunque se sentía mareado por la pérdida de sangre y muerto de sed, aunque la cuchillada que le recorría la mejilla atravesándole el ojo derecho le había descubierto el hueso y abierto la carne hasta abajo, y sentía la mandíbula como si se la hubieran hurgado con agujas al rojo vivo, no dijo una sola palabra. No: se limitó a concentrarse en el lento y esforzado balanceo de los flancos del *jamelgo*, y se detenía junto a él cuando el animal descansaba.

Neeltje iba delante, montada en su yegua. Su padre, con una voz metálica, le había ordenado que se mantuviera a distancia del prisionero, como lo exigían las circunstancias. Ella había empezado a protestar:

—Es sólo un chico, *vader*: está herido y sufre...

Pero aquella dura y fría voz se cerró sobre ella como una trampa de acero. Resignada, ella iba delante —a unos diez metros de su padre—, pero de vez en cuando miraba por encima de su hombro y dedicaba a Jeremias una mirada de una ternura tan intensa que él sentía como si se fuera a desmayar. O bien sentía que podía haber dado la vuelta al globo seis veces y cavado un camino por donde pudiera pasar

una carreta.

El caso fue que continuó. Más allá del desvío del muelle de Verplank y a lo largo del río, donde estaban los pastos y bosques más frescos en que él hubiera puesto nunca los ojos, a media tarde y en la calma del oscurecer. Tenía los ojos fijos en las hipnotizantes subidas y bajadas de las patas del rocín, ya sin vigilar ni molestarse en esquivar los montones de estiércol que había en el suelo, cuando doblaron una curva en el camino; habían llegado. Él alzó la vista cansadamente. La administración se erguía ante él entre los campos, alta e imponente, con un largo y serpenteante porche frontal y una bodega de piedra que en sí misma era como la mitad de la casa Van Wartville. El *schout* desmontó, liberó las manos de Jeremias con un rudo tirón de las cuerdas, abrió una puerta en el muro del sótano y le empujó a una celda del tamaño de un vagón dormitorio. La puerta se cerró en la oscuridad.

Le despertó un sonido que venía de ultratumba, el rascar de una llave en la cerradura y la súbita irrupción de luz matinal que sobrevino al abrirse la puerta sobre sus herrumbrosos goznes. En el umbral había una negra, que aún exhibía las cicatrices faciales de su pérdida y lejana tribu. Llevaba un vestido hecho en casa, con el gorro plisado preferido de las *vrouwen* campesinas desde Gelderland a Beverwyck, y un par de immaculados zuecos de madera.

—*Dessaiuno* —dijo ella tendiéndole un jarro de agua, un trozo de queso y una hogaza pequeña, todavía caliente del horno.

Él vio que estaba en un cobertizo de herramientas y que en las toscas paredes colgaban rastrillos de madera, palas, un moldeador y un mayal con un brazo astillado. Luego la puerta se cerró de golpe y él se echó en la paja que cubría el terroso suelo, masticó su desayuno y observó el rayo del sol que se filtraba por la hendidura entre la tosca puerta y su marco de piedra.

Cuando la puerta volvió a abrirse el sol ya se había ido; la oscuridad de la celda era tan absoluta que tuvo que protegerse los ojos del rayo de luz que de repente le dio en la cara. Había estado solo con sus pensamientos durante un día interminable, dormitando a ratos y yaciendo despierto o levantándose sobresaltado para examinar su hinchada mejilla o tocar el muñón de su pierna, y durante tantas horas muertas, el impacto de su enfrentamiento con el *schout* había ido rezumando de su interior. En la oscuridad, en la húmeda e impenetrable soledad de aquella extraña prisión, sentía la rabia consumiéndole de nuevo. A los ojos de ellos él era un criminal. Pero ¿qué había hecho en realidad? ¿Ocupar un trozo de tierra? ¿Intentar trabajar y sobrevivir? ¿Con qué derecho le reclamaba el *schout* su pequeña *bouwerie* o el patrón sus tierras? Cuanto más lo pensaba, más se encendía su ánimo. Si alguien era un criminal, si alguien debía ser encerrado, era Joost Cats, eran Oloffte van Wart y su *commis*, el de las grandes posaderas y los libros de cuentas encuadernados en piel. Ellos eran los auténticos criminales, el patrón y sus secuaces, los Serenísimos Estados Generales, el propio rey inglés. Eran sanguijuelas, piojos y sapos, capaces de meterse debajo de su piel y de dejarle en paz sólo cuando le hubieran chupado toda la sangre.

Esta vez, cuando la puerta se abrió, él estaba dispuesto. Se levantó del suelo con un rastrillo en la mano y lo alzó por encima de su cabeza antes de que Neeltje le llamara por su nombre jadeando; volvió a sentirse totalmente estúpido.

—¡Chist! —siseó ella—. Soy yo. He sobornado a Ismailia y te he traído esto. — Neeltje le tendió un cuenco de madera y cerró la puerta tras de sí. El cuenco estaba caliente y olía a repollo. Jeremias la miró aturdido mientras ella se inclinaba hacia la vela y la sostenía en alto para iluminar su cara, que era como algo creado del vacío—. Odio a mi padre —dijo.

Jeremias agarró el cuenco como si fuera una piedra y estuviera al borde de un precipicio. Apreciaba la intención, pero mantuvo la calma.

—Es tan, tan... —La voz de ella se quebró—. ¿Estás bien?

Él estaba observando el mechón de pálidos y sedosos cabellos que se había escapado de su gorro para caer familiarmente sobre su ceja. Quería decir algo significativo, apasionado, algo como «Ahora que estás aquí sí que estoy bien», pero no pudo encontrar las palabras. Cuando habló, su voz le sonó extraña en los oídos:

—Estoy vivo —dijo.

Ella se movió para sentarse y luego se acucilló junto a él cuando él volvió a sentarse en la paja y sorbió vacilante del cuenco.

—Les he oído hablar —dijo ella—. A mi padre y al patrón. Te van a dejar aquí otra noche para darte una lección, luego el patrón te ofrecerá el arriendo de tu granja.

Jeremias apenas la escuchaba. Le importaba un comino el patrón, la granja, todo, todo menos ella. La forma en que hablaba, subrayando cada palabra como una niña, el puchero de sus labios, la forma en que sus caderas se expandían contra las costuras de su vestido mientras se agachaba, cada movimiento, cada gesto, era una revelación.

—Ya —dijo él por decir algo—. Ya.

—¿No estás contento?

¿Contento? ¿De que le hubieran abierto la cara y esposado las manos, de que le hubieran arrastrado ignominiosamente y encerrado en aquel agujero mientras su hermana y el chico se quedaban indefensos? ¿Contento?

—Sí —dijo al fin.

—Tengo que irme —dijo ella mirando hacia la puerta.

De pronto la noche estaba preñada de chirridos de insectos, de dolorosos llantos y del débil susurro de los pájaros en el viento. Jeremias dejó el cuenco y se acercó a ella. Cuando la alzó, cuando le cogió la mano para atraerla hacia sí, ella se soltó y se levantó. De pronto sus ojos se habían contraído y ahora se apoyaba en una sola pierna.

—¿Quién era aquella mujer? —preguntó mirándole a los ojos—. La de la granja.

¿Mujer? ¿Granja? ¿De qué le estaba hablando?

—Es tu mujer, ¿no?

Jeremias fue llevado ante el patrón a la mañana siguiente. La negra de las extrañas y ondulantes cicatrices en los labios y la nariz le había despertado con la primera luz del día. Le tendió un balde de agua y un cuenco de gachas tibias de maíz, y le informó, en un holandés tan tosco que era como el diálogo de las bestias, que haría mejor en adecentarse un poco para presentarse ante *mijnheer* Van Wart. Cuando ella se fue Jeremias se despojó de la camisa de lana quitándosela por la cabeza y metió cuidadosamente en el agua el lado herido de su cara. La dejó allí hasta que el emplasto empezó a disolverse. El agua se volvió turbulenta y luego adquirió el tono del caldo de buey en un remolino de hojas fragmentadas, tallos retorcidos y pétalos extrañamente secos.

Al cabo de un rato Jeremias se sentó y, vacilante, exploró la herida con las puntas de los dedos: la cresta de un crudo corte iba desde su ceja derecha hasta su barbilla, terreno escabroso, la topografía de una cuchillada, con pus y sangre coagulada. Examinó aquella nueva textura de su metamorfoseante ser, la recorrió una y otra vez con los dedos hasta que las manchas de sangre fresca se secaron. Entonces se lavó las manos.

Debían de ser cerca de las nueve cuando el *schout* fue a por él. La puerta se abrió, la luz entró en la habitación como la pleamar creciendo contra las rocas, y allí estaba, curvado como un gran interrogante negro contra la página en blanco de la habitación.

—Ven, *younker* —le dijo—, el patrón te recibirá ahora.

Pero había algo raro en la forma de decirlo, algo hueco e inseguro. Por un momento Jeremias se quedó desconcertado —aquél no era el *schout* que él conocía—, pero luego comprendió: era la herida. El hombre había ido demasiado lejos, y lo sabía. Había levantado la mano contra un chico desarmado y lisiado, y allí estaba la prueba, marcada en la cara de su víctima. Jeremias se levantó de la paja y salió del sótano llevando la marca de la desgracia del *schout* como una insignia.

Cats le escoltó mientras doblaban la esquina hacia la cocina, que era a la vez la sala lechera, donde se almacenaban la leche, la mantequilla, el queso y otros alimentos, y donde los sirvientes del patrón preparaban la mayor parte de la comida de la familia. En cuanto cruzaron la puerta la negra se materializó desde las sombras para cepillar la ancha espalda y los hombros de Jeremias, sus brazos y las posaderas de sus pantalones con una escobilla de abedul tan rígida e inflexible que parecía acabada de cortar. Luego otro negro —esta vez un hombre flaco y de hombros encorvados con un ensortijado cubo de pelo que se sostenía sobre su cabeza como un sombrero— les condujo escalera arriba hasta la cocina familiar que había en el otro piso.

Esta habitación estaba dominada por una enorme mesa redonda de planchas de roble, en el centro de la cual había un cono de azúcar y un jarro azul de flores recién cortadas. En una esquina había una alacena pintada junto a un aparador de caoba

maciza que debía de haber venido en barco desde el antiguo país, y la chimenea estaba decorada con losetas de cerámica azul representando temas bíblicos, como la conversión de la mujer de Lot en estatua de sal y la decapitación de Juan Bautista. Jeremias lo vio todo mientras esperaba atento en la puerta del piso bajo. El *schout*, con el sombrero de pluma en la mano, se apoyó junto a él mientras el negro llamaba respetuosamente a la puerta del salón. Una voz contestó desde dentro, y el esclavo empujó silenciosamente la puerta y se volvió a ellos con una sonrisa que mostraba las afiladas y agudas puntas de sus dientes relucientes.

—*El patroon less veraa ahorra* —dijo haciéndose a un lado y con un ademán del brazo.

Jeremias vislumbró paredes con retratos colgados, bloques macizos de oscuros y encerados muebles, velas de sebo auténticas en candelabros de plata, una alfombra trenzada de colores. Mientras avanzaba con el *schout* a su lado, apareció ante su vista una mesa rectangular, y vio que estaba dispuesta para el té, con cubertería de plata y tazas de porcelana pintada que podían haber adornado las manos esbeltas y suaves de emperadores de la China. La belleza, la elegancia y el refinamiento de todo aquello le abrumó, le hirió con una nostalgia tan fiera y purificadora como una cucharada de rábano picante. Por un momento —sólo un momento— él fue un chico en el hogar de sus padres, sentado para el té de la fiesta de San Martín en el salón del burgomaestre de Schobbejacken.

De pronto fue consciente del ruidoso golpeteo de su pata de palo contra el suelo, de su sucia camisa y sus pantalones, y del calcetín rasgado que caía a trozos de su pantorrilla: estaba pasando por la cocina del patrón, entrando en el salón del patrón, y empezó a sentirse muy pequeño. Comparado con la modesta y pequeña granja de los Van der Meulen o con el oscuro y ventoso almacén de Jan Pieterse, el lugar parecía inexpresablemente grande, el palacio de un sultán levantándose como una planta silvestre en el nuevo mundo. En verdad, la casa comprendía sólo seis habitaciones de tamaño normal en sus dos amplios pisos, y estaba a gran distancia de las casas burguesas de Amsterdam y Haarlem; desde luego, no podía compararse con las grandes propiedades de la nobleza. Pero para alguien que hubiera vivido en un cobertizo de suelo de tierra con techumbre de paja y paredes de troncos hendidos y chorreantes de savia, para alguien que bebía en jarras de madera, despellejaba colas de correoso conejo para el puchero con sus dedos y se secaba la boca con el dorso de la manga, aquello era la opulencia. Para su desesperación, ira y resentimiento, Jeremias se amilanó, se sintió débil e insignificante —se sintió culpable, sí, culpable—, y entró en el salón de los Van Wart como entraría un pecador en la Capilla Sixtina.

El patrón, un hombrecillo pálido y grueso cuyos rasgos parecían perderse en diversas excrecencias, estaba profundamente hundido en un sofá con almohadones alineados, y su pie gotoso estaba levantado al nivel de sus ojos en un puntal provisional compuesto por dos pieles de castor, una colcha de plumas, la Biblia

familiar y un ejemplar de una obra de Grotius, *Inleidinge tot de Hollandsche Rechtsgeleerdheid*, todo apilado sobre una silla inclinada hacia el rincón. Junto a él, con un aspecto tan hinchado y sentencioso como el de los dos sapos más grandes de la charca, estaba el *commis*. En el regazo del comisionado, como el propio Libro del Destino, yacía el libro de cuentas. En el momento en que Jeremias posó los ojos en él, su humildad se evaporó y en su lugar sintió una envenenada ola de odio surgiendo en su interior. No quería trabajar en la granja, cuidar de su hermana, hacer fortuna ni separar a Neeltje de su padre, lo único que quería en aquel momento era arrancarle la espada al *schout* y correr a clavarla en los cuerpos abotagados del *commis* y del patrón, y luego arrasarlo aquel sitio, rayar los muebles, destrozar la loza, bajarse los pantalones para defecar en la tetera de plata..., pero el impulso murió antes de poder apoderarse de él, murió recién nacido, suplantado por una sorpresa que le hizo contener el aliento. Porque Jeremias se dio cuenta de pronto de que el patrón y el comisionado no estaban solos en la habitación. Sentado en la esquina, silencioso e inmóvil como una serpiente, estaba un hombre al que Jeremias no había visto jamás.

El extraño era joven —apenas tendría cinco o seis años más que Jeremias— e iba ataviado con terciopelo y satén, como Su Augusta Majestad. Con una pierna envuelta en su media de seda cruzada naturalmente sobre la otra y una sonrisa de superioridad invencible en su rostro, el extraño disparó a Jeremias una mirada de fría observación que le devoró como el ácido. Por un atónito instante Jeremias le miró a los ojos, y luego bajó la vista al suelo, nuevamente humillado. La cicatriz que estigmatizaba su cara ya no era una insignia, sino la marca de Caín, la señal de un criminal. Ya no volvió a levantar los ojos.

Durante todo lo que siguió, durante el interminable discurso de amonestación y reconciliación del patrón, durante las insípidas pontificaciones del *commis* y el sucinto y murmurante testimonio del *schout*, Jeremias no pronunció palabra alguna excepto *ja* y *nee*. El hombre del rincón (que resultó ser el único hijo y heredero de Oloff, *jongheer* Stephanus Oloff Rombout van Wart, recién llegado de la Universidad de Leyden para velar por sus intereses, en vista de la deteriorada salud de su padre) se preparó una pipa de arcilla con tabaco de Virginia y un vaso de vino portugués, controlando los procedimientos con el aire de un hombre que observa un par de escarabajos peloteros luchando por un grano de estiércol. Se limitó a quedarse allí sentado, con una irónica sonrisa tensando sus finos y altaneros labios, manteniéndose al margen del asunto hasta que su padre pronunció los términos del arrendamiento de Jeremias. Entonces volvió a la vida como una bestia acechante.

—En nuestra... eee... magnanimidad —entonó el patrón con una voz asmática que revelaba una salud arruinada y unos apetitos descontrolados—, estamos dispuestos a absorber las rentas y daños acumulados en el pasado... eee... arrendamiento de su padre en el desdichado año de 1663. Nosotros... eee... desde luego nos referimos a arrendar y cobrar con atraso el pillaje y la inexcusable carnicería de un... eee... un cerdo en celo y por el uso descuidado de nuestro ganado,

que tuvo como resultado... eee... la pérdida de dos vacas lecheras y un buey moteado.

El comisionado hizo ademán de protestar, pero el patrón le cortó con un gesto impaciente y continuó:

—Consideramos que la... mmm..., mancha —aquí hizo una pausa para tomar aliento con fuerza— física que ha... eee... recibido de... mmm..., manos de Joost Cats es castigo suficiente por su allanamiento y... mmm..., voluntario desprecio por la ley establecida, y procederemos a la tasación de bienes o... eee... mmm..., remanente de stocks, de los cuales no tenemos ninguno, eee... en cualquier caso. —Aquí la voz del patrón se hizo tan ronca que era como el rascar de la pluma en el pergamino, y Jeremias tuvo que inclinarse hacia delante para oírle. Tosiendo en su puño, el viejo cogió un vaso de oporto que le tendía el *commis*, y miró a Jeremias con ojos turbios—. La renta será la misma que la de su... eee... padre, pagadera en especies o en libras inglesas o *seawant*, como prefiera, y serán... mmm..., pagaderas...

—*Vader* —interrumpió una voz desde el rincón de la habitación, y todos los ojos se volvieron hacia el *jongheer*—. Te pido que reconsideres tu juicio.

La boca del anciano tanteó en el aire, y Jeremias pensó en una tenca que colgaba sobre el adoquinado hacía muchos años, en Schobbejacken.

—Su renta —empezó el patrón de nuevo, pero titubeó y su voz se fue apagando hasta convertirse en un jadeo sin timbre.

Ahora el joven Van Wart estaba de pie, con las manos ampliamente extendidas en actitud de protesta. Jeremias le dirigió una mirada furtiva, luego volvió a bajar la vista hacia el suelo. El *jongheer* se había puesto en algún momento un enorme sombrero de castor con un reborde colgante que tenía una pluma de medio metro de largo, y ello magnificaba su presencia de modo que parecía llenar toda la esquina de la habitación.

—Respeto tu buen corazón, *vader* —dijo—, y estoy de acuerdo en que beneficiará tus intereses tener un arrendatario en Nysen's Roost, pero ¿crees que es éste el hombre, o el chico más bien, a quien confiárselo? ¿No ha demostrado ya ser un criminal sin respeto alguno por la ley, el degenerado hijo de un padre degenerado?

—Bueno, bueno, sí... —empezó el patrón, pero su hijo le interrumpió.

Mirando a Jeremias con una expresión que debía reservar para la infeliz babosa que en una noche húmeda se hubiera arrastrado por un zapato de cuero reluciente, Stephanus levantó la palma y continuó:

—¿Y acaso es él capaz de pagar la renta, ese tullido con una sola pierna, con sus sucios andrajos? ¿De verdad crees que este... este vagabundo puede pagar sus deudas, aparte de alimentarse y alimentar a la tribu de salvajes mestizos y desnudos que ha engendrado allí en el fango?

Jeremias estaba vencido. No podía responder, ni siquiera podía mirar a los ojos al joven Van Wart. El abismo que había entre ellos —aquel *jongheer* era juvenil y bien

formado, guapo como el retrato del Redentor que pendía de la nave de la iglesia de Schobbejacken, poderoso, rico, educado— era insondable. Lo que el *commis*, el *schout* y la bestia del lago no le habían podido arrebatarse con sus libros de cuentas, estoques e inolvidables mandíbulas, el *jongheer* se lo había arrebatado con un ademán despectivo y media docena de frases hirientes. Jeremias dejó caer la cabeza. El desprecio que revelaba la voz de aquel hombre —parecía estar hablando de cerdos o de vacas— era algo que le acompañaría durante toda su vida.

Pero al final prevaleció la opinión del comisionado y del patrón, y Jeremias fue aceptado como arrendatario con un año de gracia en cuanto a la renta concernía (y con un aviso de que sería expulsado de la propiedad a punta de espada si faltaba una sola moneda en sus cuentas al final de ese plazo), pero para Jeremias no era ninguna victoria. No: dejó la mansión avergonzado, sonándole las tripas, con la ropa asquerosa y la marca del *schout* ardiéndole en la cara mientras las palabras del *jongheer* le quemaban el corazón. No miró atrás. Ni siquiera cuando Neeltje salió a la puerta de la casita de su padre y se quedó allí, muda, con los ojos húmedos y brillantes, y le contempló mientras él renqueaba por la carretera. Ni siquiera cuando al final ella pronunció su nombre con una voz llena de dolor e incomprensión, ni siquiera cuando pudo al fin alzar los ojos de la surcada carretera que había ante él.

A la mañana siguiente, haciendo balance de la situación, Jeremias comprendió que sus opciones eran limitadas. Acababa de cumplir diecisiete años. Había perdido una pierna y llevaba el estigma del fuera de la ley en la cara, sus padres estaban muertos, la mente de su hermana era como una mariposa que hubiera tocado el hielo, y la boca abierta de hambre de su sobrino mestizo acosaba sus sueños. ¿Qué iba a hacer? ¿Vencer al patrón y a su arrogante hijo muriéndose de hambre en los bosques durante el invierno? Pesada, dolorosamente (el muñón de su pierna le dolía como si su padre se la estuviera serrando en aquel momento), se irguió del húmedo jergón de paja, cogió un puñado de harina de maíz y se fue a sus tareas. Acabó de arrancar las malas hierbas con la azada, cortó una cuerda y media de leña para acallar el zumbido de desprecio del *jongheer*, que aún le bullía en la cabeza, y decidió, entre dos fortuitos golpes de hacha, hacer bautizar a su sobrino en la iglesia y que fuese admitido en la comunidad como holandés y ciudadano libre de la colonia de Nueva York.

Cuando acudió a Katrinchee con la idea, ella bajó la vista hacia sus manos. Squagganeek estaba sentado en el suelo, mirándole con los ojos de Harmanus.

—He pensado en llamarle como a *vader* —dijo Jeremias.

Katrinchee no quiso ni oírlo.

—La culpa —susurró, y su voz se quebró.

—¿Y qué me dices de Wouter?

Ella se mordió el labio y sacudió lentamente la cabeza de lado a lado.

Dos días después, cuando Jeremias volvió de los campos, su hermana estaba

sonriendo sobre una fuente de masa creciente.

—Quiero llamarle Jeremias —le dijo—. ¿O cómo lo dicen los ingleses? ¿Jeremy?

El apellido era otra historia. Por un lado, el niño era un Van Brunt —no había más que mirarle los ojos—, pero por otro, ¿a quién querría el pastor registrar como padre? Le dieron vueltas al problema durante una tarde infernal y una noche en que hubo una plaga de mosquitos: por la mañana acordaron que el niño debía llamarse como su padre natural, que después de todo era el hijo de un jefe. Era lo adecuado. Jeremias ordeñó las vacas y luego fue a por el pastor Van Schaik.

Cuando por fin el pastor salió de camino hacia la granja para celebrar la ceremonia, ya era septiembre, pero ni a Katrinchee ni a Jeremias les molestó mucho el retraso. Una vez tomaron la decisión, era como si todo estuviera ya hecho. Ahora se habían legitimado. Habían resistido lo peor, se habían quedado huérfanos, habían sido abandonados y desahuciados, se habían fugado, y, ahora, una vez más eran miembros de la comunidad, plenamente confirmados a los ojos de Dios, del hombre y del patrón.

Y así siguieron las cosas a través del otoño; los días se deslizaban cada vez más deprisa hacia la noche, la cosecha, que no era abundante pero tampoco escasa, el somnoliento calor del veranillo de san Martín y el frío aguijón de las primeras y marchitantes heladas. Una tarde, hacia finales de octubre, Jeremias estaba fuera, en el extremo más alejado del campo de maíz, quemando rastrojos y pensando en cómo se ceñía la blusa a los brazos de Neeltje, cuando de pronto sintió que le invadía el miedo y una vaga aprensión. Se le aceleró el pulso, el humo le escoció en los ojos y sintió cómo revivía la cicatriz de su rostro. No hacía ni dos días, con un pavo a medio desplumar en su regazo, con las manos pegajosas de plumas y la mente vagando por el camino a Croton, había alzado los ojos y había visto la figura de su padre, clara como la luz del día, cruzando el campo a toda prisa con su vaporosa camisa de dormir. Pero ahora, aunque la sangre se le agolpaba en las sienes y sentía como si unas manos invisibles le manipularan el cráneo, miró por encima de cada hombro, bajo la nariz y por las cuatro esquinas del campo, y no vio nada.

Pero en cuanto volvió a su trabajo le sorprendió una voz que parecía saltar de las llamas que ardían ante él, como si fuese el propio fuego el que hablase.

—Tú. ¿Quién te da derecho a trabajar en esta granja? —rugió la voz en pésimo holandés.

Jeremias se frotó los ojos para quitarse el humo, y entonces vio a un hombre (un gigante, de barba roja, vestido con pieles y con un hacha de leñador descansando sobre el hombro) que estaba de pie, a la derecha de los rastrojos ardientes. El fuego se desplazó y el hombre dio un paso hacia delante.

Entonces Jeremias pudo verle con más claridad. Tenía la cara tan sucia como si hubiera salido de una mina de carbón, llevaba polainas al estilo indio y los ojos se le salían de las órbitas con la vehemencia exoftálmica de las pupilas de un loco. Del cinturón le colgaban un par de conejos, todavía húmedos de sangre.

—¿Quién te ha autorizado? —repitió.

Jeremias dio un paso atrás preguntándose cómo podría escapar de aquel loco con su pierna mala, y entre tanto se sorprendió murmurando el nombre de su señor y patrón como si fuera un conjuro.

—Oloffte Stephanus van Wart —dijo—, el patrón.

—¿El patrón? —continuó el loco desmenuzando las palabras en son de burla—. ¿Y quién le autoriza a él?

Jeremias intentó sostener la mirada del extraño mientras buscaba algo con lo que pudiera defenderse, una piedra, una raíz, la mandíbula de un asno, cualquier cosa.

—Su... Su Augusta Majestad de Holanda —tartamudeó—. En un principio, quiero decir. Ahora es el duque de York y el rey Carlos de Inglaterra.

El loco sonreía. Una carcajada plana, sin entonación, escapó de sus labios.

—Te has aprendido bien la lección —dijo—. ¿Y qué eres tú entonces, un hombre que se forja su propio destino o el esclavo negro de alguien?

De repente el mundo se levantó a chillarle en los oídos, el áspero maullido del vacío infinitamente marchito: en aquel momento Jeremias comprendió quién estaba ante él. En su desesperación, agarró una piedra y se agachó, David bajo la sombra de Goliat. Comprendió que estaba a punto de morir.

—Tú —le dijo el loco riéndose otra vez—. ¿Tú sabes quién soy?

Jeremias apenas pudo balbucear la respuesta. Sintió que le flaqueaban las piernas y se le secaba la garganta.

—Sí —susurró—. Usted es Wolf Nysen.

Nobleza sin tierras

Marguerite Mott, la hermana mayor de Muriel, se acercó más a Depeyster, arrastrando las patas de la silla estilo Guillermo y María sobre el antiguo suelo de madera en forma de espiga. Como su hermana, era una rubia con cara de luna llena, de unos cincuenta y pico años, que llevaba pestañas postizas y trajes de cóctel en tonos champán y chartreuse. Pero a diferencia de su hermana, trabajaba para vivir. Vendía propiedades inmobiliarias.

—Ha rechazado la oferta —dijo levantando la vista del montón de papeles que tenía en el regazo.

—Hijo de puta. —Depeyster van Wart se levantó de su silla, y cuando volvió a hablar su voz se había convertido en un gruñido—. Pero ¿lo hiciste en plan estrictamente confidencial? ¿Él no tenía ni idea de que era yo?

Marguerite juntó sus pestañas en un afectado guiño y le dedicó una mirada de ingenua honradez.

—Tal como me dijiste —dijo—, estoy actuando en representación de un cliente de Connecticut.

Depeyster le dio la espalda, exasperado. Sentía ganas de agarrar algo del aparador —un tintero antiguo, un bibelot de porcelana— y arrojarlo por la ventana. Era un gran lanzador. De pequeño había lanzado cajas de música y mazos de croquet, y de mayor, raquetas de squash, palos de golf y vasos de whisky. De hecho, ya tenía algo en la mano, alguna maldita pieza de artesanía india —¿qué era, una pipa de la paz, un hacha de guerra?— antes de recuperar el control. Dejó el objeto y buscó un tranquilizador puñado de polvo del sótano en el bolsillo de la camisa.

—Entonces, ¿qué quieres decir? —preguntó volviéndose hacia ella—, ¿que no está en venta para nadie? ¿Quieres decir que ese viejo chocho no está pelado?

—No, sí que quiere vender. La prueba es que está intentando ganar dinero para dejarle algo a su nieto. —Marguerite hizo una pausa para abrir una polvera, escudriñar en ella como si fuera un pozo sin fondo y retocarse algo a los lados de la nariz—. Lo que pasa es que dos mil quinientos le parece muy poco.

Claro. El muy hijo de puta. El muy hipócrita. A cada uno según sus necesidades, todos iguales, la propiedad es un crimen y esa clase de rollos. Consignas y nada más. Antes de llegar a eso, Peletiah Crane era tan sobornable como cualquier otro. Dos mil quinientos el acre por un trozo de propiedad que no había valido nada desde tiempos de los pieles rojas, dos mil quinientos el acre por una tierra que él prácticamente

había robado al padre de Depeyster por unos cien o así. Y todavía no le parecía suficiente.

—Bien, ¿cuánto quiere?

Marguerite le hizo otro tímido guiño e intentó apagar su furia hablándole con suavidad.

—Mencionó una cifra.

—¿Ah, sí?

—No te excites. Recuerda que estamos negociando con él.

—Ya, ya, pero ¿cuánto quiere?

Su voz fue casi imperceptible, insignificante, una voz que hablaba desde las profundidades de una caverna:

—Tres mil quinientos.

—¡Tres mil quinientos! —repitió él—. ¿Tres mil quinientos?

Tuvo que darle la espalda otra vez, con las manos temblorosas, y coger otro rápido pellizco de polvo. ¡Qué injusticia! ¡El timo y el engaño! Él no era un megalomaniaco, no era ningún potentado ganadero, ni ningún *parvenu* ávido de tierras: lo único que quería era un pequeño trozo de la parte trasera de su propiedad.

—Podemos regatear con él, estoy segura. —La voz de Marguerite se alzó en lascivo *crescendo*, rica y fuerte, vigorizada por la perspectiva del negocio—. Lo único que necesito es que me des tu consentimiento para seguir adelante.

Depeyster no la escuchaba. Estaba reflexionando tristemente sobre lo bajo que habían caído los Van Wart. Sus antepasados —hombres poderosos, indomables, de ojos de halcón, que habían dominado la tierra, matado osos, despellejado castores y llevado la industria y la agricultura al valle, hombres que habían obtenido un beneficio, por Cristo—, habían poseído medio Westchester. Habían construido algo único, algo glorioso, y ahora se había acabado. Devorado fragmento a fragmento por legisladores ciegos e inmigrantes ávidos de tierras, por estafadores, vagabundos y comunistas. Primero empezaron adueñándose de las ciudades, luego construyeron sus carreteras y autopistas de peaje, y antes de que nadie pudiera detenerlos, abolieron por votación los derechos de los propietarios y otorgaron títulos de propiedad a los arrendatarios. Democracia: una farsa. Otra rama del comunismo. Robar a los ricos, apretar las clavijas a la gente emprendedora y activa, a los pioneros, a los arriesgados y a los promotores de la industria, y dejar votar a los inútiles, dándoles una parte del pastel que correspondía a otros.

Y por si los políticos no eran lo bastante malos, estaban tras ellos los corruptos hombres de confianza. Su bisabuelo había sido desplumado con el truco del *Quedah Merchant*, su abuelo había perdido la mitad de su fortuna con los chivatos de las carreras y los apostadores, y la otra mitad con actrices de polisón y medias negras, y luego su propio padre, un hombre de gustos refinados, cayó como un torero con una cornada entre las agresivas pezuñas de los corredores de bolsa. Sí, quedaban diez acres, tenía la casa, el negocio y otros intereses, pero no era nada. Una burla. La

milésima parte de lo que había sido. Sin tierras, sin heredero, allí estaba Depeyster van Wart, en aquel venerable salón, el último descendiente de una familia que siempre había dominado el territorio hasta los confines de Connecticut, frustrado por una cuestión de cincuenta acres. Cincuenta acres. Sus antepasados se hubieran meado en esos cincuenta acres.

—¿Qué dices entonces? ¿Acortamos la diferencia y ofrecemos hasta tres mil?

No era que se hubiera olvidado de Marguerite —ella estaba a sus espaldas, calculando, dirigiendo a su lastimoso aliado—, pero estaba demasiado atrapado en su fuga de amargas reflexiones como para contestarle. Lo que más le exasperaba de todo era que aquel viejo rojo baboso y mal nacido hubiera montado sus reuniones subversivas en aquel lugar, en una tierra que había pertenecido a la familia Van Wart desde tiempos inmemoriales. Había mancillado aquella tierra, la había profanado y envilecido. Era la tierra por la cual los antepasados de Depeyster habían luchado contra los indios, y el viejo Crane la había convertido en un merendero para turistas. De acuerdo, sí, Depeyster le había parado los pies —le había ganado organizando aquellas reuniones masivas de patriotas y luego presionando al consejo escolar hasta forzar al viejo impostor a adelantar su retiro—, pero todavía ahora, después de tanto tiempo, la idea de aquella chusma de negros y judíos y cantantes de folk pisoteando su propiedad le hacía enrojecer de rabia.

—Depeyster...

—¿Sí? —Se volvió. Marguerite estaba tan inclinada hacia delante que parecía un *sprinter* agachado antes de la salida.

—¿Qué opinas?

—¿De qué?

—De acortar distancias. De ofrecer hasta tres mil.

Lo que opinaba era que no quería pagar tres mil por acre ni por la cumbre del monte Ararat aunque llegara el segundo diluvio universal, lo que opinaba era que esperaría hasta que el viejo bastardo estirase la pata y luego perseguiría a su descerebrado nieto. Lo que dijo fue:

—Olvídalo.

Si Marguerite iba a protestar, no tuvo la oportunidad de hacerlo. Porque en aquel momento se abrió la puerta para dar paso a lo que parecía una banda de gitanos merodeadores, que invadieron los indiferentes e históricos confines del salón. Depeyster vislumbró bufandas, plumas y cintas para el cabello, pelos enmarañados como los de un perro, la estupefacta y troglodítica expresión del estudiante renegado, crápula y consumidor de drogas: su hija había vuelto a casa. Pero aquello no era lo peor. Tras ella, chaparro y lustroso como si se hubiera frotado con grasa de pollo, había una especie de hispano con un pendiente y los ojos turbios y enfermizos de una vaca con cólico, y detrás de él, como obedeciendo a un conjuro diabólico, estaba el chico Crane, con el aspecto de haber sido sacado del Agujero Negro de Calcuta.

—¡Oh! —murmuró Mardi, por una vez a la defensiva—. Pensaba que estabas...

eee... bueno, trabajando.

¿Qué podía decir? Avergonzado en su propio salón, humillado frente a Marguerite Mott (ella miraba a los invasores como a alguna esotérica forma de vida animal que su hermana hubiera fotografiado en las charcas de Tanzania), su propio hogar transformado como por arte de magia en un apeadero de hippies. Ya oía el chismorreó: «Sí, su hija. Disfrazada como una drogadicta o una prostituta callejera o algo así. Y ese, ese... Por Dios, no sé ni lo que era, supongo que un puertorriqueño..., y el chico Crane, ese que dejó los estudios y se fue de Cornell. Sí, creo que la cosa iba de drogas».

El hispano le enseñó los dientes con una sonrisa. Mardi, esta vez pasando a la ofensiva, le lanzó una mirada con el más profundo odio y desdén, y el chico Crane se encorvó tanto que pareció como si se desplomara. En aquel momento Depeyster decidió actuar con indiferencia, cubrirse, ignorar todo aquello como si fuera otra nimia aberración del entorno, al mismo nivel que la catalpa que dejaba caer sus vainas en la piscina o las enormes nubes de mosquitos que zumbaban en el porche al oscurecer. Pero no podía. Estaba demasiado alterado. Primero las noticias sobre la propiedad y luego aquello. Bajó los ojos y vio que estaba agitando la mano espasmódicamente, como espantando moscas.

—Fuera —se oyó decir—. Largo de aquí.

Aquello era lo que Mardi estaba esperando: una entrada, una grieta en sus filas, un lugar donde clavar sus garras. Mirando por encima del hombro en busca de apoyo, se irguió, sacó pecho y soltó:

—Así es como me tratas, ¿eh? ¿Largo? ¿Como si fuera un perro o algo así? —Se detuvo un momento para reconducir su retórica y luego dio el *coup de grâce*—. Pues resulta que yo vivo aquí, ¿sabes? O sea —y aquí sus ojos enmarcados en negro se llenaron de lágrimas y su voz se cargó de emoción—, soy tu hija. —Pausa—. Por mucho que me odies.

Detrás de ella el hispano había dejado de sonreír y había empezado a arrastrar los pies. El chico Crane, afectado por una súbita palidez de sus rasgos faciales, estaba a medio camino de la puerta. Depeyster seguía allí de pie, dividido entre el pesar y la urgencia de acabar con todo aquello, mientras aquel sórdido vodevil doméstico tenía lugar sobre la alfombra persa y con Marguerite Mott mirando. ¿Iba a estallar en ira, iba a estrechar a su hija entre sus brazos y calmarla, se iba a largar de la habitación y reservar billete en el próximo vuelo a San Juan? No lo sabía. La mente se le había ofuscado.

Y de pronto, imprevisiblemente, se descubrió pensando en el chico de Truman, Walter, y en cómo le había visto erguirse sobre sus muletas en su oficina. Llevaba el pelo más largo de lo que le hubiera gustado a Depeyster, y la adolescente sombra de un bigote sobre el labio superior, pero tenía aspecto de ser un chico sólido, duro y de complexión fuerte, con la mandíbula y los pómulos de su padre y ojos claros, descoloridos. Mardi lo había mencionado aquella tarde en la cocina. Lo conocía. De

hecho había intentado impresionar a su padre con ello. Bueno, no le chocaba. Echó una ojeada a aquellos cabezas huecas con los que ella salía y deseó que se decidiera por alguien como Walter.

—De acuerdo —decía ella, y ya no había en su voz la más mínima nota dolorida. Un instante después, cuando repitió la frase, tenía el impacto de un grito de guerra.

Él no respondió. O si lo hizo, fue con el mismo gesto automático de pedirle que se largara, con la mano expresándose espontáneamente. No, no era mal chico, Walter. Tal vez estaba un tanto confundido, pero cómo no iba a estarlo, con aquella madre loca que se dejó morir de hambre y con aquel padre que se largó con el rabo entre las piernas, peor aún, que se fugó y dejó que se criara entre una panda de subversivos y compañeros de viaje. Era un crimen. Durante toda su vida el chico sólo había oído una versión de la historia, la versión equivocada, la adulterada, mentirosa y pervertida. Aunque, desde luego, aquello era sólo el principio, un disparo en la oscuridad, una voz que se elevaba contra una rugiente multitud, pero aquella tarde Depeyster había intentado corregirle unas cuantas cosas. Para empezar, respecto a su padre.

Patriota, había espetado Walter. ¿Qué quiere decir con que era un patriota?

Quiero decir que amaba su país, Walter, y que luchó por él en Francia, en Alemania y también aquí, en Peterskill. Tanteándose los dedos, Depeyster se había recostado en su silla observando los ojos de Walter. Había algo en ellos —el enfado, sí, la confusión y el dolor—, algo más: Walter quería creerle. Para Depeyster fue una revelación. Si el hijo rechazaba al padre, si Mardi desfilaba por ahí como una puta y abrazaba su radicalismo barato en la mesa del comedor para escupirle a su padre en el ojo y destruir todo lo que la comunidad consideraba sagrado, allí había un chico que estaba dispuesto a ponerse del otro lado. Sus padres —padres adoptivos— eran lo peor, judíos, comunistas..., y le habían alimentado durante toda su vida con odio y mentiras, con su corrupta propaganda, hasta que él estuvo dispuesto a enfrentarse a ello. Él era arcilla. Arcilla preparada para ser moldeada.

¿Crees que los incidentes de Peterskill no fueron nada?, dijo Depeyster. Walter se limitó a mirarle. Bueno, fíjate en lo que hicieron los comunistas cuatro años más tarde con las secretas bombas atómicas. Un patriota lucha contra ese tipo de cosas, Walter. Lucha con toda su alma. Y por eso digo que tu padre era un patriota.

Walter desplazó su centro de gravedad, se inclinó hacia delante sobre sus muletas. ¿Sí? ¿Y los patriotas venden a sus amigos, a su mujer y a su hijo?

«Sí —quería decir Depeyster—, si no tienen otro remedio». Pero al bajar los ojos hacia la brillante bota nueva del pie derecho de Walter recordó que debía tomárselo con calma. Mira, Walter, dijo cambiando de rumbo, me parece que no me entiendes. Mira la Rusia de hoy. China. Vietnam. Todo el maldito telón de acero. ¿Te gustaría vivir así?

Walter sacudió la cabeza. Pero ése no es el tema, dijo.

No, claro que no lo era, pero era verdad, y Depeyster siguió con ello. Habló de los

Peregrinos, de la Brook Farm y de las comunas hippies, lamentó el destino de los gulags, habló contra el Vietcong y dirigió un dedo acusador contra la conspiración comunista mundial, pero Walter no se convenció. Peor aún, siguió intentando llevar el diálogo hacia aquel único punto que yacía entre ellos como una estaca sangrienta. La cuestión no era si el comunismo funcionaba o no, insistió Walter, la cuestión era qué había pasado en aquella tarde de agosto de 1949 en la propiedad de Peletiah Crane. Depeyster esquivó la cuestión —todavía no, todavía no— con vehemencia, afirmando que él tenía razón y que hubiera vuelto a hacer todo lo que había hecho entonces. Miró la cara de Walter y vio a Truman, y en aquel momento comprendió que ya no estaba defendiendo al padre desaparecido —Truman estaba loco, era indefendible—, no: se estaba defendiendo a sí mismo.

Quería corregirle, quería decirle que Morton Blum y Sasha Freeman habían ido a provocar el enfrentamiento, que él mismo había sido engañado para responder cuando lo mejor hubiera sido dejarlo correr, quería preguntarle si de verdad creía que una reunión pacífica servía tanto a la causa como un fuerte y sucio tumulto con fotografías en primera página de mujeres sangrando, niños chillando y hombres de color apaleados hasta adquirir el aspecto de boxeadores noqueados esperando en el suelo la unánime decisión final. Pero se contuvo. Todo aquello era para la lección siguiente.

Mira, le había dicho por fin Depeyster, sé cómo te sientes. Reconozco que tu padre se equivocó al marcharse y abandonar a su familia de esa manera —y reconozco que tenía cierta inclinación a la locura—, pero lo que hizo fue en nombre de la libertad y de la justicia. Se sacrificó a sí mismo, Walter, fue un mártir. Puedes estar orgulloso.

Pero ¿qué?, jadeó Walter, ¿qué era lo que había hecho?

Depeyster bajó los ojos para abrir el cajón y fortalecerse con un pellizco de polvo, pero lo pensó mejor. Levantó la vista antes de contestar. Estaba con nosotros, Walter, dijo cerrando el cajón. Estuvo con nosotros todo el tiempo.

Pero entonces se desvaneció la imagen de Walter, y Depeyster se encontró contemplando las vacías caras de los subversivos y desertores que su hija había llevado a casa. Basura humana, y estaban en su casa, bajo su techo. Marguerite debía de suponer que él los aprobaba, que le gustaban, que compartía sus drogas y sus bocadillos de soja.

—Fuera —repitió.

A través de la pelusa erizada de sus rizos, Mardi le dirigía una mirada en la que se mezclaban a partes iguales el odio y el miedo. Quizá él se hubiera pasado un poco. Sí, podía verlo en sus ojos. Quiso detenerse, suavizar su explosión, pero no pudo.

—De acuerdo —exclamó ella por tercera vez—, de acuerdo —la cuarta—. Me voy.

Hubo una huida precipitada por el vestíbulo, el chico hispano se largó por su cuenta, Tom Crane hizo aletear las manos como una codorniz levantando el vuelo,

luego sonó un portazo que hizo temblar el marco de la puerta, y ya se habían ido.

Depeyster miró a Marguerite. Se había puesto pálida bajo la capa rosada de maquillaje, tenía las pupilas dilatadas y la punta de la lengua atrapada entre los labios. Parecía como si se hubiera despertado de un trance.

—Mmm —murmuró recogiendo sus cosas, ordenando papeles, alcanzando su abrigo—. Tengo que irme. Citas, citas, citas.

En la puerta él intentó disculparse por su hija, pero ella le detuvo con un ademán.

—Tres mil —le dijo recuperando un poco el color—. Piénsalo.

Era ya media tarde y él estaba fuera, removiendo la tierra alrededor de sus rosas, cuando pensó en Joanna. Hacía un momento, cuando estaba dentro de la casa buscando un sombrero de pesca para que no le diera el sol en los ojos, había advertido vagamente que Lula había puesto sólo un plato en la mesa del comedor. Ahora, mientras la turba negra del lecho de rosas se movía bajo su azada, aquel sitio solitario volvió a su mente hasta que dejó de ver raíces y tierra para ver las cenefas de la vajilla de porcelana, el cristal tallado, los pliegues del mantel y el brillo de la plata. Era desconcertante. Mardi no iba a ir a cenar —probablemente no volvería a casa después de la escena del salón—, pero ¿dónde estaba Joanna? La mañana anterior había salido hacia la reserva de Shawangunk, con la furgoneta llena hasta el techo de pantalones de pescador, de buscador de cangrejos y de vaquero que había recolectado puerta por puerta en su viaje trianual del pantalón. Eso significaba que pasaría la noche, como siempre, en el Motel Hiawatha, y que llegaría a casa al día siguiente, a la hora de cenar. Como siempre. Y sin embargo, estaba seguro de que había visto sólo un plato en la mesa.

Esto le hizo cavilar mientras se inclinaba hacia los setos de rosales, amontonando la tierra en pequeñas pirámides al pie de los tallos y pisoteándola con fuerza sobre las raíces. Estaba a punto de echar el estiércol del año anterior en la zanja alrededor de las rosas Helen Traubel cuando le asaltó por sorpresa una idea: había tenido un accidente, eso era. El accidente. El que siempre había imaginado. Desviándose sobre sus sobrecargados muelles, la camioneta se había salido de una de las traidoras curvas de la carretera 17, dio una vuelta de campana y quedó sobre el techo en una de aquellas charcas heladas y transparentes de Beaverkill. Un camión llegó lanzado, chocó contra ella y dejó el coche como un acordeón: Joanna se había ido. Zarabanda. Vuelta. Bravo: ya olía las flores. Pero no. Si hubiera ocurrido algo serio —algo fatal—, Lula se lo habría dicho.

Rosas. Ya estaban a mediados de octubre y apenas había empezado a preparar los lechos para las duras heladas que vendrían. No es que las hubiera olvidado —él disfrutaba con sus rosas, se enorgullecía de ellas, no dejaba que el jardinero las tocara—, pero aquel septiembre había sido glorioso —el calor apretaba de verdad—, y él había salido casi todas las tardes con el *Catherine Depeyster*. O había ido a jugar al

golf. No, Joanna había tenido un pinchazo. El motor se había atascado, el ventilador se había desintegrado y ella estaba atascada en Olean, Elmira, Endicott. Se irguió y golpeó la tierra con sus guantes de trabajo. Little Darling, Blaze, Mister Lincoln, Saratoga: sólo pronunciar sus nombres ya era un motivo de satisfacción. Decidió seguir al día siguiente, envolvería los tallos en arpillera y los abonaría. Pero ¿dónde estaba Joanna? Quizá le hubiera abandonado. Desaparecido. Quizá se hubiera fugado. Mientras subía la colina hacia la casa, una pequeña fantasía culpable le sobrecogió por un momento: desnuda, aquella chica de cara redonda y pecosa, compañera de dormitorio de Mardi en la universidad, revoloteaba en torno a él y saltaba violentamente, como un animalillo salvaje; él sentía cómo su semilla arraigaba en ella, veía a sus hijos saliendo de su cálido y fértil útero como si fuera la boca de una antigua gruta.

La cara de Lula se alteró cuando él le hizo observar la mesa puesta sólo para uno.

—¡Oh, por Dios bendito, se me había olvidado! —La cocina, con sus concesiones a la modernidad: lavavajillas, cocina eléctrica, nevera sin escarcha, relumbraba tras ella como un anuncio de la nueva maravilla en detergentes. Estaba triturando carne cuando él irrumpió en la cocina—. ¡Ay Jesús, Jesús, Jesús! —gimió, y se podría pensar que había perdido a toda su familia en un descarrilamiento de trenes—. No sé qué me ha pasado.

Depeyster se apoyó en el radiante aparador y cruzó los brazos.

—Era la una de la tarde cuando llamó. Había algo allí, una marcha de protesta o algo así, lo he apuntado aquí. —Se levantó de la mesa con esfuerzo. Era gruesa y sólida como los robles del paseo, y cogió un trozo de papel que había debajo del teléfono—. Aquí está —jadeó respirando con dificultad por el esfuerzo—. «Seis tribus contra la guerra». Dice que esta vez no la esperemos hasta mañana.

Seis tribus contra la guerra: vaya chiste. Dejó que las palabras reposaran en su lengua un momento antes de repetirlas en un tono de amargo desdén. Seis tribus contra la guerra. Podía imaginárselo, una panda de indios abúlicos, sobrealimentados y medio trompas, vestidos con pantalones de vaquero y llevando pancartas, su mujer delante de ellos con los bucles sueltos y mocasines con adornos de cuentas, desfilando arriba y abajo frente a la tienda de alimentación de Jamestown. Casi habría sido gracioso si no hubieran estado haciendo el trabajo del Vietcong. Y Joanna. El asunto de la beneficencia ya era bastante horrible, pero aquello, aquello era degradante. Su propia esposa participando en una manifestación. ¿Qué sería lo siguiente?

—Hoy hay picadillo —murmuró Lula, y volvió a empezar con el triturado de la carne.

—¿Y Mardi? —le preguntó él al cabo de un momento.

Lula se encogió de hombros.

Él se quedó allí un momento más, escuchando cómo la nevera empezaba a zumbar y mirando aquel acusador plato del comedor. En la pared del fondo, sobre el

aparador, colgaba un oscuro óleo de Stephanus van Wart, heredero del encomendero y primer señor de la mansión Van Wart, el hombre que había doblado y triplicado sus propiedades y luego había vuelto a doblarlas y triplicarlas hasta que poseyó cada arroyo, cada colina, cada helecho, cada ciervo y cada pavo, cada sapo y cada cardo entre el liso y gris Hudson y el límite de Connecticut. Depeyster alzó la vista hacia los orgullosos ojos y la altanera sonrisa de su antepasado, y advirtió que había perdido el apetito.

—No te molestes, Lula —dijo—. Cenaré fuera.

A la noche siguiente, cuando Joanna llegó por fin a casa, ya era tarde —más de las diez—, y Depeyster estaba en el salón, sentado junto al fuego, hojeando indiferente una biografía del general Israel Putnam, el hombre que había hecho oídos sordos a las peticiones de clemencia y había llevado a la horca a Edmund Palmer —acusado de espionaje—, en Gallows Hill, en agosto de 1777. Era la segunda noche consecutiva en que el propietario de la mansión Van Wart había tomado una solitaria cena en un limpio e iluminado reservado del restaurante más caro de Peterskill, y era la segunda noche consecutiva en que había sufrido de indigestión. En cualquier caso, se sentía bastante bajo de forma, frustrado por el asunto de las tierras, enfadado con su hija (que todavía no se había dignado volver), profundamente mortificado por la idea de su mujer convertida en un espectáculo público, aunque fuese en los más remotos confines. Y cuando oyó el ruido de la cerradura y se dispuso a enfrentarse al espectáculo de su mujer llegando tarde con sus ridículas ropas indias, se entregó a los bufidos de una purificadora y catártica rabia.

—¿Dónde has estado? —preguntó levantándose de un salto y arrojando el libro al suelo.

Joanna llevaba los mocasines y la cinta del pelo que había adoptado desde que empuñara la baqueta en nombre de la ayuda a los indios. Pero esta vez, por alguna razón insondable, llevaba un raído vestido de piel de ciervo y polainas a juego. El vestido tenía el aspecto que suele tener la ropa después de una lluvia intempestiva a la intemperie.

—No, no me lo digas. Era una fiesta de disfraces, ¿verdad? ¿O ése es el aspecto del manifestante de moda ahora?

El estofado picante de la cena le ardió en la tráquea como si quisiera incendiar la cavidad de debajo del esternón. Contuvo un eructo.

Joanna no dijo nada. Había una extraña mirada en sus ojos, una mirada que él reconoció y que formaba parte del lejano pasado. Era la mirada que solía dedicarle cuando eran novios, cuando eran recién casados, cuando eran una fecunda y joven pareja con una saludable, redonda y floreciente hija pequeña. Ella atravesó la habitación hacia él, y él advirtió que llevaba el pelo trenzado al estilo indio, con trozos de corteza de abedul. Luego ella le puso las manos en los hombros —él sintió

su olor, a madera ahumada, a menta silvestre, a cierto almizcle primigenio y a aire libre, que le hizo temblar las rodillas— y le preguntó, con un lascivo susurro, si la había echado de menos.

¿Echado de menos? Ella le atrajo hacia sí, se colgó de su cuello como una colegiala, apretó sus labios contra los suyos, que tenían un leve sabor a cebolla silvestre, y levantó las caderas hacia él. ¿Echado de menos? ¡No habían tenido relaciones sexuales en quince años y ella le preguntaba si la había echado de menos!

Quince años. Durante aquel período, para Depeyster el sexo se había reducido a una triste serie de acoplamientos, un derramar semillas en el desierto, una sucesión de fines de semana con las señoritas Egthuysen del mundo o con alguna que otra de las agresivas y bronceadas leonas a las que conocía en el bar del club de campo. Pero nunca con Joanna, nunca con su mujer. Todo aquello había terminado cuando ella cogió sus lociones, ungüentos y afrodisíacos, y se los tiró a la cara, cuando rompió los manuales de sexo e hizo pedazos sus calendarios de ovulación, cuando le preguntó si la había tomado por una perra de lujo que sólo servía para engendrar y nada más. Mardi tendría entonces cinco o seis años, acababa de empezar el parvulario, ¿o estaba en primer curso? Desde entonces siempre habían dormido en habitaciones separadas.

Y ahora ella estaba allí, hundiéndole la lengua en el paladar, empujándole sobre el sofá y luego tirando de él hacia la alfombra, junto al fuego. ¿Estaba borracha?, pensó vagamente mientras ella forcejeaba con sus pantalones. Joanna se levantó el vestido y él vio con un escalofrío que no llevaba ropa interior, vio sus pechos altos y duros, ni un solo pliegue ni arruga en su cuerpo, cuarenta y tres años y tersa como una colegiala. Cuando ella se echó sobre él, se sintió transportado, agradecido, esperanzado. Su fantasía sobre la chica de cara redonda y pecosa se realizaba allí, en la alfombra del salón, con su propia mujer. Cerró los ojos y se concentró en el futuro heredero. ¡Oh, sí!, habría un heredero. Tenía que ser así. Él había esperado tanto tiempo, y ahora... Era como un cuento de hadas. El leñador paciente, la Bella Durmiente que se despertaba con un beso. Se abandonó al ritmo.

Por su parte, Joanna estaba haciendo lo que tenía que hacer. No se puede decir que no sintiera cierta nostalgia con aquel ejercicio, ni tampoco que le produjera repulsión, ni mucho menos. En cierto sentido, suponía que amaba a aquel hombre, aquel hombre insensible, su marido. Depeyster no le desagradaba —no podía imaginarse casada con otro—, el único problema era que no sabía cómo excitarla, cómo conmoverla hasta lo más profundo, no sabía nada del amor, el romance o la pasión; eran cuestiones que no le preocupaban. Era frío, frío como un animal que reptara por la orilla de un río. No quería hacer el amor, ni tampoco quería follar. Lo que quería era procrear.

Pues muy bien. Ella no era Molly Bloom, pero durante quince años había encontrado el romance en otro sitio. Y ahora era necesario hacer aquello. Con su marido. Con su pareja legal. Con el presunto padre del bebé que llevaría en ella y que

quería engendrar.

Porque durante los últimos dos días Joanna no había estado con los indios, y no había ido a la manifestación; en realidad, no había salido de Peterskill. Indios no. Pero un indio, uno en concreto, sí.

El duende del Dunderberg

El día no era el mejor para cruceros de placer. El viento aullaba desde las estepas canadienses. Hacía un frío capaz de echar atrás a los vikingos. El cielo parecía muerto, atrapado entre las montañas como una piel extendida a secar. Walter no sentía los dedos del pie, y cuando intentó volver a encender el porro que tenía entre el dedo gordo y el índice, una súbita ráfaga de viento apagó la cerilla. Tres veces consecutivas. Al fin se rindió y lo tiró al agua. No podía creérselo. Era Halloween y ya hacía tanto frío como en diciembre.

Se subió el cuello de su cazadora de ante y contempló dos patos acurrucados en el embarcadero buscando refugio. A su alrededor, sobre remolques, encima de bloques de cemento posados en el agrietado pavimento como esperando un segundo diluvio, estaban los barcos. Queches, goletas, laúdes, botes de motor, yolas, yates y catamaranes. También había embarcaciones que nunca más volverían a surcar el agua, viejos cascarones con todos los pernos llenos de herrumbre, mellados por el óxido hasta parecer leprosos, astillados, descoloridos y escorados por la proa como si hubieran sido lanzados a la orilla por un huracán. Estaba en el puerto deportivo de Peterskill. A tres manzanas de la Depeyster Manufacturing y justo al otro lado de las vías del tren de la destartada estación y de las fábricas abandonadas, cuyos ladrillos eran tan viejos que tenían el color del cieno. Walter estaba allí, a las dos de la tarde del día de Halloween, esperando a Mardi. ¿Se le ocurría algo más divertido?, le había preguntado Mardi al llamarle. Más divertido que visitar los barcos fantasma en un día como aquél, claro. Divertido, ¿eh?

Divertido. Ésa era la palabra que había utilizado. Walter escupió en el agua y miró por encima del hombro buscándola. Había media docena de coches en el aparcamiento, pero ninguno de ellos parecía albergar a Mardi. Era curioso. La estaba esperando, dispuesto a salir a navegar con ella en un día desapacible y oscuro como la boca de un lobo, y ni siquiera sabía qué coche tenía. Miró más allá del aparcamiento, hacia la hilera de vagones oxidados que se extendían desde la estación siguiendo la curva en dirección a la boca del arroyo de Van Wart. Luego miró hacia las colinas de Peterskill, una sucesión de tejados entre los frondosos bosquecillos que se superponían unos a otros. En primer plano, acurrucada al abrigo de un monstruo marino de relucientes barandas y con cortinas en las ventanas, estaba su moto, recién pintada y con un nuevo estribo y válvulas nuevas. El casco, el que Jessica le había regalado, colgaba del manillar, e incluso a aquella distancia podía distinguir las mates

raspaduras que había hecho con su navaja al arrancar las calcomanías de margaritas.

A ella no le había gustado aquella mutilación de su regalo de cumpleaños, pero él le había explicado que las calcomanías de margaritas no casaban con su personalidad. Él no era ningún niño de las flores, era mucho más duro y más frío que eso, todavía era un héroe del pueblo, un nihilista. Luego le sonrió, como diciendo que estaba sólo bromeando, y ella le devolvió la sonrisa.

Jessica. En aquel momento estaba trabajando. Su mujer, que había renunciado a Scripps, Miami, Nueva York y Mayagüez por él, estaba trabajando, contando larvas de pescado que se conservaban en cubetas con formol. Tom Crane le había proporcionado el empleo. Trabajaba en la central nuclear cuyas chimeneas y reactores se alzaban cerca de la costa como si fueran los alminares y las cúpulas de una fantástica mezquita ultramoderna. Contar larvas formaba parte de un estudio sobre el impacto ambiental que Con Ed estaba financiando para expiar el pecado de absorber grandes montañas de peces hediondos por sus temas de agua. Un ex compañero de laboratorio de Tom le había colocado como piloto de uno de los botes que intervenían en el proyecto; trabajaba dos noches a la semana, y cuando quedó un puesto libre, Tom se acordó de Jessica. Ella debía de estar allí ahora. Esnifando formol, con los ojos irritados por los vapores.

Walter estaba sin empleo. No era que no quisiera trabajar; tenía intención de hacerlo cuando encontrara algo apropiado. Pero no soportaba la idea de estar todo el día de pie junto al grasiento y gimiente torno, fabricando aquellas piececitas aladas de maquinaria que para él no tenían ninguna utilidad conocida (a menos que, como decían los rumores, se utilizasen en bombas de fragmentación para machacar niñitos en lugares con nombres como Duk Foo y Bu Wop). Al menos, eso dijo a Hesh y a Lola. Lo que no les dijo fue que Van Wart le había ofrecido un trabajo de oficina. En el acto. Sin preguntas.

Me caes bien, ¿sabes?, le había dicho Van Wart aquella tarde en su despacho. Esquivó el tema de los tumultos durante media hora, aconsejó a Walter que estudiara historia y le aseguró que dondequiera que estuviese su padre —vivo o muerto—, podía enorgullecerse de él. Walter, que había tomado asiento en algún momento de la disertación, entre la persecución de los kulaks y la caída de Chiang-Kai-shek, se había levantado para irse cuando Van Wart le manifestó su aprecio. Me has impresionado, le había dicho Van Wart. Tienes una buena cabeza. Puede que no tengamos las mismas ideas políticas, pero eso carece de importancia. Él también se había puesto en pie, frotándose las manos y radiante como un tendero. Lo que quiero decirte es que si tienes un título, yo tengo un puesto para un ayudante por once mil dólares al año más beneficios. Y puedes dejar descansar tu pierna. ¿Qué dices?

No, había dicho Walter casi automáticamente, no, gracias, imaginándose ya con chaqueta y corbata, parapetado detrás de un escritorio con la esquivia señorita Egthuysen a su entera disposición, Doug y el resto de peones a sus pies de un plumazo. Ya se estaba imaginando el nuevo Triumph, color verde carreras, con

ruedas especiales, capaz de pasar de cero a cien en 6,9 segundos... pero ¿trabajar para Van Wart? Le parecía inconcebible (no importaba lo de los dos meses y medio anteriores, porque había ignorado que trabajaba para él). No, le dijo. Apreciaba la oferta, pero después del shock del accidente necesitaba tiempo para recuperarse antes de dar un paso como aquél.

Más tarde, pensando en ello, no estaba seguro de por qué lo había rechazado. Once mil dólares era mucho dinero, y Van Wart, a pesar de sus peroratas, de su aire de condescendencia y de su radicalismo de derechas, a pesar del odio que inspiraba en el abuelo de Tom Crane, Hesh, Lola y los demás, no era tan malo. Desde luego, no era un ogro. No era el racista violento y estúpido que le habían descrito. Tenía cierto estilo, un refinamiento y una firmeza que hacían que Hesh pareciese tosco comparado con él. Y además, creía en lo que decía, se veía la convicción profundamente arraigada en sus ojos, demasiado arraigada para que le estuviera mintiendo. De hecho, al final de su breve charla Walter empezó a suavizar sus ideas sobre él. Y aún más: de una forma un tanto extraña e incómoda, le había empezado a gustar.

Walter estaba pensando en todo aquello, y pensaba también en lo raro de la situación —casado desde hacía un mes, y ahí estaba, deslizándose furtivamente por la dársena para acudir a una cita carnal con la hija del ex ogro—, cuando notó un golpecito en el hombro. Era Mardi. Llevaba gorra marinera, impermeable verde, zapatos planos, vaqueros y guantes de cuero negro, y tenía el aspecto de haber salido de un carguero con el resto de la tripulación. Excepto por sus ojos. Permanecían inmóviles, como si estuvieran clavados en su cara, duros y fríos como el mármol, y con las pupilas reducidas a puntitos.

—Hola —dijo con voz jadeante, y le besó. Para saludarle. Pero no fue un simple roce en la mejilla, sino un beso con todas las de la ley, un beso que sabía a lengua. Walter no supo qué hacer, y le devolvió el beso.

—¿Todo listo? —dijo sonriéndole.

—Sí —dijo Walter balanceándose en la pierna buena—. Bueno, supongo. —Señaló hacia el río y el cielo—. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante?

Desde la boda había visto a Mardi una sola vez. Tom Crane, Jessica y él estaban sentados en el Elbow una noche, hacía dos semanas, poniendo discos en la gramola y jugando al billar, cuando ella entró por la puerta con Héctor. El juego era eliminatorio y le tocaba tirar a Walter. Cerró el paso a la última bola de Jessica mientras ella hacía comentarios graciosos, tocando ligeramente con el codo el extremo posterior del palo, y en general intentaba distraerle, desorientarle y desarmarle. Mardi llevaba una camiseta de colorines, sin mangas y sin sostén. Walter se quedó paralizado. Pero Tom Crane, todo codos y pies, con su trenza de ratón agitándose al viento como la cola sobre el culo de un caballo, corrió a abrazarla, sacudió la mano de Héctor en un apretón estilo «poder para el pueblo» y los arrastró hasta la mesa. Walter intercambió saludos con Héctor, hizo una inclinación de cabeza en dirección a Mardi y erró el tiro.

Más tarde, tras un par de jarras de cerveza, más billar, innumerables peregrinaciones por la capa de serrín sucio que cubría el suelo como si fuera abono para orinar en los hediondos retretes y compartir una subrepticia pipada de lo que Héctor había metido en la cazoleta de su pipa, todo el mundo estaba bastante relajado. Jessica se levantó de la mesa y se excusó.

—Voy al lavabo —farfulló tambaleándose por el local como si estuviera herida.

Tom había desaparecido y Héctor estaba de pie en la barra pidiendo tequila para todos. La mesa, que de pronto se había vuelto pequeña, estaba sembrada de cáscaras de cacahuete, ceniza, colillas, platos, botellas y vasos. Walter esbozó una cauta sonrisa. Mardi se la devolvió. Y luego, sin venir a cuento, le preguntó si todavía estaba en pie lo de los barcos fantasma, porque si era así, ella le llamaría, no había problema. Walter no contestó, sino que formuló otra pregunta.

—¿Qué fue aquello que dijiste en la boda? —le preguntó intentando que su voz no reflejara el enfado que sentía—. Ya sabes a lo que me refiero. Lo de mi pie. No me gustó nada.

Ella se quedó callada un momento y luego le dedicó una sonrisa capaz de fundir el hielo de los polos.

—No te lo tomes tan en serio, Walter —dijo mirando su bebida—. Lo que pasa es que me gusta desconcertar a la gente, ver cómo reaccionan. Ya sabes, *épater les bourgeois*.

Walter no lo entendió. Había suspendido el francés.

Ella le miró y se echó a reír.

—Venga, que sólo era una broma. No soy tan bestia como parezco. De verdad. —Y se inclinó hacia delante—. Pero lo que quiero saber es si vas a venir conmigo o no.

Y ahora, en el puerto deportivo, rodeado de mástiles, drizas y cadenas de anclas, y respirando el inconfundible olor del fantasma de su abuelo, estaba otra vez contra la pared.

—No te creo —dijo Mardi, y por un momento mostró una expresión aturdida—. ¿Es que te asusta esta ducha de nada, o qué? —Walter se encogió de hombros, como diciendo que no le asustaba nada, ni el frío, ni la cellisca, ni las sombras que revoloteaban maliciosamente por una carretera vacía en las primeras horas de la mañana—. Muy bien —dijo ella sonriendo tan ampliamente que Walter vio el destello del oro en sus últimas muelas, y luego la siguió a través del astillero hasta el muelle y el embarcadero que se encontraba al final.

Sólo había dos barcos en el agua. El *Catherine Depeyster*, un balandro de diez metros con motor auxiliar, de madera barnizada muy brillante, se erguía solo en el embarcadero desierto. El otro barco, una cosa rara, despintada, indescriptible, con el casco muy ancho, el mástil roto y cubierta de verdete hasta el nivel del agua, estaba anclado un poco más allá, y parecía como si lo acabaran de sacar del fondo. Walter estaba a punto de unirse a Mardi a bordo del *Catherine Depeyster* —ella ya estaba hurgando en una cerradura para pertrecharse de ropa contra el mal tiempo— cuando

vio una vaharada de humo elevándose de la chimenea del destartelado cascarón. Al principio no daba crédito a sus ojos. Pero luego, inconfundiblemente, una delgada columna de humo gris empezó a salir de la ennegrecida chimenea. Estaba atónito. Alguien vivía a bordo de aquella cosa, alguna loca rata de río que se despertaría una mañana y se encontraría con tres metros de agua encima. Debía de ser una broma. Pero no, el humo salía ahora de forma constante, agitado por el viento, y le llegó a la nariz un intenso olor a bacon que le removi6 las tripas.

—¡Joder! —dijo volviéndose a Mardi—. No puedo creerlo.

—¿No puedes creer qué? —preguntó ella pasándole un gorro marinero mientras él subía a bordo.

—Allí. Ese pedazo de mierda, ese retrete flotante. Hay alguien que vive dentro.

—Te refieres a Jeremy —dijo ella.

El frío se le clavaba en las orejas. Miró el cascarón, y luego a Mardi, y luego otra vez el cascarón. El viento hacía girar el barco despacio alrededor de su ancla, y su popa quedó a la vista.

—¿Jeremy? —repitió sin quitar los ojos del barco.

Oyó a Mardi a sus espaldas. Le explicó que Jeremy había estado por allí durante todo el verano, que pescaba y hacía trabajos esporádicos, además de ayudar en el puerto. Era un gitano o un indio o algo así, y estaba muy bien conservado para ser tan viejo. Walter la oía a gran distancia, y las palabras le resonaban en la cabeza mientras observaba el barco balanceándose y revelando su nombre, en astilladas y borrosas letras. De pronto se sintió raro, sintió las garras de los recuerdos como una soga en torno al cuello, y no sabía por qué. El nombre del barco era el *Kitchawank*.

De acuerdo, hacía frío. Pero una vez dejaron la dársena e izaron las velas, una vez sintieron el pulso del río bajo sus pies y la primera bofetada de rocío helado en la cara, dejó de importarles el frío. Mardi, con la gorra de vigía calada hasta las cejas, estaba en la caña del timón, bebiendo café de un termo y acalorada como si estuvieran en junio, y Walter, con botas de goma, pantalones e impermeable, paseaba a lo largo de la barandilla como un niño que acaba de pescar su primer pez. No había vuelto a navegar desde que murió su abuelo, ni siquiera recordaba haber salido al río. Le hervía la sangre, le llegaba una ola de recuerdos: era como volver a casa. Las montañas podían ser enanas comparadas con los Alpes o las Rocosas —el Dunderberg y el Anthony's Nose apenas alcanzaban los trescientos metros—, pero desde allí, en el agua, se erguían como montañas de ensueño, altas, macizas y formidables. Justo enfrente estaba el Dunderberg, que se elevaba desde el agua como un gigante dormido, con la flota fantasma acurrucada a sus pies. Hacia el sur estaba Indian Point, con sus plantas nucleares y sus biólogos de estuario, con Jessica y sus larvas en formol. Hacia el norte, abriéndose como una boca sombría, estaba la entrada a los Highlands, donde las grandes montañas —Taurus, Storm King,

Breackneck y Crow's Nest— descendían hasta hundirse en el río.

Aquéllos eran los dominios del duende del Dunderberg, el gnomo caprichoso con bombachos y sombrero cónico que gobernaba el río en su tramo más traidor, desde el Dunderberg hasta el Storm King. Era él quien maquinaba las borrascas y lanzaba rayos y truenos sobre los confiados capitanes de las chalupas en tiempos antiguos, él era quien enloquecía a los hombres y sembraba la tentación en su camino, él era quien guardaba el tesoro del capitán Kidd y hundía a los barcos que iban en su busca. Era él quien había descorchado los barriles de Stuyvesant mientras el viejo Silver Peg navegaba río arriba para castigar a los mohicanos, él era quien había arrebatado el gorro de dormir de la inviolable coronilla de la esposa del pastor Van Schaik y lo había depositado en la aguja de la torre de la iglesia de Esopus, a sesenta y cuatro kilómetros de distancia. Su risa —el salvaje y tartajoso gemido de los locos e irresponsables— se oía sobre el plañido del viento, y su diminuto sombrero aparecía colgando plácidamente del palo mayor en los peores temporales. Ni el más endurecido lobo de mar hubiera soñado con acercarse a Kidd's Point sin clavar primero una herradura en el mástil y ofrecer un poco de ron de Barbados al duende del Dunderberg.

Eso decía la leyenda. Walter la conocía muy bien. La conocía como conocía todas las historias de brujas, duendes, gnomos y mujeres gimientes que corrían por el valle del Hudson. Su abuela se había ocupado de ello. Pero si alguna vez lo había creído, si quedaba en él alguna chispa del antiguo goce de lo irracional, del niño que se sentaba ante un bocadillo de salchicha de hígado y se emocionaba con la historia de la traición que acabó con Minewa o con la leyenda del soldado sin cabeza de Sleepy Hollow, o con la clase de Filosofía 451, la Filosofía Contemporánea, especialmente los capítulos dedicados a la obsesión por la muerte y al pensamiento existencialista, la habían extinguido, dejando tras ella sólo las cenizas del cinismo.

Aun así, mientras el *Catherine Depeyster* se abría camino por la base de la negra montaña bajo un cielo todavía más negro, no pudo evitar pensar en el pequeño y retorcido duende del Dunderberg. ¡Qué idea tan curiosa! No era la impericia en la navegación, ni las borracheras o la niebla lo que había echado a pique a los barcos en los Highlands desde los tiempos de Pieter Minuit y de Wouter the Doubter, sino las maliciosas fuerzas de lo sobrenatural encarnadas en un pequeño y astuto hombrecillo —el duende del Dunderberg, que vestía bombachos y llevaba zapatos de hebilla—, que vivía sólo para empujar a los barcos contra las rocas. Walter recordó a su abuelo sirviendo dos vasos de whisky de centeno y ginebra cada vez que rodeaba Kidd's Point: uno para su gizonte y otro para el río. ¿Para qué haces eso?, le había preguntado Walter un día, a sus doce años y ya conocedor de las cosas del mundo. Para el duende, le había replicado su peludo abuelo chasqueando los labios. Para que haya suerte. Y luego Walter, sin atreverse a contradecir al serio anciano, había desafiado al duende en voz baja. Mátanos, susurró. Venga, te desafío. Fulmínanos con un rayo. Vuelca el barco. Te desafío.

Aquel día el duende había estado silencioso. El sol brillaba en el cielo, las redes estaban llenas, tenían Coca-Cola y pastel de cangrejo para comer. Pero la siguiente vez que Walter se acercó al lugar y navegó a través de la garganta de las montañas con su abuelo, pensando en el béisbol y en una nueva caña de pescar o en la forma en que se le hinchaban los pantalones a Susie Cats en la intersección de sus muslos, el cielo se oscureció de repente, el viento empezó a aullar desde las montañas y el motor tosió, escupió y se paró. ¿Qué demonios...?, exclamó su abuelo, que se enderezó para tirar de la cuerda del estérter en una súbita oleada de rabia. Acababan de bordear West Point y habían entrado en Martyr's Reach, el tramo más formidable de los catorce que conformaban el río desde Nueva York hasta Albany, una extensión de agua temida por generaciones de marinos por sus vientos traicioneros, sus corrientes imprevisibles y sus costas inexorables. Justo por debajo de ellos, unos setenta metros más abajo, yacía World's End, el Fin del Mundo, el cementerio de tantos balandros, buques de vapor y yates, donde los mástiles podridos eran agitados por una corriente rápida como el viento y que nunca había devuelto ningún cuerpo, el pozo más hondo de un río que rara vez superaba los treinta metros de profundidad. Era allí donde había zozobrado el *Neptune* en 1824, con la pérdida de treinta y cinco pasajeros, y también donde Benjamin Hunt, capitán del *James Coats*, fue al encuentro del Hacedor cuando la escota mayor se le arrolló en torno al cuello a causa de un repentino golpe de viento y le cercenó la cabeza. En los temporales todavía se escuchaba su grito de espanto, y luego, pisándole los talones, el escalofriante chapoteo de la cabeza sin tronco al caer al agua. Al menos, eso era lo que contaban.

Al abuelo de Walter no le gustó nada todo aquello. Maldijo y manipuló el motor mientras la marea menguante les arrastraba río abajo y las primeras gotas de lluvia empezaban a arrugar la superficie del agua. ¡Coge los remos!, rugió, y Walter le obedeció sin titubear. Estaba asustado. Nunca había visto un día tan oscuro. ¡Da la vuelta y dirígete a casa!, chilló su abuelo. ¡Rema! Walter remó, remó hasta que se le entumecieron los brazos y sintió la espalda como si le hubieran metido dentro astillas encendidas. Pero todo fue en vano. La lluvia les atrapó justo debajo de West Point. No era sólo lluvia, también caía granizo. Y los truenos retumbaban en las montañas que rodeaban la cuenca del río como los cañonazos en una batalla naval. Al final decidieron tirar el ancla bajo un saliente de la orilla oeste, y permanecieron allí, acurrucados y tiritando, sin atreverse a aventurarse por el río abierto por miedo a los relámpagos que rasgaban el cielo por encima de sus cabezas. Dos semanas más tarde el abuelo de Walter sufrió aquel ataque y cayó de cabeza en el cubo de los cebos.

Luego, mientras la montaña se alzaba por encima de ellos, Walter se irguió y avanzó hasta Mardi, sentada al timón.

—¿Lo estás pasando bien? —le gritó ella por encima del viento.

Él sólo sonrió como respuesta, y se meció con el barco; luego se sentó junto a ella y se sirvió una taza de café del termo. El café estaba bueno. Caliente, negro, con sabor al coñac de diez años de antigüedad de Depeyster van Wart.

—¿Has visto al duende? —le dijo él.

—¿A quién?

—Ya sabes, el enanillo del sombrero alto y los zapatos de hebilla que revolotea por aquí, se sienta en los mástiles de los barcos y provoca tempestades y desgracias.

Mardi le miró larga y lentamente, y sonrió lamiéndose los labios, con una sonrisa que tardó un momento en extenderse por su rostro. Estaba guapa; llevaba la gorra muy calada y su pelo ondeaba hacia atrás con el viento. Muy guapa. Enlazó su brazo libre con el de Walter y le atrajo hacia sí.

—¿Has estado fumando? —le preguntó.

Era Halloween, la noche en que los muertos salen de sus tumbas y la gente se oculta detrás de máscaras; Halloween, y caía la noche. Walter estaba de pie en la cubierta del *Catherine Depeyster* y miraba las hileras de barcos anclados que se erguían por encima de él a cada lado en inmensos campos de sombras insondables. Esta vez no había intentado trepar por la cadena del ancla del *U.S.S. Anima*, ni tampoco por la de ninguno de los demás barcos. Esta vez se había contentado con hundir las manos hasta el fondo de sus bolsillos y mirarlos.

Mardi estaba en la cabina, sorbiendo coñac y caldeándose junto a la estufa eléctrica. Había recogido las velas y encendido el motor cuando llegaron cerca de los barcos, temerosa de que el viento les empujara contra uno de aquellos enormes cascos. Luego, tras maniobrar abriéndose camino por entre el piquete de monstruos de acero y anclar entre ellos, cogió el termo y se dirigió a la cabina.

—Ven —le dijo—, refugiémonos de este viento.

Pero Walter no se había movido. Todavía no. Estaba pensando en Jessica y sintiendo el aguijón de la culpa y la traición, pues sabía muy bien lo que iba a pasar en cuanto entrase en aquella cabina con Mardi. ¡Ah!, podía demorarlo, recurrir a su voluntad, quedarse allí fuera, al viento, y abstraerse en los barcos como si realmente significaran algo para él, pero al final acabaría siguiéndola a la cabina. Era inevitable. Estaba predestinado. Un papel en una obra que él había estado ensayando durante toda su vida. Por eso había salido a ver los barcos fantasmas, por eso y nada más que por eso.

—Ven —repitió ella, y su voz se convirtió en un ronroneo.

—Un minuto —dijo él.

La puerta de la cabina crujió al cerrarse detrás de Walter, que no volvió la cabeza. Aquel barco que pendía sobre él, con su oxidada cadena del ancla y el casco jaspeado de excremento de pájaro, se había vuelto súbitamente fascinante, cautivador, algo raro y único en el mundo. No pensaba en nada. El viento le sacudía. Contó treinta segundos, y estaba a punto de dar media vuelta y someterse a lo inevitable cuando algo, un repentino desplazamiento de sombras, un movimiento furtivo, atrajo su mirada. Allí arriba. En lo alto, contra la barandilla del barco más cercano.

Era casi de noche. No estaba del todo seguro. Pero sí, volvió a ocurrir: algo correteaba por allí. ¿Un pájaro? ¿Una rata? Intentó fijar los ojos en el lugar, pero en algún momento debió de parpadear involuntariamente, porque lo siguiente que vio fue un objeto colgando de la barandilla, cuando una fracción de segundo antes no había nada. Desde allí, bajo la gran pendiente que formaba el casco del barco, parecía un sombrero: de ala ancha, alto de copa y de un estilo que se llevaba siglos atrás, un sombrero que podían haber llevado los peregrinos o el propio Rembrandt. Fue en aquel momento, mientras Walter miraba desconcertado aquella sombría aparición, cuando un extraño y flatulento sonido empezó a insinuarse, mezclado con el chapoteo de las olas y el gemido del viento, un sonido que le trajo recuerdos del colegio, de partidos de baloncesto y campos de deporte: alguien le estaba abucheando.

Walter miró a su derecha y luego a su izquierda. Miró detrás de él, por encima de él, miró por encima de la barandilla, abrió la cajonada, escudriñó el cielo, todo en vano. El sonido parecía llegar de todas partes y de ninguna, como si impregnara cada ráfaga de aire. El sombrero seguía sobre la barandilla del grande y desvencijado mercante que había ante él, y Mardi —la veía a través de las ventanitas rectangulares— seguía refugiada en la cabina. El abucheo se hizo más alto, se desvaneció, volvió a latir, y Walter empezó a sentir que le invadía una extraña sensación de *déjà vu*, una sensación cada vez más familiar desde el día de su accidente.

Naturalmente, cuando volvió a alzar la vista, la barandilla del barco estaba abarrotada de figuras harapientas —vagabundos, los vagabundos que había visto la noche del accidente—, todas con los dedos en la nariz y una vibrante lengua entre los labios. Y allí, en medio de ellos, estaba el cabecilla, el hombrecito con bombachos y botas de trabajo al que su padre llamaba Piet. La cara de Piet era inexpresiva —imperturbable como la de un verdugo—, y el anticuado sombrero estaba ahora sobre su cabeza, como un bote de leche invertido. Cuando Walter enfocó la vista en él vio aparecer la punta de su lengua entre sus apretados labios, para unirse al coro burlón con su propia trompetilla, ligera pero distinta.

Así que allí estaba, Walter el empírico, de pie en la cubierta de un yate de vela en medio del oscuro Hudson en la noche de Halloween, enfrentándose a una turba de fantasmas burlones y sin saber qué hacer. Veía cosas. Le pasaba algo. Tenía que consultar a un psiquiatra, hacer que le vendaran la cabeza, lo que fuera. Pero en aquel momento sólo se le ocurrió una cosa, lo mismo que había hecho cuando le abucheaban en la escuela: levantó el dedo medio hacia ellos, los de las dos manos. Y les maldijo también, les maldijo en un tono fuerte y rabioso que empezó a volverse ronco, con sus dedos extendidos clavándose en el aire y los pies danzando en un furioso arrebato.

Todo perfecto. Pero se habían ido. Estaba maldiciendo a un barco fantasma, maldiciendo las cubiertas vacías y los camarotes dormidos durante veinte años o más, maldiciendo el acero. El abucheo se había desvanecido y ahora el único sonido que oía era el susurro de una voz humana a sus espaldas. La voz de Mardi. Se volvió y la

vio, de pie en la puerta de la cabina. La puerta estaba abierta y ella estaba desnuda. Vio sus pechos: sedosos, curvados, unos pechos que le recordaron la noche de su choque con la historia. Vio su ombligo y debajo la fascinante exhibición de su vello, vio sus pies, descalzos, y la curva de sus muslos, vio el atrayente resplandor de la estufa eléctrica en la oscurecida cabina, detrás de ella.

—Walter, ¿qué haces? —le dijo en un tono que acarició su piel—. ¿No sabes que estoy esperando?

La sangre abandonó su cabeza y se le agolpó en la ingle.

—Ven y caliéntate —susurró Mardi.

Eran más de las siete cuando el *Catherine Depeyster* llegó al embarcadero del puerto deportivo. Walter llegaba tarde. Tenía que haber estado en el Elbow a las seis y media, vestido con traje, para reunirse con Jessica y Tom Crane. Iban a tomar unas copas y luego a una fiesta en la colonia. Pero Walter llegaba tarde. Había salido a pleno río, a follar con Mardi van Wart. La primera vez —en la misma puerta de la cabina— prácticamente la había embestido, agarrándose a su carne como un sátiro, un violador, con todos sus demonios concentrados en la hendidura que se abría entre sus piernas. La segunda vez fue más despacio, con suavidad, le hizo el amor. Ella le acarició, le recorrió el pecho con la lengua, jadeó en su oído. Walter la acarició a su vez, se entretuvo largamente en sus pezones, la levantó sobre él. Durante algunos momentos incluso llegó a olvidar el marchito y desgajado muñón de su pierna y la inerte protuberancia de plástico en que terminaba. Ahora, mientras la ayudaba a asegurar el barco, no sabía lo que sentía. Culpa, por una parte. Culpa, y un abrumador deseo de estrecharle las manos, pellizcarle la mejilla o lo que fuera, y desaparecer. Ella le había dicho que iba a ir a una fiesta en Poughkeepsie, y si quería ir con ella sería bienvenido. Él farfulló que había quedado con Jessica y Tom en el Elbow.

Contempló su rostro mientras Mardi ataba las cuerdas y recogía sus cosas. Tenía una expresión evasiva. Walter estaba pensando en su moto, en salir de estampida, en la excusa que podía darle a Jessica, y preguntándose cómo se las arreglaría para conseguir un traje en los siguientes cinco minutos.

Mardi se enderezó y se secó las manos en el impermeable verde.

—¿Qué? —le dijo con voz ronca, ahogada hasta convertirse en un susurro—. Ha estado bien. ¿Te gustaría volver a hacerlo un día de éstos?

Él estaba a punto de decir sí, no, quizá, cuando de pronto la imagen del barco fantasma se irguió ante él y sintió como si la pierna —la buena— fuera a doblarse y a tirarle de bruces contra los duros y fríos tablones del muelle. Se estaba volviendo loco, eso era lo que le pasaba. Veía visiones. Tenía alucinaciones como cualquier gilipollas harto de hierba en Matteawan.

—¿Eh? —dijo ella, y le cogió el brazo y se apoyó en él—. Lo has pasado bien, ¿no?

Fue entonces cuando distinguió la figura que había de pie entre las sombras, al final del muelle. Navajeros. Pensó en los niños que recorren en grupos las calles en la noche de Halloween y amenazan con toda clase de desgracias a quien no les quiere hacer un regalo. Pensó en Jessica, pensó en su padre.

—¡Hola! —llamó—. ¿Quién está ahí?

La luz era mala, el cielo oscuro, una sola farola iluminaba la quieta geometría de mástiles y grúas en el extremo más lejano del embarcadero. Walter sintió cómo Mardi se tensaba junto a él.

—¿Quién anda ahí? —preguntó ella.

Un hombre emergió de entre las sombras y se acercó a ellos haciendo crujir los tablones del muelle bajo sus pies. Era alto, y sus hombros daban la impresión de ser postizos, de haber sido añadidos a su cuerpo después de estar ya formado. Llevaba una camisa de franela abierta hasta el ombligo, a pesar del frío, y el grisáceo pelo le caía por la espalda en una gruesa trenza. Walter supuso que tendría entre cincuenta y cinco y sesenta años.

—¿Eres tú, Mardi? —preguntó el hombre.

Ella soltó el brazo de Walter.

—¡Coño, Jeremy, nos han dado un susto de cojones!

Había llegado hasta ellos y les sonreía. Sus incisivos estaban enfundados en oro y llevaba un collar de hueso del que colgaba una sola pluma.

—¡Uuuuh! —dijo con voz ronca y cavernosa—. ¿Qué os gusta más, un regalo o un castigo?

Ahora Mardi también se reía, pero Walter estaba sombrío. Fuera lo que fuese a pasar allí, no quería quedarse. Miró anhelante su motocicleta y luego se volvió hacia el extraño.

—Yo me quedo con el regalo —dijo Mardi.

—Parece que ya lo tienes —dijo el hombre dedicándole a Walter una sonrisa melancólica.

—¡Ah! —dijo ella volviendo a coger a Walter del brazo—. ¡Ah, sí! —E hizo como si se golpeará la frente en señal de haberlo olvidado—. Éste es mi amigo...

Pero el indio —porque era un indio, y Walter sintió un escalofrío al darse cuenta—, el indio la interrumpió.

—Te conozco —dijo buscando los ojos de Walter.

Walter nunca le había visto. Sintió un nudo en el estómago.

—¿Ah, sí?

El desconocido agarró el cuello de su camisa de leñador y tiró de él como si le ahogara. Luego escupió y volvió a levantar la vista.

—Ajá —dijo con voz áspera—. Van Brunt, ¿no?

Walter estaba atónito.

—Pero, pero ¿cómo...?

—Eres igual que tu padre.

—¿Conociste a mi padre?

El indio asintió, luego inclinó la cabeza y volvió a escupir.

—Lo conocí —dijo—. Sí, lo conocí. Era una auténtica mierda de tío.

Mohonk, o la historia de una puñalada por la espalda

Nació en la reserva de Shawangunk, en Jamestown, Nueva York, en 1909, el hijo de ojos verdes de un padre de ojos verdes. Su madre, una india seneca *ye-oh* cuyos belicosos antepasados habían sido pacificados nada menos que por el propio George Washington, tenía los ojos como aceitunas negras. Ignorando aquellos ojos negros y el belicoso temperamento que acechaba tras ellos, Mohonk padre siguió la costumbre patrilineal de su propia tribu, los kitchawank, de la que era el último superviviente conocido, y bautizó a su hijo como Jeremy Mohonk júnior. La madre del chico estaba escandalizada. Su gente, los guerreros del norte, los supervivientes, establecían su descendencia a través del útero. El chico, insistía su madre, era un seneca y un Tantaquidgeon por derecho propio. Si se casaba con una mujer del clan de su madre, cometería incesto. Pero el Mohonk mayor no cedió. Dos veces, durante el primer mes de existencia de Jeremy, cogió una raqueta de nieve a medio hacer y se la tiró a la cabeza a su mujer, y en una ocasión, tras una disputa especialmente vehemente, la persiguió por los prados de Jamestown con un palo de plantar, agudo como una lanza.

Consecuencia de todo esto fue una informal lucha a cuchillo entre Mohonk padre y Horace Tantaquidgeon, el hermano de su mujer. Estaban limpiando pescado en las orillas del Conewango —percas amarillas, lucios, truchas—, con sus cuchillos reluciendo al sol. Mohonk hijo, que apenas podía abrir los ojos, iba atado a la espalda de su madre y miraba el verde danzante de los árboles y el impasible y quieto cielo que se erguía por todas partes a su alrededor, azul y oceánico. Las manos de los hombres estaban mojadas de sangre y de mucosidad. Escamas traslúcidas se adherían a sus antebrazos. No se oía ningún sonido, excepto el rascar de los cuchillos y el furioso zumbido de las moscas. De pronto, y sin avisar, Horace Tantaquidgeon se levantó y hundió su cuchillo en la espalda del último de los kitchawank, una sola vez. El cuchillo se quedó clavado, temblando, y la hoja se alojó como una astilla entre dos vértebras lumbares.

Por un momento no hubo reacción. El Mohonk mayor, con el pecho desnudo y vestido con pantalones de trabajo manchados, siguió acuchillado sobre un montón de pescado. De pronto sus ojos se volvieron fríos, como si los invadiera una súbita comprensión, y cayó sobre las nalgas, sentado entre aquellos pescados cortados y de mirada fija que saltaron como si hubieran vuelto a la vida... pero no, no permaneció sentado, sino que se cayó hacia atrás, porque las piernas, las tripas, las entrañas se le escapaban y huían a la deriva, como globos hinchados con helio.

Los Tantaquidgeon estaban arrepentidos y compungidos. Horace extrajo un arrugado billete de un dólar de los ocho que guardaba enterrados en una calabaza detrás de su casa, anduvo diez kilómetros hasta Frewsburg y adquirió una silla de ruedas de la viuda de un hombre blanco que se había quedado lisiado en la guerra hispanoamericana. Luego la llevó a casa por la carretera polvorienta que conducía a la reserva. Y Mildred, la mujer díscola, ya no volvió a serlo. No sólo olvidó el tema de la descendencia del pequeño Jeremy (el chico era hijo de su padre, un kitchawank, uno de los dos supervivientes del antaño poderoso clan de la tortuga, y legítimo heredero del territorio de los kitchawank, que estaba más al sur, y punto), sino que dedicó el resto de su vida a cuidar de su marido. Le preparaba estofados de zarigüeya y de venado, recogía para él bayas del bosque cuando era temporada, le aceitaba el pelo y le envolvía en lienzos como si fuera su segundo hijo. Era necesario todo aquello y aún más. Porque Jeremy Mohonk, vástago de innumerables Mohonk, el penúltimo de su raza, nunca más volvería a andar.

Su hijo se hizo hombre en la reserva. Allí la luz era algo que llenaba el mundo visible de su gloria. Había arroyos que se unían, erraban los osos, y las nubes sostenían el sol con la misma suavidad que la mano de una madre. Por la noche escuchaba cómo se formaba el rocío en la hierba, por la mañana contemplaba el sol levantándose entre los árboles, cazaba al acecho, atrapaba ranas, pescaba, trepaba y nadaba. Aprendió a leer y a escribir en la escuela de la reserva; aprendió quiénes eran Américo Vespucio y Cristóbal Colón de labios de un hombre blanco que llevaba el cuello almidonado y tenía la cara como una ciruela pasa. Por las noches se sentaba a los pies de la silla de ruedas de su padre y descubría la historia de su raza.

Su padre se sentaba muy tieso en la silla, manteniéndose erecto con unos brazos eternamente flexionados contra el entumecimiento de su vientre y sus tripas. La herida le había vuelto demacrado, y parecía apagarse más día tras día, año tras año. Como si de alguna forma el cuchillo de Horace Tantaquidgeon hubiera dejado que su espíritu escapara de su cuerpo como aire y sólo le hubiera quedado el pellejo. Pero todavía contaba las viejas historias con voz cantarina, una voz fuerte y sincera, y las contaba con el aliento de la historia. Jeremy no tendría más de cuatro o cinco años cuando las escuchó por primera vez, y era ya un hombre de dieciocho veranos cuando las oyó por última vez.

Su padre le contó cómo Manítú había enviado a la tierra a su gran mujer, y ella se acucilló en el agua que todo lo cubría y engendró la tierra seca. Sin inmutarse por tan maravilloso parto, volvió a concebir y engendró árboles, plantas y por fin tres animales: el ciervo, el oso y el lobo. De ellos descienden todos los hombres de la tierra, y todos ellos, hombres, mujeres y niños, tienen la naturaleza de una de las tres bestias. Los tímidos e inocentes son como ciervos, los bravos, vengativos y justos son como osos, y los falsos y sanguinarios, como el lobo.

Consumido, con la cara ojerosa y las mejillas chupadas hasta los huesos, el viejo Mohonk se sentaba bajo el sombrero de copa que le habían regalado los

Tantaquidgeon como compensación parcial por la herida, y hablaba a su hijo de dios y del demonio, de los espíritus de las cosas, de los *pukwidjinnies*, los *neebarrawbaigs* y los duendes que acechaban en las quietas y silenciosas lagunas del valle del Hudson. Jeremy cumplió once, doce, catorce años. Su padre se estaba muriendo, pero las historias no se terminaban. En la escuela aprendió que Lincoln había liberado a los esclavos, que la raíz cuadrada de cuatro es dos, y que todas las cosas del mundo se componen de átomos. En casa se sentaba con su padre ante el fuego mientras el espíritu de las llamas alzaba sus lenguas a través de un chisporroteante tronco.

Después de la muerte de su padre, el último de los kitchawank no tenía ningún motivo para quedarse en la reserva. Su madre, sempiterna enemiga de su tribu y traidora a su padre, tomó otro esposo antes de que la hierba amarillara en su tumba. Horace Tantaquidgeon, que le había enseñado a cazar, a pescar y a fabricar recipientes de barro, ahora le volvió la espalda, como si al morir su padre hubiera quedado pagada la deuda. Y aunque Jeremy se hubiera quedado a terminar la escuela para obtener un diploma del hombre blanco, descubrió que las puertas de Jamestown estaban cerradas para él. Eh, gran jefe, le decía la gente en la calle, ¿dónde está tu tienda? ¡Eh, Jerónimo! No, no se le había perdido nada en Jamestown, y por eso lo más natural era hacer un hato con sus posesiones —el cuchillo que le había arrebatado a su padre el uso de las piernas, un saco de dormir de piel de oso, dos trozos de anguila seca, un gastado ejemplar del libro de Ruttenburr *Las tribus indias del río Hudson*, y el notocordio de un esturión que su padre le había ceñido al cuello para recordarle la perfidia del día de los peces—, dirigirse hacia el este, seguir el curso del Susquehanna y el Delaware, atravesar la cordillera de los Catskills hasta la resplandeciente apoteosis de la tecnología moderna que era el puente de Bear Mountain, y remontar el histórico río hasta las colinas del propio Peterskill.

Le sorprendió bastante ver que en aquellas colinas había casas, que las calles estaban pavimentadas con ladrillos y adoquines y que había hileras de automóviles y postes de telégrafo. Alimentado con viejas historias, había esperado algo distinto. Si no bosques virginales, arroyos libres y fuegos en campo abierto, al menos un soñoliento pueblo holandés con perros ladrando en las calles y un silencio de mediodía que penetrase hasta la médula de los huesos. Quedó tristemente decepcionado. Porque en 1927 Peterskill estaba en plena revolución industrial, se sacudía el polvo y corría en pos de los billetes de banco. Para un indio que venía de la reserva aquello era un hervidero, sucio, un verdadero pandemónium. Por otro lado, tampoco era un mal sitio para perderse. Por la calle nadie se fijaba en un indio. Nadie sabía siquiera lo que era un indio. Eran capaces de distinguir a los emigrados checos, polacos, italianos, irlandeses y judíos, incluso a los negros que se dejaban caer por allí, pero ¿a un indio? Los indios llevaban tocados de plumas y una ropa muy rara, y vivían en tiendas en alguna parte del oeste.

Vestido con los pantalones de trabajo y la descolorida camisa de franela que usaba en la reserva, el pelo cortado con el cuchillo que se había clavado en la carne de su

padre, Jeremy apareció un día a las siete de la mañana ante la puerta de la fundición de Van Wart, en la calle Water, y pidió trabajo. Media hora después estaba esquivando cubas de hierro fundido, martillo y lima en mano, limpiando la escoria de los moldes. La primera semana durmió junto a unos arbustos de pimienta de agua, cerca de la boca del arroyo de Acquasinnick, y dos veces se despertó empapado. En cuanto le pagaron alquiló una habitación en una pensión del extremo oeste de la carretera de Van Wart. Desde allí, en los atardeceres cada vez más cortos, en las tardes de los sábados y en las frescas mañanas de los domingos, andaba hasta las colinas para reunirse con el espíritu de sus antepasados.

Fue en una de aquellas caminatas cuando conoció a Sasha Freeman.

Sin llevar consigo nada que permitiera su identificación a ojos del observador casual como el andariego y amante de la naturaleza que era —no llevaba mochila, ni cantimplora, ni bastón, ningún bocadillo envuelto en papel de cera—, Jeremy emprendió su camino ascendente hacia el arroyo de Van Wart en una cálida tarde de septiembre, apartándose de las carreteras, así como de las casas de campo y las granjas. No quería toparse con perros guardianes, tapias, carteles prohibiendo el paso ni inquisitivas miradas de hombres blancos. En su elemento, en los bosques que habían engendrado a sus antepasados, quería ver adónde bajaba a beber el ciervo, en qué lugar de la hierba anidaba la codorniz, quería ver las truchas dando coletazos en la corriente y medir sus reflejos con una que le sirviera de almuerzo... No era nada personal, pero cuando salía de las paredes de la fundición quería ver el mundo tal como había sido, y los rostros pálidos no formaban parte de él.

Pero fue un rostro pálido lo que descubrió mirándole con alarma desde unos arbustos de laurel silvestre mientras seguía un meandro del arroyo y salvaba un abedul caído de un solo y largo salto inconsciente. La cara del blanco era barbuda, con gafas, de ojos pequeños y recelosos, y estaba unida al rígido y blanco cuerpo de un hombre desnudo con un libro en la mano. Jeremy se paró a media zancada, tan sorprendido de que hubiera un hombre desnudo entre los arbustos de laurel silvestre como si lo hubiera encontrado en su propia cama, dudando si debía escabullirse en el sotobosque o continuar su camino como si tal cosa. Pero antes de que pudiera tomar cualquier decisión, el hombre blanco se levantó, se puso unos holgados calzoncillos, exclamó «¡Hola!» y le tendió la mano a modo de saludo:

—Sasha Freeman —dijo agitando la mano del indio como si le hubiera estado esperando durante toda la tarde.

Jeremy abrió la boca desconcertado. El extraño mediría al menos treinta centímetros menos que él, tenía los hombros redondeados, y era flaco, con la musculatura de una chica adolescente y una frondosa maraña de pelo negro y rizado que se diseminaba como un pellejo por sus miembros, su espalda, incluso por sus manos y pies. El único sitio en que le faltaba pelo, al parecer, era la coronilla, donde clareaba, pese a que no debía de tener mucho más de veinte años.

—Usted también es adicto al aire libre, al parecer —dijo el extraño mirando los

árboles de soslayo.

—Claro —murmuró Jeremy estrechando torpemente la mano que le ofrecían—. Adicto al aire libre. Es verdad. —Estaba incómodo, impaciente, enfadado con aquel extraño que había irrumpido en su soledad, y estaba ansioso de seguir arroyo arriba y explorar el afluente que se desviaba hacia la izquierda y ascendía la loma hasta la corona del bosque. Pero Sasha Freeman, con su loca sonrisa dentada y sus piececillos danzantes, ya le había cogido del brazo y le estaba ofreciendo un bocadillo, algo de beber, un asiento en su manta, y por alguna razón, en parte por deseo de complacerle, en parte por su soledad, Jeremy se unió a él.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —dijo Sasha Freeman tendiéndole medio bocadillo de ensaladilla y una taza de estaño llena de ponche de frutas.

—Mohonk —respondió Jeremy con la mirada perdida a lo lejos—. Jeremy Mohonk.

—Mohonk —repitió el extraño en tono reflexivo—. Creo que nunca lo había oído. ¿Es una abreviatura de algo?

En realidad lo era.

—De Mohewoneck —dijo Jeremy mirándose los pies—. Fue un gran *sachem* de mi tribu.

—¿Su tribu? —Tras las gafas de montura metálica que le daban el aire de un sabio despistado, los ojos de Sasha Freeman parpadearon de asombro—. Entonces, ¿es usted...?

—Exacto —dijo Jeremy, y sintió que crecía una fuerza en su interior, como si fuera un árbol arraigando en la tierra, como si de pronto hiciera suya toda la energía de aquel suelo ancestral que yacía bajo sus pies. Nunca había pronunciado aquellas palabras, pero en aquel momento las pronunció—: Soy el último kitchawank.

Fue el principio de una amistad.

Durante los dos años siguientes —hasta que la Depresión se abatió sobre ellos y Sasha se vio forzado a volver con sus padres al Lower East Side, hasta que la fundición se fundió y Jeremy perdió su trabajo y dejó la casa de huéspedes para reclamar su derecho de primogenitura a Rombout van Wart— se encontraron casi cada fin de semana. Ninguno de los dos tenía coche, así que Sasha salía en bicicleta de la casa de sus abuelos en la colonia Kitchawank, y una vez juntos caminaban a lo largo del río pescando en las ensenadas o escalaban los picos de los Highlands; por la noche acampaban a la manera antigua, en una cabaña hecha de ramas de arce inclinadas y entrecruzadas. O cogían el tren para ir a Nueva York y ver lo último de Pickford, Chaplin o Fairbanks, asistir a conferencias sobre la revolución popular rusa o a mítines del IWW^[3].

Por su parte, Sasha Freeman, hombre de ciudad y futuro novelista, que en el otoño de 1927 llevaba tres meses fuera de la Universidad de Nueva York y daba clases gratuitas en la escuela libre de la colonia, pensó que con Jeremy había encontrado el eslabón que le unía a una forma de conocimiento más profunda y

antigua. Era como si la tierra se hubiera abierto y las piedras hubieran empezado a hablar. Jeremy no sólo le enseñaba a distinguir las pisadas del zorro o del ciervo, o a hacer un brebaje de raíces contra el efecto de una hierba venenosa, el impétigo o la difteria, no sólo le enseñaba a adentrarse en los bosques pertrechado únicamente con su ropa, y sobrevivir, no, le dio más, mucho más: le dio historias. Leyendas. Historia. Al calor de un fuego de campamento en el monte Anthony's Nose o en la colina de Breakneck, con la nieve filtrándose del cielo, Sasha Freeman aprendió la historia del pueblo de Jeremy, un pueblo disperso como el suyo, hacinado en reservas que eran como los guetos judíos de Cracovia, Praga o Budapest. Escuchó la historia de la gran mujer de Manítú y la de la traición de Horace Tantaquidgeon, oyó hablar de la escuela de la reserva y de las bienintencionadas pero inútiles enseñanzas del maestro de la cara arrugada y el cuello almidonado. El humo ascendía hacia el cielo. Llegó la primavera, después el verano y luego otra vez el otoño. El indio narró todas las leyendas, confió todos sus recuerdos, entregó su historia como si fuera su testamento.

Ocho años más tarde Sasha Freeman publicó su primer libro, una polémica obra titulada *Marx entre los mohicanos*. Situaba en ella al formidable Marx en una época pretérita de la historia, la época en que América aún no había sido colonizada, lo cual le permitía atacar el estado de esclavitud de la moderna sociedad industrial contrastándolo con la simple sociedad comunal de los indios. ¿Qué importaba que sólo vendiera cincuenta y siete ejemplares, la mitad en un mitin de la Liga de las Juventudes Socialistas al que asistieron seis de sus primos de la calle Pearl? ¿Qué importaba que lo hubieran impreso en un sótano y que la cubierta de papel se deshiciera con sólo mirarla un par de veces? De alguna forma había que empezar.

¿Y qué recibió Jeremy a cambio? Camaradería, por una parte: Sasha Freeman era el primer amigo blanco que había tenido y fue el único amigo que tuvo en Peterskill. Pero recibió algo todavía más importante. El propio Jeremy se abrió a una nueva forma de pensar, a una nueva forma de percibir el mundo que se había tragado a su pueblo como si fueran ovejas: se volvió radical. Sasha le llevó a reuniones clandestinas del IWW. Le dio a conocer *Diez días que sacudieron al mundo* y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Le dio a conocer a Marx, Lenin, Trotski, Bakunin, Kropotkin, Proudhon y Fourier. Jeremy aprendió que la propiedad es un robo, que la destrucción es una forma de creación y que la acción revolucionaria es el medio más eficaz de propaganda. Le golpearon matones a sueldo a las puertas de una fábrica de zapatos de Paramus, Nueva Jersey. Le pegaron con porras, garrotes, quebrantahuesos y estacas en las calles de Brooklyn, Queens y la parte baja de Manhattan, y todo eso le endureció aún más. Su pueblo nunca había poseído la tierra que pisaba, pero había vivido en ella y con ella, había formado parte de ella. Ellos no habían comprado, vendido ni expropiado los medios de producción. Habían vivido en sus clanes, con un sistema cooperativo, plantando y recogiendo juntos, compartiendo la caza, fabricando su ropa y sus herramientas con lo que les daba la naturaleza. Por supuesto. Y el hombre blanco —los capitalistas, con su codicia por las pieles, la madera y las tierras

— cambió todo aquello para siempre. Estranguló una sociedad grande y generosa, una sociedad comunista. Sasha Freeman escribió un libro. Jeremy Mohonk subió la colina hasta Nysen's Roost, un lugar antiguo que le hablaba como ningún otro, y derribó de un puñetazo a Rombout van Wart —el símbolo más claro del expropiador—, le aplastó como a un insecto.

En la cárcel se mostró recalcitrante, tan duro y firme como las piedras que habían apilado una sobre otra para construir la prisión. Normas de la cárcel, le dijo el guardia el día en que le condujeron por la puerta de entrada y por un largo corredor gris hasta la silla del barbero. Se había dejado crecer el pelo hasta que le cayó por la espalda en una coleta tan gruesa como su brazo, y llevaba el notocardio ceñido a la frente como un trozo de tripa. Y si cuando conoció a Sasha Freeman era alto y delgado, ahora pesaba dieciocho kilos más, y seguía aumentando. Hicieron falta cuatro hombres para sujetarle mientras le afeitaban la cabeza. Le arrancaron el notocardio de esturión y lo tiraron a la basura. Para mejorar su actitud le prescribieron tres semanas de aislamiento.

Cuando pasaron las tres semanas le asignaron una celda en el bloque de la cárcel. Su compañero de celda era un blanco, un ladrón, con la piel del color de la masa cruda y todo el cuerpo lleno de tatuajes como manchas de uva. Jeremy no quería hablar con él. No quería hablar con nadie, ni con sus compañeros presos, ni con los guardias, ni con los funcionarios, ni con el pobre capellán de gordo culo que asomaba la cabeza por la puerta de la celda una vez al mes más o menos. Los odiaba a todos como si fueran uno solo, la raza que había contaminado su sangre, había robado sus tierras y le había encerrado allí, la raza de los capitalistas y devoradores del dinero. Tenía veinte años, y por cada uno de los que había vivido tenía que cumplir otro: veinte años, había dicho el juez pronunciando las palabras con la dureza de un puñetazo en el ombligo. Veinte años.

Durante el segundo mes uno de los guardias —gordinflón y picado de viruela, un ignorante irlandés de Verplanck— le eligió para burlarse de él con todos los viejos epítetos desdeñosos: gran jefe, Hiawatha, *squaw*, comeperros. Como Jeremy se negó a responder, el irlandés fue aún más lejos: le tiraba agua sucia, le escupía a través de los barrotes, le despertaba a altas horas de la noche para inspecciones atrabiliarias. Jeremy parecía sordo y mudo, labrado en piedra. No se inmutaba, no hablaba, nunca manifestaba sorpresa ni temor. Pero una mañana temprano, cuando la luz de los focos había empezado a fundirse con el gris del amanecer, Jeremy estaba de pie en las sombras junto a la pared de su celda, al acecho. El irlandés iba despertando a los presos; avanzaba por el bloque de celdas con un bastón que hacía resonar contra los barrotes mientras profería maldiciones y gruñidos, y su paso iba seguido por los ruidos que hacían los presos al saltar de la cama.

«¡Levantaos y poneos guapos! —exclamaba con maligna alegría, y lo repetía una y otra vez mientras avanzaba hacia la celda de Jeremy—. ¡Arriba y manos a la obra!».

El indio seguía esperando, inmóvil, tan atento como si fuera tras un ciervo o un oso. Y al fin el irlandés llegó a su altura; el bastón resonaba en los barrotes, y su voz era insultante y sádica: «¡Eh, Jerónimo! ¡Eh, gilipollas! ¡Muévete!».

Jeremy sacó ambos brazos por entre los barrotes y le agarró del cuello. Le habían hecho trabajar en la cantera, e hizo presa con la fuerza de todas las generaciones desaparecidas de los Mohonk. El guardia soltó el bastón con estrépito y se agarró desesperadamente a las muñecas del indio. Su cara era como una ampolla. Hinchada. Roja e hinchada. A unos centímetros. Si Jeremy lograba aguantar lo suficiente, reventaría para siempre. Pero había alguien tras él —su compañero de celda, aquel tatuado idiota— gritando y tirándole de los brazos, y luego ya eran dos, tres guardias más, con sus porras lloviéndole en las manos, las muñecas, y todo el bloque de celdas agitado en un tumulto. Al final lograron hacerle soltar su presa, pero agarró la blanda y gorda cara de uno de los otros y se la retorció hasta que sintió ceder los huesos. Después entraron en la celda, se echaron todos sobre él y le administraron su propia y peculiar justicia.

Le castigaron con tres meses de aislamiento y dos años de cárcel que se sumaban a su condena.

Así fue su carrera en Sing Sing. Luchó contra ellos cada minuto, cada segundo de cada día. Cuando llegó la guerra y soltaron a atracadores, desvalijadores de casas e incendiarios para luchar contra los fascistas, él no se rindió.

—Vosotros sois los fascistas —dijo al alcaide, al encargado del reclutamiento y a los guardias que había ante él en la oficina del alcaide—. La revolución os enterrará.

Por lo que recordaban, era la primera vez que Jeremy hablaba desde hacía años. La puerta de la celda se cerró tras él.

Pero pese a toda su determinación, pese a toda su dureza, la cárcel acabó quebrantándole. Conoció a presos que fueron ejecutados, vio hombres que habían pasado toda la vida entre rejas, con la espalda encorvada, las caras hundidas. Él todavía era joven. El último de su linaje. Su misión en la vida era recobrar algo de lo que su tribu había perdido, buscar una mujer de pura sangre —una shawangunk, una oneida, incluso una seneca, como había hecho su padre— y mantener viva su raza. Tenía que errar por los bosques, recordar la antigua forma de vivir, honrar los lugares sagrados... No había nadie más que pudiera hacerlo, nadie entre las hordas pululantes que asolaban la tierra como langostas. La conciencia de ello le suavizó. Los años de guerra pasaron. Sing Sing estaba en calma, vacío. No buscó más problemas. En 1946, cinco años antes de cumplir su condena, le dejaron libre.

Salió andando por la puerta a las ocho de una helada y ventosa mañana de diciembre, con un traje barato y un abrigo que le habían dado en la cárcel, y con la magra recompensa por sus diecisiete años de trabajo bien guardada en el fondo del bolsillo de la pechera. Al caer la noche estaba de vuelta en Nysen's Roost, acurrucado junto a un fuego con una lata de carne de buey picada y con el cuchillo que había adquirido en una tienda de empeños de Peterskill, un cuchillo idéntico al que Horace

Tantaquidgeon había insertado entre las vértebras lumbares de su padre en una época que parecía tan lejana como el primer momento de la historia.

Vivió allí durante un año antes de que lo descubrieran. Había construido una cabaña de madera y papel alquitranado por la mitad de lo que le había costado a Thoreau edificar la suya un siglo antes. Levantada detrás del roble blanco, en el lugar que le hablaba, precisamente donde se había alzado su primera cabaña apenas veinte años atrás. Lo que no tenía —clavos, un hacha, plástico para las ventanas— se lo agenció de los propietarios de las casas que llenaban los márgenes de sus dominios con sus caminos asfaltados y sus barbacoas de ladrillo. Cuando el traje que le habían dado en la cárcel quedó inservible, se hizo un taparrabos y una zamarra con la piel de un gamo. Para cocinar tenía una cazuela de barro, moldeada, acabada y cocida como se había hecho durante siglos.

Era el año 1947; la estación, el otoño. Standard Crane, hijo de Peletiah, un hombre de nariz afilada y redondos ojos de halcón de más de treinta años, estaba cazando ardillas una mañana cuando tropezó con la cabaña. Jeremy, con su manchada piel de gamo y las plumas remeras de un halcón de cola roja trenzadas en su pelo, salió al porche y le lanzó una mirada corrosiva. Confuso, Standard dejó caer el cañón de su escopeta, se echó la gorra hacia atrás y se rascó la cabeza. Por un momento se quedó tan desorientado, sorprendido y asombrado que sólo pudo proferir una serie de ruidos tratando de aclararse la garganta, que el indio interpretó como una rudimentaria llamada de caza. Pero luego, arrastrando los pies, se las compuso para decir «Buenos días» y continuó preguntando si Jeremy y él se conocían. El indio, recordando a Van Wart, no dijo nada. Al cabo de un momento Standard se caló la gorra y echó a andar por el camino.

Pero Standard Crane no era un Van Wart. Ni su padre, Peletiah, quien, pese a tener un resfriado de cabeza, los ojos reumáticos y una rodilla mala, hizo todo el camino a pie hasta la cabaña, con cuatro grados bajo cero, para ver aquel prodigio, aquel indio de ojos verdes que había ocupado su tierra. Jeremy les estaba esperando. En el porche. Dispuesto a cualquier cosa. Pero Peletiah sólo le saludó con una inclinación de cabeza y sin esperar a que le invitara se sentó junto a él en el escalón toscamente desbastado. Standard, que había hecho de guía a su padre, se quedó atrás y sonrió avergonzado. Peletiah sacó una bolsa de papel de plata del bolsillo interior de su chaqueta de caza escocesa roja y negra, ofreció al indio tabaco de mascar y luego, de la manera más amistosa que pueda imaginarse, le explicó cómo había adquirido la tierra del difunto Rombout van Wart.

El indio era un público difícil. Rechazó el tabaco con un gesto tan lacónico como si hubiera espantado una mosca, y luego convirtió su rostro en una máscara. Aunque su expresión no lo reflejaba, estaba secretamente complacido de oír que la tierra había quedado fuera del control de los Van Wart, y profundamente satisfecho de descubrir que el hijo de puta que le había metido entre rejas ya no estaba entre los vivos. Y escuchó, tan mudo como los pelados troncos del porche, mientras el jadeante

hombre blanco seguía explicándole cómo había adquirido la propiedad, y tanteaba la cuestión de la identidad de Jeremy como un mosquito buscando un pedazo de carne desnuda. Pero cuando Jeremy le interrumpió a media frase y citó a Proudhon, cuando insistió en que la propiedad era un robo y que tenía un derecho tribal a vivir allí bajo el roble sagrado y a maldecir a todos los ladrones y expropiadores, Peletiah le sorprendió.

Aquel esquelético hombre blanco de ojos líquidos y nariz puntiaguda no sólo pudo responder a su cita con otra, sino que además estaba de acuerdo.

—Sobre el papel, soy el propietario de esta tierra —dijo Peletiah agachando la cabeza para escupir y mirando a su alrededor con una meditabunda y leve sonrisa que apenas dividió sus labios—, pero de hecho pertenece a todo el mundo por igual, a todo hombre que camina por la tierra. Aquí no encontrará carteles que prohíban el paso.

Jeremy miró hacia los árboles como para comprobar la afirmación y se encontró observando los reticentes ojos del cazador de ardillas. Standard estaba apoyado contra un árbol a unos seis metros de la cabaña y se limpiaba los dientes meditativamente. Al oír la mención de los carteles hizo un profundo ruido con su garganta, intentando aparentar buen humor y diversión, pero que sonó más bien como el estertor agónico de un ahogado.

—Compré esta tierra porque tenía dinero cuando nadie más lo tenía y porque me costó una bagatela —decía Peletiah—. Había algo en este lugar. Pensé que me gustaría construir algo en él algún día, pero ya sabe cómo son las cosas... —Hizo un ademán como apartando la idea. Tenía los ojos perspicaces y la leve sonrisa seguía en sus labios—. ¿Lo quiere? —preguntó al cabo de un momento—. ¿Quiere acampar aquí, nadar en el arroyo, cazar en el bosque? Adelante, es suyo. Más poder para usted.

Dos años después Peletiah hizo extensiva la invitación a veinte mil personas de mentalidad similar, y el campo de abajo, en el extremo más lejano del arroyo de Acquasinnick, se llenó de gente. Aquello era algo bueno, un triunfo, pero fue la primera noche —la noche del concierto abortado— cuando tuvo lugar la verdadera prueba. Aquella noche sólo se presentaron ciento cincuenta, con sus cestas de merienda y sus mantas para tumbarse en la hierba. Jeremy les observaba desde los árboles. No tenía ni idea de que Sasha Freeman había organizado el acontecimiento —no había vuelto a saber de él en veinte años—, pero aquello era algo que él podía aprobar, algo que podía comprender y aplaudir.

Cuando empezaron los problemas no titubeó. Rodeando el campo, una sombra entre las sombras, sorprendió a los veteranos armados con porras y a los muchachos furtivos saliendo de entre los arbustos con un grito o simplemente levantándose ante ellos como un demonio enfurecido. La mayoría, al verle, ponía pies en polvorosa,

pero hubo algunos —más borrachos o más locos que el resto— que se le acercaron. Era lo que él quería. Rompió narices, hizo sangrar labios, magulló costillas, y cada patada, cada puñetazo eran una deuda pagada. Un panzudo veterano se le acercó con una barra de hierro, y Jeremy le propinó una patada en la ingle. Le arrebató la estaca a un hombre que tenía ojos de cerdo, hundidos y ribeteados de rojo, y le golpeó la espalda hasta que empezó a chillar. Al descubrir sangre en sus manos y antebrazos, se detuvo para describir un solo trazo encarnado bajo cada uno de sus ojos, y luego, con un aspecto fiero y aborígen, con el aire de un antiguo guerrero, persiguió a un par de chicos hasta hacerles estallar en lágrimas pidiendo piedad. Piedad era algo que nunca había conocido, pero detuvo la mano pensando en Peletiah, pensando por una vez en las repercusiones. Los dejó marchar. Y luego, cuando la oscuridad empezó a espesar las ramas de los árboles y los gritos del camino se hicieron más infernales e inconexos, se arrastró instintivamente hacia el campo abierto que había al norte, y allí, en la creciente penumbra, conoció a Truman van Brunt.

Truman llevaba un polo y un par de pantalones blancos y abombados, y estaba charlando con un hombre de fuertes brazos y ensangrentada camisa de trabajo, y con lo que parecía un niño de seis o siete años. Aunque el indio no había visto nunca a Truman, y no se enteró de su nombre hasta la mañana siguiente en la cocina de Peletiah, había algo familiar en él, algo que se pegaba a su conciencia como un sueño a medio recordar. Agazapado en los arbustos, Jeremy observaba. Y escuchaba.

El hombre de los fuertes brazos estaba muy excitado; tenía una mirada salvaje y se rascaba las manos como si sufriera un picor incontenible. Quería saber si el hombre del polo haría un sacrificio por ellos, si intentaría deslizarse entre la multitud y conseguir ayuda, porque si la ayuda no llegaba pronto, estaban perdidos. Truman no titubeó:

—Claro —dijo—. Pero sólo si me llevo a Piet. —Y señaló al chico.

Fue entonces cuando habló el chico:

—Joder, sería estupendo que me llevaras contigo.

Y Jeremy se dio cuenta de su error. Volvió a mirarle. No era un chico, no, era un hombre, un enano, y su torcida y blanca carita tenía una expresión diabólica; era un *pukwidjinny* hecho realidad. Jeremy apretó los puños. Algo iba mal allí, desesperadamente mal. De pronto les llegó un grito desde el lugar del concierto, y el hombre de los brazos fuertes dirigió una nerviosa mirada por encima de su hombro.

—Llévatelo —dijo, y Truman y el enano echaron a andar campo a través.

El indio les dio un minuto, hasta que el hombre de los brazos fuertes dio media vuelta y se encaminó hacia el escenario, y luego salió de entre los árboles y siguió a Truman. Silencioso y lento como una estatua móvil, inclinándose, agachándose cautelosamente, se acercó sigiloso al hombre del polo y a su pequeño compañero. Truman no miró hacia atrás ni una sola vez. De hecho, caminaba a zancadas por el campo como si no tuviera nada de que preocuparse, como si fuera domingo y entrara en un restaurante a tomarse un almuerzo tardío en vez de ir a arriesgar el cuello entre

aquellos perros furiosos del camino que había frente a él. El indio, apresurándose para alcanzarle, pensó que debía de estar loco. O eso, o era el hombre más valiente del mundo.

De pronto tres figuras aparecieron entre los árboles al borde del camino y miraron a Truman y al enano. Llevaban gorras de legionario y camisetas sucias. Los tres blandían armas: gatos de coche y cadenas para la nieve sacadas apresuradamente de los maleteros.

—¡Eh, amigos de los negros —gritó el que iba en medio—, venid con papá!

Jeremy se hundió en la hierba, dispuesto a intervenir si había problemas. Pero no hubo ningún problema. Eso fue lo raro. Truman fue directo hacia ellos y dijo algo en tono bajo y urgente, algo que el indio no pudo oír. Pero fuera lo que fuese, pareció aplacarles. En vez de alzar sus armas, en vez de molerles a golpes como los perros locos y los instrumentos del capitalismo que eran, inclinaron la cabeza asintiendo y sonrieron como si les hubieran contado el chiste del siglo. Y luego, increíblemente, uno de ellos le pasó una botella y Truman bebió un trago.

—Depeyster van Wart —dijo Truman, y su voz se hizo de pronto clara, como si estuviera junto al indio—. ¿Le conocéis?

—Claro —fue la respuesta.

—¿Está en alguna parte del camino o qué?

En aquel momento un sordo bramido se levantó en el terreno del concierto, y los cinco —el enano, los legionarios y Truman— volvieron la cabeza. Jeremy contuvo el aliento.

—Yo le he visto cerca de la curva, allí, más arriba del camino, en el terreno de Crane. —El hombre que llevaba las cadenas para la nieve era el que hablaba, y la seca aspereza de su voz era subrayada por el ruido del metal al entrechocar—. Vamos a hacerles una visita a esos cabrones enseguida, porque ya está oscureciendo.

—Llevadme con él, por favor —dijo Truman, y el indio, enterrado en la hierba como un cadáver, sintió frío y una aprensión que era como una puñalada por la espalda, como el mensaje de duro filo que su padre recibiera de Horace Tantaquidgeon en tiempos pasados—. Tengo noticias que darle.

—¡Cerdos judíos y negros de mierda, cerdos judíos y negros de mierda! —cantaba el enano con la voz ahogada y nasal, repitiéndolo mientras bebía de la botella que Truman le había pasado. Luego los cinco salieron de entre los árboles que bordeaban la carretera. En cuanto se fueron Jeremy Mohonk se levantó de la hierba. Hombres blancos. Habían traicionado a los kitchawank, a los weckquaesgeek, a los delaware y a los canarsee, y también traicionaban a los de su propia especie. Notó en sus labios el sabor de la mierda que le habían hecho comer en la cárcel. Pensó en Peletiah, pensó en los hombres a los que había castigado en el bosque, pensó en las mujeres y los niños acurrucados en el escenario con sus folletos y sus cestas de merienda. Pensó en ellos y se levantó para salir de los arbustos y seguir al soplón del polo y el pantalón blanco.

En la carretera todo era confusión. Algunos coches aparcados en los laterales habían encendido las luces y el asfalto brillaba lleno de cristales rotos. En aquella desnuda luz blanca el indio pudo ver grupos de hombres subidos a las vallas o sentados en sus coches como si esperaran un despliegue de fuegos artificiales o el concurso de vaquillas de la feria del condado. En el aire había un olor a pintura abrasada, a creosota y a goma quemada. En alguna parte sonaba una radio. Jeremy sacó pecho y emergió de los arbustos entre dos coches aparcados. Esquivó un grupo de chicas jóvenes que se pasaban una botella de vino y se dirigió al camino. Nadie le dijo una palabra.

El ruido se hizo más alto a medida que se acercaba a la entrada del lugar del concierto: gañidos, gritos, maldiciones, risas estentóreas de borrachos y el rugido de los motores al acelerar. Grupos de hombres con armas improvisadas pasaban junto a él, y niños, algunos de los cuales apenas tendrían nueve o diez años, corrían camino arriba con sacos de piedras. Un poco más adelante, en medio del camino, yacía un coche volcado y ennegrecido, y otro ardía furiosamente tras él. Jeremy apretó el paso estirando el cuello de vez en cuando, esperando avistar al Judas del polo y a su pequeño y repugnante compañero. Un hombre con gorra cuartelera y el pecho lleno de medallas le gritó algo, una vieja con las perneras de los vaqueros arremangadas blandió una bandera en su cara. El humo le entraba en la nariz y la sangre se le había secado bajo los ojos. Estaba a punto de empezar a correr cuando le vio. Truman. Apoyado en la ventanilla de un Buick último modelo. En el mismo instante vio también al enano, apoyado despreocupadamente en la valla y mirando la conflagración que les rodeaba con aparente satisfacción.

El indio siguió andando y al pasar pudo vislumbrar al hombre que se sentaba al volante del Buick. Conocía su cara, aunque nunca la había visto antes, conocía la boca malhumorada y la barbilla proyectada hacia fuera, los ojos como hierros candentes: era la cara del hombre que le había enviado a la cárcel, la cara de un Van Wart. Luchando con el deseo de mirar hacia atrás, Jeremy sintió que los ojos del enano se posaban en él y continuó hacia delante. Estaba a punto de volverse —¡si hubiera podido encontrar a aquel facha soplón a solas...!— cuando una horda de patriotas, conducidos por el camarada de Truman que llevaba las cadenas, desfilaron junto a él.

Protegido por la diversión —todas las cabezas, incluso la del enano, se habían vuelto a observarles correr por el camino hacia el indefenso prado—, Jeremy se agachó entre dos coches, se acucilló y esperó. Un momento después Van Wart salió del Buick, dijo algo a Truman y echó a andar hacia la barricada que había a la entrada del concierto. Truman y su *pukwidjinny* fueron tras él, y el indio, después de contar hasta diez, se levantó de las sombras para seguirlos. Se estaba arriesgando —la chusma podía caer sobre él en cualquier momento, porque su piel, su pelo y sus ropas eran algo que ellos nunca habían visto y podía parecerles un negro o un comunista—, pero no le importaba. El odio le espoleaba, y serpenteó a través de los corros de

hombres furiosos como si fuese invisible.

Cuando se acercaba a la barricada la multitud se hizo más compacta y las sombras oscuras se movían entrando y saliendo bajo el resplandor estático de los faros, que iluminaban el estrecho camino de tierra. Aquél era el ombligo de la confusión y la contienda, con la rabia estampada en todas las caras, las voces reducidas a un grito colectivo, y la muchedumbre empujando hacia un lado y luego hacia el otro. Jeremy estuvo a punto de perder su presa —las caras todas iguales, camisas, hombros y sombreros, los cuerpos apretujados—, pero luego vio a Van Wart charlando con un hombre calvo que llevaba la camisa abierta, y justo detrás de él estaban Truman y el *pukwidjinny*. Truman no charlaba con nadie. Se agitaba entre la multitud como si tuviera prisa, dirigiéndose hacia la carretera para alejarse del enmarañado asunto de la traición y el fanatismo. El enano iba detrás de él, visible sólo como una especie de muesca que se movía sobre el fondo más elevado de la multitud. «Se escapa», pensó Jeremy, y corrió hacia delante, sin preocuparse de las consecuencias, empujando a los patriotas como si fueran de paja.

«¡Eh! —le gritó alguien—. ¡Eh, tú!». Pero él no se molestó en volver la cabeza.

Cuando Jeremy consiguió liberarse de la muchedumbre, Truman y el enano estaban a noventa metros, en la carretera, dos coágulos negros contra la frondosa textura de la noche. Se apresuraron por entre una hilera de coches atascados y apedreados en la oscurecida cuneta, y luego doblaron por un camino de tierra que serpenteaba a través del bosque en dirección a Peterskill. Jeremy echó a correr. Pasó junto a un par de quinceañeros que se inclinaban sobre una lata de gasolina en la oscuridad, esquivó a un hombre que estaba de pie, desprevenido y atónito en medio de la carretera, y vio una aterrada cara negra mirando desde la ventanilla de un coche atascado. Un momento después, todavía corriendo, llegaba al camino. Inmediatamente vio que su suerte había cambiado. Los gritos de la multitud enmudecían al llegar allí, y la carretera estaba desierta: aquélla era la oportunidad que había estado esperando.

Se acercó, a Truman sin ser visto, con pasos rápidos y silenciosos sobre la tierra, deslizándose hacia la figura sombría que había frente a él como un zaguero atajando hacia la línea de ensayo del contrario. Le atacó en la región lumbar —algo cedió: hueso, cartílago, goznes que necesitaban aceite—, y le hizo caer de bruces al suelo. En el momento del impacto el enano saltó a un lado con un chillido y Truman jadeó por la sorpresa antes de que el compacto polvo del camino le cortara el aliento. El indio iba a matar a aquel hijo de perra del polo, a aquel traidor, a aquel hombre blanco; cerró un brazo en torno a su garganta y le hundió la cara en el suelo. Cuando acabara con él se levantaría y aplastaría al enano como si fuera un huevo.

—¡Suelta! —gritó Truman ahogadamente tirando del brazo del indio—. ¡Suelta!

Maníaco y chillón, el enano saltaba una y otra vez en el polvo como un roedor enjaulado.

—¡Asesinato! —chilló agudamente—. ¡Socorro! ¡Asesinato!

Y así habría sido, con el poderoso Truman cogido por sorpresa, reducido e impotente bajo la rabia de su invisible adversario, la primera fatalidad de los tumultos... Y así habría ocurrido, de no ser por el enano. Chilló y cien pies acudieron corriendo, docenas de patriotas, matones, fascistas y racistas resucitados con sangre en las manos. Esto sólo ya hubiera bastado, pero el hombrecillo era más perverso de lo que el indio había sospechado. Tenía una navaja. Siete centímetros. No era como el cuchillo de destripador de Horace Tantaquidgeon, pero era una navaja al fin y al cabo. Y la deslizó fuera de su bolsillo, sacó la hoja con un suave y maligno clic, y empezó a puntuar la espalda del indio. Primero la hundió formando un punto, luego dos, luego le hizo tajos como comas, guiones y un solo y rabioso signo de admiración.

Medio segundo, eso fue lo que duró. El indio retrocedió y abofeteó al enano como si fuera una mosca, pero el instante de distracción permitió a Truman zafarse de él. Al momento estaba de pie, con la boca abierta para recuperar el aliento y asestando frenéticos puñetazos a su asaltante, que se levantó en la oscuridad como una montaña en movimiento. Sin decir palabra, apenas un gruñido por el esfuerzo o el dolor, el indio le devolvió los puñetazos. Con ahínco.

—¿Estás loco? —jadeó Truman extendiendo los brazos para protegerse—. ¿Estás majara o qué?

Tras ellos brillaban los delgados haces de luz blanca de las linternas y se oía el ruido de pies corriendo.

Jeremy sintió que un débil puño le golpeaba a un lado de la cabeza, luego otro. Se acercó más. Fue entonces cuando pudo ver bien por primera vez al hombre que estaba a punto de matar. El agresivo haz de una linterna iluminó la cara del traidor, y de nuevo el indio sintió que conocía de algún modo a aquel hombre, que le conocía de una forma profunda y ancestral. Truman también debió de ver bien a Jeremy, porque de pronto dejó caer las manos, desconcertado.

—¿Quién coño...? —empezó, pero era demasiado tarde para las presentaciones. El indio buscó su garganta y de nuevo le atrapó, cerrando ambas manos en torno al gaznate en una presa inexorable, una presa mortal, una presa que dejaba al conejo sacudiéndose espasmódicamente y que paralizaba al ganso. Jeremy habría contestado la interrumpida pregunta, habría contestado a Truman como había contestado a Sasha Freeman o a Rombout van Wart y contestaría a cualquiera que lo quisiera saber, pero no tuvo oportunidad de hacerlo. De pronto los patriotas cayeron sobre él como un enjambre blandiendo estacas, barras y cadenas.

Otra vez Sing Sing y el guardia de la cárcel. Jeremy mantuvo su presa como la tortuga mordedora de la que había tomado el nombre su clan —aunque le aporrearán, le acuchillarán, le cortarán la cabeza, sus manos no se separarán del cuello de su presa hasta que estuviera bien muerta—, la mantuvo a pesar de las heridas en la espalda y de los dedos que tiraban de sus muñecas. Luego alguien alzó un gato de coche y le golpeó el cráneo con ella, y sintió cómo se le escapaba Truman. Justo antes

de caer, desesperado, guiado por la tortuga, se echó hacia delante y cerró su mandíbula sobre la carne del traidor —la oreja, la oreja derecha—; mordió hasta que notó el sabor de la sangre.

Cuando volvió a abrir los ojos todo estaba en calma, y por un momento pensó que estaba de nuevo en su choza, escuchando el canto de los grillos en los instantes que precedían al amanecer. No se oían gritos. No chirriaban las ruedas ni rugían los motores, no resonaban llantos de dolor y de rabia. Pero él no estaba en su jergón. Estaba echado boca arriba en una zanja junto a la carretera, y su cuerpo se hallaba poseído por los demonios del dolor. Le habían aporreado, pateado, acuchillado. Tenía el brazo izquierdo roto por tres sitios. Yacía en la zanja, mirando las estrellas a través de los intersticios de los árboles, y por un momento escuchó cantar los grillos y dejó que su mente tocara cada una de las heridas. Pensó en sus antepasados, aquellos guerreros que dominaban su dolor como se domina una herramienta, que se burlaban de sus torturadores incluso cuando la hoja desnudaba el nervio. Al cabo de un rato se levantó y emprendió el camino hacia la casa de Peletiah.

Seis meses después Jeremy Mohonk dejó las colinas de Van Wartville. La desesperación que le había devorado en la cárcel y la sensación de decadencia y futilidad le sacaron de su cabaña al pie del roble blanco, algo que ningún hombre habría podido hacer. Volvió a la reserva de las afueras de Jamestown, en busca de la madre de sus veinte hijos. Su propia madre había muerto. Diez años antes, cuando él languidecía bajo las losas de Sing Sing, sucumbió a una misteriosa y asoladora enfermedad que le robó el apetito y la dejó como un cadáver momificado de siglos atrás. Su hermano, el del pérfido cuchillo, era más duro. Jeremy le encontró en una casita a la orilla del río. Enjuto y con los dientes rotos, con el pelo blanco recogido en un moño alto y el traje con el que le habían de enterrar doblado sobre una silla en un rincón, miró a su sobrino con unos ojos que apenas si le veían. En cuanto a los coetáneos de Jeremy, los chicos de miembros fuertes y las florecientes chicas de sus días escolares, se habían hundido en la gordura, y sus penetrantes ojos apenas eran visibles, o bien habían desaparecido en el mundo de los expropiadores. Jeremy encontró un trabajo como peón agrícola —recogía uvas en una estación, manzanas en la siguiente— y antes de un mes se había casado con una india cayuga llamada Alice Un Pájaro.

Un Pájaro era una mujer alta y maciza, con gruesas pantorrillas y una cara ancha y abierta que reflejaba su naturaleza buena y optimista. Sus dos hijos, nacidos de un matrimonio anterior, eran ya hombres, y aunque ella decía que tenía treinta y cuatro años, rondaba los cuarenta. A Jeremy no le importaba su edad, siempre que fuera capaz de darle descendencia, y sus hijos —ambos altos y de ojos rasgados— daban buena prueba de ello. Recogió uvas, recogió manzanas. En otoño cazó. Cuando la nieve se extendía por el suelo como un hongo y la despensa estaba vacía, se puso a

trabajar como mozo de almacén de un supermercado de Jamestown.

Pasó un año. Dos, tres. No sucedió nada. Un Pájaro engordó, aunque no estaba embarazada. Jeremy tenía cuarenta y tres años. Consultó a un hechicero shawangunk que había conocido a su padre, y el anciano le pidió un mechón de pelo de Un Pájaro. Jeremy le cortó el mechón mientras dormía y se lo llevó al hechicero. Con dedos trémulos, el anciano seleccionó un mechón del pelo de Jeremy, lo cortó, y luego enrolló vigorosamente ambos mechones entre sus palmas, como si fuese a encender un fuego. Al cabo de un momento separó las hebras y las colocó una por una sobre una hoja de periódico.

«No eres tú —le dijo—. Es ella».

Jeremy se fue a la mañana siguiente hacia Van Wartville y la deteriorada cabaña que había abandonado tres años antes. Quedaba poco más que la estructura. Todos los elementos de la naturaleza habían hecho uso de sus derechos sobre el lugar, pájaros y roedores lo utilizaban como dormitorio y estercolero, y los vándalos habían destrozado todo lo que no pudieron llevarse. No importaba. El indio vivía a la antigua usanza, silencioso y reservado, cazando con trampas conejos y zarigüeyas, tomando lo que necesitaba de las casas, garajes y cuartos de herramientas de los esclavos pagados que vivían en los alrededores de la propiedad. En el transcurso de los años que siguieron se desplazaba entre Peterskill y Jamestown, atraído de un lado por la tierra de sus antepasados y de otro por su gente. Un Pájaro siempre le daba la bienvenida, sin importar cuánto tiempo hubiera faltado, y él se lo agradecía. Llevado por sus necesidades naturales, visitaba el lecho de su esposa de vez en cuando, pero era un ejercicio sin esperanza ni significado.

El último de los kitchawank envejeció, y a medida que envejecía se volvió más y más amargado. El mundo le parecía un lugar desolado, dominio de la gente del lobo, con los poderosos siempre en auge y los trabajadores oprimidos. Se sentía definitivamente condenado. Nada le importaba, ni el sol en el cielo, ni la gran Blue Rock a la orilla del Hudson, ni la mística colina que se erguía sobre el arroyo de Acquasinnick. Una década se iba y otra venía. Sólo era cincuentón —aún vigoroso, aún joven y fuerte—, y quería morir.

Sí. Y entonces conoció a Joanna van Wart.

La mujer gimiente

El primer Jeremy Mohonk, hijo de Mohonk, hijo de Sachoes, lejano antepasado de aquel triste y radicalizado pájaro enjaulado cuya tribu parecía destinada a morir con él trescientos años después, tenía dos años y medio y estaba pronunciando sus primeras palabras en holandés cuando la sombra de Wolf Nysen cayó sobre su mundo como un mes de noches sin estrellas. Fue en octubre de 1666, a media tarde de un día oscuro y desabrido que prometía un ocaso prematuro y una dura helada. Jeremy estaba debajo de la mesa de la cocina jugando con palos y trapos sucios y ensayando las palabras que más le gustaban —*suycker* y *pannekoeken*— mientras su madre atizaba el fuego y removía la sopa. También miraba los pies de su madre mientras ella estaba de pie junto a la mesa picando repollo, o cuando cruzaba la habitación para avivar el fuego y ajustar el ennegrecido caldero en los trébedes. Cuando vio deslizarse aquellos pies en sus zuecos y dirigirse a la puerta en dirección a la leñera, se arrastró fuera de la mesa. Al cabo de un momento estaba en el porche, y un momento después contemplaba las altas y arremolinadas columnas de humo que emborronaban el cielo sobre el extremo más alejado del maizal. Aunque aún no sabía explicarlo con palabras, tuvo una percepción intuitiva de la situación: el tío Jeremias estaba quemando tocones.

Jeremy tenía dos años y medio y sabía muchas cosas. Sabía, por ejemplo, que hasta hacía poco su nombre había sido Squagganeek y había vivido en una húmeda y humeante cabaña situada en un húmedo y humeante poblado indio. También sabía que el bosque que se erizaba sobre él estaba plagado de lobos, gigantes, duendes, ogros y brujas, y que él no debía dejar nunca la inmediata vecindad de la casa si no era en compañía de su madre o de su tío. Y sabía cuál era el castigo por transgredir esta norma. (Nada de *suycker*. Nada de *pannekoeken*. Tres azotes en el trasero y a la cama sin cenar). Pero las formas que aquellas columnas de humo dibujaban en el cielo al desplegarse —aquí una mariposa, allí el morro de una vaca— no podían desdeñarse. Antes de pensarlo dos veces ya estaba en camino. Bajó los escalones, cruzó la era y entró en el campo lleno de hundidos surcos y de gavillas tendidas como cadáveres.

Corrió como un pájaro marino, con las rodillas tiesas y las piernas ligeras, trotando de un surco al siguiente, chapoteando en los charcos, cayéndose boca abajo y levantándose rápidamente. Cuando llegó al final del campo vio los tocones, un ejército entero de aquellos hombrecillos decapitados escupiendo humo por sus

troncos sin cabeza. Su tío no estaba a la vista. Pero allí, ante él, había una familia de huidizos urogallos, e intentó darles caza con una exclamación de alegría. Los persiguió dando vueltas y más vueltas, a través de un remolino de humo sobre un matorral desbrozado sólo a medias, justo en el lindero del bosque. Y luego se detuvo. Allí estaba Jeremias, enfrente de él. Y otro hombre. Un hombre muy grande. Un gigante.

—¿Sabes quién soy? —rugió el gigante.

Su tío lo sabía, pero habló tan bajo que el niño apenas pudo oírle.

—Wolf —dijo, y entonces fue cuando Jeremy gritó su nombre.

Lo cierto es que Wolf Nysen no partió a Jeremias en dos. Ni prendió fuego a la porqueriza, ni violó a Katrinchee, ni devoró el ganado. De hecho, se limitó a dedicarle a Jeremias una sonrisa desequilibrada, dio un golpecito en el ala de su sombrero de piel de ciervo y se adentró en el bosque. Pero no importaba: el daño ya estaba hecho. Justo cuando Jeremias había aceptado el yugo, justo cuando había inclinado la cabeza reconociendo la potestad del patrón, llegaba aquel renegado a burlarse de él e inflamar su viejo odio y rencor. «¿Quién te ha dado permiso?». Aquel anochecer, mientras se inclinaba a tomarse su sopa, las palabras del sueco resonaban en sus oídos, y por la noche, cuando apoyo la cabeza en la almohada, y a la mañana siguiente, cuando se puso su ropa interior. Pero aquello no fue lo peor, ni con mucho. La secuela fue una constante racha de mala suerte para la pequeña familia que vivía en Nysen's Roost, como si el loco no fuese sino el genio maligno del lugar, y ellos las víctimas de su maldición.

Estaban bien provistos de mobiliario y ganado (además de lo que les habían dado los Van der Meulen y los restantes campesinos, el patrón, al llegar a un acuerdo con sus nuevos arrendatarios, les había enviado una carretada de herramientas para el campo y enseres para la casa —en alquiler, por supuesto—, así como una yunta de bueyes de lomo hundido, una ternera añeja para acompañar a la vaca del patrón que les había prestado Oom Egthuysen, y tres lechones de Hampshire), pero Jeremias había plantado tarde y cosechó poco. El trigo, que normalmente se sembraba en otoño y no en primavera, rindió poco, así como el centeno y los guisantes, que esperaba usar como forraje para el invierno. Había fructificado el maíz, en gran parte por la pericia de Katrinchee, y el huerto —repollo, nabos, calabazas y hierbas— había florecido por la misma razón. Como les quedaría poco grano para pan o gachas, pues la parte del león de la cosecha había que destinarla a alimentar el ganado, durante el invierno siguiente la comida en Nysen's Roost iba a depender casi exclusivamente de la caza.

El problema era que la caza había desaparecido.

En los días y las semanas siguientes a la visita de Wolf Nysen la caza se hizo cada vez más escasa, casi como si el loco, cual otro insaciable flautista de Hamelín, se

hubiera llevado los pájaros y las bestias consigo. Allí donde Jeremias cazaba antes doce pichones, ahora conseguía uno. Donde solía atrapar pavos en tal número que el saco donde los metía pesaba tanto que apenas podía con él, ahora no encontraba ninguno. Patos y gansos evitaban los pantanos, los ciervos habían desaparecido, y los osos, que sabían a resina y a sebo, se habían ido temprano a sus guaridas invernales. Incluso las ardillas y los conejos parecían haberse desvanecido. Apurado por la necesidad, Jeremias se dirigió al río, y por un tiempo el río les sostuvo. Durante noviembre y los días abarrotados de sombras de principios de diciembre, mientras el sol palidecía en el cielo y el aliento del Ártico extendía una sábana de hielo sobre la bahía de Acquasinnick, Katrinchee hizo albóndigas de pescado, pastel de pescado, filetes de pescado, pescado frito, pescado hervido, pescado con nabos y piñones, pescado a secas. Pero cuando llegó el invierno de verdad el hielo se extendió hasta el pie del Dunderberg y ya no hubo más pescado.

Cada día hacía más frío. El pozo se heló. Los lobos olisqueaban la puerta. En el bosque, grajos y gorriones se helaban en sus ramas, y quedaban tan duros e inertes como los adornos de cerámica en un árbol de Navidad. El día de Año Nuevo hubo una tormenta de nieve, seguida por temperaturas en descenso y nieve que se acumulaba como las arenas de Egipto. Cuando los lobos se hicieron con uno de los lechones, Jeremias metió a los animales dentro.

A pesar de todo Katrinchee parecía fortalecerse día a día. La dieta de pescado no fue obstáculo para que engordara, y el pelo le creció de nuevo. Por primera vez en años dormía toda la noche. Cuando Jeremias hizo inventario del grano y redujo la ración diaria a la mitad, ella se convirtió en un genio de la administración. Cuando la nieve subió y Jeremy pasó frío, cuando los vientos soplaban contra la casa con tal fuerza que apagaban la vela de la repisa de la chimenea, cuando a la una de la tarde la oscuridad era tan intensa como si fuera de noche, ella nunca pronunció una sola queja. Ni siquiera la incómoda proximidad de los animales parecía desanimarla, aunque los lechones triscaban a su aire, la vieja vaca mugía en la oscuridad como un ánima en pena y los bueyes babeaban, hedían, rumiaban, defecaban y exhalaban su cálido y fétido aliento en la cara de Katrinchee. No, fue algo intrascendente lo que al fin acabó con ella, un afortunado hallazgo que Jeremias hizo en el porche una helada mañana, hacia finales de enero.

Lo que descubrió en el porche, llegado hasta ellos como si fuera una respuesta a sus plegarias, era carne. Carne sabrosa, roja, que les llenaría de vida. Abrió la puerta para salir a hacer sus necesidades y se topó con el cuerpo desollado y recién muerto de un gamo, colgando de las patas traseras del tejado del porche. No podía creérselo. Un gamo. Allí colgado. Y ya preparado. Jeremias dejó escapar dos aullidos de alegría —Staats, seguro que había sido Staats—, y en el tiempo que se tarda en coger un cuchillo, ya tenía la mitad en el asador y la otra mitad en la olla. Estaba tan excitado que le temblaban las manos. No advirtió la expresión de su hermana.

Cuando por fin se dio cuenta, el aroma del venado asado llenaba la habitación, y

Katrinchee estaba apoyada en una esquina, encogida como una araña muerta de hambre en su tela.

—Sácalo de aquí —dijo—. Llévatelo fuera.

Las llamas ya lamían y tostaban la carne, la grasa doraba las articulaciones y caía goteando sobre el carbón. El pequeño Jeremy se erguía extasiado ante el fuego, con las manos en los pantalones y una sonrisa de arrobó en el rostro mientras Jeremias se afanaba por la habitación, buscando verduras con que llenar la olla. El tono de voz de su hermana detuvo a Jeremias en seco.

—¿Qué? ¿Qué dices?

Ella se estaba retorciendo el dobladillo del vestido con las dos manos, como si estuviera estrangulando una muñeca. El pelo le caía por la cara. Y la cara —pálida y contraída, con los ojos abiertos por el terror— era la cara de una loca aferrándose a los barrotes del manicomio de Schobbejacken.

—El olor —murmuró, y su voz se quebraba. Al momento siguiente chilló—: ¡Sácalo! ¡Sácalo de aquí!

Jeremias apenas podía hablar, pues la boca se le había hecho agua. Apenas podía pensar, porque en su cabeza sólo cabían el cuchillo y el tenedor. Apenas podía ver, porque la visión del dorado goteo de los cuartos traseros sobre el asador y las pezuñitas saliendo de los bordes de la olla llenaba sus ojos. Pero le dirigió una mirada inquisitiva y de pronto comprendió: era la carne. El venado. Ella quería apartarlo de él. Cuando habló, las palabras fluyeron atropelladamente. Todo aquello eran cosas del pasado, le dijo, tenía que ser más razonable. ¿Qué iban a comer? Ya habían echado mano del grano que guardaban para sembrar. ¿Iban a matar el ganado y morir de hambre al año siguiente?

—Es venado, Katrinchee. Venado fresco. Nada más. Come para reponer tus fuerzas, o no comas si de verdad no puedes. Pero seguro que no podrías... no podrías impedirme a mí, a tu propio hermano... ni a tu hijo...

Ella se limitó a sacudir la cabeza una y otra vez, implacable, inconsolable, agitada por los remordimientos. Sollozaba. Se mordía los dedos. Jeremy se enterró en sus faldas. Jeremias se levantó del hogar para abrazarla, reconfortarla, reconvenirla.

—No —dijo ella—, no, no, no, mil veces no. —Y siguió sacudiendo la cabeza hasta bien entrada la noche, mientras su hermano y su hijo, sentados a la mesa, limpiaban los últimos huesos del gamo muerto y luego los partían con un mazo para sacarles el sabroso tuétano veteado. Para entonces Katrinchee estaba más allá de toda posible ayuda. Por segunda vez en su corta vida había llegado al límite y lo había rebasado.

Era febrero. La nieve caía incesantemente, sin desmayo, y formaba montones por encima de la campiña en heladas ondas azules que eran como pliegues de un sudario. Habían bajado las raciones de maíz a la cuarta parte, y aun así estaban diezmado las semillas del año siguiente.

—Media fanega de esto —se lamentaba Jeremias machacando los duros granos

hasta molerlos— se convertiría en cien el próximo verano. Pero ¿qué le vamos a hacer?

Katrinchee apenas podía llevarse la cuchara a la boca por la culpa. También tenía problemas para dormir, pues las imágenes de su padre, su madre y el pequeño Wouter la acosaban en el instante en que cerraba los ojos. El gamo no había venido de Staats, que estaba pasando verdaderos apuros para conseguir comida, según les contó una semana después de que el segundo gamo destripado, despellejado y cortado apareciese misteriosamente en el porche. Ella lo sabía desde el principio. No era de Staats, ni del Dios que está en los cielos. Era su padre, aquel pobre hombre escaldado, que los traía... para castigarla.

Una noche Jeremias se despertó de un sueño sin sueños y sintió una ráfaga de aire frío en la cara. Cuando alzó la vista vio que la puerta estaba abierta, y que las colinas y los árboles y los desnudos campos nevados se acercaban hacia su cama. Maldiciendo, se levantó y cruzó la habitación para cerrar la puerta de un golpe, pero en el último momento algo le detuvo. Huellas. Había huellas —pisadas— en la fresca y fina capa de nieve del porche. Jeremias se quedó mirándolas un momento, desconcertado, y luego llamó a su hermana con un ansioso susurro. Ella no contestó. Cuando encendió la cerilla comprobó con un estremecimiento que el pequeño Jeremy estaba durmiendo solo. Katrinchee se había ido.

Aquella vez —la primera vez— la encontró acurrucada bajo el roble blanco. Iba en camisón y se había cortado el pelo con un cuchillo; mechones de sus cabellos yacían a su alrededor, sobre la nieve, como los restos de una planta que floreciese de noche. Dentro él intentó reconfortarla.

—Está bien —la sosegó apretándola contra sí—. ¿Qué era? ¿Una pesadilla?

Allí estaban, como en un cuadro: los animales del pesebre, el niño durmiente, el hermano mutilado y la hermana loca.

—Un sueño —repitió ella, y su voz era vaga, distante. Tras ellos la ternera mugía desoladamente y los cerdos gruñían en sueños—. Me siento tan... tan... —quería decir «culpable», pero no le salió— hambrienta...

Jeremias la llevó a la cama, avivó el fuego e hirvió un poco de leche para las gachas. Ella yacía inmóvil sobre el jergón relleno de vainas, mirando al techo. Cuando le acercó la cuchara a los labios, la apartó. Y así al día siguiente, y al otro. Le hizo un estofado de nabos y pescado desecado, horneó un poco de pesado pan duro (desgraciadamente, estaba lleno de gorgojos) y se lo dio con una tajada de queso, cortó las orejas a uno de los cerdos para hacerle un caldo de carne, pero ella no quiso comer. Yacía inmóvil, con la mirada inexpresiva, el blanco pergamino de su cráneo brillando a través de la pelusa que lo cubría y las mejillas hundidas.

Fue a principios de marzo, en una noche en que los aleros goteaban con la promesa del calor, cuando ella volvió a salir para vagar sin rumbo. Esta vez cerró la puerta tras de sí, y Jeremias no se dio cuenta de que se había ido hasta que rompieron las primeras luces del alba. Para entonces había empezado a nevar. Una rociada de

nieve cálida y húmeda que primero se convirtió en lluvia, revoloteó durante un rato a punto de helarse, y por fin, propulsada por ráfagas de aire que venían del río, se transformó en un viento arremolinado con punzantes y duras bolitas. Cuando Jeremias vistió al niño y empezó a buscarla, el viento era constante y la visibilidad apenas llegaba a seis metros.

Esta vez no había huellas. Con el niño cargado a la espalda y la pata de palo patinando bajo su cuerpo, Jeremias trazó un círculo cada vez mayor alrededor de la casa, gritando su nombre en el viento. Nadie contestó. Los árboles estaban mudos, el viento arrastraba su voz alterándola habilidosamente de cien maneras distintas, copos de nieve rebotaban en su zamarra, su sombrero, su bufanda. Luchando, tambaleándose, temiendo perderse en la nieve, temiendo por la vida de Jeremy tanto como por la suya, por fin dio la vuelta y retrocedió hasta la cabaña. Volvió a intentarlo a primeras horas de la tarde, y llegó hasta el maizal donde había encontrado a Wolf Nysen. Por un momento pensó que la había oído en la lejanía, con la voz convertida en doloroso y escalofriante gemido, pero luego se la llevó el viento y ya no pudo estar seguro. Gritó su nombre, una y otra vez, hasta que el pie se le entumeció y el viento le robó la fuerza del cuerpo. Justo antes de anochecer metió a Jeremy en la cama y salió otra vez, pero la nieve era tan alta que se quedó exhausto antes de llegar al maizal.

«¡Katrinchee! —exclamó hasta que la voz se le enronqueció—. ¡Katrinchee!». Pero la única respuesta fue el extraño grito fúnebre de un gran búho blanco atravesando la tormenta como un alma en pena.

Negó durante dos días y dos noches. Por la mañana del tercer día Jeremias alimentó al ganado, cerró la casa y luchó contra los montones de nieve hasta la granja Van der Meulen, con su sobrino a la espalda. Staats alertó a los Crane, a Reinier Oothouse y a la gente de la casa señorial. Luego fue al almacén de Jan Pieterse a ver si había pasado por allí, y si no había pasado, para localizar a un rastreador indio.

Un grupo de kitchawank salió aquella tarde, pero volvió con las manos vacías: la nieve había borrado cualquier rastro de Katrinchee. Si una ramita se había enganchado en su vestido o una piedra había sido aplastada bajo sus pies, la pista estaría enterrada bajo un metro de nieve. Jeremias desesperaba, pero no quería renunciar. A la mañana siguiente pidió prestado el caballo de tiro a Staats, y mientras Meintje cuidada a Jeremy, Douw y él husmeaban entre matorrales y maleza, escudriñaban los valles y los cauces de los ríos, llamaban a las puertas de granjas lejanas. Vagaron por el campo hasta el lejano poblado kitchawank de Indian Point, por el sur, y el campamento weckquaesgeek de Suycker Broodt, hacia el norte. No había ni rastro de ella.

Fue Jan Pieterse el que finalmente la encontró, y eso que no la estaba buscando. Una mañana, a finales de mes, se encontraba detrás del almacén acarreando un balde de desperdicios hacia el Blue Rock para arrojarlos al río, como solía hacer cada mañana, y el chico Van Brunt de la pata de palo y su loca y errante hermana de la

cabeza rapada, que había engendrado de un indio, estaban muy lejos de sus pensamientos cuando algo que había al borde del camino frente a él llamó su atención. Una mancha azul. En un bancal de nieve, en la base del Blue Rock, a menos de treinta metros del almacén. Avanzó hasta aquella intrigante mancha azul y dejó el cubo en el suelo para cortar la costra de nieve e investigar. El tiempo se había caldeado en los pasados días, y sus ojos se habían habituado gradualmente a la aparición del color en lo que durante meses había sido un mundo tan blanco como un lienzo sin pintura. Costras de barro habían empezado a romper a través del camino que él había trazado, y aquel cielo que pendía sobre las cabezas como una sábana sucia había dado paso al fino y cerúleo cielo de un día de pleno verano. Los sauces habían florecido a lo largo del camino de Van Wartville, y había pequeñas yemas firmemente ensortijadas adornando los saúcos machos y los sicomoros. Pero aquello... aquello era otra cosa. Algo creado por la mano del hombre. Algo azul.

Al cabo de un momento estaba allí, braceando con dificultad contra la blanda masa de nieve a un lado y la lisa plancha de roca a otro. Se quedó mirando un trozo de tela que salía de la nieve como si fuera la punta de algo más ancho. Era tendero, y conocía aquella tela. Era carisea azul. Había vendido piezas de aquella tela a los indios y a las esposas de los granjeros. Los indios hacían mantas con ella. A las esposas de los granjeros les gustaba para hacer delantales. Y camisones.

Jeremias la enterró bajo el roble blanco. El pastor Van Schaik acudió para decir unas palabras sobre la tumba mientras los seis Van der Meulen, vestidos de negro como una bandada de cuervos, formaban el acompañamiento. Jeremias se arrodilló junto a la tumba moviendo los labios como en una oración. Pero no estaba rezando. Estaba maldiciendo al Dios de los cielos y a todos sus ángeles, maldiciendo a san Nicolás, y al patrón, y al lúgubre y extraño país que se erguía a su alrededor en un infierno de árboles, valles y erizadas cumbres de colinas. Si se hubieran quedado en Schobbejacken, se decía a sí mismo, nada de todo aquello habría sucedido. Permaneció arrodillado, sintiendo pena por Katrinchee, por su padre, por su madre y por el pequeño Wouter, sintiendo pena de sí mismo, pero al fin se levantó y ocupó su lugar entre los asistentes. Había una dura y fría expresión en sus ojos, la mirada de la intransigencia y la invencibilidad que había expresado contra el *schout* una y otra vez: estaba hundido, pero no derrotado. No, nunca le derrotarían.

Y en cuanto a Jeremy, con sus dos años y medio, no sabía lo que era la derrota, ni tampoco el triunfo. Se quedó atrás mientras su tío, el abuelo Van der Meulen y el resto se arrodillaban ante la tumba. No lloró. En realidad no comprendía la pérdida. ¿Qué tenía ante él sino un montón de barro desnudo, en nada distinto a los surcos que su tío trazaba con el arado? Los topos vivían en la tierra, como los escarabajos, las lombrices y las babosas. Su madre no vivía en la tierra.

Después, cuando se sentaron ante la sidra y los pasteles de carne que Meintje

había llevado para la cena funeraria, Staats encendió su pipa, dejó escapar un largo suspiro y dijo en un tono poco natural:

—Ha sido un año difícil, *younker*.

Jeremias apenas le oyó.

—Sabes que si quieres volver con nosotros, siempre serás bienvenido.

Barent, que ya tenía once años y había heredado de su madre la cabeza cuadrada y el pelo como la pelusa del maíz, chupó ruidosamente un pedazo de venado. Los niños más pequeños —Jannetje, Klaes y el pequeño Jeremy— estaban sentados e inclinados sobre sus platos, silenciosos como piedras. Meintje sonrió.

—Tengo un contrato con el patrón —dijo Jeremias.

Staats rechazó la idea con un gesto de la mano.

—No puedes seguir adelante sin una mujer —dijo con voz aguda—. Tienes un niño que no llega a los tres años, y nadie para ocuparse de él.

Jeremias sabía que su padre adoptivo tenía razón. No había forma de llevar la granja sin alguien con quien compartir el trabajo, especialmente con Jeremy por en medio. Jeremias podía ser terco, pertinaz, testarudo y duro, pero no era estúpido. El día en que desapareció Katrinchee, mientras se sucedían las horas desesperanzadas y la buscaba por el bosque hasta que su pierna renunció, el germen de una idea se apoderó de él. Allí estaba, en su cabeza. Práctico y romántico a la vez: un plan de circunstancias.

—Conseguiré una —dijo.

Staats resopló. Meintje levantó la vista del plato, e incluso Douw, que había concentrado toda su atención en el pastel de carne y el picadillo de col que tenía ante él, se detuvo para lanzarle una mirada interrogadora. Hubo un momento de silencio durante el cual los niños dejaron de comer para mirar a su alrededor como si un fantasma hubiera entrado en la habitación. Meintje fue la primera en pescarlo.

—¿No querrás decir...?

—Exacto —dijo Jeremias—. Neeltje Cats.

Queso de soja

—Se me ha olvidado. ¿Qué has dicho, que te gusta el queso de soja o que no?

—Sí —dijo ella—. Todo me gusta. —Estaba acurrucada y hecha una bola en la esquina de la cama de Tom Crane, totalmente vestida, con guantes, abrigo largo y gorro de punto, bebiendo vino agrio de una jarra. Una o dos veces en su vida había tenido más frío que entonces. Se puso las heladas y acartonadas mantas y colchas por encima de la cabeza e intentó que los hombros no le temblaran.

—¿Cebollas tiernas?

—Sí —llegó la ahogada respuesta.

—¿Ajo? ¿Brotos de soja? ¿Calabaza? ¿Levadura de cerveza?

La cabeza de Jessica apareció por entre las mantas.

—¿Alguna vez me has oído quejarme de la comida?

Estaba a casi dos metros del suelo, que era la altura a la que Tom Crane había colocado su cama. En lo alto, inmediatamente debajo de las desnudas maderas que formaban el techo, cubiertas de telarañas, pellejos colgantes de insectos muertos, marcas de cagadas de pájaro o de murciélago y cosas peores. La primera vez que había visitado la cabaña —el penúltimo verano, en compañía de Walter— le había preguntado a Tom el porqué. Él estaba sentado junto a la grasienta ventana trasera, en su grasiento sillón del Ejército de Salvación, con el pelo que ya le llegaba más abajo de los hombros, tomándose un brebaje de aspecto terrible, una mezcla de leche en polvo, yema de huevo, lecitina, proteínas en polvo y germen de trigo en una jarra de cerveza que había cogido prestada de un bar irlandés de la ciudad.

—Pásate por aquí alguna vez en invierno —le dijo él—. Y no tendrás que preguntármelo.

Ahora ya lo entendía. Allí arriba, subida al lugar de honor, empezó a notar las primeras leves emanaciones de la estufa de leña. Sostuvo en alto su jarra.

—¿Seguro que la parte de abajo no se calienta nunca?

Debajo de ella, embutido en su andrajosa cazadora de aviador, una camiseta térmica manchada de sudor y botas de cremallera con las cremalleras atascadas, Tom se movía por la cabaña de una sola habitación como el chef de la pizzería Fagnoli después de un partido de baloncesto de la escuela secundaria. Alimentaba el fuego a la vez que cortaba cebollas, apio y cebollinos, medía ocho tazas de arroz moreno de un mugriento bote de conserva y removía el aceite caliente del fondo de una enorme olla tan ennegrecida que parecía una reliquia del bombardeo de Dresde, sin perder

nunca el ritmo.

—¿Aquí abajo? —repitió él echando de un barrido las verduras a las profundidades de la olla con una mano mientras con la otra le llenaba galantemente la jarra—. Si hace buen día, y te hablo de tres a cinco grados bajo cero fuera, si lleno de verdad la estufa, puedo conseguir que la temperatura del suelo ronde los diez grados bajo cero. —Miró pensativo mientras se servía una segunda jarra del agrio y viscoso vino, momentáneamente absorto en la cuestión de las variables térmicas mientras el aceite bullía en la olla detrás de él y el agujero que el tubo de la estufa tenía en la juntura dispersaba el humo por la habitación—. Ahí arriba creo que en una buena noche se pueden alcanzar los ocho o los diez grados.

No parecía que fuese a hacer una buena noche. Eran las seis y media, y el mercurio del oxidado termómetro que había fuera de la ventana estaba bajando hacia la línea roja que indicaba que no podía bajar más. En favor de Tom hay que decir que se las había arreglado para encender el fuego unos segundos después de entrar por la puerta, abalanzándose hacia la caja de yesca con la ansiedad del desesperadamente perdido *chechaquo* del cuento de Jack London, pero como explicó entre golpes de cuchillo sobre la madera de cortar, aquel lugar tardaba un rato en calentarse. Jessica estaba pensando que era una exageración de primera cuando de pronto Tom cogió un cubo de hierro galvanizado y se dirigió a la puerta.

—¿No irás a salir? —le preguntó con sincero horror.

La respuesta le llegó como un canturreo bisilábico mientras él manipulaba los botones de su cazadora de aviador y hacía chocar sin querer el cubo contra un baúl cubierto por un montón de ropa amarillenta para lavar.

—¡Agua! —gritó pasando rápidamente por debajo de ella, y luego la puerta se cerró de golpe tras él.

Aquella mañana, temprano —bajo la pálida luz del alba, para ser más precisos—, Jessica, que llevaba ya doce semanas enteras casada, se había quejado a su marido de que el coche no arrancaba, y como el coche no arrancaba, llegaría tarde al trabajo. Walter no la había ayudado mucho. Sin empleo, sin afeitarse, con resaca tras otra larga velada en el Elbow, yacía inerte en el centro de la cama, envuelto como una momia en el edredón que la abuela Wing les había regalado el día de su boda. Jessica observó cómo se abrían las rendijas de sus ojos. Sus párpados debían de tener unos quince centímetros de espesor.

—Llama a Tom —gruñó Walter.

Tom no tenía luz eléctrica. Ni agua corriente. Tampoco tenía cepillo de dientes eléctrico, ni secador, ni plancha para hacer bocadillos. Tampoco tenía teléfono. Y aunque lo tuviera, ninguna línea telefónica corría a través del bosque, cruzaba el arroyo de Van Wart y subía por la colina hasta su cabaña, de modo que no le habría servido de mucho. Yendo de un lado a otro con su abrigo largo de punto de espiga, sorbiendo café frío y cepillándose nerviosamente su fina y rubia cabellera, intentó explicarle todo aquello a su indolente marido.

El edredón estaba inmóvil, y la vida que presumiblemente envolvía, silenciosa. Al cabo de un momento Jessica advirtió que la respiración de su marido se acompañaba hasta adquirir el ritmo autónomo y plácido del sueño.

—¡Walter! —intentó reanimarle—. ¡Walter!

Apagadas, farfulladas, sus palabras podían haber salido del borde de un abismo insondable.

—Llama y di que estás enferma —murmuró.

Era una tentación. Hacía un frío que podía desollar la piel, y la idea de pasar ocho horas bajo luces fluorescentes aspirando formol bastaba para hacerle añorar sus exámenes trimestrales o finales y sus trabajos de laboratorio del año anterior. El trabajo se había vuelto penoso en las últimas semanas: se reducía a contar larvas y registrar el recuento, sentarse y mirar el reloj. Hasta marzo no volverían a navegar. Incluso Tom, al que había contratado para que manejara la red de arrastre del barco grande, últimamente estaba inclinado sobre una cubeta en la que pululaban pedazos de alga y larvas de insectos y peces, aspirando vapores de formol. No, no quería ir a trabajar. Especialmente si tenía que luchar con vientos árticos y baterías gastadas para llegar hasta allí.

—Ya sabes que no puedo —suplicó con los posos del café amargándole la boca. Esperaba que Walter discutiera con ella, que le dijera que pasara del trabajo y que volviera a la cama, pero él ya estaba roncando. Jessica encendió el fuego para hacerse otra taza de café instantáneo, caminó por el frío linóleo en zapatillas, y estaba buscando el bote de Sanka en el aparador cuando la invadió un súbito espasmo de culpa. Tenía que ir a trabajar, claro que tenía que ir. Tenía que pensar en su carrera —sabía lo bien que le iría aquel trabajo a su expediente, cuando se matriculara para los cursos de especialidad, en otoño—, y luego, a un nivel más prosaico, necesitaban el dinero. Walter no había vuelto a trabajar desde el accidente. Pretendía estar sopesando sus posibilidades, planteándose las cosas. Intentando asumir el trauma. Iba a dedicarse a la enseñanza, a los seguros, a vender, se iba a meter en la banca, iba a hacerse abogado, iba a volver a estudiar, iba a montar un almacén de reparación de motocicletas, iba a abrir un restaurante. Cualquiera día. Jessica apagó el fuego del cazo y entró en la otra habitación a llamar a su padre. Si tenía suerte, le encontraría antes de que hubiese salido hacia el tren...

Tuvo suerte. Al final llegó sólo veinte minutos tarde, y pudo oler a formol durante la larga y grisácea mañana y la oscura, lenta e hiperbórea tarde.

Tom la había llevado a casa en moto. En la oscuridad. En el asiento trasero de su herrumbrosa y destartada Suzuki 50, sin silenciador, en unas condiciones atmosféricas que se aproximaban a las de la Estación Polar Zebra. Bailando de puntillas, agitándose con brazos clónicos y frotándose con fuerza la goteante nariz, subió los escalones de su pequeña y cómoda casita de la colonia Kitchawank (noventa dólares de alquiler al mes, más agua, luz y gas), que ella y Walter habían escogido entre más de un centenar de pequeñas y cómodas casitas exactamente

iguales que aquélla, sólo para encontrarse con que Walter se había ido. Tom estaba con ella, casco en mano, con la bufanda amarilla arrollada sobre la parte inferior de su cara igual que el *kaffiyeh* de un conductor de camellos.

—No está —dijo ella volviéndose hacia él.

Los ojos de Tom se asomaban distantes y turbios por encima de la bufanda. Echaron una simple ojeada a la cocina y la sala.

—No —dijo él—. Creo que no.

Pasó un largo momento, y la decepción de Jessica era como una pesada carga que hubiera caído de pronto sobre los dos. Ella no era capaz de enfrentarse a la idea de una fría noche sola con enchiladas descongeladas y patatas fritas con la consistencia y el sabor del plástico, así que Tom se bajó la bufanda de los labios y le preguntó si quería ir a cenar a su casa. Podían dejarle una nota a Walter.

Y allí estaba ahora, apretando las piernas contra el pecho y observando cómo su aliento cristalizaba ante su rostro, con un batiburrillo de olores bullendo a su alrededor. Había un hedor salado a calcetines sucios y ropa interior, el olor rancio del moho y la madera podrida, el ácido olor del humo y el invencible, imbatible, sabroso y provocador aroma del ajo que se freía en la cazuela. Estaba a punto de saltar al suelo a removerlo cuando entró el santo de los bosques agitando los codos, salpicando agua y golpeando el suelo con los pies como si fueran las baquetas de un tambor. Jadeaba y tenía la nariz del color del salmón en lata.

—Agua —resolló dejando el cubo en el suelo, junto a la estufa, y sin parar ni un momento midió veinticuatro tazas de agua para el arroz—. El arroyo Blood —añadió con una sonrisa— nunca se corta, aunque no pague.

Más tarde, después de comerse cada uno dos platos de hojalata repletos de arroz gomoso y verduras con queso de soja frito al ajillo y brotes de soja *maison*, compartieron otras cinco o seis jarras de vino y un porro de hierba casera, escucharon al grupo Bobby Blue Band cantando *Call on Me* en el tocadiscos de pilas de escasa fidelidad de Tom, discutieron sobre Herbert Axelrod y hablaron de chimpancés y de ovnis con la pasión de estudiantes hebreos desvelando los misterios de la Cábala. Tom había dejado la puerta de la estufa abierta, y casi sin darse cuenta Jessica había dejado de tiritar, hasta el punto de bajar de la aérea cama y sentarse en una silla, justo en el límite de la incineración. Contó a Tom que en cierta ocasión Herbert Axelrod, invitado a dar una conferencia en la Universidad de San Juan, nada más bajar del avión había descubierto una nueva especie de peces en una charca junto a la pista de aterrizaje. A su vez, Tom le habló del Yerkes Primate Center, de delfines que podían resolver problemas de trigonometría y del ovni que había visto sobre la carretera de Van Wart. Pero al final, inevitablemente, la conversación se centró en Walter.

—Estoy preocupada por él —confesó Jessica.

Tom también lo estaba. Desde el accidente Walter se había vuelto cada vez más extraño, le obsesionaban los indicadores de carretera, la historia y los tumultos de Robeson, hablaba de su padre como si aún existiera, y para acabarlo de arreglar se

entregaba cada noche al frenesí en el Elbow. Y lo que era todavía peor, tenía alucinaciones. Veía a su abuela y a una hueste de gnomos detrás de cada árbol, veía a su madre, a su padre, a sus tíos, primos y demás antepasados. De acuerdo, debió de ser terrible que le cortaran el pie, y seguro que necesitaba tiempo para readaptarse, pero las cosas se le estaban escapando de las manos.

—¿Te ha hablado de las cosas que ve?

Jessica se inclinó hacia Tom mientras él se ladeaba para alimentar la estufa de leña.

—¿Las cosas que ve?

—Sí, ya sabes, a gente. Ve a gente que está muerta.

Ella se quedó pensando un momento, con la mente aturdida por el vino, mientras un leve ardor extendía sus dedos por sus entrañas.

—Su padre —dijo al fin—. Una vez me contó, creo que fue justo después del accidente, que había visto a su padre. Pero... —Se encogió de hombros—. Quizá le vio de verdad.

—¿Está muerto o qué?

El vino se le estaba subiendo a la cabeza. O quizá fuera la hierba. O el queso de soja.

—¿Quién?

—El padre de Walter.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Nadie lo sabe.

Fue entonces cuando oyeron el retumbar de pasos en el porche de aquella cabaña construida en medio de la nada. Era un sonido como el golpeteo de unos nudillos sobre la tapa de una caja de madera de pino, y los dos se quedaron inmóviles.

—Walter —murmuró Jessica al volver a respirar, y los dos se relajaron. Pero entonces se abrió la puerta y apareció Mardi, con botas de piel de foca y un raído abrigo de mapache que le llegaba a las rodillas, exclamando:

—¡Eh, Tom Crane, peludo viejo sátiro, tú, viejo de la montaña! ¡Tengo una cosa para ti!

Entró y la puerta se cerró de golpe tras ella. Se calentó las manos acercándolas al fuego, y estaba aporreando el suelo con un furioso taconeo de sus botas de piel de foca cuando advirtió la presencia de Jessica.

—¡Oh! —dijo mientras su abrigo se paseaba por la cara de Jessica, que tenía los ojos hinchados y ribeteados de rojo—. ¡Oh... hola!

Tom le sirvió un vaso de vino mientras ella se quejaba ruidosamente del camino desde la carretera.

—Sólo hielo, como en una jodida pista para carreras de trineos o algo así. —Y contó que se había caído de culo al menos seis veces—. ¿Ves? —dijo levantándose el abrigo para enseñar sus nalgas, apretadas en un par de estrechos y descoloridos tejanos tan tirantes que no tenían ni una sola arruga.

De pronto Jessica se sintió tan agria como el rancio vino que tenía en la boca del estómago.

—Imagínatelo —dijo Mardi quitándose el abrigo y mostrando un jersey de esquiar con un dibujo que parecía un grupo de gibosos renos, y después, desviándose del tema que había iniciado, chilló mirando al interior de la olla—: ¡Oh! ¿Qué es esto? ¡Mmmmm...! —Y empezó a pellizcar trocitos de calabaza y queso de soja—. ¡Mmmmm, buenísimo! ¿Qué es, queso de soja? —Se sentó por encima de ellos, subida al borde de la mesa, con las mandíbulas trabajando y chupándose las puntas de los dedos. Tenía las manos delgadas, bonitas, pequeñas como las de una niña, y llevaba dos o tres anillos en cada dedo—. Imagínatelo —repitió.

Silencio. Jessica oía el suave gemido de la estufa, el borboteo del líquido y las pequeñas explosiones y silbidos de la savia al arder la madera. Tom sonreía a Mardi como un viejo verde sentado en la primera fila.

—¿Qué? —preguntó al fin.

Mardi se levantó de la mesa con un salto teatral y extendió los brazos como una cantante de cabaret.

—¡Hierba! —anunció—. ¡Rubia del Líbano!

Era, les aseguró, el mejor, el más puro, el más potente, el menos refinado, el que más colocaba, el más cojonudo y prometedor hachís que nunca hubieran compartido, y además, añadió con un guiño sesgado, tenía cinco gramos para vender. Aunque le apetecía quedárselo todo para ella, para tenerlo, ya se sabe, y normalmente ella nunca hacía cosas como vender drogas o así, pero el caso era que necesitaba el dinero.

Jessica lo intentaba, lo intentaba de verdad. Pero había algo en aquella chica del abrigo de mapache que le irritaba hasta lo más profundo de su espíritu, que le daba ganas de hacer rechinar los dientes y aullar. No era porque fuese tosca, vocinglera, desaliñada y ofensiva; era más profundo que todo eso. Había algo en el timbre de su voz, en sus movimientos, en la forma en que se frotaba el lunar repintado que tenía junto a la boca o exhalaba el aire entre los incisivos lo que alteraba a la serena mujer de Walter. Cada una de sus palabras y cada uno de sus gestos eran como una astilla que se le clavara entre la uña y la carne.

Colocada, Mardi no podía dejar de hablar. Contó una larga y un tanto inconexa historia de cómo había seducido a dos de sus profesores en Bard, habló de motos con Tom —la próxima primavera tendría su gran Honda, la 750—, y rompió en risitas al hablar de algo que sucedió en el concierto al que habían ido los dos. En medio de todo aquello sacó una pipa del bolsillo superior de su abrigo de mapache, la encendió, aspiró una larga chupada y se la pasó a Tom. El olor intenso y resinoso de la ardiente droga llenó la cabaña con un aroma que derrotaba incluso al ácido olor de la madera humeante. Tom pasó la pipa a Jessica.

En cuanto al hachís, Jessica no era una neófita. Tosiendo como una tuberculosa, había compartido más de un narguilé improvisado con sus compañeras de dormitorio en la residencia de estudiantes, y había dado furtivas chupadas a la pipa envuelta en

papel de plata de Walter, detrás del Elbow, y todo había ido bien, sin problemas. Pero la mercancía de Mardi la cogió por sorpresa. Especialmente después de todo aquel vino rancio, del queso de soja y del apretado porrito de Tom Crane. Cinco minutos después de que Mardi encendiera la pipa, Jessica se sintió como si se estuviera hundiendo en el suelo, con grandes manchones de color latiendo y estallando por su campo de visión como las señales visuales en una pantalla de cine vacía. El ardor que había sentido antes se desplazó repentinamente de sus intestinos a su estómago, y estaba arrastrándose hacia su garganta como la mano desgajada del cuerpo en *La bestia de los cinco dedos*. Tenía náuseas y estaba a punto de levantarse de un salto, salir por la puerta y vomitar calabaza, queso de soja, arroz integral y agrio vino blanco en la prístina y cristalizada noche cuando la puerta se abrió de par en par.

¿Y quién estaba ante ellos de pie, apoyado en la pierna buena y enmarcado por la noche ártica, con su enorme abrigo del Ejército de Salvación y su bufanda llenos de hojas rotas, de espinos, ramitas y otros desechos del bosque? ¿Quién, con sus botas Dingo tan arañadas que resultaban irreconocibles y la expresión de haberse caído y arañado no una ni dos, sino innumerables veces? No podía ser otro. Era Walter.

Ni el general McArthur desembarcando en Leyte hubiera causado mayor excitación. Tom se levantó y cruzó la habitación en dos saltos para palmearle la espalda al perdido caminante. La garganta de Jessica quedó libre momentáneamente, y se levantó de golpe para abrazarle y darle un beso apresurado. Y Mardi, aunque no se movió, dejó que una lasciva y perversa sonrisa se dibujara en sus labios, y que la luz del conocimiento —conocimiento en el más estricto y más eufemístico sentido bíblico— se manifestase en sus perfectos, glaciales, hundidos y burlones ojos violetas.

Muy bien. Llovieron las preguntas. No, no había comido. Sí, le encantaría un poco de queso de soja. Sí, estaba en un bar de Verplanck, jugando al billar con Héctor, y no se había dado cuenta de lo tarde que era. Ajá, sííí, había visto la nota. Seguro que no habían pasado veinte minutos desde que ellos habían salido. Bueno, claro, se había adecentado un poco, se había duchado y todo eso, y había pensado que sería divertido ir a ver qué tal le iban las cosas al santo de los bosques en la noche más fría de la historia (esto con una sonrisa hacia Tom Crane, que ya estaba sobre el hornillo, removiendo las profundidades de la olla con una fiera y espasmódica rotación de su huesudo brazo). Y sí, debía de haberse caído unas cien veces por el camino, con aquel jodido hijoputa de pie resbalándose continuamente.

—¿Quieres una chupada de esto?

Mardi, todavía subida al borde de la mesa, se inclinó hacia él con la voz ahogada por el esfuerzo de contener el preciado humo y la pipa tendida hacia Walter en un ofrecimiento de propietaria.

—Claro —dijo Walter tocándole las manos con la suya—, gracias. —Y Jessica vio algo en sus ojos—. ¿Qué tal te va, Mardi? —dijo mientras se llevaba la pipa a los labios. Y Jessica notó algo en su voz. Miró a Mardi, sentada con la expresión

satisfecha de la gata que ha cazado un ratón, y miró a Walter, que miraba de soslayo a Mardi a través del humo, y de pronto se le ocurrió la idea más abrumadora, más desconsoladora y más repugnante.

Mardi estaba hablando con voz rápida y fuerte, afilada como una navaja, contándole a Walter la misma historia que había contado hacía quince minutos sobre sus profesores y su propio, provocativo e irresistible ser. Y Walter, repantigado en una silla, desabrochándose el abrigo y pasando la pipa, la estaba escuchando. Pero no. No. Era una paranoica, no era más que eso. Era el hachís. Siempre le producía el mismo efecto. Qué importaba que Walter no fuera a cenar a casa, qué importaba que se quedara la mitad de las noches en el Elbow, qué importaba que Mardi le hubiera precedido sólo en cuestión de minutos, ¿qué demostraba eso? ¡Oh, no!, era ella la que se había salido de sus casillas.

Por lo demás, al instante siguiente Jessica se puso en pie de un salto, dejó caer al suelo la jarra, que estaba medio llena y resonó como una bomba de dos toneladas, y salió corriendo al porche, donde se apoyó en la barandilla y expulsó todo el fuego de sus entrañas con unas arcadas tan furiosas, tan incontrolables y tan prolongadas que durante un buen rato pensó que la habían envenenado.

Martyr's Reach

No había otra mujer, estaba segura. Pero algo iba mal, algo iba radicalmente mal. Christina no tenía ninguna duda. Se recostó en el gran sofá que su madre había recuperado del sótano para ella, que aún olía a perro, se llevó la humeante taza de Sanka a los labios y miró por las amarillentas ventanas de la casita el húmedo atardecer, que se pegaba a los árboles como un aviso de que se avecinaban fuertes lluvias. Todo el mundo estaba en calma. Walter dormía. Hesh y Lola habían regresado a su casa. Apartó la mirada de los árboles y la dirigió al escritorio de pino que había bajo la ventana (el escritorio de su marido, con su negra y mastodóntica Smith Corona y su ordenada hilera de misteriosos pequeños volúmenes con títulos como: *Conflictos agrarios en la Nueva York colonial* y *La casa Van Wart: antes y ahora*), y sintió una punzada de tristeza tan aguda que era como dar a luz a un ser retorcido y deforme, feo como una mentira. Cuando volvió a levantar la vista tuvo que morderse el dedo anular para no echarse a llorar.

No había otra mujer, pero casi lo deseaba. Al menos así habría sabido contra lo que luchaba. Tal como estaban las cosas, no sabía qué era lo que iba mal, pero le bastaba mirar a los ojos de Truman para comprender que era algo serio. Desde hacía algunos días, al salir del trabajo iba a «relajarse» a una de las tabernas de la ciudad, y volvía a medianoche con los ojos fieros y el aliento volátil, lejano como un extraterrestre que hubiera aterrizado en la cama junto a ella. Relajándose. Sí. Pero antes de eso —durante todo aquel desdichado verano— se había vuelto tan extraño y reconcentrado que ella apenas le reconocía. Cada noche volvía de la fundición con la cara rígida, endurecida, sin una sola pizca de simpatía. Se escabullía de sus abrazos, levantaba a Walter por los aires y se servía una copa. Luego se sentaba ante el escritorio, abría su cuaderno de notas y se perdía hasta la hora de cenar.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntaba ella—. ¿Te parece bien que cenemos judías verdes otra vez? ¿Han aterrizado ya los marcianos?

Nada. No había respuesta. Él era un monje con sus textos sagrados, y su rostro estaba tallado en piedra. Después de cenar leía a su desconcertado hijo un capítulo de la *Historia de Nueva York* de Diedrich Knickerbocker, con voz monótona y uniforme, y luego volvía a sus libros. A veces, incluso en días laborables, se despertaba a la una o las dos de la madrugada y él seguía allí, leyendo, subrayando, tomando notas, todo su ser atrapado en una página.

—Trabajas demasiado —le dijo.

Él levantó la vista hacia ella como una bestia sorprendida sobre su presa, con el libro abierto en su regazo como si fuera una pieza a la que hubiera perseguido y matado, y ahora estuviera masticando la sangrienta carne al abrigo de su guarida.

—No lo suficiente —gruñó.

Al principio ella era comprensiva. Se decía que no debía preocuparse, que él estaba sometido a demasiadas presiones, eso era todo. Trabajar cuarenta horas semanales, desplazarse a la ciudad para asistir a sus cursos finales de educación y de historia, acudir a reuniones del partido, ocuparse del coche, del jardín, de la casa, y encima el esfuerzo de investigar y escribir un trabajo para el examen semestral en el espacio de diez escasas semanas: era suficiente para dejar a cualquiera fuera de combate. Pero a medida que pasaba el verano y Truman se volvía cada vez más distante, desapegado, egoísta y hostil, empezó a darse cuenta de que se estaba engañando, de que el problema se había vuelto más profundo de lo que ella se había atrevido a imaginar. Había algo exterior a él, algo venenoso e irrevocable, que le estaba transformando. Se estaba volviendo insensible. Estaba construyendo un muro entre los dos. Cada día estaba más lejos de ella.

Todo había empezado en junio, cuando Sasha Freeman y Morton Blum anunciaron los planes del partido para organizar una gran reunión popular en Peterskill, y Truman había iniciado su último proyecto en el City College, su trabajo de fin de curso. Truman había escogido un oscuro episodio de la historia local para su trabajo —Christina ni siquiera había oído hablar de ello—, y empezó a trabajar con aquella concentración monomaniaca digna de un Gibbon escribiendo la crónica de la decadencia de Roma. De pronto no había tiempo para cenar con Hesh y Lola, no había tiempo para jugar a las cartas o para ir al autocine, no había tiempo para llevar a Walter al río o para jugar con él a pelota al atardecer, cuando refrescaba. Tampoco había tiempo para el amor. Trabajaba durante la mitad de la noche, con el ceño fruncido, en el cono de luz que la lámpara proyectaba sobre su escritorio, y llegaba a la cama como un hombre con una flecha clavada en la espalda. La puerta crujía sobre sus goznes, él daba tres pasos, se dejaba caer, y antes de tocar la cama ya estaba dormido. Se pasaba los sábados y los domingos en la biblioteca. Ella intentó razonar con él.

«Truman —suplicaba mientras él garabateaba notas o dejaba un libro para coger otro—, no estás escribiendo la historia de la civilización occidental. Date un respiro, tómatelo con calma. ¡Truman! —Su voz se convirtió en un grito—. ¡Es sólo un examen semestral!».

Él no se molestaba en contestarle.

¿Y qué estaba escribiendo? ¿Cuál era el tema por el que se estaba matando día y noche, hasta el punto de que su mujer se sentía como una viuda y su hijo apenas le reconocía? Una tarde Christina le echó una hojeada. Era una tarde soleada y sin mácula. Truman estaba en la fábrica y Walter estaba sentado embadurnándose la camisa de crema de guisantes. Christina sacaba las basuras de la cocina, dos bolsas

llenas a reventar de huesos, cáscaras y posos de café, cuando de pronto lo vio, vio el punto central de la habitación, de la casa, de la ciudad, del condado, del mismísimo mundo: allí, en el centro de su escritorio, yacía la arañada carpeta de papel manila que él nunca perdía de vista, excepto cuando se echaba en la cama inconsciente o cuando fichaba para sus jefes en la fundición. Era un imán, un *non plus ultra*, un *sine qua non*. La cogió.

Dentro, en un fajo tan grueso como la guía de teléfonos, había cientos de páginas de papel amarillo rayado cubierto con los espasmódicos trazos de su pequeña y apretujada letra. «Revuelta señorial: la conspiración Crane-Mohonk —leyó—, por Truman H. van Brunt». Pasó la página. «La historia de la casa Van Wart es una historia de opresión, traición y engaños, una mancha negra en los anales del régimen colonial...». El estilo era burdo, plagado de clichés, declamatorio y apasionado, casi histérico. No se parecía a ningún texto histórico que ella hubiera leído. Si no lo hubiera conocido mejor, habría pensado que el autor estaba involucrado personalmente, que era la víctima de alguna terrible injusticia o falsa acusación. Leyó cinco páginas y lo dejó. ¿Era aquello? ¿Era aquello lo que se había apoderado de él?

Tres semanas más tarde tuvo la respuesta.

Era un sábado por la tarde, una semana antes del concierto. El curso se había terminado, el trabajo también (con doscientas cincuenta y siete páginas de apretada mecanografía, tenía una extensión cinco veces mayor que cualquier otro de los entregados en aquel semestre), y había aprobado. Al acabar la ceremonia de graduación cogieron el tren, y ella se apretó contra Truman en el suave traqueteo del vagón, pensando «Ya está. Ya podemos respirar». Anochecía cuando llegaron a casa. Truman atravesó la habitación y se sentó pesadamente ante el escritorio, todavía vestido con el birrete y la toga —la toga y el birrete alquilados que se negaba obstinadamente a devolver—; su sudor empapaba la gruesa muselina negra formando regueros oscuros y enormes lunas crecientes.

—Hay que celebrarlo —dijo ella—. Recogeremos a Walter y nos iremos a cenar fuera, a algún sitio bonito. Los tres solos.

Él estaba mirando a los árboles. No parecía un hombre que acababa de coronar tres años de duro esfuerzo con un triunfo supremo y duradero. Parecía un ladrón a punto de ser llevado a la horca.

—Truman.

Él volvió la cara despacio; en sus ojos había una mirada extraña, aquella mirada vacía y esquiva que tanto le había inquietado durante las últimas semanas.

—Tengo que salir —dijo mirando otra vez hacia fuera—. Con Piet. Tengo que ayudar a Piet con su coche.

—¿Piet? —Christina le arrojó el nombre como si fuera una maldición— ¿Piet? —Lo veía como si lo tuviera delante: Piet pálido como un gusano sin pelo, siempre con una sonrisa de suficiencia en su rostro—. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con tu hijo? ¿Te das cuenta de que no hemos hecho vida de familia durante muchísimo

tiempo, durante meses?

Él se limitó a encogerse de hombros. Le temblaba el labio inferior, como si estuviera luchando con una perversa y aviesa sonrisa que decía: «Sí, sí, soy culpable. Soy una mierda. Insúltame, ódiame, divórciate de mí». No podía mirarla a los ojos.

Llevaban casados casi cuatro años. ¿Eso no significaba nada para él? ¿Qué pasaba? ¿Qué había sido del hombre del que ella se había enamorado, aquel hombre osado y de sonrisa pronta que había pasado bajo el puente de Bear Mountain y la había levantado en sus brazos?

Él no lo sabía. Estaba cansado, nada más. No tenía ganas de discutir.

—Mírame —dijo ella cogiéndole de los brazos cuando él se levantaba para irse—. Sales con otra, ¿verdad? —Y su voz se convirtió en un hiriente gemido que le llenó la cabeza como si fuera a estallarle—. Sales con otra, ¿verdad?

En aquel instante comprendió que se equivocaba, y este descubrimiento la arrugó como una bola de papel de plata. No había otra mujer. Tampoco se trataba de la conspiración Crane-Mohonk, ni de las cuarenta horas semanales en la fundición. Ella había sondeado hasta lo más profundo de su ser, y lo que vio era tan definitivo e irrevocable como el caer de la guillotina: ella había muerto para él.

El trabajo estaba acabado, y él tenía la toga y el birrete, símbolos de su realización. Durmió con ellos durante el resto de aquella semana, se los llevaba al trabajo, entraba en la Outhouse's Tavern como si fuera el estudiante gitano con el birrete echado hacia atrás, como si hubiera caído del cielo y milagrosamente se hubiera posado allí. Ella le vio bajo la suave luz de la mañana mientras se ponía sus botas con punteras de acero, y de noche vio recortarse su silueta contra la intensa luz amarilla de la lámpara de la sala cuando entraba tambaleándose. Durante aquella semana, aquella lúgubre semana truncada que empezó con su graduación y acabó con el concierto, él no pasó ni una sola tarde en casa.

Ella protestaba al alba, suplicaba a medianoche y escupía toda su furia y su desesperación durante la madrugada. Él permanecía imperturbable. Yacía en la cama, borracho, con la andrajosa toga alrededor de sus piernas y el aliento silbando a través de sus labios. Al oír el despertador se levantaba de la cama, se ponía las botas y salía por la puerta. Sin tomar café ni copos de cereal, sin decir hola ni adiós. Todo continuó igual hasta que llegó el sábado, el día del concierto. En aquella apacible y fatídica mañana Truman se levantó con las primeras luces del alba, le sonrió con fiereza, recitó frases ingeniosas como un cómico desesperado ante una audiencia impasible. Batió toda una hornada de tortitas, frió huevos y salchichas, hizo el payaso por la cocina para Walter poniéndose un escurridor en la cabeza. ¿Sería posible que todo volviera a ir bien?, se preguntó ella. Las tortas estaban en la mesa, Walter se reía de su tonto papá, Christina sonreía por primera vez en una semana, y Truman, mirando de soslayo como un bufón, como un payaso, como un loco agarrándose a los barrotes

de su jaula, se arrancó de la espalda la andrajosa toga académica y la envió volando por la habitación hasta la papelería, en un lanzamiento alto y arqueado. Luego, con un guiño, desapareció en el dormitorio y volvió un momento después con un refulgente polo, un polo que ella nunca había visto antes, un prodigio de polo, todavía con los pliegues de la tienda, con unas magníficas rayas rojas, blancas y azules.

Walter se fue con sus abuelos a pasar el día entre los fascinantes peces del Hudson mientras Truman y Hesh cargaban el equipo de sonido en la parte trasera del Plymouth de Hesh, y Christina preparaba bocadillos, pastas y un termo de té helado. ¿Canturreaba para sí? ¿La hacían sonreír sus pensamientos más íntimos? Lo había visto en sus ojos, había visto que en lo más profundo de su ser ella había muerto para Truman, pero no quería creerlo. Quería creer que aquella mañana del día del concierto era un nuevo principio, radiante y prometedor. Él se estaba recobrando, volvía a ella. Después de todo, había sido la presión, y ahora se había terminado. Había conseguido su graduación y había hecho jirones la toga. ¿Qué importaba que hubiera salido a desahogarse? Era lo más natural del mundo.

Mientras envolvía los bocadillos Christina pensó en el concierto del año anterior, en el pabellón de la colonia. Se habían sentado en una manta extendida sobre la hierba, cogiéndose la mano y con Walter durmiendo junto a ellos. Robeson había cantado *Go Down, Moses, Swing Low, Sweet Chariot* y algo del *Mesías* de Händel. Y ella se había deslizado en los confortables brazos de Truman y había cerrado los ojos, dejando que la atronadora voz vibrara en la caja de resonancia de su cuerpo. Entonces no existía Piet, ni había carpetas de papel manila, ni conspiración Crane-Mohonk. Sólo existía Truman, su marido, el hombre que ofrecía su sonrisa al mundo, el atleta, el estudiante, el miembro del partido y el héroe, sólo Truman, y ella.

La mañana pasó, y ella empezó a repasar las páginas de sus folletos pensando que el fin de semana siguiente podían ir a Rhinebeck o a algún otro sitio, sólo por irse fuera un par de días. Podían dormir en aquella vieja hostería que daba al río, y quizá dar una vuelta en barca o montar a caballo. Tenía los dedos manchados de tinta. Dieron las tres, y las cuatro. Estaba sentada en la ventana escuchando la radio, esperando a su marido y a Hesh, que volverían de su reunión de última hora con Sasha Freeman y Morton Blum, cuando levantó la vista y vio que el Plymouth Gillette color azul de Hesh entraba por el camino particular. Antes de que el coche se detuviera ella ya estaba en la puerta con la cesta de la merienda en una mano y una bolsa de asas llena de propaganda en la otra.

«¡Ah! —estaba a punto de decir—. Pensaba que os habíais olvidado de mí», pero se contuvo. Porque en aquel momento, con temor, odio y una abrumadora sensación de fracaso, vio que no iban solos. Retrepado en el asiento entre los dos como la marioneta de un ventrílocuo, con sus bracitos desnudos apoyados en el salpicadero y haciendo una maligna mueca de triunfo, estaba Piet.

Después, cuando recordaba aquella noche, aquella noche que rompió su vida en dos, veía caras. La cara de Piet, tal como estaba en el coche, interponiéndose de un

modo indescriptible entre su marido y ella. La cara de Truman, que evitaba su mirada, dura y adusta. La cara de Hesh: ancha, sincera, totalmente abierta hacia ella cuando entró en el coche y se sentó junto a él, o aturdida y con una serenidad mortal cuando yacía inconsciente sobre las arañadas maderas de pino del escenario mientras los criminales y nazis aullaban como demonios en la oscuridad. Y luego veía las caras de los alborotadores: las mujeres rabiosas haciendo gestos de burla, con los ojos desorbitados de odio; el niño que se había inclinado hacia delante para escupir en el parabrisas; un hombre al que reconoció de la carnicería de Peterskill y que enseñaba los dientes como un perro se agarró los genitales con las dos manos y luego se golpeó la curva del brazo con el gesto universal de desafío y desdén. Pasó un día, dos, tres, cuatro, una semana, un mes, y ella seguía viendo aquellas caras. Aunque luchaba por escapar de ellas, aunque cerraba los ojos con fuerza, paseaba de un lado para el otro, intentaba dormir, aquellas caras la acosaban. Estaban allí, feas e insoslayables, cuando se despertaba por la mañana del vacilante sueño que la sorprendía con las primeras luces; estaban allí por la tarde, cuando se sentaba llorando en el sofá, y en las fauces de la noche, cuando la oscuridad conjuraba sus imágenes. Aquéllos eran sus fantasmas y aquél su ataque de recuerdos.

Empezó en lo más hondo de aquella primera noche, cuando cesaron las nerviosas llamadas de teléfono y la sangre de Hesh se secó formando una costra en la manga de la blusa de Christina, cuando se acabó la lista de hospitales de la guía de Westchester-Putnam y comprobó que en ninguno habían admitido a un sangrante atleta con el pelo color cobre opaco y un poco desgarrado, cuando se lo imaginó tirado e inconsciente en una zanja o arrastrándose hacia su casa en la oscuridad como un perro atropellado en la carretera. Se sentó junto al teléfono, apática, con los ojos hundidos, esperando que llamara. No llamó. La noche proseguía, tenaz, implacable. De la habitación del fondo llegaba el castañeteo de los dientes de Walter. Y luego, atrapadas en la ventana, revoloteando sobre los coleos, escudriñándola desde el mueble de la radio, las caras empezaron a mostrarse. La de Piet, la de Truman, la de Hesh, la mueca retorcida y fiera del hombre de la carnicería.

Al día siguiente Lola se sentó con ella durante la interminable mañana, la insoportable tarde y la noche sin estrellas que cayeron sobre ella como una maldición. No te preocupes, dijo Lola con una voz que aliviaba las heridas, volverá. Sé que está sano y salvo. Dadas las circunstancias, tal vez se había ido a la ciudad en el coche de alguno de los asistentes al concierto, o se había refugiado en el apartamento de Piet en Peterskill. Llamará. Llamará en cualquier momento.

Se equivocaba. Era un consuelo, pero se equivocaba. No llamó. Hesh escudriñó los matorrales y no encontró nada. Lola le preguntó si quería una pastilla para dormir. Eran las once de la noche. Nadie había visto a Truman ni había sabido de él en veintisiete horas. ¿Whisky? ¿Vodka? ¿Ginebra?

Llegó el lunes por la mañana, temprano. No sabía qué hora debía de ser, las siete, las ocho. Lola estaba de pie tras el mostrador de la pastelería Van der Meulen, y

Hesh, con los brazos llenos de cortes y la cara magullada como una fruta pasada, iba camino de la fábrica de espejos y cristales para coche Sollovay, en la calle Houston. Fue entonces cuando él entró. Ella no había dormido en cincuenta horas y veía caras. Walter estaba dando vueltas como un derviche, bailando una de esas danzas de rechazo y rabia propias de los tres años. La basura se salía del cubo, la despensa estaba vacía y su madre volvía a toda prisa de unas vacaciones en Vermont para acompañarla en aquellas horas de tristeza, y él entró por la puerta.

Renqueaba. Estaba borracho. Tenía un moratón oscuro bajo el ojo izquierdo, llevaba una oreja vendada, e iba vestido con la misma ropa que se puso para ir al concierto, ahora sucia, desgarrada, manchada de sangre. ¿Qué le podía decir? Estábamos muy preocupados, ¿dónde has estado?, ¿te hirieron? Estoy tan contenta, estamos tan contentos. Walter, mira, mira quién ha vuelto a casa. Ella se había levantado del sofá y corría hacia él con Walter a su lado, saltando para el abrazo familiar, con lágrimas de gratitud, Odiseo vuelve al hogar tras las guerras, desplegadas las banderas, que toquen las trompetas, luces, cámara... Pero él no hizo caso de sus caricias. Pasó por su lado sin mirarlos, ocultando la cara como un gángster a la entrada del juzgado, y se metió en el dormitorio, donde al momento la maleta se abrió sobre la cama como un par de mandíbulas.

—¿Qué haces? —Christina se abalanzó sobre él tirándole del brazo—. ¿Qué pasa, Truman?

Debajo de ella, colgándose de las piernas de su padre, Walter repetía una cantinela:

—Papá, papá, papá.

Nada podía conmoverle. La rechazó como había rechazado a los defensas en sus años de gloria deportiva, testarudo, sin prestar atención, lanzándose a la línea de meta. Libros, ropa, sus notas, el manuscrito: la casa se quemaba, los bosques ardían.

—Lo siento —susurró, y el labio le temblaba con aquella enfermiza sonrisa de traidor. Ella no existía, Walter se había vuelto invisible. Y después abrió la puerta y salió.

Fuera, el coche. El Buick. Más tarde dijeron que era el coche de Van Wart, pero ¿cómo podía saberlo? Era negro, largo, fúnebre. Ella nunca lo había visto.

—¡Truman! —Christina estaba en la puerta, luego en el porche—. ¡Háblame!

Él no le habló, ni siquiera se volvió a mirarla. Metió la maleta atrás y saltó al asiento del conductor como un hombre acosado. Luego el coche arrancó y dio marcha atrás por el camino. Christina permaneció en el porche, inmovilizada, y en aquel momento, a través de la triste y lenta danza de la luz en el parabrisas, tuvo su última y fugaz visión de Truman. Mandíbulas cerradas, ojos muertos. Ni siquiera volvió la cabeza.

Pero Truman no la dejó sin una ominosa despedida. Cuando el coche giró hacia la izquierda por la carretera de Kitchawank, ofreciéndole un largo y resplandeciente plano del asiento del acompañante, Piet apareció de pronto en la ventanilla abierta,

surgiendo como un hongo de las oscuras profundidades del interior. Se volvió hacia ella, lento como un mecanismo de relojería, y levantó su pálida mano de niño para hacerle un leve gesto de despedida.

Adiós.

Cuando Anna Alving enfiló el camino particular acababan de dar las dos de la tarde, y las manos le temblaban al volante. Había salido a las siete de aquella mañana de la casita alquilada junto al lago Saint Catherine, y su marido la seguía en su coche. Se pararon a comer en algún sitio junto al Hudson (Magnus estaba tan preocupado por su desaparecido yerno que apenas tocó su bocadillo de atún con pan de centeno, y ella se sentía tan afectada que se tomó seis tazas de café con su pastelillo de frutas), y luego volvieron a ponerse en marcha uno tras el otro. El Chevrolet era un coche de carreras comparado con el lento Nash de Magnus, y aunque ella intentaba ir despacio para no perderle de vista, cuando llegaron a Claverack el retrovisor no reflejaba nada más que el firme alquitranado. Pensó en salir de la carretera a esperarle, pero la prisa por estar junto a su hija le hizo pisar el acelerador. «Mamá —la voz de su hija le llegaba tal como la había oído al teléfono la noche antes—. Mamá, se ha ido». Tomó las curvas a una velocidad tan temeraria que los neumáticos se desgastaron y el volante estuvo a punto de saltar de sus manos. Ahora, mientras frenaba ante la silenciosa casita, la casita que se erguía recién pintada a la sombra de los árboles, con aire plácido, normal, respetable, levantó sus manos del volante y apagó el motor. Se quedó sentada un momento, escuchando los crujidos y gemidos del agonizante motor, cogió su bolso y se compuso la cara. Luego subió los escalones delanteros.

Encontró a Christina hundida en el sofá, con los hombros encogidos y las rodillas pegadas al pecho. Junto a ella, tendido sobre un montón de cuentos infantiles, estaba Walter. Se había dormido —la boca abierta, los párpados entrecerrados—, y ella le leía un cuento. Absorta. Su voz tenía un tono bajo, cansado.

—Jack la sopa no quiso comer —leyó—. Poco a poco menguándose fue.

—Christina.

Christina levantó la vista. Durante las últimas seis horas había leído todos los libros de cuentos y de canciones infantiles que tenían en casa. La Cenicienta, Blancanieves, Caperucita roja, todos vivieron felices y comieron perdices, igual que Babar, Alicia, la rana encantada, Hansel y Gretel. Siguieron Jack, Jack y las habichuelas mágicas, Jack el matador de gigantes, Jack el listo y Jack y la cajita de yesca, y Humpty Dumpty, el patito feo y el pobre Petirrojo.

—¿Le han encontrado ya? —preguntó su madre.

Despacio, reverentemente, como si fuera parte de un ritual, Christina cerró el libro en su regazo. Su madre estaba de pie ante ella, morena después de un mes entre los guijarros de las rodillas del lago Saint Catherine, con un peinado nuevo y una mirada de angustia en la cara. ¿Encontrarle? Lo que ella quería saber era quién había

devorado al pobre Petirrojo.

La voz de su madre le llegó a los oídos:

—¿Está bien?

Ella alzó la vista hacia la cara de su madre, la cara que había sido su luna y su sol, su consuelo y su refugio desde que yacía desvalida en la cuna, la cara que había vencido a todos aquellos horribles rostros que infestaban las sombras y la acechaban en sus sueños, pero ahora sólo podía pensar en el pobre Petirrojo, en los pájaros que se desplomaron suspirando y llorando al saber la mala nueva.

—Sí, le han encontrado —dijo al fin.

Su madre abría y cerraba los puños inconscientemente. Se oyó el ruido de un segundo coche entrando en el camino. Walter murmuró algo en sueños.

—Le han encontrado —repitió ella.

Se cerró la puerta del coche. Oyó los pasos de su padre en los escalones, luego en el porche, vio su ansiosa cara a través de la tupida tela metálica.

—¿Sí? —dijo su madre.

—Sí —dijo ella—. Está muerto.

No estaba muerto, pero ojalá lo hubiera estado. Al caer la noche los Alving conocían ya los rumores —habían escuchado la versión de Hesh, la de Lola, la de Lorelee Shapiro y la de Rose Pollack—, y Christina, echada cuan larga era en la cama de su niñez, como un cadáver esperando a ser embalsamado, acabó admitiendo la verdad. Truman la había dejado. La había dejado abandonada a su suerte en el concierto, la había dejado agonizar durante dos días y dos noches sin sueño, luego había hecho su equipaje y la había dejado sin decirle adiós.

—No puedo creerlo —dijo su madre.

Su padre se levantó de la silla.

—Lo mataré —dijo.

Hubo un segundo concierto al final de aquella semana, primero triunfante y más tarde derrotado, y luego agosto dio paso a septiembre, con su calor vacilante y sus mariposas despistadas, con la plenitud que acaba por ceder el paso a la decadencia. Cuando empezaron a caer las hojas de los árboles Christina había perdido doce kilos. Por primera vez desde los quince años pesaba menos de cuarenta y seis kilos, y su madre estaba preocupada.

«Come —le decía—. Te estás consumiendo por nada. Olvídale. Olvídale y come. Tienes que conservar las fuerzas. Piensa en Walter».

Pensaba en Walter. A principios de octubre, cuando su madre estaba fuera, fue a un abogado de Yorktown y arregló los papeles para otorgar la custodia legal a sus padrinos en caso de que muriera. En cuanto a las amonestaciones de su madre, no significaban nada para ella. ¿Comer? Era como si le pidiera que echase a volar. Uno come para llenarse, para renovar sus células, para consolidar los huesos, los músculos

y la grasa, para vivir. Ella no quería vivir. No tenía hambre. La carne le daba náuseas, el olor a comida le resultaba insoportable, las frutas eran repugnantes y las verduras odiosas. La leche, los cereales, el pan, el arroz, incluso las tortas de patata eran veneno para ella. Su madre le hacía budines, donuts, huevos estrellados, entraba en su habitación con una bandeja de galletas saladas y un caldo, y se sentaba regañándola, le llevaba la cuchara a los labios como si aún fuera una niña, pero no servía de nada. Aunque sólo fuera para suavizar los rasgos de aquella cara solícita que tenía junto a ella, Christina se esforzaba por tragar un sorbo, pero el caldo era como un ácido para su estómago, y al cabo de una hora ya se había agachado sobre el retrete, vomitando hasta que las lágrimas le anegaban los ojos.

El doctor Braun, el médico de cabecera que había aliviado sus fiebres infantiles, suavizado su varicela y enyesado su rodilla cuando se cayó del estribo del autobús escolar, le prescribió un sedante y aconsejó que tuviera una buena charla con el doctor Arkawy, un colega que ejercía la psiquiatría. Ella no quería charlar. Escupía los sedantes, apretaba a Walter y sus radiantes y esperanzadores libros junto a su pecho, y veía caras, rabiosas caras llenas de odio, y la de Truman era la más odiosa. Pero al empezar noviembre había bajado a cuarenta kilos.

La alimentaron por vía intravenosa en el Hospital Municipal de Peterskill, pero se arrancaba el suero del brazo en cuanto se quedaba sola en la habitación. Cuando la trasladaron al otro hospital estaba soñando, pero en el breve espacio entre la ambulancia y aquella gran puerta, como la de una fortaleza, sintió el intenso olor del río en la nariz. Cuando le ataron los brazos y empezó aquel goteo de vida Christina tuvo la sensación de que el agua se agitaba a su alrededor. Olas grises que la lamían, nada importante, un soplo erizado por la lisa y amplia superficie, que acunaba la barca tan suavemente como la brisa mecía la cuna de aquel bebé sobre las copas de los árboles. De pronto estaba con Truman, mucho tiempo atrás, mucho antes de Walter, de la casita, mucho antes de los papeles, los libros y las reuniones del partido en las que se cogían de la mano. Mucho antes. Estaban fuera, en el río, en la barca del padre de Truman, aquel barco que hedía a pescado, mellado en las bordas por la fricción de miles de cuerdas que acarreaban secretos del fondo. Él extendió una manta para ella en la proa, les envolvía aquel peculiar olor a aceite de máquinas, el sol estaba alto, el viento había amainado hasta desvanecerse. «¿Qué es aquello? —preguntó ella—, allí. Aquel punto al otro lado del río». Él se sentó al timón sonriendo. «Kidd's Point —dijo—, por el pirata. Detrás está el Dunderberg, y justo adelante está el lugar que llaman Horse Race».

Ella sintió que el agua se hinchaba bajo su cuerpo. Miró río arriba, donde las montañas caían en continentes de sombras y las gaviotas pendían suspendidas en océanos de luz filtrada. «Allí encima, después de la curva —le dijo él—, hay un canal que llega hasta West Point. Y luego iremos a parar a Martyr's Reach». Él conocía una isla allí, en medio del río, un lugar hermoso, con el Storm King a un lado y el Breakneck al otro. Le dijo que podían desembarcar y comer allí.

Comer. Sí, comer.

Era una lástima, pero ella no tenía hambre.

Hijos e hijas

Era la mañana del decimosexto cumpleaños de Neeltje, una mañana como cualquier otra: húmeda, melancólica, cuajada con la monotonía de la rutina. Había que recoger los huevos y alimentar a los patos, gansos y pollos. El fuego necesitaba leña, las gachas debían removerse; sintió que los dedos se le ponían rígidos al pensar en lo que tendría que hilar, batir y moler aquel día. Su padre se había ido a cumplir alguna misión para el patrón y no iba a volver hasta el anochecer, y aunque había muy poca luz todavía, su madre ya estaba sentada muy erguida ante la rueca, levantando y bajando el brazo derecho mecánicamente para hilar el lino, con los ojos fijos en el huso. Sus hermanas, aún pequeñas, se calentaban al fuego y miraban el caldero con expectación. Nadie se fijó en ella cuando descolgó su capa del gancho y se puso los zuecos.

Neeltje se sentía irritada y dolida —por la atención que le prestaban, podía haber sido una de las esclavas negras del patrón—, cerró la puerta, cruzó el jardín y se detuvo a hurgar la hierba buscando los huevos de la mañana. No pedía mucho —una sonrisa tal vez, felicitaciones por su cumpleaños, un abrazo de su madre—, pero ¿qué había recibido? Nada. Era su cumpleaños y a nadie le importaba. ¿Y por qué iba a importarles? Ella era sólo un par de manos que cortaban, ordeñaban y fregaban, una espalda que cargaba, unas piernas que transportaban. Cumplía los dieciséis, era toda una mujer, un adulto, y nadie advertía la diferencia.

Absorta en amargas reflexiones, se inclinó a recoger los huevos con la falda pesada por el rocío que la impregnaba. Las vacas, aún sin ordeñar, mugían enfáticamente desde el establo mientras un tropel de gallinas furiosas le picoteaban los talones e inclinaban la cabeza para reprenderla con brillantes ojos de reproche. Un manto de niebla se levantaba del río y traía un olor a fondos cenagosos, a muertos y a ahogados. Neeltje sintió un escalofrío y se ciñó la capa a la garganta. Al cabo de un momento encontró un huevo entre la hierba y se levantó a secarse las manos con el delantal. Fue entonces —mientras se enderezaba, con el cesto colgado del brazo y las manos hundidas en los bolsillos de su delantal— cuando advirtió un movimiento a su izquierda, donde el perfil del establo se hundía en la niebla. Volvió la cabeza instintivamente y ahí estaba, apoyado en su pierna, sonriendo levemente, observándola.

—¿Jeremias?

Lo dijo como una pregunta, con la voz alterada por la sorpresa, súbitamente

consciente de su cabeza descubierta, de la sencillez de su capa y de su falda, del barro que manchaba sus zuecos amarillos de campesina.

—¡Chist!

Jeremias se llevó un dedo a los labios y la instó a que se acercara antes de retroceder hacia la niebla que había al final del establo. Ella miró dos veces a su alrededor —las vacas mugían, las gallinas protestaban ruidosamente y los patos y los gansos producían un chapoteo atroz en la charca—, y se volvió a mirarle.

Detrás del establo, entre las matas de brezo y las malas hierbas, con el olor a vacas flotando suspendido en torno a ellos, él la cogió de la mano y le deseó un feliz cumpleaños (*gefeliciteerd met je verjaardag*); luego bajó la voz y le dijo que se olvidara de los huevos.

—¿Que me olvide de los huevos? ¿Qué quieres decir?

La niebla humeaba en torno a él. Su sonrisa se había desvanecido.

—Quiero decir que no vas a necesitarlos. Al menos, ahora no. —Abrió la boca para extenderse en su brusca y bastante críptica propuesta, pero pareció pensarlo mejor. Bajó los ojos al suelo—. ¿No sabes por qué he venido?

Neeltje Cats cumplía dieciséis años aquel día, y era tan pequeña y delicada como una niña, poseía la sagacidad ancestral de sus emprendedores y poéticos antepasados, los bardos y los tenderos de Amsterdam. Sabía por qué había ido, lo habría sabido aunque él no hubiera enviado al viejo Jan el kitchawank a decírselo en tres ocasiones durante los pasados ocho meses.

—Sí, lo sé —susurró. Y se preguntó si debería caer desmayada a sus pies para guardar las formas.

Él le había soltado la mano al dejarse llevar por su elocuencia en el tema de los huevos, y ahora estaba de pie, con aire desmañado, con los brazos colgándole como mangas vacías. Frustradas, impacientes, inquietas, las vacas mugieron.

—¿Te parece bien? —preguntó Jeremias al fin, dirigiéndose a un tronco de árbol a unos seis metros detrás de ella.

¿Que si le parecía bien? Ella había soñado con aquel momento durante meses, echada en el tosco jergón entre sus repantigadas hermanas en la oscuridad de la noche, esforzándose por conjurar su imagen antes de dormirse (Jeremias, el príncipe que ascendería por la escala de sus trenzas y la liberaría de la torre de la hechicera, que mataría a dragones y destriparía a malvados por ella, Jeremias, el de la complexión pétrea y los ojos verdes). Ella nunca dudó que él iría a buscarla. Lo había visto en sus ojos, lo había visto en el hundimiento de sus hombros cuando renqueaba tras ella en aquel día de humillación y avanzaba despacio por el camino de Peterskill, lo había sentido en su tacto, lo había oído en su voz. Cuando el viejo Jan la llevó aparte tras entregar unas misivas para el patrón y cantarle a su madre un saludo de tres notas de parte de un primo del lago Crom, antes de que las palabras salieran de sus labios, ella sabía que Jeremias van Brunt le hacía llegar sus respetos y sus mejores deseos. Y cuando le puso una hoja de papel en la mano, ella también supo

que era de Jeremias y que abriría su vida a nuevos horizontes.

Con el corazón latiéndole con fuerza se alejó de la familia reunida en torno al bamboleante indio y se apresuró a cruzar la puerta hacia el excusado. Cuando estuvo fuera de la vista, cuando estuvo segura de que se había alejado de los ojos acechantes de su padre, su madre y sus hermanas, rasgó el sobre de papel. Dentro encontró una laboriosa copia del himno de Jacob Cats a la ética del matrimonio. Neeltje leyó deprisa los versos, pero no era el poema lo que la agitaba, era la despedida. Con las toscas letras mayúsculas de una mano inexperta, Jeremias había escrito VEN DREA BUSCAR TE, y luego había garabateado su firma al final de la página, en un diluvio de lazos. Y ahora, mientras Neeltje seguía allí de pie, con sus embarrados zuecos y su pelo despeinado, con la cesta de los huevos apretada contra el pecho y la confusión del sueño apenas apartada de sus ojos, vio que él había cumplido su palabra. ¿Que si le parecía bien? Le parecía perfecto.

—Tu padre no tiene una gran opinión de mí —dijo él.

Ella se acercó para seguir la cicatriz que le recorría la mejilla.

—No importa —susurró—. Yo sí.

Él tardó un minuto, subrayado por el mugido profundo del ganado y bañado por los vapores de pescado del río, antes de acercarse a sus brazos. Les envolvía la niebla, el cacareo de las gallinas, el intenso y salvaje olor de la estación que despertaba. Cuando por fin habló, su voz era profunda.

—Deja la cesta en el suelo —dijo.

La cesta seguía en el barro aquella tarde cuando Joost Cats bajó del huesudo lomo de Donder, su miope rocín, y alisó las nalgas de sus arrugados y alborotados calzones. Había pasado la mañana en Van Wartville, mediando en otra disputa entre Hackaliah Crane y Reinier Oothouse —esta vez sobre el sacrificio de una flaca puerca de flácido vientre que el yanqui había atrapado arrancándole sus bulbos de cebollas—, después de lo cual había corrido a casa con un par de las mejores medias de Jan Pieterse para Neeltje, su regalo de cumpleaños. Cuando llevaba al jadeante rocín al establo, pensando en cómo Reinier Oothouse, borracho, se había arrodillado ante el yanqui y había suplicado por la vida de la puerca como un padre por su hijo («No la mates, no le hagas daño a mi pequeña Speelgoed, ella no quería hacerlo, nunca se había portado mal antes, te pagaré lo que pidas, cualquier cosa»), sus dos hijas pequeñas salieron corriendo de la casa agitando brazos y piernas, con las caras encendidas por el placer del desastre.

—*Vader! Vader!* —gritaban en un jadeante y agudo unísono—. ¡Neeltje se ha ido!

¿Ido? ¿De qué hablaban? ¿Ido? Pero al momento siguiente vio a su mujer en la puerta, vio la expresión de su rostro y comprendió que era verdad.

Juntos, conducidos por la agitada Trijintje y la embriagada Ans, rodearon la esquina del establo y contemplaron la cesta volcada, la hollada y enfangada tierra, los

huevos rotos.

—¿Han sido los indios? —exclamó Ans—. ¿La han secuestrado y la han convertido en una *squaw* blanca?

Curvado como una hoz y mesándose el mechón de pelo de la barba, Joost intentó imaginárselo: desnudos diablos rojos saliendo de entre la maleza para forzar a su indefensa pequeña Neeltje, una ruda mano tapándole la boca, la hedionda choza y las polvorientas pieles, la hilera de grasientos guerreros empujándose en la puerta...

—¿Cuándo? —murmuró volviéndose a su mujer.

Geesje Cats era una mujer dura, sin caderas, sin carne, gastada, una mujer que sólo había engendrado hijas y que llevaba su tristeza grabada en las comisuras de la boca.

—Esta mañana —dijo con los ojos aguijoneados por el miedo—. Fue Trijintje la que lo descubrió... la cesta. La hemos llamado mil veces.

El barro se abría formando bocas silenciosas que no le decían nada al *schout*. Bajó la vista hacia la triste cesta caída y la yema de huevo derramada, que parecía clavarse en la tierra como los dedos de una garra, revivió las escenas de violencia y depravación con que se había encontrado en sus siete años de *schout*, hombres ahogados y hombres acuchillados flotando ante sus ojos, mujeres maltratadas, desnudas, violadas, huesos que sobresalían de la carne y ojos que no volverían a ver. Alzó la vista y habló a gritos.

—¿Habéis buscado en el huerto? —preguntó—. ¿En el río? ¿La charca? ¿Habéis preguntado en casa del patrón?

Sorprendidas y avergonzadas, su mujer y sus hijas bajaron los ojos. Sí, habían buscado y preguntado. Sí, *vader*, sí, *echtgenoot*, lo habían hecho.

Bien, entonces ¿habían ido a casa de los Groodt, de los Cooper, de los Dincklagen? ¿A la hostería? ¿Al embarcadero? ¿A los pastos, al establo, a la colina de Van der Donk?

Empezaba a caer una ligera lluvia. Ans, de diez años, empezó a lloriquear.

—Muy bien —exclamó él—. Muy bien. Iré a ver al patrón.

El patrón estaba cenando, inclinado sobre un plato de remolacha en salmuera, queso curado y un sáballo en salsa cremosa que estaba pinchando displicente con el tenedor, como subrayando la diferencia entre aquello y los arenques de Zuider Zee, cuando Joost fue introducido en el comedor. La mano libre del patrón estaba vendada como defensa contra las cuchilladas de la gota, y tenía la cara ruborizada con el color de un vino raro. *Vrouw Van Wart*, una mujer entregada a la negación de la carne, estaba sentada rígidamente junto a él, con un simple mendrugo de pan seco ante ella, mientras que la viuda de su hermano y su hija Mariken permanecían en el duro banco frente a ella. El *jongheer*, con un cuello de encaje del tamaño de un queso de Gouda, ocupaba el lugar de honor en un extremo de la mesa.

—¡Dios de los cielos! —gritó el patrón—. ¿Qué pasa, Cats, que no puede esperar?

—¡Es mi hija, *mijnheer*: ha desaparecido!

—¿Cómo es eso?

—Neeltje. Mi primogénita. Salió a hacer las faenas de la casa esta mañana, y desde entonces no hay rastro de ella.

El patrón dejó el tenedor, cogió una hogaza de la bandeja de peltre que tenía delante y le dio vueltas en la mano como si fuera la única pista hallada en el lugar del delito. Joost esperó pacientemente mientras el encarnado hombrecillo cortaba una rebanada de pan y la untaba con mantequilla.

—¿Ha... eee... preguntado a... eee... los demás... arrendatarios? —jadeó el patrón en su voz seca y sin aire.

Joost seguía junto a él, frustrado. No había tiempo para entrar en detalles. Tenían a su hija, su alma y su corazón, el centro y la alegría de su existencia, y debía rescatarla.

—Los kitchawank —balbuceó—. Estoy seguro. La han raptado... —su voz se quebró en un sollozo—, la han raptado cuando ella, ella...

A la sola mención de los indios, el *jongheer* se puso en pie.

—Te lo dije —le rugió a su padre—. Esos miserables envueltos en mantas. Aborígenes, criminales, sabandijas, inmundicia. Tendríamos que haberlos ahogado en el río hace veinte años. —Atravesó la habitación en dos grandes zancadas y descolgó el arcabuz de la pared.

El patrón se había levantado sobre sus gotosos pies, y las señoras se llevaron las empolvadas manos a la boca.

—Pero... eee... ¿qué es esto, *minjnzoon*? —resolló el patrón alarmado—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? —chilló el *jongheer*, con la sangre afluyéndole a la cara—. ¡Han raptado a la hija de un hombre honrado, *vader*! —El arcabuz era casi tan manejable como un yunque de platero, y pesaba el doble. Él lo levantó por encima de su cabeza con un solo puño cerrado—. Pienso exterminarlos, aniquilarlos, cazarlos como zorros, como ratas, como, como...

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

La respetuosa cabeza del esclavo tatuado apareció entre la puerta de roble y la blanqueada pared que la enmarcaba.

—Un piel roja, *mijnheer* —dijo en su confuso holandés—. Dice que tiene un mensaje para el *schout*.

Antes de que el patrón o el *jongheer* pudieran dar la orden, la puerta se abrió y el viejo Jan entró tambaleándose en la habitación, entre las exclamaciones de excitación de las señoras. Llevaba una andrajosa túnica que le dejaba brazos y hombros al descubierto, y un arrugado sombrero al que le faltaba media ala. El taparrabos le colgaba de las caderas como una lengua, tenía las piernas manchadas de barro y llevaba los mocasines tan negros como el mantillo de los criaderos de ostras de Tappan Zee. Se quedó allí un momento, balanceándose ligeramente y parpadeando

bajo la luz de los candelabros que colgaban por toda la habitación.

—Bueno, Jan —jadeó el patrón—. ¿Qué hay?

—Cerveza —dijo el indio.

—¡Pompey! —gritó *vrouw* Van Wart, y el negro reapareció—. Cerveza para el viejo Jan.

Pompey sirvió la cerveza y Jan se la bebió. El patrón parecía perplejo, el *schout* ansioso y el *jongheer* furioso. Mariken, que había sido compañera de juegos de Neeltje, alzó la vista con una cara tan pálida y ojerosa como la de un mimo.

El viejo indio dejó el vaso, se recobró un momento y empezó una lenta y desmañada danza en torno a la mesa, sin dejar de canturrear *ay-yah, neh-neh, ay-yah, neh-neh*. Después de repetirlo media docena de veces, cantó su mensaje, en tres tonos distintos y con el mismo ritmo: «Tu hija-te manda sus saludos-neh-ne».

Y luego se detuvo. Dejó de cantar y de bailar. Se quedó paralizado, como las figuras del reloj de una torre después de dar las horas.

—Licor —dijo—. Ginebra.

Pero esta vez Pompey no tuvo la oportunidad de responder. Antes de que pudiera mirar al patrón buscando la confirmación, de levantar la botella de barro y servirle, el *jongheer* estampó al indio contra la pared.

—¿Dónde está la chica? —le preguntó—. Lo que quieres es un rescate, ¿es eso?

—Suéltele —dijo Joost. Le cogió el brazo a Stephanus y se puso en medio de los dos—. Jan —le dijo con voz quebrada—, ¿quién ha sido? ¿Quién la ha raptado? ¿Mohonk? ¿Wappus? ¿Wennicktanon?

El indio se miró los pies. Tenía una mancha de barro en la mejilla. Hacía pucheros como un niño dolido.

—No más mensaje —dijo.

—¿Nada más? ¿Eso es todo?

—Escucha, hijo de puta... —empezó Stephanus dispuesto a golpearle otra vez, pero Joost le contuvo.

—Pero... pero ¿quién te ha dado el mensaje?

El indio miró alrededor de la habitación como si intentara recordar. Joost oía confusamente a *vrouw* Van Wart regañar a su marido en un tono áspero y conciso.

—Ella —dijo Jan al fin.

—¿Neeltje?

El indio asintió.

—¿Dónde está? ¿Dónde te dio el mensaje?

Aquello ya era un poco más difícil. Joost le sirvió a Jan una copa de peltre de ginebra mientras el *jongheer* echaba humo, y el patrón, su mujer, la cuñada y la sobrina seguían sentados en silencio, como si estuvieran en el teatro. De pronto el indio fustigó el aire con el dorso de la mano; luego hizo el signo de dos dedos andando.

—¿Qué? —preguntó Stephanus.

—Habla, hombre —gruñó el patrón.

Sólo Joost lo entendió, y durante un desconcertado momento contempló aquel descubrimiento en silencio, como un hombre acuchillado contempla el mango del cuchillo en su vientre. El indio había escenificado a un tullido, a un hombre con media pierna: era el signo que representaba a Jeremias van Brunt.

A la mañana siguiente, antes de que los perros levantaran el hocico de entre las patas, o de que el gallo pudiera desperezar sus alas dormidas, Joost ensilló a un lastimero y reacio Dunder y emprendió el camino hacia Nysen's Roost. Iba acompañado del *jongheer*, quien de pronto parecía albergar un apasionado interés por el bienestar de la hija del *schout*, y llevaba un par de pistolas de duelo que el patrón había sacado ceremoniosamente de un cofre del dormitorio señorial (además, por supuesto, del espadín plateado que ya había estragado la fisonomía del joven Van Brunt). El *jongheer*, con jubón de seda, puños dobles, casulla azul noche y pantalones hasta la rodilla a juego, había dejado el incómodo arcabuz para coger una escopeta ligera cargada con perdigones y un puñal florentino que parecía un instrumento quirúrgico. Para completar el conjunto llevaba un espadín incrustado de piedras preciosas a un lado, un sombrero blando con una pluma amarilla de casi un metro y tantas hebillas de plata y latón que tintineaba como un saco de monedas mientras su montura marchaba por el camino.

Era un típico día de abril en el valle de Hudson —desapacible y chispeante, y la tierra exhalaba vapor como si respirase por última vez—, y avanzaban lentamente por el resbaladizo camino del río. Ya estaba avanzada la mañana cuando pasaron junto al racimo de edificios que algún día se convertiría en Peterskill, y giraron hacia el este por la carretera de Van Wart. El *schout*, encorvado en la silla, tenía poco que decir. Mientras se balanceaba y movía la cabeza de arriba abajo al errático ritmo de su jamelgo, se concentró con tal intensidad en la imagen de Jeremias van Brunt que era como si el mundo se hubiera desvanecido. Veía sus atentos ojos de gato mirando de soslayo bajo el ataque del sol de verano, veía su cuadrada mandíbula y su gesto desafiante, veía caer la hoja del cuchillo y manar la sangre. Y veía a Neeltje, arrodillada junto al renegado caído y levantando los ojos hacia él, su padre, como si fuera él el criminal, el transgresor, el burlador de las leyes de Dios y de los hombres. ¿Se habría ido ella voluntariamente con él? ¿Habría sido así? La idea le corroía por dentro.

Si Joost estaba poco comunicativo, el *jongheer* ni se enteraba. Había mantenido el incesante flujo de su charla desde que habían dejado Croton hasta que vadearon el arroyo de Van Wart, crecido con la lluvia, y Joost le chistó para que callara con un perentorio dedo contra los labios. Stephanus, que se había explayado sobre todo tipo de temas, desde el problema indio a la poesía de Van den Vondel, y que, pese a la inclemencia del tiempo y la seriedad mortal de su misión, había estado tarareando un

sonsonete popular, ahora se deslizó de su montura con una expresión furtiva. Joost siguió su ejemplo, desmontó y, tirando de las riendas del jamelgo para que le siguiera, empezó a subir la escarpada y resbalosa colina hacia el refugio de Nysen. Ramas húmedas les azotaban la cara. El *jongheer* perdió pie y se levantó del suelo con una franja de barro que le cruzaba por entero. Huestes de mosquitos les invadían la boca y la nariz, y aguijoneaban sus ojos. Estaban a medio camino cuando la llovizna se transformó en lluvia.

La casa se hallaba silenciosa. No salía humo de la chimenea, ni había animales rondando por la era. La lluvia caía en láminas de peltre.

—¿Qué opina? —susurró el *jongheer*. Estaba acurrucado en su casaca y el agua le resbalaba por el ala del sombrero.

Joost se encogió de hombros. Su hija estaba allí, lo sabía. Desafiándole, traicionándole, yaciendo en los brazos de aquel apóstata burlón, aquel loco testarudo.

—Se la ha llevado por la fuerza —susurró Joost—. No le demos cuartel.

Se aproximaron a la casa cautelosamente. Joost sentía el barro tirándole de las botas, la pluma le cayó fláccida sobre la cara y él la apartó con un movimiento de su chorreante mano. Luego sacó el espadín. Miró al *jonhgheer*, que hizo lo mismo. La humedad había inutilizado las armas de fuego. El agua goteaba desde la punta de la bien formada nariz del *jongheer*, la pluma amarilla le colgaba hacia la nuca como si la hubiera pescado en el río, y tenía una expresión extrañamente excitada, como si fuera a la caza del zorro o a matar pichones. Estaban a seis metros de la casa cuando un repentino estallido de voces les dejó paralizados. De acuerdo, había alguien dentro. Y quienquiera que fuese estaba cantando. La letra era tan familiar como una canción de cuna en el viejo Volendam:

Buenas noches, Joosje,
mi cajita de dulces,
bésame, estamos solos...
Eres mi corazón, mi consuelo, mi tesoro.
¡Oh! ¡Oh! ¡Cómo te he engañado!

Hubo unas risitas, y luego la ronca voz de contralto de Neeltje (inconfundible, ninguna duda, el *schout* conocía aquella voz tan bien como la suya) se levantó sobre el repiqueteo de la lluvia para repetir el verso final —«¡Oh! ¡Oh! ¡Cómo te he engañado!»— antes de un fuerte aplauso.

Allí estaba, el momento culminante, el momento que confirmaba sus peores miedos y sus más sombrías sospechas. Sin pensarlo dos veces el *schout* ya había atravesado la era y estaba golpeando la puerta, blandiendo el espadín como si fuera la espada de un arcángel y espetando:

—¡Pecado, pecado y condenación!

La habitación estaba oscura, fría y húmeda como una cueva, apestaba como una porqueriza, y el agua caía dentro de ella casi con tanta intensidad como fuera. Joost vio una tosca mesa, una pared con todos los utensilios de cocina colgados, el hogar

frío, y allí, al otro lado de la habitación, la cama. Estaban dentro, juntos, todavía con las camisas de dormir y con una montaña de hediondas pieles apiladas sobre ellos. Vio la cara de su hija como una especie de punto blanco en la oscuridad, con la boca abierta para gritar y los ojos hundidos.

—¡Perra! —bramó—. ¡Inmundicia! ¡Putas! ¡Mujer de Babilonia! ¡Sal de ese lecho de meretriz!

Luego sobrevino un atropellado momento. Todo sucedió al mismo tiempo: el niño mestizo saltó de entre las sombras como un gato y recorrió la habitación para refugiarse junto a su tío; el presuntuoso *jongheer* apareció en el umbral de la puerta con la espada preparada, una olla cayó de la pared, y Neeltje chilló. Jeremias, sorprendido sin el palo que le servía de soporte, se levantó de la cama y se acercó al *schout* con una expresión hostil en los ojos.

Esta vez no fue un arañazo, sino una estocada lanzada a matar: el *schout* se irguió y lanzó su arma hacia delante. Y habría atravesado a Jeremias como a una salchicha, dejando a su hija sin marido y sin honor, de no haber sido por el azar. Jeremias resbaló. Resbaló y cayó pesadamente mientras la punta del espadín bailaba por encima de su cabeza como un abejorro irritado.

Joost Cats era un hombre razonable, dispuesto a no dejarse llevar por los nervios y a no cometer actos de violencia, y prefería con mucho su papel de mediador que el de ejecutor de la justicia. Había compadecido al chico Van Brunt en aquel helado día de noviembre en que el oficioso *commis* de culo blando le había arrastrado a él, al *schout*, por aquel lugar desnudo y salvaje, a desterrar a aquel mozalbete muerto de hambre de un aciago y despreciable pedazo de tierra, se había sentido estúpido y avergonzado delante del hogar de Meintje van der Meulen, con su sombrero de pluma en una mano, y se había arrepentido de todo corazón de haberle marcado la cara. Pero a pesar de todo aquello, quería matarle. Miró a su hija a los ojos y luego hacia aquella basura humana que se la había arrebatado, y deseó sajarle, perforarle, despedazarle el corazón, el hígado, los ojos, el bazo y la vesícula.

Si la primera estocada fue instintiva, la segunda fue una liberación. Culpa, ira, miedo, resentimiento y celos se apoderaron de él, y agarró la empuñadura con toda la fuerza de su brazo desplegado. Jeremias lo esquivó. Se arrastró hacia la derecha, Neeltje saltó de la cama como una exhalación, con las manos extendidas, el *jongheer* se abalanzó en la habitación, el niño empezó a aullar y la lluvia llegó a un crescendo sobre el tejado.

—*Spuyten duyvil* —maldijo Joost, y embistió por tercera vez, pero de nuevo le traicionó la punta de su espada, que describió una amplia curva y fue a enterrarse en la húmeda y hollada tierra del suelo.

Se disponía a lanzar la cuarta y fatal estocada cuando Neeltje, que se decidió a entrar en la refriega, se arrojó sobre Jeremias chillando:

—¡Mátame a mí, mátame a mí!

Doblemente encorvado, con la espalda matándole, con la razón y la contención

totalmente evaporadas, sólo se detuvo para alzar su mano libre y apartar a su hija bruscamente. Ella le odiaba, su propia hija, que se aferraba a su manga con dos hileras de dientes y unas manos como garras, pero no importaba. La hoja brilló en su mano y se concentró sólo en la siguiente estocada, y la otra, y la otra, ¡hasta convertir a aquel hijo de puta en un alfiletero, en un tamiz, en un colador!

Si Joost estaba trastornado, también quedaría decepcionado: ya no habría más estocadas. Porque, en la confusión, Jeremias había conseguido alzarse sobre sus pies (o, mejor dicho, pie) y había agarrado una tosca arma del rincón de la chimenea. El arma, conocida en aquellos andurriales como una curiosidad, era un *pogamoggan* de los weckquaesgeek. Consistía en una flexible rama de frutal en cuyo extremo había una mellada bola de granito de dos kilos y medio atada con ligaduras de cuero. Jeremias la lanzó una vez, alcanzó al *schout* justo detrás de la oreja y le sumió en la galopante oscuridad sin matices de un sueño sin sueños, y luego se apuntaló para enfrentarse al *jongheer*.

Por su parte, el heredero de los privilegios de los Van Wart parecía un hombre que se hubiera dormido en su palco de la ópera para despertarse de pronto en una pelea de perros contra un oso. En el instante en que el *schout* se hundió hacia delante, la presuntuosa sonrisa se desvaneció en la cara del *jongheer*. Aquello era más de lo que él podía tolerar. Aquello era sórdido, primitivo, bestial, no figuraba entre las experiencias que debía vivir un hombre instruido. Intentó erguirse y proyectar la autoridad de su padre, el patrón, cuyos derechos, privilegios y responsabilidades recaerían un día sobre él.

—Deponga su arma inmediatamente —ordenó con una voz que le sonaba totalmente ajena—, y sométase a la autoridad constituida del patrón. —Su voz decayó—. Está usted bajo mi custodia.

Neeltje se había inclinado sobre su padre, apretando un pañuelo contra su cabeza. El niño había cesado en su espantoso aullido y Jeremias se había apoyado contra el respaldo de una silla. La porra, con su carga de pelo humano y sangre, colgaba amenazadora de su mano, y la cicatriz sobresalía en su rostro. No respondió. Volvió la cabeza y escupió.

—*Vader, vader* —gritó Neeltje—. ¿No sabes dónde estás? Soy la pequeña Neeltje. Soy yo.

El *schout* gimió. La lluvia tamborileaba sobre el tejado.

—Con el debido respeto, *mijnheer* —dijo Jeremias con una voz moderada por el esfuerzo de controlarse—, usted puede poseer la vaca lechera, la tierra que yace bajo mis pies, la casa que he construido con mis propias manos, pero usted no posee a Neeltje. Y no me posee a mí.

El *jongheer* sostenía el cuchillo frente a él como si fuera una caña de pescar o una vara de adivinador, como si no supiera qué hacer con él. Estaba calado hasta los huesos, tenía la ropa sucia, arrugada, y la pluma de la autoridad pendía lacia sobre el ala de su sombrero. Pero a pesar de todo aquello, la presuntuosa sonrisa había vuelto

a su rostro.

—¡Oh, sí! —dijo en voz tan suave que fue casi inaudible—. Claro que sí.

Al oír esto, Jeremias se colocó con despreocupación la porra sobre el hombro, donde el peso de la bola la combó como el brazo de una catapulta. La puerta estaba abierta y el primario olor de la tierra les llegó a las fosas nasales, un aroma de vitalidad y decadencia, de nacimiento y de muerte. Miró al *jongheer* a los ojos.

—Venga a cogerme —dijo.

Dos semanas después, en una tarde de mayo tan suave y celestial como aquella en la que se conocieron entre las pieles y las salazones de cerdo del almacén de Jan Pieterse, Neeltje Cats y Jeremias van Brunt fueron unidos en matrimonio por un comedido y solemne pastor Van Schaik, a menos de un metro de donde yacía enterrada Katrinchee. Según el decir general, la fiesta que siguió a esta ceremonia fue un éxito total. Meintje van der Meulen cocinó durante tres días enteros, y su marido Staats montó un par de mesas provisionales lo bastante grandes como para acomodar a todo buen comensal y bebedor desde Sint Sink hasta Rondout. Reinier Oothouse y Hackaliah Crane enterraron el hacha de guerra por un día y bebieron a la salud de la novia codo con codo. Había caza, pescado, queso y repollo; había pasteles, budines y asados. Bebidas también: cerveza, sidra y ginebra en un botellón de barro. Y música. ¿Qué sería una boda sin música? Allí estaban el joven Cadwallader Crane, con una flauta, y *vrouw* Van Wart, con su prodigioso trasero y una *bombas* que tenía como caja de resonancia una vejiga de cerdo. Uno de los asistentes tenía un laúd, y otro improvisó un tambor con un par de varillas barnizadas y una olla invertida. Meriken van Wart acudió desde Croton y bailó toda la tarde con Douw van der Meulen. Staats le hizo dar a Meintje media docena de vueltas frenéticas al son de *Jimmy-be-still*, y el viejo Jan el kitchawank bailó con una jarra hasta que el sol se ocultó entre los árboles. Las hermanas de Neeltje iban vestidas como muñecas, su madre lloró —no se sabe si de alegría o de pena—, y el patrón envió a Ter Dingas Bosyn, el *commis*, como representante oficial. Pero todo el mundo estuvo de acuerdo en que el momento culminante del día fue cuando el *schout*, vestido de fúnebre negro y tan erguido como le permitía su aflicción, con la cabeza envuelta en un niveo vendaje y enfundado en buenas botas de piel, caminó resueltamente por el patio delantero y entregó a la novia.

Cuando Mohonk, hijo de Sachoes, apareció en el umbral de la pequeña granja de Nysen's Roost tres meses después, Jeremias era otro hombre. Su mirada había perdido el fulgor del rebelde, la víctima, la bestia indómita, y en su lugar había una expresión que sólo podía describirse como satisfecha. Y es que Jeremias nunca había conocido un tiempo tan feliz. La cosecha prometía ser buena, los ciervos habían

vuelto, la cabaña había alcanzado la categoría de casa mediante la adición de un segundo cuarto, un mobiliario funcional y agradable a la vista, y el sello de la vida civilizada, un suelo de planchas de madera limpio, liso y frotado con arena, que se elevaba cincuenta centímetros sobre la fría y pardusca tierra que había debajo. Y además, estaba Neeltje. Ella era una voz que resonaba sin cesar en su cabeza, una presencia que nunca le dejaba, ni siquiera cuando iba en la canoa a la deriva o vagaba por las peladas cumbres con un mosquetón que le había prestado Staats. Se adhería a él como una segunda piel, y a cada instante que pasaba se sentía mejor y más contento. Hacía de madre de Jeremy, se ocupaba de la casa, hilaba, cosía y cocinaba, aflojaba la tensión de sus hombros, se sentaba junto a él en el río mientras los peces se agitaban en la superficie y las sombras azuladas se cerraban sobre las montañas. Hizo las paces con su padre, horneaba tan bien el *beignet* como *moeder* Meintje, arregló una y otra vez la habitación principal hasta que pareció un saloncito burgués de Schobbejacken. Era todo lo que podía desear y más. Mucho más, porque en su interior llevaba un niño.

El indio advirtió todo esto en la cara de Jeremias cuando le abrió la puerta. Luego lo vio desvanecerse en un instante.

—¿Tú? —dijo Jeremias con voz ahogada—. ¿Qué quieres?

Mohonk estaba horriblemente demacrado, con la cara más arrugada y resquebrajada que nunca por sus excesos. Era sólo nariz, nuez y un par de hundidos ojos negros e imperturbables.

—*Alstublieft* —dijo—, *dank u, niet te danken*.

—¿Quién es? —gritó Neeltje desde la puerta de atrás de la casa. Acababan de cenar sopa de guisantes, pan, queso y cerveza, y estaba preparando a Jeremy para meterlo en la cama. La casa se había vuelto sombría con la oscuridad que se cernía fuera.

Jeremias no contestó. Se quedó plantado, con una sensación cada vez más amarga. Aquél era el hombre, el salvaje, holgazán y apestoso pagano que había arruinado la vida de su hermana para luego abandonarla. Y allí estaba, sucio y andrajoso, anguloso como una zancuda, de pie en el umbral sin saber más holandés que cuatro años atrás.

—No tengo nada para ti —dijo Jeremias pronunciando las palabras como un pedagogo, separando cada sílaba de un modo limpio y claro—. Lárgate.

En aquel momento notó un movimiento cercano y vio que Jeremy estaba junto a él. El niño, extasiado, miraba con asombro aquella aparición enfundada en una zamarra de piel de mapache.

—*Alstublieft* —repitió Mohonk; luego volvió la cabeza para gritar algo en lengua kitchawank; las palabras eran como piedras en sus labios.

Al oírle, dos indios salieron de las sombras por la esquina de la casa. Uno de ellos era el viejo Jan, que sonreía ampliamente, arrastrando los faldones de las grasientas pieles de ciervo con que se cubría; le envolvía un penetrante olor a ciénaga. El otro

era un joven indio al que Jeremias reconoció del almacén de Jan Pieterse. El joven llevaba la cara pintada, y un *tomahawk* decorado con las plumas de la cresta de una tanagra y un pinzón colgaba como un juguete de las puntas de los dedos de su mano derecha. Instintivamente Jeremias se agachó y empujó a su sobrino dentro del cuarto.

—¿Tienes algún mensaje para mí? —preguntó Jeremias apartando la mirada del indio joven y dirigiéndose a Jan.

Se detuvieron en el primer escalón. El indio joven estaba impávido. Jan hizo una mueca. Mohonk se apretó la zamarra como si tuviera frío.

—Sí —dijo el viejo Jan por fin—. Tengo un mensaje.

Neeltje estaba detrás de su marido y apretaba a Jeremy contra sus faldas, meciéndole suavemente adelante y atrás. La luz se disipaba por el oeste.

Jan seguía sonriendo, como si hubiera alcanzado un estadio más allá del empuje gravitacional de la simple ebriedad y hubiera pasado a un reino de vértigo y ligereza.

—Suyo —dijo señalando a Mohonk con una brusca sonrisa—. De Mohonk, hijo de Sachoes.

El hijo de Sachoes no pestañeó. Jeremias lo observó un segundo y luego se volvió a Jan.

—¿Y bien? —preguntó.

De pronto el viejo kitchawank dejó caer la cabeza y empezó a bailar arrastrando los pies.

—*Ay-yah, neh-neh* —cantó—. *Ay-yah, neh-neh* —Pero Mohonk le cortó. Dijo algo con una voz tan áspera y rápida como un arma de fuego, y el viejo Jan levantó la vista parpadeando—. Quiere que vuelva su hijo.

Si los tres no hubieran sido tan crápulas, si el viejo Jan no hubiera estado agotado por los años, la viruela y la maldición del aguardiente, si Mohonk no hubiera sido tan degenerado y débil, y si el joven indio hubiera conservado la calma, el resultado habría sido muy distinto. Pero tal como estaban las cosas habían cometido un grave error. Jeremias, enfurecido ante aquella sugerencia, puso una mano enfrente de la otra y le dijo:

—Noo —con gran énfasis, y retrocedió para cerrarles la puerta. Aquél fue el momento que eligió el joven indio para lanzar el *tomahawk*. El arma vibró en el aire con un silbido mortífero, pero fue desviada por el borde de la puerta y cayó inocuamente al suelo en el centro de la habitación. Hubo un momento —efímero, la fracción de una fracción de segundo— durante el cual los indios parecieron profundamente avergonzados y llenos de remordimientos, y luego se acercaron a la puerta.

O al menos así lo hizo el joven. Mohonk insinuó su largo y plano pie, revestido de un mocasín sucio, entre marco y puerta mientras el viejo Jan perdía el equilibrio y caía pesadamente al suelo con un gruñido de sorpresa.

Reaccionando ante la amenaza, Jeremias cerró la puerta de golpe sobre el pie de su antiguo cuñado, y cuando la puerta rebotó al chocar con el huesudo apéndice, se

dio cuenta de que en la mano derecha tenía el venerable *pogamoggan* (Neeltje, recordando a su padre, lo había cogido del rincón de la chimenea y lo había apretado contra su mano). El primero que entró a trompicones por la puerta fue el joven indio, embadurnado de una pintura de guerra bajo la que asomaban la mirada y el rostro inseguros de un quinceañero. Toda la fuerza de la bola de granito le alcanzó en el abdomen, y cayó jadeante al suelo, donde se retorció durante varios minutos como una anguila en la red. El siguiente fue Mohonk, que saltaba sobre un pie mientras se sujetaba el otro pie, palpitante, con las dos manos. Jeremias lo lanzó entonces hacia él, indiferente, pero erró, y el golpe, que dio en la pared, arrancó una nube de astillas.

Fue entonces cuando las cosas se volvieron peligrosas. Porque Mohonk, herido en su dignidad, rechinó los dientes, dejó en el suelo el palpitante pie y sacó un cuchillo de hueso de los inocentes pliegues de su zamarra de piel de mapache. Y entonces Mohonk —amante y martirizador de mujeres blancas y de *squaws*, padre del sobrino de Jeremias y esposo de su difunta y amada hermana— se acercó a Jeremias con intenciones aviesas.

Más tarde, al pensar en ello, Jeremias recordaría la sensación de aquella arma primitiva en su mano, la elasticidad de la flexible rama mientras la bola se dirigía imperiosamente hacia delante como por voluntad propia, el mortífero y apagado golpe final, que hundió el cráneo del indio como una calabaza podrida. Recordaría también la expresión de los ojos de su sobrino —un niño demasiado pequeño para saber quién era el flaco gigante derribado, pero conectado de algún modo a aquel momento con una mirada que duraría toda su vida—, y luego la huida a gatas del humillado joven indio, y el asmático y escalofriante llanto fúnebre del viejo Jan.

Mohonk, último fruto de la ingre de Sachoes, había muerto.

Jeremias lo sintió por él. Lo sintió de corazón. Pero había hecho lo que cualquier otro hombre habría hecho en las mismas circunstancias: habían amenazado su hogar y su familia, y él los había defendido. Después, arrepentido y trémulo, colocó el cuerpo inerte sobre la mesa y mandó a buscar al *schout*. Horas después el viejo Jan, cansado del triste y monótono sonido de su propia voz enronquecida por el whisky, emprendió su camino hacia el poblado kitchawank de Indian Point, portador de tristes noticias.

A la mañana siguiente, tan temprano que el color no había vuelto aún a la tierra, Wahwahtaysee, la luciérnaga, doblemente jorobada y con el aspecto de ser un siglo más vieja, se presentó a reclamar el cuerpo. Localmente, desde Croton hasta Suycker Broodt, los indios sufrirían por aquel ataque al hombre blanco. El *schout* se ocuparía de que así fuera, y Wahwahtaysee lo sabía. Su pueblo había vivido con los mohawk, con los holandeses y con los ingleses. La cólera era fútil. Las represalias significaban contrarrepresalias, las represalias significaban exterminio. Así obraba el pueblo del lobo. Traición. Engaño. La sonrisa abierta y la puñalada por la espalda. Ella no sentía amargura, sólo confusión.

Mientras permanecía en la penumbra de aquel lugar desdichado, exhalando un

olor tan intenso y persistente como el rastro del morador de los árboles, de la zarigüeya, la bestia blanca que se lo había prestado, cantando su antiguo lamento fúnebre y untando la carne de su hijo con los ungüentos y resinas de los propios dioses, levantó la vista y vio una figura pequeña y de ojos oscuros en un rincón de la habitación, una mujer, una mujer blanca, con el vientre endurecido por un bebé. Miró un momento aquellos ojos oscuros y luego se volvió hacia su hijo muerto.

Cinco meses después, cuando la nieve ya había formado una costra sobre la tierra, a Neeltje le llegó la hora del parto. Su madre estaba allí para ayudarla, y también había una comadrona yanqui. Su padre, el *schout*, todavía no estaba preparado para poner los pies en aquella casa corrompida. Por eso se instaló en la casa señorial como invitado de *vrouw* Van Wart, que una vez más estaba mortificando su carne en un retiro religioso. Jeremias se sentó ante el fuego en la habitación exterior, con su sobrino de ojos verdes y su padre adoptivo, y escuchó los gritos de angustia de su mujer.

—¡Calla! —dijo *vrouw* Cats desde dentro.

—¡Venga, venga! —dijo la comadrona.

En un momento dado sus gritos llegaron a un crescendo y luego cayeron en un silencio tan denso como la muerte. Hubo un crujir de faldas, el roce de zuecos contra el suelo y un nuevo grito, fino y flexible, un grito que tuvo que ajustarse a la novedad de la garganta y de la caja de resonancia de la voz, los pulmones y el aire. Un momento después *vrouw* Cats apareció en el umbral.

—Es un niño —dijo.

Un niño. Jeremias estaba en pie y Staats se irguió para abrazarle.

—Enhorabuena, *mijnzoon* —dijo Staats quitándose la pipa de los labios para abrazarle y mirarle a los ojos—. ¿Tienes ya un nombre para este prodigio?

Jeremias se sintió aturdido, mareado, se sintió como si hubiera atravesado los límites de la vida anodina que había llevado hasta entonces y entrara en otra fase, una fase gloriosa de la existencia.

—¡Oh, sí! —murmuró—. Sí: vamos a llamarle Wouter.

Segunda colisión

En otra época, en un tiempo en que la carne y el pan iban envueltos en plástico y la col aparecía espontáneamente entre el colirrábano y la col china en la sección de verduras del supermercado, Walter van Brunt se encontró apoyado contra la chimenea de piedra de una casa desconocida, sorbiendo un ponche caliente de champán con borgoña en un vaso de papel parafinado y soportando el rollo de un lunático sobre la influencia del dragón Smaug en la guerra del Sudeste Asiático («Está claro tío, o sea, es que si Tolkien lo hubiera puesto más claro, pues agua. Smaug es el doble de Nixon, ¿o no?»). Walter estaba profundamente borracho, casi con náuseas, bombardeado por una angustia y por unos remordimientos que llovían sobre él como bombas de aviación. Estaba intentando emborracharse aún más, mantener a raya al pelmazo que le tenía arrinconado contra la chimenea y al mismo tiempo no perder de vista a Mardi.

—Aliento ardiente —gritó el plasta, que llevaba el pelo en trencitas y exhalaba su propio aliento ardiente. Había recibido la notificación de su alistamiento dos días antes—. ¿De qué crees que va eso, eh?

Walter no tenía ni la más remota idea. Se tragó los posos del ponche, ahora salpicado con trocitos de parafina resquebrajada, y sintió la mano del pelmazo apretándole el antebrazo.

—Napalm, hermano —susurró el pelmazo moviendo la cabeza con aire de entendido—. De eso es de lo que habla Tolkien.

Mirando sin miedo a los ojos inyectados en sangre del recluta, Walter le dijo que estaba de acuerdo en todo con él, luego se abrió camino a empujones y buscó el cuarto de baño. En el trayecto pasó por encima de media docena de cuerpos tirados, serpenteó vacilante a través de un laberinto de tambaleantes bailarines que sacudían los brazos peligrosamente, y estuvo a punto de chocar con un marchito árbol de Navidad festoneado de papeles de fumar y de miembros de muñecas de plástico desgajados y colgantes. Los tambores retumbaban en su cerebro como si fuera masa, y las guitarras le palpitaban en las entrañas. Mardi no aparecía por ninguna parte.

Era la Nochevieja de 1968, y aquélla era la quinta o la sexta casa a la que le había arrastrado Mardi. A guisa de celebración. En alguna parte de la sombría periferia de la velada había habido un interior de las afueras donde los boquiabiertos —con dientes sarrosos— padres de alguien insistieron en que se tomaran un ponche, y luego el padre de Mardi dijo: «Irás a ver a los Strang, ¿no? ¿Y a los Hugley?». Y Mardi,

desdeñosa: «Claro, y también pasaremos por la reunión benéfica de señoras de la DAR^[4]». Luego había tomado Cold Duck a 1,79 dólares la botella y una hierba mexicana que sabía como si la hubieran curado en Windex, además de la diminuta pastilla rayada que Mardi le había pasado en la cafetería donde habían parado a calentarse un poco, y casas, casas llenas de borrachos, sonrientes, suspicaces y desconocidos con pinta de reclutas y dientes como fichas de dominó. Y ahora estaba en aquel sitio, con sus sucios paneles de madera, el incesante acoso de los grandes éxitos de la temporada y su hermenéutico recluta. No sabía exactamente dónde se hallaba. Suponía que en algún lugar perdido de Tarrytown o Seleepy Hollow. Al menos, eso le había parecido cuando Mardi, subida a horcajadas en la Norton y agarrándose a su espalda como un montañero apretándose contra una pendiente azotada por el viento, gritó: «Aquí», y él se lanzó, cruzó el césped y se deslizó por las losas de piedra que había al pie del porche: ¡qué reflejos!, ¿estás bien?

Aquello había ocurrido hacía una hora. Por lo menos. Ahora estaba buscando el lavabo. Entró a tientas en la cocina y les dio un susto a dos tipos con ponchos y sombreros de vaquero que estaban tamizando la hierba en un colador, y abrió de golpe la puerta del cuarto de escobas.

—Al fondo del pasillo, tío —dijo el vaquero más cercano con un acento del oeste... de Nueva York.

Cuando por fin consiguió localizar el baño, empujó la puerta para encontrarse con los furiosos ojos de una chica de pelo rizado que llevaba unos pantalones acampanados de crepé azul bajados hasta los tobillos. Ella se agachó delicadamente para sentarse en el retrete y le dedicó una mirada capaz de perforar el acero.

—Lo siento —musitó, cerró la puerta y retrocedió como un cangrejo de río en busca de su agujero. En el momento en que la puerta se cerró, sintió una mano familiar en su brazo y se volvió para descubrir que estaba cara a cara con el escamoteado recluta.

—Está bien la tía, ¿eh? —dijo el pelma secándose las manos en las mangas de la chaqueta de Walter.

—¿Quién? —dijo Walter sabiendo que no tenía que haberlo preguntado. Estaban solos en el pasillo. La música latía desde el salón, los vaqueros neoyorquinos se reían en la cocina a sus espaldas. A Walter se le estaba empezando a olvidar qué aspecto tenía Mardi.

—Mi hermana —dijo el recluta.

Él no podía tener más de veinte años, pero con la barba, el pelo y aquella retorcida y maníaca mirada de soslayo que fulguraba de pronto alterándole los rasgos, podía haber sido el mismísimo viejo marinero, con la mano apretando la manga del invitado a la boda.

—En el cagadero —dijo asintiendo significativamente—. ¿No te recuerda a Galadriel, ya sabes, la princesa de los elfos? ¿No es como cuando llega Elrond? Sabes de qué te hablo, ¿verdad?

No, Walter no lo sabía. Y en cualquier caso, había dejado de escuchar, incluso quizá —apoyado contra la pared con un dolor atroz en la vesícula y mientras en su cabeza se levantaba un torrente de luz espumosa y sibilante como un mar de fondo— cerró los ojos un momento. Estaba pensando en Jessica y Tom Crane, Héctor y Herbert Pompey, la gente con la que hubiera tenido que estar, con la que no podía estar. Estaba pensando en aquella desolada tarde de sábado de hacía tres semanas, cuando el sol se filtraba, pálido y lechoso, por las gastadas cortinas del dormitorio y Jessica, con las botas, los guantes y envuelta y arropada desde sus nervudos y arqueados pies hasta la brillante y respingona punta de su anglosajona nariz, se había inclinado a besarle mientras él yacía allí tumbado, en una especie de duermevela.

—¿Dónde? —consiguió preguntarle.

Ella iba de compras navideñas, naturalmente.

—¿Tan temprano?

Ella se rió. Eran las doce y media.

—¿Qué te parece una licuadora? —le preguntó desde la habitación contigua—. Para tu tía Katrina.

A él no le parecía nada. Tenía la boca seca, tenía ganas de mear, y el contenido de su cerebro parecía habersele hinchado durante la noche como una masa en el horno.

—Había pensado... —murmuró ella, y ahora estaba hablando para sí, produciendo un animado tamborileo con los pies sobre la puerta, el gemido de los goznes, el jadeo del aire acondicionado, y luego sus últimas palabras, que se quedaron suspendidas, hasta que la puerta se cerró suavemente tras ella—... daiquiris helados y demás.

En el momento siguiente de su conciencia percibió una nueva voz —la de Mardi — proyectándose con fuerza desde la parte frontal de la casa.

—¡Eh! ¿Hay alguien en casa? ¡Tralará lará! ¡Echad las alfombras y toda esa mierda! —La puerta se cerró de golpe tras ella—. ¡Walter!

Él se incorporó apoyándose sobre un codo, se alisó el bigote y se apartó el pelo de los ojos.

—Aquí —dijo.

Llevaba viendo a Mardi tres o cuatro veces por semana desde aquella tarde junto a los barcos fantasma, y se sentía muy mal por ello. ¡Vaya cara!: casado con Jessica desde hacía menos de cuatro meses y ya se había liado con otra a sus espaldas. Peor: lo hacía mientras ella trabajaba y ganaba el dinero que él se gastaba en cerveza, cigarrillos y chuletas. Cuando lo pensaba se sentía una mierda, una mierda de verdad, primera clase, selecta, una mierda con certificado de garantía. Por otro lado, seguía siendo un tío duro, libre y sin alma, ¿o no? Casado o sin casar. ¿Qué habría hecho Mersault en su situación? Follárselas a las dos. O a ninguna de las dos. O quizá también a una tercera. El sexo no importaba. Nada importaba. Él era Walter Truman van Brunt, el héroe nihilista. Walter Truman van Brunt, duro como el pedernal.

Además, Mardi era alguien de quien no se podía cansar. Era peligrosa, indómita,

imprevisible, le hacía sentirse como si estuviera siempre al filo de la navaja. Le hacía sentirse malo en el peor de los sentidos, como James Dean, o como Belmondo en *À bout de souffle*. Mientras que Jessica le hacía sentirse mal y punto. Llegaba de trabajar, oliendo a formol, con los ojos enrojecidos y una bolsa de cosas de comer pegada a su alto y tenso trasero mientras él yacía desparramado en el sofá en medio del desorden cotidiano, y nunca le decía una sola palabra de queja. Nunca le preguntaba si había buscado trabajo o si pensaba volver a estudiar, nunca le reprochaba que el fregadero estuviera lleno de platos, que la mesita de café estuviera sembrada de botellas de cerveza, como si fuese a jugar con ellas a los bolos, o de la neblina de hierba que impregnaba las cortinas, se metía entre los muebles y formaba una película en las ventanas. No. Sólo sonreía. Le amaba. Con una mano fregaba los platos y con la otra preparaba trucha a las almendras, fettucini Alfredo, chiles picantes al estilo de Texas o una vitamínica ensalada de espinacas escaldadas, siempre cantando canciones de Judy Collins o Joni Mitchell con una alta voz de soprano que hubiera hecho desmayarse a todos los ángeles del cielo por su exuberante belleza. Y ¡oh!, él se sentía mal.

Ahora sabía que durante todo aquel tiempo había querido hacerle daño, alejarla de él, ponerla a prueba. ¿Le quería ella? ¿Le quería de verdad? ¿Por encima de todo? Si él era malo, si era despreciable —el hijo despreciable de un padre despreciable—, entonces representaría su papel hasta las últimas consecuencias, se mortificaría y la mortificaría a ella. Quería que ella llegara a casa con la batidora para la tía Katrina y entrase en aquella oscura habitación conyugal, con las mejillas arreboladas de buena voluntad, con el papel dorado que envolvía los paquetes crepitándole en el pecho, con himnos sagrados e intemporales villancicos en sus labios, y que le viera allí, desnudo, penetrando a Mardi van Wart. Él debía de quererlo; si no, ¿por qué lo había hecho?

Era verdad que no habían oído el coche, pero lo de la puerta principal era inconfundible. Blam.

—¡Walter! —Pasos por el suelo, crujido de paquetes—. ¡Walter!

Pero Mardi también participó. Encima de él, agitándose contra él, pegando su boca a la suya con la frenética ansia de la resurrección. Ella oyó la puerta. Oyó los pasos y la voz de Jessica, los oyó tan bien como él. Él se movió para apartarse de ella, para esconderse, para correr, para disimular: él estaba en la ducha y Mardi se había echado en la cama porque le dolía la cabeza. Y que no, que no era su coche el que estaba allí enfrente. No le dejaba irse, no quería parar. Él estaba dentro de ella cuando entró Jessica. Entonces y sólo entonces Mardi levantó la mirada.

El padre de Jessica fue a por sus cosas dos días después. Walter estaba dormido en el sofá, borracho de tanto odiarse. La puerta se abrió y John Severum Wing, de Wing, Crouder & Wing, asesores bursátiles, apareció ante él.

—Levántate, hijo de puta —silbó.

Luego le pegó una patada al sofá. John Wing, cuarenta y ocho años, rotario, patrocinador de la liga juvenil de béisbol, un hombre que iba a la iglesia todos los

domingos, padre de cuatro hijos, imperturbable como una tortuga dormitando al sol, tiró de su pie enfundado en un Hush-Puppy y sacudió el sofá violentamente. Walter se sentó. John Wing, de pie ante él, le soltó unos insultos en voz baja:

—Borde —susurró—. Escoria. Tullido.

Walter tuvo la sensación de que su suegro habría seguido indefinidamente en el mismo tono, hundiéndose en los estratos más bajos de su vocabulario, clavando las agujas aún más hondo, de no haber sido por la súbita aparición de Jessica. Porque en aquel momento, con el pelo peinado hacia atrás despejando su pálida y patricia frente, apretándose un kleenex contra la nariz como para protegerse del olor de algo que llevaba ya mucho tiempo muerto, Jessica cruzó la puerta a toda velocidad y se dirigió hacia la habitación. En el silencio que cayó sobre ellos como después de un fuego de artillería, Walter sentado y John Wing de pie, escucharon el violento abrir y cerrar de cajones, los chirridos de las perchas sacadas de la barra apresuradamente, el entrechocar de las chucherías, los frascos de perfume, las fruslerías, las curiosidades y otros ruidosos utensilios cotidianos guardados en una bolsa, de cualquier manera. Y también escucharon algo más, un sonido más sutil, en tono más bajo, que salía del hipotálamo y de la laringe: Jessica estaba llorando.

Walter se puso de pie. Buscó torpemente un cigarrillo.

John Wing le pegó una patada a la mesita de café. Le pegó una patada a la pared. Lanzó un almohadón a la cocina como si fuera un jugador de rugby haciendo un ensayo.

—Contéstame —le dijo—. ¿Cómo has podido hacer una cosa así?

En aquel momento Walter se odiaba a sí mismo, ¡oh, sí!, se sentía malo hasta la médula. Encendió aquel cigarrillo y lo dejó colgar de su labio inferior como hacía Belmondo, y le echó el humo en la cara a John Wing. Luego cogió su chaqueta de cuero de la silla y pasó por la puerta tembloroso, pero de alguna forma también sereno. La puerta se cerró tras él y el viento le azotó la cara. Escudriñando a través del humo del cigarrillo, se subió a horcajadas en la Norton, dio una patada que le habría arrancado la pierna a John Wing y borró el universo con un golpe de acelerador.

Pero ahora, desde luego, de pie en el pasillo de una casa extraña, en los agonizantes minutos del año viejo, muriéndose de ganas de mear, rodeado de caras desconocidas y acosado por estúpidos y subnormales, sintió remordimientos. Jessica no le hablaba (debía de haberla llamado cincuenta veces, debía de haberse quedado otras cincuenta veces sentado en la Norton a la puerta de la casa de sus padres, hasta que John Wing salía hecho una furia y le amenazaba con llamar a la policía). Tom Crane tampoco le hablaba. Al menos, de momento. Y aunque Héctor se había sentado a compartir con él una jarra de cerveza, le miraba como si hubiera incubado la lepra en veinticuatro horas, o algo parecido. Incluso Hesh y Lola le culpaban. Había empezado a sentirse como un personaje de una canción folclórica del oeste: ¡perdí lo más precioso de mi vida, oh solitario de mí!, y todo lo demás. Ahora, por supuesto,

ahora que ya no la tenía —ni podía tenerla—, la deseaba más que a nada en el mundo. ¿O sí podía?

—Y Mordor —estaba diciendo el pelmazo—. ¿Qué crees que representa esa mierda, eh?

Justo entonces se abrió la puerta del lavabo y Galadriel salió contoneándose, lanzándole una mirada avergonzada a Walter y levantando la nariz como si hubiera pisado una mierda de perro. Su hermano —si es que en efecto era su hermano— estaba demasiado enrollado como para reconocerla. Le apretó más fuerte el brazo a Walter y se acercó a él:

—Los viejos Estados Unidos de América. Eso es.

Una pastilla tan pequeña como media aspirina, y Walter sentía que la luz le manaba a chorros. Jessica. La nariz respingona, las piernas largas, la víctima en la cocina. ¿Quién la necesitaba? Él tenía a Mardi, ¿o no?

—Cuéntaselo a los cochinos vietnamitas —dijo mirando al pelma. Luego entró en el lavabo y cerró la puerta tras de sí.

En el espejo vio unos ojos que eran todo pupilas, un bigote en movimiento, el pelo exhibiéndose alrededor de las orejas. Balanceándose sobre su pie bueno, abrió la tapa del retrete con la punta del otro pie, pero erró el tiro, porque el retrete se levantó de un modo inexplicable y se puso a bailar por la habitación. Se estaba subiendo la cremallera cuando vio a su abuela. Estaba en la bañera. Llevaba un gorro de baño adornado con ranas saltarinas rosas, verdes y azules. El agua, jabonosa, oscura como el Hudson, le llegaba a los grandes y sebosos pechos desnudos, que ella se frotaba de vez en cuando con una esponja. No le dijo una sola palabra hasta que él se dio la vuelta para irse.

—Walter —le llamó mientras él descorría el pestillo—. No te habrás olvidado de lavarte, ¿verdad?

Fuera, en el pasillo, ya no había ningún recluta ni ninguna hermana de recluta. Tampoco había vaqueros en la cocina. Pero desde la sala se elevaba un clamor de gritos y burlonas trompetillas de fiesta, y cuando Walter llegó allí vio que todos los desconocidos de la casa sonreían, tiraban confeti y se arrojaban delirantemente unos en brazos de otros.

—¡Feliz año nuevoooo! —gritó uno de los vaqueros.

Resplandeciendo como un ángel bajo la luz, Walter dio unas zancadas y se puso en medio de ellos, empujando a una pareja que se besaba, e interceptó el brazo a un tipo con gafas de sol que se llevaba a los labios una botella de Jack Daniel's.

—¡Eh! —le gritó por encima del estrépito de ruidosos y de trompetillas—. ¿Has visto a Mardi?

El tipo llevaba una casaca del ejército recortada con tirantes rosas y una camiseta de Mickey Mouse. Era bastante mayor, tendría veintiséis o veintisiete años. Apartó su visera y miró a Walter con ojos hinchados.

—¿Quién?

Walter detuvo un ataque por la espalda —una chica, como un enorme caballo embadurnado de pintalabios y con un cónico sombrero de papel encajado sobre sus ojos como un cuerno de rinoceronte, cayó pesadamente sobre su pie de plástico, masculló una disculpa, chilló «¡Feliss año nuevo!» en su cara—, y volvió a intentarlo:

—Mardi van Wart, ya sabes, la chica con la que he venido.

—Mierda. —El otro se encogió de hombros, frotando la botella para reconfortarse —. Yo no conozco a nadie. Soy de Nueva Jersey.

Pero la chica grandona estaba allí, tambaleándose vacilante ante él.

—¿Mardi? —repitió sorprendida, como si le hubiera preguntado por Jackie Kennedy o la reina madre de Inglaterra—. Se ha largado.

Las trompetillas le zumbaban en los oídos. Todo se movía. Intentó controlar su voz.

—¿Se ha largado?

—Ajá. Hará una hora. Con Joey Bisordi. Conoces a Joey, ¿verdad? Y no sé con quién más. Iban a Times Square. —Se detuvo observando el rostro de Walter, y luego esbozó una empalagosa sonrisa—. Ya sabes —dijo agitando sus incontenibles caderas —. ¡Año nuevo!

El año ya tenía unos diez minutos de edad cuando Walter arrancó la Norton, la bajó del bordillo y se deslizó hacia atrás por el césped. Todavía chorreaba de luz como un cometa, pero en su interior también había una zona oscura, tan oscura y tan prohibida como la cara oculta de la luna, y crecía. Se sentía una mierda. Tenía ganas de llorar. Ni Jessica, ni Mardi, ni nada. Y joder, qué frío hacía. Esquivó un arbusto de azaleas de aspecto enfermizo, traqueteó sobre algo que se desparramó bajo la rueda trasera —¿ladrillos?, ¿leña?— y luego salió a la carretera.

Muy bien. Pero ¿dónde estaba? Pasó el primer cruce y tomó el segundo, girando por un largo y oscuro túnel de árboles rayados y retorcidos. Llevaba kilómetro y medio conduciendo, demasiado deprisa, pegándose en las curvas y acelerando al salir con un golpe seco, cuando traqueteó por un viejo puente de madera y llegó a un callejón sin salida. Una cadena de hierro gruesa como un cabo de barco se extendía a través de la desembocadura de la carretera. Había reflectores rojos y amarillos sobre los árboles y un cartel que decía PRIVADO. Maldijo en voz alta, dio la vuelta a la moto y se dirigió de nuevo a la carretera.

Pensó que si lograba encontrar la escuela secundaria todo iría bien. (Sleepy Hollow. Recordaba el lugar desde que era estudiante —había jugado como delantero en el equipo de baloncesto de Peterskill—, duchas hediondas, un gimnasio que olía a cera y a sudor, un viejo edificio de piedra y ladrillo justo al borde del camino principal). Estaba en la carretera 9, eso era todo lo que sabía. Desde allí no había más de veinte minutos hasta Peterskill y el Elbow. Estaba pensando en dejarse caer por

allí y tomarse unas cervezas, quizá con Héctor o con Herbert Pompey, ahogar sus penas, llorar su sino, darles su versión de la historia por encima de la mesa de billar y con un toque de algo que ensombreciera la rabiosa luz de su cabeza, cuando, por encima del rugido de la moto y del punzante silbido del viento, escuchó otro ruido a sus espaldas. Profundo, aplastante, omnipresente, le llegó como un estruendo de montañas derrumbándose, como la descarga de un huracán. Volvió la cabeza.

Allí, tras él, saliendo de la nada, del callejón sin salida, había un pelotón de motocicletas. Sus faros iluminaban la noche hasta la irregularmente asfaltada carretera, y la pantalla de troncos de árboles desnudos resplandecía como un decorado. Casi involuntariamente redujo la velocidad. Debía de haber unas treinta, y el rugido de los motores se hacía cada vez más fuerte y constante. Volvió a mirar por encima del hombro. ¿Eran Discípulos? ¿La organización de Nueva York de los Ángeles del Infierno? Pero ¿qué estarían haciendo allí?

No tuvo mucho tiempo para seguir interrogándose, porque al cabo de un momento los tenía encima, circulando, con el estruendo de las treinta enormes motos golpeándole contra el pecho como un puño. Mientras reducía la velocidad para unirse a ellos llegaron por los dos lados y pudo verlos, inclinados sobre sus cacharos, colores agitándose en el aire negro y profundo de la noche. Dos, seis, ocho, doce: estaba en el ojo del huracán. Las motos tartamudeaban y zumbaban, martilleaban, chirriaban, escupían fuego. Catorce, dieciocho, veinte.

Pero espera, algo iba mal. No eran Ángeles; los motoristas eran canosos y decrepitos, con las caras correosas, la piel sobre los huesos, sus desgredadas barbas amarillentas y sus mechones color pis abanicándose hacia atrás, lacios, en el resplandor de los faros. Le llegaba —sí, sí—, como el motivo de obertura de una recurrente pesadilla cuando un viejo grotesco se adelantó y se puso frente a él, de forma que las letras de su chaqueta saltaron ante él como una cara en la oscuridad. LOS APÓSTATAS leyó en una franja de gruesas letras mayúsculas por encima de una calavera con alas. PETERSKILL. Sí. Walter volvió la cabeza a la izquierda y allí estaba, el menguado holandés, el duende, con el sombrero de pico colgando de su cabeza en su desafío contra el viento y la lógica, con los colores crudos del ante apareciendo bajo una holgada camisa casera que podría haber robado de un museo. Sí. Y los labios del duende se movían: «Feliz año nuevo, Walter», parecía decir por encima del estrépito.

Walter no titubeó. Estiró la cabeza hacia el otro lado —su lado derecho—, y claro, allí estaba su padre, conduciendo en tándem a su lado, sobre una estropeada Harley con calcomanías de llamas extendiéndose como garras sobre el depósito de gasolina. Los ojos del viejo estaban ocultos tras unas anticuadas gafas, y las puntas grasientas y rojizas de su pelo se agitaban alrededor de su cabeza. Ofreció a Walter su perfil y luego se volvió para mirarle de frente. Hubo un hedor a tubo de escape, el soplido del viento, la exposición de los motores y un solo momento atenuado en el que toda la noche se quedó suspendida entre ellos dos. Luego el padre de Walter

esbozó una sonrisa fugaz y repitió la bendición del enano: «Feliz año nuevo, Walter». Walter no podía resistirlo —sentía la sonrisa pegándosele a la comisura de la boca—, cuando de pronto, sin avisar, su padre le alcanzó y le dio un puñetazo.

Un puñetazo.

La noche era negra, la carretera desierta. Atrapado en la morbosa y abofeteante parábola del desastre, Walter cayó de nuevo, cayó por segunda vez. Habría sido mejor que hubiera caído sobre su lado derecho, donde, después de todo no había sino plástico y cuero. Pero no fue así. ¡Oh, no! Cayó sobre su lado izquierdo.

SEGUNDA PARTE

World's End

SIMEÓN. Como su padre.

PETER. ¡La imagen de la muerte!

SIMEÓN. ¡El hombre será un lobo para el hombre!

PETER. Ay-eh.

EUGENE O'NEILL,
Deseo bajo los olmos

Cómo engañaron a Sachoes

Esta vez la habitación estaba pintada de amarillo caléndula, y el nombre del médico era Perlmutter. Walter yacía sedado en la cómoda cama de manivela mientras Hesh y Lola le observaban, y las sosegadas voces del intercomunicador resonaban en sus oídos como los susurros de los incorpóreos difuntos. Su pie izquierdo, el bueno, ya no era bueno.

Mientras yacía inmóvil, con la cara tan serena como la de un niño dormido —sin una sola señal, con el pelo peinado hacia atrás desde la frente, donde había reposado la mano de Lola, los labios entreabiertos y los párpados temblando en las profundidades, más allá de la conciencia—, le asaltaron los sueños. Ahora, sin embargo, todo era distinto: esta vez sus sueños estaban libres de padres burlones, sentenciosas abuelas y cadáveres desollados hasta los huesos. Bien al contrario, soñó con un paisaje despoblado, neblinoso y opaco donde cielo y tierra parecían mezclarse hasta confundirse y el aire era como una manta sobre su rostro. Cuando se despertó, medio asfixiado, Jessica se inclinaba sobre él.

—¡Oh, Walter! —gimió, y un leve rumor de pesar se elevó como un gas desde lo más hondo de su ser—. ¡Oh, Walter! —Tenía los ojos húmedos, vete a saber por qué, y dos rayas dejadas por el rímel al correrse manchaban los delicados flancos de su nariz.

Walter miró la habitación desconcertado, miró los relucientes instrumentos, la bolsa de suero suspendida por encima de él, la cama vacía en el rincón y el frío ojo gris del televisor colgado de la pared. Miró el amarillo vivo de las paredes, aquel amarillo acogedor, hogareño, y volvió a cerrar los ojos. La voz de Jessica le llegó en medio de la oscuridad.

—¡Oh, Walter, Walter...! Estaba tan preocupada por ti...

¿Preocupada? ¿Por él? ¿Por qué tenía que preocuparse por él?

En esta ocasión no le cogió la mano, ni apretó los labios contra los suyos, ni le hurgó entre los botones de la blusa. Sólo abrió los ojos para dedicarle una mirada asesina, una mirada de reproche y de resentimiento, la mirada del antihéroe camino de la puerta. Cuando habló apenas movió los labios:

—Vete —murmuró—. No te necesito.

Walter no tuvo plena conciencia de su situación hasta media tarde, cuando al

despertar en su habitación de inválido, en la que hacía un calor infernal, un calor que empañaba la ventana, al otro lado de la cual se arremolinaba la nieve, levantó los ojos y vio a Huysterkark, que entraba sonriente. Entonces y sólo entonces se acordó de su pie izquierdo —su favorito, su preciado, su único pie—, y comprendió que ya no formaba parte de él. La imagen del paisaje desierto de su sueño se fundió en aquel momento con la maliciosa cara de su padre.

—Bueno, bueno, bueno, bueno —dijo Huysterkark frotándose las manos y sonriendo, sonriendo, sonriendo—. El señor Van Brunt, Walter van Brunt. Sí. —Firmemente sujeto entre su brazo derecho y su pecho, como si hubiera sido un ejemplar doblado del *Times*, llevaba el nuevo pie ortopédico—. Bueno —sonrió Huysterkark arrastrando una silla y retrocediendo hacia la cama—. ¿Y cómo se siente en esta bonita y ventosa tarde?

¿Cómo se sentía? No había forma de contestar aquella pregunta. Se sentía aterrado, en el umbral de la desesperación y la rabia. Se sentía indignado.

—Usted, usted —espetó Walter—. Usted me ha quitado mi, mi único... —Se interrumpió abrumado por la autocompasión y el pesar—. ¡Hijo de puta! —gruñó con lágrimas en los ojos—. ¿No podía salvármelo? ¿No podía intentarlo?

La pregunta se quedó suspendida entre los dos. La nieve lamía las ventanas.

«Doctor Rotifer, le reclaman en urgencias. Doctor Rotifer», crepitó el intercomunicador.

—Tiene usted mucha suerte, joven —dijo Huysterkark al fin, moviendo la cabeza y presionando sus pálidos labios con un dedo pensativo. Bajó la voz y sacó el pie de su refugio bajo el brazo—. Mucha suerte —susurró.

Walter había estado dos días sin conocimiento, le informó Huysterkark. Cuando le ingresaron en urgencias despuntaba el día y estaba medio helado. Tenía suerte de estar vivo. Tenía suerte de no haber perdido por añadidura los dedos de las manos y la nariz congelados. ¿Acaso creía que el equipo era incompetente? ¿O apático? ¿Sabía lo maltrecho que había llegado el pie: fractura múltiple, articulación del tobillo destrozada y tejidos reducidos a pulpa...? ¿Sabía que los doctores Yong, Ik y Perlmutter se habían pasado dos horas y media trabajando con él, intentando restablecer la circulación, encajar los huesos fragmentados, unir las venas y los nervios? Tenía suerte de no haberse caído en algún lugar más al norte o al otro lado del río. O en el sur, o en Italia o en Nebraska, o en cualquier otro sitio olvidado de la mano de Dios donde no tuvieran médicos preparados por la Universidad Johns Hopkins como Yong, Ik y Perlmutter. ¿Se daba cuenta de la suerte que tenía?

Walter no se daba cuenta, aunque lo intentaba. Aunque escuchaba la voz de Huysterkark, que recorría toda la gama de expresiones, desde el *sforzato* de la intimidación hasta el *allegro* de la acción de gracias, pasando por el *brioso* convincente del vendedor. Sólo podía pensar una cosa: que todo aquello, los incesantes, paralizadores y terroríficos ataques de recuerdos y de predestinación, el fatídico destino que parecía acechar para dirigirse contra él y sólo contra él, era

injusto. Este pensamiento le quemó hasta que cerró los ojos y dejó que Huysterkark hiciera lo que quisiera con él. Cerró los ojos y volvió a su sueño.

Fue en la tarde del tercer día cuando apareció Mardi. Había abandonado la piel de mapache por una capa de terciopelo negro que esculpía sus hombros y pendía de ella como una mortaja. Debajo llevaba tejanos, botas camperas pintadas y una blusa transparente en un tono rosa que brillaba como Broadway en una noche lluviosa. Y collares de cuentas. Ocho o diez. Tras ella, en el umbral, había un chico al que Walter nunca había visto.

Los efectos del analgésico se combinaban con la soñolienta pesadez de la habitación y el cielo plúmbeo con sus furiosas franjas de nubes negras que se extendían a través de la ventana como barrotes.

—¡Pobrecito! —canturreó Mardi, y avanzó taconeando sobre el linóleo para ir a inclinarse sobre él envuelta en una ráfaga de perfume y meterle fugazmente la lengua en la boca. Walter sintió el nimbo de su pelo enmarcándole la cara, punzantes sensaciones que pugnaban por abrirse paso a través del campo muerto y plano de su dolor, y, a pesar de sí mismo, los primeros y débiles movimientos de la excitación sexual. Luego ella se enderezó, soltó el broche de su capa y señaló a su compañero con un movimiento de la cabeza—. Éste es Joey —dijo.

Los ojos de Walter le cortaron como cuchillos. Joey había entrado en la habitación, pero no miraba a Walter. Estaba mirando por la ventana.

—Joey es músico —dijo Mardi.

Joey iba vestido como si fuera el diseñador del vestuario de Little Richard, con ropas de cachemir de tres colores que se mataban entre sí y un fular escarlata que le llegaba hasta la cintura. Al cabo de un momento le echó un vistazo a Walter, que yacía plano y sin pies en la cama, y le dijo sin el menor asomo de ironía:

—¿Qué pasa, hombre?

¿Pasar? ¿Qué pasaba? Mutilación, eso era lo que pasaba. Desmembramiento. La reducción de la carne, el descuartizamiento y la división del espíritu, la metástasis del horror.

—¡Joder! —dijo Mardi, sentada ahora en la cama, con la capa abierta para revelar la blusa transparente y todo lo que había debajo—, si hubieras venido con Joey y con Richie y conmigo la otra noche... A Times Square, ya sabes... —No acabó de formular la idea. Acabarla habría sido admitir lo inadmisible. Se decidió por un pronunciamiento sobre la falta de proporción que había en el cosmos—: Es tan extraño...

Hasta aquel momento Walter no había articulado palabra. Pero quería articular unas pocas. Quería dar salida a la furia que se acumulaba en su interior, quería preguntarle por qué le había abandonado en una casa llena de extraños para irse a Nueva York con aquel mequetrefe sin barbilla, con botas de Beatle y fular barato,

quería preguntarle si todavía le quería, si follaría con él, si estaba dispuesta a cerrar la puerta, echar las cortinas y decirle a Joey que se fuera a dar un paseo, pero los ojos de Mardi adquirieron de repente una expresión extraña, y se contuvo. La mirada lenta de la chica recorrió todo su cuerpo, tendido indolente en la cama, y luego volvió a su rostro.

—¿Duele? —murmuró.

Dolía. ¡Vaya si dolía!

—¿Tú qué crees?

En aquel momento Joey dejó escapar un grito que podía ser de hilaridad, aunque también podía ser un mero síntoma de problemas respiratorios, y enterró la cara en un pañuelo de lunares del tamaño de una alfombra de oraciones musulmana. Los ojos de Walter le acribillaron. Pues ¿no le estaban temblando los hombros? ¿Acaso le parecía gracioso aquello?

Mardi le cogió la mano a Walter.

—Entonces —dijo tanteando las palabras—, ya... eee... no podrás montar más en moto, supongo, ¿no?

La amargura le inundó, corrió por sus venas como un fluido embalsamante. ¿Moto? Tendría suerte de poder andar, aunque Huysterkark le había asegurado que en un mes podría levantarse y en dos meses andaría sin apoyo. Sin apoyo. Sabía cómo iba a ser, sin equilibrio, sin saber dónde, bamboleándose por la acera como un borracho, como si anduviera descalzo sobre un lecho de carbón ardiente. Quería llorar. Y podría haber llorado de no ser por la presencia de Joey y porque quería parecer duro. ¿Habría llorado Lafcadio? ¿Y Mersault?

—Fuiste tú —dijo de pronto ahogándose a su pesar—. Fuiste tú, tú me dejaste allí, tú, ¡grandísima puta!

La cara de Mardi se puso rígida. Dejó caer su mano y se levantó de la cama.

—No me eches la culpa —dijo, y su voz subió de registro mientras una arruga recta y profunda se formaba entre sus cejas perfectas—. Fuiste tú, borracho asqueroso... Mierda, casi nos matas chocando con el porche, ¿o no te acuerdas de eso, eh? Y por si no lo sabías, todos te buscamos, debimos de patear aquel agujero de mierda unas veinte veces, ¿a que sí, Joey?

Joey estaba mirando por la ventana. No dijo nada.

—¡Vampiro! —chilló Walter—. ¡Demonio!

Una enfermera apareció en el umbral, pálida.

—Lo siento mucho —dijo entrando rápidamente en la habitación—, pero el paciente no debe...

Hostil, decidida, con sus ojos glaciales y su pelo indomable, Mardi giró en torno a ella.

—¡Cierre el pico! —gruñó, y la enfermera retrocedió. Luego se volvió a Walter—: Y no vuelvas a llamarme puta —dijo con la voz muy ronca—, monstruo sin pies.

Esta vez Joey se rió de verdad —fue inconfundible—, con un fuerte y

desvergonzado bramido que consiguió dominar antes de que se convirtiera en una carcajada. Luego le hizo el signo de la paz a Walter y siguió la capa de Mardi hasta la puerta. Pero la cosa no se acabó ahí. No del todo. Se detuvo en el umbral para mirar por encima del hombro y hacerle a Walter un guiño de profesional del espectáculo.

—Hasta luego, hermanito —dijo.

Entonces perdió el control. Walter empujó a la enfermera y se sentó rígidamente, con las venas del cuello púrpuras de rabia. Empezó a gritar. Maldiciones, gritos de escarnio, burlas de parvulario, todo lo que le vino a la cabeza. Gritaba como un niño mimado que se ha caído en medio del patio del colegio, gritó todos los coños, mamones e hijos de puta que pudo, aulló expulsando toda su rabia e impotencia hasta que los pasillos resonaron como la sala común de un manicomio, y siguió chillando, maldiciendo y balbuceando cuando las rudas manos de los ayudantes le sujetaron a la cama y la aguja hipodérmica encontró su blanco.

Cuando se despertó —¿al día siguiente?, ¿dos días después?— lo primero que advirtió fue que la cama del rincón estaba ocupada. Las cortinas estaban echadas, pero podía ver el poste del suero saliendo por detrás, y al pie de la cama los pliegues se abrían, mostrando un miembro enyesado que colgaba suspendido sobre las lisas y crujientes sábanas. Miró con todas sus fuerzas, como si pudiera atravesar de algún modo las cortinas; sentía la curiosidad propia de las personas encamadas, ociosas, que se acaban de despertar —¿qué había allí excepto la comida, Huysterkark y la tele?—, y al mismo tiempo una perversa satisfacción: alguien más estaba sufriendo.

Hasta la hora de comer —la sopa era como salsa, salsa que quería ser sopa, ocho alubias casi indigeribles, un amasijo de una sustancia indefinible que parecía carne y gelatina, la omnipresente gelatina— la enfermera no corrió las cortinas para mostrarle a su compañero de habitación y de sufrimientos. Al principio Walter apenas pudo localizarle en medio de la confusión de sábanas y almohadas, pues su visión estaba obstaculizada por el opulento trasero de la enfermera Rosenschweig, que se inclinaba para saciar las necesidades alimenticias del recién llegado —Dios mío, ¿tampoco tenía manos?—, pero luego, cuando la enfermera se incorporó, se vio recompensado con una buena vista de su herido colega. Era un niño. Encogido, pequeñito, medio incorporado en aquel lecho enorme como un muñeco de trapo.

Luego volvió a mirarlo.

Vio agitarse unas manitas pálidas y descoloridas, con los dos nudillos peludos, el fulgor del cuchillo y el tenedor, y antes de que su campo de visión fuera de nuevo obstruido por la imponente interposición de las nalgas de la enfermera Rosenschweig, un mechón de pelo tan blanco como el de un patriarca. Un niño muy peculiar, estaba pensando mientras alargaba la mano con indolencia para rascarse el vendaje que le constreñía la pantorrilla, cuando de pronto se fue la enfermera y se encontró contemplando descaradamente la cara de sus sueños.

Piet —porque era Piet, inconfundible, inolvidable, repulsivo y evidente como una garrapata anidada en la oreja de un perro— estaba inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, pinchando con el tenedor cubitos de gelatina color esmeralda brillante. Tenía la nariz y las orejas enormes, absurdamente desproporcionadas respecto a sus reducidos miembros, y de sus orificios nasales brotaban unos pelillos blancos como hierbajos helados. Tenía los labios flácidos y enfurruñados, y una gota de salsa en la barbilla. Pasaron cinco segundos completos antes de que se volviera hacia Walter.

—¿Qué tal, jefe? —dijo sonriendo diabólicamente—. Buen rancho, ¿eh?

Walter estaba perdido en una cámara de los horrores, en una habitación sin salida, la húmeda y oscura mazmorra del manicomio. Estaba asustado. Aterrorizado. Aquello era la prueba definitiva de que no estaba en sus cabales. Apartó la mirada del malicioso hombrecillo y contempló aturdido la bazofia que había en su bandeja, intentando desesperadamente repasar sus pecados, con los labios temblando con lo que hubiera sido una oración si él hubiera sabido rezar.

—¿Qué pasa? —dijo Piet con voz áspera—, ¿te ha comido la lengua el gato? ¡Eh, tú, te estoy hablando!

La desgracia había caído sobre Walter tan pesadamente que apenas podía levantar los ojos. ¿Cuáles son los cinco estadios que preceden a la muerte?, pensó mientras giraba despacio la cabeza: miedo, rabia, renuncia, aceptación y...

Piet, encorvado sobre su pierna flotante como una pesarosa gárgola, le estaba mirando con simpatía.

—No te cabrees, chaval —le dijo al fin—. Lo superarás. Eres joven y fuerte. Tienes toda la vida por delante. Eh... —Levantó un brazo en miniatura en cuyo diminuto extremo apareció una manita diminuta, sosteniendo un cuenco medio vacío de gelatina—. ¿Quieres mi postre?

La rabia de Walter se desenrolló con la vehemencia de una gran serpiente.

—¿Qué quieres de mí? —le espetó.

El hombrecito parecía aturdido.

—¿De ti? No quiero nada de ti. Te estoy ofreciendo mi postre. Podría comer un par de bocados más, pero... eee..., paso. Mira, yo no estoy aquí porque tenga peste bubónica o algo así. —Apartó la gelatina y señaló el pie enyesado que se balanceaba sobre él—. ¡Me he roto el pie! —gritó, y dejó escapar una loca risotada medio ahogada.

Se estaba muriendo de risa cuando volvió la enfermera.

—Le estaba diciendo que me... me... me he roto el... —No pudo continuar porque era demasiado para él. Era como un globo desinflado. Se le había escapado todo el aire con tanta hilaridad— ¡El pie! —chilló rompiendo en risitas.

La enfermera Rosenschweig observó pacientemente todas sus hilarantes contorsiones. Su gran cara redonda estaba tachonada de pecas, y su caído labio inferior le daba una expresión aleccionadora. Cuando Piet acabó de hacer sus gracias,

el único comentario de la enfermera fue:

—Bueno, hoy estamos animados. —Y luego se volvió hacia Walter.

—¡Eh, hermana! —gritó de pronto el hombrecillo, con la voz excitada por la risa—. ¿Quieres bailar?

Era el colmo. Walter ya no aguantaba más.

—¿Quién es este hombre? —preguntó—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué coño lo han colocado aquí conmigo?

La enfermera Rosenschweig no era una *fraulein* malhumorada, como acababa de demostrar, pero las protestas de Walter le endurecieron la expresión.

—Si quería una habitación individual, tendría que haber hecho los arreglos necesarios —dijo—. Por adelantado.

—Pero... pero ¿quién es este hombre?

Algo empezaba a ocurrírsele a Walter, por muy confundido, desconsolado, drogado y atormentado que estuviera. Y era esto, más o menos: si la enfermera era real —andaba, hablaba, respiraba, tenía huesos, sangre y carne...—, y ella admitía la existencia de Piet, o bien el mundo entero era una alucinación o el fantasma que veía en la cama de al lado no era ningún fantasma.

—Nombre: Piet Aukema —dijo el enano con voz rasposa inclinándose hacia el abismo que separaba las camas—. Y me alegro de conocerte.

La enfermera Rosenschweig fijó su marchita mirada en Walter, quien, reticente, se inclinó hacia delante para estrechar la mano que le ofrecían.

—Walter —murmuró con una voz que no le salía de la garganta—. Walter van Brunt.

—Muy bien, así está mejor —dijo la enfermera sonriendo a Walter como una maestra satisfecha, cuando Piet soltó de pronto la mano de Walter y se irguió en su cama. Se palmeó la frente con la mano y jadeó:

—¿Van Brunt? ¿Has dicho Van Brunt?

Walter asintió, débil e imperceptiblemente.

—Lo sabía, lo sabía —canturreó el enano—. En cuanto he puesto los ojos en ti lo he sabido.

El escalofrío de los recuerdos descendía de nuevo. Walter lo sentía, tan familiar como un dolor de muelas, y se estremeció por dentro.

—Claro —dijo el enano ordenando sus facciones en una obscena parodia de amistad e ingenuidad—. Yo conocía a tu padre.

En el transcurso de los tres días siguientes, cada vez que Walter abría los ojos Piet estaba allí, centro de atención de la habitación, del hospital, del universo, la primera y única cosa que importaba. Se despertaba por la mañana con el bramido del hombrecito: «¡Arriba, holgazanes!», salía de un atormentado sueño para verle cortándose tranquilamente las uñas o mordiendo una manzana, despertaba de una

siesta inducida por una comedia televisiva para observarle hojeando una revista pornográfica o mostrándole la doble página central con un guiño de complicidad. Pero Walter continuó temiendo que todo aquello fueran alucinaciones hasta que Lola fue a visitarle y reconoció al apergaminado gnomo en cuanto le vio respirar.

—¡Piet! —dijo contrayendo los ojos para examinarle como lo hubiera hecho con las fantasmales figuras de una borrosa fotografía.

El enano se animó como un perro al oír el más leve tintineo de cubiertos en el rincón más alejado de la cocina.

—Te conozco —le dijo retorciendo sus enormes y acartonados labios en una perfecta imitación de una sonrisa—. Lola, ¿verdad?

Lola se llevó las manos al pelo. Manipuló su bolso, su voluminoso abrigo y se sentó pesadamente en la silla de las visitas. Su expresión había cambiado, tenía la boca sombría y los labios le temblaban.

—¡Cuánto tiempo! —dijo él—. ¿Veinte años?

—No tanto —dijo ella con voz apagada.

Piet siguió como si no hubiera advertido nada, y la abrumó con una detallada relación de sus andanzas durante las últimas dos décadas. Sonriendo presuntuosamente, guiñando los ojos, haciéndolos girar y gesticulando de una forma tan violenta que hacía temblar los alambres que le sujetaban la pierna, el hombrecito le contó sus andanzas como carpintero, actor del Off-Broadway (en un papel de relleno en un efímero musical basado en *Freaks*, de Todd Browning), pescador profesional, encargado de un bar con grill en Putnam Valley, y vendiendo puerta a puerta aparatos para hacer donuts, y luego Renaults, Volkswagens y Mini-Coopers en un terreno de Brewster. Charló durante casi una hora, riéndose de sus propias bromas, bajando la voz hasta convertirla en un avergonzado susurro cuando subrayaba los malos tiempos, acelerándose por la pasión cuando describía sus amores y triunfos, y siguió y siguió, gesticulando, riéndose a carcajadas y haciendo chistes, ejecutando la gran sinfonía de su pequeña vida ante un público encadenado a su asiento. No mencionó a Truman ni una sola vez.

Así que Lola se hubo marchado, Walter se volvió hacia él. Hinchado como un sapo con la letanía de sus aventuras, Piet le miró astutamente.

—Tú, ¿jem...!, tú dijiste que conocías a mi padre —empezó Walter, y le faltó la voz.

—Exacto. Era un tipo gracioso de verdad, tu viejo.

¿Cuándo le viste por última vez? ¿Qué le pasó? ¿Está vivo? Las preguntas se amontonaban en la cabeza de Walter como los aviones en el aeropuerto de La Guardia. ¿Por qué nos abandonó? ¿Qué pasó aquella noche de 1949? ¿Era un cagado? ¿Un soplón? ¿Un renegado? ¿Era el inútil, pérfido, hipócrita, traidor hijo de puta que todo el mundo decía? Pero antes de que pudiera plantearle la primera pregunta, Piet ya se había perdido por otra vena de reminiscencias.

—Era un cachondo —repitió sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¿Sabías lo

de aquella vez que...?

Walter no lo sabía. O si lo sabía, lo iba a oír otra vez. Moviendo sus bracitos como un director de orquesta, mirándole maliciosamente, haciendo muecas, cloqueando, lanzando risitas ahogadas, Piet le sirvió un montón de viejas historias. Había pequeñas fechorías: volar en posición invertida por debajo del puente de Bear Mountain, robar las figuras de tamaño natural del belén instalado fuera de la iglesia de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción para verlas luego al palo de la bandera frente al monumento de la calle Washington, sustituir el vodka por vinagre destilado en la fiesta de los Veteranos del Día de los Caídos, había juergas, mujeres, peleas y partidas de cartas. Nombres, lugares y fechas que no significaban nada para Walter. Por fin, la rasposa y monocorde voz hizo una pausa, como para recobrarse, como si por fin se le hubieran acabado las historias. Piet recostó la cabeza en la almohada, palmeó el duro yeso con un ademán exclamatorio y pronunció un único y sorprendente nombre propio, un nombre que no había sido pronunciado en presencia de Walter desde la muerte de su abuela.

—Sachoes —dijo el enano con auspicioso suspiro.

—¿Sachoes? —le devolvió la palabra Walter—. ¿Qué tiene que ver?

Piet le dedicó una mirada larga, jocosa y plenamente satisfecha mientras se sondeaba una oreja en busca de cera y pasaba simultáneamente una mano retorcida sobre su pelo.

—Eso era lo único de lo que hablaba Truman cuando le conocí allá por los... cuarenta, creo que era. Antes de la guerra. Que si Sachoes esto, que si Sachoes lo otro. Ya sabes, el jefe indio. Era dueño de todo esto —su mano barrió la habitación con un gesto que quería sugerir el dudoso valor no sólo de la pálida habitación, sino del paisaje gris que se extendía más allá de las ventanas, un erizado bosque de árboles de copa desnuda— antes de que nosotros, los hombres blancos, se lo quitáramos, claro. Maldito asunto. Durante un par de meses o así tu padre había trabajado sobre ello, como si se le pudiera dar la vuelta a la historia o algo parecido. —Piet, la gárgola, el duende, le miró de frente—. ¿Conoces la historia?

Walter la conocía —era una de las historias de su abuela—, y de pronto vio aquella casita cuadrada sobre el río, en una noche de frío paralizante, con su peludo abuelo inclinado sobre el fuego, inspeccionando y cosiendo su red de arrastre, que olía a río, absorto como una anciana con su punto de media, y su abuela ocupada en moldear arcilla en un *maelstrom* de papel de periódico sobre la mesa de la cocina. Estaba intentando algo importante, su máxima expresión en lo que al arte de representar pescados se refería: un plantador formado por tres capas entrelazadas y boquiabiertas. Walter tenía nueve o diez años. Era el invierno en que Hesh y Lola habían ido a Miami durante las vacaciones de Navidad y le habían dejado con sus abuelos. No tenían televisión —su abuela desconfiaba de los televisores tanto como de los teléfonos, ojos y oídos espiantes, conductos por los que sus enemigos podían introducirse alevosamente—, pero tenían radio. Tal vez escuchaban villancicos,

sonando suavemente como música de fondo. Galletas en el horno. La nieve caía sobre los cristales de un negro impenetrable del mirador que daba al río. Abuela, le dijo Walter, cuéntame una historia.

Sus manos —grandes y carnosas, manchadas por la edad— trabajaban el barro. Tomó un pedazo, formó con él una O y le dio a la carpa más próxima un par de labios. Al principio pensó que ella no le había oído, pero luego empezó a hablar, con la voz apenas audible en medio del crepitar del fuego, los villancicos, el viento sobre los aleros: era el invierno que siguió a la muerte de Minewa, y Sachoes, gran *sachem* de los kitchawank, estaba desesperado. Embadurnado con grasa de nutria contra el frío, envuelto en la piel de Konoh, el oso, miraba el fuego lúgubrementemente mientras el viento azotaba la techumbre de cortezas y raíces de su cabaña de tal modo que podría haber jurado que todos los gansos del mundo le estaban picoteando la cabeza.

¿Desesperación?, preguntó Walter. ¿Qué es eso?

Muy pronto, gruñó su peludo abuelo levantando la vista de su rasgada red de arrastre, lo sabrás. Muy pronto.

La abuela de Walter dirigió a su marido una mirada impaciente, grabó una tríada de escamas bajo la agalla de la carpa de en medio y se volvió hacia Walter. Estaba muy triste, Walter, le dijo. Había perdido la esperanza. Se sentía fracasado. Rendido. Estaba sentado en su cabaña con Wahwahtaysee, con Matekanis y Witapanoxwe, sus hijos mayores, y Mohonk, el chico larguirucho de pies planos que iba a decepcionar tanto a su madre, y removi6 las ascuas de tabaco y rojas cortezas de cerezo silvestre en la cazoleta de su pipa. Cuando llegara la mañana Jan Pieterse estaría ante su puerta, llevándoles regalos. Un par de perros de ojos amarillos, ollas más duras que la piedra, cuchillos, tijeras, hachas, mantas, trozos de cristal coloreado que hacían que el más pulido disco de *wampumpeak* pareciera un simple cristal de roca. Regalos, sí. Pero todos los regalos tienen un precio.

Hacía seis años, cuando llegó Jan Pieterse, los kitchawank se quedaron encantados, no sólo por la ingente provisión de objetos bien hechos y fascinantes que llevaba consigo para vender, sino también por la persistencia y sutileza de su regateo, por el flujo incesante de palabras mohicanas desfiguradas y desvergonzadas que no cesaban de manar de sus labios. Boca Habladora era como le llamaban, y acudían a él, fuertes y dignos, a cambiarle pieles por aquellas buenas mercancías con las que él había cargado su pequeña chalupa hasta la regala. Pero él no quería precisamente pieles de castor. Era su tierra lo que quería. Era Blue Rock y la tierra que la rodeaba. Sachoes, como jefe y miembro del consejo de ancianos, se presentó a negociar con él. ¿Y qué consiguió Sachoes para su pueblo a cambio de la tierra en la que Boca Habladora levantó la inhóspita fortaleza cuadrada de su almacén? Objetos. Propiedades personales. Objetos que despertaban envidia y codicia. Hachas cuyos mangos se rompían y cuyas hojas se desgastaban, jarros que se hacían añicos, tijeras que no funcionaban porque se les oxidaban los ejes, y las brillantes y todopoderosas monedas que introdujeron el robo y el asesinato en el poblado de chozas de corteza

de árbol de la bahía de Acquasinnick. ¿Y qué había sido de todos aquellos objetos? Pues se habían ido volviendo inútiles poco a poco —incluso las mantas eran roídas por una misteriosa corrupción interna—, mientras que los castores que servían para comprarlos eran tan escasos como el pelo en la cabeza de un mohawk. Boca Habladora no era tonto. Él tenía la tierra, incorruptible y eterna.

Al principio Jan Pieterse había acudido a ellos. Pero ahora ellos acudían a Jan Pieterse. Debilitados por la viruela inglesa, enfermos por la bebida, muertos de hambre por el invierno más duro que recordaba el viejo Gaiindowana, el hombre más anciano de la tribu. Se habían arrastrado como perros en la humillación de su necesidad ante la gran puerta con tranca del almacén de Jan Pieterse, y le habían suplicado que se acordara de la tierra que le habían dado. Querían ropa, comida, objetos de hierro, objetos hermosos, y, para su sempiterna vergüenza, querían ron. Claro, les dijo Boca Habladora, seguro, por supuesto, ¿por qué no? Crédito, les dijo en su dialecto de barquero, un término holandés que envenenaba hasta lo más hondo una feliz frase mohicana, crédito para todos y especialmente para ti, mi venerable amigo, mi querido, queridísimo Sachoes.

Nada se da a cambio de nada, dijo la abuela de Walter haciéndole a la carpa más lejana un ojo redondo con un remolino de su dedo. El viejo jefe estaba en deuda con aquel taimado holandés, y lo sabía.

Bueno, pues según cuenta la historia, Jan Pieterse tenía un amigo. Dos amigos. Eran los hermanos Van Wart, Oloffte y Lubbertus. Oloffte, que gozaba de influencia en la Compañía, tenía concedida una encomienda por esta augusta institución que abarcaba no sólo las tierras de la tribu de los kitchawank, sino también las de los sint sink y las de los weckquaesgeek. Estaba ya dispuesto y trazado en un mapa, todo para su hermano, para él y para la mitad de la población de Holanda. Todo lo que tenía que hacer era pagar a los primitivos propietarios, que, como todo el mundo sabía en Haarlem, eran un puñado de vagabundos desnudos e iletrados, embrutecidos por la bebida y cargados de enfermedades, que no eran capaces de contar más allá de la suma de los dedos de sus manos y de sus pies, no sabían de agrimensura y no eran capaces, por descontado, de leer la elegante escritura de aquel contrato sencillo, obligatorio, inviolable y draconiano. Jan Pieterse, un experto en los usos y costumbres indias, iba a ser el intermediario. A cambio de unos honorarios, por supuesto.

Sachoes no sabía nada de todo aquello, no podía ni imaginarse los pólders, los diques y las calles pavimentadas, las fábricas, las cervecerías y los cómodos y rutilantes saloncitos de la distante y legendaria patria holandesa, pero sabía que aquella mañana, con sus pálidos rayos de luz ártica, Boca Habladora estaría en el escalón de su cabaña, seguido de su gran jefe patrón bigotudo y barrigón, y que el patrón estaba hambriento por ser dueño de lo que ningún hombre tenía derecho a poseer: la imperecedera tierra que yacía bajo sus pies. Pero ¿qué podía hacer el viejo jefe? Los ciervos caían muertos en los bosques con el estómago lleno de cortezas, y

los remolinos de nieve enterraban el poblado. Madre Maíz estaría comatosa hasta la primavera, y la gente quería todo lo que el comerciante ponía a la venta. Si no negociaba con Jan Pieterse, entonces lo haría Wasamapah, su más enconado rival por el control de la tribu, un hombre que entendía qué era el crédito, hablaba con el viento y saltaba a los árboles más altos de un solo brinco. Y que Manitú ayudara al viejo jefe si dejaba que Boca Habladora y el jefe patrón le engañaran.

Y le engañaron, dijo la abuela de Walter, que se levantó con un gemido para aclararse las manos en el fregadero de la cocina. ¿Y sabes cómo lo hicieron?, le preguntó por encima del hombro.

Walter tenía nueve años. O quizá diez. No sabía muchas cosas. Ajá, dijo.

Volvió al centro de la habitación, una mujer alta de pelo gris con un vestido estampado, frotándose el pulgar con las puntas del índice y el corazón. Con trampas, así lo hicieron.

Cuando Sachoes se sentó en su cabaña a la mañana siguiente con Boca Habladora y el jefe patrón y su hermano, Wasamapah se sentó junto a él. Legítimamente. Porque Wasamapah era la memoria de la tribu. Cada vez que se acordaba un término del tratado, él seleccionaba cuidadosamente un pulido fragmento de almeja, mejillón o concha de ostra de la pila extendida sobre el barro ante él, y lo ensartaba en un cordón de cuero sin curtir. Cada artículo, cada estipulación, enmienda y codicilo tenía su propio distintivo signifiicante. Después, cuando la oscuridad se hubiera extendido sobre la montaña y hubieran intercambiado los regalos, cuando hubieran fumado el *kinnikinnick* y hubieran comido el *yokeag* y la lengua de ciervo, Wasamapah convocaría el consejo de ancianos y repetiría ante ellos, una y otra vez, el significado de cada pulida y redonda concha.

Y así ocurrió en aquella ocasión. Sachoes adoptó su expresión más inflexible, el jefe patrón se tiraba de las articulaciones de sus hinchados dedos, incómodo, Boca Habladora habló hasta quedarse ronco y Wasamapah ató las conchas. Con dignidad, con majestuosidad y con una serenidad que ocultaba su aprensión, Sachoes aceptó los regalos, hizo sus demandas en representación de la tribu y cedió terreno de mala gana ante el asalto verbal de Boca Habladora. Entonces se pasaron una pipa y después lo celebraron. El jefe patrón apenas probó el maíz y la lengua, pero se dio un atracón de la comida holandesa —quesos pestilentes, hogazas duras como piedra, manjares salados y adobados— que había traído. Los nuevos perros se encargaron de las sobras.

Mientras fumaba, mientras masticaba los hediondos quesos y saboreaba la lengua, Sachoes estaba entusiasmado. Además del montón de regalos apilados fuera de la casa comunal y distribuidos entre la tribu, había conseguido barriles de comida, mantas y piezas de tela, un quintal de cuentas, fuertes arados de hierro, cazuelas y ollas de cocina. Y para acabarlo de redondear, el hermano del jefe patrón aceptó entregar el anillo de oro que rodeaba su dedo meñique, Jan Pieterse había añadido un espejo de cantos dorados y un barrilito de pólvora negra, y en el momento culminante

de las negociaciones el jefe patrón obsequió a Sachoes con un gran sombrero de pico de ala blanda que llevaba una pluma tan larga como su brazo. Y lo mejor de todo, Sachoes casi no había dado nada a cambio: una pequeña extensión de tierra que iba hacia el norte desde Blue Rock, la roca azul, hasta el Árbol de Dos Nudos, que por el sur sólo llegaba hasta el Camino del Ciervo y por el este hasta el Arroyo que Habla. ¡Nada! Podía recorrerlo a pie a lo largo y a lo ancho tres veces en una sola tarde. Por fin, por fin, les había vencido. Sí, pensó aspirando la pipa ceremonial y regocijándose por dentro, ¡qué buen trato!

Pero, por desgracia, su entusiasmo fue efímero. Porque Wasamapah, impaciente por lograr que el viejo jefe quedara desprestigiado y con una nota del patrón valedera por dos mil florines guardada en su mocasín, había añadido subrepticamente tres conchas melladas y rojizas a las que componían el cordón del tratado, conchas que extendían los límites de la adquisición del patrón hasta el último acre del territorio kitchawank. Donde Sachoes había oído el Árbol de Dos Nudos, Wasamapah, o al menos así lo pretendía, había oído el Árbol de Dos Nudos Tocado Dos Veces por el Rayo. Y donde Sachoes había acordado el Camino del Ciervo Cercano como límite por el sur, Wasamapah había registrado el Camino del Ciervo Lejano, que no tenía nada que ver. Y lo mismo con el Arroyo que Habla, que Wasamapah había registrado como el Arroyo que Habla en Invierno. Cuando Wasamapah mostró las conchas del trato al consejo de ancianos, la indignación se abrió paso por las ajadas y cansadas caras de aquel cuerpo augusto, y la luz de la recriminación centelleó en sus ancianos ojos.

Seis meses después Sachoes estaba muerto. Incapaz de comer y de dormir, incapaz de levantarse, de sentarse o de yacer sobre sus ropas, el viejo jefe se consumió de pesar por lo que había hecho. O más bien por lo que Jan Pieterse, Oloff van Wart y Wasamapah le habían hecho. Ni un solo guerrero de su tribu le apoyó. Le consideraban senil, vacilante, una mujer en taparrabos, y pensaban que había vendido el alma de su tribu por unas pocas chucherías, por unos perros que se habían escapado, un sombrero de hombre blanco que se había quedado blando como un moco, comida que se había agotado y cuentas de collar que se habían perdido en la hierba. Estaba vencido. Acabado. Wasamapah, firme, justo, implacable, un hombre que de repente se había hecho rico y además gozaba de la confianza del gran jefe patrón, que ahora tenía dominio sobre ellos, ocupó su puesto. Degradado, encorvado por el pesar, un traidor a su propia tribu, Sachoes decayó completamente, y su vida se hizo tan tenue como la pelusa que pende del diente de león. Wahwahtaysee intentó protegerle, pero fue en vano. Un día, en medio del extrañamente pálido y ventoso verano que sucedió al engaño del patrón, el viento sopló. Sopló muy fuerte. Sopló hasta convertirse en un vendaval constante. Y aquél fue el final de Sachoes.

—Sí, Sachoes —suspiró Piet, y Walter miró a su alrededor como si despertase de una pesadilla—. Traicionado por uno de los suyos, ¿no dice eso la historia? —Ahora el duende le miraba malicioso, mostrando las encías en los bordes de su sonrisa

mientras sus ojos se hundían en dos hoyos de arrugas—. Traicionado, dado por el culo y acuchillado por la espalda. ¿Verdad?

Walter se limitó a mirarle.

Y entonces Piet se inclinó hacia el abismo que separaba las camas, con la cara todavía torcida con aquella maligna mirada de soslayo, y golpeó a Walter donde más le dolía:

—¿Y qué sabes de tu viejo?

¿Qué sabía? La pregunta le abrumó amargamente. Apenas podía pronunciar las palabras:

—No sé nada de él. Nada. Desde que... desde que tenía once años. —Bajó los ojos al suelo—. Ni siquiera sé si está vivo.

El enano se recostó con sorpresa, o con fingida sorpresa. Sus cejas se enarcaron. Se abanicó con una mano rápida.

—¿Once años? Mierda. Yo recibí una carta suya, ¿cuándo fue?, debió de ser una semana antes de mi accidente.

Todo Walter estaba atrapado en el súbito martilleo de su corazón.

—¿Dónde? —balbuceó—. ¿Dónde está?

—Está dando clases —dijo Piet, y dejó pasar un latido—. En Barrow.

—¿Barrow?

—Point Barrow. —Pausa. Sonrisa. Gesto de relamerse los labios—. ¿No lo sabes? En Alaska.

A la mañana siguiente Piet se había ido. Walter se despertó con el estrépito de la enfermera del turno de día y los furtivos susurros de desesperación y desconcierto que llegaban a lo largo del pasillo hasta él, y vio que la cama del rincón estaba hecha y que no había sido ocupada de nuevo. Después del desayuno Lola apareció con el grande y polvoriento atlas encuadernado en tela que tenían en la estantería de la sala de estar, y Walter apenas tuvo tiempo de besarle la mejilla antes de arrancárselo de las manos.

—Barrow, Barrow, Barrow —murmuró para sí saltando impacientemente las páginas y luego escudriñando el dentado límite glacial del grande, desierto y misterioso estado, como si lo viera por primera vez. Encontró Anchorage, Kenai, Spenard y Seward. Encontró las islas Aleutianas, los montes Talkeetna, Fairbanks, la cordillera de Kuskokwim. Pero no Barrow. Tuvo que buscar en el índice la palabra Barrow —G1— y recorrer con el dedo la superficie del mapa. Allí estaba, Barrow, la ciudad más al norte del mundo. Barrow, donde el viento helado hacía que las temperaturas descendiesen hasta cuarenta bajo cero y la noche reinaba sin interrupción durante tres meses al año.

Lola, que le miraba con una sonrisa meditabunda, tenía una pregunta que hacerle:

—¿Por qué ese repentino interés por Alaska? ¿Piensas ir a cazar focas?

Él levantó la vista como si hubiera olvidado que ella estaba allí.

—Anoche dieron un programa sobre Alaska en la tele —dijo esbozando su sonrisa de triunfo—. Parece que hace fresco.

—¿Fresco?

Se echaron a reír. Pero un minuto después de que ella se hubiese ido, Walter pidió línea exterior y llamó a una agencia de viajes de Croton. El viaje de ida y vuelta de Kennedy a Anchorage costaba seiscientos dólares, más impuestos, y el servicio de Fairbanks a Barrow era como mínimo irregular y podía costar otros cien en total, sin mencionar taxis, comida y hotel. ¿De dónde iba a sacar tanto dinero?

Esta vez, cuando Walter fue dado de alta del hospital para seguir su recuperación en casa, no fue a recogerle la dulce Jessica acompañada de champán; esta vez Walter recorrió aquellos depresivos pasillos color mandarina y aguacate en compañía de su madre adoptiva, más acosado que nunca por los fantasmas del pasado. Lola condujo: pelo blanco, piel morena como el cuero y los pendientes de turquesas que había comprado en México. El Volvo traqueteaba y gemía. ¿Le apetecía una hamburguesa gigante?, quiso saber. ¿Con pepinillos, mayonesa, mostaza y todo lo demás? ¿O sólo quería ir a casa a descansar? No, le respondió Walter, no quería una hamburguesa gigante —aunque la comida del hospital había sido una mierda, insípida, requetecocida y pesada, y todos los menús acababan siempre con gelatina—, pero tampoco quería ir a casa.

—¿Adónde entonces? ¿A Fagnoli a comer una pizza?

No, tampoco. Lo que quería era ir a la Depeyster Manufacturing. A la calle Water. ¿Depeyster...?

Ajá. Quería pedir un trabajo.

Pero si acababa de salir del hospital... ¿No podía esperar unos días?

No podía.

Walter no se molestó en pasar por donde ponía SÓLO EMPLEADOS. Lola aparcó ante la entrada principal y él se deslizó a través de la doble puerta que daba al vestíbulo alfombrado del santuario interior, ágil como una gimnasta sobre sus muletas, cargando todo el peso en los brazos y en lo que ahora, por eliminación, era su pierna buena. Tampoco se molestó en pasar por el despacho de la señorita Egthuysen, sino que atravesó el vestíbulo pisando fuerte, como si fuese suyo, se detuvo un momento para llamar a la puerta de cristal ahumado de la oficina ejecutiva señalada con el número 7, y luego, sin esperar respuesta, entró.

—¡Walter! —exclamó Van Wart boquiabierto, levantándose de su escritorio—. Creía que... bueno, mi hija me dijo...

Pero Walter no tenía tiempo para explicaciones. Se inclinó hacia delante mientras los soportes almohadillados de sus muletas se le clavaban como cuchillos en los brazos, e hizo un ademán de rechazo.

—¿Cuándo empiezo? —le dijo.

Casa abierta

De acuerdo, estaba pensando, quizá la casa necesitaba una mano de pintura, y tal vez la glicina estaba levantando la pizarra de los aguilonos escalonados de la fachada, y sí, los marcos de las ventanas no encajaban, el tejado tenía goteras, y el interior, y eso que era espacioso, se había quedado pequeño por la acumulación de muebles ancestrales, pero apostaba que la mansión Van Wart seguía siendo el ejemplar mejor conservado en su especie en todo el valle del Hudson, sin excepción. Claro, estaban los museos —la mansión Philipsburg, Sunnyside, la casa donde antaño estuvieron las oficinas desde donde se administraban las posesiones de los Van Wart—, pero no tenían alma, eran espectros de casas, deshabitados, fantasmales, inútiles. Y aún peor eran las restauraciones privadas, como la mansión Terboss en Fishkill o la casa Kent en Yorktown, propiedad de extranjeros y habitadas por extranjeros, *parvenus*, intrusos con nombres como Brophy, Righetti, Mastafiak. Hablaban de tradición, y debían de haber llegado en un carguero de Palermo en 1933. Era un chiste. Un chiste malo.

Depeyster van Wart. estaba de pie en la marga de su roaleda, al pie de la gran extensión del jardín señorial cubierta de césped, y miró su casa con una ráfaga de orgullo de propietario, seguro de su herencia, de su posición, y ahora, con el inesperado milagro de la novedad de Joanna, seguro también de su futuro. Él no era un *parvenu*. Había nacido allí, en la habitación principal de la segunda planta, entre la cómoda Chippendale y el armario ropero de Duncan Phyfe. Su padre había nacido también allí, a la sombra del mismo armario, y el padre de su padre antes que él. Durante más de trescientos años sólo Van Wart habían pisado aquellos entarimados de espiga, sólo Van Wart habían subido las crujiertes escaleras o se habían agachado en el polvo ancestral del vetusto y profundo sótano. Y ahora su corazón sabía que, a largo plazo, nada de esto iba a cambiar, que Van Wart y sólo Van Wart pasearían por aquellos vulnerables corredores en el dorado, ilimitado e insuperable futuro.

Porque Joanna estaba embarazada. La Joanna de cuarenta y tres años, su novia de juventud, la madre de su hija, la amante de los ungüentos y cremas y de la cocina de Nápoles, el Languedoc y las islas Fidji, campeona de los desposeídos, alejada de su lecho conyugal y proveedora de harapos, su Joanna, estaba embarazada. Tras quince años de anhelo desesperado, recriminaciones, rencor y desespero, había acudido a él y él había respondido, así de sencillo. Él había estado a la altura de las circunstancias, la había impregnado, la había dejado preñada, había engendrado un hijo. Pero no

simplemente un hijo, no simplemente cualquier hijo, un hijo varón. ¿Cómo podía ser de otro modo?

Recordaba la cruel decepción que había seguido a aquel embriagador y primario encuentro sobre el entarimado de madera, junto al fuego, en el último otoño. «Cariño —le había dicho ella un escaso mes después—, querido, creo que voy a tener un hijo». ¿Un hijo? Él apenas podía hablar de asombro. ¿Habían sido atendidas sus plegarias, renacían sus esperanzas? ¿Un bebé? ¿Era verdad? ¿Iba a ser padre de nuevo?

La respuesta fue tan inequívoca como el flujo de la sangre: no, no iba a serlo. Había sido una falsa alarma. Simplemente a Joanna se le había retrasado el período, y él cayó en una desesperación más profunda que nunca. Pero luego, justo después de Año Nuevo, ella volvió de nuevo a él. Y luego otra vez. Se le acercaba llena de frenesí, ansiosa, salvaje, con la piel oscurecida por algún pigmento rojizo, oliendo a ciénaga, a fuegos campestres y a amargas bayas silvestres atrapadas en las gruesas trenzas de su pelo, con la piel de gamo sobre el cuerpo desnudo. Él era John Smith y ella era Pocahontas, bravía, febril, y se acoplaban como si quisieran perpetuar sus vidas. ¿Quién era ella, aquella extraña que tenía debajo, envuelta en olor a almizcle y con una mirada lejana en los ojos? No le importaba. Él la montó, la penetró, esparció sus semillas dentro de ella. Dichoso. Agradecido. Pensando: todo esto de los indios no está tan mal después de todo.

Luego sobrevino el segundo toque a rebato, la visita al médico, la prueba, el examen, la indudabilidad del resultado: Joanna estaba embarazada. ¿Qué importaba si estaba loca como una cabra? ¿Qué importaba que se apartara de él aún más violentamente que antes y multiplicara sus visitas a la reserva? ¿Qué importaba que lo humillase en público con sus pinturas, sus polainas y todo lo demás? Estaba embarazada, y la mansión Van Wart tendría su heredero.

Y así estaban las cosas en aquel día concreto —aquel día único entre los días—, mientras él cortaba rosas para los grandes jarrones de cristal tallado colocados estratégicamente por la casa para delectación de visitantes y entusiastas de la historia, que podían empezar a llegar en cualquier momento con la pertinente expresión de respeto y reverencia. Depeyster se sentía superior, expansivo, inaccesible al dolor, se sentía como Salomón esperando a los peticionarios de cada mañana. Era junio, su mujer estaba embarazada, el sol brillaba sobre él con todo su benéfico esplendor, y la casa —la antigua, incomparable, augusta e inestimable casa— estaba abierta al público y tenía muy buen aspecto.

—¿Has sabido algo de Peletiah Crane?

Marguerite Mott, que estaba junto a su hermana Muriel, balanceó una taza de porcelana china color hueso sobre su platillo y levantó los ojos hacia su anfitrión, expectante. Era media tarde, y un pequeño grupo de amantes de la historia, con los

ojos nublados tras un recorrido de tres horas por la casa y sus alrededores, sin dejar ni una sola teja sin definir, ni un solo rincón sin medir, se reunía ahora a tomar algo en el salón principal. Lula, con delantal blanco y cofia, acababa de servir té y un jerez particularmente añejo, y puso una bandeja de rancias galletas saladas con paté de lata. Y el grupo, formado por dos monjas, una secretaria jurídica de Briarcliff, un mecánico de coches autodidacta y el ajado y octogenario tesorero de la Sociedad Histórica de Hopewell Junction, así como el joven Walter van Brunt, LeClerc y Ginny Outhouse y las temibles hermanas Mott, cayó sobre aquel humilde ofrecimiento como nómadas recién llegados del desierto.

La pregunta de Marguerite pescó al undécimo propietario en medio de una compleja disertación arquitectónica sobre cómo la mansión actual había ido desarrollándose con cada generación desde el modesto saloncito en el que ahora se hallaban. Boyante, con la energía y la animación de un hombre que tuviera la mitad de sus años, Depeyster había llevado al octogenario y a la secretaria jurídica contra el piano de palisandro Nunns, Clarck & Co. que había en el rincón, instándoles a que apreciaran el grosor y la solidez de la pared que había tras él.

—Construida con piedra local y conchas de ostra en 1650 —dijo—. La hemos pintado, alisado, hemos reparado la argamasa, por supuesto. Adelante, tóquenla. Pero hela aquí, la pared original construida por Oloffte y Lubbertus van Wart hace trescientos diecinueve años. —Depeyster llevaba tres horas hablando y no iba a parar ahora, al menos mientras quedara alguien en pie— El patrón se estableció en Croton, en la casa donde estuvo la administración, ya saben, el museo, y construyó ésta para su hermano, pero cuando Lubbertus pasó a mejor vida, vivió temporadas en ambas casas. Aunque parezca mentira, después de la guerra de la Independencia la familia perdió la otra casa, pero ésa es otra historia, mientras que ésta ha estado siempre ocupada por los Van Wart hasta el día... —Se interrumpió bruscamente y se volvió a Marguerite—. ¿Qué decías?

—Peletiah. ¿Has tenido noticias de Peletiah?

En aquel momento Depeyster olvidó a la secretaria y al tesorero, y sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Se ha muerto? —aulló casi incapaz de contenerse.

El mecánico de coches le estaba observando. LeClerc y Walter, que tenían las cabezas juntas, le miraron inquisitivamente.

—No —susurró Marguerite frunciendo los labios y haciéndoles un rápido guiño—. Todavía no. —Dejó aquel momento suspendido ante él, lleno de significado, y luego soltó el disparador—. Ha sufrido un ataque.

Depeyster no quería parecer muy ansioso —la secretaria jurídica miraba en torno a sí, incómoda, temiendo que se le cayera la taza, y el viejo de la Hopewell Junction parecía también a punto de sufrir un ataque—, de modo que contó hasta tres antes de volver a hablar:

—¿Es... grave?

La sonrisa de Marguerite era rígida, sus pálidos labios estaban firmemente apretados y el maquillaje de las comisuras de sus ojos apenas mostraba arrugas. Era una sonrisa de corredor de fincas, y hablaba de un triunfo callado, de la espinosa negociación a largo plazo.

—No puede andar —dijo—. Ni hablar, ni comer. Parece empeorar y no recupera el conocimiento.

—Sí —dijo Muriel interponiendo su lustrosa cara entre los dos—. Tiene mal aspecto.

Mal aspecto. Las palabras le agitaron, le alegraron, le llenaron de vengativa satisfacción. Así que aquel viejo hijo de perra de nariz larga, aquel rojazo ladrón de tierras estaba resbalando por fin por el precipicio, se estaba yendo de una vez..., y ahora quedaba el nieto —el pasota— para hacerse cargo de las cosas. Era demasiado perfecto. Tres mil quinientos el acre, ¡ja! Lo conseguiría por la mitad de precio, por una cuarta parte, lo conseguiría por el precio de otro pico, de otro viaje o de fuera lo que fuese con lo que se drogara el chico... Sí, y luego se compraría un caballo, un Kentucky Walker como el que había tenido su padre, un pura sangre con una mancha blanca en la frente... Arreglaría los establos, haría que el ayuntamiento pusiera una señal de paso de caballos en el cruce de la carretera a la entrada de la propiedad, y luego, con su hijo delante, cabalgarían por la propiedad todas las mañanas, a primera hora, con el sol ardiendo como fuego sobre el arroyo, las nueces crujiendo bajo los cascos del animal, un asado esperando en la mesa...

Por desgracia, la augusta y triunfal procesión de sus pensamientos se detuvo bruscamente. Porque allí, al otro lado del cristal de la ventana, con atuendo indio completo y un saco del tamaño de una cabeza de búfalo al hombro, estaba Joanna. Había vuelto. Antes de lo esperado. Acarreando basura de la camioneta delante de la secretaria jurídica y del jadeante gilipollas de la Hopewell Junction. Pero ¿qué hacía en casa tan pronto?, pensó dominado por un pánico creciente. ¿No tenía que estar en Jamestown interviniendo en la campaña de promoción del estofado de maíz con judías en conserva, o cosas por el estilo? Se puso en movimiento abriéndose camino entre las pálidas sonrisas de las hermanas Mott, haciendo caso omiso de la pregunta del mecánico de coches sobre el consumo de BTU^[5] y los costes de la calefacción, en un intento desesperado por detenerla.

Llegó demasiado tarde.

La puerta del salón se abrió y apareció Joanna, con su vestido de gamuza con flecos y sus collares de cuentas de plástico, y la piel teñida con algo que le daba un tono borgoña.

—¡Oh! —exclamó con voz quebrada mirando a su alrededor confusa y fijando por fin los ojos en su marido—. He visto todos esos coches... así que... ¿hoy se abría la casa a las visitas?

El silencio hizo presa de la habitación como si fuera miedo.

Las monjas miraban desconcertadas, la secretaria parecía consternada, Ginny

Outhouse sonreía tímidamente. Fue Lula, que avanzaba con la bandeja de las galletitas con paté, la que rompió el encantamiento:

—¿Quiere unos canapés, señora Van Wart? —preguntó—. Debe de estar muerta de hambre después del viaje en coche.

—No, gracias, Lula —dijo Joanna dejando el saco en el suelo con gran estruendo—. He comido un poco de tasajo en el viaje de vuelta.

En aquel momento Depeyster se había acercado rígidamente a saludarla. Muriel había empezado a hablar con un torrente de tópicos («¿Cómo estás, querida? Me alegro tanto de verte... Tienes un aspecto inmejorable... Veo que sigues ayudando a los indios...»), y el murmullo de la conversación se reanudó entre los demás.

Depeyster estaba mortificado. LeClerc y Ginny eran viejos amigos, sabían de la progresiva excentricidad de Joanna, y no importaba nada. O casi nada. Y Walter era su protegido. En ese aspecto no había problema. Pero los demás, las hermanas Mott y aquellos extraños... ¿qué debían de pensar? Y entonces se le ocurrió una idea. Los llevaría aparte uno por uno, sí, eso haría, y les explicaría que el atuendo de su esposa forma parte del espíritu de la casa abierta, era una especie de homenaje a los habitantes aborígenes del valle, una improvisación histórica, vaya... Agudo, ¿verdad?

La idea le calmó, y ya se volvía hacia la más baja de las monjas con la anécdota en los labios cuando de pronto se abrió la puerta y Mardi, la hija descarriada, irrumpió en la habitación.

—¡Hola, hola a todos! —exclamó—. Hace un día fantástico, ¿verdad?

Llevaba un bikini de imitación de piel de leopardo que enseñaba más de lo que su padre quería ver, y su piel estaba casi tan roja como la de su madre, por una excesiva exposición al sol. Fue directa a la botella de jerez, se sirvió un vaso, se lo bebió de un trago, puso mala cara y se sirvió otro.

Era demasiado, era imposible.

Depeyster se volvió para no ver aquella horrible escena, y tanteó en busca de una pizca de polvo del sótano para rociarlo sobre su té; el mecánico le seguía como un perrito, las monjas estaban boquiabiertas y la secretaria jurídica recogía sus cosas para irse.

—¡Ah, hola, LeClerc! —oyó decir a su hija con una voz tan falsa y untuosa como la de un vendedor de seguros.

—Debe de ser endemoniadamente difícil calentar esta casa —comentó el mecánico.

Entonces se dio cuenta de que Mardi salía de la habitación seguida de Walter.

—Ven —le dijo—. Quiero enseñarte algo arriba.

Las monjas le agradecían la encantadora tarde, Joanna había abierto su saco en medio de la alfombra turca y estaba vendiendo alfarería india, LeClerc y Ginny hablaban de la cena.

—¿Qué me dices de aquel restaurante italiano de Somers? —dijo Ginny—. ¿O del chino de Yorktown?

Y luego se encontró en la puerta principal, aturdido, estrechándole la mano al mecánico, que se había quedado un par de ceniceros indios sin barnizar, a cinco dólares la pieza, que parecían un trabajo de parvulario fracasado (¿qué se suponía que representaban, peces?).

—¿Le importa que eche una ojeada a las cañerías desde fuera? —Y el mecánico, que era un hombre joven, calvo como una bola de billar, le dedicó una mirada cálida, casi santa—. Me gustaría ver cómo han hecho los conductos en esas paredes de un metro de grosor.

—¿Y ese de Amawalk donde dan filete con langosta? ¿Qué te parece, Dipe? —dijo LeClerc apartándole del mecánico.

¿Qué le parecía? Las hermanas Mott estaban cubriendo su retirada con una desesperada barrera de clichés y falsedades, el viejo de la Hopewell Junction anunció con voz clara que necesitaría ayuda para llegar al cuarto de baño, y la secretaria jurídica salió sin decir una palabra. Confuso, derrotado, traumatizado, no pudo decir lo que le parecía. El día se había venido abajo.

En cambio, para Walter el día acababa de empezar.

Había estado sentado junto a LeClerc Outhouse, incómodo con su traje de lino y su apretada corbata, con las pantorrillas doloridas tras el prolongado paseo por la propiedad, hablando, con toda la sinceridad que era capaz de fingir y sin demasiada convicción, del imperativo moral de la presencia de Estados Unidos en Indochina y de la necesidad clamorosa de bombardear a los cerdos vietnamitas para someterles como fuera. Y ahora estaba siguiendo el atractivo trasero de Mardi por las escaleras, hasta el oscuro y tentador refugio iluminado con luz negra que era su habitación. Ella le hablaba de trivialidades, charlaba: ¿Sabía que Héctor se había alistado en la infantería de marina? ¿O que Herbert Pompey había conseguido un contrato para una gira con el grupo La Mancha? ¿O que el conjunto de Joey se había deshecho? Ya no veía a Joey, ¿lo sabía?

Habían llegado a su habitación, y ella se volvió a mirarle mientras pronunciaba su última frase. Las paredes estaban pintadas de negro y las cortinas echadas. Tras ella, un póster de Jimi Hendrix, con la cara contorsionada por un éxtasis electrificado, brillaba perversamente bajo la luz negra. Walter le dedicó una sonrisa cínica y se echó en la cama.

En realidad no sabía que Héctor se hubiera alistado en la infantería de marina, ni que Herbert estuviera haciendo una gira, no había vuelto a ponerlos en el Elbow desde que salió del hospital. Y en cuanto a Joey, la única emoción que podía haberle inspirado enterarse de que el conjunto no sólo se había deshecho, sino que había saltado en pedazos convertido en añicos inidentificables, habría sido una gran alegría. Mardi le había hecho daño. Le había herido en lo más hondo. Le había herido donde Meursault nunca se habría dejado herir. Pero ahora se sentía mucho mejor. Más

fuerte. Más duro y más desapasionado que nunca, libre de todas sus amarras —de Jessica, de Tom, de Mardi, de Hesh y Lola—, el lobo solitario, el llanero solitario, el campeón que no necesitaba a nadie para ir en pos de la verdad. ¿El amor? Era una mierda.

No. No había visto a Mardi, ni a Tom, ni a Jessica, a ninguno de ellos. Pero había visto a la señorita Egthuysen. Veintisiete años, faldas abiertas y labios como mariposas. Y había visto a Depeyster. Mucho. Había aprendido el negocio, había aprendido historia. Se había trasladado de la casita de madera de la colonia Kitchawank a una residencia situada tras la gran mansión antigua que dominaba el arroyo en Van Wartville. Y la Norton también había pasado a la historia. Ahora tenía un MG, reluciente, ronco y rápido.

Mardi cerró la puerta. El pelo le caía por la cara, la perfecta llanura de su vientre estaba quemada por el sol, y una cadena de oro se cerraba en torno a su tobillo. Cruzó la habitación para bajar la aguja sobre un disco, y la habitación se llenó con una catarata de tambores y un delgado y maníaco rasgar de guitarra. Walter aún sonreía cuando ella se volvió de nuevo hacia él.

—¿Qué quieres enseñarme? —le preguntó.

Ella retrocedió por la habitación, un paradigma de carne —Walter pensó en sus antepasados y en cómo se inflamaban ante la mera visión de un tobillo—, y levantó un puño cerrado.

—Esto —dijo abriendo los dedos para mostrarle un grueso y amarillento porro. Esperó un instante, luego se desabrochó el sujetador y se quitó las bragas de leopardo—. Y esto —susurró.

«In de Pekel Zitten»^[6]

Pues bien, sí, una Van Wart y un Van Brunt estaban fornicando en aquel histórico entorno, pero tuvieron que pasar siglos para que ambas familias llegasen a tan democrática unión. Antaño, una cosa así habría sido impensable. Inexplicable. Tan absurda como el acoplamiento entre leones y ranas, o cerdos y peces. En los viejos tiempos, cuando Jeremias van Brunt se indignaba por los términos de su contrato, cuando la autoridad del patrón era tan incontestable y aquellos que trabajaban sus tierras estaban sólo un poco más alto en la escala social que los siervos rusos, lo más cerca que un Van Brunt había llegado a estar de un Van Wart había sido durante el incidente del *pogamoggan*, en el cual el antes mencionado Jeremias había amenazado con abrirle la cabeza al *jongheer*.

En aquella época el incidente pareció un serio desafío a las prerrogativas señoriales —casi un acto de insurrección—, pero con el curso de los años todo aquello se había olvidado. O al menos quedó cubierto con una o dos capas de barro, como un cadáver enterrado a toda prisa. Absorto en sus esfuerzos por mantener a su creciente familia y por detener las anárquicas fuerzas de la naturaleza que constantemente amenazaban con destruir la granja y hundirle de nuevo en la desesperada penuria que había conocido tras la muerte de sus padres, Jeremias apenas le dedicaba un pensamiento fugaz a su señor. De hecho, la única vez que llevaba a su mente al hombre que ejercía dominio sobre él y por cuyos sufrimientos se ganaba su pan diario y levantaba el tejado sobre su cabeza era en noviembre de cada año, cuando vencía la renta.

Durante las semanas anteriores a la fecha se levantaba en él una tormenta de furiosa rabia ante la injusticia de todo aquello, y el antiguo espíritu contumaz que en otro tiempo le alentara se erguía como un ave fénix de las cenizas de su satisfacción.

«¡Me iré! —gritaba— ¡Antes que pagarle a ese parásito hijo de puta del culo gordo un solo penique, empaquetaré hasta la última astilla de los muebles, hasta la última tacita y el último platillo, y volveré a Schobbejacken!» Y cada año Neeltje y los niños rogaban y suplicaban protestando, y el día quince, cuando Ter Dingas Bosyn llegaba en el carro del patrón, Jeremias se encerraba en la habitación del fondo con una botella de ron y dejaba que su mujer contara las monedas, los botes de mantequilla, los celemines de trigo y los cuatro gordos pollos que el patrón exigía con el vencimiento anual. Al día siguiente, cuando emergía, aplacado y con los ojos enrojecidos, renqueaba sin decir palabra hacia la era para reparar la puerta del establo

o levantar un nuevo tabique en el gallinero, donde los puercoespines lo habían agujereado.

Y por su parte, Stephanus, que había sucedido a su padre como patrón después de que la peste del 68 se llevase al viejo en un paroxismo de jadeos, estaba demasiado ocupado maniobrando en el consejo de los diez que asesoraba al gobernador (él era la luz que los guiaba), dirigiendo la compañía marítima que había heredado de su padre y educando a su propia familia para preocuparse por un ignorante miserable y sucio que estaba en un distante y desdeñable pedazo de tierra. Era suficiente con que el sucio miserable pagase su renta anual; un hecho que se registraba debidamente en los libros de cuentas del *commis* a año vencido. Por lo demás, por lo que respectaba a Stephanus van Wart, Jeremias se podía ir al diablo y volver.

Todo perfecto. Durante doce años los Van Wart y los Van Brunt siguieron sus propios caminos, y poco a poco, gradualmente, las heridas empezaron a cicatrizar y una tregua se estableció en el valle.

Pero si rascas una costra, aunque sea débilmente, sangrará.

Y así fue: en el verano de 1679, justo después del treinta cumpleaños de Jeremias, el padre de Neeltje, el temible *schout*, fue a visitar la granja de Nysen's Roost con un mensaje del patrón. Joost llegó a media tarde, después de pasar la mayor parte del día rondando las granjas vecinas. A los cincuenta años, estaba más jorobado que nunca, tan contorsionado que parecía como si balanceara la cabeza sobre el esternón, y el jamelgo que llevaba era tan huesudo, de lomo tan hundido y de tan mal carácter como su predecesor, el escasamente llorado *Donder*. Desde hacía tiempo Cats se había reconciliado con su fiero yerno (aunque cada vez que veía el *pogamoggan* colgado de su gancho junto al hogar, la sien izquierda le palpitaba y los oídos le empezaban a zumbar), y cuando Neeltje le pidió que se quedara a pasar la noche, aceptó.

Fue durante la cena —o más bien después de cenar, cuando Neeltje sirvió las tortas de anís y un fragante y humeante ponche de canela y vino— cuando Joost les dio las noticias. Toda la familia estaba reunida en torno a la grande y rústica mesa, que Neeltje había dispuesto con la porcelana vetada y la cristalería de Zutphen que había heredado al morir su madre. Jeremias —hirsuto, bigotudo, robusto y sin sombrero— arrastró su silla hacia atrás con un suspiro y encendió su pipa. Junto a él, en una larga y escalonada hilera, sobre el banco que cada año se volvía más corto, se sentaban los chicos: su sobrino Jeremy, de mirada bravía y pelo alquitranado, a punto de cumplir los quince años y tan lacónico que habría exasperado hasta a las piedras; Wouter, de once años y medio, la viva imagen de su padre; y luego Harmanus y Staats, de ocho y seis años respectivamente. Las chicas —todas tan esbeltas, con los ojos tan oscuros y tan guapas como su madre— se sentaban en el extremo de la mesa, alineadas junto a su abuelo. Geesje, que tenía nueve años, se levantó a ayudar a su madre. Agatha y Gertruyd tenían cuatro y dos años. Estaban esperando las tortas de anís.

—Como sabes, *yunker* —dijo Joost plantando el tabaco en la cazoleta de una

pipa de arcilla la mitad de larga que su brazo—, estoy aquí por asuntos del patrón.

—¡Ah! —exclamó Jeremias tan indiferente como si fueran noticias del emperador de la China—. ¿Y cuáles son esos asuntos?

—No gran cosa —dijo Joost entre fuertes chupadas a la boquilla de su pipa—. No gran cosa. La construcción del camino, nada más.

Jeremias no dijo nada. Geesje retiró los cuencos de peltre de los niños y los restos de la sopa de leche. Erguido e insondable, Jeremy Mohonk intercambió una mirada con Wouter.

—¿La construcción del camino? —repitió Neeltje dejando el cuenco de vino con especias.

—Ajá —contestó su padre chupando y soplando tan vigorosamente como si se hubiera zambullido en las heladas aguas del Acquasinnick—. Va a pasar el resto del verano aquí, en la casa señorial. Con un carpintero de Nueva York. Se propone arreglar las partes estropeadas de la casa, y supongo que no podrá convencer a su hermano de que venga desde Haarlem a hacerse cargo, pero tiene al hijo de Lubbertus, que ahora está en edad de trasladarse y formar una familia...

—¿Y a mí qué me importa eso? —preguntó Jeremias soplando y expulsando una nube de humo acre y negra.

—Bueno, de eso se trata, por eso he tenido que ir a ver a los arrendatarios. El patrón quiere...

Jeremias le interrumpió.

—Ya no hay patrón^[7]. Esto es una colonia inglesa.

Soplando, moviendo la mano condescendiente, Joost levantó la cabeza del esternón y continuó:

—Patrón, señor, ¿qué importancia tiene? En cualquier caso, él quiere que todos sus arrendatarios le dediquen cinco días de trabajo con sus yuntas. Quiere ampliar el camino desde el almacén de Jan Pieterse hasta la casa señorial, y desde allí a las granjas nuevas, en el lago Crom. Algún día pasará por allí el camino real, y el *mijnheer* quiere tenerlo cerca.

Jeremias dejó su pipa y bebió un poco de vino.

—No quiero hacerlo —dijo.

—¿No quieres hacerlo? —Los ojos de Joost se endurecieron. Contempló la furiosa cicatriz de la mejilla de su yerno, que se ruborizó y luego se volvió pálida otra vez—. No tienes elección —le dijo—. Está en tu contrato.

—A la mierda el contrato.

Siempre lo mismo. Jeremias nunca aprendería, nunca aceptaría, ni aunque le encerrasen en aquella celda durante cien años. Pero esta vez Joost no mordería el anzuelo. Esta vez las cosas eran distintas. Esta vez el renegado estaba sentado frente a él, era el marido de su hija, el padre de sus nietos.

—Pero el patrón... —empezó Joost controlándose, intentando hacerle razonar.

Estaba malgastando su aliento.

Jeremias dio un puñetazo en la mesa con un impacto que hizo saltar la porcelana y que asustó tanto a la pequeña Gertruyd que se puso a llorar.

—A la mierda el patrón —refunfuñó.

Durante aquel estallido de su padre, Wouter estaba sentado y silencioso, con la cabeza inclinada y los ojos en la bandeja de tortas de anís que había en medio de la mesa.

—Jeremias —le reprochó Neeltje con la voz suave y disciplinada que Wouter conocía tan bien—, sabes que es tu deber. ¿Por qué luchar contra él?

Las palabras apenas habían salido de sus labios cuando Jeremias se volvió hacia ella, como Wouter sabía muy bien, y le habló con un tono de obstinada disputa que subió rápidamente en la escala para explotar en una atronadora andanada contra el patrón, el gobernador, las rentas, los impuestos, el suelo pedregoso, la madera podrida, las termitas, las tijeretas y todo lo que le vino a la mente. Mientras él se inclinaba hacia ella, que retrocedió involuntariamente apartándose de la mesa, Wouter aprovechó para coger rápidamente unas cuantas tortas, se las metió en la camisa y le hizo un gesto de complicidad a Jeremy.

—¡Wouter ha cogido todas las tortas! —aulló el pequeño Harmanus, pero con el calor del momento nadie se dio cuenta. Mientras los dos cómplices se alejaban de la mesa y se deslizaban por la puerta, el abuelo Cats alzaba la voz a su vez, instándoles a que se calmaran, que por favor se calmaran.

Ni Wouter ni Jeremy pronunciaron una palabra mientras avanzaban por el camino hacia el arroyo de Acquasinnick en la penumbra del anochecer. Habían recorrido el camino en ambas direcciones tantas veces que la cifra se aproximaba al infinito, y aunque apenas había suficiente luz, se conocían cada hondonada, cada pendiente escarpada, cada hoyo, cada arista de roca como si la hubieran esculpido ellos mismos. En menos de cinco minutos estaban sentados en la lisa orilla del arroyo, escuchando el chapoteo de las truchas y la flatulenta queja de las ranas. Wouter se había hecho con seis tortas. Le tendió tres a su primo.

Durante largo rato se limitaron a masticar, mientras el agua esquivaba las rocas a sus pies con su rítmico flujo, los mosquitos cortaban el aire y los grillos chirriaban. Wouter rompió el silencio.

—Que me condenen si me voy a reventar la espalda por el patrón —dijo con una especie de gañido agudo y pensativo. Estaba en un estadio de su vida en que su padre era una pequeña deidad, reverenciado y sabio, incapaz de error, el propio oráculo de la verdad y la decisión. Si Jeremias le hubiera dicho que el queso sabía álgebra y que el arroyo fluía hacia atrás, él no lo habría dudado, aunque las apariencias demostrasen todo lo contrario.

Jeremy no dijo nada. Lo cual no era extraño, pues no hablaba casi nunca, aunque le preguntasen directamente. Era alto, moreno, con los miembros de un arácnido y la

prominente nuez de su progenitor, y aunque sabía holandés e inglés, declinaba el uso de ambas lenguas, y se comunicaba con gorgoteos, gruñidos y eructos, o en un elaborado lenguaje de signos de su propia creación.

—Ya sabes que *vader* no quiere hacerlo —dijo Wouter, que cogió una luciérnaga en el aire y se manchó con su fosforescencia, que describió un reguero verdoso en su antebrazo—. Él no es ningún esclavo.

La noche se hacía más profunda en torno a ellos. Hubo un chapoteo arroyo abajo, en dirección al puente. Jeremy no dijo nada.

—Tendremos que hacerlo nosotros, ya sabes —dijo Wouter—. *Vader* no lo hará, así que *moeder* y *grootvader* Cats nos lo harán hacer a nosotros. Como con la leña. ¿Te acuerdas?

La leña. Sí. Jeremy se acordaba. Cuando venció la renta el noviembre anterior y Jeremias se retiró refunfuñando a la habitación del fondo, no eran sólo las libras y los peniques, la mantequilla, el trigo y los pollos lo que exigía el patrón, sino dos cargas de leña por añadidura. «Ningún hijo mío —había espetado Jeremias—, ni sobrino...», pero su voz se había quebrado, y después de echar un trago de la botella había salido a la era para estar a solas con su indignación y su rabia. Neeltje, *moeder* Neeltje, se había ocupado de que Wouter, Harmanus y Jeremy talaran y cortaran la leña del patrón por él. Los tres —Harmanus tenía sólo ocho años y no lo hacía muy bien— trabajaron durante dos tardes amargamente frías, y luego tuvieron que enganchar la carreta de bueyes y conducirla a la casa señorial con la leña para calentar a la loca, vieja y esquelética madre del patrón, que había vivido allí desde que el viejo patrón estiró la pata. En noviembre había habido que cortar la leña. Ahora estaban en julio y había que ampliar el camino.

—Pues yo no pienso ir —gruñó Wouter—. Me da igual lo que diga *moeder*.

Aunque estaba sinceramente de acuerdo, Jeremy siguió sin decir nada.

Pasó un largo momento, y los sonidos nocturnos del bosque crepitaban en torno a ellos mientras a sus pies el agua caía aún con más fuerza sobre las piedras. Wouter arrojó un puñado de guijarros a las arremolinadas aguas, y luego se incorporó.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo—. Quiero decir, si viene el patrón.

La respuesta de Jeremy fue tan gutural y estrangulada, tan llena de chasquidos, gruñidos y pausas, que nadie excepto Wouter, su amigo del alma y su compañero de cama, habría entendido lo que había dicho. Pero Wouter lo comprendió tan claramente como si hubiera hablado en el más puro inglés o en el más elegante holandés, y en la oscuridad sonrió, confortado por su respuesta. Lo que había dicho su primo, en su arcano y contorsionado estilo, era esto: «Si el patrón viene, le ajustaremos las cuentas».

Inevitablemente, como las heladas en su estación, como el tizón del maíz o los hongos del pan, como el cuervo que acude a devorar al buey muerto o la mosca que

revolotea sobre la masa que crece dentro del molde, llegó el patrón. Llegó en balandro al embarcadero de la caleta de Jan Pieterse, y llevaba consigo a su mujer, Hester Lovelace (que, por una feliz coincidencia, era sobrina del hombre más poderoso de Nueva York, el honorable lord gobernador), sus cuatro hijos, los muebles de tres habitaciones, dos canastas de cacharros, una espineta y varios oscuros retratos de familia para animar la lóbrega atmósfera de la casa señorial. Pompey hijo, de dieciocho años, único descendiente masculino de la unión entre los esclavos domésticos del difunto patrón, Ismailia y Pompey padre, iba sentado a horcajadas sobre los cestos, pertrechos y muebles. Su hermana Calpurnia, una chica de piel clara con algo del viejo patrón en la forma de su nariz y la extraña y espasmódica asimetría de sus miembros, cuidaba de que los tres hijos pequeños del *mijnheer* no se ahogaran y trataba de satisfacer las necesidades de peluquería de Saskia, la etérea hija del patrón, de diez años de edad.

Stephanus fue recibido en Blue Rock por un Jan Pieterse más gordo, más viejo y considerablemente más rico, así como por una delegación de lentos granjeros con calzones bombachos, briznas de paja en el pelo y pipas de arcilla en el bolsillo. Su factótum, un hombre rastrero que se movía incesantemente como una serpiente de cascabel, de nombre Aelbregt van den Post, se ocupó de transportar la carga del balandro a las dos carretas que habían traído, dispuestas para recibir al patrón y sus efectos. Reuniendo toda su vigorosa energía, Van den Post, de quien se decía que había sobrevivido a un naufragio en el cabo Ann agarrado a un mástil y comiendo medusas durante tres semanas, se sumió en la tarea como un hombre desesperado. Se deslizaba de un lado para otro por la gran losa de roca, gritando órdenes a la aletargada tripulación del balandro, dándole la mano a la esposa del *mijnheer* desde la pasarela de embarque hasta la carretera, enganchando los caballos, abofeteando al desventurado carpintero por rezagarse con sus herramientas, castigando a Pompey, reprendiendo a los niños y arreglándoselas a intervalos para seguir al *mijnheer*, haciéndole fiestas y reverencias como un lisonjero spaniel. Cuando todo estuvo listo, el patrón y su familia siguieron adelante en la carreta ligera, con Pompey a las riendas. Van den Post y el carpintero, inclinados sobre un par de malolientes bueyes en el rudo asiento de madera de la carreta más pesada, llena hasta los topes, cerraban la marcha.

El patrón estaba ansioso por llegar a la casa. La había visitado durante la primavera y había quedado impresionado por el deterioro del lugar; los molinos se habían desmoronado, las granjas estaban derruidas, la propia casa se hundía en la tierra como un barco a punto de irse a pique. Mala administración, ésa era la causa. Eso, y sus propias preocupaciones en otros lugares. ¿Cómo podía esperar que sus arrendatarios avanzaran con rapidez si no había nadie que los amenazara con el látigo?

Bien, todo aquello iba a cambiar.

Pensaba quedarse a vivir en la casa señorial hasta que cambiara el tiempo, atando

corto a sus arrendatarios y poniendo las cosas en orden para poder instalar allí al zopenco de su primo sin tener que preocuparse de que naufragase y se arruinase. En el plazo de una década quería aquella casa para su hijo mayor, Rombout, y cuando él, Stephanus, muriera, la actual casa de la administración —y la granja de Cats— pasaría a Olofffe, su hijo mediano, y a Pieter, el más joven. Pero ahora él estaba allí con su familia para vivir bajo el tejado de la buena y antigua mansión de piedra que su padre y su tío habían levantado no hacía treinta años, y pensaba poner en ello toda su energía. El viejo Ter Dingas Bosyn, el *commis*, cuidaría de la casa de la administración y de las mercancías que llegarían de Rotterdam a final del mes, y tenía a Cats para que se encargara de los asuntos de Croton. Y además, tampoco era como si se fuera a exiliar en una isla desierta o algo así, pues, si surgía algún problema, la casa de la administración estaba a media jornada a caballo.

Tardó una semana en instalarse. Su madre, que había estado viviendo allí sola, era fría e irascible, y él se pasó los primeros días intentando convencerla de que no pensaba enviarla a sufrir el martirio entre los salvajes del bosque. Luego estaba *vrouw* Van Bilevelt, el ama de llaves, que se tomaba cada sugerencia como una afrenta personal, miraba a Pompey y a Calpurnia como si fueran unos caníbales disfrazados de holandeses, y discutió ásperamente acerca de cada taza, salsera y pieza de mobiliario que Hester llevó a la casa. Y por último, estaba la escabrosa cuestión de los De Vries. Eran ellos —Gerrit Jacobzon De Vries, su mujer y sus dos hijos cretinos— los que se habían encargado de la granja durante todos aquellos años, y lo habían hecho muy mal. Ya en la primera noche, después de cenar anguila asada y col chamuscada por despecho por una *vrouw* Von Bilevelt de mirada asesina, Stephanus convocó a Gerrit de Vries al salón principal. Empezó diciéndole lo mucho que apreciaba el largo y honorable servicio que Gerrit les había prestado a él y a su padre, le resumió sus planes para la casa señorial y el molino, y terminó ofreciéndole una nueva granja un poco más allá de la de los Van der Meulen, en las mismas condiciones en que se la habría ofrecido a todo posible arrendatario: una ayuda para los materiales de construcción, ganado y aperos de labranza, la condición de que todas las mejoras quedarían para el patrón y una renta anual que vencía en noviembre.

De Vries se quedó mudo. Enrojeció. Dio vueltas al sombrero con sus rudas manos. Por fin tartamudeó en su rústico holandés:

—¿Qui-quie-re usted decir empezar de nuevo?

Mijnheer asintió.

El resto fue muy sencillo. De Vries escupió en el suelo y el patrón hizo que Van den Post le acompañase a la puerta. A la mañana siguiente, después de trece años en la casa señorial, los de Vries se marcharon.

Una vez que todo estuvo en orden, el patrón puso a Van den Post a trabajar en la granja, y ordenó al carpintero que hiciera un nuevo techo para la casa y que transportara piedras para la estructura de dos pisos que iba a aumentar la superficie de

la casa a más del doble de la actual. Luego concentró sus pensamientos en la construcción de nuevos caminos. Y en la ampliación de los ya existentes.

Fue una agradable mañana de agosto, cuando las moras empezaban a madurar en los bosques, el maíz crecía alegremente en los campos y los cangrejos se arrastraban de la bahía a la olla, la escogida por el patrón para convocar a sus arrendatarios a realizar la prestación que le debían. A las ocho de la mañana estaban allí, reunidos frente a la casa con sus carretillas y sus yuntas, sus hachas, azadas y rastrillos. El patrón, ataviado con calzones amplios y un justillo de seda sin mangas, y montado en el reluciente caballo *Narragansett* que el *schout* le había traído de Croton, saludó a cada uno de ellos con un altivo movimiento de cabeza: primero a los Van der Meulen, el viejo Staats y su hijo Douw, que ya arrendaba su propia granja, acto seguido a los Crane, a los Ten Haer y al hijo de Reinier Oothouse, que se había hecho cargo de la granja después de que el *delírium trémens* malograra el cerebro a su padre, y finalmente a los Lent, los Robideau, los Musser y los Sturdivant.

En total había unas doscientas personas que vivían en las propiedades de los Van Wart, incluyendo la casa señorial y la de la administración; la mayoría de ellos se apiñaban a lo largo del Hudson, en Croton, o estaban desperdigados por el interior a lo largo del río Croton. Más arriba, en el margen norteño de la propiedad de Stephanus, sólo había diez granjas bajo cultivo, y con un total, según el último recuento, de cincuenta y nueve almas, sin contar, desde luego, al andrajoso grupo de *kitchawank* de Indian Point ni a los veintiséis sujetos libres de la corona que vivían en la caleta de Pieterse, en tierras que el comerciante les había vendido por un precio cincuenta veces superior al que había pagado por ellas. Diez granjas. Es decir, cuatro veces más de las que había en tiempos de su padre, pero al *jongheer* le parecía que eso no era nada. No tenía ni para empezar.

Había ido comprando tierras hacia el este a una degenerada tribu de Connecticut, y hacia el sur a los indios *sint sink*. Y con un hábil reclutamiento entre los ofuscados y mareados inmigrantes que se tambaleaban al desembarcar en la Battery con poco más que el viento a sus espaldas y la nariz tapada, había conseguido encontrar arrendatarios para las mejores parcelas de Croton. Y encontraría más, un centenar más, para roturar las tierras vírgenes que aún quedaban. Lo que se proponía, nada más y nada menos, era amasar la mayor propiedad de toda la colonia, una propiedad señorial que hiciera parecer huertos las grandes heredades de Europa. Se había convertido en su obsesión, en un deseo abrumador, y era lo único que le hacía olvidar las calles pavimentadas, las silenciosas tabernas, la música, el arte y la sociedad de Leyden y de Amsterdam. Miró por encima de las curtidas caras de los granjeros que habían acudido a construirle un camino —un camino que atraería enjambres de agradecidos campesinos río arriba para talar los árboles, quemar los tocones y remover la tierra—, y, por un instante, se imaginó cómo sería todo aquello. Las colinas cubiertas de trigo, las cebollas brotando en los pantanos, calabazas, coles y calabacines apilados como riquezas, como oro...

Pero entonces uno de los granjeros se aclaró la garganta y habló en voz alta. La visión se desvaneció. Era Robideau, un amargado y curtido francés que había perdido una oreja en una desastrosa camorra en la puerta de la taberna Ramapo, que, por cierto, había ardido misteriosamente una semana después. Robideau estaba sentado en lo alto del rudo asiento de madera de su carreta, con los ojos entornados y brillantes, y apartaba con el látigo las moscas que se posaban en los llagados cuartos traseros de sus bueyes.

—¿Y qué pasa con Van Brunt? —dijo—. El de la pata de palo. ¿Dónde está?

¿Van Brunt? Por un momento el patrón se quedó confundido, pues había intentado suprimir el recuerdo de aquel antiguo e indecoroso enfrentamiento con tanto éxito que había olvidado la existencia de Jeremias. Pero al cabo de un momento volvió a aquel miserable cobertizo: el *schout* yacía en el duro suelo de tierra y Jeremias van Brunt le estaba desafiando, retándole con una ruda arma aborigen, y la esbelta y bonita Neeltje le miraba con sus ojos oscuros desde su lecho de pecado. «Usted no posee a Neeltje —dijo Jeremias—. Y tampoco me posee a mí».

—¿Qué pasa? ¿Acaso recibe tratamiento especial por estar casado con la hija del *scout*?

Van Brunt. Sí. ¿Dónde demonios estaba? Stephanus se volvió al *schout*, que había acudido desde Croton la noche antes para supervisar el trabajo de la carretera.

—¿Y bien? —dijo.

Cats estaba jorobado casi hasta el suelo cuando se arrastró hacia delante para presentar sus excusas.

—No sé dónde está, *mijnheer* —dijo con una voz tan entrecortada y reacia que parecía amordazar cada palabra—. Le informé, y... me dijo que vendría.

—¿Ah, sí? —El patrón se inclinó hacia delante en su silla, con los grandes e hinchados pliegues de sus calzones envolviendo las medias, los escarpines de hebilla y también los estribos—. Muy generoso por su parte. —Y entonces, enderezándose de forma que se encumbraba por encima del *schout* como un monumento ecuestre que hubiera cobrado vida, maldijo con tal vileza y tal énfasis que el joven Johannes Musser se llevó una mano a la boca, y la señora Sturdivant, la mujer más valiente de Van Wartwyck, estuvo a punto de desmayarse—. Le quiero aquí dentro de una hora —dijo hablando entre los apretados dientes—. ¿Entendido?

Había transcurrido la mitad del día, y el patrón se hallaba en un estado de rabia cercano al ataque de apoplejía, cuando por fin la carreta de los Van Brunt, arrastrada por un par de macilentos, desdentados y medio cojos bueyes, apareció por la curva y se acercó al grupo de trabajadores con paso soñoliento. Joost Cats, montado en su rocín e inclinándose tanto que parecía como si fuera a dar de bruces en el barro, iba renqueando junto a la carretera. El patrón levantó la vista furiosamente, luego se volvió al primer granjero que tenía a mano —el joven Oothouse— e inició una animada charla acerca del estiércol, del pescado desecado o de alguna otra nimiedad. No estaba dispuesto a darle a Van Brunt la satisfacción de pensar que él, Stephanus

Oloffte van Wart, señor de la propiedad, patrón, magnate naviero y miembro del consejo asesor del gobernador, podía experimentar siquiera la más leve ansiedad por averiguar el paradero de una criatura tan insignificante como él.

Los trabajadores —hombres y mujeres, incluyendo a una reanimada señora Sturdivant— habían limpiado y nivelado el camino exterior frente a la casa del patrón, y ahora estaban disfrutando de su descanso de mediodía, el *noen*. Se repantigaban a la sombra, utilizando el círculo de un árbol talado como mesa, masticando duro pan negro, tocino frío y queso. Uno de ellos —Robideau, por el aspecto de sus medias y zapatos— dormitaba como un bendito bajo un arbusto de moras, con un pañuelo blanco sucio extendido sobre la cara. Mientras el patrón escuchaba al joven Oothouse alabar las virtudes del estiércol, vigilaba cada movimiento de las ruedas de la carreta que avanzaba tras él, cada jadeo y gemido de los resollantes y viejos bueyes. Por fin, con un penoso chirrido de los ejes, la carreta se detuvo a sus espaldas.

Levantando la nariz y volviéndose con toda la imperiosa dignidad de que pudo hacer acopio, el patrón se preparó para ser apaciguado, para que la propia presencia de Van Brunt —aunque fuese reacia y tardía— demostrara positivamente que sí, que él le poseía igual que poseía al resto de aquellos pobres destripaterrones, y que su palabra era la ley, el desahucio y la proscripción sus prerrogativas. Se volvió, pero lo que vio no era lo que esperaba. No era Van Brunt el que se inclinaba sobre las riendas, era un chico, un mestizo, con la mirada nebulosa de un deficiente mental. Y junto a él había otro chico, más joven, más débil, más delgado, la clase de chico al que se envía a coger castañas, no a construir carreteras.

—Yo... yo... —Cats intentaba decir algo. El patrón le lanzó una mirada salvaje—. Lo siento, pero mi yerno, es decir, el granjero Van Brunt está eh... indispuerto, y él eh... ha enviado a su...

—¡Silencio! —estalló el patrón—. Le he ordenado —rugió avanzando hacia el encogido *schout* sobre las enormes pantuflas en forma de barca que llevaba para proteger sus escaupines del barro del camino— que le trajera aquí, ¿no es verdad?

—Sí, *mijnheer* —dijo el *schout* quitándose el sombrero y dándole vueltas con las manos. Tenía la vista puesta en los pies—. Pero como él está enfermo...

Fue entonces cuando el chico habló. El más pequeño, el blanco. Su voz era tan alta, chillona y discordante como un flautín mal tocado.

—No es verdad, *grootvader* —dijo levantándose. Se volvió para encararse al patrón con la mayor frescura— Simplemente no quiere venir. Ha dicho que está ocupado. Ha dicho que ya ha pagado su renta. Ha dicho que él es tan hombre como pueda serlo usted.

El patrón no dijo nada. Les volvió la espalda, se arrastró hacia el caballo, se sacudió las pantuflas y se hundió en la silla. Luego se acercó al joven Oothouse.

—Tú —gruñó—. Ve a buscar a *heer* Van den Post.

Todo el mundo, incluso la señora Sturdivant, que estaba zampándose un pastel de

carne del tamaño de un balón de fútbol, se volvió a mirar cómo se iba. Nadie se movió ni dijo una sola palabra hasta que volvió.

El joven Oothouse, un muchacho indolente con tendencia a la gordura y de lentos andares, fue corriendo durante todo el trayecto, y cuando apareció en la curva del camino estaba colorado y el sudor caía a chorros por su cara, mientras Van den Post trotaba ágilmente a su lado. En un instante Van den Post estuvo de pie ante el patrón, mirándole con firmeza por debajo del ala de su sombrero de pico.

—¿Sí, *mijnheer*? —dijo con un leve jadeo.

Desde su elevada posición en el caballo, el patrón habló con voz fría e irritada.

—Aelbregt, quítele a *heer* Cats el sombrero de pluma y el espadín de plata que son propios de su oficio, los cuales a partir de ahora llevará usted. —Luego, dirigiéndose a Joost, que seguía de pie, ofuscado, mientras Van den Post le cogía el espadín, le dijo—: *Heer* Cats, volverá a su granja.

Todo el mundo siguió sin decir una palabra, pero la conmoción se reflejaba en sus caras. Porque Joost Cats había sido *schout* desde siempre, y verle desposeído así de su cargo era inimaginable, imposible.

Un momento después, sonriendo como un tiburón, Van den Post estaba de pie ante su patrón con el sombrero de pluma y el espadín, esperando más instrucciones.

—*Heer schout* —dijo Stephanus elevando la voz para que todos pudieran oírle—, llévese a esos dos renegados —señaló a Wouter y a Jeremy Mohonk— y confínelos en el sótano de la casa bajo los cargos de impertinencia y sedición.

Esto provocó un murmullo de protesta de los granjeros, particularmente de Staats van der Meulen, furioso y erguido entre las migas de su almuerzo. Alguien estornudó y los bueyes resollaron. Los ronquidos de Robideau hendían el aire inmóvil. Nadie se atrevió a hablar.

—Y cuando acabe, quiero que cabalgue hasta Nysen's Roost e informe al arrendatario, a ese tal Jeremias van Brunt —aquí el patrón se detuvo para mirar amenazadoramente las caras reunidas bajo los árboles—, que a partir de ahora se acabó su arrendamiento. ¿Entendido?

Van den Post prácticamente se contorsionó de placer.

—*Ja* —dijo relamiéndose los labios—. ¿Le expulsamos esta noche?

Lleno de rabia, ira y resentimiento, Stephanus estuvo a punto de decir que sí. Pero el espíritu pragmático prevaleció en su interior, y se detuvo, pensando en la cosecha.

—En noviembre —dijo al fin—. En cuanto haya pagado su renta.

Grand Union

Un centímetro más alto, con cuatro kilos menos y las hundidas mejillas enterradas bajo la cerdosa barba sin afeitar del profeta o el loco, Tom Crane, autoproclamado héroe popular y santo de los bosques, se abrió camino por los frescos y umbríos pasillos del supermercado Grand Union de Peterskill, empujando alegremente un carrito. Era pleno verano y él iba vestido de acuerdo con la temporada, con sandalias de cuero mexicanas, un par de rotos pantalones acampanados tan anchos que podían servirle de manta, una camiseta teñida que reproducía una diana de tiro con arco en tres tonos de magenta, y varios fulares, cintas para el pelo y trozos de cuero colgando, rematando este abigarrado conjunto una mezcolanza agitanada de cuentas, anillos, ojos del dios Cocopah, signos de la paz de peltre, chapas del Poder Negro y plumas. En contraste, el carro parecía casi espartano. Estaba maravillosamente libre de los vistosos y relucientes paquetes de los más nuevos y enriquecidos productos que lanzaban contra el pobre consumidor aquellos perros de presa al servicio de los traficantes que sólo buscaban ganar dinero, es decir, los ejecutivos de publicidad de Madison Avenue. El santo del bosque no estaba dispuesto a dejarse engañar por colorines ni por falsas promesas; él iba sólo a por los alimentos básicos, es decir, a por los alimentos básicos vegetales envueltos en papel y sin refrigerar.

Es que en la cabaña, donde los roedores susurraban en los aleros y delicadas moscas iridiscentes se posaban sobre los platos sucios, la despensa estaba vacía, y aunque su huerto producía todo el colirrábano, col china y remolacha que podía desear, le faltaban algunos productos básicos: judías pintas, arroz moreno, levadura en polvo y brotes de soja. También necesitaba jabón y combustible para el fogón, flor de hisopo y brochetas japonesas de pescado. Aquella mañana, al ir a prepararse el desayuno, se encontró con que no tenía con qué acompañar las tostadas, el té sabía a agua —había usado las hojas trece veces— y no tenía leche condensada para las gachas. Comprendió que se había pasado de rosca. Así que se fue de compras. Silbando una animada versión de *Seventy-six Trombones* en la que intentaba armonizar los sonidos del órgano de campanas y del cencerro, asustó a las viudas de ojos acuosos que esperaban en la carnicería, pellizcó uvas, trotó arriba y abajo por los pasillos, cascabeleó como un molinete y esparció por doquier el peculiar hedor a hojas podridas que parecía acompañarle; era el ser más feliz que podía encontrarse entre Peterskill y Verplanck.

¿Feliz? Sí. Porque ya no era el duro, célibe y monástico santo que había sido

durante tanto tiempo. Ahora las cosas eran distintas, radicalmente distintas: ahora tenía una compañera de casa. Un alma gemela. Un amor con quien compartir su popurrí vegetal y su cazuela de judías verdes, y que colgara sus calcetines en el tendal cuando el sol atisbaba a través de la sombrilla boscosa para calentar las musgosas orillas del arroyo Blood. Era aquel amor lo que le volvía dichoso, embelesado, incluso tonto, aquel amor lo que le hacía dar cabriolas en el aparcamiento como Herbert Pompey cuando flotaba por el escenario de La Mancha, o besar a la vieja señora Fagnoli cuando salía del coche en la oficina de correos. Tom Crane había pasado de la santidad al éxtasis.

También era feliz por otras cosas. Por una parte, en la revisión médica para el servicio militar había sido declarado inútil por tercera y definitiva vez. Demasiado flaco. Había ayunado durante todo el mes de junio (de ningún modo iba a convertirse en herramienta de los capitalistas opresores, ni a tomar las armas contra sus hermanos revolucionarios de Vietnam) e hizo tambalearse la escala de la oficina de reclutamiento con un metro ochenta y ocho de altura y sólo cincuenta y seis kilos y medio de peso. Ahora ya no tendría que escapar a Canadá o Suecia ni pasar por los apuros de simular un suicidio. Y para completar su alegría, en el mismo día en que le habían declarado inútil, las abejas llegaron a su vida. Cuarenta colmenas. Puestas a la venta por un decrepito y viejo derechista arruinado en Hopewell Junction por una miseria, una fracción de lo que valían realmente. Ahora las tenía Tom. Abejas. ¡Qué idea!: ellas hacían todo el trabajo y él recogía el beneficio. Era como la gallina de los huevos de oro. Lo único que tenía que hacer era recoger el material, colarlo, ponerlo en los viejos botes de conserva de cristal que había encontrado en el sótano de su abuelo y venderlos junto a la carretera, tras decorar cada bote con una etiqueta adhesiva de a veinticinco centavos el rollo con la leyenda: ORO DE TOM CRANE, en la mejor caligrafía de Jessica.

Y luego, como si toda aquella catarata de bendiciones no fuera bastante, estaba el *Arcadia*.

Desde que dejó Cornell, había llevado una existencia sin objetivo, sin compromiso, solitaria, cultivando su marihuana y rodeado de estiércol de cabra, yendo de una plácida escena a otra, como una castaña de agua que se deja llevar por la corriente hasta que se encuentra el sitio adecuado para arraigar. El *Arcadia* fue como un ancla para las raíces de Tom. Si Dios existiera, y hubiera bajado de los cielos para buscar entre todas las ocupaciones posibles la que fuera capaz de entusiasmar a Tom, de ser para él su verdadera, su única, su trascendental misión, ésta habría sido el *Arcadia*.

La primera noticia la tuvo en la reunión de abril de la Liga de Protectores de la Flora de los Pantanos de Manituon-Hudson. El conferenciante de aquella tarde era un pequeño, barbudo y aporreador de atriles apologeta de la Fundación Arcadia, el cual, entre porrazo y porrazo, hizo un resumen de la historia de la novata organización, lanzó una diatriba contra los que polucionaban y expoliaban el río,

distribuyó boletines de inscripción y pasó el sombrero (de copa baja y ala ancha, por cierto) para recoger los donativos. Y lo que es más, mostró diapositivas del propio *Arcadia*, creado y hecho realidad por la imaginación de Will Connell.

Al parecer, Will, el rudo y radical cantante folk y amigo de la tierra cuya voz se había alzado sobre los pastos de vacas de Peletiah Crane en aquel infame día de 1949, había tenido un sueño. Una visión. Una visión con suaves brisas, días apacibles, velas, obenques y muelles de madera de teca. Había estado leyendo un viejo y estropeado tomo (*Por el río Hudson bajo las velas*, de Preservation Crane, Nueva York, 1879) que trababa de los días en que el río estaba lleno de chalupas holandesas de casco plano y ancho que fueron desplazadas por la máquina de vapor, y de pronto el *Arcadia* zarpó de los neblinosos arcanos de alguna antigua saloma alojada en su cerebro. Aquella misma tarde se colgó la mandolina a la espalda e hizo autostop hasta la casa de Sol y Frieda Lowenstein, en Scarsdale.

Los Lowenstein eran comunistas que habían capeado la era de McCarthy y luego habían hecho su agosto en la industria discográfica. Durante mucho tiempo fueron amigos y adalides de Will y su música, conocidos por su generosidad en apoyo de causas dignas. Will se dejó caer en el sofá de lino blanco del salón de los Lowenstein, tocó una o dos canciones con la mandolina y se preguntó en voz alta por qué en el Hudson ya no había aquellas viejas chalupas de transporte, como las que se ven en los oscuros óleos y daguerrotipos de algunos bares con nombres como «El barco amarrado» y «La posada del prestamista». Ya sabéis, dijo, esos barcos grandes y silenciosos, con velas blancas, que le hacían a uno sentirse bien en el río. Y les enseñó algunos grabados del libro de Preservation Crane. Sol y Frieda no lo sabían, pero estaban dispuestos a gastarse su dinero para hallar la respuesta. El resultado fue la Fundación Arcadia, con ochocientos sesenta y dos miembros, una organización benéfica, que permitía a sus socios desgravar impuestos, dedicada a limpiar el río, a salvar los esturiones, el águila pescadora y la flora del pantano, y el propio *Arcadia*, con sus treinta y dos metros de eslora, una réplica de las viejas chalupas que recorría el río de arriba abajo difundiendo la buena nueva. La botadura, desde un astillero de Maine, se fijó para el 4 de julio.

Tom estaba electrizado. Era como si todas las desperdigadas piezas de su vida se hubieran unido en un momento de inspiración. Ya tenía un objetivo que alcanzar, una consigna, un estandarte, una *raison d'être*: ¡Salvad el río! ¡Salve, *Arcadia*! ¡Poder para el pueblo! Ya tenía una forma de protestar contra la guerra, de manifestar su credo extraterrestre-vegetariano-no-violento-hippy, clavarle una espina al sistema y limpiar el río, todo de un plumazo. Era demasiado perfecto. El contacto con Will Connell se remontaba a los primeros tiempos de la lucha que había consagrado la tierra donde se erguía la cabaña, y la connotación ecológica era el corolario de su trabajo en Con Ed: con su experiencia, su sentido común y su pericia podía subir a bordo del *Arcadia* como miembro de la tripulación, ¡quizá incluso como capitán! Las luces fluorescentes chisporroteaban por encima de su cabeza, el hombrecillo alzó el

puño a modo de exhortación, y de golpe Tom se vio a sí mismo al timón, adalid de las humildes percas y rémoras, azote de los contaminadores y los explotadores, de los militaristas y los asesinos, mientras el glorioso barco de alto mástil navegaba río arriba como una nueva arca de Noé, bastión de la rectitud, la bondad y la luz.

Aquella misma noche se hizo socio. A la mañana siguiente se despidió de su trabajo de dos días a la semana en Con Ed (¡se acabó el olor a formol!) y lanzó el Packard hacia South Bristol, Maine, donde encontró el *Arcadia*, y se ofreció voluntario como carpintero, ajustador, lavaplatos y chico para todo. Estaba a bordo durante la botadura, fue uno de los tripulantes en el viaje hasta Nueva Inglaterra, y dentro de dos semanas —¿sólo dos semanas?— subiría a bordo para una travesía de un mes como segundo oficial.

Demasiado, demasiado, demasiado. Sólo de pensarlo —todo el amor, la libertad, las abejas y la chalupa— daba brincos como un loco por el Grand Union. De hecho, estaba haciendo juegos malabares con dos naranjas y un aguacate, mirándose las manos y abriendo gradualmente el perímetro de su arco, cuando levantó la vista y vio a Walter ante él.

Fue un auténtico shock. Su buen humor se evaporó, su concentración se rompió. Una de las naranjas se desvió hacia la derecha y desapareció en una bolsa de brotes de soja; la otra aterrizó a sus pies con un golpe seco. Walter recogió el aguacate.

El santo resolló, balbuceó dos o tres frases tontas del tipo «¿Hola, tú, cómo...?», e inadvertidamente empujó el carro sobre los dedos de su pie derecho:

Walter no le dijo nada. Se quedó parado, sonriendo débilmente, como el profesor sagaz ante un alumno torpe. Para asombro de Tom, iba vestido con zapatos de cordones, camisa Arrow, un traje de verano color crudo y corbata estampada. Estaba moreno, guapo, en buena forma, y se mantenía erguido y recto sobre sus pies inertes como un hombre que nunca hubiera conocido la violencia del bisturí del cirujano.

—Tom Crane —dijo al fin, sonriendo más ampliamente y mostrando sus fuertes y blancos dientes—. ¿Cómo coño estás? ¿Todavía vives en la cabaña?

Tom estaba bien. Y sí, todavía vivía en la cabaña. Y aunque su expresión no lo demostraba —ni sentía la menor alegría interior—, se alegraba de ver a Walter. Al menos, eso se oyó decir, con palabras que goteaban de su boca como si él fuera una sonriente y pequeña marioneta y otro se encargara de hacerle hablar.

—Me alegro de verte.

—Yo también —dijo Walter—. Ha pasado un montón de tiempo.

Durante un momento los dos consideraron el peso de aquella observación, mientras unos compradores extrañamente silenciosos se deslizaban junto a ellos, cada uno atado a su propio carrito. Tom se agachó a por la naranja chafada, y la estaba reinsertando subrepticamente en la pirámide expuesta cuando Walter le hizo una pregunta que ya se temía:

—¿Has visto a Jessica últimamente?

Ahora bien, aunque el nombre del amor mencionado más arriba no había sido

revelado hasta el momento, la identidad de la chica tampoco podría producir sorpresas. Ese amor era, por supuesto, Jessica. ¿Por quién, si no, había suspirado silenciosamente el santo durante toda su miserable vida, o al menos durante años? ¿Con quién, si no, había soñado con casarse incluso cuando Walter le deslizó el anillo en el dedo y el cielo del exterior de la cabaña se volvió tan oscuro y turbulento como sus propios tempestuosos sentimientos? ¿Quién, si no, se había sentado entre Walter y él en el cine mientras él ardía en deseos de cogerle la mano, besarla en el cuello, susurrarle al oído? ¿Acaso podía contar las veces que había permanecido sentado traspuesto de lascivia mientras ella se probaba ropa en una tienda de moda, se relamía chupando un doble cucurucho de helado de chocolate o leía en voz alta para él pasajes de *Franny y Zooey* o *The Dharma Bums* con su voz dulce y titubeante de niña? ¿O las veces que se había imaginado su suave, esbelto cuerpo desnudo, con su coñito rubio, tendido junto a él en su mohoso lecho de ermitaño...?

Jessica. Sí, Jessica.

Herida, desconcertada, desorientada, presa de súbitos ataques de estornudos y moqueo, temblorosa y resentida, había acudido a él, a su querido y viejo amigo platónico, en busca de consuelo. Y Tom se había aplicado a la tarea, preparándole quimbombó frito y arroz moreno con zanahoria rallada y piñones en la paz de una noche de invierno o de una mañana de primavera, o en las prolongadas y relajantes tardes de pleno verano en la cabaña, con pájaros, luciérnagas, el croar de las ranas enamoradas, la tranquilidad intemporal que se extiende más allá de las hileras de farolas y las calles pavimentadas. ¿Qué podía decir? Una cosa llevó a la otra. El amor floreció.

Walter estaba loco. Walter estaba lisiado. Walter era un ser lúgubre, exaltado, avieso. En su éxtasis, en su felicidad celosamente guardada, el santo del bosque olvidó por completo a su viejo amigo y compañero del alma. Walter se había pasado al otro bando —trabajaba con aquel fascista de Van Wart, no para él, sino con él—, y después de todo, ¿acaso no era como si él la hubiera rechazado? La había humillado, la había echado a patadas como si fuera basura. No, Tom Crane no sentía ninguna culpa, ni una pizca. ¿Por qué iba a sentirla? Pero con todo, mientras miraba desconcertado el pelo cortado a navaja y las bien rasuradas patillas de Walter, sólo podía pensar en Jessica, que estaría metiendo ropa interior, sábanas y tejanos sucísimos en alguna lavadora de la lavandería de la puerta de al lado, y más concretamente, en el hecho de que en cualquier momento aparecería para reunirse con él.

—¿Je-Jessica? —tartamudeó contestando a la pregunta de Walter—. Sí. No. Bueno, dejé aquel trabajo en Con Ed, ¿te lo dije?

La sonrisa de Walter se borró. Todavía quedaba algo de ella en los ojos, pero había fruncido los labios y enarcado las cejas por la sorpresa.

—Sí, aquel con Jessica, en Indian Point...

—No, no lo sabía —murmuró Walter volviéndose a escoger una ciruela de una

cesta; la oscura y magullada fruta parecía una extraña moneda en su mano—. Me... preguntaba si... ya sabes, qué tal está y todo eso.

El santo del bosque echó un nervioso vistazo al pasillo, más allá de las cajas registradoras, las encorvadas cajeras, los mozos que acarreaban las cajas con aire desgarrado y las impacientes amas de casa, hasta la puerta automática. Era simplemente una puerta de supermercado corriente —un lado para entrar, otro para salir—, pero de pronto había adquirido un aspecto infernal.

—O sea que no la ves a menudo, ¿eh? —dijo Walter dejando caer un puñado de ciruelas en una bolsa de plástico. Tom advirtió que se estaba apoyando en el carro, utilizándolo como una anciana de caderas inmóviles utilizaría un andador de aluminio.

—Bueno, no, yo no diría eso... —Respiró profundamente. ¡Qué coño!, pensó, podía decírselo perfectamente. De todas formas, tarde o temprano se iba a enterar—. Lo que quiero decir es... eh... —pero ¿por qué estropear una hermosa tarde?—, ¿sabes?, creo que me he dejado la cartera en el coche y debería, eh..., bueno...

Pero era demasiado tarde.

Allí estaba Jessica, deslizándose por la puerta como un cuadro vuelto a la vida, como Miss América pasando ante las alicaídas concurrentes que habían quedado segunda, tercera y cuarta, con el pelo brillante, aquellos andares perfectos y sus rodillas doradas. Vio la suave sonrisa de anticipación en sus labios, contempló el gracioso movimiento de su cabeza mientras examinaba los pasillos buscándole, luego la plena flor de su sonrisa cuando le descubrió y le saludó con la mano. Él no le devolvió el ademán, sólo pudo asentir con la cabeza y forzar sus labios a abrirse sobre sus encías en una paralizada sonrisa. Parecía que los hombros se le hundieran en el pecho.

Walter todavía no había alzado la vista. Estaba manipulando un recalcitrante racimo de plátanos, un tanto inestable sobre sus pies, esperando la continuación de lo que Tom había dicho de su cartera. Jessica estaba a medio camino del pasillo, entre las berenjenas y las calabazas, cuando le reconoció. Tom vio cómo su expresión se aturdí y cómo le afluí la sangre, ruborizándola. Hubo confusión —no, pánico total— en sus ojos, vaciló, casi tropezó con un chaval regordete de unos seis años de cuya boca sobresalía un caramelo Sugar Daddy como una segunda lengua. Tom intentó darle calor con su mirada.

Entonces Walter miró a Tom y vio que estaba mirando a otra persona.

—¡Jessica! —exclamó Tom intentando inyectarle a su voz toda la sorpresa que podía—. ¡Precisamente estábamos... estábamos hablando de ti!

Walter se quedó rígido. Se agarró al carrito con tanta fuerza que los nudillos se le volvieron blancos, y empezó a acunar los plátanos como si estuviesen vivos. Jessica avanzaba hacia ellos, torpemente, como si fuera demasiado alta y desgarrada; llevaba los brazos y las piernas desnudos y un entallado corpiño sin tirantes, demasiado brillante, y los pendientes de esmalte le apretaban las orejas.

—Sí —murmuró Walter bajando la vista al suelo y luego subiéndola hasta los ojos de Jessica—. Hablábamos de ti. De verdad. —Y luego, en tono más bajo, dijo—: ¡Hola!

—Qué coincidencia, ¿eh? —aulló Tom, que se puso a palmeear para dar énfasis a sus palabras— ¡Joder! —dijo—. ¡Joder!, estás muy guapa, Jessica. ¿Verdad, Van? —Y su voz se apagó con una risa tensa.

Jessica había recobrado la compostura. Se acercó a Tom, erguida y decidida, con el pelo flotándole sobre los hombros, el cuello arqueado, la boca firme, y le deslizó el brazo alrededor de la cintura.

—Ahora vivimos juntos, Walter —dijo—. Tom y yo. Allí arriba, en la cabaña.

En aquel momento Tom se sintió más pequeño y mezquino de lo que nunca se había sentido un santo. Observó la cara de Walter —la cara de su más viejo e íntimo amigo—, que luchaba por controlarse, y se sintió como un mentiroso, un traidor, se sintió como un escorpión en una bota. Jessica le agarró más fuerte. Se apoyaba en él con casi todo su peso (que, según los últimos cálculos, superaba en casi tres kilos el de Tom), por lo que se encontró en la incómoda posición de tener que empujarla para no caerse hacia atrás, encima de las cebollas. Ella había hablado con decisión, bruscamente, sobreponiéndose a la emoción, pero ahora el labio inferior le temblaba y tenía los ojos brillantes y húmedos.

La cara de Walter había registrado inicialmente la conmoción de verla, y luego, cuando Jessica se acercó a ellos, había pronunciado su contenido y tímido saludo, con toda su carga conciliadora, y la había mirado sin ambages, esperanzado, sincera e ingenuamente complacido. Ahora, cuando las palabras de Jessica se hundieron en sus oídos, su expresión se endureció, toda su emoción se esfumó y al final adoptó la perfecta e inaccesible máscara del desnaturalizado, del que tiene los ojos fríos y el corazón duro, la máscara del hombre que no siente nada. Empezó a decir algo, pero se contuvo.

—Ha pasado tanto tiempo... —dijo Jessica—. Nosotros, Tom y yo, pensábamos en ti, nos preguntábamos qué tal te irían las cosas —y al decir esto bajó la vista hacia sus pies—, y te hubiéramos llamado, pero no sabíamos cómo te sentaría, ya sabes, después de la última vez en el hospital y... —Su voz bajó hasta quebrársele en la garganta.

Walter guardaba silencio. Tom no podía mirarle a los ojos. Intentó pensar en cosas agradables, cosas buenas, cosas de la tierra. Como su cabra, sus coles, sus abejas.

—Tom y tú —dijo Walter al fin, como pronunciando las palabras por primera vez—. Tom y tú —repitió, y su tono se había vuelto venenoso.

Tom sintió cómo se tensaba Jessica junto a él. De pronto ella perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse al carro para mantenerse en pie.

—Sí, exacto —dijo con fría furia en la voz—. Tom y yo. ¿Alguna objeción?

Una versión de *Love Me Do* para bocina de bicicleta y coro sonaba monótona por

los ocultos altavoces. Un hombre mayor, que conducía su carrito con el amplio bulto de su abdomen caído, maniobró para seguir su camino entre ellos y empezó a remover las cebollas como si buscara oro.

—¡Eh, Ray! —ladró el encargado a un invisible mozo de almacén—. ¿Tienes la sangre de horchata, o qué?

Como Tom se temía, Walter tenía objeciones. Al principio no las expresó verbalmente, sino que se agarró al carro con las dos manos y lo pateó con sus invulnerables pies hasta hacerlo estremecerse, pero luego se mostró sarcástico. Y retórico.

—¿Objeciones? —bufó—. ¿Quién, yo? Si sólo soy tu marido, ¿por qué iba a objetar nada si te estás follando a mi mejor amigo?

El que revolvía las cebollas se volvió a mirarles. Tom se sintió como un intruso. O peor, se sintió cómo un Lothario^[8], una serpiente en la hierba, y tuvo una visión de las manos de Walter cerrándose en torno a su cuello, el puño de Walter en su cara, los ochenta y siete kilos sin pies de Walter abalanzándose contra él por encima de la cesta cargada de soja y arroz. De pronto Jessica le soltó y adelantando el brazo con el que le había rodeado la cintura señaló con un dedo endurecido:

—Tú me abandonaste —dijo entre dientes, y cada sílaba contenía un sollozo ahogado.

—Tú me abandonaste a mí. —Walter le devolvió la acusación. Hinchados de rabia, grandes como bolas de billar, sus ojos barrieron a Jessica, luego a Tom y por fin volvieron a ella.

Por el rabillo del ojo Tom vio al que removía las cebollas llevarse las manos a la cintura como diciendo: «Ya basta, ¿no?». El santo, que ya estaba harto, volvió la cabeza para dedicarle al viejo gilipollas su más fiero «Vete a tomar por el culo» visual (aunque la verdad es que no era nada fiero), y cuando se volvió hacia Jessica, ella estaba pateando el suelo como un bailarín de flamenco calentándose antes del baile, y las lágrimas brillaban en su rostro.

—¡No tengo por qué aguantar a este, este... —dijo ella, y su voz se alzó hasta convertirse en un chirrido jadeante—... este mierda!

Walter retrocedió con calma, gravemente, y les dirigió a todos —Tom, Jessica, el viejo con la bolsa de cebollas y la media docena de amas de casa que se habían parado junto a las acelgas a escuchar furtivamente— una mirada de supremo desdén. Luego asintió con la cabeza unas quince o veinte veces, como si les perdonara la vida, y después se marchó bamboleándose tras su carro, arrastrándose vacilante por el pasillo hasta que dobló la esquina junto a las especias y desapareció.

Jessica no se lo tomó a la ligera. Por un momento miró a su alrededor como si estuviera ciega, se frotó los ojos con una húmeda muñeca y se lanzó hacia la salida sin decir palabra. Cuando Tom, que había abandonado el carrito para correr tras ella,

llegó al coche, estaba sollozando. Siguió sollozando mientras él conducía, sollozó mientras apretaba la bolsa de lana atiborrada de la colada todavía húmeda contra su pecho y avanzaba por el empinado camino desde la carretera, a través de los pastos, por el puentecito y colina arriba hacia la cabaña. Sollozó mientras Tom hervía los restos del viejo arroz y picaba lechuga escarolada y calabacines del huerto, y siguió sollozando cuando se sentaron en la oscuridad creciente compartiendo un solitario porro y dos jarras de mermelada llenas de vino agrio.

Al caer la noche había pasado de un esporádico gimoteo y lloriqueo a los suspiros regulares, largos, sincopados y cansados del mundo. El santo de los bosques estuvo amable, tierno, torpe y desmañado. Hizo el payaso para ella, le dijo bromeando que tendría que tomar tabletas de sal para reponer la falta de sales minerales perdidas con el llanto, e incluso (en parte por decisión, en parte por accidente) cayó hacia atrás por la barandilla del porche en el gran lavadero lleno de agua sucia. Esto último arrancó una desconsolada sonrisa de los labios de Jessica, y Tom cargó aún más las tintas: se levantó sobre las manos, mantuvo en equilibrio una escoba en la nariz, y cosas así. Ella se echó a reír. Sus ojos se aclararon. Los dos se fueron a la cama.

Aquella noche el huesudo santo le hizo el amor, un suave y terapéutico coito, y fue tan cuidadoso y tímido como si fuera la primera vez. Cuando se quedó dormida, se echó junto a ella en la oscuridad, y los acontecimientos del día volvieron a representarse una y otra vez en su cabeza. Se encogió al pensar en su propia falsedad y cobardía, en el papel que se había visto forzado a representar a causa de la súbita aparición de Walter, pero cuando pensó en Jessica, sintió miedo.

Alargó la mano para tocarla, para acariciar su brazo durmiente, como para asegurarse de que seguía allí. Era la visión de sus ojos desconsolados y su torturada boca, de su nariz goteante y sus hombros trémulos lo que le atemorizaba. Ella no era suya, era de Walter; si no, ¿por qué había actuado así?

Triste hasta la médula, celoso, temeroso, el aspirante a santo yacía en la oscuridad con su dolor y su resentimiento. Hacían tan buena pareja Jessica y él, pescando en el Hudson, con las cabras y las abejas y la sidra hecha en casa. Muy buena. Claro que sí. Y mientras pensaba en todo lo que tenían en común, empezó a sentirse mejor. Claro que ella conservaba cierto cariño por Walter —habían vivido juntos algo bastante gordo—, pero también albergaba sentimientos hacia él. La suya era... —y el chiste saltó a su cabeza como un calmante, como una compresa fría aplicada a una frente ardiendo— era una gran unión.

Una cuestión de equilibrio

Fría, metódicamente, paso a paso, Walter realizó los movimientos de su visita quincenal al supermercado como si nada hubiera ocurrido. ¿Tenía hilo dental en casa? ¿Cacahuètes? ¿Caramelos? ¿Cebollas? Estuvo dudando frente a la pasta —¿macarrones, fideos o espaguetis?—, tanteó las sandías, rechazó la comida mexicana auténtica preparada y empaquetada marca Pancho Villa (enchilada, arroz, judías y salsa verde) en favor del plato preparado I Ching (rollo de huevo, cerdo frito con arroz, strudel de Cantón y pastelillos de la fortuna). Sin levantar la cabeza, sin volverse a mirar al doblar las esquinas y sin asomarse por los pasillos, examinó cada producto como si lo viera por primera vez, como si cada paquete fuese una maravilla del calibre de las imágenes sangrantes o la vida extraterrestre.

Tal vez pareciese frío, pero bajo las amplias solapas y el flamante corte de su traje Bertinelli color beige, Walter bullía por dentro. Y sudaba. Tenía las axilas húmedas —Right Guard, ¿le quedaba desodorante Right Guard?—, el sudor le chorreaba por la espalda bajo la camisa Arrow que se le pegaba a la piel, y tenía la entrepierna húmeda. Cuando estaba ya ante la caja mirando con hostilidad al montón de rumiantes cajeras, amas de casa embarazadas, niños llorones y granujientos mozos de almacén, sintió ganas de chillar, golpear algo, dar un puñetazo tan fuerte en el mostrador que la piel se le abriera mostrando los huesos desnudos de la mano, rota, blanca y herida hasta la médula. Tom Crane y Jessica. No podía ser verdad. No era verdad. Le estaban tomando el pelo, era una broma, eso tenía que ser.

Inclinó la cabeza e intentó concentrarse en un manojo de papeles sucios hechos una bola, tirados debajo del expositor de caramelos. Contó hasta veinte. Al final, cuando ya no podía aguantar más, levantó la cabeza y miró furtivamente a su alrededor. Una mirada rápida: a la derecha, a la izquierda, y luego hacia delante, por la ventana, examinando el aparcamiento en busca de su coche.

Se habían ido.

Hijos de puta. Quería destrozar aquel lugar, matarlos a los dos.

—Venga, dense prisa —se oyó gruñir, y el vigilante, la mujer que había frente a él y la cajera de aspecto altivo palidieron súbitamente—. ¿Se creen que tengo todo el día para perderlo aquí o qué?

Fuera, lo primero que hizo —incluso antes de cargar las provisiones en el maletero del MG o de quitarse la húmeda chaqueta y arremangarse la camisa— fue arrastrarse hasta la tienda de licores que había al otro lado de la lavandería y

comprarse una botella de whisky Old Inver House. No solía beber por la tarde, y no se había emborrachado ni colocado desde la nochevieja, desde su segundo y fatídico choque contra los recuerdos. Pero esto era distinto. Era una situación que exigía medidas urgentes, para refrescar y aliviar el espíritu, para perder el control. Dejó caer los víveres en el maletero y se sentó en el asiento del conductor. Allí mismo, aunque la capota estaba abierta y todo el mundo podía verle, abrió el whisky y se bebió un buen trago. Y luego otro. Miró a una mujer de brazos rollizos que se parecía sospechosamente a su abuela, tiró el tapón por encima de su hombro, apretó la botella entre las piernas y arrancó con una nube de humo del tubo de escape, pisando el acelerador con la misma furia que si estuviera desollando carne.

La botella estaba ya medio vacía y Walter se lanzaba con gran estruendo por la autovía de Mohican, concentrándose en fijar la pequeña agujita blanca en una manchita oscura atascada entre el 13 y el 0, cuando pensó en la señorita Egthuysen, en Laura. Si ahora él era el perfecto modelo del héroe desapegado, alejado de los amigos, de la mujer y de la familia (las últimas dos veces que había ido a cenar con Hesh y Lola habían acabado discutiendo a gritos sobre sus relaciones con Depeyster van Wart), lejos de sentirse el mismo, bueno, al menos tenía a Laura. Una especie de regalo de consolación. Si Meursault tenía a su Marie («Un momento después, ella me preguntó si la quería. Yo le dije que preguntas como ésa no tenían sentido, francamente, pero suponía que no»), Walter tenía a su Laura. Y era algo. Especialmente en un momento como aquél.

Podía haberse parado a reflexionar sobre el torbellino de sus sentimientos, preguntarse por qué, cuando era evidente que le importaba una mierda lo que hicieran o dejaran de hacer Jessica, Tom Crane, Mardi o el propio papa de Roma, de pronto se sentía tan amargamente desesperado. Pero no se paró. Los árboles caían abatidos y quedaban atrás, al igual que interminables extensiones de césped, el viento le arrancaba el pelo, y la imagen de la señorita Egthuysen aparecía en su cerebro febril. La veía echada desnuda sobre el sofá de terciopelo negro de su sala de estar, con los labios fruncidos en un prominente beso, ocultando sus pechos con las manos, con su vello íntimo tan rubio que casi parecía blanco. De pronto la fuerte brisa se volvió dulce con el olor del extracto de vainilla con que se daba unos toques detrás de las orejas, en las muñecas y tobillos y entre los pechos (batidos extradensos, milhojas, tortas de crema de Boston, pensaba Walter mientras cerraba los ojos y penetraba en su aromático núcleo), y pisó el freno con tal fuerza que el coche coleó nueve metros por la autovía. Al cabo de un instante zumbaba por encima del parterre de hierba que dividía ambos sentidos —por suerte, nadie circulaba por un lado ni por otro—, y tomando el extremo más alejado de la carretera se dirigió al sur.

Ya sólo le quedaba una tercera parte de la botella cuando la segunda decepción del día se abatió sobre él mientras hundía el dedo en lo que de pronto se había convertido en el reluciente ombliguito de la existencia de la señorita Egthuysen, el timbre de la puerta. Escuchó, primero con ilusión, luego con impaciencia y

finalmente con desesperación que luego se convirtió en rabia, mientras la fuerte vibración del timbre sonaba en el desordenado vestíbulo que conocía tan bien. No hubo respuesta. Se sintió derrotado. Irritado. Maltratado. La muy perra, musitó bajando pesadamente las escaleras delanteras y mirando por el ojo de la botella como un joyero que examinara una piedra rara. Y quiso la suerte que fuera a sentarse sobre una masa de algo resinoso y pegajoso, algo que estaba estropeando irremisiblemente el tinte de sus pantalones beige, pero estaba demasiado ebrio para notarlo.

Abrumado con la melancolía de la borrachera, Walter inclinó la botella hacia abajo y bebió, parándose sólo a nivelar sus ojos para ver los rasgos hirientes y reprobadores de la casera, la señora Deering, que le estaba mirando con desdén desde detrás de la soleada ventana principal del apartamento contiguo. Walter bajó la cabeza momentáneamente para mirarla con una expresión tan vehemente, tan bestial e irresponsable, y con la mandíbula tan desencajada, que ella retrocedió y se alejó de la ventana como si hubiera visto a un loco masturbándose en plena calle. Sin quitarle los ojos de encima desapareció en la fortaleza de su apartamento, sin duda para llamar al *sheriff*, a la policía estatal y a los cuarteles locales de la policía nacional. Pues muy bien. ¿Qué le importaba a Walter? ¿Qué le iban a hacer? ¿Colgarle de los pies? Se rió amargamente al pensarlo, pero sólo sirvió para intensificar su melancolía. El hecho era que los dulces y consoladores encantos de la señorita Egthuysen no estaban disponibles para él, y su botella estaba casi vacía. Sí, y su mujer vivía con su mejor amigo, él estaba lisiado, nadie le quería y estaba condenado por el flagelo de los recuerdos, y todas las cartas que había enviado a Truman van Brunt, Lista de Correos, Barrow, Alaska, habían desaparecido en aquel nevado páramo, pálidas misivas perdidas en la blancura.

Maldiciendo, se agarró a la oxidada baranda de hierro forjado y se puso en pie. Se quedó quieto un momento, balanceándose como un árbol joven en una tormenta, mirando furiosamente la ventana de la señora Deering, como retándola a asomarse otra vez. Luego apuró la botella, la tiró a los arbustos y se secó las manos en la camisa. Un niño en bicicleta —ocho o nueve años, pelirrojo, con pecas— se acercó velozmente por la acera mientras él buscaba el coche, y Walter tuvo que hacer un esfuerzo para esquivarle. Desgraciadamente, la concentración y la voluntad invertidas en la dificultosa maniobra le hicieron vulnerable a otros obstáculos. Como la boca de incendios. Al cabo de un momento el niño se había ido, la cabeza de la señora Deering había reaparecido en la ventana y Walter se había caído boca abajo sobre la hierba.

De vuelta al coche examinó las manchas de hierba en las rodillas de sus pantalones, antaño color beige, y la sospechosa mancha en la punta de su corbata estampada. ¿Qué vendría después?, musitó irritado arrancándose la corbata del cuello y arrojándola a la calle. Tardó un rato en meter la llave en la plateada y pequeña ranura del contacto, que parecía esquivarle y volver a caer, como el corcho de una caña de pescar con un pez picando debajo, pero al fin lo logró, y puso en marcha el

coche con una sacudida vibrafónica de las válvulas. Miró a su alrededor un momento. El mundo se había vuelto súbitamente extraño, la cara le hormigueaba como si tuviera atrapado bajo la piel un enjambre de criaturas de piernas peludas que intentaran escapar. Luego puso una marcha vigorosamente y arrancó, con un chirrido que la señora Deering no olvidaría nunca.

Antes de darse cuenta estaba en la carretera de Van Wart. En dirección oeste. Es decir, en dirección hacia varios puntos significativos. El tapacubos de Tom Crane, uno. La mansión Van Wart, otro. Y por último, el infernal, misterioso, repuesto y reforzado indicador histórico que le había lanzado a aquel camino de lágrimas.

¿Y adónde iba?

Hasta que estuvo a un pelo de golpear de refilón a un puñado de adolescentes que saludaban con la mano en Cat's Corners, hasta que pasó con estruendo por la endemoniada y serpenteante curva que seguía, hasta que aminoró la marcha en el olmo de Tom Crane para clavar sus ojos en la parte trasera del coche aparcado debajo del árbol, no lo supo con claridad: iba a la mansión Van Wart. A ver a Mardi. El MG se detuvo y él miró tristemente el tapacubos que le acechaba desde el tronco del olmo («Estoy en casa, sí —parecía burlarse—, y ella también»), hasta que una camioneta pasó rugiendo por su izquierda, tocando la bocina, y volvió a la realidad. Tiró del volante y apartó la vista de aquel amenazador tapacubos para dirigirse a la mansión Van Wart y solazarse con Mardi, pero en cuanto pisó el acelerador —la gravilla salió volando, los neumáticos protestaron, el *buggy* de Jessica desapareció a su derecha—, estaba ya luchando por pisar el freno. Violenta. Desesperadamente.

Ante él, en fila por la carretera y por el arcén hasta perderse de vista, había un montón de gente. Iban de merienda. Hombres con sombreros y pantalones amplios, mujeres con falda pantalón, sandalias y calcetines cortos, los brazos cargados con cestas, niños, sillas plegables, periódicos para desplegarlos en el suelo. Él iba directo hacia ellos, y sus gritos de alarma le resonaban horriblemente en los oídos. La gente se dispersaba cayendo como fichas de dominó, pero una mujer quedó paralizada en su camino, con folletos bajo el brazo y un niño de un año a su lado. Sólo en ese momento, su pie, su impotente pie alienígena, encontró el freno. Hubo un chillido, una ventolera de papeles, vio su propia cara, la de su madre, y de pronto desaparecieron y se encontró con el volante al otro lado de la carretera.

No lo había hecho a propósito, no quería ir hacia él —estaba borracho, pasadísimo, alucinado—, pero allí estaba. El indicador. Justo frente a él. Cuando lo alcanzó, no podía ir a más de treinta por hora, luchando por no caer en la cuneta, con oleadas de polvo elevándose a sus espaldas, ¡en el lado contrario de la carretera, joder! Aun así, chocó con él, de pleno, y el morro del MG fue como la proa de un barco rompehielos, mientras crípticos Crane e insondables Mohonk volaban contra el parabrisas, y el metal rechinaba contra el metal. Al cabo de un instante ya había recuperado el control y viraba por la carretera justo a tiempo de pasar por entre los pilares de piedra y describir la pronunciada curva para entrar en el largo y vasto

camino particular de la mansión Van Wart.

Allí reinaba la paz. El mundo era estático, tranquilo, intemporal, bañado en el brillo imperecedero del privilegio y de la prosperidad. Allí no había fantasmas, ni signos de la lucha de clases, ni mezquinos inmigrantes, sindicalistas, trabajadores, comunistas y descontentos, ninguna indicación de que el mundo hubiera cambiado en los últimos trescientos años. Walter miró los ramosos arcos, los caminos de losas de piedra, la profusión de césped y la cenefa de tonos pastel de las rosas contra la exuberancia de los bosques del fondo, y sintió que su pánico amainaba. Todo iba bien. De verdad. Estaba un poco borracho, nada más.

Mientras recorría la parábola que formaba el camino y se acercaba a la propia casa, vio que había tres coches aparcados junto al bordillo de enfrente: el Mercedes de Dipe, la camioneta de Joanna y el Fiat de Mardi. Estaba un poco torpe con el volante —estuvo a punto de chocar mientras giraba marcha atrás—, pero consiguió encajonarse entre la camioneta y el Fiat sin golpear con nada. Al menos, que él supiera. Estaba de pie, aturdido frente al MG, inspeccionando el parachoques por donde había chocado contra el indicador, cuando oyó el ruido de la puerta principal y al alzar la vista vio a Joanna, que bajaba las escaleras hacia él.

Iba vestida con polainas y mocasines, y una arrugada piel de gamo manchada de grasa, tinta o algo así, y su cutis tenía un extravagante tono bermejo, color ladrillo viejo. Trozos de plumas, conchas marinas y otras chucherías le colgaban del pelo, que estaba trenzado y untado con grasa, de tal forma que parecía habérselo lavado con aceite de oliva. Llevaba una caja consigo. Una gran caja del supermercado con el logotipo de un detergente que garantizaba el resplandor de las camisas, los calcetines y las mañanas, también. La caja estaba sobrecargada y ella la balanceaba sobre la cúspide de su hinchado abdomen, contoneándose un poco y con una sonrisa beatífica en los labios.

—¡Hola! —dijo Walter enderezándose y frotándose las manos, como si encontrarse en aquel camino fuera la cosa más natural del mundo para él—. Estaba..., eh..., mirando si la bestia esta perdía aceite otra vez, ¿sabe? —barboteó interrogativo, en una mezcla de disculpa y súplica.

Joanna se comportó como si no le hubiera oído. Siguió acercándose, contoneándose, abrazada a la gran caja llena de... —¿qué eran?, ¿muñecas?—, y Walter repitió mientras ella llegaba casi hasta chocar con él:

—¡Hola! ¿Le echo una mano con eso?

Entonces, por primera vez sus ojos parecieron enfocarle.

—¡Ah, hola! —dijo con un tono tan firme y tranquilo como si la hubiera estado esperando—. Me has asustado. —Tenía los ojos como los de Mardi, pero el hielo se le había derretido. No parecía asustada ni mucho menos. De hecho, si Walter no la hubiera conocido, habría pensado que estaba pasada—. Sí —dijo ella descargando la caja en sus brazos—. Por favor.

Walter cogió la caja. Estaba llena de muñecas. O más bien de trozos de muñecas:

cabezas, troncos desmembrados y extraños brazos o piernas con sus calcetines en relieve y sus zapatos pegados. Cada trozo —cada cara, miembro, nalga, vientre o pecho— había sido pintado o teñido hasta darle un aspecto oxidado, y su piel parecía del color de un rastrillo abandonado a la intemperie bajo la lluvia. Walter apoyó la caja contra su pecho mientras Joanna hurgaba en su bolso de piel de conejo buscando las llaves de la puerta trasera de la camioneta.

Parecía no acabar nunca. Walter empezaba a sentirse incómodo, de pie bajo el implacable sol de agosto con sus pantalones manchados y su camisa sudada, mirando con ojos de borracho aquella montaña de miembros desgajados, sonrisas heladas y ojos que parpadeaban locamente, así que preguntó, sólo por decir algo:

—¿Para los indios?

Ella le cogió la caja, le dedicó una mirada que le obligó a preguntarse si de verdad le había reconocido, después de todo, y luego deslizó la caja en la parte de atrás de la camioneta y cerró la puerta.

—Claro —dijo volviéndose y dirigiéndose a la parte delantera del vehículo—. ¿Para quién si no?

Después se encontró con Lula.

Ahora ya lo conocía, desde luego, lo conocía muy bien: era el amigo de su sobrino Herbert y uno de los ejecutivos del señor Van Wart. Y también un amigo muy especial de Mardi. Le saludó en la puerta con una sonrisa que mostraba todos los empastes de sus dientes.

—Tiene el aspecto de haberse caído en la calle —le dijo.

Walter le dedicó una desmañada sonrisa y se encontró en la antesala, mirando primero hacia la escalera, al final de la cual la puerta que daba a la guarida de Mardi se ocultaba en las sombras, y luego a su izquierda, donde la reconfortante penumbra del viejo saloncito se había impregnado de la apagada luz del día.

—Mardi está arriba —dijo Lula dedicándole una mirada socarrona—, y el señor Van Wart está fuera, en alguna parte, en las caballerizas, creo. ¿A cuál de los dos quiere ver?

Walter intentaba simular indiferencia, pero el whisky le horadaba la cabeza y sus pies parecían inútiles. Se agarró a la barandilla buscando apoyo.

—Supongo que venía a ver a Mardi —dijo.

Sólo entonces se dio cuenta de que Lula llevaba el bolso en la mano, y de que un sombrerito de paja flotaba sobre el tifón de su pelo.

—Yo ya me iba —dijo ella—. Pero le daré un grito. —Su voz se alzó en una demanda estentórea, práctica, segura y familiar al mismo tiempo—. ¡Mardi! —llamó—. ¡Mardi! ¡Alguien ha venido a verte! —Y le dedicó a él otra amplia y libidinosa sonrisa antes de escaparse hacia la puerta.

Hubo un momento de inquieto silencio, como si la vieja casa estuviera atrapada en aquel breve hiato entre una respiración y otra, y luego la voz de Mardi, displicente, cansada del mundo, tan impregnada de aburrimiento que casi parecía un gemido,

llegó hasta él:

—Bueno, ¿quién es? ¿Rick? —Silencio. Luego otra vez la voz, débil, ahogada, como si ella hubiera perdido interés y estuviera de espaldas—: Pues mándale para arriba.

Walter no era Rick. De hecho, ni siquiera sabía quién era Rick, ni tampoco le importaba. Trémulo, vacilante, levantó las piedras en que se habían convertido sus pies, agarrándose a la baranda como si fuera un salvavidas, y subió las escaleras. Arriba, la puerta de Mardi, primera a la derecha. Estaba ligeramente entreabierta y tenía pegado de cualquier manera un llamativo cartel de un conjunto del que Walter nunca había oído hablar. Titubeó un momento, mirando los desvergonzados y hambrientos ojos de los miembros del conjunto, intentando pronunciar las voluminosas e inflexibles sílabas de su esotérico nombre, preguntándose si debería llamar. El alcohol lo decidió por él. Empujó la puerta.

La habitación estaba tan oscura como cualquier cueva, con un ronco gemido de bajo y guitarra atrapado en el altavoz más lejano, y Mardi, iluminada por la luz que entraba por la puerta, se agachaba sobre un cenicero en medio de la cama. Llevaba una camiseta y bragas, nada más.

—¿Rick? —dijo entrecerrando los ojos ante la invasión de luz.

—No —murmuró Walter sintiéndose infinitamente cansado, muy borracho—. Soy yo, Walter.

La luz cayó sobre la cara de Mardi, sobre la maraña salvaje de su pelo. Levantó una mano para protegerse los ojos.

—¡Ah, joder! —le espetó—. Cierra la puerta, ¿quieres? Siento como si se me fuera a levantar la tapa de los sesos.

Walter entró y cerró la puerta. Sus ojos tardaron unos instantes en adaptarse a la oscuridad, y durante aquellos momentos el quejido del bajo y la guitarra se amplificó con los confusos gorgoritos trémulos de una voz, la de un tipo que parecía cantar a través de sus calcetines. O desde las profundidades del averno. O desde una cloaca.

—Bonita música —dijo Walter—. ¿Quién canta? ¿Los tipos de la puerta?

Mardi no contestó. Su cigarrillo —no, era un porro, notaba el olor— brillaba en la oscuridad.

Walter se dirigió hacia la cama, pensando en tumbarse, darle quizá una chupada al porro, ayudarla a quitarse la camiseta, olvidarse de sí mismo durante un rato. Pero no llegó. Algo inamovible —¿el borde biselado de su escritorio?— le alcanzó en la ingle, y su pie tropezó con algo frágil, algo que cedió con un crujido como de astillas.

Mardi siguió sin decir nada.

—¿Te duele la cabeza? —le dijo luchando por mantener el equilibrio, inclinándose para alcanzar la esquina del colchón—. ¿Es eso? —Y luego se hundió en el colchón; al fin podía quitarse los pies, y además estaba lo bastante cerca de ella como para sentir el calor de su cuerpo, oler su pelo, su sudor, los más mínimos y embriagadores efluvios de su secreta intimidad.

—Estoy esperando a Rick —dijo ella, y su voz era extraña, distante, como si no estuviera conectada—. Rick —repitió en un murmullo. Y luego añadió—: Estoy pasada, muy pasada. Estoy tripando. Veo cosas. Cosas aterradoras.

Walter sopesó aquella revelación durante un minuto y luego confesó que él no estaba tan colocado. Pensaba que aquello sería el prelude de unos abrazos reparadores, de un poco de folleto consolador, pero sus esperanzas fueron barridas inmediatamente cuando Mardi saltó de la cama como si se hubiera pinchado, avanzó por la habitación y abrió la puerta. Tenía el rostro contraído de furia, y los fríos y duros iris de sus ojos se concentraban rodeando sus precisas y dilatadas pupilas.

—¡Largo! —exclamó ella, y su voz se elevó en un chillido reforzando la última sílaba de la interjección.

A Walter le vino a la mente la palabra «flipar», pero no sabía si debía aplicarla a Mardi o a sí mismo. En cualquier caso, se levantó de la cama con presteza, imaginándose a un vengativo Depeyster subiendo las escaleras de dos en dos para ver qué le estaba haciendo su empleado de confianza a su semidesnuda e histérica hija en la penumbra de la habitación. Pero cuando se bamboleó junto a ella, todas las heridas y dislocaciones del día empezaron a envenenarle la mente, y se paró en seco para pedir una explicación en el sentido de «Pensaba que éramos amigos» y «¿Es que no te acuerdas del mes pasado cuando... y cuando...?».

—No —dijo ella temblando en su camiseta, con los pezones endurecidos, el ombligo descubierto, las piernas fuertes, desnudas y morenas—. Nunca más. Contigo no.

Ahora estaban frente a frente, sólo a unos centímetros. Él la miró: el lado derecho de su cara estaba afectado por un tic y tenía los labios cortados y reseca. De pronto le invadió el impulso de estrangularla, de ahogarla, moldear aquella garganta perfecta hasta que desapareciera su tensión, hasta que las manos le cayeran inertes como un pescado golpeado contra la borda de un barco. Pero en aquel mismo instante ella exclamó:

—¡Eres igual que él!

Y la acusación le atrapó a contrapelo.

—¿Igual que quién? —escupió él preguntándose de qué le estaba hablando, cómo se las había arreglado para ponerse el pie en dos minutos, y también, durante un segundo, quién era. La observó de cerca, borracho pero cauteloso. Mardi se balanceaba sobre sus pies. Su aliento cálido le daba en la cara.

—¡Que mi padre! —chilló ella alargando los brazos para golpearle el pecho con los proyectiles de sus manos. Walter intentó agarrarle las muñecas, pero ella fue más rápida—. Mírate —gruñó y le dio un empujón tan violento que él estuvo a punto de resbalar hacia atrás por la barandilla y caer en el inexorable suelo de madera en espiga del piso de abajo—. Mírate, con tu traje de mariquita y tu corte de pelo de gilipollas. ¿Qué te crees que eres, una especie de santo o algo así?

—¡Mardi! —La voz de Depeyster resonó desde la parte trasera de la casa—.

¿Eres tú?

Ella se balanceó en el umbral, fulminando a Walter con una mirada que le arrancó los últimos andrajos de su autoestima.

—Te diré lo que eres —dijo bajando la voz como un toro baja los cuernos antes de atacar—. Eres un fascista como él. Un fascista —repitió siseando despacio, igual que si fuera Adán descubriendo los nombres de las cosas: delator, cerdo, pasma, fascista, y luego cerró la puerta como subrayándolo.

Fantástico, pensó Walter de pie en el solitario pasillo. No tenía pies, ni padre, ni amor, su mujer vivía con su mejor amigo, y la mujer por la que la había dejado hubiera albergado mejores sentimientos hacia Mussolini que hacia él. Y para colmo, tenía el estómago fatal, le dolía la cabeza y casi había roto el guardabarros de su coche. ¿Qué vendría después?

Se apoyó en la baranda y volvió la cabeza para mirar hacia abajo por el hueco de la escalera. Al pie de las escaleras, vestido con unos pantalones viejos y una camisa azul descolorida que destacaba el color de sus ojos, estaba Depeyster van Wart —Dipe—, su jefe y mentor. Depeyster llevaba algo en las manos —unos arneses o una brida, al parecer—, y tenía una expresión aturdida.

—¿Walter? —preguntó.

Walter empezó a bajar las escaleras. Esbozaba una sonrisa forzada, aunque los músculos de su cara parecían inertes y se sentía como si fuera a morir de repente o estuviera a punto de echarse a llorar, a sollozar, por muy duro, libre y desalmado que hubiera sido. Considerando cómo le habían ido las cosas, estaba bastante bien. Cuando llegó al último escalón, con la sonrisa de un corruptor de menores, le tendió la mano y exclamó:

—¡Hola, Dipe! —como si le saludara desde la otra punta del estadio de los Yankees.

Se quedaron un momento al pie de la escalera. Walter perdió totalmente el control de su cara, y el señor de la mansión dejó caer su brida —sí, era una brida— para levantar una mano y rascarse la nuca.

—¿Era Mardi? —preguntó.

—Ajá —dijo Walter, pero antes de que pudiera ampliar su breve e inadecuada réplica, Depeyster le interrumpió con un leve silbido.

—¡Dios mío! —le dijo—, tienes muy mal aspecto, ¿lo sabías?

Más tarde, tras sucesivas tazas de café en la antigua y cavernosa cocina, en la que brillaban anacrónicamente el lavavajillas, la tostadora, la nevera y el horno, Walter experimentó el alivio de la confesión. Le habló a Depeyster de Jessica y Tom, de su alucinación en la carretera, de lo derrotado que se sentía y del loco enfrentamiento con Mardi. Inclinado sobre la brida con un trapo untado de betún para el calzado, Depeyster le escuchó levantando la vista de vez en cuando, con sus aristocráticos

rasgos serenos, sacerdotales, supremamente desinteresados. Le animó con algún ocasional gruñido inquisitivo o a modo de interjección, consideró sus palabras y tomó partido sin titubeos.

—No me gusta tener que decirlo, Walter —hablaba en un tono claro, sintético e incisivo—, pero parece que tu mujer se ha hundido en lo más bajo. Pero ¿qué se puede esperar de alguien que se instala en una cabaña que ni siquiera tiene electricidad, por no hablar del agua corriente, a vivir con una cabeza de chorlito drogado como ese chico Crane? No parece muy sensato.

No, desde luego, no lo era. Era algo irracional, estúpido, una equivocación. Walter se encogió de hombros.

—Tú te equivocaste, Walter, olvídale. Todos nos equivocamos. Y en cuanto a Mardi, bueno, quizá también sea mejor así. —Depeyster le dedicó una larga mirada—. Lo reconozco, Walter, esperaba que tal vez ella y tú, bueno... —Se interrumpió con un suspiro—. Siento tener que decir esto de mi única hija, pero tú vales diez veces más que ella.

Walter sopló el humo de su quinta taza de café y jugueteó con un trozo de pastel de melocotón. Se sentía mejor, la náusea se mantenía temporalmente a raya y su desesperación se había templado con el perdón. Y también sentía otra cosa, la sensación de que su momento de triunfo y decisión revoloteaba justo frente a él: su vida había llegado a un punto culminante de crisis, y ahora, pensó, todavía borracho pero dominado por una especie de raptó alcohólico, estaba al borde de la liberación.

—¿Recuerdas todas esas cartas que le escribí a mi padre? —preguntó de pronto— A Barrow.

Si Depeyster había sido sorprendido con la guardia baja por el brusco giro del diálogo, no lo demostró. Se recostó en el asiento, dejando caer la brida en el periódico que había extendido sobre la mesa.

—Sí —dijo—. ¿Qué pasa con las cartas?

—No me las devolvieron.

Walter se detuvo para dejar que su frase causara mayor efecto.

—Así que crees que está allí, ¿eh?

—Ajá. Y quiero ir a buscarle. —Walter levantó la taza hasta sus labios, pero, en su excitación, la volvió a dejar sin beber—. He estado ahorrando. Voy a coger un avión hasta allí.

—Walter, escucha —empezó Depeyster—. Eso es fantástico, está muy bien, pero ¿lo has pensado todo? ¿Y si no está allí y te gastas el dinero en balde? ¿Cómo te sentirías? ¿Y si él no quiere verte? ¿Y si ha cambiado? Supongo que te acuerdas de los problemas que tenía con el alcohol. ¿Y si no es más que un mendigo borracho? Mira, no quiero desanimarte, pero ¿no crees que si quisiera verte habría contestado a tus cartas? ¿Cuánto tiempo ha pasado, once, doce años? Pueden ocurrir muchas cosas en tanto tiempo, Walter.

Walter le escuchaba: Dipe sólo intentaba protegerle, lo sabía. Y le estaba

agradecido. Pero él tenía que ir. No le había hablado a Depeyster del indicador —él no se hubiera creído que fue un accidente—, pero el hecho era que había desaparecido: destrozado, borrado, golpeado. Allí ya no había nada que le retuviera: ni Hesh, ni Dipe, ni Mardi, ni Jessica, ni Tom Crane, ni Laura Egthuysen. El indicador había iniciado aquel círculo vicioso y ahora él lo había completado, en el escenario de Van Wartville. Ya no le quedaba nada salvo ir a buscar a su padre y enterrar los fantasmas para siempre.

—Creo que estas loco —dijo Depeyster—. Eres un joven fuerte y listo, Walter, con un montón de buenas cualidades y atractivo personal. Has tenido un poco de mala suerte, una mala suerte terrible y podrida, pero yo te diría que olvidaras el pasado y miraras hacia delante. Con lo que tienes puedes hacer proyectos a largo plazo, y no quiero decir sólo en mi negocio, sino en cualquier negocio que te interese. —Depeyster arrastró la silla hacia atrás y se acercó a la cocina—. ¿Más café?

Walter negó con la cabeza.

—¿Estás seguro? ¿Te encuentras bien para conducir? —Depeyster se sirvió otra taza y cruzó la habitación para sentarse a la mesa. Fuera de la ventana un sólido y compacto monolito de sombras caía desde la casa tragándose el césped y el cuadro de rosas que había más abajo—. Te pago un buen sueldo, muy bueno, ¡joder!, para un chico de tu edad —dijo Depeyster al fin—. Y tú te ganas hasta el último centavo. Pégate a mí. Yo sólo puedo subir.

Walter se levantó de la mesa.

—Tengo que ir, Dipe —dijo con una sensación de urgencia, de que los acontecimientos se precipitaban.

En la puerta principal se volvió a estrecharle la mano. Se sentía tan cargado de emoción como si en aquel momento se marchara hacia los penumbrosos desiertos del norte, se sentía como un temerario metiéndose en su barrica en el helado borde del Niágara.

—Gracias, Dipe —le dijo casi ahogándose—. Gracias por escucharme, y ya sabes, por los consejos y todo eso.

—Ha sido un placer, Walter —dijo Depeyster esbozando su aristocrática sonrisa—. Ten cuidado, ¿eh?

Walter dejó caer la mano y luego, aprovechando la ráfaga de buenos sentimientos, dijo:

—Otra cosa, Dipe. Voy a necesitar dos semanas libres... Claro, si eso no ha de ocasionar problemas.

En aquel momento la cara de Depeyster se enfrió. Su expresión era la misma que la de Hesh cuando se sentía desafiado o decepcionado. Confuso, acalorándose cada vez más, adivinando ya la respuesta con sólo mirar aquella cara, Walter se acordó de pronto de la última vez que había visto a Hesh, ya hacía casi un mes. Fue durante la cena —la cena favorita de Walter, sopa de remolacha, chuletas de cordero y tortas de patata, con acompañamiento de col, puré de manzana casero y lechuga del huerto—

cuando Walter mencionó a su padre —Truman—, y Hesh hizo algún comentario ofensivo. «Bueno, tú puedes odiarle —soltó Walter—, pero Depeyster dice...».

A la sola mención del nombre de Depeyster, Hesh estalló: saltó en su silla mientras daba un puñetazo en la mesa, y se inclinó rabioso hacia la cara de Walter como un perro labrador. «Depeyster dice —se burló—. ¿Quién coño crees que te crió, eh? ¿El vagabundo que te dejó huérfano? ¿Ese, ese usurpador feudal, ese estafador que te mete esas ideas en la cabeza, tal vez? ¿Qué derecho tiene él?».

«¡Hesh!» Lola estaba al lado de Hesh, con su delgada y venosa mano sobre su antebrazo, intentando calmarle, pero él la apartó. Walter estaba paralizado en su silla.

Hesh se levantó con todo su peso, su calva cabeza enrojeció y su nariz estaba tan roja como la sopa del plato que tenía ante él. Su voz bajó una octava mientras luchaba por controlarse. «Cuando te conseguí ese trabajo en la Depeyster Manufacturing fue a través de Jack Schwartz, porque le conozco de toda la vida y pensé que podrías adquirir cierta experiencia del mundo real y quizá algún dinero para tu bolsillo..., pero esto, esto es una locura. Ese hombre es un monstruo, Walter, ¿no lo sabes? Un nazi, un enemigo de los sindicatos. Depeyster esto, Depeyster lo otro. Él fue el que estropeó a tu padre, Walter, entérate. Ante la tumba de tu madre, entérate».

La misma expresión. Depeyster levantó un dedo en señal de advertencia.

—Walter, sabes que ésta es nuestra temporada de más trabajo. Tenemos que servir seis mil matrices y tres mil arandelas a Westinghouse a final de mes. Los pedidos llegan a carretadas. Y ese chico de la sala de pintura acaba de despedirse, ¿no?

Walter tal vez no tuviera padre, pero todo el mundo parecía querer optar al puesto.

—Entonces ¿no me dejarás ir?

—Walter, Walter —dijo Depeyster, y de nuevo su brazo le rodeó los hombros—. Sólo intento cuidarte. Oye, si realmente quieres ir, ¿no puedes esperar un poco? Dos meses, dos meses no es nada. Te daré vacaciones dentro de dos meses, en el otoño, cuando los pedidos aminoren en la fábrica y hayas tenido tiempo de pensar en ello, ¿qué me dices?

Walter no dijo nada. Se soltó, e intentando demostrar toda la dignidad que podía con su camisa arrugada, sus pantalones llenos de mierda y la primera y aguda puñalada de una resaca paralizante atravesándole el cerebro, bajó arrastrándose los escalones del porche.

—Walter —le llamó Depeyster a sus espaldas—. Venga, hombre, mírame.

Walter se volvió al llegar junto a su MG, y a su pesar le dedicó a su mentor una sonrisa desconsolada.

—¡Eh, no te he contado la buena noticia! —exclamó Depeyster cuando Walter puso en marcha el motor. Walter esperó mientras el coche se estremecía bajo su cuerpo y Depeyster bajaba los escalones saltando y se inclinaba por la ventanilla del pasajero. Todavía llevaba la brida en la mano y ahora la blandía triunfante, como un cazador con un par de faisanes—. ¡Me compro un caballo! —canturreó, y la tarde pareció elevarse en torno a él con todas sus promesas, con el resplandor dorado del

sol poniente iluminando su rostro sonriente como si fuera el último cuadro de una película de final feliz.

En cuanto a Walter, se fue a casa sin ningún incidente: sin encontronazos con los recuerdos, sin sombras saltando sobre la carretera alquitranada, sin fantasmas, espejismos ni otras trampas de los ojos. Entró por el camino particular que llevaba a su solitario apartamento alquilado, paró el motor y se quedó sentado un momento mientras el aire se arremolinaba a su alrededor. Allí sentado, fue dándose cuenta poco a poco de que en aquel aire había algo malo, algo que arrastraba con él: era un aire contaminado, podrido, con el olor rancio y podrido de un mercado de pescado o de una ciénaga. Entonces se acordó de la comida que había comprado.

Levantó la tapa del maletero y allí estaba todo: latas diseminadas, lechuga marchita, huevos rotos, carne delicuescente. Fue demasiado para él. El olor a podrido se levantaba del compartimiento cálido y cerrado para tambalearse ante él, le clavaba un puño en el vientre y otro en la garganta. Perdió el equilibrio y se cayó de rodillas, misericordiosamente, antes de que el Old Inver House, el café y el pastel de manzana empezaran a subirle por la garganta. Durante mucho tiempo permaneció inclinado sobre el acre charquito de vómito. Desde cierta distancia cualquiera habría dicho que estaba rezando.

Entre la espada y la pared

En aquel distante y húmedo verano de 1679, cuando el patrón llegó a Van Wartville a ampliar los caminos y mejorar su propiedad, y Jeremias van Brunt le desafió descaradamente, el *jongheer* entendió aquel desafío como lo que era: otro insolente ataque contra el propio sistema de gobierno civilizado. A menos de un kilómetro de los pastos de vacas sobre los que un día se desarrollarían los tumultos de Peterskill, y no muy lejos de donde Walter se arrodilló catárticamente en el camino de acceso a su apartamento alquilado, Stephanus tomó su decisión. Si aquel ignorante, sucio, violento y tullido vagabundo podía retarle, ¿qué impediría que un depravado como Robideau o una serpiente sutil como Crane hicieran lo mismo? Sólo había una manera de enfrentarse a ello: si cedía, por poco que fuera, si insinuaba la más leve indecisión o el mínimo rasgo de flexibilidad, la propia mansión señorial acabaría por derrumbarse ante él. ¿Y cómo conciliaba esto con sus planes de llegar a tener una propiedad que hiciera parecer Versalles poco más que un huerto de coles?

Y así, furioso, el patrón degradó a Joost Cats, encarceló al sobrino mestizo de Van Brunt y a su incontinente hijo, y envió recado al rebelde de que su arrendamiento terminaría pasado noviembre. Luego ordenó al carpintero que dejara el trabajo del tejado y levantara un cepo para los castigos públicos. Entre cuchicheos y rumores, escandalizados y no sin cierto miedo por su propia suerte, los del pueblo llano —los Crane, los Sturdivant, los Van der Meulen y el resto— cogieron sus herramientas y volvieron al trabajo. Las guadañas subían y bajaban, los árboles caían, el polvo se levantaba y los tábanos revoloteaban alrededor de los malolientes jubones y los ceños sudorosos. Pero trabajaban sólo con un ojo, mientras que el otro lo mantenían fijo en el camino que tenían enfrente, el camino que llevaba a Nysen's Roost.

Era media tarde —más de las cuatro, según los cálculos de Staats— cuando aparecieron dos figuras a lo lejos. Van den Post era una de ellas, inconfundible por el alto sombrero de pluma plateada que acababa de recibir y por el fulgor eléctrico del espadín en su costado, pero la otra, bueno, no era Jeremias. Seguro. La figura era más pequeña y delgada. Y no había ni rastro del desgarbado e irregular paso peculiar del hombre que había perdido la pierna en su temprana juventud y que desde entonces tocaba el suelo a través de un pedazo de roble. Como un solo hombre —y una sola mujer—, los trabajadores se detuvieron, apoyándose en los mangos de sus rastrillos y palas, detuvieron sus yuntas o bajaron sus guadañas. Y luego, de pronto, cuando las figuras se acercaron, un susurro corrió entre la multitud.

—¡Es Neeltje! —exclamó alguien, y el resto lo repitió.

Tuvieron que enviar a un chico a por Stephanus, que se había retirado a la casa para descansar un poco. Al mismo tiempo Neeltje, pálida y temblorosa, cayó en brazos de su padre, mientras Staats y Douw hicieron retroceder a los demás para hacerles sitio. Van den Post, con una triunfante y maliciosa mirada, se abrió camino contoneándose entre la multitud para limpiar sus polvorientas botas con un trapo y servirse una taza de sidra del barrilito que el patrón había cedido para el disfrute de sus arrendatarios. Bebió un largo sorbo, escupió los posos al suelo y se secó la boca con el dorso de la manga. Luego, con estudiada insolencia, sacó su pipa y fumó.

Neeltje tenía la cara húmeda de lágrimas.

—*Vader* —gimió—, ¿qué vamos a hacer? Él nos ha... desahuciado y ha cogido a los chicos, pero aun así Jeremias no quiere venir.

Doblemente encorvado, aparentando el doble de su ya avanzada edad, el antiguo *schout* no supo qué contestar. Maldiciendo en silencio el día en que Jeremias van Brunt había entrado en sus vidas, apretó a su hija contra sí, aferrándose a ella como si estuviera en un torrente, a punto de ahogarse.

—No puede... no tiene derecho... después de todos estos años, así sin más —espetó Staats—. Lucharemos, eso es lo que haremos.

Pero Robideau intervino, insinuando su dura y apergaminada cura entre ellos.

—¿Qué quieres decir con que no tiene derecho? —dijo ásperamente—. La palabra del patrón es ley, y todos lo sabemos. Ninguno de nosotros firmó su contrato sin saber a lo que se comprometía, y no sé por qué demonios *mijnheer* no iba a expulsar a ese hijo de perra, no sé por qué yo tengo que romperme la espalda aquí al sol mientras su augusta majestad se sienta en su casa a tomarse un ponche.

Hubo un murmullo de asentimiento entre la multitud, pero Staats, leal como un bulldog, se volvió a Robideau y le aconsejó que no se metiera.

Eso era todo lo que necesitaba el francés. Dio un paso adelante y le dio un puñetazo que le hizo tambalearse sobre Neeltje y su padre.

—Jódete, comequeso —le siseó.

Aquel insulto fue demasiado para los virginales oídos de Goody Sturdivant, que, por segunda vez en aquel día, dejó escapar un gemido y se desmayó, cayendo boca abajo en el polvo con un arremolinado vendaval. En el mismo instante Douw y Cadwallader Crane se interpusieron entre los dos antagonistas.

—Calma, *vader*. Esto no ayudará a nadie —suplicó Douw mientras que al otro extremo el flacucho y desgarrado joven Crane sujetaba al atacante francés con unos brazos tan largos y delgados que podrían haber sido cuerdas de cáñamo arrolladas doblemente en torno a su cuerpo.

—¡Suéltame! —gruñó Robideau agitándose y pronunciando una sarta de blasfemias que hubieran avergonzado a un marinero—. ¡Suéltame, cabrón!

Así, cuando el patrón se acercó con el caballo al paso, con una expresión de severa reprobación que le hacía temblar las aletas de la nariz, las caras estaban

acaloradas, la multitud se apilaba y la señora Sturdivant yacía en el polvo como una vaca enferma.

—¿Qué pasa aquí, en nombre de Dios? —preguntó, e instantáneamente cesó el forcejeo. Neeltje levantó su rostro bañado de lágrimas, Meintje van der Meulen se inclinó para ayudar a la pobre señora Sturdivant, Robideau se soltó de Cadwallader Crane y le miró enfurecido. Nadie dijo una palabra.

El patrón examinó la multitud desde lo alto, y sus ojos se posaron al fin en Van den Post.

—Aelbregt —espetó—, ¿puede decirme qué es lo que está pasando?

Adelantándose con una inclinación de cabeza, con una amplia y maliciosa sonrisa haciendo ondear las alas de su barba, Van den Post dijo:

—Será un placer, *mijnheer*. Parece que la criminalidad de Van Brunt ha infectado a sus vecinos. Por ejemplo, el granjero Van der Meulen...

—¡Basta! —Stephanus lanzó una mirada fulminante sobre las cabezas bajas de los granjeros, sus esposas y prole, y luego se volvió a Van den Post.

—Sólo quiero saber una cosa: ¿dónde está?

—Con todos los respetos, *mijnheer*, no quiere venir —replicó Van den Post—. Si me hubiera dado órdenes de emplear la fuerza —continuó con la sonrisa de un hombre que podría sobrevivir indefinidamente alimentándose de medusas y agua salada—, le aseguro que le tendría aquí, ante usted.

Fue Neeltje quien se adelantó, abriéndose camino desesperadamente a través de las hileras de sus convecinos, con la cara como un libro abierto.

—Por favor, *mijnheer* —suplicó—. La granja es lo único que tenemos, hemos sido buenos arrendatarios y hemos logrado que las tierras den diez veces más de lo que daban, todo para usted. Este año hemos limpiado y talado más de ochenta áreas a lo largo del arroyo Blood, hemos plantado centeno para forraje y guisantes más arriba...

Stephanus no estaba de humor para escuchar sus llamadas a la simpatía o a la razón. Era un hombre poderoso, un hombre educado, un hombre de gusto y refinamiento. Miró a Neeltje, con sus humildes ropas, todavía guapa tras todos aquellos años, y la vio en aquel lecho inmundo con su boca meretricia y el pelo en la cara, un cuadro que ningún caballero tendría que haber contemplado, y apretó los dientes. Cuando por fin habló, tuvo que luchar por contener su voz. Se irguió, mirando abajo como un centauro sobre el lomo poderosamente esculpido de la montura que formaba un solo cuerpo con él.

—El mestizo y el otro, el chico fanfarrón, están bajo nuestra custodia —dijo sin apenas mover los labios—. Mañana, cuando mi carpintero haya completado el trabajo del cepo, empezará su castigo. —Aquí hizo una pausa para ordenar las palabras de su decisión final—. Y le aseguro, *huis vrouw*, que se quedarán en ese cepo hasta que su marido venga a esta casa y se arrodille a mis pies a suplicarme, sí, a suplicarme que le conceda el privilegio de servirme.

Había roedores en el profundo sótano, ratas, babosas y otros bichos reptantes que medraban en la ausencia de luz. Estaba tan oscuro como los más lejanos confines de un universo sin sol, como una eterna medianoche, y estaba húmedo, pegajoso como el fondo de una profunda y solitaria tumba. A Wouter no le gustaba. Tenía once años y medio, y su imaginación salpicaba el invisible techo con las maliciosas caras de los duendes, demiurgos y dioses salvajes que poblaban los lugares solitarios del valle, con el rostro sangriento de la vieja Dame Hobby, a quien un renegado sint sink había arrancado la cabellera y había abandonado a su suerte, o la fulgurante barba y los ojos de carnicero de Wolf Nysen. Acurrucándose junto a su primo por el frío y la inquietud, soportó todo lo que podía, exactamente tres minutos y medio desde que Van den Post arrastró la dura trampa de madera por encima de sus cabezas, y luego confesó que estaba asustado. Estaban sentados en un pozo de un metro de profundidad, encorvado en la tierra del suelo del sótano, y la trampa que lo cerraba estaba asegurada con el peso de tres barriles de cerveza.

—Estoy asustado, Jeremy —dijo Wouter, y su voz era un fino chirrido en la insondable oscuridad.

Como era habitual en él, Jeremy no dijo nada.

—*Vader* dice que enterraron al hermano del viejo patrón aquí fuera, detrás de la casa... ¿Y si todavía está, ya sabes... como un fantasma? Podría venir por la tierra y...

Jeremy gruñó. A ello siguió una serie de sonidos de lo más hondo y hueco de su garganta: chasquidos, chirridos, gorjeos; los sordos significantes de una particular manera de hablar. Lo que dijo fue:

—Tú abriste tu hoyo, y ellos nos metieron en éste.

Wouter no podía negar la verdad de esa afirmación, pero no le produjo precisamente alivio. Tenía los fondillos de los pantalones mojados, y le empezaba a escocer la entrepierna. En vez de aclararse, la oscuridad parecía aún más profunda que un momento antes. Se acercó más a su primo.

—Estoy asustado —dijo.

Más tarde —no sabía cuánto más tarde— les llegó una mezcla de sonidos familiares del hueco de la escalera junto a su celda, y luego hubo un rápido taconeo de pasos sobre la trampa que tenían encima, seguido del tono vibrante de una seca y helada voz.

—Ahí, chico —jadeó la voz—, aparta esas barricas y ponlas en su sitio, y quita enseguida esa trampa. —La luz brilló desde arriba, débil y difusa. Los barriles rodaron por encima de sus cabezas—. Esto es decididamente intolerable —continuó la voz en holandés, decayendo hasta convertirse en murmullo regañón—. Tratar a unos niños como si fueran duros criminales...

Cuando la trampa se apartó medio metro, más o menos, se levantaron sobre sus entumecidas piernas para asomar las cabezas por el agujero como un par de marmotas

en la boca de su madriguera. Por encima, mirando el hoyo tan intensamente como ellos miraban fuera, estaba la encorvada y anciana madre del patrón, con velo negro y sosteniendo una sebosa vela frente a ella como si fuese un talismán. A su lado, con la luz bailándole en los ojos, había un esclavo que no era mucho mayor que Jeremy, y al que Wouter, en su confusión, tomó en un principio por un ángel del Paraíso. Pero luego el ángel dejó escapar una risita y el encantamiento se rompió.

—Subid y salid de ahí inmediatamente —les increpó la anciana, como si ellos se hubieran encerrado por su propia voluntad en aquel agujero hediondo y sin aire por el mero e irresistible placer de hacerlo.

Wouter miró a Jeremy. El pétreo perfil de su primo no revelaba nada, pero su nuez subió y bajó dos veces en rápida sucesión. Luego, frío como el propio patrón, Jeremy escaló ágilmente para salir del hoyo, y se quedó ante el pequeño grupo reunido en el amplio sótano, con los barrilitos de sidra, de cerveza y de mantequilla, cántaros de leche y ruedas de queso colgados a cierta distancia del suelo en toscos estantes de madera. Wouter estaba asustado y desorientado. Las imágenes de la tumba se levantaban de nuevo tendiendo trampas a sus ojos: la vieja *vrouw* Van Wart podía ser muy bien una aparición envuelta en su mortaja, y el esclavo, una especie de alquitrinado sirviente del diablo, y la chica, bueno, la chica era claramente un intercesor del cielo que había bajado a luchar por su alma.

—¡Fuera! —graznó de pronto la vieja cogiéndole de la oreja con ferocidad. Y se levantó y salió de la tumba.

La vieja le miró con reproche. Tenía la mandíbula en tensión y los labios le temblaban ligeramente.

—¿No entiendes el holandés? —le preguntó.

Avergonzado, al borde de las lágrimas, Wouter estaba intentando balbucear una réplica cuando la chica empezó a reírse entre dientes. Él le dedicó una mirada furtiva —a su amplia sonrisa de labios plenos, a sus ojos, que le abrumaban, a la abundancia de su pelo bajo el gorro que pendía como una mariposa de la coronilla de su cabeza —, y luego bajó la vista a sus pies. Entonces no lo sabía, pero aquélla era su presentación a Saskia van Wart.

—No importa —jadeó la vieja suavizándose un poco. Luego se volvió hacia el esclavo— Tú, Pompey —dijo recobrando el tono de antes—, llévalos a la cocina y ocúpate de que coman. Y después quiero que pongas un poco de paja para ellos ahí, en el rincón —dijo señalando un espacio junto al muro—. Y no me mires así. No me importa lo que diga mi hijo. Mientras no me destierre a los bosques, sigo siendo la dueña de la casa.

A la mañana siguiente, temprano, el hombre de las medusas fue a por ellos.

Van den Post llevaba el sombrero de pluma de *grootvader* Cats y su espadín, y una malsana alegría iluminaba sus ojos y jugueteaba en las comisuras de su boca.

—¡Arriba! —ladró levantándoles a patadas de la paja, y Wouter vio en su cara la mirada de un niño con un palo afilado en la mano que se enfrenta a un conejo acorralado.

Les condujo fuera de la umbría penumbra del sótano-almacén. Pasaron por la brillante y vívida cocina, con sus aromas paradisíacos, su cocinera de aspecto amargado y su brillante hogar, y luego salieron a la explosión de luz de aquella mañana y del mundo que los rodeaba. Protegiéndose los ojos y parpadeando, todavía medio dormido, Wouter se apresuró a seguir el paso del *schout*. No vio el cepo hasta que estuvo encima de él.

Pino. Blanco, recién cortado y oliendo a resina. Cuatro abrazaderas para los pies bajo el travesaño inferior y cuatro abrazaderas para las muñecas bajo el superior. Tras el marco, un banco. O no, era sólo un tronco, cortado toscamente, áspero, con la corteza y el nacimiento de las ramas, tan verde que el día anterior aún debía de haber estado en pie.

Al principio Wouter no lo entendió. Pero cuando Van den Post levantó el travesaño, con una tensa sonrisa en los labios, las emociones de Wouter se apoderaron de él. Quiso protestar, ¿qué habían hecho? Él sólo había hablado, le había hablado al patrón, le había dicho la verdad. No habían robado nada ni habían hecho daño a nadie. Sólo eran palabras. Pero no pudo protestar: estaba demasiado asustado. De pronto sintió como si se ahogara. Como si le estrangularan. El aire no le pasaba por la garganta, había algo duro en su pecho y subía, subía, como si fuera a estallar...

Fue entonces cuando Jeremy se dio a la fuga.

Estaba de pie junto a Wouter, mirando con sus hoscos ojos verdes el artefacto que tenía ante él, y al cabo de un momento corría por el maizal como un ciervo de cola blanca con la marca sangrienta del puma en su grupa. Jeremy era un corredor feroz, rápido, flaco y con los pies tan ligeros como los intrépidos jefes de tribu que se contaban entre sus antepasados. Después de todo, era el hijo de Mohonk, y aunque su padre hubiera sido un degenerado, un traidor a su raza y una desgracia para su tribu, estaba tan familiarizado con aquellas colinas y aquellos valles como pudieran estarlo los osos, los lobos y las propias salamandras, y era un corredor de primera clase. Así que, levantando sus talones, agitando sus huesudas piernas y sacudiendo sus huesudos brazos, Jeremy Mohonk —hijo de Mohonk, hijo de Sachoes— conjuró los espíritus de sus antepasados y corrió a refugiarse en el santuario de los bosques.

Pero no había contado con la tenacidad de Van den Post, el hombre que comía medusas. Sin pensar en Wouter ni un solo momento, el hipercinético *schout* arrojó sombrero y espadín y salió en pos de Jeremy como un sabueso. Había veinte pasos de distancia entre ellos, y seguían siendo veinte pasos cuando, primero el indio y luego el *schout*, desaparecieron en el bosque por la orilla más alejada del campo.

Wouter miró a su alrededor. El sol ascendía por encima de la loma, apartando las sombras como si las engullera. Observó un grupo de pájaros negros —los que se comían el maíz— que se posaban sobre el sembrado por donde Jeremy y Van den

Post habían desaparecido, y luego bajó la vista hacia el sombrero de pluma y el espadín que yacían en la hierba húmeda. Una vaca mugió no muy lejos de él.

Wouter no sabía qué hacer. Tenía miedo. Miedo del sótano, miedo del cepo y de su cruel y rasposa presa, miedo de Van den Post y del patrón. Lo que más deseaba era irse a casa y enterrarse en los brazos de su padre, pedirle que se lo explicara todo otra vez, pues no estaba seguro de haber obrado bien. Se había enfrentado al patrón, había defendido a su padre, había demostrado firmeza, ¿y qué había obtenido a cambio? Dolor y malos tratos, una oreja lacerada, haberse mojado los calzones y pan mohoso. Miró colina abajo, más allá de la gran casa y del camino que yacía silencioso ante ella. Quince minutos. Podía llegar a casa en quince minutos, abrazar a su *moeder*, contemplar el fulgor que se encendería en los ojos de su *vader* cuando se enterase de lo que le habían hecho...

Pero no. Si se escapaba, irían a por él. Ya les veía: una docena de hombres armados, con el extraño negro entre ellos, llegando con perros y gritos, con brea caliente y plumas y sus antorchas reluciendo en la noche. ¿Qué ha hecho?, preguntaría alguien cuando le cogieran, y una voz ultrajada, siniestra como la muerte, contestaría: Esta mosquita muerta ha desafiado al patrón, eso es lo que ha hecho.

Mordiéndose los labios para contener las lágrimas, Wouter van Brunt, que a sus once años y medio estaba tan lleno de remordimientos como si fuera un septuagenario, rodeó el cepo de pino blanco, se sentó en el rudo leño que había detrás y alzó los pies delante de él. Lenta y deliberadamente, poniendo en ello toda su concentración, fue bajando el travesaño hasta que se cerró firmemente sobre sus tobillos. Luego empezó a hacer lo mismo con sus manos.

Todavía estaba allí cuando su padre fue a por él.

Mientras avanzaba por el polvoriento camino, entre las miradas retadoras de sus vecinos —que tenían las espaldas inclinadas y los rostros ansiosos—, con los hombros caídos y los poderosos brazos colgando inertes, Jeremias no flaqueó. Movía con energía su pata de palo, como si fuera un arma, dando zancadas con una determinación tan firme como si marchase a la guerra, y no se detuvo a decir una sola palabra a nadie, ni siquiera a Staats o a Douw. Todo el mundo levantaba la vista, pero nadie podía verle la cara, oculta bajo la caída ala de su sombrero. Un-dos, un-dos, los brazos le colgaban a los lados, y él caminaba tan deprisa que cuando Staats dejó su pala y echó a andar tras él casi había rebasado al grupo.

Su gesto fue contagioso. Uno por uno los granjeros arrojaron sus herramientas al suelo y siguieron a Jeremias silenciosamente por el camino hacia la casa, incluso Robideau, aunque era el último. Cuando Jeremias llegó a la pradera frente a la casa, todo el vecindario —los Crane, los Oothouse, los Van der Meulen, los Musser y las demás familias— iba tras él. Nadie dijo una palabra, pero había miedo y expectación en todas las caras.

El patrón había ordenado que levantaran el cepo a medio camino hacia la loma, detrás de la casa, para que estuviera a mano y se pudiera ejecutar cualquier sentencia suya, pero lo bastante lejos para que no le incomodaran los ruidos, olores u otras desagradables contingencias que pudieran surgir como resultado de su uso. Para llegar a él había que circundar el huerto y cruzar un pastizal, más allá del cual se extendían un maizal y los bosques por donde habían desaparecido Mohonk y Van den Post. Jeremias tenía prisa. No rodeó el huerto, sino que lo cruzó directamente, atento sólo a la pequeña y distante figura aprisionada en aquella máquina cruel que había sobre la pendiente. Pisoteó chirivías, remolachas y achicorias, desgarró hojas de lechuga, puerros y berros, aplastó pepinos y chafó tomates. En su agitación, los demás le siguieron.

Se había acercado lo bastante como para advertir que sólo estaba ocupada la mitad del artefacto, y que era el chico el que lo ocupaba, cuando los tres jinetes, que estaban inmóviles sobre sus sillas de montar, se lanzaron desde detrás del establo para interceptarles. Jeremias siguió adelante. Y sus vecinos, conscientes de que los jinetes se les echaban encima, conscientes del evidente disgusto del patrón y del delito que suponía lo que estaban haciendo, le siguieron. Si hubieran parado a cualquiera de ellos —incluso a Robideau o a Goody Sturdivant— y le hubieran preguntado por qué seguía, no habría sabido contestar. Estaba en el aire. Era electrizante. Era la voluntad de la multitud.

Los jinetes les interceptaron a menos de nueve metros del cepo. Se levantó polvo cuando los caballos golpearon el suelo con sus herraduras.

—¡Alto! —vociferó el patrón.

Le miraron a la cara y vieron la muerte. Su montura giró y pateó mientras él luchaba por apuntar las pistolas de duelo de su padre —una en cada mano— contra la multitud. A su lado, pegado a él como una sanguijuela a una yegua torda, iba Van den Post, con el recuperado espadín en alto y desenvainado bajo el sol, y junto a él, el tercer jinete, un extraño no más alto en la silla que un niño de ocho años, en cuyo rostro enjuto se esbozaba una sonrisa y que sostenía un mosquete con su rugoso puñito. En otras circunstancias lo natural habría sido que advirtieran y comentaran la llegada de aquel desconocido —de cualquier desconocido, pero particularmente de un rabanito repulsivo y descarnado como aquél—, pero no había tiempo para pensar, y mucho menos para cotillear.

—¡Si alguien da un paso adelante, lo mato! —rugió el patrón.

Se detuvieron. Todos. Hasta el último hombre, mujer y niño. Exceptuando a Jeremias, por supuesto. Él no alteró su paso ni se inmutó. Avanzó directo hacia el patrón como si no lo hubiera visto, con los ojos fijos en la afligida cara de su hijo.

—¡Alto! —ordenó el patrón con un rugido que se quebró por el esfuerzo, y casi al mismo tiempo disparó.

Hubo un clamor entre la multitud mientras Wouter, impotente, abandonado, con sólo once años y medio, gritó en tono de duelo, y por tercera vez en dos días la señora

Sturdivant se desmayó. Enorme. Estruendosamente. Con el mismo dramatismo que si hubiera sido Fedra o Níobe. De pronto todo fue confusión: las mujeres chillaban, los hombres se cubrían, el joven Billy Sturdivant se lanzó sobre el cuerpo tendido de su madre, y el patrón inclinó la cabeza como un hombre culpable del peor despropósito. Resultó que Goody Sturdivant no había sido herida. Ni tampoco Jeremias, por otra parte. La bala rebotó contra el inocente empeine de la lustrosa bota de Cadwallader Crane y se enterró sin daño entre gusanos y lombrices.

Jeremias siguió andando. Pasó de largo el caballo del patrón, moviéndose como un sonámbulo, y se abalanzó sobre el cepo. Antes de que el rabioso patrón pudiera apuntar con la segunda pistola, Jeremias ya había abierto la cerradura y levantado el travesaño de las muñecas de su hijo. Acababa de coger la barra de abajo cuando el patrón disparó de nuevo.

Wouter recordaría aquel momento durante el resto de su vida. Gritó de nuevo y pataleó salvajemente, aunque sus piernas seguían sujetas, presa de un pánico indescriptible, más angustioso que cualquier pesadilla o trauma por horrorosos que fueran, y vio que las manos de su padre se agarrotaban sobre el travesaño. Las vio agarrotarse. Helarse. Como si su padre se hubiera vuelto súbitamente de piedra. ¿Le habían dado? ¿Estaba muerto?

El día estaba quieto, suspendido en la cúspide de la tarde, exhalando el silencio de los tiempos. Nadie se movió. Nadie habló. Luego, la caricia de una oleada de brisa. Venía del río, con el olor a barro flotando en ella —Wouter lo percibió en el aire que respiraba—, y levantó el sombrero de la cabeza de su padre.

Alguien jadeó, y Jeremias volvió la cabeza despacio hacia ellos, hacia el pálido patrón y los hombres y mujeres que se tapaban la boca con las manos. Aunque muy despacio, se enderezó y empezó a moverse hacia delante —un paso, dos, tres— hasta que llegó bajo la sombra de aquel hombre poderoso y altivo de ondeantes calzones, y fue entonces cuando Wouter advirtió el cambio que se había producido en el rostro de su padre. Tenía una expresión que no pudo reconocer: aquél era su padre, y sin embargo no lo era, como si en el momento en que sonó el disparo un fantasma o un demonio hubiera tomado posesión de su alma. La expresión de aquella cara —no era de miedo ni de resignación, sino una expresión de derrota, absoluta y abyecta derrota— hirió a Wouter más de lo que podrían haberle herido todos los cepos y patrones del mundo. Y de repente, sin darle tiempo para reaccionar, *vader* se había hincado de rodillas y suplicaba el perdón del patrón con un sollozo entrecortado.

Wouter quería irse, pero no podía. El disparo no había dado en el blanco, su padre estaba bien. Un momento antes le había invadido una alegría redentora. Ahora esa alegría se había convertido en incredulidad, en conmoción, en una profunda y abismal vergüenza. Todo lo que su padre le había dicho, cada palabra suya, era mentira.

—Le suplico... —sollozó Jeremias, domesticado finalmente, domesticado como un caballo o una mula—. Le suplico que me deje... —y su voz se borró hasta hacerse

casi imperceptible— que me deje servirle.

El rostro del patrón era impasible. Tenía la vista puesta en las humeantes pistolas, como si éstas hubieran aparecido espontáneamente, por arte de encantamiento. Al cabo de unos momentos las dejó caer al suelo y bajó de su montura. Tras él el enano se pavoneaba con su mosquete y Van den Post miraba a la vencida multitud como retándola a hacer el menor movimiento.

—Y quedarnos, por favor, deje que nos quedemos —continuó Jeremias, y el trueno de su voz se había reducido a un gemido, a un lloriqueo—. Hemos trabajado en la granja durante toda nuestra vida, es lo único que tenemos, y usted debe..., se lo suplico, lo siento, no pensaba...

Stephanus no contestó. Dio un paso adelante, ahora ya con una expresión serena, con las magníficas aletas de su nariz animadas por el desprecio, y mantuvo un pie levantado, como esperando la última obediencia.

—¿A quién perteneces? —preguntó con un perfecto equilibrio y una voz inflexible.

—A usted —graznó Jeremias mirando el brillante zapato como si estuviera traspuesto.

—¿Y a quién pertenecen tu mujer, tu hijo, tu mestizo bastardo?

Como uno solo, todos los arrendatarios se inclinaron hacia delante para oír la respuesta. Jeremias van Brunt, el de los ojos rebeldes, el orgulloso, el vano, el heredero del loco Harmanus y del aún más loco Nysen, estaba a punto de negar su hombría. Su voz era un susurro.

—A usted —dijo.

—Muy bien. —El patrón se enderezó, y en el mismo instante dejó caer el pie a tierra y lo dirigió de nuevo a la cara de Jeremias. La fuerza del golpe lanzó hacia atrás la cabeza del suplicante y le derribó al suelo, con la boca brillante de sangre—. No quiero tu servicio —siseó el patrón. Y luego, volviéndose hacia Van den Post, que había desmontado y estaba de pie junto a él con el espadín desenfundado, completó su pensamiento—. Quiero tu sangre.

Al final, aquella tarde no se derramó más sangre, pero Jeremias tuvo que sustituir a su hijo y ponerse en el cepo, noche y día, durante casi toda una semana. Fue una dolorosa semana. La espalda le ardía, tenía las piernas entumecidas, sus muñecas y su tobillo estaban desollados por el contacto con el pino, en el que se apoyaban empujados por el peso de su vencido cuerpo, los mosquitos le habían hinchado el rostro, y tenía escalofríos en las articulaciones. Staats y Douw estaban junto a él para impedir que algún enemigo —hombre o animal— se aprovechara de su situación, y tanto Neeltje como *moeder* Meintje le llevaban comida y bebida. Los demás vecinos, incluso Robideau, se mantenían al margen. En su país de origen, cuando un hombre estaba en el cepo, sus enemigos se reunían para escarnecerle y apedrearle, para tirarle

carroña, gatos muertos, ratas y pescado podrido. Pero allí los vecinos se mostraban indiferentes. No sentían ninguna animosidad contra Jeremias, y aunque la mayoría pensaban que había recibido su merecido —«Es demasiado orgulloso —se oyó decir a Goody Sturdivant—, demasiado, demasiado orgulloso»—, también había una corriente de simpatía hacia él, aunque fuese débil e intermitente. En alguna honda región de sí mismos, también alimentaban cierto resentimiento contra el joven patrón de las elegantes ropas, y por un momento, pisoteando su huerto, reunidos en torno al campeón tullido, ese resentimiento había salido a la superficie, como el rubor afluye a la cara.

Jeremias sufría, sí, cuando el implacable sol le daba en la cara y el helado rocío de las mañanas le atravesaba los huesos, pero su sufrimiento interior era mucho peor. Él no era nada, ahora lo sabía. Era un campesino, un esclavo, un siervo como lo habían sido su padre y su madre antes que él. Todas las cosas por las que había trabajado, todo lo que había construido, toda su dignidad y su firmeza no eran nada. El patrón se lo había demostrado. Y tanto predicar a sus hijos, tanto dárseles de gran hombre, tanto vanagloriarse, ¿para qué? ¿Para hincarse de rodillas ante Van Wart? Durante el resto de su miserable vida no sería sino un pellejo de hombre, no sería mejor que Oothouse o Robideau o cualquiera de los otros, y lo sabía.

Wouter también lo sabía.

Cuando le soltaron, cuando Van den Post se acercó para soltar las barras que le sujetaban, no cayó en los brazos del abuelo Van der Meulen ni corrió a casa, donde su madre se sentaba anonadada sobre un montón de lino y el abuelo Cats caminaba ansiosamente por el porche, no, salió como un corredor, como un perro con un par de palos atados a la cola, corrió campo a través por el maizal, se coló por el hueco entre los árboles por donde había desaparecido su primo al romper el alba. No volvió la vista atrás. Cuando llegó al lindero del bosque —cien o doscientos metros— siguió corriendo, y luego se derrumbó entre los arbustos, deseando sólo morir allí, que la tierra se abriera y se lo tragara y que el cielo se volviera de piedra. Desolado, traicionado —¿cómo podía haber caído tan bajo su padre?, ¿cómo podía haberle hecho una cosa así?—, miró ciegamente a su alrededor buscando algo que le sirviera de arma, alguna piedra que pudiera tragarse o algún palo con el que arrancarse los ojos.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, echado. Cuando recobró el sentido todo estaba quieto en aquellos terribles campos que se extendían tras él, y el manto del anochecer había caído sobre el bosque. En alguna parte, un pájaro carpintero golpeaba un viejo tronco, un solitario e intermitente golpeteo que le acosaba con su persistencia. Se levantó despacio, tembloroso, como si la tierra hubiera mudado bajo sus pies, y miró a su alrededor invadido por el desconcierto. No había hojas, ni árboles, ni colinas, ni rocas, ni claros, ni arroyos. Sólo veía la imagen de su padre arrodillado ante el patrón como si fuera un dios. Oía la voz de su padre, suplicando como un pordiosero, veía la sangre en sus labios. ¿Por qué?, se preguntaba. ¿Por qué

no se había levantado *vader* para estrangular a aquel caballero fanfarrón de elegantes escarpines y jubón de seda? ¿Por qué no le quemó el establo, diseminó su ganado y escapó aullando por el bosque como Wolf Nysen? ¿Por qué no había hecho las maletas y había emprendido el camino hacia Nueva York, Connecticut, Long Island o Pavonia? ¿Por qué, pensándolo bien, no había ido a trabajar en el camino con los demás, dejándose de cuentos?

Porque era un cobarde, aquélla era la respuesta. Porque era un loco.

De pronto, con la noche creciendo a su alrededor, Wouter fue invadido por una aprensiva necesidad: tenía que encontrar a Jeremy. Jeremy era el único. Jeremy era una esperanza y su salvación. Jeremy había resistido contra ellos, sólo Jeremy: a él no se le vería en el cepo del patrón, ni tampoco trabajando en el camino del patrón. Una hora después de su carrera hacia los bosques, el hombre que comía medusas había vuelto con las manos vacías, con la cara y los antebrazos llagados por el abrazo del brezo y las zarzas, con los calzones embarrados hasta la entrepierna, la camisa desgarrada y las medias caídas en torno a los tobillos. ¿Y Jeremy? Estaba allí, en algún lugar entre los árboles. Él no era prisionero de ningún hombre, no era siervo de ningún hombre.

—Jeremy! —llamó Wouter mientras cruzaba un mar de laurel silvestre, casi ahogado por la excitación—. ¡Jeremy! —Le encontraría, en cualquier momento, en la cueva o abajo, junto al arroyo, y entonces huirían juntos. Solos los dos. Vadeando el río, a un lugar donde pudieran vivir solos, cazando y pescando, lejos de patrones, *schouts*, rentas, cepos y todo lo demás, lejos de *vader*—. ¡Jeremy! —llamó mientras el búho emprendía el vuelo y la noche barría el día—. ¡Jeremy!

Lo que no podía saber era que su oscuro y evasivo primo estaba demasiado lejos para poder oírle, ni siquiera hubiera podido oír una salva disparada por algún buque de guerra de Su Majestad. Van den Post —infatigable, inamovible, obcecado, intransigente, con los miembros ágiles y flexibles y montones de maldiciones fluyendo de sus labios— había seguido a su presa hasta la cima de la colina y hasta el fondo del valle, a través de los zarzales y los brezales, los pantanos, los arroyos y las dunas. Pero Jeremy había visto aquellas manillas de pino, aquellas muescas hechas en la madera recién cortada para aprisionar sus miembros, y estaba desesperado. Respirando con mesurado aliento, agitando las piernas y sacudiendo los brazos, se deslizó a través del bosque como un trasgo, conduciendo a Van den Post por debajo de árboles caídos, por barrancos en los que era fácil torcerse un tobillo, y cuesta arriba por pendientes que hubieran postrado a una cabra montesa. Pero no corría ciegamente: durante todo el tiempo había seguido un plan.

Conocía aquellos bosques como ningún adulto —como ningún devorador de medusas podía aspirar a conocerlos—, y se dirigía al laberinto de pantanos que los kitchawank llamaban Neknanninipake, es decir, que no tiene fin. Era un lugar oscuro a mediodía, de islas flotantes y montecillos de hierba rodeados de un barro que se pegaba al cuerpo y lo succionaba, lo engullía hasta la ingle y se negaba a dejarlo

escapar. Era un lugar que Jeremy conocía tan bien como cualquier serpiente o cualquier rana. Era un lugar donde incluso el devorador de medusas podía sentirse impotente.

Cuando llegó a las orillas del pantano —frailillos, negro légamo hasta los tobillos —, el corazón de Jeremy dio un vuelco. Cuando llegó hasta el pesado cieno, saltando ligeramente de montecillo en montecillo, Van den Post ya no estaba al alcance de la vista, ya no le perseguía jadeante y maldiciendo como un condenado. Cinco minutos después no había un solo rumor tras él, excepto el croar de las ranas y la familiar llamada del sílvido aleteando por entre las ramas de los árboles. Pero él no se detuvo. Atravesó el pantano, se secó la ropa y siguió avanzando, hacia el norte, hacia un lugar que sólo conocía en lo más recóndito de su memoria, un lugar al que su olvidada madre había acudido buscando refugio cuando su olvidado padre le había vuelto la espalda. No tenía idea de dónde estaba el campamento de los weckquaesgeek, y sólo sabía de ellos que eran un grupo de indios andrajosos, llenos de cicatrices y lisiados que dos veces al año llenaban el almacén de Jan Pieterse; además, conocía de un modo muy vago la historia de sus padres. Sin embargo, algo le llevaba al campamento de Suycker Broodt.

Era tarde. Los perros le ladraron. Los fuegos resplandecían en el desierto bosque. Tres guerreros no mucho mayores que él se le enfrentaron. Centinelas de aquella desdichada y torpe tribu, a uno le faltaba una mano, al otro una oreja, y el tercero renqueaba sobre un tobillo desviado. Le observaron en silencio hasta que el resto de amigos y parientes se apretaron a su alrededor.

—¿Qué quieres? —le preguntó Una Mano en su holandés de almacén, y Jeremy, desdeñando el lenguaje de las palabras, no dijo nada. Una Mano repitió la pregunta, y Jeremy siguió sin decir nada. Cuando al fin, molesto, el guerrero cogió su cuchillo, Jeremy comprendió que aunque quería contestar la pregunta, y aunque conocía las palabras, no podía. ¿Qué quería? No tenía ni idea.

Pero entonces una anciana se arrastró hacia delante y estiró la cabeza para mirarle con ojos tan opacos como una tormenta invernal. Dio una vuelta en torno a él, acercándose tanto que Wouter percibió el olor del pellejo que había estado masticando con sus gastadas muelas.

—Squagganeek —dijo, y volvió la cabeza para escupir.

Al cabo de un momento se acercó otro, un anciano tan arrugado y sucio que parecía recién salido de la tumba.

—Squagganeek —dijo con voz rasposa, y luego, como niños con un nuevo juguete, todos lo probaron, repitiendo la palabra una y otra vez en un suave, acariciador y rítmico canto.

Wouter no le encontró aquella noche, ni la siguiente. Ni siquiera en lo más hondo de su miedo y su desilusión, de su desespero y su renuncia, podía imaginar que pasarían otros dieciocho meses antes de que pudiera poner los ojos en el rostro de su primo. Volvió a casa al fin, pues no tenía nada mejor que hacer, a la casa de su madre.

Ella atendió sus excoriadas muñecas y tobillos, le alimentó, le acostó. Con el tiempo, se curó. O al menos, parte de él. Su primo se había ido, y le echaba de menos como si fuera un miembro arrancado de su cuerpo. Y su padre... él no tenía padre. Claro, el hombre que se sentaba pesadamente en la mecedora de abedul o que cortaba y apilaba heno en el campo parecía su padre, pero no lo era. Era un impostor. Un hombre sin nervio, sin atributo, carente de espíritu, un hombre que flotaba a través de sus días como una medusa en el mar, esperando simplemente que cualquier superviviente de un naufragio lo agarrara y lo devorara.

Tan dulce pesar

El camino era malo —muy malo, incluso traidor—, y Walter hacía todo lo que podía para deslizarse por él paso a paso, agarrándose como un montañero al salvavidas que le tendían las ramas bajas, los árboles jóvenes y cimbreados y los arbustos endebles que rebotaban como catapultas y le dejaban un residuo pegajoso en la palma de la mano. La noche anterior había llovido, y el camino estaba más resbaladizo que el lomo de una anguila, o su vientre, para el caso... Y las hojas caídas tampoco ayudaban. Las había a montones, amarillas, rojas, anaranjadas, del color castaño desvaído del papel de periódico putrefacto, húmedas, pegadas al suelo formando una masa. Si había momentos en los que los avatares de la vida le hacían olvidar que caminaba erecto sólo por mediación de dos pedazos de plástico moldeado, aquél no era uno de ellos.

Pero tampoco se molestó en preguntarse por qué, un día antes de su partida hacia Fairbanks, Nome y Points North, en aquel 31 de octubre, en aquella víspera de Todos los Santos, estaba esforzándose subiendo por la cuesta hacia los infaustos pastizales que daban al puente, que a su vez llevaba al camino de la angosta cabaña que olía a cabras donde vivía Tom Crane. Sobre todo, porque la pregunta se habría complicado por el hecho, debidamente advertido y dolorosamente observado durante el curso de las últimas semanas, de que si a aquella hora de cualquier día el tapacubos de bienvenida seguía en su sitio, el Packard —el Packard de Tom Crane— no estaba. Y el corolario de aquel hecho era que el *buggy* —el *buggy* de Jessica— sí estaba, aparcado ociosamente, incitante, casi provocativo, debajo del árbol.

Pero no, él no se planteó la pregunta, ni siquiera la pensó. No había razón para hacerlo. Desde aquella tarde purificadora de mediados de agosto, aquella tarde en el Grand Union, Walter había entrado en una nueva y embriagadora fase de su vida en la que actuaba más que pensaba, en la que aceptaba sus demonios tal como eran y dejaba que sus impulsos se apoderasen de él cuando quisieran. A la mañana siguiente saldría hacia Barrow. Jessica estaba sola en casa. En la cabaña. Apartada del mundo. Aislada. Sin agua, ni electricidad, ni cañerías, sin teléfono. Walter sólo iba a hacerle una visita.

Pero ¡aquellos pies!

¡Mierda!, se cayó de culo. En el barro. Hojas podridas le salpicaron la cara, y todo el bosque olía a moho y podredumbre, a hojas putrefactas y a alguna difunta ardilla o mofeta convirtiéndose en estiércol bajo los arbustos. Furioso, se agarró a una rama y

se puso en pie. Los fondillos de sus nuevos Levi's estaban empapados, y su cazadora de leñador —la que pensaba llevarse debajo de su gruesa parka en Alaska— estaba tan cubierta de ramitas rotas y hojas podridas que bien hubiera podido usarla como forro para el fondo del cubo de la basura. Se sacudió la ropa irritado, se quitó algunas pajitas del pelo y se esforzó en bajar por la interminable pendiente que llevaba a los pastos, más abajo.

Allí la marcha era más fácil. Andar en línea recta hacia delante, por un llano, aquello sí que lo dominaba. Las subidas y las bajadas eran lo difícil. Se frotó la ropa mientras andaba, esquivando meter dentro de alguna mierda de vaca las nuevas botas de excursión con supersuelas antideslizantes, tan desconectadas de él como los apéndices que las llenaban. Era un día encapotado, opaco y desapacible, y estaba a punto de salir del puente cuando descubrió algo que se movía entre los árboles junto al arroyo. Apretó los dientes, esperando algún otro choque, algún otro ominoso ataque de recuerdos. Miró de soslayo. La niebla se aclaró. Era una vaca.

Muuuu.

Subir era un poco más fácil que bajar, aunque el camino seguía siendo resbaladizo. En las subidas no tenía tantas dificultades para encajar los pies en el barro, y en aquel lugar parecía haber más roca, con aristas lavadas por el aflujo de mil tormentas. Walter se agarró a las ramas, todavía en plan montañero, y se impulsó hacia arriba. Pronto atravesó el huerto de Tom, con sus húmedas calabazas y los tallos parduscos de lo que fuera, y luego rodeó un montón de colmenas para emerger en el pequeño claro bajo el gran roble desnudo.

Allí estaba la cabaña, en toda su desvencijada gloria. Pero ¿estaría Jessica en casa? He aquí la cuestión. Que su coche estuviera aparcado bajo el árbol no era garantía suficiente. ¿Y si se había ido con Tom? ¿Y si estaba fuera cogiendo nueces, bellotas o flores secas? ¿Y si estaba lavando sus prendas íntimas, duchándose o pintándose las uñas de sus bonitos pies en el espacioso y bien provisto cuarto de baño de sus padres? ¿Y si estaba, por qué no, corriendo arriba y abajo por los enrarecidos pasillos del Grand Union de Peterskill? La posibilidad de encontrarse con la casa vacía le había acosado durante todo el camino desde la carretera, campo a través y colina arriba hasta la cabaña. Primero percibió el olor, luego levantó los ojos hacia la oxidada chimenea y lo vio: humo, pálidas hebras de humo contra un cielo que parecía hecho de la misma textura.

Súbitamente confiado, entusiasmado incluso, echó a andar por el patio, que seguía tal como lo recordaba: unos pocos raigones diseminados, madreSelva caída de la casa formando montoncillos helados, herrumbrosa maquinaria asomando su esqueleto entre los bajos arbustos. El porche, como siempre, estaba sembrado de todo lo que no servía pero era demasiado valioso para arrojarlo a los elementos, y allí estaba la vieja y venerable madera de la propia cabaña, que había adquirido el color del zorro plateado, ya que nunca se había desperdiciado ni una gota de pintura en su burbujeante y remendado pellejo. Mientras subía los escalones, un par de cabras

patizambas estiraron el cuello para acecharle desde el rincón más lejano de la casa, y un gato leonado, con un parche blanco sobre un ojo, pasó disparado por entre sus piernas y se perdió en la porquería que flanqueaba el camino. Y de pronto oyó a Jessica moviéndose sobre el suelo entarimado de dentro, sobre las mismas maderas que le sostenían al otro lado de la puerta. O al menos pensó que la oía. Qué demonios. Se esforzó por esbozar una sonrisa y dio los golpes. En la puerta. Con los nudillos.

Silencio mortal.

Silencio paralizante.

Silencio a la vez tenso y expectante.

Volvió a intentarlo, *toc, toc*. Entonces pensó que lo mejor sería llamarla:

—¿Jessica?

Sabía que estaba allí, la oía moverse por el suelo haciendo crujir y rechinar las secas tablas de madera bajo ella, bajo él. Uno, dos, tres, cuatro, la puerta se abrió —vio la estufa encendida, la cama recién hecha, las estanterías llenas de botes de esto y aquello—, y ella estaba de pie frente a él.

—¡Walter! —exclamó Jessica como si identificara a un sospechoso en una rueda de presos policial. Él vio en su rostro sorpresa y consternación, y sonrió con más dureza. Llevaba tejanos, un par de zapatos masculinos de lona con el empeine alto y un grueso jersey trenzado. Llevaba el pelo suelto y un flequillo —un flequillo de cantante folk, recién cortado— cubría la alta y blanca curva de su frente patricia. Estaba guapa. Más que guapa. Parecía la chica con la que se había casado.

—Pasaba por aquí —bromeó—, y se me ocurrió entrar a decirte hola, bueno, adiós...

Jessica permaneció inmóvil, con la puerta suspendida sobre sus goznes, y por un momento Walter pensó que se la iba a cerrar en las narices, despidiéndole con cajas destempladas, que le iba a echar como a uno de esos vendedores puerta a puerta que hablan a toda velocidad con un aspirador colgado del hombro. Pero la expresión de su cara cambió, retrocedió y, de un modo quizá demasiado vivaz, le dijo:

—Bueno, entra, no te quedes ahí, que hace frío.

Y él entró.

En cuanto Jessica cerró la puerta, ambos se sintieron cohibidos: estaban en una celda, en una caja, en una gruta, no había adónde ir, no sabían qué hacer con sus manos, adónde dirigir sus ojos, si sentarse o quedarse en pie o qué decir. Walter estaba apoyado en la puerta. Y ella de pie a medio metro de él, tan pálida como aquella vez en que había abierto un melón calentado por el sol en una pradera de Catskill y el cuchillo resbaló y le cortó. Jessica tenía la cabeza baja y se cogía las manos. ¿Era un momento difícil? Ustedes mismos.

Fue Jessica la primera en recobrarse. Se volvió, pasó junto a él y se inclinó ágilmente a despejar el único sillón de su carga de sombreros, chaquetas, pipas para opio, ralladores de queso, libros de bolsillo y otros objetos, y al mismo tiempo repitió

lo que Walter le había dicho en la puerta:

—¿Adiós? ¿Qué quieres decir? ¿Te vas a vivir a otro sitio o algo así?

De modo que Walter pudo sentarse en el sillón vacío y contarle lo de su inminente viaje al corazón de la noche polar, bromear sobre trineos y botas de piel de foca y preguntarle, con burlona cortesía, si sabía de un buen perro que pudiera llevarse para calentarse las manos.

—No, en serio —continuó animado por la risa de Jessica—. No tienes que preocuparte por mí. No soy un novato. He leído a Jack London, y seguro que no voy a salir de mi habitación del motel camino del bar sin escupir primero.

—¿Escupir?

Él miró por encima de su hombro como si fuese a revelar un secreto celosamente guardado, y luego se inclinó hacia delante.

—Ajá —dijo bajando la voz—. Si tu escupitajo se hiela antes de llegar al suelo, te vuelves a la cama y esperas la primavera.

Riéndose, ella le ofreció un vaso de vino —el vino avinagrado que Tom Crane hacía fermentar en un rincón durante los dos últimos años—, y se sentó a la mesa, bajo la ventana, para ensartar unas cuentas y escucharle. A Walter le pareció un buen síntoma que ella se sirviera también un vaso.

—¿Sabes? —le dijo de pronto—, aquel tipo del hospital, el que estaba en la cama de al lado... Un liliputiense, creo. O un enano. Nunca me acuerdo de la diferencia.

—Los liliputienses son como niños —dijo Jessica indicando el tamaño con las manos—. Todo en proporción.

—Entonces éste era un enano. Era viejo. Tenía la cabeza grande, grandes orejas, nariz enorme, etcétera. —Hizo una pausa—. Se llamaba Piet. Conoció a mi padre.

Ella le dedicó una mirada furtiva y luego volvió a su trabajo, tirando de una punta de hilo con los dientes.

—Él fue el que me dijo que estaba en Alaska.

—Así que es eso —dijo Jessica mirándole—. Tu padre.

Walter frotó el vaso entre sus palmas como si intentara calentarlo. Sonrió mirando al suelo.

—Bueno, ya sabes, ahora no es el mejor momento para pasar unas vacaciones allí. La gente se queda sin nariz, los lóbulos de las orejas se hielan y los dedos de los pies se caen como hojas...

Ella volvió a reírse. Era una risa de otros tiempos, una risa que le dio esperanzas.

Él levantó la vista, ahora sin sonreír.

—Espero encontrar su pista allí. Verle. Hablar con él. Después de todo, es mi padre, ¿sabes? —Y luego le contó lo de las cartas que le había escrito, a veces dos y tres en un solo día, intentando atrapar once años en un par de meses—. Le dije que estaba bien, que lo pasado pasado estaba, que sólo quería verle. «Querido papá». Escribí «Querido papá» al empezar la hoja.

Se bebió el vino y dejó el vaso sobre una caja llena de revistas viejas. Jessica no

le hacía caso, veía su perfil, tirando de las cuentas como si no hubiera nada más importante en el mundo. Walter la contempló un momento, miró sus labios curvados por la concentración y comprendió que fingía. Le escuchaba. Estaba temblando. Ardiendo. Lo sabía.

—Escucha —le dijo cambiando de pronto de tema—. No sabes lo mal que me sentí aquel día en el Grand Union. De verdad. Quería echarme a llorar. —Su voz parecía salir de lo más hondo de su garganta.

Jessica levantó los ojos hacia él, unos ojos ablandados, incluso un tanto húmedos, pero los dejó caer. Era casi como si no le hubiera oído. Él estaba abriéndole su corazón, y ella se puso a hablar sin parar de cosas que no tenían ninguna relación. Le habló de la guerra, de las manifestaciones de protesta, del entorno: vertían al río aguas fecales sin depurar, ¿no le parecía imposible? Y veinte kilómetros más abajo miles de personas bebían aquella misma agua. Era increíble, ¿verdad?

Increíble. Sí. Walter le dedicó una mirada sentimental y seductora —o lo que él pensaba que era una mirada sentimental y seductora—, y se dispuso a escucharla. Iban por el tercer vaso cuando ella sacó el tema del *Arcadia*.

Hasta aquel momento su letanía de barrabasadas industriales, su enumeración de plantas amenazadas y de valles polucionados, su ingenua aseveración de que fulano o mengano había dicho esto o aquello y de que en tales o cuales niveles había mil veces más de lo permitido por la ley, sólo había conseguido arrullar a Walter y sumirle en un estado de beatífica calma. La escuchaba a medias, observaba sus manos, su pelo, sus ojos. Pero ahora, de pronto, aguzó el oído.

El *Arcadia*. Era un barco, una chalupa, construido según un modelo antiguo. Walter todavía no lo había visto, pero había oído hablar de él. Muchísimo. Dipe y sus compinches de la Asociación de Veteranos estaban furiosos contra él. «Son otra vez los tumultos —Walter, le había dicho Depeyster una noche—, hace veinte años les dimos una lección en aquel pastizal de vacas que hay carretera abajo, y ahora parece que lo hayan olvidado». Por lo que respectaba a Walter, no tenía mucha importancia. ¿A quién le importaba si había un cascarón más o menos en el viejo y cansado río? Pero comprendía su punto de vista. Lo que más soliviantaba a Dipe, LeClerc y los demás era la implicación de Will Connell, aquello estaba claro. Sólo su nombre ya era como un fantasma, una bandera roja, un guante arrojado a sus pies. Robeson estaba muerto, pero Connell permanecía activo, aureolado por la reacción contra la caza de brujas de McCarthy, un superviviente, un héroe. Y allí estaba, desfilando por el río arriba y abajo en un barco del tamaño de una sala de conciertos («Es increíble Walter —dijo Depeyster con la voz encendida por la indignación—, fabricar ese... ese circo flotante como tapadera para esa mierda comunista... limpiar el agua, qué gilipollez. Lo único que les importa es hacer ondear la bandera del Vietcong en las escaleras del Capitolio...»), riéndose en las narices de la misma gente que se había levantado para hacerles callar a Robeson y a él veinte años antes.

Fachas. Eso era lo que Walter había pensado siempre de ellos —como le habían

enseñado—, pero ahora que conocía realmente a Dipe, ahora que había trabajado con él, se había sentado en su sala, había bebido su whisky, se había confiado a él, veía que había mucho más de lo que había imaginado. Hesh, Lola y los padres de su madre le habían impuesto su versión de Depeyster, ¿y acaso no era aquello propaganda? ¿Acaso no le habían ofrecido una sola versión de la historia? ¿Acaso no le habían repetido durante toda su vida que su padre no era bueno, que era un traidor, un delator, un débil? Después de todo, se habían equivocado respecto a los soviéticos, y en el fondo de sus corazones, lo sabían. Habían aceptado la línea del partido como si estuviera grabada en piedra. Luego Stalin lo corrompió todo, ¿y qué hicieron ellos? ¿Libertad? ¿Dignidad? ¿El paraíso de los trabajadores? Rusia se había convertido en un cementerio, un campo de esclavos, y el partido era el máximo opresor.

Eran unos crédulos: Hesh, Lola, su triste y melancólica madre y sus padres antes que ella. Eran soñadores, reformistas, idealistas que bailaban al son que les tocaban, eran víctimas. Estaban convencidos de que eran los líderes de los débiles y los oprimidos, pensaban que podían mitigar la maldad del mundo dándose la mano, cantando y enarbolando pancartas, cuando la verdad es que ellos eran los débiles y los oprimidos. Les habían engañado. No eran duros, no eran despiadados, no eran libres. Eran soñadores. Como Tom Crane. Como Jessica. Por la mañana se iría a Alaska, al encuentro de su padre, y él le explicaría qué había ocurrido. ¿Un traidor? Walter no lo creía. Ya no.

—¿Sabías que somos miembros fundadores? —le preguntó Jessica, pero Walter, aunque la miraba, no la veía— Tom y yo. Tom incluso lo tripuló desde Maine en el viaje inaugural.

No lo sabía. Pero podía habérselo imaginado. Claro, pensó endureciéndose de pronto, Jessica y Tom Crane, Tom Crane y Jessica. Los dos en el río, abrazados mojigatamente en su litera, blandiendo sus pancartas de ESTOY MÁS LIMPIO QUE TÚ en el puente y coreando consignas por la paz, el amor y la esperanza, desgañitándose en defensa de los monos araña y las focas, del salto de Ángel, la capa de ozono y el resto de los problemas gilipollas del mundo. De pronto Walter apartó su silla y se levantó.

—¿Me has oído antes? —le preguntó, y esta vez no había ningún matiz de humor en su voz, ni de humildad, ni de pasión—. Cuando te he dicho lo mucho que significas para mí.

Jessica inclinó la cabeza. La estufa crujió, un pájaro pasó volando ante la ventana.

—Te he oído —susurró.

Dio un paso adelante y la cogió por los hombros, le acarició el pelo. Sentía el calor de la estufa en el costado izquierdo, veía el melancólico bosque por la sucia ventana y sintió cómo se le encendía la sangre con sólo rozarla. Jessica seguía sentada, desplomada en la silla, con un batiburrillo de cuentas, cinta elástica, hilo de pescar y agujas de coser desparramado por la mesa frente a ella, y aunque la apretó contra sí, no respondió. Le acarició el pelo, pero ella volvió la cabeza y dejó caer los brazos inertes a los lados. Entonces Walter percibió su temblor, un temblor muy

hondo, una ola que se levantaba contra la fuerza de la gravedad llenándole el pecho, ardiendo y haciéndole vibrar los hombros: estaba llorando.

—¿Qué pasa? —le preguntó, y su voz tendría que haber sido suave, tierna, solícita, pero no lo era. Le sonó falsa, dura e impaciente, le sonó como una exigencia.

Jessica se sorbía las lágrimas intentando respirar en medio de los sollozos.

—Walter —jadeó todavía sin mirarle y tan inerte como si estuviera muerta—. No puedo.

Él tenía las manos puestas en su jersey y los labios sobre su pelo.

—Eres mi mujer —le dijo—. Y me quieres. —No, eso era un error—. Te quiero —añadió.

—¡No! —protestó ella con súbita vehemencia, volviéndose hacia él con una cara que era como una máscara, como la cara de otra persona, como una careta que se hubiera puesto para ir a un baile de disfraces, y luego le cogió los brazos por encima de los codos e intentó apartarle—. ¡No! —repitió, y por un momento Walter la vio como a través de una lupa, con los pequeños vasos de sus ojos anegados en sangre, gotitas de humedad atrapadas en sus pestañas, que eran gruesas como dedos, y las aletas de su respingona y dilatada nariz grandes y rojas como las de un animal—. Se acabó, Walter —dijo—. Tom. Ahora vivo con Tom.

Tom. El nombre le llegó desde ninguna parte, desde otro universo, y él apenas lo oyó. Víctimas. Soñadores. Luchó con los brazos de Jessica y tiró de su jersey como un mago torpe intentando quitar el mantel de una mesa puesta para ocho sin que se caigan las copas. Ella gritó. Agitó los brazos. Cayó contra la mesa. Las cuentas se desparramaron y cayeron al suelo como una fuerte lluvia, como el redoble del tambor de la marcha de los contaminadores en pro de la guerra. Le arremangó el jersey y se lo dejó bajo el mentón hecho un furioso nudo, luego la levantó de la silla y le clavó la ingle contra el borde de la mesa con el peso de la suya. Buscó su boca, pero ella la apartó. Buscó sus pechos, pero ella se estiró el jersey con las dos manos. Por fin fue a por sus tejanos.

Jessica no dejó de llorar, pero se agarró a él. Walter, que se apoyó en ella, buscó su lengua, y cuando ella se tensó contra él se mantuvo pegada y firme como si Walter fuera su vida, como si fuese todo para ella. Cuando acabó, él se apartó, y la expresión de los ojos de Jessica le asustó. Parecía herida, azotada, como un perro al que han alimentado y golpeado al mismo tiempo. ¿Era un moratón lo que tenía bajo el ojo? ¿Era sangre lo que tenía en el labio? No sabía qué decir, se había quedado sin palabras. Se subió la cremallera en silencio, se abrochó la cazadora. En silencio retrocedió, se alejó de ella y se dirigió a la puerta.

Despacio, tímidamente, como si se enfrentara a una bestia salvaje que podía saltar sobre él si apartaba la mirada un instante, hizo girar el tirador. Entonces ella se dejó caer al suelo, inerte como una muñeca. Se quedó acurrucada, inmóvil, con la cabeza refugiada en sus brazos y los tejanos arrollados en los tobillos. Walter ya no podía oír sus sollozos, pero veía su cuerpo blanco y encogido estremeciéndose con cada uno de

ellos.

Fue su última imagen de Jessica.

Bajar la colina fue fácil. Parecía patinar sobre sus pies, y cada vez que perdía el equilibrio, había un joven y tieso arbolillo que se extendía para que pudiera agarrarse. Retorció su mente como si fuera una toalla y expulsó la imagen de Jessica. Cuando llegó al puente ya estaba en Barrow, con sus sombras impenetrables, sus duras aristas, su geometría de hielo. Encontró a su padre, y su padre era saludable y vigoroso, el hombre que le había llevado al puente a sondear el lodoso río buscando cangrejos, el hombre que se había enfrentado a Sasha Freeman, a Morton Blum y al resto. «Walter —dijo su padre—, cuánto tiempo», y le tendió los brazos.

Disfraces

Era una mujer guapa, una belleza, con su costosa dentadura, su orgulloso y turgente pecho, su liso abdomen que se había redondeado sólo una vez para contener el soplo de la vida. Le gustaban también sus ojos, ojos como las canicas que ganaba de niño, la más pálida nube violeta encerrada en una bola de cristal, y le gustaba la forma en que ella le miraba cuando él le contaba cosas. Le contó la historia de la gran mujer de Manítú, y la de Mishemokwa, el espíritu del oso, y la de su padre y Horace Tantaquidgeon. Y ella se inclinaba hacia delante, con los labios entreabiertos, el ceño fruncido y una expresión de concentración tan intensa como si escuchase un oráculo, como si escuchase al padre de las naciones, al propio Manítú. Pero lo que más le gustaba de ella era que fuese una mujer blanca, la esposa del hijo de su antiguo enemigo. Era demasiado perfecto.

La conoció en Jamestown. ¿Cuánto hacía, cuatro, cinco años? Estaba harto de la cabaña, harto de arrastrar la carga de su raza sin esperanza, cansado de soledad, y se había ido al norte a recoger manzanas y cazar patos un par de semanas, quizá hasta el día de Acción de Gracias. Hasta que los lagos se helaran y los patos se fueran, y tuviera que volver. Era noviembre, el martes antes del día de Acción de Gracias, y él estaba sentado en el porche de la cabaña de Un Pájaro con un trapo, una lata de Tres-en-uno y la escopeta Remington de un solo tiro que tenía Un Pájaro. El día anterior la había utilizado para abatir a un par de patos marinos y un guaco, y la había limpiado y engrasado después de cenar. En realidad, entonces no la estaba limpiando, simplemente frotaba el cañón con un trapo mojado en lubricante, por hacer algo. El día era claro y ventoso, con un olor a tundra en el viento.

La camioneta —una Chevrolet nueva, blanca, con aquellos adornos de falsa madera a los lados— le sorprendió. Llegó por la esquina junto a la casa de Dick Fourtrier, entre las salpicaduras del agua sucia que llenaba los baches, frenó frente a la casa de Un Pájaro y se detuvo por fin en medio del camino. Las luces traseras se encendieron y la camioneta retrocedió hasta pararse justo frente a él. Vio una cabeza asomarse a la ventanilla y el viento agitando el humo del tubo de escape. La mañana se envolvió en silencio. La puerta del conductor se abrió y allí estaba ella, Joanna, la dama caritativa, acercándose por el lado del coche con sus zapatillas de cuero, su jersey de cachemir y su falda plisada, acercándose por el camino de losas con sus penachos de maleza amarillenta, acercándose a aquella casa que necesitaba una mano de pintura, acercándose a él.

—¡Hola! —saludó cuando estaba a medio camino, y su sonrisa mostró el resultado de todos aquellos años de chequeos cada seis meses y todos aquellos kilómetros de hilo dental bien plegado.

Él era estoico, era duro, era un ex convicto, un superviviente, un hombre que había vivido al margen, un comunista. Sus propios dientes estaban podridos como los de una hiena, y llevaba pantalones de trabajo, una camisa de franela y una camiseta que antaño había sido azul cielo, pero que ahora estaba embadurnada de grasa, de sangre, de salsa de carne, de restos de conejo, faisán y pescado. La observó con sus fríos ojos verdes y no dijo nada.

Ella se detuvo al pie del porche, sonriendo sin la menor aprensión, se frotó sus delgadas manos y empezó a hacer girar un anillo en torno a su dedo, un anillo de diamantes, un anillo que proclamaba su pertenencia a otro hombre.

—¡Hola! —dijo repitiendo el saludo, como si él pudiera no haberla oído la primera vez—. ¿Puede decirme dónde está el centro social?

El centro social. Él hubiera querido despreciarla, impresionarla, herirla, decirle que, por lo que a él respectaba, se podía meter por el culo el centro social, pero no lo hizo. Había algo en ella —no sabía qué— que la diferenciaba de las demás, de aquellas viejas bobas de pelo azul con sus raídas mantas, sus biblias y el resto de su quincalla benéfica, y él se asustó. Un poco. O quizá no era exactamente miedo, era un estremecimiento, una sacudida. No podía imaginársela enarbolando una pancarta (¡SALVAD A LOS POBRES IGNORANTES Y OPRIMIDOS NATIVOS DE AMÉRICA!) en medio de las otras o poniéndose un alegre delantal de barbacoa y sirviendo tortas y ristras de salchichas en uno de aquellos terribles almuerzos de caridad.

Ella era guapa, desde luego —y joven—, pero no era eso. Había algo más, algo más profundo, algo que se acercaba a él como un regalo, como un pastel de cumpleaños con todas las velas encendidas. No sabía qué era. Todavía no. Ya era mucho saber que había algo.

Como él no decía nada y se limitaba a clavar en ella aquellos ojos insolentes, mientras sostenía el cañón de la escopeta entre las piernas y lo frotaba de arriba abajo tan sugestivamente como podía, ella continuó, ahora un tanto insegura, hablando demasiado deprisa:

—Es la primera vez que vengo. Aquí, quiero decir. Vengo de más abajo, de Westchester, y Harriet Moore, que es amiga de un primo mío de Skaneateles..., bueno, resumiendo. —Se apartó el pelo para señalar la camioneta, a sus espaldas—. He traído la camioneta cargada de cosas que he recolectado en la zona de Peterskill, arándanos, melocotones en lata, judías blancas, salsas diversas, cosas así, para los que..., para ustedes, bueno, quiero decir para su gente y... —Su voz se apagó, confusa. La mirada verde era demasiado para ella.

Él dejó de frotar. Se oyó un graznido de ganso a menos de un kilómetro. Ella miró por encima de su hombro, al lugar donde estaba el coche, todavía en marcha, con la puerta abierta, y luego se volvió a él:

—¿Puede decirme dónde está?

Él habló por primera vez:

—¿Dónde está qué?

—El centro social.

Él dejó la escopeta sobre el periódico extendido para proteger las combadas maderas del porche, y se levantó de su silla para mirar por encima de ella. Luego sonrió, mostrando todos sus dientes podridos:

—Claro —dijo, bajó los escalones y se quedó un momento parado para aspirar su olor—. Claro que sé dónde está. Yo mismo la llevaré.

Aquella noche hicieron el amor, después de que Joanna descargara sus polvorientas latas de maíz con habas, pasta de anchoas y todas las porquerías que las buenas amas de casa de Peterskill habían encontrado hurgando en los oscuros rincones de sus alacenas, un acto que resultó bastante perjudicial para su ropa interior, que parecía recién salida de Bloomingdale's. Él se la arrancó en la cama de su aséptica habitación del Hiawatha Motel, donde todo —sillas, escritorio, marco del espejo e incluso el mueble del televisor— estaba hecho con troncos de madera esforzadamente pulidos, encolados y barnizados por las *squaws* de la reserva a cincuenta centavos la hora. Era un decorado diseñado para producir esa sensación de lugar fronterizo, de golpe de tomahawk y jefe indio en su tienda. Pero a Jeremy le producía una sensación muy distinta. Le daban ganas de desgarrar la ropa interior de las damas caritativas.

Pero Joanna le sorprendió. Él esperaba pudor, esperaba una ruborosa pudibundez, miradas de reojo y carnes temblorosas. Pero ella no era en absoluto así. Estaba hambrienta, ansiosa, y era más salvaje que él. En cuanto oyó su nombre, en cuanto desveló las pistas de su identidad —¿Van Wart? No, no puede ser, ¿Depeyster van Wart, hijo del viejo Rombout?—, supo que la poseería, que era el destino, que aquél era el regalo envuelto especialmente para él, y sintió que la humillaría, que la rebajaría, que le haría tragarse toda la amargura de sus cincuenta y cinco tristes y desesperados años. Pero ella le sorprendió. Cuanto más brutal era él, más le gustaba a ella. Le azotó, le laceró, le dejó marcas en la espalda, y lo trastocó todo. Él bajó la guardia. Cedió. Por primera vez en su vida se enamoró.

Todas las semanas la esperaba, esperaba la camioneta cargada de bolsos incrustados de falsa pedrería, equipos de golf, zapatos de lona Caldor, material para hacer grabados al boj, abrigos de hombre y chanclos, y la llevaba directamente del centro social al motel. Nunca le confesó cuánto odiaba aquel sitio, cuánto le molestaba. Pero al cabo de un mes o dos, después de abusar de la hospitalidad de Un Pájaro, y de que pasaran la Navidad y la nochevieja, le dijo que el Motel Hiawatha le daba náuseas. No era exactamente el motel, sino toda aquella porquería acordonada, vallada y olvidada de Dios que era la reserva. Un Pájaro. Los Tantaquidgeon. Todo. Apestaba.

Paseaban por la orilla del Conewango después de hacer el amor, ella con una arrugada chaqueta de gamo con flecos y unas polainas que él le había regalado por Navidad, él con sus pantalones de trabajo, su camisa de franela y la camiseta nueva que Joanna le había regalado a su vez, y ella le detuvo, tirándole del brazo.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó.

—Ha llegado el momento de cambiar. Vuelvo a Peterskill.

La expresión de Joanna mostró extrañeza durante un momento, y él se dio cuenta de que estaba intentando encajar la idea en sus esquemas, intentando situar a su salvaje amante aborigen en la tranquila escena de Peterskill, junto a su marido, su hija, el gran galeón de una casa que navegaba sobre perfectos jardines de hierba en una cadena infinita de días perfectos. Luego ella se encogió de hombros. Levantó la cara y le besó.

—Por mí muy bien —dijo—. Podré verte mucho más.

Así que empaquetó sus cosas —ropa interior, calcetines, mocasines, la burda indumentaria que se había confeccionado con pieles de animales y que llevaba sólo en su suelo nativo, el libro de Ruttenburr, el cuchillo de destripar— mientras Un Pájaro le manifestaba su opinión sobre la caritativa dama de ojos de cristal, y luego se subió a la camioneta junto a Joanna y viajaron cómodamente sobre los arroyos y colinas que había atravesado a pie por primera vez hacía tantos años. Miró por la ventanilla el río Allegheny, el Cohocton y el Susquehanna, los terraplenes bordeados de troncos de los Catskills, la oscura y profunda garganta del Hudson. Luego cruzaron el puente de Bear Mountain, llegaron a las afueras de Peterskill y avanzaron en dirección este por la carretera de Van Wart; entonces se sintió como Aníbal llegando a Roma, como un héroe conquistador, como un hombre que nunca más conocería la derrota.

Joanna bordeó la gran casa sobre la loma, pasó el indicador histórico que llevaba grabado su nombre —Jeremy Mohonk, el desdichado, su antepasado descuartizado por rebelarse contra el omnipotente patrón—, y se paró en el arcén junto al camino que conducía a los pastizales.

—Hasta luego —le dijo él, y desapareció como un fantasma entre las hileras de árboles, invisible desde el momento en que le volvió la espalda.

Ella fue a verle a aquella triste cabaña, y le llevó comida, libros, revistas, mantas, petróleo para la lámpara, utensilios de cocina, platos, mantelerías de lino con el anagrama de los Van Wart. De pronto la vida era buena, y él la abrazó como un hombre resucitado. Ponía trampas, cazaba, visitaba a Peletiah Crane y a su larguirucho nieto, se sentaba junto a la estufa en las frías tardes y pasaba las páginas de un libro. Y esperaba, paciente como un mongol, esperaba a Joanna.

Transcurrió un año, y luego otro. En la primavera del tercer año las cosas empezaron a cambiar. Mientras el invierno pasaba y la savia empezaba a fluir por los árboles, mientras él se sentaba hipnotizado escuchando el croar de los sapos o contemplaba los enjambres de moscas de mayo zumbando sobre la superficie del

lago, volvió el viejo dolor, el dolor que nunca podría curarse. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando? Era una mujer guapa Joanna van Wart, pero él era el último kitchawank, y ella era el símbolo de todo lo que él despreciaba.

—Quítatelo —le dijo una tarde, cuando Joanna se presentó a la puerta de la cabaña, bellísima con sus pantalones cortos y un corpiño, y con el pelo del color de las hojas de otoño.

—¿Quitármelo?

—El diafragma —dijo—. La píldora. Lo que se interpone entre nosotros.

—¿Quieres...?

—Exacto —dijo él.

Quería un hijo. No el hijo que Un Pájaro nunca podría darle, ni la infinidad de hijos que se habían derramado de sus manos en el oscuro agujero de Sing Sing, aquello era imposible. Quería otra clase de hijo, uno que tuviera menos del kitchawank que había en él y más de la gente del lobo. Aquel hijo no sería una bendición, ni le traería la gracia o la redención. Aquel hijo sería su venganza.

Al principio ella pensó dejar a Depeyster por él, tan fuertes eran sus sentimientos. Lo pensó de verdad. Jeremy la había hecho sentirse muy bien. Cuando hacían el amor era duro y tierno al mismo tiempo, le parecía que la propia tierra se había encarnado para penetrarla, como si Zeus —o no, algún oscuro dios indio, alguna criatura descendiente de Manítú— hubiera bajado desde la cumbre de la montaña para tomar a una mujer mortal. Él tenía casi veinte años más que ella, y su vida era una leyenda. Él era su mentor, su padre, su amante. Él era todo, absolutamente todo. Ella quería tenerle dentro. Quería festejarle, adorarlo, quería yacer contra él y escuchar su ronca voz convirtiéndose en el pulso de su corazón mientras él relataba las viejas historias como si acariciara diamantes.

¿Estaba obsesionada? ¿Estaba atontada? ¿Le habían sorbido el seso? ¿Era una dama madura y caritativa que llevaba collares de perlas y estaba muerta de ganas de follar, a la que se le humedecía la entrepierna sólo de pensar en él, que quería joder como una perra, como una *squaw*, como una princesa india, con un ardor que nunca se disipaba?

Sí. ¡Oh, sí!

Se sentaba a la mesa con su desapasionado marido y su ausente hija mientras una negra se inclinaba para servirle un medallón de ternera o un pedazo de langosta en la heredada vajilla de porcelana de Delft, y quería tocarse, levantarse de la mesa y correr al bosque aullando como una perra en celo. ¿Lady Chatterley? Era una monja comparada con Joanna van Wart.

Desde luego, todas las cosas tienen su estación, y todas las cosas deben llegar a su fin.

Mirando atrás, ella veía ahora que el principio del fin estaba claramente

delineado, como un capítulo de un libro. Llegó en aquella tarde de primavera de hacía dos años y medio, justo antes de que él abandonara la cabaña para siempre, la tarde en que le dijo que se quitara el diafragma y le diera un hijo. Era la vida. La naturaleza. Ocurrió lo que tenía que ocurrir.

El único problema fue que Jeremy empezó a comportarse con ella de un modo extraño. Se unieron, carne con carne, vigorizados por un nuevo sentido, un objetivo de esperanza y plenitud, de nuevo en éxtasis, y duró una semana. Si llegaba. Sin decirle nada, se marchó. Ella fue a la cabaña temprano, para sorprenderle, y no estaba. Estará pescando, pensó, estará revisando sus trampas y habrá perdido la noción del tiempo, y se dispuso a esperarle. Fue una larga espera. Porque había vuelto a Jamestown, había vuelto con Un Pájaro.

Tras una semana, una semana interminable, una semana eterna, una semana durante la cual no durmió ni comió y acechó la cabaña como uno de aquellos espíritus sin reposo que se decía que rondaban el lugar eternamente atormentados, Joanna cargó la camioneta con dieciocho cajas de pañuelos de papel Happy Face y fue a buscarle. Le encontró en el porche de Un Pájaro, sin camisa, con un collar de huesos pulidos colgando de su garganta, con la terrible carga de sus años atrapada en su zarabanda de cicatrices, en la caída de sus hombros, en la mirada de reptil de sus ojos. Estaba limpiando pescado y tenía las manos húmedas de sangre. En aquel momento parecía tan salvaje como cualquiera de sus salvajes antepasados. Pero no más que Un Pájaro, con sus ciento veinte kilos, que estaba sentada a su lado, mirándole.

Joanna no se dejó impresionar. Detuvo la camioneta enfrente de ellos, abrió la puerta y atravesó el camino como un demonio vengador. Llevaba las polainas, la chaqueta, el vestido de cuero crudo, y se había oscurecido la piel con sanguinaria hasta que había adquirido el tono de un trozo de hierro sacado del río. Seis zancadas más y ya estaba junto a él, hundiendo las uñas como garras en la carne de su brazo. Luego le condujo escaleras abajo y hacia un lado de la casa, sin hacer caso de la andanada de amenazas e insultos de Un Pájaro. Cuando llegaron a la parte de atrás, ocultos por la goteante ropa tendida, las suavemente ondulantes sábanas y gruesos calzones de Un Pájaro, le flageló con el cortante filo de su lengua. Empezó la espeluznante filípica que había ensayado durante su camino solitario por la carretera 17, y acabó con una pregunta retórica formulada en un gemido tan agudo que podría haber hecho huir a las águilas.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo? ¿Eh?

Él medía el doble que ella, y la miró con las verdes hendiduras de sus ojos.

—Limpiando pescado —dijo.

Ella esperó un minuto, balanceándose sobre las puntas de los pies, y luego le abofeteó. Fuerte. Tan fuerte que los dedos se le quedaron rígidos.

Igual de rápido y dos veces más fuerte, él le devolvió la bofetada.

—Hijo de puta —siseó ella con sus pétreos ojos húmedos por el impacto del

golpe—. Me has dejado, ¿no? ¿Para vivir con esa vieja gorda?

Él no dijo nada, pero sonrió levemente. Los inmensos e inocentes calzones de Un Pájaro flotaban con la brisa.

—¿No te acostarás con ella? No me digas que sí.

Él no le dijo nada. Su sonrisa se hizo más amplia.

—Porque si es así... —La voz se le quebró—. Jeremy —susurró tan suave y apasionadamente como si estuviera rezando—. Jeremy.

Él le cogió las manos.

—Quiero follarte —le dijo—. Tanto que...

Más tarde, cuando se alejaron del torpe espectáculo de aquellos hinchados calzones y acabaron haciendo el amor en un pequeño bosque de algodoncillos que había detrás de la casa de Dick Fourtrier, Jeremy contestó a su pregunta.

—He venido aquí a pensar, y eso es lo que estoy haciendo —dijo.

—¿En qué?

—Barcos.

—¿Barcos? —repitió ella tan desconcertada como si él hubiera dicho «perros pequineses», «sputniks» o «saxofones».

Barcos. Él iba a dejar la cabaña, al menos hasta que naciera su hijo, y, por cierto, ¿estaba ella...? ¿No? Bueno, seguirían intentándolo. De todas formas, lo que quería era cambiar de escenario. Toda aquella tierra de sus antepasados estaba empezando a pesarle. Sentía que el espíritu de Sachoes y el del primer y condenado Jeremy Mohonk le presionaban, y necesitaba un descanso, algo distinto, ¿entendía ella lo que quería decir? Había pensado que quizá le gustaría vivir en un barco, poniendo los pies fuera de aquella tierra que le estaba chupando día a día la escasa fuerza que le quedaba. Había visto un queche en venta en el muelle de Peterskill. Necesitaba mil quinientos dólares.

A ella no le gustaba aquello, no le gustaba ni pizca. Por una parte, su marido tenía un barco en el muelle, ¿y cómo se las ingeniaría para visitar a Jeremy sin despertar sospechas? Y por otra parte, los indios no viven en barcos. Viven en casas comunales, en tiendas, chozas y cabañas de cartón embreado, viven en tierra. ¿Y por qué demonios quería él destrozar el sistema de vida que se habían montado? De aquella forma, ella podía visitarle siempre que su espíritu se lo pedía. Atravesando el bosque y directamente hasta su cama, en una caminata de quince minutos que la humedecía y le hacía centellear los ojos. No, a ella no le gustó la idea, pero le dio el dinero de todas formas.

Y ahora, en el mes más sombrío de su vida, en el penúltimo mes de su embarazo, en el desconsolador y desastroso octubre de un año de tumultos en las calles, asesinatos y hombres pisando la luna, ahora, después de dos años de citas en la secreta y cimbreada oscuridad de aquel húmedo bote que hedía a pescado, comprendió por qué lo había hecho. Para burlarse de ella. Para castigarla.

Era una vieja historia, una historia triste, y se resumía así: hacía tres semanas,

grávida, hinchada con su bebé, cargada con la ajena presencia en su interior y al mismo tiempo más ligera que el aire, fue a su encuentro, preñada de futuro, queriendo sólo agarrarse a él, tocarle, retozar con él en la estrecha litera del *Kitchawank* mientras flotaba por la translúcida piel del río. Como siempre, dejó el coche en el aparcamiento del restaurante de Fagnoli y cogió un taxi hasta el embarcadero, y como siempre le encontró en la cabina del barco, leyendo (se leía dos o tres libros al día: desde algo de Marcuse, Malcom X o Mao Tsé-tung, hasta James Fenimore Cooper o las fantasías de Vonnegut, Tolkien o Salmon). Aquel día en concreto —ella lo recordaba con claridad— estaba leyendo un libro en rústica cuya cubierta mostraba a una mujer de generoso pecho, semidesnuda y agachada junto a una criatura reptiliana color hígado con dientes como garras y un inconfundible bulto que se destacaba en la entrepierna de su mono plateado.

—¡Hola! —dijo suavemente, bajando la cabeza para esquivar el insidioso bao contra el que se había dado cabezazos un centenar de veces.

Él no le devolvió el saludo. Y cuando ella se dispuso a apretujarse junto a él en la litera —torpemente encorvada, con el bebé colgándole como un péndulo—, ni se movió. Joanna sintió el barco balanceándose bajo su cuerpo y se sentó pesadamente al borde de la litera, frente a él, a casi un metro de distancia en aquella habitación tan estrecha. Durante largo rato permaneció sentada, radiante, sonriéndole, embebiéndose de él, y luego, cuando sintió que le deseaba tanto que no podía esperar un segundo más, rompió el silencio con una suave y amistosa pregunta:

—¿Es bueno el libro?

Él no contestó. Ni siquiera con un gruñido.

Pasó otro momento. El aire que llegaba por el portalón era frío y salado, y olía a la mezcolanza que fluía por las venas del río. Olía a pescado y a algas, pero también olía a otras cosas, cosas no tan agradables. Ni tan naturales. ¿Quién le había contado que más arriba había cloacas que vertían directamente al río? Escudriñó el mugriento portillo que había detrás de Jeremy y se imaginó el gris remolino lleno de flotantes excrementos humanos, papel higiénico y compresas, y se sintió deprimida.

—Jeremy —dijo de pronto, y las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera contenerlas—, voy a dejar a Depeyster.

Por primera vez él la miró. Los encapotados ojos que conocía tan bien se levantaron de la página del libro y enfocaron su verde mirada furtiva en los de ella.

—Me da igual lo que piensen él, mis padres, mis vecinos o quien sea. Me da igual si no me concede el divorcio. Lo que quiero decir es que deseo vivir contigo. —Le cogió la mano y se la apretó—. Siempre.

Ya estaba dicho, las palabras flotaban en el aire y no había posible retorno.

Era un tema que él siempre había evitado. Tenaz. Asiduamente. A Joanna le parecía que incluso con temor. Sí, le aseguraba, quería que ella tuviera a su hijo. Sí, quería vivir una temporada junto al río, pescando, cogiendo cangrejos, haciendo trabajos ocasionales en el muelle para ganar lo poco que necesitaba: un dólar aquí y

allá para comprar libros de bolsillo de segunda mano, una caja de huevos, algún refresco ocasional. Y sí, la quería (aunque esa pregunta no tenía ningún sentido, ¿verdad?), pero ella era la mujer de otro hombre, y las cosas estaban bien así. Además, él no veía claro el futuro. Al menos, todavía no, todavía no.

Pero ahora ya estaba dicho y no había vuelta atrás: ella iba a dejar a Depeyster por él.

—Puedo vivir contigo aquí en el barco —continuó mirando al suelo, y las palabras salían de su boca como en un torrente—. Y podemos ir río arriba a Manitou, a Garrison o a Cold Spring. O quizá al otro lado del río, a Highland Falls o a Middle Hope. Yo tengo dinero, mi propio dinero, que mi abuelo materno me legó cuando era una niña, y que nunca he tocado, ya sabes, pensando que algún día... —Pero no pudo continuar, porque de pronto, inconscientemente, había levantado la vista para mirarle a la cara.

Y su cara tenía una expresión terrible. Ya no era la cara del estoico que podía haber posado para la figura del dorso de una moneda, ni tampoco la del extraño y carismático hombre que la había conducido a través del umbral de la radiante habitación del Hiawatha Motel o que le había enseñado a deslizarse por el bosque como el espectro de un ciervo; era la cara del soldado, del vengador, la cara que acompañaba al amenazador tomahawk. Jeremy se incorporó. Se levantó violentamente de la litera y se encorvó sobre ella, y su espalda, sus hombros y su cuello se confundían con las oscuras maderas del bajo techo.

—No te quiero —dijo—. Ni quiero a tu bastardo mestizo, a ese medio mestizo tuyo.

Tenía la cara junto a la suya. Ella percibía el olor a pescado de su aliento, el sudor seco en la axila de su camisa.

—Expoliadora —siseó—. Usurpadora. Loba. Dama caritativa. —Juntó los labios casi como si fuera a besarla, y mantuvo su fiera mirada sin límites—. Te desprecio.

A la mañana siguiente el *Kitchawank* se había ido.

La voz de Depeyster —«¡Joanna, Joanna, mira esto, por favor!»— le llegó como desde otra dimensión, como si ella estuviera intentando reconducir su vida por el frío lecho del río, y la corriente se llevara las palabras.

—¡Joanna!

Llamaban a la puerta. Había niños en la puerta, los veía por la ventana, vestidos de brujas, de fantasmas, de duendes, de guerreros indios, de princesas indias. Una calabaza iluminada miraba de soslayo desde el rincón, donde su marido, que amaba aquella tradición más que cualquier niño, había puesto un cuenco de maíz garrapiñado y merengues. Se levantó aturdida de la silla, luchó contra el tirón de la corriente y a tientas fue a abrir. Las voces de los niños la rodearon, la engulleron, y sus feas y pequeñas garras se aferraron al contenido del cuenco, que ella consiguió

levantar de la mesa y colocar por encima de su abultado vientre. Luego se marcharon y ella luchó a contracorriente para hundirse pesadamente en la butaca.

—¡Joanna, cariño!

Se volvió en dirección a su voz y allí estaba; llevaba medias de seda y calzones hasta la rodilla, una casaca de cuadros con los faldones rectos y magníficos botones de latón, zapatos de hebilla y sombrero cónico.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó ajustándose el ala del sombrero ante el espejo que había sobre la chimenea.

¿Qué aspecto tenía? Parecía un refugiado de aquellos retratos de grupo de Rembrandt, un colono, un pionero, el encomendero que les había arrebatado las tierras a los indios. Estaba exactamente igual, hasta el más mínimo detalle, que cada año, cuando se disfrazaba para la fiesta de Halloween en casa de LeClerc Outhouse. En una ocasión, mucho tiempo atrás, cuando aún era joven y aventurero, se había vestido de Pieter Stuyvesant, con su pata de palo y todo, pero desde entonces siempre se había disfrazado de encomendero. Después de todo, le había dicho, ¿por qué negarse a la perfección?

—Estás muy bien —le dijo, y las palabras salían de sus labios como si estuvieran atrapadas en una viñeta de tebeo.

Ya se había vuelto, y estaba a punto de sumirse de nuevo en las profundidades cuando él la sorprendió. La despertó. Cruzó la habitación para resucitarla, levantarla, braza a braza, de las profundidades. Empezó con el sonido del descorchar de una botella, y el tacto de una fría y larga copa.

—Un brindis —propuso.

Estaba allí, a su lado, y su voz era tan clara como si después de todo sólo les separase el aire.

Levantó la vista para mirarle, rígida como un cadáver, con el peso de todas aquellas toneladas de agua presionando contra ella, y se esforzó por levantar su copa.

—Un brindis —repitió.

Depeyster estaba radiante, sonriente, hacía girar los ojos y se relamía con una alegría loca y diáfana; de pronto se inclinó para cogerle la mano libre y la sostuvo hasta atraer su total y plena atención. Cuando habló, dejó caer su voz para parodiar el tono profundamente untuoso de Wendell Abercrombie, el pastor episcopalista.

—En memoria de Peletiah Crane —dijo sujetando su copa en alto como si fuese un cáliz.

Ella estaba tan abstraída que tardó un momento en comprenderlo.

—¿Quieres decir que... ha muerto?

—¡Sí, sí, sí! —cacareó, y Joanna pensó que iba a ponerse a retozar y a dar cabriolas por la habitación como una cabra—. Esta noche. Esta tarde. Justo después de oscurecer.

Ella no pudo evitarlo. Le miró la cara, el disfraz, la copa vacía en su mano, y sintió que se recobraba y animaba. No se paró a pensar si era apropiado —aquella

súbita alegría ante la noticia de la muerte de alguien—, porque algo le ocurría a su cara, algo que hacía mucho que no pasaba y resultaba una novedad: sonreía. Joanna estaba compartiendo la alegría y el triunfo que se reflejaban en el rostro de su marido, mostrando sus alegres hoyuelos, con los ojos brillantes.

—Acaba de llamar Marguerite —añadió él, y luego, en su excitación, se arrodilló ante ella, el sombrero antiguo se le cayó y apretó la mejilla contra el bulto de su abdomen—. Joanna, Joanna —murmuró—. No puedo decirte lo que significan para mí el niño, la propiedad, esas cosas tan maravillosas que nos están ocurriendo.

Dadas las circunstancias, aquello era lo más natural que podía hacer, y Joanna ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba haciendo: le cogió la cara con las manos, la sostuvo contra ella y se inclinó para rozar con sus labios la coronilla de su cabeza.

Se acabaron el champán. Depeyster se sentó a sus pies, balanceando su copa, charlando de criaturas y temperamentos, de sillas, botas y pantalones de montar, y de si ella creía factible que pudieran encontrar un mozo de cuadra competente que fuera a horas, y quizá también un profesor de equitación, para el chico, quería decir. Estaba tan exaltado, tan invadido por la felicidad del momento, que ni siquiera Mardi podía desanimarle. Mardi desfiló por el vestíbulo con su disfraz de gatita (media docena de bigotes de gato hechos con rímel, una cola de limpiapipas retorcidos y un corsé de cuero tan escotado por delante y tan apretado por detrás que no le dejarían llevarlo en la playa), y Joanna la observó detenerse en la puerta como para provocar un enfrentamiento, pero Dipe no quería saber nada. Se volvió como si no la hubiera reconocido y continuó con lo que estaba diciendo incluso cuando la puerta se cerró con un portazo a sus espaldas.

—Oye, Joanna —dijo—. Ya sé que no te gusta y que en los dos últimos años has pasado de ir, pero ¿no crees que podrías venir conmigo esta noche? —Y antes de que ella pudiera contestar, él continuó como para anticiparse a sus objeciones—. No tienes que cambiarte si no quieres, puedes ir así, como Pocahontas, como una princesa india, y al infierno con ellos. Tu traje hace juego con éste. —Se rió tirando de la gorguera de aquella pieza de museo que llevaba puesta.

Fue entonces cuando Joanna recobró el aliento, se sintió liberada, reanimándose más y más, hasta que por fin rompió todas sus ataduras y llenó sus pulmones hasta la saciedad con el dulce, etéreo y superabundante aire.

—No —dijo con voz suave pero firme—. Será mejor que me cambie.

Van Wartwyck, dormir y despertar

Tras los acontecimientos de aquel tumultuoso verano de 1679, el verano que vio a Joost Cats degradado, el adolescente Mohonk arrastrado más allá del mundo conocido y a Jeremias van Brunt puesto en su sitio para siempre, el soñoliento rincón de Van Wartwyck cayó en un hondo y profundo sopor. Las hojas cambiaron de color y cayeron de los árboles, como tenía que ser; las charcas se helaron y llegaron las nieves, como era habitual, y luego volvieron a fundirse. Las vacas parieron y las cabras también, la tierra abrió sus piernas para recibir el ofrecimiento anual de semillas, la cosecha creció durante los suaves meses del verano y cayó bajo la guadaña y el rastrillo en el otoño. El viejo Cobus Musser pasó silenciosamente de este mundo al otro en un frío atardecer de invierno mientras fumaba junto al fuego, pero nadie ajeno a la familia se enteró hasta la primavera, y para entonces no tenía ya mucha importancia. La señora Sturdivant se quedó embarazada, pero, para su eterno pesar, dio a luz a una niña muerta con una mancha en forma de murciélago sobre el pecho izquierdo, una tragedia que ella asoció al miedo que había pasado en aquel terrible día en casa del patrón el verano anterior. Y Douw van der Meulen pescó un esturión tuerto más largo que una canoa kitchawank y tan pesado que hicieron falta tres hombres para transportarlo. Así que, exceptuando el tema del cuerpo del pez gigante, apenas hubo temas con que alimentar los chismorreos durante aquel largo año soñoliento que llegó pisándole los talones a aquel exasperante verano.

Hasta el invierno del año siguiente, el invierno de 1680 a 1681, la comunidad no tuvo ocasión de salir, aunque fuera fugazmente, de su entumecimiento. La ocasión fue la llegada del nuevo patrón (es decir, el primo del patrón, el hijo de Lubbertus, Adriaen, un hombre de cabeza napiforme y gruesos y húmedos labios) y el coincidente regreso del mestizo de ojos verdes con su tímida esposa weckquaesgeek y su hijo medio mestizo. Ahora bien, aunque Adriaen van Wart no era exactamente el patrón —Stephanus había comprado hacía mucho la parte de la propiedad que correspondía a su primo—, tampoco era simplemente un empleado, como lo había sido Gerrit de Vries antes que él. Aparentemente era una especie de hito o de mojón, un peón, un caballo o una torre que ocuparía una posición estratégica hasta que el gran maestro decidiera sacrificarle o ponerle a jugar. Y por encima de todo, era un vástago del menor de los Van Wart, corpulento, de lentos movimientos y calzones abombachados, nacido el mismo año en que murió su padre y criado por su nerviosa tía, que había vuelto a Haarlem (donde su madre pensaba que recibiría una educación

superior y podría aspirar a dirigir la cervecería de la familia, pero la realidad fue que se convirtió en bebedor de cerveza en vez de aprender a fabricarla), y que, engatusado por su influyente primo, había vuelto al Nuevo Mundo a hacer fortuna. Tenía dieciocho años y era gordo, soltero y estúpido. Su madre estaba muerta, su hermana Mariken vivía con su marido en Hoboken. Su primo Stephanus era el único al que podía recurrir, y que Dios y san Nicolás le protegieran.

¿Y Jeremy?

Aún no había cumplido los diecisiete y ya era un hombre casado, según los ritos y costumbres de los weckquaesgeek, y padre de un bebé de nueve meses. Era saludable, de miembros gráciles y ojos despiertos, y la cocina nativa parecía congeniar con su naturaleza: se le habían robustecido el pecho y los hombros, y donde antes los palillos de sus piernas se unían directamente al torso, ahora tenía la inconfundible y curvada definición de un par de nalgas. Sin embargo, parecía que durante su ausencia había perdido definitivamente la capacidad de hablar. Lo que había empezado como una predisposición a la taciturnidad, o quizá una escasa inclinación hacia los sustantivos, verbos, conjunciones, adverbios y preposiciones, se había convertido en algo aberrante durante su estancia entre los weckquaesgeek. Quizá había sido provocado por algún recuerdo particularmente desagradable de sus tempranos días en aquella tribu de tan mala estrella, días en los que había sufrido por el abandono en que se hallaba su madre, además de su propio e incesante tormento a manos de sus compañeros de juego de ojos uniformemente negros. O quizá la causa fuera física, algo asociado a la patología del cerebro, un fallo en los centros del habla, una afasia. ¿Quién podía saberlo? Ciertamente, no las buenas *squaws* y los chamanes de los weckquaesgeek, que hacían todo lo que podían para restañar el flujo de sangre causado por el diluvio de accidentes que sobrevenían a diario sobre su desagradecida comunidad, y apenas advertían que el rehabilitado Squagganeek no decía nada. Ni, ciertamente, tampoco un médico como el ilustrado Huysterkarkus, quien, de haber sido consultado, habría prescrito sin duda sangrías, cauterios, vomitivos, purgantes y sanguijuelas del pantano, aplicados en un caprichoso orden.

En cualquier caso, aunque Jeremy hubiera perdido el don del habla, su prodigioso retorno, emparejado con la llegada de Adriaen van Wart, les dio a los chismosos abundante alimento durante varios meses: «Quién iba a pensar que después de tanto tiempo creyendo que las fieras salvajes lo habían matado y destripado, volvería de repente, y más habiendo escapado de la ley como lo hizo... Quién iba a pensar que se presentaría en el porche de la casa de su tío con el mejor aspecto que uno pudiera imaginarse, como si hubiera salido a dar una vuelta por el vecindario o algo así. Y con una mujer a su lado, casi una niña, envuelta en sus grasientas pieles y apestando como un estercolero, y con su propio bastardo mestizo amarrado en uno de esos cestitos indios para las criaturas, aunque, bien mirado, sólo tiene un cuarto de mestizo. Pero no podía hablar, ni una palabra. Goody Sturdivant dice que se le han olvidado el holandés y el inglés, viviendo entre aquellos paganos (como su madre

había hecho antes que él, qué caso más triste, ¿no?), tomando parte en sus depravados e impíos ritos y quién sabe qué. Mary Robideau dice que le han cortado la lengua los salvajes, pero quién sabe lo que es verdad y lo que es mentira en estos días... ¿Y se ha fijado en el primo del patrón, ese que va a asentar sus enormes posaderas en la gran mansión? Sí, sí, eso es lo que he oído: Geertje Ten Haer visitó a su hija como si fuera una fulana, la pequeña, que aún no ha cumplido quince años, qué desvergüenza, ¿verdad?, y fue a la casa el mismo día en que el joven montón de grasa se instalaba. Ya, ya sé, ya sé...».

Y así fueron las cosas hasta que Adriaen acabó de instalarse y el silencioso Jeremy y su igualmente silenciosa mujer se volvieron habituales en Nysen's Roost, y la reducida e incestuosa comunidad de Van Wartwyck pudo volver a dormir.

Para Wouter el regreso de su primo fue algo milagroso, ciertamente, pero que él tuviera un lugar adonde regresar aún era más milagroso. El otoño en que debía cumplirse su condena llegó y pasó, y los Van Brunt siguieron en posesión de su granja de cuatro hectáreas en el Nysen's Roost. El 15 de noviembre el viejo Ter Dingas Bosyn llegó en la carreta a cobrar la renta, que *vader*, obsequioso como un perrillo faldero, contó y cargó por sí mismo. El patrón había trasladado a su familia de vuelta a Croton en cuanto las primeras heladas llevaron a los árboles a su letargo invernal, y se llevó consigo a su *schout*, el hombre que comía medusas. Y así estaban las cosas. Sin desahucio. Pasó otro año y *vader* volvió a pagar su renta sin demora, y el viejo y orondo *commis* volvió a aceptarla e hizo sus precisas anotaciones en el libro de cuentas. Wouter, que temía lo peor —que ya se veía desahuciado de su casa mientras su madre y hermanas se retorcían las manos, y su padre halagaba, rogaba y lamía las botas del patrón—, estaba desconcertado. Temía que llegara el día, temía el desdén del patrón, la maligna mirada del enano y la presa de sus manos atrofiadas, el frío y desnudo metal del espadín que una vez le había abierto la cara a su padre... Pero ese día nunca llegó.

Corría la voz de que el patrón se había ablandado. Geesje Cats se había arrodillado ante la madre del patrón, y aquella hosca anciana que había renunciado a todo placer y comodidad intercedió por los Van Brunt. Al menos, eso decían. Y Wouter recordaba además que una semana, hacia finales de octubre de aquel año fatídico, Barent van der Meulen fue a cuidarles a él y a los demás niños mientras *moeder* y *vader* enganchaban la carreta y se iban a casa de *grootvader*, en Croton. Nadie sabía lo que había pasado después, pero Cadwallader Crane, que se había enterado por su padre, decía que Neeltje y Jeremias habían suplicado infatigablemente ante el patrón, rondando su jardín, proclamando su fidelidad noche y día, llegando incluso a arrodillarse ante él y a besar su enguantada mano cuando aparecía en la cuadra para practicar su ejercicio diario, todo con la esperanza de convencerle de que cambiara de opinión.

Fuera como fuese, todo aquello soliviantaba a Wouter. Casi deseaba que el patrón hubiera ido y les hubiera expulsado de sus tierras. Habría preferido haber tenido que marcharse hacia el oeste y empezar de nuevo, haber vivido como mendigos en las calles de Manhattan, haberse rapado las cabelleras y haberse hecho cortes para vivir desnudos entre los salvajes. Al menos, así su padre habría vuelto a la vida. Ahora era un esclavo, un eunuco, un inútil que vivía sólo para servir a sus superiores. Trabajaba los campos como anestesiado, desde el amanecer hasta que oscurecía, blanqueaba la casa, desbrozaba el terreno, levantaba cercas de piedra, y todo era para el patrón, para el provecho y la riqueza del hombre cuya magnanimidad le permitía respirar el aire, recoger el agua de la tierra y sacar el pan del horno. Tras aquel terrible día en el descampado de detrás de la casa del patrón, Jeremias rehuía a Wouter, su favorito, y había caído en una especie de trance, como un burro atado a las ruedas de un molino harinero. Era sólo el pellejo de su antiguo yo, un hombre de paja, y su hijo —su primogénito, la alegría de su vida, el chico que le había considerado casi sagrado— le miraba con desdén, con pena, con el dolor inaplacable de los traicionados.

Wouter cumplió doce años en la desolación de aquel primer invierno, y trece en el segundo. Fue el período más desesperanzado de su vida. Había perdido a su padre, había perdido a un primo que era como un hermano para él, había perdido su propia identidad como hijo del hombre que había desafiado al patrón. Durante mucho tiempo ni siquiera pudo comer. No importaba lo que le sirviera su madre —tortas, galletas, el más sabroso asado o un estofado de carne—, el mero olor de la comida le ponía enfermo, le constreñía la garganta e invadía su estómago. Perdió peso. Erraba por los bosques como un fantasma. Se sorprendía sollozando inexplicablemente. Si no hubiera sido por Cadwallader Crane, habría podido llegar a perder la razón, como le había ocurrido a su tía Katrinchee antes que a él.

El joven Cadwallader, que había alcanzado la edad física de veinte años en el primero de aquellos miserables inviernos, era el pequeño y menos ingenioso de aquel erudito clan de zancudos presidido por el anciano intelectual yanqui, Hackaliah Crane. Durante unos quince años el mayor de los Crane había mantenido la única institución de enseñanza de Van Wartwyck, conocida entre los asiduos del almacén de Jan Pieterse como la Escuela de la Cocina de Crane, aludiendo a su ubicación. Cada invierno, una vez se recogía la cosecha y se almacenaba en el desván y el henil, cuando los días se hacían más cortos y el tiempo empeoraba, Hackaliah reunía a sus seis, ocho o diez reacios alumnos en la cocina de la irregular casa de piedra que él mismo había construido con sus callosas manos, y les enseñaba los misterios de la memorización del alfabeto, les hacía hacer sumas sencillas, y les endilgaba una serie de citas de Suetonio, Tácito y Herodoto para redondear la cosa. Celebraba esas sesiones porque sentía una vocación, porque era el objetivo y el oficio de su vida el llevar encendida la lámpara de la enseñanza y hacerla pasar de mano en mano, incluso en las desiertas riberas del Nuevo Mundo. Pero, por supuesto, no le guiaba sólo el amor al arte, también esperaba una pequeña recompensa. Y el preceptor

yanqui, cuya tacañería era bien conocida, reclamaba su cesta de manzanas o cebollas, su ristra de pepinos dejados secar para tener semillas, su ovillo de lino cardado o su pavo macho engordado con maíz, como si fuera un diezmo que le debieran, y ay del ingenuo alumno que se demorase en su pago. Fue en este rudimentario templo del saber donde Wouter, durante aquellos meses desolados, empezó a acercarse gradualmente a Cadwallader Crane.

En días más felices Jeremy había imitado con gracia el paso desgarrado y errático del joven Crane, los movimientos de pájaro de su cuello larguirucho y su desfigurada cabeza, mientras Wouter ejecutaba un inspirado remedo de su laringítico graznido de saludo y del tibio y monótono zumbido con que leía la pizarra o el abecedario, pero ahora, en su soledad, Wouter se sintió extrañamente atraído hacia él. Era ridículo, sí, cinco años mayor que Tommy Sturdivant, el alumno de la clase que le seguía en edad, y además incapaz de aprender sus lecciones, aunque se las hubiera leído quinientas veces, lo que amargaba la existencia de su venerable padre y era una dura prueba para el amor de su madre. Pero, a su manera, también era interesante, como Wouter descubriría muy pronto.

Una desapacible tarde de enero, cuando Wouter se rezagaba una vez terminada la clase, Cadwallader se lo llevó detrás de la casa, donde estaba la leñera, y de un oscuro rincón sacó una madera en la que había clavado una brillante cenefa de polillas y mariposas cazadas en aleteante vuelo. Wouter se quedó sin habla. Chocolate y oro, azul metálico, amarillo, naranja y rojo: allí, en los oscuros confines del cobertizo helado por el frío invernal le alcanzó el hálito del verano.

Atónito, Wouter se volvió a mirar a su amigo, y en los ojos de Cadwallader vio algo que nunca había percibido. La expresión de estupefacción habitual se había desvanecido, y en su lugar había una expresión despierta, sabia, confiada, orgullosa, la mirada del patriarca mostrando a su progenie, la del artista que muestra sus cuadros, la del cazador que enseña sus patos atados. Y luego, prodigio de los prodigios, Cadwallader, el menor de los Crane, el estudiante fracasado, el niño-hombre imberbe que no veía más allá de sus narices, empezó a disertar sobre la vida y los hábitos de aquellas polillas y mariposas, hablando casi animadamente de los gusanos y orugas y de la metamorfosis de un bicho en otro.

«Mira éste, ¿has visto éste? —preguntó señalando una mariposa del color de una fruta tropical, con manchas blancas simétricas en una franja color sepia. Wouter asintió—. Antes era un gusano del algodoncillo, con cuernos y un centenar de feos pies, y eso el verano pasado. Yo lo guardé en un bote de cristal hasta que cambió».

Wouter sintió que el asombro se abría en su interior como una flor, y se quedó en aquel incómodo cobertizo hasta que dejó de sentir los pies y la luz se extinguió.

En las semanas siguientes el torpe entusiasta —ora acercándose a un precipicio para coger un manojo de musgo de entre dos piedras cubiertas de hielo, ora balanceándose sobre un tronco caído para recuperar su antiguo nido de pájaros carpinteros— le abrió las puertas de un mundo visible que Wouter nunca hubiera

soñado que existiera. Wouter conocía los bosques bastante bien, pero los conocía como cualquier hombre blanco, como un lugar donde coger bayas, cazar codornices, derribar ardillas con una honda. Pero Cadwallader los conocía como un naturalista, un genio, un espíritu, un desentrañador de misterios. Y Wouter le seguía a través del desnudo y desolado bosque para mirar una concavidad de tierra yerma en medio de un talud cubierto de nieve donde Cadwallader le aseguró que un oso negro dormía durante el invierno, o a escucharle mientras hurgaba en un montón de excrementos de lobo y hacía especulaciones sobre la dieta reciente de la bestia que los había depositado (principalmente conejo, a juzgar por los magros y marchitos zurullos envueltos en pelo de color crema y salpicados de pequeños fragmentos de hueso).

—¿Ves esto? —le preguntó Cadwallader un día, indicando los helados cuartos traseros de un puercoespín encajado en la horcadura de un árbol—. Cuando el sol la caliente en primavera, esta carne dará nacimiento a una nueva vida.

—¿Vida? —preguntó Wouter.

Y en los delgados labios del menor de los Crane y en sus imberbes mejillas se esbozó una sonrisa dispuesta a saltar.

—Moscas azules —dijo.

Aunque se llevaban ocho años, la amistad no era tan unívoca como hubiera podido imaginarse. Por su parte, Cadwallader, que durante tanto tiempo había sido objeto del desdén y de la humillación, era feliz de tener a alguien que le tomara en serio, particularmente alguien que podía compartir su entusiasmo privado por los niveles más inferiores de la naturaleza, por los gusanos, las orugas, las babosas y los humildes excrementos que con tanta paciencia escrutaba. Wouter le iba a la perfección. Como él tampoco había llegado a la madurez —cualquier hombre de veinte años ya hubiera tenido su propia granja y su familia—, veía al chico Van Brunt como su igual en muchos aspectos, un líder natural, veraz, persuasivo, ágil, curioso, pero no tan igual como para desafiarle en serio. Y en cuanto a Wouter, su fascinación por el hijo del sabio era una distracción del vacío que sentía, y lo sabía. Cadwallader, por mucho que pudiera atraerle en determinados aspectos, era un pobre sustituto de Jeremy y del padre caído que trabajaba la granja como un espíritu atado a la tierra, un anciano de treinta años. Cadwallader cuidaba de Wouter, y Wouter cuidaba de Cadwallader. Y antes de que pasara mucho tiempo, el ignorante hijo del sabio se convirtió en visitante habitual de Nysen's Roost, y cuando se quedaba a cenar ocupaba el lugar de Jeremy en la mesa; incluso pasó ocasionalmente la noche allí cuando el tiempo era malo o la compañía le resultaba estimulante.

La compañía, sí. Aunque Jeremias se difuminaba en el fondo como si estuviera hecho de la textura de las nubes, Neeltje estaba ocupada hilando, barriendo o lavando, y los pequeños, confinados en el interior de la casa durante el interminable invierno, silbaban, reñían y maullaban como aborígenes, el joven y narigudo yanqui amante de la naturaleza encontraba aquella compañía irresistible. ¡Ah!, pero tampoco era Wouter el que le llevaba allí, aunque Wouter le gustaba y lo consideró su mejor

amigo casi hasta el día de su muerte; no, no era Wouter, era Geesje. La pequeña Geesje. Llamada como su abuela, con los insondables ojos de su madre y sus maneras rebeldes, tenía sólo diez años el día en que él cruzó aquel umbral por primera vez.

Durante las largas tardes de invierno jugaban a las cartas. Cadwallader se encorvaba sobre sus rodillas como un grillo cantarín, Wouter mostraba una feroz ansia de ganar que a veces le sorprendía incluso a él, y Geesje, sentada sobre las rodillas y con las cartas ocultando su traviesa cara de niña, jugaba con una soltura que disimulaba una voluntad de ganar tan feroz como la de su hermano. Patinaban en el mismo lago donde Jeremias había perdido el pie a causa de la tortuga mordedora tanto tiempo atrás. Jugaban a la pelota, al escondite, a hacer sombras, a cazar la zapatilla y a los tejos, y el larguirucho hijo del sabio se excitaba e impacientaba tanto como los niños con quienes jugaba. Cuando llegó el segundo invierno, el invierno de la llegada de Adriaen van Wart y del retorno de Jeremy, Wouter empezó a entender que Cadwallader Crane ya no iba a su casa por él.

Si Wouter se sintió traicionado, no lo demostró. Siguió jugando con la misma energía, acompañó a su patilargo compañero tan a menudo como siempre a través de los matorrales y los bosques, las ciénagas y los zarzales, se entretuvo como siempre en el cobertizo de la leña de la casa de los Crane para maravillarse ante una dentadura de caballo fosilizada o una aguja de mar conservada en salmuera. Pero por dentro se sentía otra vez como si un golpe le hubiera hecho perder el equilibrio, empujándole por detrás justo cuando empezaba a ponerse en pie. Desorientado, incómodo, con trece años y una vez más a la deriva, una cruda tarde de febrero fue a abrir la puerta y se encontró a su primo, envuelto en un manto de aguanieve, y por la gracia de aquel momento fugaz se sintió redimido: Jeremy había vuelto.

Pero la redención no llega tan fácilmente.

Mientras le abrazaba, mientras exclamaba el nombre de su primo en señal de triunfo y oía levantarse a los habitantes de la casa a sus espaldas, ya intuyó que algo iba mal. No era el atuendo indio —la harapienta piel de oso, la cuerda de *seawant*, el notocordio de esturión ceñido a la frente—, ni el intenso hedor primigenio de su primo. Tampoco era la estratégica disposición de huesos, tendones y carne que le habían transformado de niño en hombre. No era nada de eso. Era hielo. Su primo estaba hecho de hielo. Wouter le abrazó y no sintió nada. Gritó su nombre y vio que sus ojos eran opacos e impenetrables, duros como la superficie del lago. Confuso, le soltó mientras el umbral se llenaba de niños que se empujaban, de la sonrisa de *moeder* y de las cejas enarcadas y el labio caído de *vader*. Jeremy seguía de pie, rígido como una piedra, y por un terrible momento Wouter pensó que estaba herido: le habían acuchillado, apuñalado, le habían cortado la lengua y había vuelto para morir, eso era lo que pasaba. Pero luego Jeremy retrocedió en las sombras y allí, en su lugar, apareció una *squaw*.

Es decir, una chica. Una hembra. Pantorrillas, muslos, pechos. Envuelta en piel de ciervo, nutria y visón, con el pelo aceitado y trenzado, y la boca curvada hacia abajo

en un puchero. Y en sus brazos, un niño. Wouter estaba atónito. Observó los sombríos rasgos de su primo y no vio nada. Miró a la chica y vio un callado triunfo en sus ojos. Y luego miró al chiquillo, que tenía la cara tan serena y sosegada como el niño Jesús.

«Entrad, entrad —les instó *moeder* con voz aguda—. No hace una noche como para estar en el porche». Y de pronto Wouter se dio cuenta del aguanieve que le aporreaba la cara, de la desapacible y subterránea ráfaga de viento y de la inquietud de la noche. Entonces la *squaw* pasó junto a él, y el niño, oscuro como un bosque de cerezos y la mitad de grande que un lechón, abrió los ojos. Eran verdes.

Un momento después Jeremy estaba sentado junto a la chimenea, llevándose mecánicamente a la oscura hendidura de su boca cucharadas de gachas, mientras la chica se acurrucaba en el suelo, a su lado, con el niño en el pecho. ¿Dónde había estado?, le preguntaban los niños. ¿Por qué iba vestido así? ¿Ahora era un indio? La voz de *moeder* era tierna. Esperaba que hubiera venido para quedarse, y su mujer también, ¿era aquélla su mujer? *Vader* quiso saber lo evidente: ¿era aquél su hijo? Wouter no dijo nada. Sentía como si el suelo se combara bajo sus pies, se sentía celoso y traicionado. Miraba a Jeremy y luego a la chica, e intentaba imaginar lo que había entre ellos, qué significaba y por qué su primo no le miraba a los ojos.

Por su parte Jeremy no podía desentrañar sus preguntas, pese a que albergaba sentimientos hacia ellos, les amaba y se sentía feliz de haber vuelto. Sus voces le llegaron como el rumor del oso merodeador, como el parloteo de los grajos y el chapaletéo del arroyuelo en el exterior, ascendiendo y cayendo en una marea emocional, en una canción sin palabras. Palabras holandesas, palabras inglesas, los signos y significantes de las lenguas *weckquaesgeek* y *kitchawank*, que antaño había conocido, todo era confusión. Ahora conocía las cosas como las debió de conocer Adán en aquel primer día, como presencias, verdades y hechos, tangibles al tacto, la vista, el olor, el sabor y el oído. Las palabras no tenían sentido.

Su mujer no tenía nombre, o al menos él no lo conocía. Su hijo tampoco. Miró tímidamente a Wouter y lo reconoció, y reconoció a Jeremias, Neeltje, Geesje y los demás niños. Pero recordar sus nombres era demasiado para él. Sabía, de un modo inmediato y concreto, el modo como las enzimas se agitan en las tripas o la sangre fluye por las venas, que Jeremias había matado a su padre, que el hombre que comía medusas había querido cerrar sobre él su máquina infernal, que las gentes del lobo depredaban impunemente por toda la faz de la tierra. También sabía que Jeremias le había criado como si fuera su hijo y que Wouter era su hermano, y que su sitio estaba al mismo tiempo allí y entre los *weckquaesgeek*. Sabía que estaba agradecido por la comida y el fuego. Pero no podía decírselo. Ni siquiera con los ojos.

Por la mañana Jeremy se fue hasta más allá de las últimas matas de hierba de los pastos más lejanos y pedregosos, y se construyó una cabaña de ramas y cortezas. A media tarde cubrió el suelo con una estera de cañas en la que colocó meticulosamente una colección de desvencijadas pieles. Luego hizo un fuego y llevó junto a él a la chica y al niño. En los años que siguieron, cuando volvió con Wouter como en los

viejos tiempos, cuando desafió al patrón y vivió en el límite de su propiedad sin sembrar la tierra ni una sola vez, cuando vio cómo la peste se llevaba a sus dos hijas y llenaba a su hijo de cicatrices, reconstruyó, remodeló y amplió la tosca cabaña de cortezas que había levantado aquel día, pero nunca la dejó. Nunca más. Es decir, hasta que fueron a por él.

Y en cuanto a Wouter, el retorno de su primo le destrozó. Era otra puñalada por la espalda, otra cuña entre él y el salvador que necesitaba tan desesperadamente. Primero habían sido Cadwallader y Geesje, ahora era Jeremy con su chica de cara de luna y tetas colgantes, y el monito de ojos verdes que se aferraba a ellas. Estaba dolido y confuso. ¿Qué tenía aquella hermanita suya zanquilarga que pudiera cautivar tanto a Cadwallader? ¿Qué veía Jeremy en aquella maloliente *squaw*? Wouter no lo sabía. Aunque él era inundado por hormonas y arrastrado por ansias indefinibles, aunque se agachaba lejos de los campos para espiar a Saskia van Wart retozando con sus hermanos en el jardín de la casa señorial, aunque al pensar en ella sentía un dolor en la ingle y se despertaba en sueños enmarañados en un lecho misteriosamente húmedo, no lo sabía. Sólo sabía que se sentía dolido. Y furioso.

Al mismo tiempo, mientras empezaba a tejer una nueva relación con Jeremy, mientras se esforzaba por asumir la ineludible conclusión de que a Cadwallader Crane le importaba más su hermana pequeña que él, se recobró. Al menos exteriormente. A los catorce años pensó que estaba enamorado de una chiquilla que vivía junto al arroyo de Jan Pieterse y se llamaba Salvation Brown. A los quince años seguía a Saskia van Wart como un gato persiguiendo un rastro. A los dieciséis fue padrino de la boda de Cadwallader Crane y su hermana. Todo pasó, la muerte del espíritu de su padre, la renuncia a Cadwallader Crane, el puñetazo que recibió de su primo aquella noche nevada en que la *squaw* se interpuso entre ellos. Creció y se hizo hombre, y al verle era imposible darse cuenta de la profundidad de sus heridas, ni sospechar que, a su manera, estaba tan lisiado como su padre.

Van Wartwyck dormitaba otra vez. La década de los ochenta, que había empezado tan prometedoramente, se apagó en la incensurable rutina de lo cotidiano. No sucedió nada. O al menos, nada escandaloso, violento o chocante. Ni siquiera murió nadie. Cada primavera crecían los sembrados, el tiempo se mantenía —ni demasiado húmedo, ni demasiado seco—, y la cosecha mejoraba de año en año. En una noche silenciosa se podía oír el ronquido de los chismosos.

Fue Jeremias van Brunt, que durante tanto tiempo había sido el catalizador de la agitación y la revuelta, quien volvió a despertarles. Él no lo supo entonces, ni viviría lo bastante como para verlo, pero sin querer desencadenó una serie de acontecimientos que zambulleron a la comunidad en la oscuridad y levantaron a los chismosos como si les hubieran prendido fuego a las sábanas y a los cobertores de sus camas, acontecimientos que culminaron finalmente en la última y trágica

consecuencia de su rebelión juvenil.

Empezó en un día de viento inclemente y temperatura en descenso, una huracanada tarde hacia finales de octubre de 1692, unos tres años después de que aquel habilidoso holandés, Guillermo de Orange, fuese proclamado rey de Inglaterra y de todas sus colonias. Acarreando un deteriorado arcabuz que antaño perteneciera a su padre y con una bolsa de lino crudo ceñida a la cintura, Jeremias dejó la cabaña justo después de la comida del mediodía y se adentró en el bosque a reunirse con su castaño favorito. Aunque se trataba tan sólo de una expedición de recogida de castañas, se llevó la escopeta, porque uno nunca sabía lo que podía encontrarse en aquellos bosques traidores.

Anduvo por el camino que bajaba de la cabaña, agarrándose a los árboles y arbustos para frenar su descenso, conduciendo su pata de palo por la tierra compacta como una serpiente sobre las rocas, con el viento silbándole en la cara y amenazando con llevarse su sombrero a cada ráfaga. Caminando pesadamente por el puente y avanzando con dificultad por la hondonada pantanosa que se extendía entre el arroyo de Acquasinnick y el camino de Van Wart, ahuyentó a un par de cuervos que se posaban sobre un olmo caído. Se elevaron como andrajos de la fúnebre sotana del pastor, porfiando y quejándose con su inarmónico graznido. Jeremias continuó, un poco más circunspecto de lo habitual —la visión de un cuervo nunca acarrea un exceso de buena suerte, que él supiera—, hasta llegar a un lugar en medio del pantano donde la copa del castaño apareció ante él, destacándose sobre los árboles más bajos que la rodeaban. Fue entonces cuando volvieron a elevarse los pájaros de mal agüero, esta vez desde el suelo, o más bien de un montecillo cubierto de maleza mezclada con vides silvestres y una brillante mata de zumaque rojo sangre que parecía flotar sobre la enfangada extensión pantanosa como una especie de extraña embarcación embrujada.

Jeremias era curioso. Tiró de su bota, se enderezó el ala del sombrero y avanzó pesadamente para investigar, pensando que quizá encontraría el gamo que había herido dos días atrás, caído en un hoyo y agonizando. O tal vez los restos del cerdo que había desaparecido misteriosamente justo después de que las hojas empezaran a amarillear. Los pájaros revoloteaban sobre algo, eso era seguro, y él quería descubrir qué era.

Rompió las vides, golpeó el zumaque con la culata de la escopeta, se detuvo dos veces para desenredar la bolsa de los matorrales, que la agarraban como dedos. Y entonces descubrió algo en la maraña que tenía enfrente, un destello de metal bajo la pálida y helada luz del sol. Confuso, se inclinó hacia lo que fuera, y entonces lo notó. El hedor le invadió súbitamente, implacable, y tendría que haber sido un aviso para alejarle. Demasiado tarde. Se estaba agachando sobre la hoja de un hacha, que iba unida a un rudo mango de roble. Y el mango estaba atrapado, con la fuerza del rigor mortis, dentro de una mano, una mano humana, una mano que iba unida a una muñeca, en un brazo, a un hombro. Allí, ante él, echado sobre el zumaque como el

gigante caído de las nubes en un cuento de hadas, estaba el hombre que le había dado nombre al arroyo Blood, el arroyo sangriento. Sus ojos se hundían en la cara, que estaba en carne viva, porque los pájaros habían dejado su huella en ella, y la barba era un nido de ratones de campo, los brazos le colgaban ociosos y su pelo había sido tocado por el hielo de los años. Jeremias había visto aquel rostro una vez, hacía tanto tiempo que apenas podía recordarlo, pero se acordaba del terror, la humillación y la burla como si se le hubieran grabado en el alma.

Tuvieron que acudir los cinco —Jeremias, sus tres hijos y su sobrino Jeremy— para arrastrar el cuerpo, macizo y sobrenaturalmente pesado incluso en la muerte, fuera del pantano, al camino, donde con un concentrado esfuerzo lograron cargarlo en la carreta. Jeremias amortajó el cuerpo por sí mismo, ayudado por unas ráfagas de aire frío que, compasivas, mitigaban el hedor. Si se le hubiera ocurrido cobrar entrada para el velatorio, se habría convertido en un hombre rico. Porque la noticia de la muerte de Wolf Nysen —la muerte que confirmaba su existencia— se extendió entre las gentes como una gripe. Una hora después de que Jeremias hubiera tendido al gigante caído en su féretro, los curiosos, los incrédulos, los que se sentían vindicativos al demostrarse su existencia y los fieles, los que siempre habían creído en él, se habían reunido para inclinarse sobre aquella leyenda encarnada, aquel rumor hecho realidad. Acudieron a maravillarse ante él, a medirle de los pies a la cabeza, a contarle los pelos de la barba, a examinar sus dientes, a acercar un dedo tembloroso y tocarle, sólo una vez, como hubieran tocado al Cristo abandonado cuando era bajado de la cruz, o al niño salvaje de Saardam, que había asado y devorado a su propia madre y luego se había colgado de la torre de la Guilda de los Pañeros.

Llegaban del lago Crom, de Croton, de Tarry Town y de Rondout, de la isla de Manhattoes y de las distantes plazas fuertes del puritanismo, Connecticut y Rhode Island. Acudieron Ter Dingas Bosyn, y Adriaen van Wart, y un viejo y marchito tonelero de Pavonia, que decía haber conocido a Nysen en su juventud. El segundo día el propio Stephanus llegó a caballo desde Croton, con Van den Post y el enano, así como una delegación de sombríos consejeros ataviados con capas negras, del coronel Benjamin Fletcher, el nuevo gobernador de la colonia y el más alto representante de Su Majestad Guillermo III en el continente. El tercer día empezaron a llegar los indios —weckquaesgeek lisiados, nochpeems pintados, incluso un hurón, al que los demás abrieron pasos apartándose como si se tratara del mismísimo diablo—, y tras ellos los chiflados y extravagantes de las granjas remotas y los pueblos olvidados, mujeres que pretendían poder transformarse en bestias y que llevaban garras y barbas para demostrarlo, hombres que se jactaban de haber comido perro y haber vivido fuera de la ley durante toda su vida, un chico de Neversink al que le habían cortado la lengua los mohawk y que rezó una oración sobre el cadáver que consistía en tres sílabas idénticas: «ab-ab-ab», repetidas interminablemente. Fue en la tarde de aquel tercer día cuando Jeremias puso final al circo y dejó que el gigante descansara en paz. Al pie del roble blanco. Como si hubiera sido un miembro de la

familia.

Pues bien, aquello agitó de nuevo los chismorreos, sin duda alguna. «Ya te lo decía yo, te lo dije cientos de veces, aquel sueco asesino existía de verdad, ¿o no? ¿No te conté que casi mata del susto que le dio a Maria Ten Haer aquella vez, junto al arroyo? ¿No es increíble que ese loco insensato entierre al diablo en la misma tierra donde enterró a su propia hermana y a su padre?».

Malas, muy malas, fueron las consecuencias. Pues la muerte de Wolf Nysen — fantasma, renegado, chivo expiatorio, el monstruo que había asumido todos los pecados de la comunidad y los llevaba en su soledad como un cilicio— fue la muerte de la paz. En los meses que siguieron las desgracias acumuladas de una década llovieron sobre las cabezas de los humildes granjeros de Van Wartwyck, y la tumba abrió sus fauces como una bestia que despertara al final de una larga estación de ayuno.

En aquellas circunstancias quizá lo más apropiado era que Jeremias fuese el primero en marcharse. Lo que le sucedió, según decían, fue el justo castigo del Señor por su insensata alianza con el proscrito Nysen y por sus tempranos pecados contra el patrón y la autoridad constituida, contra el propio rey, si bien se miraba. Lo que le sucedió fue lo que se merecía.

Dos semanas después de enterrar a Nysen, Jeremias murió víctima de la aflicción de su padre. En cuanto la azada tapó la tumba del sueco y se marcharon los acompañantes y los curiosos, Jeremias sintió las primeras punzadas de hambre. Era un hambre que no se parecía a nada de lo que había sentido antes, un hambre que le apresaba y le dominaba, que le convertía en su criatura, en su esclavo, en su víctima. No es que simplemente tuviera hambre; sentía voracidad, se moría de hambre, se sentía tan vacío como un pozo que llegase a la China y no tuviera una gota de agua. Empezó después del entierro, y aunque durante mucho tiempo Jeremias se había vuelto invisible en su propia casa, entonces apartó a sus hijos de un empujón y se lanzó sobre el guisado que Neeltje había hecho para la cena del funeral como si no hubiera comido en una semana. Cuando lo acabó, rebañó la cazuela.

Por la mañana, antes de que se levantara la familia, se las arregló para devorar las seis hogazas que su buena esposa había horneado para la semana, un queso entero, una ristra de treinta y seis truchas ahumadas que los chicos habían pescado durante tres días, media docena de huevos —crudos, con cáscara y todo—, y una enorme fuente de picadillo de venado con ciruelas, uvas y melaza. Cuando Neeltje se despertó, con las primeras luces, le encontró desmayado en la despensa, con la cara aceitosa y manchada de huevo, grasa y melaza, y una calabaza mordisqueada empuñada como un arma. No sabía qué pasaba, pero comprendió que era algo malo.

Staats van der Meulen sí lo sabía, y Meintje. Aunque Wouter se burló y Neeltje protestó, Staats les hizo atar a Jeremias a la cama y sujetarle muñecas y tobillos. Desgraciadamente, cuando llegó Staats el daño ya estaba hecho. Las provisiones invernales de la familia estaban casi agotadas, tres de los animales —incluyendo una

vaca y su ternero— habían caído, y Jeremias estaba inflado como una vaca que hubiera pasado por un campo de mostaza.

«¡Sopa! —gritaba desde su jergón—. ¡Carne! ¡Pan! ¡Pescado!».

Durante los primeros días su voz era un rugido tan salvaje como el de cualquier fiera; luego se fue suavizando hasta convertirse en un rebuzno, y después, ya cerca del final, en un gemido lastimero de súplica.

«Comida —lloriqueaba, y fuera el viento se levantaba silencioso sobre los árboles — Me... me... —su voz se quebró, bajó y se hizo casi imperceptible— muero de hambre».

Neeltje estuvo sentada a su lado durante todo el tiempo, humedeciéndole la frente, dándole cucharadas de caldo y gachas, pero todo era inútil. Aunque les pidió grano a los Van der Meulen, aunque desplumó gallinas que necesitaba para que pusieran huevos, aunque le alimentó dos, tres, cuatro veces más de lo que soportaría un hombre, la carne parecía caérsele de los huesos. Al final de la primera semana le habían desaparecido las mejillas, el estómago se le había hundido, convertido en una fina capa de piel apergaminada, y los huesos de sus muñecas castañeteaban como dados en un cubilete. Luego se le empezó a caer el pelo, el pecho se le derrumbó, las piernas se le marchitaron y su pie bueno se le contrajo tanto que Neeltje apenas podía distinguirlo del muñón. A mediados de la segunda semana ya no pudo resistir más, y cuando sus hijos salieron a cazar algo, fue hasta la cama y le cortó las ligaduras.

Lenta, dolorosamente, como alguien que despertara de la muerte, Jeremias —o lo que quedaba de él— se enderezó hasta quedarse sentado, apartó las mantas y bajó las piernas al suelo. Luego se levantó, tembloroso, y se dirigió a la cocina. Neeltje le observaba en su horrorizado silencio. Ignoró la diezmada despensa, pasó junto a los frutos secos, las ristras de cebollas, pepinos y pimientos suspendidos de las vigas, y se abalanzó hacia la puerta.

«¡Jeremias! —le llamó—. Jeremias, ¿qué haces?».

Él no contestó. Hasta que hubo atravesado la era y cruzó la puerta del establo no vio Neeltje el cuchillo de carnicero que llevaba en la mano.

No podía hacer nada. Los chicos estaban Dios sabía dónde, removiendo desesperadamente los arbustos en busca de urogallos, conejos, ardillas, algo con que reemplazar la carne que aquel padre de mirada salvaje había malbaratado. Su propio padre estaba lejos, en Croton, y tan debilitado por la edad que apenas era capaz de entender su propio nombre. Geesje estaba con su marido, y ella misma había enviado a Agatha y a Gertruyd a casa de los Van der Meulen para evitarles la visión del declive de su padre.

«¡Jeremias!», gritó, cuando la puerta se cerró tras él. El cielo estaba inmóvil. El viento la abofeteó en la cara. Dudó un momento, luego volvió a la casa, atrancó la puerta y se arrodilló para rezar.

Estaba ya frío cuando le encontraron. Primero había ido tras los cerdos, pero al parecer corrían demasiado. *Rumor*, la vieja puerca, tenía dos largos cortes en un

costado, y uno de los lechones arrastraba una pata medio cortada en el jarrete. Las vacas lecheras, confinadas en sus establos, tuvieron menos suerte. Dos de los terneros habían sido destripados —uno descuartizado parcialmente y mordisqueado mientras yacía agonizante—, y Patience había sido degollada. Cuando los chicos acudieron al establo, la mancha negra de su sangre formaba como un manto extendido sobre el suelo terroso, y Jeremias, con los dientes apretados sobre su pellejo, yacía debajo de ella. Era el día quince del mes, la fecha del pago de la renta. Pero Jeremias van Brunt, antaño rebelde, durante mucho tiempo fantasma, hermano espiritual de Wolf Nysen y triste heredero de la extraña aflicción de su padre, no pagaría más rentas. Le enterraron al día siguiente bajo el roble blanco, y pensaron que todo había terminado.

Pero era sólo el principio.

El siguiente fue el viejo *vader* Van der Meulen, que se quedó rígido con un ataque de apoplejía mientras cortaba leña, y hubo que arrancarle el hacha de las manos antes de que el pastor pudiera encomendarle a la helada tierra. Fue seguido al cabo de poco tiempo por su fuerte esposa, aquella compasiva y voluntariosa mujer que había sido una segunda madre para Jeremias van Brunt y cuyos *beignet* de manzana y tartas de cereza eran las delicias del paraíso. La causa de su muerte no se supo, pero los rumores, agitados como un nido de serpientes, la atribuían indistintamente a la brujería, a sapos debajo de la casa y a raíces tuberosas tomadas con vino. Luego, en una sola y terrible semana de enero, las dos chicas Robideau estaban patinando en el lago Van Wart cuando el hielo se quebró y se desvanecieron en las negras aguas del fondo, Goody Sturdivant se atragantó comiendo una pechuga de pavo relleno del tamaño de un puño y se murió, y el viejo Reinier Oothouse dejó a su mujer, se bebió medio galón de ron de Barbados, vio al demonio e intentó escalar el Anthony's Nose en ropa interior. Le encontraron congelado agarrado a una roca río arriba, adherido a la piedra como una monstruosa mancha de liquen.

La comunidad estaba aún tambaleándose por el impacto de la catástrofe cuando los indios contrajeron el mal francés y lo extendieron por los poblados de los blancos. Todos los niños de menos de cinco años murieron en sus camas, y de Croton llegó la noticia de que el viejo *vader* Cats había sucumbido y que multitud de gente de cuya existencia ni siquiera sabían había perecido también. Estaban a mediados de un oscuro febrero, y justo después de que Geesje, la mujer de Cadwallader Crane, expirase al dar a luz, los jefes de familia y amas de casa de Van Wartwyck, guiados por el encorvado y anciano pastor Van Shaik, desfilaron hacia Nysen's Roost y abrieron a hachazos la tumba del monstruo que les había acechado en sueños y ahora amenazaba con destruir también sus vidas despiertos. El sueco no había cambiado, estaba congelado y pétreo, con la negra tierra adhiriéndosele como una segunda piel. Encogido en su capa y exclamando oraciones en tres lenguas distintas, el pastor ordenó que levantaran una pira y prendieran fuego al cuerpo; lo dejaron arder, calentándose las manos ante las llamas chisporroteantes y vigilando hasta que los troncos se volvieron carbón, y el carbón, ceniza.

La primavera llegó tarde aquel año, pero cuando lo hizo la comunidad suspiró de alivio. «Se acabó», decían los chismosos, susurrando para sus adentros por temor a atraer el mal de ojo, por miedo a los duendes, tragos y genios del mal, y parecía que tenían razón. El hijo mediano de Staats van der Meulen, Barent, cogió la azada de su padre y se puso a trabajar en la granja con todo el vigor y la determinación de la juventud, y Wouter van Brunt, con veinticinco años y durante más de una década el verdadero espíritu de Nysen's Roost, ocupó el puesto de su padre y no desmereció en absoluto de él. A mediados de marzo el tiempo se suavizó, y las brisas que soplaban desde Virginia tenían la justa medida de dulzura y humedad. Los tulipanes florecieron. Las yemas brotaron en los árboles. La mujer de Douw van der Meulen tuvo gemelos a primeros de mayo, el ganado crió y creció, y ni un solo ternero de dos cabezas nació a todo lo ancho y lo largo del valle, al menos por lo que se sabía, y las cerdas parieron doce y hasta catorce crías (pero nunca trece, no), y los cerditos nacieron con tres graciosos tirabuzones en la cola. Parecía como si al fin el mundo hubiera vuelto a la normalidad.

Pero aún sobrevendría otra sacudida, algo que estaba muy por encima de lo que podían calcular los humildes granjeros y honrados campesinos de Van Wartwyck o Croton. Tenía que ver con la patente de privilegio, con Guillermo III, el distante y augusto monarca, y con Stephanus van Wart, que dejaría de ser patrón para convertirse en señor de lo que desde entonces sería la mansión Van Wart. Era algo que tenía que ver con el porvenir, con el futuro cercano, cuando el poder de los Van Wart incluyera toda la parte norte de Westchester. Pero también tenía que ver con el pasado, con el día en que Oloffte van Wart llevó al Nuevo Mundo a un malhumorado pescador de arenques a desbrozar la tierra y trabajar el campo para él, algo que abrió su inescrutable camino a través de la rebelión de Jeremias, la desilusión de Wouter y la muerte de Wolf Nysen. Aunque nadie lo sabía aún, el cataclismo final estaba cerca, la última danza entre los Van Wart y los Van Brunt, el momento que inflamaría como ningún otro a los chismosos y que arroparía con mantas a la comunidad de Van Wartwyck preparándola para una siesta que se prolongaría durante dos siglos y medio.

De una parte estaban Stephanus van Wart, que ya era uno de los dos o tres hombres más ricos de la colonia, primer señor de la mansión, confidente del gobernador, y sus sicarios, Van den Post y el impenetrable enano. De la otra estaba Cadwallader Crane, amante de los humildes gusanos y las etéreas mariposas, desolado viudo, ignorante sabio, un niño atrapado en un torpe cuerpo de hombre. Y estaba Jeremy Mohonk, salvaje y sin habla, el fiero mestizo con ojos de holandés. Y por fin, inevitablemente, nacido bajo el rencoroso peso de la historia y las circunstancias, estaba Wouter van Brunt.

Barrow

Walter podría haber volado a Tokio o a Yakutsk y no habría tardado más, considerando los retrasos debidos a la niebla, los vuelos de enlace que salían cada tres días y la noche sin sueño que pasó en el aeropuerto de Fairbanks esperando al maniaco de ojos enrojecidos que le llevaría —junto con un ingeniero de una compañía petrolera y una caja de cerveza Stroh Iron City— a Fort Yukon, Prudhoe Bay y Barrow en una avioneta Cessna de cuatro asientos. La Cessna había sido desconchada hasta que sólo quedó el metal por las inclemencias de un tiempo en el que Walter no quería ni pensar. El ingeniero de la compañía petrolera —barbudo, con enormes botas verdes que parecían de pocero y una parka de la talla del hombre del anuncio de Michelin— ocupó el asiento trasero y Walter se sentó junto al piloto. Era el 3 de noviembre, a las nueve y media de la mañana, y apenas había amanecido. Hacia las dos, le aseguró el petrolero, volvería a ser negra noche. Walter miró abajo. Vio hielo, nieve, la desolación de colinas y valles sin carreteras, sin casas, sin gente. Justo enfrente, rosada por el reflejo del sol bajo que quedaba tras ellos, estaba la serrada dentadura de la cordillera de Brooks, la cadena montañosa más septentrional de la tierra.

La Cessna se inclinó y tembló. Las explosiones del motor eran como un bombardero interminable. Hacía un frío de muerte. Walter miró fuera, al vacío, hasta que el agotamiento empezó a apoderarse de él. Medio dormitando, se fijó en el desconcertante y pequeño anuncio pegado sobre la guantera de sucio plástico: ESTE AVIÓN ESTÁ EN VENTA, decía en temblorosas letras mayúsculas, 10 500 DÓLARES, PREGUNTAR POR RAY. Preguntar por Ray, pensó, y se quedó dormido.

Se despertó con la sacudida del aterrizaje en Fort Yukon, donde desembarcaban la caja de cerveza. Ray sonrió como un invertido y exclamó algo que Walter no entendió, mientras rodaban por tierra hacia una sombría y pequeña cabaña para repostar. El petrolero salió a estirar las piernas, aunque estaban a más de treinta y dos grados bajo cero y soplaba un buen viento, y Walter volvió a adormecerse. Desde Fort Yukon ascendieron por encima de la cordillera de Brooks y se sumieron en la oscuridad. El petrolero desembarcó en un lugar llamado Deadhorse, donde, según aseguró a Walter, había suficiente petróleo como para sumergir e inundar toda Arabia Saudí. Ray y Walter se quedaron solos, precipitándose a través de la noche interminable, camino de Barrow, a más de quinientos kilómetros sobre el Círculo Polar Ártico, la ciudad más septentrional de América, el final del horizonte.

Cuando aparecieron las luces de Barrow a través de la hoja en blanco de la tundra, Ray se volvió a Walter y exclamó algo.

—¿Qué? —gritó Walter a su vez, tenso de incertidumbre, con el estómago encogido y la náusea subiendo por su garganta. ¿Aquí?, pensaba, ¿mi padre vive aquí?

—Su pie —exclamó Ray—. He visto que tenía ciertas dificultades cuando subíamos a bordo, en Fairbanks. Perdió uno de los pies, ¿eh?

Uno de los pies. Walter miró fuera, a las luces que se aproximaban, y vio la imagen de su padre, y de pronto el rugido del avión se convirtió en el rugido de aquella flotilla fantasmal de motoristas en la fatídica noche de Sleepy Hollow. Uno de los pies. Y de qué manera.

—No —vociferó Walter agarrándose al asidero mientras una ráfaga de viento balanceaba la avioneta—. Perdí los dos.

Ray exclamó algo sobre el viento entre dientes mientras Walter avanzaba penosamente por la agrietada y resbaladiza pista de aterrizaje. Walter no podía oírle, ni siquiera podía reconocer por su tono si el hombre con el que acababa de arriesgar su vida en su raquítica y usada avioneta en venta por diez mil quinientos dólares le estaba elogiando, advirtiéndole o burlándose de él. «¡Buena suerte!», «¡Cuidado!» y «Hasta luego, mamón» suenan igual cuando la temperatura es inferior a cuarenta y cinco grados bajo cero, el viento corre desde el océano helado sin nada que lo detenga durante Dios sabe cuántos miles de kilómetros y te has atado tan fuerte los cordones de la parka que estás a punto de asfixiarte. Sin volverse, Walter levantó un brazo a modo de saludo. Y enseguida se cayó boca abajo sobre el dentado hielo. Cuando consiguió levantarse Ray se había ido.

Ante él se extendían seis manzanas heladas de cabañas de madera que comprendían la metrópoli de Barrow, con una población de tres mil habitantes, el noventa por ciento de los cuales, le había dicho Ray, eran esquimales. Esquimales que odiaban a los blancos. Que les despreciaban, se meaban en ellos y les cortaban a pedacitos con los brillantes y afilados cuchillos de sus ojos oblicuos. Walter se tambaleó hacia delante, hacia las luces, con la maleta dificultando su equilibrio y los accidentados montículos de hielo clavándosele en los pies como las bolas de un billar mecánico gigante. Nunca había tenido tanto frío en toda su vida, ni siquiera nadando en el lago Van Wart en octubre o haciendo jogging hacia la clase de Filosofía 451 en la universidad estatal, donde a veces la temperatura llegaba a treinta y dos grados bajo cero. No podré salir de aquí, pensó. De ésta la diño. Barrow estaba más allá del fin del mundo. Siguió andando, se cayó dos veces más y empezó a lamentar sus bromas sobre Jack London. Aquello era un asunto serio.

Cinco minutos después se tambaleaba por la calle principal —la única— de Barrow, el último hogar y refugio de Truman van Brunt. O al menos eso esperaba. Si

la pista de aterrizaje estaba desierta, la calle estaba bastante animada, considerando la temperatura. Los trineos de motor gemían y escupían nieve a su alrededor, recorriendo la calle de arriba abajo; grupos de perros que parecían lobos —¿o eran lobos?— se peleaban, gruñían y se perseguían. Figuras encapuchadas avanzaban penosamente. La mano de Walter, la que agarraba la maleta, se había quedado aterida pese a sus guantes térmicos, y pensó lúgubrementemente que al menos no tenía que preocuparse por sus pies. Con ellos no había problema. No señor.

El viento era cada vez más penetrante. Los pelos de la nariz se le habían cristalizado, y sentía como si se le hubieran ultracongelado los pulmones. Ya había recorrido tambaleándose tres manzanas de cabañas sin ventanas, la mayoría con pedazos de lo que parecía carne congelada, costillas sangrientas y otras porquerías colgando del tejado fuera del alcance de los perros, y seguía sin ver cartel alguno de hotel, bar o restaurante. Sólo le quedaban tres manzanas más, y después ¿qué? Estaba pensando en que podía continuar arrastrándose arriba y abajo por aquella helada, oscura y peligrosa calle hasta hacerse una pelota y congelarse como un pedazo de buey, condenado como el incauto novato del cuento de Jack London, cuando al fin, a la izquierda, descubrió un cartel de cerveza Olympia, en neón rojo, con letras blancas, resplandeciente como un espejismo en el desierto, y más abajo otro cartel pintado a mano que decía Northern Lights Café. Trémulo, desesperado, tiritando de un modo que pensó que se le iban a dislocar los hombros, avanzó hasta la puerta.

Durante un minuto creyó que había descubierto el nirvana. Luces. Calor. Una barra de fórmica, taburetes, reservados, gente, un trozo de pastel de manzana en un expositor de cristal sucio, una gramola bajo un brillante arco iris de neón. Pero espera un momento, ¿qué era aquello? El lugar olía, hedía como una letrina. Olía a vómito, a pis recalentado, grasa rancia, cerveza agria. Y estaba abarrotado. De esquimales. Esquimales. Nunca en su vida había visto un esquimal, excepto en los libros y en la televisión, o quizá era Anthony Quinn con botas de piel de foca en un barracón, en Burbank. Pues bien, allí estaban, de pie, encorvados, sentados, cabeceando, bebiendo, rascándose sus partes, como si acabaran de salir de un saco. Sus ojos —aviesos, negros, profundamente hundidos en las hendiduras de sus párpados— estaban clavados en él. Tenían el pelo grasiento, los dientes podridos, la cara inexpresiva. Todos —no sabía distinguir si eran hombres o mujeres, chicos o chicas— iban vestidos con pieles de animales. Walter dejó caer su maleta en un rincón y avanzó con dificultad hacia la barra, donde brillaba el rojo resplandor de una estufa eléctrica.

No había nadie detrás de la barra, pero había platos sucios y botellas de cerveza en las mesas, y una pareja de esquimales se inclinaba sobre platos de patatas fritas y algo parecido a hamburguesas. Nadie dijo una palabra. Walter empezaba a sentirse extraño. Empezó a sentirse torpe. Se aclaró la garganta. Movié los pies. Miró al suelo. Una vez, cuando tenía dieciséis años, Tom Crane y él se habían llevado el coche de Lola a Nueva York, a una dirección que no conocían —a una calle ciento treinta y pico o ciento cuarenta y pico, algo así— porque Tom había visto un anuncio

de unos discos de jazz muy baratos en los Almacenes Hearn. Era la primera vez que Walter iba a Harlem. A las calles de Harlem. En la hora que pasó allí sólo vio dos caras blancas: la suya, reflejada en el sucio escaparate de los almacenes, y la de Tom. Era una extraña sensación, una sensación de alienación, de desplazamiento, incluso casi de vergüenza por la blancura de su piel. Durante aquella hora habría querido desesperadamente, con todo su corazón, ser negro. Aparte de eso, no pasó nada. Compraron sus discos, subieron al coche y volvieron a la zona residencial, donde todas las caras eran blancas. Había sido una lección, se daba cuenta. Una experiencia. Algo por lo que todo el mundo debería pasar.

Pero, francamente, nunca había sentido la necesidad de repetirlo.

¿Cuánto tiempo estuvo allí de pie: un minuto, cinco minutos, una hora? Aquello era peor que Harlem, mucho peor. Nunca había visto un esquimal en toda su vida. Y ahora estaba rodeado de ellos. Era algo así como ir a otro planeta. Le daba miedo levantar la vista. Estaba empezando a pensar que cualquier cosa era mejor que aquello, incluso congelarse hasta la muerte en la calle, ser despedazado por los perros lobos o atropellado por los conductores borrachos de los trineos de motor, cuando las puertas batientes de la cocina se abrieron, y una extravagante rubia, exageradamente maquillada y delgada como un palo, de la edad de Lola, entró bruscamente en la estancia, con seis cervezas de largo cuello en una mano y una humeante fuente de algo en la otra.

—Estaré con usted en un momento, encanto —le dijo, y pasó junto a él manteniendo los brazos en alto.

Fue como si la camarera rompiera el hechizo. Sirvió las cervezas y una fuente con algo de comer, y el bar volvió a la vida. Se levantó un murmullo bajo de conversación. Un viejo, con la cara tan muerta y apegaminada como una cabeza reducida que Walter había visto una vez en un museo, pasó junto a él con mirada ardiente y prácticamente cayó sobre la gramola. Y un adolescente —sí, ahora ya podía distinguirlos— intentó buscar su mirada, pero Walter apartó la vista con timidez. La camarera ya estaba allí. Walter miró sus cansados ojos grises y por un momento pensó que había vuelto a Peterskill.

—¿Qué tomará, encanto? —le preguntó ella.

El viejo luchaba con una moneda de cuarto de dólar en la gramola, se le cayó al suelo y profirió una maldición en voz baja, cuya esencia se le escapó a Walter. Seguro que era algo relativo a las focas, los kayaks y la madre de alguien. Pero luego pensó, ¿había dicho algo de los malditos blancos? ¿Blancos hijos de puta?

—¡Ejem! —Walter tanteó tirando frenéticamente de los cordones de su parka—. U-un café —pidió al fin.

Sin ceremonia ninguna, la camarera se volvió hacia el esquimal más cercano, dijo «Charlie» y estiró el cuello. El hombre se levantó ceñudo de su taburete y cruzó la estancia, con una botella de cerveza en la mano.

—Pero... —protestó Walter.

—Siéntese —le dijo la camarera.

Walter se sentó.

Cuando se tomaba la segunda taza de café empezó a detectar signos de vida en las yemas de sus dedos, y el viejo consiguió por fin localizar el cuarto de dólar y meterlo en la ranura. Hubo un zumbido mecánico, el chasquido del disco al girar, y luego Bing Crosby empezó a cantar *White Christmas*, canturreando para los sombríos, silenciosos y borrachos hombres envueltos en pieles de animales, canturreando para el grasiento y solitario trozo de pastel de manzana, para las cabañas, el manto de hielo, los montones de mierda de perro de las calles, canturreando para Walter palabras sobre las blancas Navidades que él conocía...

¿Era una broma? ¿Una burla? A Walter le daba miedo mirar a su alrededor.

—¿Quiere más? —le preguntó la camarera inclinada hacia él con una humeante jarra de pyrex.

—¡Ah!, no, no, gracias —balbuceó Walter poniendo la mano sobre la taza para dar más énfasis a su negativa—, pero tal vez pueda usted ayudarme...

La camarera le dedicó una gran sonrisa pintarrajeada.

—Claro. ¿Busca a alguien?

—No sé si le conocerá usted. Bueno, no sé si todavía vive aquí. Truman van Brunt.

Excepto por Bing Crosby, el sitio se quedó totalmente silencioso. La sonrisa de la camarera se había desvanecido.

—¿Qué quiere de él?

—Yo soy... —no podía decirlo, no podía escupir aquellas palabras—, soy su hijo.

—¿Su hijo? No tiene ningún hijo. ¿De qué está usted hablando?

Nada podía haberle preparado para aquel momento. Fue como un golpe bajo, como un obstáculo inamovible en el margen de la carretera. Se sintió derrotado. Sintió deseos de cavar un agujero a sus pies en el sucio linóleo y enterrarse hasta que el mundo se acercase al sol y brotasen palmeras al otro lado de las ventanas. «No tiene ningún hijo». Había recorrido más de seis mil kilómetros para oír aquello.

La boca de la camarera era una hendidura tensa y recelosa. Los esquimales estaban callados, observándole, y la indiferencia de sus ojos había dado paso a una perversa satisfacción, como si estuviera a punto de empezar la diversión, como si Walter —alto, blanco, con su pelo rojo y sucio, sus extraños ojos y sus inútiles pies— hubiera llegado a la ciudad como parte de algún espectáculo. Y Bing, Bing continuaba gorgojeando sobre días radiantes y felices...

—¡Eh, forastero! —El joven esquimal que antes había buscado su mirada estaba frente a él. Walter alzó la vista hacia la ancha y lisa cara y los titubeantes ojos de un niño de catorce años—. El señor Van Brunt vive un poco más allá. —Señaló con el pulgar—. La tercera casa a la izquierda, la que tiene un coche viejo aparcado enfrente.

Aturdido, Walter se levantó, luchó por sacar un arrugado billete de un dólar del

bolsillo y lo dejó caer en el mostrador junto a su taza. Tenía calor, estaba ardiendo bajo su gruesa parka, y se sintió mareado. Se agachó a coger su maleta y luego se volvió al chico e inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Gracias —le dijo.

—¡Bah!, no sudé, forastero —dijo el chico, que sonrió mostrando sus ennegrecidos dientes—, es mi profesor.

Eran las cuatro de una tarde tan oscura como la medianoche. En dos semanas el sol saldría por última vez sobre Barrow; es decir, hasta el 23 de enero del siguiente año. Walter lo había leído en la *Guía de Alaska: La última frontera americana* mientras mataba mosquitos en el frondoso jardín trasero de su casita de Van Wartville. Ahora estaba allí. En los escalones del Northern Lights Café, mirando hacia la calle sombría en la que había un Buick 49 aparcado unas casas más allá, frente a una anodina cabaña de techo bajo que no se distinguía en nada de las demás, excepto por la escasez de cadáveres de animales congelados en el tejado. La casa de su padre. Allí, en el helado confín del mundo.

Walter echó a andar por la calle, con el viento a sus espaldas y la maleta tirándole del brazo.

«¡Cuidado, gilipollas!», exclamó al pasar, con el motor chirriando y dejando las huellas de los patines en el hielo, un kamikaze que conducía un trineo de motor, y cuando Walter se apartó de su camino fue a meterse en medio de un grupo de perros que gruñían, peleándose por un trozo de carroña congelada que había sobre el hielo. Barrow. El sudor se le helaba en la piel, tenía los dedos entumecidos y catorce perros lobos rabiosos se estaban despedazando a sus pies. Llevaba una media hora en la ciudad y ya estaba hasta el gorro. En un repentino ataque de furia golpeó malignamente a los perros, blandiendo la maleta como un mazo y maldiciendo a gritos hasta que el viento se tragó su voz. Luego se bamboleó sobre el muro lleno de basura helada y de mierda de perro que se levantaba frente a la casa de su padre como el paredón de una cárcel. Cincuenta metros. Ésa era la distancia desde el café hasta la puerta de la casa de su padre, pero habían sido los cincuenta metros más difíciles de su vida. «No tiene ningún hijo». Más de seis mil kilómetros para oír aquella breve información de labios de una extraña, una bruja enfundada en un jersey ancho y con dos toneladas de maquillaje encima. ¡Joder!, cómo le dolía. A pesar de todo lo duro, desalmado y libre que era.

Walter dudó en el helado escalón de la puerta. Se sentía como un pobre huérfano maltratado de un cuento de Dickens. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo le iba a llamar: papá, padre? Estaba cansado, derrotado, helado hasta la médula. El viento silbaba. En las comisuras de los ojos tenía algo como aguanieve. Y de pronto dejó de importarle: el muy hijo de puta no tenía ningún hijo, ¿verdad? Y empezó a aporrear con toda su alma aquella puerta castigada por las inclemencias del tiempo.

—¡Eh! —aulló—. ¡Abrid! ¿Hay alguien ahí? —Pam, pam, pam—. ¡Abrid, cojones!

Nada. Ningún movimiento. No hubo respuesta. Era como si hubiera aporreado la puerta de su propia tumba. Su padre no le quería, no estaba en casa, no existía. Walter sintió que se iba a morir allí, en la puerta, congelado como uno de los grotescos cuerpos de animales que había sobre el tejado de la casa de al lado. Eso le enseñaría a su padre, pensó amargamente. Su hijo, su único hijo, el hijo al que había negado y abandonado, congelado en la puerta de su casa como un trozo de carne más. Y luego, de pronto, la rabia, la frustración y la autocompasión crecieron en su interior hasta que no pudo soportarlo más, echó la cabeza hacia atrás y aulló como un animal atrapado en una trampa, con todo el trauma de su existencia —todos los espectros y las visiones, el desgarramiento de la carne y las heridas que nunca se curaban— concentrado en la desnuda y estrepitosa queja que surgía de sus entrañas con tal intensidad que sobresaltó a los perros lobos y acalló al viento:

—¡Papá! —sollozó—. ¡Papá! —El viento le ahogó, el frío le golpeó con fuerza—. ¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!

Fue entonces cuando la puerta retrocedió y apareció él, Truman van Brunt, parpadeando ante la oscuridad y el hielo, ante Walter.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué me has llamado?

—Papá —dijo Walter, y sintió deseos de abrazarle. Lo deseaba. De verdad. Lo deseaba más de lo que nunca había deseado nada. Pero no podía moverse.

Cuarenta bajo cero. Con viento. Truman seguía de pie con la puerta abierta, aún alto, aún vigoroso, con las profundas raíces de su pelo rojo salpicadas de sucios destellos grises y una expresión de absoluto desconcierto latiéndole furiosamente en el rostro, como si se hubiera despertado de un sueño para aterrizar en medio de otro sueño.

—¿Walter? —dijo.

Dentro, el lugar estaba meticulosamente ordenado. Parecía casi monástico. Dos habitaciones. Una estufa de leña en la esquina de una de las dos estanterías a lo largo de las paredes, una cocina pequeña en la otra. Vislumbró una cama hecha y lisa y una mesita de noche en la habitación de atrás, con más libros. Los libros tenían títulos como *Conflicto agrario: Van Wart y los feudos de Livingston*; *Registros del Condado, North Riding*; *Navegando a vela por el río Hudson*; *Medicina popular en Delaware*; *Historia de las tribus indias del río Hudson*. Contra la estufa, tan cerca que podía haberse incendiado, había un escritorio lleno de montones de papeles y del que sobresalía la oscura giba de una gran máquina de escribir antigua. Bajo el escritorio, una caja de ginebra Fleischmann. No había agua corriente.

Antes de que tuviera tiempo de quitarse la parka, su padre ya había llenado dos jarras de barro con limonada caliente y ginebra, y ahora Walter estaba sentado en un

remendado sillón, acunando la jarra caliente en sus manos ateridas y leyendo en silencio títulos de libros. Truman arrastró una silla de madera frente a él. La estufa chasqueó. Fuera se oía el sonido del viento polar, tan persistente como los parásitos que se oyen en una radio sintonizada en onda corta. Walter no sabía qué decir. Allí estaba, después de todo, cara a cara con su padre, y no sabía qué decir.

—Así que me has encontrado, ¿eh? —dijo Truman al fin. Su voz era densa, lenta por el alcohol. No parecía exactamente feliz.

—Ajá —dijo Walter al cabo de un momento, mirando su jarra—. ¿No recibiste mis cartas?

Su padre gruñó.

—¿Cartas? Mierda, sí, recibí tus cartas.

Se levantó de la silla y avanzó hacia la habitación del fondo. Era un hombre alto, de hombros cuadrados, con el aire vagamente triste de un viajero perdido en una ciudad de extraños. No tenía ningún problema, absolutamente ninguno, en las piernas. Ni en los pies. Un momento después volvió a entrar ruidosamente en la habitación con una caja de cartas y la dejó caer en el regazo de Walter.

Dentro estaban las cartas: la esperanzada caligrafía de Walter, los timbres, los sellos franqueados. Allí estaban. Todas. Y no había abierto ninguna.

«No tiene ningún hijo». Walter levantó la vista de la caja hacia la turbia mirada de su padre. No se habían tocado en la puerta, ni siquiera se habían estrechado la mano.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —le preguntó Truman de pronto.

—Piet. Me lo dijo Piet.

—¿Pete? ¿A qué Pete te refieres? ¿Pete qué?

El viejo llevaba una barba abundante, tan roja como la de Eric el Conquistador, agrisada alrededor de la boca. Llevaba el pelo largo, peinado hacia atrás en una coleta. Tenía el ceño fruncido.

Walter sintió la ginebra actuando en sus venas como un anticongelante.

—No me acuerdo de su apellido. Un tipo pequeño, ya sabes, tu amigo de hace años, cuando... —No sabía cómo decirlo—. Lola me habló de él, me contó lo de los tumultos y...

—¿Te refieres a Piet Aukema? ¿El enano?

Walter asintió.

—Mierda. No le he visto en veinte años. ¿Cómo coño podía saber dónde estoy?

A Walter se le encogió el estómago. Sintió que todo aquello le estrujaba como una prensa de tornillos.

—Me lo encontré en el hospital —dijo, como si el hecho pudiera corroborar de algún modo su historia—. Me dijo que acababa de recibir una carta tuya. De Barrow. Me dijo que estabas dando clases.

—Pues ¡es un mentiroso de mierda! —rugió Truman poniéndose bruscamente de pie, con la cara hinchada por la repentina rabia. Miró a su alrededor con ferocidad, como si fuese a lanzar la jarra contra la pared, arrancar la estufa del suelo o algo así,

pero luego hizo un movimiento con la mano, como apartando la idea de su mente, y volvió a sentarse—. ¡Bah, a la mierda! —murmuró, y miró a los ojos de Walter con fuerza—. Eh, me alegro de verte de todas formas —soltó de repente, tal vez con demasiado énfasis, como si intentara convencerse a sí mismo—. Eres un chico muy guapo, ya lo sabes, ¿no?

Walter podía habérselo devuelto, haberle dicho: «¿Qué cuernos sabes tú?», y habría estado justificado, pero no lo hizo. En lugar de eso, le dedicó una sonrisa tímida y volvió a mirar su jarra. Era el momento de mayor intimidad entre ellos desde que había llegado.

Pero entonces el viejo volvió a sorprenderle.

—No tienes ningún problema, ¿verdad? Quiero decir, físicamente. Cojeabas al entrar aquí, ¿no?

Los ojos de Walter le miraron.

—Bueno, no es asunto mío... es sólo... es fácil congelarse aquí, ya sabes. —Se encogió de hombros y echó la cabeza hacia atrás para vaciar su jarra.

—Entonces ¿no lo sabes?

Walter le miraba y veía los barcos fantasma, y el oscuro callejón que se abría ante él con sus capas de hielo adhiriéndose como costras a la superficie alquitranada. Se sentía incrédulo. Estaba indignado. Estaba furioso.

Truman parecía incómodo. Ahora le tocó a él apartar la vista.

—¿Cómo coño voy a saberlo? —farfulló—. Oye, lo siento... Lo dejé todo a mis espaldas. No he sido un buen padre, lo reconozco...

—Pero ¿qué me dices de aquella noche...? —Walter no pudo acabar, era todo una alucinación, desde luego que lo era, lo había sabido todo el tiempo. El hombre que ahora se sentaba ante él era una alucinación, un desconocido, la vana conclusión de una búsqueda sin esperanza.

—Ya te he dicho que lo siento, ¡joder! —le espetó Truman levantando la voz. Se puso en pie y cruzó la habitación hacia la estufa. Walter le observó llenar su jarra del termo que había encima—. ¿Otro ponche? —El viejo le miró por encima del hombro. Su voz se había suavizado.

Walter negó con la mano y luego luchó por ponerse en pie.

—De acuerdo —le dijo pensando: «Las cartas, las cartas, nunca se ha molestado en abrirlas»—. Ya sé que no te importo una mierda y sé que quieres acabar esto cuanto antes, así que voy a decirte por qué he hecho todo este camino hasta este jodido fin del mundo para encontrarte. Te lo voy a decir todo, te voy a decir cómo se siente uno cuando pierde los dos pies, sí, los dos, y te voy a hablar de Depeyster van Wart. —El corazón le martilleaba. Ya estaba. Por fin. El final—. Y luego —dijo— quiero algunas respuestas.

Truman se encogió de hombros. Sonrió. Levantó su jarra como si fuera a ofrecer un brindis silencioso, y la vació de un trago. Se llevó la botella de ginebra a la silla, se sentó y llenó la jarra, esta vez sin mezclas. Su expresión era extraña, tímida y

beligerante al mismo tiempo, la mirada del fanfarrón en el patio del colegio frente al director.

—Pues venga —dijo con la ginebra en los labios—. Cuéntame —asintió señalando hacia la puerta, la negrura, la ininterrumpida tundra y el mar helado que se extendía más allá—. Tenemos toda la noche.

Walter se lo contó. Vengativamente. Le contó cómo le había esperado durante todo el verano cuando tenía doce años. Y cómo volvió a esperarle el verano siguiente, y el otro. Le contó lo dolido que se había sentido, ofendido y rechazado, culpable. Y cómo lo había superado. Le contó que Hesh y Lola le habían alimentado, le habían enviado a la universidad, que había conocido a una chica dulce y suave y se había casado con ella. Y luego, cuando la primera botella ya estaba vacía y la ginebra le quemaba como ácido en las venas, le habló de sus visiones, del veneno que le había infectado, le contó cómo había agredido a Jessica con su amargura y cómo había huido del fantasma de su padre hasta que sus pies se convirtieron en pulpa. Él hablaba y Truman le escuchaba, hasta que pasó la hora en que el sol debería haber salido y las vacas habrían vuelto al establo. Pero no había vacas. Y tampoco había sol.

Walter estaba desconcertado. Miró a través de la helada ventana y sólo vio noche profunda. No había comido desde hacía muchas horas, y la bebida se apoderaba de él. Cayó pesadamente en el sillón y levantó la vista hacia su padre. Truman estaba inclinado hacia delante, con la cabeza apoyada descuidadamente en la mano, y los ojos cansados y enrojecidos. A Walter se le ocurrió que aquello era un combate de boxeo, sólo eso, y que, a pesar del regocijo que había sentido exponiéndole sus errores, era sólo el primer asalto.

—Papá —dijo, y la palabra le sonó extraña en la lengua—. ¿Estás despierto?

El viejo se enderezó tambaleante, como si despertara de un mal sueño.

—¿Eh? —dijo buscando instintivamente la botella. Y luego añadió—: ¡Ah, sí! Eres tú. —Fuera el viento soplabla, constante. Implacable, incesante, eterno—. Muy bien —dijo levantándose—. Lo has pasado mal, lo reconozco. Pero piensa en mí. —Se inclinó hacia delante, con sus anchos hombros y su grande y bronceada cabeza—. Piensa en mí —susurró—. ¿Crees que vivo aquí porque es una maravilla invernal, el gran paraíso de las vacaciones, el Tahití del Norte o una mierda por el estilo? Es mi penitencia, Walter. Penitencia.

Se levantó, se estiró y retrocedió arrastrando los pies para pescar otra botella de debajo del escritorio. Walter le observó romper el tapón con un experto movimiento de la mano, servirse una jarra entera y luego ofrecerle la botella. Iba a decirle que no y poner la palma sobre el borde de su jarra como había hecho en el café, pero no lo hizo. Aquello era una maratón, un torneo, un campeonato de asaltos. Sostuvo su jarra.

—Estarás cansado —dijo Truman—. Puedes dormir aquí, junto a la estufa. Tengo

un saco de dormir y puedes coger los almohadones del sofá. —Volvió a sentarse, arqueando la espalda contra los duros listones de madera de su silla. Dio un largo sorbo y luego acercó la silla hasta que estuvo tan cerca de Walter como si tuviera que vendarle una herida—. Y ahora —le dijo con la voz convertida en un duro y áspero ronquido de flemas—, ahora tú escucharás mi historia.

La historia de Truman

—No importa lo que te hayan podido decir. Yo la quería. De verdad.

El viejo apuró su jarra, la apartó y se llevó la botella a los labios. No le ofreció más a Walter.

—Me refiero a tu madre —dijo secándose la boca con el dorso de la manga—. Era única. Probablemente tú casi no la recordarás, pero era tan... ¿cómo lo diría? Tan seria, ¿sabes? Idealista. De verdad se había tragado toda aquella mierda bolchevique, de verdad pensaba que Rusia era el paraíso de los trabajadores y que el padrecito Stalin era como el anciano tío cargado de sabiduría de todos. —Había una sola lámpara encendida, con pie de bronce y pantalla de papel, sobre el escritorio, tras él, y las sombras suavizaban sus rasgos—. Era como Major Barbara o algo así^[9]. Nunca conocí a nadie igual.

Walter estaba transfigurado; la rasposa voz y la noche eterna se habían apoderado de él como por arte de encantamiento o hechizo. Su madre, la de los ojos tristes, estaba ante él. Casi podía oler las tortas de patata.

—Pero tú has estado casado, ¿no? ¿Cómo se llamaba?

—Jessica. —Pronunciar aquel nombre le dolía. Jessica y su madre.

—Muy bien —dijo el viejo con la voz grave y profunda, estragada por la bebida y las noches sin fin—. Entonces sabrás cómo es...

—No —saltó Walter súbitamente beligerante—. ¿Cómo es?

—Quiero decir una vez que la pasión del principio se apaga y todo eso...

—Lo que quieres decir es que le tomaste el pelo. Desde el principio. Te casaste con ella para destruirla —le dijo Walter exaltado; intentó levantarse, pero tenía las piernas entumecidas—. Claro que me acuerdo de ella. También recuerdo su muerte. Y recuerdo el día en que la dejaste, con aquel coche esperando fuera, ¿verdad? El coche de Depeyster van Wart, ¿verdad?

—Exageraciones, Walter, exageraciones. Tú te acuerdas de lo que Hesh te enseñó a recordar. —La voz del viejo era firme. No discutía, narraba. El dolor, el dolor que le había hecho ocultarse en aquel remoto rincón del mundo estaba en lo alto de un estante, dentro de una botellita con tapón hermético. Como si fuera sales olorosas—. No me mires con esa expresión farisaica, tú, pequeña mierda. ¿Quieres saber cómo duele?, pues escúchame. Lo hice. Sí. Soy un soplón, un traidor. Asesiné a mi esposa, vendí a mis amigos. Eso es verdad, te lo contaré ahora mismo. Pero no discutas conmigo, pequeño hijo de puta. Límitate a escucharme.

El calor había ido subiendo en la voz del viejo, y por segunda vez en las horas que llevaban juntos pareció como si fuera a levantarse y destrozarlo todo. Walter siguió sentado, paralizado, tan cerca que percibía el olor a ginebra en el aliento de su padre.

—Si es que quieres hablar de todo eso. Quieres, ¿no? Si no, no habrías venido hasta aquí.

Aturdido, Walter asintió.

—Muy bien —dijo el viejo—. Muy bien. —Su voz recobró la calma. Llevaba botas de piel de foca y un grueso jersey de lana con unos renos corriendo en la parte delantera, y cuando se inclinó hacia delante, con el pelo y la barba salpicados de gris, parecía un personaje fatídico y misterioso de alguna antigua película de Bergman, el pálido oráculo del norte—. Déjame empezar desde el principio —dijo—. Con Depeyster.

Truman le había conocido en Inglaterra, durante la guerra. Los dos pertenecían al G2, el servicio de información militar, y se sintieron especialmente unidos al descubrir que procedían de la zona de Peterskill. Depeyster era un tipo listo, bien parecido, duro, y también un buen deportista. Jugaba a baloncesto. De vez en cuando, si estaban fuera de servicio, tiraban a la canasta con algunos compañeros. Pero luego a Depeyster le dieron otro destino y se separaron. Lo importante era que Truman conoció a Christina —y se casaron— antes de volver a ver a Depeyster van Wart. Y ésa era la verdad.

—Pero tú te afiliaste al partido —dijo Walter—. Bueno, eso es lo que Lola...

—¡Joder! —escupió Truman con una furiosa arruga en la frente. Se levantó de la silla y caminó por la pequeña habitación. Fuera, los perros lobos empezaron a aullar—. Sí. De acuerdo. Me afilié al partido. Pero quizá fue porque estaba enamorado de tu madre, ¿lo has pensado alguna vez? Quizá fuese porque ella tenía cierta influencia sobre mí, y quizá porque, en cierto modo, yo quería creer en aquellas gilipolleces de los trabajadores oprimidos, la codicia de los capitalistas y todo el resto. Oye, mi padre era pescador, ya lo sabes. Pero ¿quién tenía razón, eh? Llegó Khrushchev, denunció a Stalin y en la colonia todo el mundo se cagó. Tienes que ver las cosas con cierta perspectiva, Walter.

Se detuvo ante su escritorio, cogió una hoja de papel llena de letra mecanografiada, negra y apretada, y luego volvió a dejarla. Cogió un cigarrillo, un Camel, del paquete que había al lado y levantó un mechero para encenderlo. Walter vio que le temblaban las manos, pese a toda su bravata.

—Y entonces qué, llevábamos casados un año, tal vez dos, y Depeyster apareció en escena. Después, Walter —dijo, y por primera vez había una expresión de disculpa en sus ojos—, después de haber conocido a tu madre y de haberme casado con ella me lo encontré en el almacén de Cats' Corners. Tu madre, Hesh y Lola y yo nos íbamos de excursión y me paré a comprar una cerveza y un paquete de tabaco. Era una tarde de domingo, y allí estaba él. —Hizo una pausa y bebió otro trago de la

botella—. Hay muchos factores en todo esto, cosas que desconoces totalmente. No juzgues tan deprisa.

Walter se dio cuenta de que se estaba agarrando a los brazos del sillón como si temiera caerse, como si estuviera subido en unas montañas rusas azotados por un viento como el que soplaba al otro lado de la puerta.

—Ya te lo he dicho —dijo—. Yo trabajo para él. Es un gran hombre. De verdad. Dice que Hesh y Lola se equivocan. Dice que tú eres un patriota.

Truman dejó escapar una risa amarga, con el pálido y cenagoso verde de sus ojos oscurecido por el alcohol y quizá también por las emociones.

—Patriota —repitió con la cara contraída, como si hubiera mordido algo podrido — Patriota —dijo como si escupiera, y luego se estiró en el suelo frente a la estufa y se quedó dormido, con el cigarrillo encendido aún apretado entre sus dedos.

Por la mañana —si es que aquello se podía llamar mañana— el viejo se mostró cauto, agotado, resacoso y furioso, tan comunicativo como una piedra. En un momento dado, hundido en los pliegues de aquella noche interminable, Walter le había oído levantarse del suelo, servirse una copa y marcar el teléfono.

—Hoy no iré —gruñó al auricular. Hubo una pausa—. Sí, exacto. Estoy enfermo. —Otra pausa—. Que lean la Constitución, o mejor aún, házse la copiar.

Ahora había luz —o más bien se había suavizado notablemente la oscuridad que antes se apretaba contra las ventanas—, y flotaba un olor a beicon, fuerte como la propia vida, mezclado con otro olor más sutil, un olor mnemónico, un olor cruel y despiadado: tortas de patata. Walter salió del saco de dormir como si se hubiera incendiado, como si fuera el único ser vivo en una casa de fantasmas. Los perros aullaban. Debía de ser cerca de mediodía.

Truman le sirvió beicon, huevos fritos y tortas de patata.

—Como las hacía tu madre —dijo con rostro inexpresivo; tenía bolsas bajo los ojos, y no volvió a decir nada hasta que el sol empezó a fluctuar una hora después—. Oscurece —dijo quebrando repentinamente el silencio—. Hora del cóctel —dijo con una melosa sonrisa—. Hora de contar cuentos.

Había más ginebra. Eterna ginebra. Ginebra que fluía como la sangre de los ojos heridos de un boxeador. Todavía no eran las dos de la tarde y Walter ya estaba aturdido. Hundido en el sillón, con los miembros etéreos, ligeros, tan ligeros que parecían despegados de su cuerpo, Walter acunaba un vaso de ginebra de granel y escuchaba a su padre contar su historia como si fuera un *sachem* indio interpretando sus sartas de cuentas.

—Depeyster —murmuró el viejo a modo de introducción—. Estaba hablando de Depeyster van Wart, ¿no?

Walter asintió. Aquello era lo que él había ido a oír.

Truman inclinó la cabeza, mojó un grueso dedo en su bebida —ginebra con

ginebra— y se lo chupó.

—Quizá te despisté un poco anoche —dijo—. Sobre aquel día en que me lo encontré en la tienda. Por mi parte fue un accidente, lo juro, pero por la suya no. No. Él no hace nada accidentalmente.

Walter luchó contra su miedo y su rabia, luchó contra el impulso de desafiarle, y se hundió aún más en su sillón, sorbiendo una ginebra que sabía a quitamanchas, mientras el viejo continuaba.

Era curioso, dijo, la forma en que Depeyster había vuelto de repente a su vida. Después de aquel día en Cats' Corners empezó a verle más y más, aunque había entrado en la rutina de la colonia, asistiendo a conferencias y conciertos, aunque se había afiliado a la asociación y luego al partido. Depeyster estaba en todas partes. Estaba comprando un nuevo silenciador en el garaje de Skip cuando Truman llevaba el coche para revisar los amortiguadores y las pastillas del freno, estaba tomando algo en la Yorktown Tavern cuando Truman se paraba allí con algún compañero al salir del trabajo, estaba comprando cortinas en Genung's, o en Offenbacher's con un bolsa de galletitas Kaiser. Estaba en todas partes. Pero sobre todo, estaba en el tren.

Dos días a la semana, cuando el silbido de las cuatro y media sonaba en la fábrica, Truman recogía la cesta del almuerzo, sacaba una vieja mochila del ejército de debajo del banco de hierro forjado y caminaba a lo largo de seis manzanas hasta la estación del tren. Estudiaba historia de América en el City College, estudiaba sociología, trascendentalismo, movimientos sindicales americanos, las causas y consecuencias de la guerra de la Independencia, y engullía un bocadillo, sorbía un café y leía sus textos en el trayecto de setenta y cinco minutos hasta Nueva York. Una tarde levantó la vista de sus libros y allí estaba Depeyster, bronceado y relajado, con un traje de ejecutivo y un maletín bajo el brazo. Tenía asuntos de negocios en la ciudad, le dijo, aunque a Truman nunca se le ocurrió preguntarle qué clase de negocios podía tener a las seis de la tarde.

A partir de entonces Truman empezó a verle en el tren con frecuencia, a veces solo, a veces en compañía de LeClerc Outhouse. Formaban un buen grupo. Van Wart, por supuesto, descendía de una antigua familia, y era un auténtico almacén de historia local, además de licenciado en arte por Yale, de la promoción del 40. LeClerc coleccionaba artefactos de la guerra de la Independencia, muchos de los cuales los había encontrado excavando, y sabía más de la lucha por Nueva York que el profesor de Truman. Hablaban de historia, de temas generales y sobre todo de política. LeClerc y Depeyster eran republicanos de la línea dura, por supuesto, hombres de Dewey, y veían comunistas por todas partes. En China, en Corea, en Turquía, en el mismísimo gobierno de Estados Unidos. Y por supuesto, en la colonia Kitchawank. Truman se encontró defendiendo a la izquierda, defendiendo a Roosevelt y el New Deal, defendiendo a la colonia, a su mujer y a su suegro, así como a Hesh y a Lola. No lo hacía muy bien.

¿Y por qué? Tal vez porque él mismo estaba confundido.

—¿Qué querías decir —preguntó Walter interrumpiéndole— con eso de que Dipe nunca hace nada accidentalmente? ¿Crees que fue a por ti? ¿A propósito?

El viejo se recostó en aquella silla esenia, aquel esqueleto insostenible de silla, y le dirigió una mirada desdeñosa.

—No seas zopenco, Walter. Claro que vino a por mí. Algunos de aquellos tipos que conocí en el G2 siguieron en él después de la guerra y llegaron a puestos bastante altos. Depeyster estaba en contacto.

—Entonces, tú fuiste espía —dijo Walter, y su voz no manifestó la menor emoción.

Truman se incorporó, se aclaró la garganta y volvió la cabeza para escupir en el suelo. Por un largo momento jugueteó con la goma que le sujetaba el pelo.

—Si quieres llamarlo así —dijo—. Ellos me convencieron. Me hicieron ver la luz. Ellos y Piet.

—Pero... —Walter se sentía derrotado. Su última esperanza era ya una pálida estela de vapor en un cielo plúmbeo. El rumor era cierto. Su padre era un mierda—. Pero ¿cómo pudiste? —insistió, furioso en su derrota y estridente en su rabia—. ¿Cómo pudo alguien convencerte con palabras? ¿Cómo podían convencerte las palabras de que estafaras a tus amigos, a tu propia mujer, a tu...? —las palabras se le pegaban a la garganta—, ¿a tu hijo?

—Yo tenía razón. Hice lo que hice por un principio más elevado. —El viejo hablaba como si no hubiera habido ningún problema, como si aquello no hubiera destrozado su vida, engañado a su familia, como si no hubiera hecho de él un borracho y un exiliado—. Claro que había entre ellos gente como Norman Thomas, gente como tu madre, pero también había gente falsa, mierdecitas como Sasha Freeman y Morton Blum, que tiraban la piedra y escondían la mano, traidores y locos como Greenglass, Rosenberg, Hiss, que sólo querían cargarse todo lo bueno que teníamos en este país, y estaban allí mismo, en la colonia. Todavía siguen allí.

—Pero tu propia mujer. ¿Es que no tienes conciencia? ¿Cómo pudiste?

El viejo se quedó un momento en silencio, mirándole fijamente por encima del borde de la botella. Cuando habló, su voz era tan suave que Walter apenas podía oírle:

—¿Cómo pudiste tú?

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a tu mujer. ¿Cómo se llama?

—Jessica.

—Jessica. Lo echaste todo a rodar con ella, ¿no es así? La mandaste a paseo, ¿no es así? Y por alguna razón que no te atreves a explicar. —La voz de Truman se elevó otra vez, cáustica, áspera, un gruñido que pasó por encima del viento—. ¿Y qué me dices de Depeyster van Wart, «Dipe», como tú le llamas? Ahora es tu ídolo, ¿verdad? Que le den por el saco a Hesh. Que se joda el viejo. Dipe es el número uno. Es más padre para ti que yo. —Los ojos del viejo brillaban maliciosos—. Walter —susurró

—. Eh, Walter, ya estás a medio camino.

Walter se sintió de pronto débil, profundamente exhausto. Se sintió como si estuviera KO en el suelo, y el árbitro hubiera empezado la cuenta atrás. Lo único que pudo hacer fue levantarse de la silla tembloroso.

—Lavabo —murmuró, y se bamboleó hasta la habitación del fondo. Intentó andar erguido, echar los hombros hacia atrás y endurecerse, pero cuando aún no había dado cinco pasos se le enredaron los pies y chocó contra el marco de la puerta.

Bang. Final del segundo asalto.

Durante largo rato Walter estuvo arrodillado sobre un cubo en el helado lugar que servía de cuarto de baño al viejo, vomitando hasta la primera papilla y con el hedor agri dulce de sus propias tripas abrumándole. También había otro olor, el olor de su padre, de la mierda de su padre, y le encogía el estómago una y otra vez. La mierda de su padre. Mierda en un cubo. Christina y Jessica, Truman y Walter.

Había un barril de agua en la cocina. Walter ahuecó las manos y se echó un poco de agua en la cara. Llevó la boca a la canilla y bebió. Fuera, la noche continuaba. El viejo, aún acunándose silencioso en la silla, sorbía su bebida meditativamente. Walter se estremeció. La casa estaba fría, aunque Truman había llenado la estufa con tanto carbón que la puerta de hierro relumbraba sobre sus goznes. Walter cruzó la habitación, recogió su parka del suelo y se acurrucó en ella.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó el viejo, vagamente burlón.

Walter no contestó. Recogió su vaso del brazo del sillón y lo sostuvo en alto para que el viejo se lo llenara, mirándole con tanta dureza que Truman tuvo que apartar la vista. Luego cogió un Camel del paquete del viejo, lo encendió y volvió a instalarse en el sillón. Habría tres asaltos, ya lo veía. Luego podría coger el avión de vuelta a Van Wartville y se habría liberado de sus fantasmas para siempre —«¿Padre? ¿Qué padre? Nunca había tenido padre»—, dolido pero libre. También había otra posibilidad, por supuesto. Que triunfara el viejo. Que le dejara tirado. Que le aplastara. Y entonces él subiría a bordo de aquel avión con el rabo entre las piernas y volvería a casa, a una vida tan embrollada como un plato de huevos revueltos, perseguido y acosado hasta que muriera.

—Volverías a hacerlo —dijo Walter finalmente, pinchando, sondeando—. Hiciste bien, eras un patriota. Y mi madre, Hesh y Lola, el propio Paul Robeson eran los traidores.

Truman caviló por encima de la botella. No dijo nada.

—Tuvieron lo que se merecían, ¿eh?

Silencio. El viento. Los trineos de motor. Gritos ahogados. Perros.

—Los niños también. Yo hubiera podido estar allí aquel día, tu propio hijo. ¿Qué me dices de los niños que jugaban frente al escenario? ¿Se lo merecían ellos también? ¿Los patriotas se cargan también a los hijos de los comunistas? ¿Eso hacen?

Walter estaba reviviendo, volviendo a la vida, tan excitado por la lucha que había olvidado de qué lado estaba. Deja que él lo refute, pensó. Deja que te convenza. Y luego podrás descansar.

Truman se levantó con un suspiro, agitó levemente su bebida y luego cruzó la habitación hacia donde su propio abrigo —una piel de animal sin curtir, igual que el de un esquimal— colgaba de un clavo. Quitó el sombrero que colgaba sobre él, de cuero y piel, con orejeras prendidas como alas, y se lo puso en la cabeza. Rodeó dos veces la silla, como reacio a sentarse, y luego, encasquetándose el sombrero hasta los ojos, se dejó caer.

—Tú lo quieres todo blanco o negro —suspiró—. Buenos y malos. Quieres que todo sea sencillo.

—«Yo tenía razón», has dicho. «Yo la quería», has dicho. Entonces ¿qué pasó?

El viejo ignoró la pregunta. Luego levantó la mirada repentinamente y sostuvo la de Walter.

—Yo no pensaba que se moriría, Walter. Era un divorcio, ya sabes, así lo veía yo. Ocurre todos los días.

—Tú clavaste el cuchillo —dijo Walter.

—Era joven. Estaba confuso. Como tú. Entonces no nos íbamos a vivir juntos, nos casábamos. Yo la quería. Yo quería a Marx y Engels y la revolución socialista. Tres años y medio, Walter. Es mucho tiempo. Puede ser mucho tiempo, ésa es la verdad. Cambié, de acuerdo. ¿Es eso un crimen? Como tú, Walter, como tú.

—Tú eres un hijo de puta —dijo Walter.

—Igual que tú —sonrió Truman.

Hubo un silencio. Luego Truman continuó. Había estado mal hacerle tanto daño a Christina, dijo, lo sabía, y aquella vida era su penitencia, aquella conversación su acto de contrición. Tendría que haberse ido simplemente. Tendría que haberla avisado. Pero durante un año y medio se había estado viendo en secreto con Depeyster, LeClerc y los demás —veteranos, como él—, y les suministraba información. No era gran cosa —actas de la asociación, lo que se decía, y quién lo decía, en las reuniones del partido—, nada, en realidad, y no hubiera aceptado un centavo por ello. Ni lo quería. Había hecho un cambio de ciento ochenta grados y creía sinceramente que tenía razón.

Claro que sufría. Bebía, se mantenía apartado de su casa, miraba los torturados ojos de Christina y se sentía un criminal, se sentía un mierda, como el Judas de dos caras que era.

—Pero ¿sabes, Walter? —dijo—. A veces es bueno sentirse una mierda, ¿sabes lo que quiero decir? Es casi una necesidad. Algo en la sangre.

La semana que precedió al concierto fue la peor de su vida. Estaba llegando al final y lo sabía. Todas las noches se quedaba por ahí, borracho. Piet iba con él entonces, y eso le ayudaba. Piet siempre estaba a su lado con una broma, con un brazo para rodearle los hombros. Era un hombrecito gracioso. «¿Qué debo hacer,

Piet?», le preguntaba Truman. «Hazlo —le decía Piet—. Juégasela a esos judíos, comunistas, negros de mierda. El mundo parece una manzana podrida». Esta vez había dinero. Dinero para largarse y empezar en otro sitio, de alguna manera. En algún sitio. Incluso en Barrow. No iba a quedarse el coche definitivamente. Pero cuando acabó todo, odiaba a Depeyster más de lo que había odiado a Sasha Freeman y la conspiración comunista mundial. Porque le había hecho odiarse a sí mismo. Así que se lo quedó. Se largó con la mierda a otra parte. Siete, ocho años yendo y viniendo. Hasta que se acabó. Hasta que ya no hubo ninguna razón para volver.

Lo más gracioso era que todo había sido en vano.

Sasha Freeman, Morton Blum y quienes estaban detrás de ellos iban por delante de Depeyster durante todo el tiempo.

—Por lo que se refiere al oportunismo y al cinismo —gruñó Truman—, esos dos hijos de puta, Freeman y Blum, podían dar lecciones.

Truman tenía que guiar a los muchachos hasta algún sitio donde pudieran hacer daño de verdad, donde pudieran zurrar a los gilipollas de Robeson y Connell y al resto de amigos de los negros, darles una lección que nunca olvidaran: «¡Despierta, América: Peterskill ya lo ha hecho!». Así lo veía Depeyster. Aquél era el plan. Truman ayudaría a la causa y obtendría mil dólares para dejar la vida que llevaba y empezar de nuevo en otra parte. Pero les salió el tiro por la culata, naturalmente. Si Sasha Freeman hubiera estado allí, él mismo habría abierto la puerta a aquellos animales. Alegrementemente. Su idea era agitar la cosa hasta que estuvieran animados y acalorados, organizar una pequeña carnicería de inocentes con huesos rotos y narices sangrantes, y publicar unas cuantas fotos de mujeres con la ropa manchada de sangre en los periódicos. Y si linchaban a algún pobre negro, mucho mejor. ¿Un concierto pacífico? ¿Para qué demonios servía eso?

—Dime, Walter —dijo el viejo inclinándose hacia él—, quiénes eran los malos allí.

Walter no tenía respuesta. Apartó la vista de los ojos de su padre y luego volvió a mirarle.

Truman se estaba manoseando la oreja derecha. Tenía el lóbulo deformado, arrugado como el pliegue interior de un albaricoque secado al sol. Walter conocía bien aquella oreja. Metralla, le había dicho el viejo cuando se lo llevó al puente para pescar cangrejos. Walter tendría entonces ocho años, nueve, quizá diez.

—Así fue como ocurrió esto —dijo Truman de pronto, pues no hay acto de contrición si no es entero, sincero y completo.

—Siempre me dijiste que había sido en la guerra.

El viejo sacudió la cabeza.

—Fue aquella noche. Es mi marca de Judas. Lo más extraño de todo. —Desviaba los ojos del humo de su enésimo Camel, con la cara llena de algo que parecía asombro. O desconcierto—. Se acabó y nos fuimos, Piet y yo, lejos de la multitud, hacia un camino apartado donde habíamos dejado el coche, cuando de pronto aquel

maniaco surge de entre los arbustos y me ataca por detrás. Yo era muy fuerte en aquellos tiempos, bastante corpulento. El tipo era más corpulento. No dijo una palabra, sólo empezó a pegarme como un cabrón, intentando matarme. Matarme de verdad. Lo más extraño...

—¿Sí? —le instó Walter.

—Es que era un indio. Como los que ves en la televisión, o en Nuevo México. —Pausa—. O aquí, por la ventana. Hediondo como una fosa séptica, untado de grasa, con plumas en el pelo, toda la indumentaria. Podría haberme matado, Walter, sería mejor que lo hubiera hecho, de no haber sido por Piet. Piet me lo quitó de encima. Le pinchó con su cortaplumas. Luego una panda de tipos se lanzaron sobre él, cinco o seis o quizá más, no lo sé. Pero el tío me quería a mí, sólo a mí, y nunca sabré por qué. Le habían agarrado las manos, así que me mordió. Como un animal. Cayó y se llevó un trozo de mi carne.

Walter se recostó en el sillón. Ahora lo sabía todo, la lucha se había acabado, y ¿adónde le había llevado? Su padre no era nada, ni héroe ni criminal, era sólo un hombre, débil, sobornable, confuso, cercado por el pasado, herido y sin ninguna esperanza de recuperación. Bien, ¿y qué? ¿Cuál era el significado de todo aquello? El duende. Piet. Las pesadillas al despertar y las alucinaciones, aquella vida sobre unos pies muertos, el indicador, Tom Crane, Jessica. «Ya estás a medio camino», había dicho el viejo. ¿Qué quería decir? ¿Que seguiría los pasos de su padre? ¿Que la historia se venga repitiéndose en los descendientes de quienes obraron mal?

—Absurdo, ¿eh? —dijo el viejo.

—¿El qué?

—Mi oreja. El indio.

Walter asintió, ausente. Y luego, como corrigiendo aquel asentimiento, gruñó:

—Si quieres que te diga la verdad, ¿a quién le importa? No me interesa saber si un indio loco te mordió la oreja, quiero saber por qué, por qué lo hiciste. —Walter se levantó de la butaca y sintió que la cara estaba a punto de contraerse en una mueca de emoción, lágrimas, rabia o desesperación—. Todo el asunto, eso de que Piet, Depeyster y tú fuisteis engañados no son más que excusas. Palabras. Hechos. —Para su sorpresa, se dio cuenta de que estaba gritando—. Quiero saber por qué, por qué, en el fondo de tu corazón, por qué. ¿Me has oído: por qué?

La cara del viejo tenía una expresión fría, implacable, dura como una piedra. De pronto Walter sintió miedo, sintió que había llegado demasiado lejos, que había saltado el borde del precipicio y caía al abismo. Dio un paso atrás mientras su padre, exudando ginebra por los poros y con el sombrero de piel sin curtir encajado sobre los ojos brillantes de malicia, se levantó de su silla para propinarle un golpe final, el puñetazo del KO.

No, pensó Walter, aún no se ha terminado.

—Eres un verdadero masoquista, chico —siseó Truman—. Lo quieres todo, ¿verdad? Y aprietas hasta conseguirlo. Muy bien —dijo dándole la espalda y

acercándose al enorme escritorio de roble que dominaba la habitación—. Esto es —dijo mirando por encima del hombro y levantando un manuscrito. Y en aquel momento tenía el mismo aspecto con el que Walter le veía cuando soñaba despierto. En aquel momento era el fantasma del barco, el bromista de la habitación del hospital, el aniquilador de la moto. Walter sintió que algo se apoderaba de él, algo que no le dejaría nunca. Le apretaba entre sus garras, sí, lo sentía, terrible y familiar, cuando el viejo se volvió a él—. Walter —dijo—, ¿me escuchas?

No podía hablar. Tenía agujas de pino en la garganta, bolas de piel peluda. Estaba mudo, amordazado.

—Te dedicas a la historia colonial, ¿eh? Has leído un poco acerca de ella, ¿eh? ¿Sobre Peterskill? —Las palabras se quedaron suspendidas como el lazo de un verdugo—. Quería preguntarte una cosa: ¿has encontrado alguna referencia a Cadwallader Crane?

Estaba muerto. Lo sabía.

—¿O quizá a Jeremy Mohonk?

Gallows Hill, la colina de la horca

El manuscrito yacía en su regazo, como un peso muerto. Era grueso, voluminoso, como el *Times* del domingo anterior al Día del Trabajo^[10], como una novela rusa, como la Biblia. Quince centímetros de altura, mecanografiado a un espacio y medio en hojas estándares, más de mil páginas. Walter miró la página del título con estupefacción: *Vergüenza colonial: traición y muerte en Van Wartville, la primera rebelión*, por Truman H. van Brunt. ¿Era aquello? ¿Por aquello había acabado con su mujer, había abandonado a su hijo y se había escondido tan lejos, en el extremo helado del continente, donde no podían encontrarle siquiera los osos polares?

Traición y muerte. Vergüenza colonial. Estaba más loco que una cabra.

Luchando contra el miedo, Walter pasó las páginas, leyó de nuevo el título con un lento y estudiado movimiento de sus labios. Eran sólo palabras, sólo historia. ¿Qué le asustaba? Cadwallader Crane. Jeremy Mohonk. Un indicador histórico junto a la carretera, ante el que había pasado de largo miles de veces. Ni siquiera se había molestado en leerlo.

Pero Truman sí.

En aquel momento Truman estaba en la pequeña cocina, de espaldas a Walter, untando mantequilla y mostaza Gulden sobre rebanadas de pan blanco. Tenía un aire de despreocupación, como para demostrarle a su alienado hijo que enseñar la obra en que se había consumido en vano su loca existencia era un asunto cotidiano, pero por la forma tan brusca de darle al pan y por lo torpemente que sirvió ginebra y limonada en una jarra, Walter vio que estaba alterado. De pronto el viejo le echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—No —contestó Walter con el estómago aún encogido, anticipándose a alguna terrible y fulminante revelación. Su padre era el fantasma resucitado, y el libro de los muertos yacía abierto en su regazo—. No, en absoluto.

—¿Seguro? Estoy haciendo bocadillos: mostaza y cebolla. —Le enseñó una cebolla como si fuera una lata de caviar beluga o de trufas picadas—. Tu estómago necesitará tomar algo.

¿Era una amenaza? ¿Una advertencia?

—No —dijo Walter—, no, gracias.

Volvió la página y empezó a leer:

Feudalismo en Estados Unidos, tierra de los libres, patria de los valientes, los pocos por encima de los muchos,

lores y ladies dominando al pueblo llano, la corrupción inglesa (y antes la holandesa) asfixiando la inocencia americana. ¿Difícil de creer? Vayamos con el pensamiento a una época anterior a la Revolución^[11] (la revolución burguesa de 1777, claro está), cuando los patrones y los señores feudales levantaban sus feas cabezas sobre los esclavos negros, los siervos de la gleba y los granjeros arrendatarios que ni siquiera tenían la certeza de poder legar a sus propios hijos el fruto de sus labores...

Ésa era la introducción: treinta y cinco, cuarenta o cincuenta páginas. Van Wartville, 1693. Un levantamiento. Una rebelión contra Stephanus Rombout van Wart, primer señor de la mansión. Walter intentó escudriñar, leer, buscando la sustancia, la esencia, la clave, pero resultaba excesivamente prolijo, toda aquella locura de tomo no era más que un delirio sostenido. Pasó las páginas hasta el final de la introducción:

... y se refería a un tiempo no tan remoto, cuando la plebe incontrolada asoló el mismo suelo sagrado y aquellos que deseaban socavar nuestra preciada democracia casi triunfaron. Nos referimos, desde luego, a los tumultos de Peterskill (o mejor dicho, de Van Wartville) de 1949, el estudio de los cuales, en su fatal conexión con aquella primera revuelta abortada, ocupará los últimos capítulos de esta obra...

¿Era aquello? ¿El viejo manipulaba la historia para justificarse? Saltó al final de la página:

Nos proponemos aquí examinar una verdad que reside en la sangre, una vergüenza que salta a través de las generaciones, una ignominia y una infamia que siguen viviendo en espíritu, aunque ningún texto se atreva a presentarlas. Nosotros, con esta historia, somos los primeros en...

—Fascinante, ¿eh? —El viejo revoloteaba junto a él con la bebida en una mano y un bocadillo medio mordido en la otra.

Walter levantó la vista cautelosamente.

—Jeremy Mohonk. Cadwallader Crane. ¿Dónde están?

—Están ahí —dijo Truman blandiendo el bocadillo por encima de la montaña de papel—, al final les cuelgan. Pero eso ya lo sabías. Lo que quieres saber es cómo. Y por qué. —Hizo una pausa para morder el bocadillo, y luego, recostándose en la silla, dijo en una especie de suspiro—: Primera ejecución pública en los libros de Van Wartville.

Walter estaba indignado.

—¿Te crees que me voy a leer esto, todo esto?

El peso del libro tiraba de él hacia abajo. No podía leer diez páginas, ni aunque le prometiesen la vida eterna, revelasen los nombres secretos de Dios y le devolvieran los pies. De pronto se sintió cansado, infinitamente cansado. El cielo estaba negro. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Qué hora era?

—No —dijo Truman al cabo de un rato—. No espero que lo leas. Por lo menos, ahora no. —Se detuvo para relamerse un poco de mostaza que tenía en la comisura de la boca—. Pero tú querías respuestas y yo voy a dártelas. Durante veinte años he trabajado en este libro —y se inclinó a golpear el manuscrito con un grueso dedo de propietario—, y cuando se publique, podrás sentarte en tu casa de Peterskill a leerlo. Pero ahora, como me has preguntado, como me has preguntado con insistencia, voy a decirte de qué trata. Todo. No quedará piedra por remover. —Había una sonrisa en su

rostro, pero no era una sonrisa reconfortante, sino más bien la presuntuosa sonrisa del torturador que aplica un hierro al rojo—. Y voy a decirte lo que significa para nosotros dos, Walter, para ti y para mí. ¡Eh! —dijo alargando la misma mano para cogerle el brazo a Walter y apretárselo afectuosamente. Aquél fue el primer contacto físico entre los dos—. Somos padre e hijo, ¿no?

El viejo había acercado su silla. Su voz era lo único que había en la habitación, y la habitación era lo único que había en el universo. Ya no se oía aullar a los perros, ni el más leve gemido. Los trineos de motor se habían vuelto silenciosos. Incluso el viento parecía haber perdido su aliento. Incómodo, deseando que acabara de una vez, Walter se sentó rígidamente en su sillón, sometiéndose a la áspera y dura voz de su padre como a una dosis de amarga medicina.

Era el otoño de 1693. Un tiempo anterior a los indicadores históricos, a las Norton Comandos, las camisas Nehru y los supermercados, un tiempo tan remoto que sólo la historia podía alcanzarlo. Wouter van Brunt, antecesor de la venidera legión de Van Brunt, estaba a punto de llevar su carreta a la casa señorial para pagar su renta y disfrutar de un día de baile y festejos. Tenía veinticinco años y aquel día hacía un año que había enterrado a su padre. En la parte trasera de la carreta había dos cargas de leña cortada y hendida, dos barriles de trigo descascarillado, cuatro pollos cebados y veinticinco libras de mantequilla en tarros de arcilla. Los quinientos florines —o más bien, su equivalente en libras esterlinas— ya se habían pagado en el molino de Van Wart en forma de trigo, cebada, centeno y guisantes para vender río abajo. La madre de Wouter iría junto a él en la carreta. Su hermano Staats, que llevaba la granja con él, iba a ir andando, igual que sus hermanas Agatha y Gertruyd, que en esos momentos tenían dieciocho y dieciséis años respectivamente, y eran tan elegantes y casaderas como cualquier otra chica del condado. Su hermano Harmanus ya no vivía en casa, pues una mañana había partido hacia la gran metrópoli floreciente de Nueva York, una ciudad de diez mil almas, a buscar fortuna. Su hermana Geesje estaba muerta.

Cadwallader Crane también planeaba asistir a las fiestas, aunque no pensaba pagar la renta. Las cosas se habían vuelto duras para él desde la muerte de Geesje, y no tenía con qué pagar. La mantequilla que hizo se le había vuelto rancia (y en cualquier caso, estaba más cerca de pesar cinco libras que veinticinco), algún misterioso agente de las fuerzas oscuras había entrado en su gallinero y se había llevado a todas las aves del corral, y sus campos, removidos por su afligido arado y sembrados por su lúgubre mano, no habían producido lo bastante como para molestarse en llevarlo al molino. Dinero en efectivo no tenía. Pero ¡leña! Había cortado y entregado leña vengativamente. Seis, ocho, diez cargas, había llenado la leñera del joven lord hasta colmar su inclinado techo, y luego había levantado una pila junto a la leñera que hubiera calentado a todos los hogares de Van Wartville

durante el invierno y hasta el esplendor de julio.

Lo que esperaba, mientras bajaba el camino desde su granja sobre sus patas de zancuda, era que la abundancia de leña pudiera compensar por la falta de dinero y lo escaso de su producción. Su corazón se había endurecido como una piedra, llevaba un conjunto de ropas negras, como correspondía a un viudo durante el luto, y estaba decidido a no disfrutar. No levantaría los ojos para admirar las enaguas que se atisbaban bajo las faldas de Salvation Oothouse (de soltera Brown), ni para mirar el rostro y la figura resplandecientes de Saskia van Wart, si es que estaba. No, se limitaría a dirigirse con su lúgubre faz a la mesa del refrigerio —sin perder de vista al viejo Ter Dingas Bosyn y a su abominable libro de cuentas—, para beber el vino de Van Wart y engullir su comida hasta hincharse como una culebra venenosa que se hubiera tragado una familia de ranas.

Y en cuanto a Jeremy Mohonk, el tercer personaje protagonista en el drama mortal que se iba a desplegar, no pagaba renta, no la había pagado nunca y nunca la pagaría. Vivía en un rincón miserable de la granja de su tío, en medio de una maraña de calabazas y tallos de maíz, en la cabaña de corteza de árbol que había erigido un día de frío invierno en el año 1681, y consideraba aquel rincón su territorio ancestral. Después de todo, era un kitchawank, o al menos medio kitchawank, y estaba casado con una mujer weckquaesgeek. Una mujer que le había dado tres hijos y tres hijas, de los cuales, desgraciadamente, sólo el hijo primogénito y la hija pequeña habían sobrevivido a la niñez. En aquel día en concreto —15 de noviembre de 1693, el día en que los Van Wart celebraron por primera vez la que sería fiesta anual de la cosecha— estaba sentado junto al fuego en su cabaña, fumando *kinnikinnick* y desollando cuidadosamente a su oso del invierno, una gran hembra muy gorda que había matado prácticamente a la entrada de su cabaña cuando salía a orinar como cada mañana. Fumaba y manejaba su rápido y afilado cuchillo. Su mujer, fuera cual fuese su nombre, estaba ocupada con una olla de gachas de maíz, cuyo olor rozaba el agujero del vientre de Jeremy con los leves dedos de la anticipación. Estaba contento. En cuanto a los Van Wart y a su fiesta, le importaban tanto como las palabras. Wouter y su madre fueron de los primeros en llegar a la casa señorial, donde se había instalado un entarimado de largos tablones sobre el jardín, alrededor de un profundo hoyo lleno de carbón ardiente sobre el cual dos cochinillos clavados en el asador dejaban caer sus dulces jugos combustibles. Cinco enormes ollas —de guisado de trigo, sopa de guisantes y ciruelas aromatizada con jengibre, lengua de buey desmenuzada con manzanas verdes y otras aromáticas exquisiteces— rodeaban a los cochinillos en una erguida vigilancia. Las mesas estaban salpicadas de maíz, repollo, calabaza y calabacín, y había barrilitos de vino, cerveza y sidra.

«Muy bonito», admitió Neeltje mientras su hijo la ayudaba a bajar de la carreta, y sus hijas se reunieron con ella arreglándose para efectuar su gran entrada, tal como debía ser.

El día era nublado y frío. No era el más apropiado para una reunión al aire libre,

pero el patrón —o mejor dicho, el señor de la mansión, como ahora se le llamaba— había decidido convertir el pago de la renta en un gran acontecimiento público, en vez del asunto privado y a veces ominoso que había sido durante años. Pensaba que así les devolvería a sus arrendatarios una pequeña parte de lo que ellos le daban, y contribuiría a que estuvieran contentos con la parte que les tocaba. Además, se ahorraría el tiempo y los problemas de tener que enviar a su comisionado a recolectar. Y así, sin importar que el cielo pareciera como si hubiera sido dragado del fondo del río e hiciera tanto frío como para formar una capa de hielo en la superficie de una jarra de sidra, habría frivolidad, jolgorio y fiesta en la casa señorial de arriba y en la de abajo durante aquel agosto día.

Aquella no era su única innovación. Desde el verano, cuando Guillermo III y María II, a través de los oficios de su gobernador real, habían confirmado la propiedad señorial de los Van Wart y habían agregado todas las adquisiciones de Stephanus a la propiedad original legada por su padre, habían llegado otros cambios a Van Wartville. Primero estaba la alteración del nombre: el sufijo holandés «wyck» se había convertido en el inglés «ville». Se había hecho una alberca para el molino y se levantó un aserradero contra la corriente, más arriba del molino harinero. Se habían arreglado tres nuevas granjas, que fueron arrendadas a fanáticos protestantes yanquis, de nariz roja y dientes de caballo. Y por fin, lo más sorprendente de todo: Van Wart había expulsado a su primo Adriaen de la casa de arriba para instalar en ella a su hijo primogénito, Rombout. Adriaen, como Gerrit de Vries antes que él, había sido conminado a hacer su equipaje sin recibir siquiera las gracias, lo que provocó una tormenta de comentarios desfavorables entre los arrendatarios y la afilada lengua de sus esposas. Indolente, inofensivo, quizá un poco blando de sesera, Adriaen había sido bien aceptado. En cambio, Rombout era como su padre.

En cualquier caso, a las tres de la tarde la comunidad entera se había reunido en la casa de arriba para descargar sus carretas, llenar sus barrigas con el buen oporto del patrón, fumar sus largas pipas y bailar, flirtear, chismorrear y beber hasta mucho después de que el sol se desvaneciera por occidente. Había miembros de las familias Sturdivant, Lent, Robideau, Musser, Van der Meulen, Crane, Oothouse, Ten Haer y Van Brunt, así como las tres nuevas familias, con sus contraídas y afligidas caras y sus ropas de tela de saco, y algún Strang o Brown que se había dejado caer desde la caleta de Pieterse. El propio Jan Pieterse también acudió, aunque era más viejo que Matusalém, gordo como cuatro cerdos y sordo como una tapia, y Saskia van Wart, aún soltera y con la avanzada edad de veinticuatro años, bajó del salón donde recibía visitas junto con su hermano para bailar una animada gallarda con su último acompañante, un diminuto petimetre inglés con calzones hasta la rodilla y escarpines de cuero. Y a lo largo del día, el viejo Ter Dingas Bosyn, que era aún más viejo que Jan Pieterse —tan viejo que había perdido toda la grasa y se había encogido hasta convertirse en una cabeza y un par de manos—, estaba sentado en la cocina de abajo, junto al fuego, con su libro de cuentas abierto sobre la mesa, ante él, y con una caja

de dinero al lado. Uno a uno, los cabezas de familia se abrían camino por la baja puerta para acercarse a él y observar cómo su artrítico dedo apuntaba sus nombres en la página.

Estaba oscureciendo y la fiesta llegaba a su fin cuando Pompey II, que había estado ayudando al *commis* en su inventario, encontró a Cadwallader Crane desplomado sobre la olla del guisado de trigo y le condujo ante la presencia del viejo Bosyn. Cadwallader, elevado por la bebida y dilatado como una anaconda con la comida del patrón, eructó dos veces y empezó a ofrecer al marchito *commis* una sarta de excusas por no haber pagado su renta. Habló de la muerte de Geesje, y estaba luchando infructuosamente por contener las lágrimas mientras describía el lamentable y misterioso saqueo de su gallinero cuando vio que el viejo levantaba una encogida y simiesca zarpa en un gesto de contención.

—Ya basta —farfulló roncamente el *commis*. Luego gimió, suspiró, estudió un momento sus libros, cogió una pizca de rapé, estornudó en un pañuelo de seda bordeado de fino encaje, y dijo—: No hacen falta más... *huffff*, excusas. El señor de la propiedad, al ver que usted ha perdido a su mujer y no tiene... *hummmm*, descendencia, ha decidido acabar con su arrendamiento sin más dilación. —El *commis* volvió la cabeza rápidamente y escupió o tal vez vomitó en el pañuelo con un prodigioso ronquido de garganta y trompeteo de nariz— Tiene dos días —anunció al fin— antes de que los nuevos arrendatarios ocupen el lugar.

Y entonces le llegó el turno a Wouter.

Cuando estaba preparándose para marcharse, dejando a su madre y a sus hermanas en la carreta vacía, con el vientre lleno y la cabeza aturdida por la sidra y la cerveza, sintió la deferente mano de Pompey II en su brazo:

—El anciano señor Bosyn quiere hablar con usted.

Desconcertado, preguntándose si el viejo chiflado habría contado mal su producción o le habría estafado en el molino, siguió al esclavo a la caliente y fragante cocina.

—Ya me iba, Bosyn, tengo a *moeder* y a las chicas esperando en la carreta —dijo en holandés—. ¿Cuál es el problema?

El problema era que el señor de la propiedad estaba revisando sus arrendamientos para sacarles mayor provecho. La granja de Wouter, junto con otra, iban a ser reasignadas.

—¿Reasignadas? —repitió Wouter atónito.

—El arrendamiento estaba a nombre de su padre, no al suyo —gruñó el viejo.

Wouter empezó a protestar, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

—Dos días —graznó el *commis*—. Coja el ganado que exceda al que el *mijnheer* le prestó a su padre, empaquete sus pertenencias, si es que tiene alguna, y vacíe la casa para los nuevos arrendatarios. —Hizo una pausa, sacó un reloj del bolsillo de su cintura y lo consultó, como si calculara el trayecto de aquellos honestos, esperanzados y laboriosos nuevos arrendatarios—. Estarán aquí el martes a mediodía.

Vienen en la chalupa de Nueva York. Ah, y sí —añadió—, el indio, o mestizo, o lo que sea, también se va.

Wouter estaba demasiado estupefacto para responder. Se volvió de espaldas, salió por la puerta abierta y montó en la carreta. Su madre y sus hermanas estaban hablando de la fiesta, de quién había bailado con quién y del atuendo tan ridículo de fulano y mengano. Pero él no las oía. Tenía once años, era el niño que había estado en el cepo, el que había visto a su padre hundido y humillado, y sintió la vergüenza afluyéndole por las venas como veneno. Los caballos levantaban las patas y volvían a bajarlas, la carreta oscilaba y crujía, los árboles se mezclaban con la oscuridad.

—¿Ocurre algo? —le preguntó su madre.

Él sacudió la cabeza.

Desenganchó la carreta y metió los caballos en el establo en un estado de intensa conmoción. No le había dicho una palabra a su madre —ni a sus hermanas—, y su hermano se había quedado en la fiesta con John Robideau y otros jóvenes. Que ellos supieran, el mundo seguía su camino, habían pagado sus obligaciones al señor otro año más y la granja de Nysen's Roost se heredaría de padres a hijos a través de las generaciones. Era un chiste, un chiste malo. Estaba almohazando a los caballos, sin poder controlar apenas sus manos por la rabia que le invadía, cuando oyó la tranca de la puerta a sus espaldas.

Era Cadwallader Crane. El viudo, el naturalista, su triste y penoso cuñado. El abrigo y la zamarra de Cadwallader estaban salpicados de finos copos de nieve que había empezado a caer del pálido cielo nocturno. Tenía los ojos enrojecidos.

—Me han desahuciado —dijo, y le temblaba la voz—. De la granja que mi padre... me ayudó a... levantar para... —empezó a llorar— para Geesje.

—La maldición caiga sobre mí —dijo Wouter, y no podía imaginar lo profética que sería su expresión.

Cinco minutos después estaban en la cabaña del primo Jeremy, calentándose junto al fuego y pasándose una botella para darse valor. Wouter apretó la botella contra sus labios, se la tendió a su cuñado y se inclinó para darle a Jeremy las malas noticias. Con gestos y mímica, adoptando un despliegue de expresiones faciales que hubieran enorgullecido a un actor, le dijo lo que le había dicho el *commis* y lo que significaba para todos ellos. La mujer de Jeremy alzó la vista solemnemente, con el bebé en brazos. El joven Jeremy, que ya tenía doce años y los ojos de un Van Brunt, recorrió silenciosamente con los dedos los dientes del oso que su padre había matado aquella mañana. Jeremy no dijo nada. Pero tampoco había dicho nada en los últimos catorce años.

—Propongo que volvamos allí —Wouter cogió la botella y la blandió como un arma arrojadiza— y le hagamos saber a esa basura cómo nos sentimos.

Cadwallader tenía los ojos turbios, y la voz se le perdía en el hoyo de su estómago.

—¡Sííí! —gimió—, ¡síí!, que sepan cómo nos sentimos.

Wouter se volvió a su primo:

—¿Jeremy?

Jeremy le dirigió una mirada que no precisaba de interpretación.

Al cabo de un momento se encontraban de pie en el jardín de la casa de arriba, mirando el desfile de brillantes e iluminadas ventanas. La nieve caía ahora con más fuerza, y ellos estaban bastante borrachos, más allá de la razón o de la responsabilidad. La fiesta se había disuelto hacía rato, pero había tres almas valientes que se agachaban junto al fuego todavía encendido, royendo huesos y asegurándose de que los barriles de sidra y de cerveza se vaciaban del todo. Wouter reconoció a su hermano y a John Robideau. Al acercarse más vio que el tercer miembro del grupo era Tommy Sturdivant.

Los tres conspiradores, que aún no habían decidido lo que pretendían hacer, se unieron a los otros junto al fuego. Alguien echó unos leños más de la montaña apilada junto a la leñera del patrón, y sus rostros fulguraron diabólicamente, o quizá sólo fue un fulgor de ebriedad. Las noticias —las sorprendentes, crueles y arbitrarias noticias— rodearon el pequeño círculo en el tiempo que tardó la ginebra en dar un solo pase. Tommy Sturdivant dijo que era una maldita vergüenza. Las flamas chisporrotearon. John Robideau estuvo de acuerdo. Staats, que estaba más directamente afectado, maldijo al patrón y a su hipócrita hijo con una voz lo bastante alta como para que le oyeran en la casa. Wouter secundó a su hermano con un rabioso aullido, como no se había oído en el valle desde las hostilidades con los indios de 1645, y luego —sin que nadie supiera cómo había ocurrido, y Wouter menos que nadie— la botella dejó su mano, describió una graciosa parábola a través de los copos de nieve que caían y atravesó el cristal emplomado de la ventana del salón. Esto fue seguido inmediatamente por un chillido en el interior de la casa, y luego un rumor puntuado por gritos de terror y confusión.

Pompey fue el primero en salir, seguido de cerca por el joven Rombout y el petimetre inglés que le había estado haciendo la corte a Saskia. El petimetre perdió pie en el resbaladizo escalón de la puerta y se cayó sobre su prominente dentadura, y Pompey, al reconocer el centelleo de la furia ciega en los ojos del grupito reunido en torno al fuego, frenó en seco. Pero Rombout, con sus escaarpines de cuero y sus calzones de seda, se acercó a ellos.

—¡Borrachos! —chilló tratando de avanzar con un paso que hubiera sido digno, aunque un tanto presuroso, de no ser por el tembleque que hacía vacilar sus pantorrillas—. ¡Lo sabía, lo sabía! —estalló mirando a Wouter—. ¡Tú nunca tienes bastante... canalla! Ahora esto, ¿eh? ¡Muy bien, lo pagarás, con tu maldito pellejo lo pagarás!

Rombout van Wart tenía veintiún años y llevaba el pelo peinado en tirabuzones. No era lo bastante mayor como para que le creciera barba, y su voz parecía tener atrapada una permanente gárgara, como si intentara hablar y tragarse un vaso de agua al mismo tiempo.

—Ya hemos pagado —dijo Wouter barriendo con el brazo la leñera, el sótano y el gallinero.

—Eso —se burló Cadwallader interponiendo súbitamente su larga y pálida cara entre ellos—, y hemos venido... —aquí fue interrumpido por un acceso de hipo y tuvo que aporrearse el pecho para recobrarse—, hemos venido —repitió— a decirle a usted y a su padre que se vayan a tomar por el culo. —Y entonces se agachó, con tanta calma como si estuviera cogiendo flores silvestres o examinando el sinuoso camino de la lombriz de tierra, y cogió un fragmento de ladrillo, que tenía el tamaño de un puño, de la nieve amontonada. Enderezándose, dejó que su larguirucho brazo cayera a un costado, se detuvo para dedicarle a Rombout una mirada de ebria bravata y luego lanzó el ladrillo a través de la alta ventana del dormitorio más alto.

El petimetre inglés acababa de ponerse en pie. Pompey había desaparecido en las sombras. Un aullido de indignación salió del dormitorio, más arriba (con cierta satisfacción, Wouter reconoció la erizada voz del viejo Ter Dingas Bosyn), y los rostros de las mujeres aparecieron en la puerta.

Todo quedó en suspenso.

Mundos. Generaciones.

—Tú, tú... —espetó Rombout. Anonadado por la rabia, alzó la mano como para golpear las impertinentes orejas del transgresor, y Cadwallader se encogió, cubriéndose anticipadamente ante el puñetazo. El puñetazo no llegó. Porque Jeremy Mohonk, con su delgado cuerpo ancestral engordado con la sólida fuerza muscular de los Van Brunt, le propinó un increíble golpe de guerrero sobre la sien izquierda y le lanzó al frío suelo. A partir de aquel momento nadie estaba muy seguro de lo que había sucedido o de cómo había ocurrido, aunque ciertos momentos tendían a mantenerse imborrables.

Hubo un grito de Saskia. (Seguro que era de alguien, es decir, de alguna mujer. Podía haber sido de *vrouw* Van Bilevelt o de la joven esposa de Rombout, o incluso de aquella anciana y decrepita reliquia, *vrouw* Van Wart. Pero, sea como fuere, a Wouter le gustaba pensar que había sido un grito de Saskia). Y aquel grito sirvió de camuflaje para la juiciosa retirada del petimetre, seguida del estrépito glacial de la tercera y la cuarta ventanas. Luego sobrevino el fuego. De algún modo escapó de los seguros y animados confines del hoyo de asar y llegó al henil de los establos, que se hallaba a una distancia de unos treinta metros. Y desde luego, dada la hora y las condiciones meteorológicas, provocó el consecuente incendio, que culminó con un rugido de madera resquebrajada. Y finalmente siguió la larga y fría noche, que para Rombout fue amarga y llena de dolor de cabeza, con la familia reunida a su alrededor en el sótano de la casa sin ventanas, barrida por la nieve, mientras los quejidos de los chamuscados ungulados resonaban en sus palpitantes oídos.

A mediodía del día siguiente el propio Stephanus estaba en Van Wartville, acompañado de su *schout*, el belicoso enano y una escolta integrada por ocho granjeros de Croton con sus calzones abombachados, sus pipas y sus sombreros

maltratados por las inclemencias del tiempo. Todos los granjeros sin excepción montaban en voluminosos caballos de labranza e iban armados con guadañas y hoces, como si fueran a hacer heno en vez de a perseguir a un peligroso y envilecido grupo de sediciosos e incendiarios de establos. La mayoría de ellos, a causa de la estación, tenían la nariz roja, y todos llevaban enormes sombreros de ala blanda que ocultaban sus rostros, difuminaban sus cabezas y caían sobre sus hombros como parasoles.

Stephanus ofreció una recompensa de cien libras inglesas por la captura de cualquiera de los malhechores, y dio instrucciones a su carpintero para que levantara una horca en lo alto de la colina que había detrás de la casa, un lugar conocido para siempre como Gallows Hill, la colina de la horca. Al cabo de una hora ya tenía a Tommy Sturdivant, a John Robideau y a Staats van Brunt alineados frente a él y proclamando su inocencia. Les dio a cada uno cinco minutos para defenderse, y luego, de acuerdo con los antiguos derechos de baronía y de jurisdicción señorial sobre el territorio, administró justicia como le pareció oportuno. Cada uno de los tres fue desnudado de cintura para arriba y les azotaron con veinte latigazos. Luego ordenó que les sentaran en el potro durante tres días, a despecho del despiadado clima. La horca la reservó para los cabecillas: Crane, Mohonk y Wouter van Brunt.

Desgraciadamente, aquel trío infame no se encontraba por ningún sitio. Aunque hizo buscar en las granjas de los viejos y jóvenes Crane, aunque arrasó él mismo la cabaña del mestizo en Nysen's Roost y vigiló el desahucio de Neeltje y sus hijas, aunque escudriñó las miserables y hediondas cabañas de los weckqueasgeek en Suycker Broodt y las de los kitchawank en Indian Point, Stephanus no pudo descubrir ni rastro de ellos. Después de tres días de hospedar a sus tropas en la casa de arriba (auténticos tragones holandeses y yanquis, para los cuales un cuarto de venado no era más que un entremés), el primer señor de la propiedad se retiró a Croton, dejando a Van den Post y al enano sobre el terreno para que continuaran la búsqueda y supervisaran el acabado de la horca y la construcción de un nuevo establo. La recompensa había ascendido a doscientas cincuenta libras esterlinas, una suma por la cual la mitad de los granjeros del valle hubieran vendido a su propia madre.

Los fugitivos resistieron casi seis semanas. Una vez el establo empezó a arder, comprendieron, pese a lo borrachos que estaban, que las cosas se les habían escapado de las manos y que Van Wart y el devorador de medusas les perseguirían hasta los últimos confines de la tierra. Staats, John Robideau y Tommy Sturdivant no eran culpables de nada más que de patear el suelo con los pies y de gritar, pero los otros —Wouter, Jeremy y Cadwallader— estaban implicados por completo. Wouter lo había empezado todo. Cadwallader había roto ventanas a la vista de todos los presentes y Jeremy había atacado al hijo primogénito del señor de la propiedad. Y luego estaba la cuestión, más grave, del incendio. No había sido Jeremy, no había sido Cadwallader, no había sido ninguno de sus tres compañeros de griterío el que había llevado la rama ardiente a través del jardín como un atleta con la antorcha olímpica para arrojarla en lo alto de las vigas del establo: había sido Wouter. Cuando el fuego se extendió por

todo el establo, cuando Wouter sintió que la locura se expandía en un crescendo en su pecho y luego se desvanecía, cogió a su hermano de la manga y le aconsejó que fuese a casa a cuidar de *moeder*. Luego recogió a Jeremy y a Cadwallader y huyeron.

Se ocultaron en una cueva, a algo más de un kilómetro de la escena del crimen, y allí vivieron como cavernícolas. Tenían frío. Hambre. La nieve se filtraba. Hacían fuegos pequeños para evitar el riesgo de que los descubrieran, comían bellotas, masticaban raíces, atrapaban alguna que otra ardilla o mofeta. Podrían haber acudido a Neeltje para que les ayudara, pero el enano vigilaba permanentemente el angosto cobertizo de la caleta de Pieterse al que ella se había trasladado junto con Staats, sus hijas y la mujer de Jeremy y los niños. Y luego estaba Van den Post, dispuesto a luchar. Era infatigable y estaba obsesionado y ávido por vengarse de Jeremy Mohonk, que ya se le había escapado una vez. Encontró un rastreador indio para que olfateara con él, un fiero mercenario mohawk que llevaba un cinturón de cabelleras y que degollaba tan rápido como se acuclillaba a defecar o desollaba una liebre para cenar. Su única posibilidad era permanecer ocultos.

Jeremy cavilaba. Cadwallader se agazapaba como una mantis religiosa y sollozaba sin cesar. Y Wouter, Wouter empezaba a sentirse como en aquella tarde terrible en que se había sentado en el cepo y había dejado caer el travesaño sobre sus pies.

Una noche, cuando los otros dormían, se deslizó fuera de la cueva y se abrió camino a través de las porfiadas ramas y la costra de nieve hacia la casa de arriba. Estaba destrozado, le dolían los pulmones del frío y la ropa le colgaba en jirones. La casa estaba oscura, el jardín desierto. Vio que las ventanas habían sido reparadas y que una ruda estructura sin pintar se erguía donde antes estaba el viejo establo. Estaba demasiado oscuro como para ver la horca de la colina.

Pensaba en su padre cuando llamó a la puerta, pensaba en el héroe caído, el cobarde que se había convertido en traidor para su hijo y para sí mismo. Volvió a llamar. Oyó voces y movimiento en el interior y vio a su padre, loco y acabado, yaciendo bajo la vaca en el establo. Rombout abrió la puerta con una vela en la mano y una escopeta amartillada en la otra.

—Quiero entregarme —dijo Wouter. Se dejó caer de rodillas—. Quiero implorarle perdón.

Rombout gritó algo por encima del hombre. Wouter percibió movimientos al fondo, pasos apresurados que se arrastraban, y luego el pálido rostro de la inaccesible Saskia apareció entre las sombras. Él bajó la vista.

—Fue el mestizo —dijo—. Él le prendió fuego al establo, fue él. Y Cadwallader también. Me obligaron a ir con ellos.

—En pie —ordenó Rombout con su voz gutural, retrocediendo ante él con la escopeta—. Adentro.

Wouter levantó las manos para demostrar que estaban vacías. Una ráfaga de aire sacudió sus harapos cuando se puso en pie.

—Perdóneme —susurró—, y le llevaré hasta ellos.

La ejecución tuvo lugar el primer día de enero. El mestizo, Jeremy Mohonk, no se defendió al presentarse ante el primer señor de la propiedad frente a sus acusadores, y su coencausado, Cadwallader Crane, parecía haber perdido el juicio. Nadie contradijo el testimonio de Wouter van Brunt.

En su sabiduría, en su clemencia y su perdón, el primer señor de la propiedad desistió de los cargos capitales contra Wouter van Brunt. Fue azotado, marcado con hierro candente como criminal en el lado derecho del cuello y desterrado para siempre de las tierras de los Van Wart. Después de vagar durante varios años, volvió a la caleta de Pieterse con su madre, donde se hizo pescador. Finalmente, se casó y tuvo tres hijos. Murió, tras una larga enfermedad, a la edad de setenta y tres años.

En cuanto a Jeremy Mohonk y a Cadwallader Crane, fueron condenados por alta traición y rebelión armada contra la autoridad de la corona (el ladrillo constituía, según la resolución de Stephanus, un arma potencialmente letal; letal, en cualquier caso, para las ventanas de la casa señorial). Su sentencia decía así: «Decretamos que los prisioneros serán llevados sobre una narria hasta el lugar de la ejecución, y serán ahorcados por el cuello, y luego abiertos en canal, y les serán separadas del cuerpo las entrañas y las partes pudendas, que serán quemadas ante su vista, y les será cortada la cabeza y se les dividirá el cuerpo en cuatro partes, de las que se dispondrá según la voluntad del rey».

En el registro no consta si la condena se cumplió plenamente o no.

Cuando el viejo terminó, el cielo estaba clareando a través de las ventanas por segunda vez desde que Walter había llegado a Barrow. Loco —ciertamente, definitiva e inapelablemente loco—, Truman se había recreado obsesivamente en cada detalle como si él mismo estuviera juzgando el caso. Cadwallader Crane, Jeremy Mohonk. Walter lo sabía todo. Finalmente, lo sabía todo.

—¿Sabes cómo se traduce «Wouter» al inglés? —le preguntó Truman mirándole maliciosamente.

Walter se encogió de hombros. Estaba vencido, noqueado, y ya había acabado la cuenta atrás.

—Walter, y por eso —gruñó el viejo como si hubiera dicho una maldición— yo le puse a mi hijo el nombre de uno de los tipos más despreciables que haya existido nunca, mi antepasado, Walter, tu antepasado, y ni siquiera lo supe hasta que me hice mayor y fui a la universidad, hasta que acudí al profesor Aaronson y le dije que quería escribir sobre Van Wartville y los ilustres Van Brunt. —Se había puesto de pie. Andaba—. ¡Es el destino! —exclamó súbitamente—. ¡La fatalidad! ¡La historia! ¿No lo ves?

Walter no lo veía, no quería verlo.

—No puede ser que estés hablando en serio —le dijo—. ¿De verdad pretendes que ése era el gran secreto, que por eso nos traicionaste a todos, por esa mierda olvidada que pasó hace cientos de años? —No se lo podía creer. Estaba rabioso. Estaba asustado—. Estás loco —murmuró temblando, vislumbrando el indicador histórico a su derecha: Cadwallader Crane, Jeremy Mohonk... Las paredes verde pálido del hospital se cerraban en torno a él, veía a Huysterkark, con el pie de plástico en su regazo...

De pronto Walter se levantó de la silla, empezó a meter las cosas en la maleta atropelladamente —la puerta, la puerta—, pensando sólo en irse, escapar, luchando por salir de la pesadilla y empezar otra vez, volver a Peterskill, irse a Manhattan, Fidji, donde fuese excepto allí, cualquier cosa menos aquello...

—¿Qué prisa tienes? —le preguntó Truman con una sonrisa—. ¿No te irás ahora? ¿Todo ese viaje para ver a tu viejo papá y te quedas sólo... qué... dos días?

—¡Estás loco! —exclamó Walter—. Chiflado. Como una cabra. —Escupía las palabras, fuera de sí, agarrando la maleta fuertemente con la mano—. Te odio —dijo—. Muérete.

Abrió la puerta de un tirón y el viento le rodeó la garganta. La pálida y enfermiza luz jugaba con las desgarradas costillas que había sobre el tejado de la casa contigua. Su padre se quedó de pie, en las sombras de su madriguera en el fin del mundo. No sonreía, no se burlaba. Parecía repentinamente pequeño, menudo, encogido, arrugado, no más grande que un enano.

—No sirve de nada luchar —le dijo.

El viento se levantó, los perros se enfurecieron.

—Está en la sangre, Walter. Está en los huesos.

¡Salve, «Arcadia»!

Tenía treinta y dos metros de largo, desde el pasamano de la borda a popa hasta la punta de su tallado bauprés, y su palo mayor —de abeto Douglas, un solo árbol altísimo— se elevaba otros treinta y dos gloriosos metros sobre la cubierta. Cuando izaban la vela mayor, con el foque ondeando y la gavia aleteando contra el cielo, llevaba más velamen que ningún otro barco de la costa este, más de cuatrocientos metros cuadrados de velas, y doblaba por el Sound o se deslizaba por el Hudson como una gran visión silenciosa del pasado.

Tom Crane lo amaba. Sin reservas. Desde las lustrosas cornamusas de la barandilla hasta las descoloridas sartenes que colgaban en el fogón de leña. Incluso llegaban a gustarle las cubetas de agrietado plástico que se apilaban bajo los asientos de madera de la proa. Fregaba las cubiertas mientras se balanceaban bajo sus pies, y las quería; cortaba leña para la cocina y amaba los trozos hendidos, amaba la hachuela, amaba el añejo bloque de madera de roble con su antigua maraña de muescas y cicatrices. El sonido del viento en las velas le llevaba al éxtasis, le aturdía, tan embriagado con el pulso del universo como el propio Walt Whitman, y cuando agarraba la lisa y barnizada empuñadura del timón y el río tiraba de él hacia atrás como si estuviera vivo, sentía un poder que nunca había conocido. Y había más, mucho más: amaba las estrechas literas, la humedad de sus ropas cuando se deslizaba en ellas por la mañana, la sensación de las frías cubiertas bajo sus pies desnudos. Y también los olores: a madera ahumada, a aire salado, a pescado podrido, el buen e intenso olor humano y macrobiótico de la letrina, el aroma de la madera nueva sin pintar en la cabina, el ajo friéndose en el fogón, la cerveza abierta de alguien, la ropa limpia, la ropa sucia, el fétido perfume de la vida en el mar.

Cada vez que lo pensaba volvía a sorprenderle, pero había dejado de ser el santo de los bosques. Era un marino, un hombre de mar, un friegacubiertas, el Santo del Hudson. No era ermitaño, sino que compartía todo con sus compañeros, era admirado y apreciado por sus payasadas, su barba, los blues suaves y espirituales que cantaba por las noches en su litera, con Jessica abrazada a él. El *Arcadia*. Era una bendición. Un milagro. Tan sorprendente para Tom como el primer Land Rover lo sería para los aborígenes de Australia. Sólo pensarlo le maravillaba: ¡una cabaña flotante! ¡Una cabaña flotante bautizada y dedicada a todos los ideales hippies: el pelo largo, el vegetarianismo, la astrología, las percas, el pacifismo, el budismo zen, la música folk y el estiércol de excrementos de oveja! Y subrepticamente, también a la marihuana y

al ácido. El mes que tenía que pasar a bordo en principio se convirtió en dos, y luego llegó Halloween y ya era noviembre, y Tom Crane había ascendido al rango de los oficiales, convirtiéndose en segundo de a bordo en exclusiva. El Santo de Hudson. Le gustaba. Le iba como anillo al dedo.

¿Y la cabaña?, ¿la cosecha del verano?, ¿la cabra?, ¿las abejas? Bueno, algún día volvería a todo aquello. Ahora las exigencias de la vida marinera le hacían imposible mantener aquello, así que había atrancado la puerta, vendido la cabra, abandonado sus últimas calabazas y calabacines a las heladas y dejado que las abejas se las arreglaran por sí mismas. Desde el funeral, Jessica y él habían ido trasladando sus cosas silenciosamente a la espaciosa, radiante y dieciochesca casa de campo de su abuelo, con todos sus accesorios modernos, con su lavavajillas, su tostadora, su televisión, su camino pavimentado y sus alfombrados vestíbulos. A él todo aquello le parecía un poco demasiado —bueno, burgués—, pero Jessica, con su frenético horario, lo juzgaba conveniente. La habían aceptado en la Universidad de Nueva York para estudiar biología marina, y eso, junto con los viajes diarios en tren y su trabajo de media jornada en Con Ed, significaba que se pasaba el tiempo corriendo como una loca. Después de vivir en la cabaña, Jessica se había dado cuenta de cómo necesitaba el agua corriente, las neveras con congelador independiente, las lámparas para leer y los termostatos.

Él sabía que se estaba portando egoístamente abandonándola así. Pero lo habían discutido, y ella le había dado su beneplácito: después de todo, todo el mundo tiene que hacer lo que le conviene. Y tampoco era que no se vieran, pues ella se reunía con él siempre que podía, aunque fuera para estudiar un par de horas en la cabina principal o para echarse junto a él y cerrar los ojos mientras el río acunaba suavemente la litera. Además, muy pronto ella le tendría todo el tiempo junto a sí, al menos durante el invierno. Estaban a mediados de noviembre, y aquél era el último viaje del año del *Arcadia*. Desde entonces hasta abril Tom estaría en casa cada día, arrastrándose con las zapatillas forradas de piel de su abuelo por la mañana, y rehogándole una exquisitez de queso de soja y zanahorias en la freidora cuando ella llegara por la noche. Por supuesto, Tom se hubiera quedado encantado navegando durante todo el invierno, rompiendo el hielo del barril de agua y golpeteando el timón con las manos para que no se le entumecieran —¡joder!, él incluso se habría colgado un albatros al cuello si hubiera pensado que eso era bueno—, pero la misión del *Arcadia* era educar a la gente respecto del río, y era bastante difícil atraer su atención cuando la temperatura bajaba hasta los diez grados bajo cero y la helada y grisácea espuma del agua les azotaba la cara a cada hundimiento de la proa. De modo que iban río arriba para amarrarlo en Poughkeepsie y que pasara allí el invierno. Así, dos días después el otrora santo de los bosques viajaría de gorra hasta Van Wartville para varar hasta la primavera en el cómodo y cálido refugio de su abuelo.

Pero de momento —en aquel palpitante, glorioso y ventoso momento— estaba navegando. Luchando río arriba contra un fuerte viento de frente, irguiéndose

orgulloso y con la nariz goteando, al timón, mientras el capitán, el primero de a bordo y el contramaestre se sentaban en torno a la cafetera, abajo. Jessica estaba también abajo, con los codos apoyados en la gran mesa cuadrada del comedor de la cabina principal, repasando la morfología de la lombriz poliqueta mientras la pálida seda de su pelo caía hacia delante, deslizándose sobre sus orejas y enmascarando su rostro. Él miró por encima de las agitadas y grises aguas —no había ningún otro barco a la vista—, y contempló la cabina a través del turbio cristal. La cubierta se movía bajo sus pies. El capitán bebía café. Jessica estudiaba.

Estaban bordeando el Dunderberg y se dirigían a Race, y Manitou Mountain y Anthony's Nose asomaban a la derecha, mientras que Bear Mountain se erguía a la izquierda. A mediodía habían dejado atrás Haverstraw, y tenían previsto llegar a Garrison por la noche. En condiciones normales habría sido así, pero el viento les golpeaba el rostro con firmeza y la marea era débil. Era imposible prever cuándo llegarían. Tom estudió el cielo y le pareció que no tenía muy buen aspecto. Husmeó la brisa y le olió a nieve. Mierda, tenía que ser hoy, pensó.

Pero luego se iluminó. Con nieve o sin ella, iban camino de una fiesta. Cerca del embarcadero de Garrison. Y la fiesta no podía empezar hasta que llegaran ellos. Inundado de luz, se embebió de las montañas, de la lisa superficie del río, del vuelo y la inmersión de las gaviotas, llenó sus pulmones, saboreó la rociada de las olas. Una fiesta, pensó, desarrollando la imagen en su mente hasta que pudo saborear la comida y percibir la música. Pero no era una fiesta cualquiera, era una explosión de fin de año con zapateado, agitar de manos y bailoteo para todos los tripulantes y amigos del *Arcadia*, completado con un mini concierto del propio gurú, Will Connell, y de la Tucker, Tanner and Turner Bluegrass Band. Habían levantado una gran carpa de circo con estufas eléctricas sobre la hierba, y habría contradanza, habría cerveza, una hoguera, comida caliente y bebidas fuertes. Era un gran día. Un magnífico día. Su año inaugural había terminado, y el *Arcadia* volvía a casa a refugiarse.

El cielo se oscureció. El oleaje creció. Empezó a caer cellisca, agujas y alfileres azotados por el viento. Y el viento de pronto hacía jugarretas, soplaba con fuerza contra la proa durante un minuto, soplaba desde la popa al minuto siguiente, y luego, de repente, sesgaba desde el lado de babor en una súbita ráfaga que azotó la botavara desplazándola ampliamente y casi arrancó el timón de las entumecidas manos del larguirucho ex santo. Había ocho miembros de la tripulación a bordo, y los ocho, además de Jessica, pusieron manos a la obra antes de que la ráfaga terminara.

Con el primer movimiento de aquella mortífera botavara, Barr Aiken, el capitán del *Arcadia* y un hombre por el que Tom se hubiera zambullido encantado en furiosos mares o hubiera luchado contra los guardacostas en solitario —sólo hacía falta que se lo dijera—, salió disparado de la cabina y subió el portalón como un corredor de vallas saliendo de la línea de salida. Reclamó la ayuda de todos, relevó a Tom en el

timón y en medio minuto tuvo a todo el mundo agitándose para recoger las velas. Con treinta y cinco años de edad, un cetrino y curtido nativo de Seal Harbor, Maine, de mirada solapada y ojos siempre orientados hacia lo lejos, el capitán era un hombre de pocas palabras y tono suave. Pronunciaba su nombre Baaaa, como un cordero solitario.

Ahora, con el viento danzando y la cellisca en los dientes, hablaba con voz tan suave como si susurrara, pero cada una de sus palabras era tan clara como si hubiera chillado a pleno pulmón. Cayó el foque. La vela mayor fue recogida. Todo el mundo se agarró bien mientras él cambiaba el rumbo y empezaba a virar por avante de punta a punta por el angosto cuello del Race. Era como siempre, sin más problemas, sólo un poco más excitante quizá por la forma en que azotaba el viento. Tom casi se desmayó de placer cuando el capitán le devolvió el timón.

—Debe de ser el duende —observó Barr doblando los brazos y separando los pies para mantener el equilibrio. Habló con su susurro característico, y había algo parecido a una sonrisa aleteando en la parte inferior de su rostro.

Tom miró a su alrededor. Las montañas parecían desgredadas a causa de los árboles desnudos, y sus enormes e hinchadas mejillas erizadas de rastros. El cielo estaba negro sobre el Dunderberg, y aún más negro frente a ellos.

—Ajá —dijo Tom, y descubrió que él también susurraba.

Eran casi las cinco, la cellisca se había transformado en una pastosa y húmeda nieve, y la fiesta estaba en pleno ritmo cuando entraron a motor en el muelle de Garrison. Purista como era, Barr había seguido navegando a vela todo lo que había podido, pero con aquel viento tan imprevisible había tenido que renunciar a su deseo de entrar con las velas desplegadas y encendió los motores a cuatrocientos metros del puerto.

Las cubiertas estaban resbaladizas, y todo lo que había en ellas, incluyendo la tripulación, arrastraba una barba de nieve. Frente a ellos el muelle estaba blanco, y más allá la tierra se extendía pálida y espectral bajo unos centímetros de nieve. El aire frío estaba impregnado de olor a comida, y se oían lejanas notas musicales. Encorvado y huesudo, el ex santo de los bosques estaba de pie en la proa, cogiéndole la mano a Jessica y contemplando cómo las luces se acercaban a ellos a través del agua.

—Bueno, que me condenen —dijo— si no han empezado sin nosotros.

Hacia las siete Tom había ingerido ya tres hamburguesas de soja, un bocadillo de huevo y ensaladilla, dos empanadillas vegetales, un cuenco de chiles sin carne, seis o siete cervezas (había perdido la cuenta), y quizá excesivas chupadas de la milagrosa hierba de Fred, el contramaestre, fumada recatadamente en el refugio de la tienda. Sin aliento, se sentó, tras un exceso de caprichosos bailoteos con sus flacuchas patas y balanceando a su pareja, y empezaba a sentirse un tanto aturdido respecto al entorno

que le envolvía. Ésas son las paredes de la tienda, se dijo, resollando desde su duro asiento de madera como si estuviera pegado a él con alquitrán, y eso son las estufas eléctricas. Fuera, en la oscuridad, está el muelle. Y cerca del muelle está la chalupa. Sí. Y dentro, abajo, pegada arriba bajo la barandilla, está mi litera. En la que puedo caer en cualquier momento. De pronto parpadeó rápidamente y se tensó sobresaltado. Estaba balbuceando. Eran sólo las siete de la tarde y ya balbuceaba.

Estaba pensando cómo separarse del húmedo y alquitranado hoyo de su silla y quizá dirigirse a la mesa de la comida a por una hamburguesa de soja con tomate, lechuga, ketchup y cebolla, cuando le asaltó el familiar, indagador y felino ronroneo de una voz, y se encontró mirando a un rostro muy familiar, que conocía casi como el suyo propio.

El ronroneo se convirtió en un alarido.

—Tom Crane, viejo lujurioso y obsceno compañero de sexo, ¿no me reconoces? ¡Despierta!

Una mano familiar se posó en su codo, sacudiéndoselo como si fuera un palo. Luego el rostro familiar escudriñó el suyo, tan cerca que se distorsionaba. Grandes y duros ojos púrpura, aliento de ambrosía, labios que podía morder: Mardi.

—¡Mardi! —dijo, y un torrente de emociones le recorrió, empezando con un relámpago de lascivia que agitó su santa polla, y acabando con algo muy parecido al miedo que antecede al pánico. De pronto estaba totalmente lúcido, sentado en el borde de su silla como un debutante y escudriñando la pista de baile en busca de Jessica. Si le veía hablando con... sentado junto a... ¡joder!, respirando el mismo aire y en la misma tienda...

—¡Eh! ¿Estás bien o qué? ¿T.C.? Soy yo, Mardi, ¿vale? —Ella agitó sus manos enfundadas en mitones ante su rostro. Llevaba una especie de sombrero de piel encasquetado hasta los ojos y un abrigo de piel de mapache sobre un body de punto color carne. Y botas. Rojas, azules, amarillas y naranja, rizadas y brillantes de lentejuelas, botas camperas de tacón alto—. ¿Hay alguien en casa? —Y le dio unos golpecitos en la frente, juguetona.

—Uh. —Estaba atascado, maquinando, atrapado entre la lujuria y el pánico, preguntándose cómo se contenía para no salir disparado de la tienda como un ladrón de bolsos—. Hum —dijo un tanto redundante—, hum, estaba pensando. ¿Quieres salir fuera un minuto y darle una chupada a una hierba milagrosa con Fred el contraamaestre y conmigo?

Ella se puso las manos en la cintura y sonrió con una comisura de la boca.

—¿Alguna vez me has oído decir no?

Salieron. El aire helado le vivificó, con un frío susurro de nieve en la cara. Mardi trotaba junto a él, con el abrigo abierto y arrastrando por el suelo, y sus pechos amoldándose a la licra.

—¿A que esto es como un viaje? —dijo ella dando dos vueltas y elevando los brazos al cielo. Tenía nieve en el pelo. Al otro lado del río, hacia el norte, las luces de

West Point eran veladas y difusas, tan distantes como estrellas caídas a la tierra.

—Sí —dijo él echando la cabeza hacia atrás y extendiendo los brazos, recordando la excitación de despertarse como un niño a un mundo redimido por la nieve, recordando la enorme radio consola en la sala de su abuelo y la mesurada, paciente voz del presentador mientras leía la lista de actos de clausura del curso escolar—. Lo es, realmente lo es. —Y de pronto su aturdimiento había desaparecido, indigestión, eso es lo que era, indigestión, y él giraba con ella, dando cabriolas, cogiéndola del brazo y haciéndola girar en un baile, como un granjero porcino de Arkansas con articulaciones multimóviles. Luego resbaló. Luego resbaló ella. Y se cayeron al suelo juntos, indefensos por la risa.

—¿Eh? —llamó una voz desde las sombras—. ¿Tom?

Era Fred. El contramaestre. Estaba conversando con Bernard, el primero de a bordo, y Rick, el ingeniero, con un porro. Fumaban discretamente.

Por desgracia, la discreción no era uno de los puntos fuertes de Mardi.

Lo primero que dijo —o más bien exclamó— cuando se unieron al nervioso grupito acurrucado en torno al porro encendido fue:

—¡Eh, tíos! ¿De qué os escondéis? ¿Os creéis que la hierba es ilegal o qué?

Le respondieron con miradas pétreas y un ansioso crujir de pies. Había un montón de gente dispuesta a acabar con el *Arcadia* —los mismos gallinas, veteranos de guerra y simpatizantes, portadores de banderas, belicistas y anticomunistas que habían cascado a todo el mundo veinte años atrás en Peterskill—, y una juerga de drogas les vendría de perlas. Tom podía imaginarse los titulares del *Daily News*, en unas mayúsculas que eran como restos de Pearl Harbor: ATRAPADO BARCO CON DROGAS. EL GOBIERNO PIDE LA PARALIZACIÓN DEL BARCO. Eso era lo único que necesitaban. La gente ya desconfiaba de ellos, la implicación de Will Connell empeoraba las cosas, y el hecho de que la tripulación estuviera compuesta exclusivamente de melenudos con camisetas de Grateful Dead, con chapas de PUTAS GRATIS y HAZ EL AMOR, NO LA GUERRA clavadas en el pecho tampoco contribuía a mejorarlas. La primera vez que habían amarrado en Peterskill había una panda de patanes esperándoles con carteles que decían DESPIERTA, AMÉRICA: PETERSKILL YA LO HIZO, y en Cold Spring apareció un grupo de mujeres de fuertes brazos, vestidas con una especie de uniformes de enfermeras y blandiendo banderas americanas como si tuvieran la patente.

—Es un sacramento —dijo Mardi—. Un rito religioso. —Intentaba hacerse la graciosa, intentaba parecer enrollada y bebida, actuaba como si estuviera más pasada de lo que estaba—. Es, es...

—Si Barr Aiken nos coge con esta mierda, nos cuelga —observó Bernard secamente, en un susurro.

Fred era un tipo pequeño con una barba a lo Gabby Hayes, patizambo y con el torso de un levantador de pesas. Le encantaba hacer rimas y juegos de palabras, y no pudo resistir la tentación de hacer uno.

—Si Barr nos pillá, nos hace el culo mantequilla.

Rick se rió entre dientes.

—Nos tirará por la borda.

—Nos hará cruzar la pasarela, ¿no? —dijo Mardi captando el rollo. Por alguna extraña razón, que probablemente tenía que ver con el lanzamiento de cohetes a la luna, los ovnis y la calidad acústica del aire cargado de nieve, su voz parecía retumbar a través del agua como si estuviera gritando a un grupo de fans con un megáfono. Alguien le pasó el porro. Ella aspiró y se quedó en silencio.

Durante un rato todos se quedaron en silencio. El porro fue pasando de unos a otros, se convirtió en una colilla y desapareció. La nieve les ungía. Las barbas se volvían blancas y el pelo de Mardi estaba aún más alborotado. La música decayó y empezó de nuevo con un rasgar de violines y un estruendo de bajo. Fred sacó un segundo porro y el grupito prorrumpió en risitas conspiradoras.

Y fue un momento después —Tom no hubiera podido decir en qué momento fue o cuándo habían llegado allí— cuando Mardi le llevó aparte y le dijo que era un idiota por vivir con aquella perra con la que Walter se había casado, y Tom —ex santo, aprendiz de hombre santo y ardoroso amante— se descubrió defendiendo a su elegida. La nieve caía más deprisa y se sentía un tanto mareado. Rick y Bernard se habían sumido en una acalorada discusión sobre la aproximación a cierta isla en las Pequeñas Antillas, y Fred, el contramaestre, intentaba en vano desviar de nuevo la conversación a la ocasión en que él había trepado heroicamente por el obenque durante una tormenta para soltar la enredada vela mayor, y cómo había resbalado y había caído, cortándose el brazo por seis sitios.

—¿Perra? Pero ¿qué dices? —protestó Tom—. Si es muy tranquila y muy enrollada...

—Es esquelética.

Tom tenía el pelo húmedo. Tenía la barba húmeda. La chaqueta de ante y la sudadera con capucha que llevaba debajo también estaban húmedas. Empezaba a sentir aquel escalofrío, y otra vez le invadía el aturdimiento. Probablemente Jessica le estaría buscando en aquel preciso instante.

—¿Esquelética?

—No tiene tetas y se viste como una señora.

Antes de que Tom pudiera contestar, Mardi le había cogido del brazo y había bajado la voz.

—Antes te gustaba yo —dijo.

Era innegable. Antes le gustaba. Y todavía. La verdad era que en aquel momento le gustaba. Lo pensó un instante..., pero no, él amaba a Jessica. Siempre la había querido. Compartía su casa con ella, los brotes de soja, el cepillo de dientes y su litera del *Arcadia*.

—¿Qué es lo que no te gusta de mí?

Mardi se inclinaba hacia él, y sus manos, ahora cálidas y sin mitones, habían

conseguido abrirse paso por debajo de su camisa.

—Nada —dijo él echándole el aliento en la cara.

Ella sonrió, le apartó, lo volvió a atraer hacia sí y le dio un beso tan rápido como si estuviera contando los segundos.

—Oye —le dijo jadeante, cálida, oliendo a jabón, a perfume, a hierbas, a flores silvestres, a incienso—. Tengo que largarme.

Ella ya estaba a cinco pasos de él, casi engullida por un remolino de nieve, cuando de pronto se volvió.

—Ah, sí —dijo—. Hay algo más. No tendría que decírtelo, pero es que me vuelves loca y me pareces muy mono. Ten cuidado con mi viejo.

La nieve era un manto. El aturdimiento era otro manto. Intentó quitárselo de la cabeza.

—¿Eh?

—Mi padre. Ya sabes. Te odia. —Ella agitó la mano hacia la tienda, el muelle, el borroso mástil del *Arcadia*—. A todos vosotros.

Si no hubiera tenido tantas ganas de mear —tanta cerveza y lo demás—, habría ido a por Jessica mucho antes. Ella le estaba buscando. Y pasó junto al preciso lugar donde Rick, Bernard y Fred tenían montada su acurrucada discusión, pero Tom lo había abandonado para irse a la deriva bajo la tormenta y bautizar el pecho de la nieve recién caída. El problema fue que, en un momento dado, cuando se volvió, la nieve caía tan espesa que ya no tenía ni idea de dónde estaba. Al parecer, la banda había dejado de tocar, así que la música no podía ayudarlo. Incluso el ruido de la fiesta parecía ensordecido y omnipresente. ¿Sería por allí, donde aquellas luces? ¿O aquello era la estación de tren?

Lo único que quería de verdad, después de haberse subido la cremallera en la penumbra, era encontrar a Jessica y arrastrarse hasta su litera y el confort de su saco de dormir de plumas, uno de esos que podían mantener a alguien confortable y cálido incluso sobre la punta de un glaciar. Pero ¿qué camino coger? ¡Joder, qué frío hacía! No tendría que haberse quedado fuera tanto tiempo. No tendría que haber fumado ni bebido tanto. Eructó. El pelo se le empezaba a helar, cayéndole por la nuca en rizos de hielo.

Empezó a andar hacia las luces, pero cuando estaba a medio camino se dio cuenta de que después de todo aquéllas eran las viejas farolas de la estación. Y eso significaba que si giraba ciento ochenta grados y avanzaba hacia aquellas luces que brillaban tras él, llegaría a la carpa. Tres minutos de esfuerzos, subrayados por una serie de desesperados equilibrios por el suelo resbaladizo, le demostraron que estaba equivocado. Había luz, de acuerdo, pero iluminaba un falso escaparate con la leyenda YONKERS. Bueno, eso le despistó durante un momento, pero el aturdimiento ya le había abandonado hacía rato y pudo recordar *Hello, Dolly*, y que el equipo había

levantado unas cursilonas fachadas sobre los viejos edificios para evocar el espíritu de Yonkers en una época pasada. Se quedó contemplando el cartel estúpidamente durante un momento y pensando «¿Yonkers? ¿El espíritu de Yonkers?». Yonkers era un lugar abandonado, de embarcaderos podridos, edificios devastados y un río que parecía un retrete, que era un retrete. Y aquel lugar, Garrison, tenía tanto espíritu como Disneylandia.

¡Joder!, estaba nevando en serio. No se veía ni la nariz (intentó el siguiente experimento: se acercaba el dedo índice y el pulgar de su fría y húmeda mano derecha y los miraba bizqueando, mientras se tiraba con ellos de la húmeda y fría punta de su nariz, cuando le barrieron un par de faros de coche). Ah, ahí estaba. Enfrente del anticuario. Sí, y un poco más abajo de la casa roja de dos pisos con la fachada hollywoodiense, y al doblar la esquina, el césped y la carpa. Ya estaba encaminado, sí, avanzando confiado, cuando de repente vio algo que le hizo pararse en seco. Había alguien delante, doblando sigilosamente la esquina. Conocía aquella forma de andar. Aquel paso tambaleante, de mutilado, torpe, y con los anchos hombros.

—¡Walter! —llamó—. ¡Van!

No hubo respuesta.

Un coche se puso en marcha detrás de él, y luego otro, un poco más arriba de la calle. Dos chicas con gorros de lana doblaron la esquina cogidas del brazo. Luego pasó una pareja más mayor, con gabardinas London Fog a juego. Cuando Tom dobló la esquina encontró la carpa, encontró la fiesta, y unas cien personas arremolinadas sobre vasos de plástico y diciéndose adiós. Un momento después encontró a Jessica.

—Estaba preocupada —dijo—. ¿Dónde te habías metido? ¡Dios mío!, estás empapado. Debes de estar helado.

—Yo, eh... ha sido una pasada... He dado una vuelta, ¿sabes? Intentaba despejarme un poco.

En el escenario Will Connell se había unido a la banda para hacer un bis. La perilla de Will estaba moteada de nieve. Era delgado y encorvado, y su rostro parecía sacado de un cuadro antiguo. Hizo algunos chistes sobre el tiempo y empezó a rasgar su banjo como un vendedor de batidoras. Al cabo de un rato lo dejó por la guitarra y se puso a cantar *We Shall Overcome*.

—Estás tiritando —le dijo Jessica.

Lo estaba. No podía negarlo.

—Vámonos —le susurró ella, y su mano se cerró sobre la de él.

Cuando volvieron a la chalupa todo el mundo estaba apiñado en torno al fogón de leña de la cocinilla, comiendo galletitas y tomando chocolate caliente. Tom se desvistió allí mismo y se abrazó a la estufa. Después se sirvió chocolate, masticó galletas y bromeó con sus compañeros. No se preocupó por Mardi ni por el inquietante hecho de no habérselo mencionado a Jessica. No le importaba lo del padre de Mardi, ni tampoco lo de Walter. (¿Le había visto realmente?, se preguntó

durante un momento, mientras sorbía el chocolate caliente. No, debía de estar soñando). No le preocupaba la navegación del día siguiente, ni la cubierta helada, ni su amarillenta ropa interior. Se limitó a bostezar. Un bostezo enorme, aullante y capaz de romperle las mandíbulas, un bostezo de paz y saciedad. Luego se encogió en sus calzones largos y se metió en el saco de plumas, con su amada junto a él. Siguió echado, respirando la atmósfera de silenciosa dicha y plenitud que envolvía suavemente la cabina, y luego cerró los ojos. La litera era muy cómoda. El río les mecía. La nieve caía.

World's End

Era una de aquellas lámparas de cristal prensado con una pantalla pintada a mano, antigua, sin duda, y valiosísima, y Walter la estaba mirando como si fuera una bola de cristal. Estaba sentado y encorvado en un sofá del salón principal de aquel museo que Dipe llamaba casa, agarrando un vaso de whisky que probablemente se habría destilado antes de que él naciera, e intentaba fumar un cigarrillo mentolado con un estilo nihilista. Había vuelto de Barrow hacía sólo una semana, y de pronto se sentía muy extraño, mareado y con un poco de náuseas. Le dolía la ingle, tenía las axilas húmedas y el empeine del pie derecho empezó a picarle con tanta furia que ya estaba alargando la mano para rascarse cuando se contuvo. Era gracioso —no, no tenía ninguna gracia—, pero era casi como si estuviera preparándose para otro ataque de recuerdos.

Dipe estaba en el sofá frente a él, sorbiendo su whisky y frunciendo su bonita frente ante LeClerc Outhouse y un desconocido con una trinchera y guantes de cuero negro. El desconocido, cuyo nombre se le había escapado a Walter, llevaba el pelo a cepillo, tan corto que el cráneo le brillaba como un reflector. No se había desabrochado la trinchera ni se había quitado los guantes.

—Es una vergüenza —dijo el desconocido sacudiendo la cabeza despacio—. Realmente. Y a nadie parece importarle.

LeClerc, que siempre parecía bronceado, incluso en invierno, y cuya expresión favorita era «¡Maldita sea!», dijo:

—¡Maldita sea!

Dipe se recostó en su asiento con un suspiro. Miró fugazmente a Walter, luego otra vez a LeClerc y al hombre de la trinchera.

—Bueno, yo lo he intentado. Nadie podrá decir que no lo he intentado. —Sorbió el whisky y suspiró sobre el vaso. Los otros emitieron ruidos afirmativos y consoladores: sí, él lo había intentado, ya lo sabían—. Si no hubiera sido por este maldito tiempo... —Agitó la mano hacia el techo fútilmente.

—¡Maldita sea! —dijo LeClerc.

Depeyster dejó el vaso y el desconocido acabó la idea por él.

—Nunca habrían montado ese circo flotante a un kilómetro de Garrison.

—¡Maldita sea! —dijo LeClerc.

—Nieve —gruñó Depeyster, y por el tono de su gruñido uno hubiera pensado que caía mierda de los árboles.

La conversación llevaba casi una hora en ese tono. Walter había ido a la casa con Depeyster después de trabajar y se había quedado a cenar con Joanna, LeClerc y el sombrío desconocido, que se había dejado los guantes puestos incluso para untarse el pan con mantequilla. El asiento de Mardi estaba vacío. Walter casi no había probado bocado. Había estado nevando —fuera de temporada, irrazonablemente— desde las tres.

El principal tema de la velada era el *Arcadia*, y los frustrados esfuerzos de Dipe para convocar una reunión masiva de gente contra su desembarque en Garrison.

—Mierda, o al menos para que no desembarcaran en ninguna parte de este lado del río.

La guinda de dicha reunión había de ser una flotilla del Peterskill Yacht Club —todo tipo de embarcaciones, desde pequeños yates con camarote hasta botes de remos— que se dirigiría hacia el norte con banderas desplegadas, para acosar al *Arcadia* y luego bloquear el acceso al puerto de Garrison por la clara ventaja numérica. El único problema fue el tiempo. A la hora del almuerzo Dipe había llevado a Walter a la dársena, y sólo aparecieron tres propietarios de barcos. Los demás estarían presumiblemente desanimados por la galerna y las predicciones meteorológicas, que anunciaban de cinco a ocho centímetros de nieve y que más tarde se concretarían en treinta.

—Apatía —gruñó Depeyster—. Nadie mueve un dedo, ¡joder!

—¡Maldita sea! —dijo LeClerc.

El desconocido asintió.

—Si tuviera veinte años menos... —dijo Depeyster mirando otra vez a Walter.

—Es una vergüenza —dijo el desconocido en un lúgubre susurro, y no quedó claro si se refería a la edad de Depeyster o al ultraje que melencólicos hippies de inspiración comunista y antiamericana perpetraban en aquel momento, a menos de ocho kilómetros de su vaso de whisky.

Walter no esperó ninguna declaración. De pronto le asaltó el dolor de estómago más torturante y atroz que nunca había sentido. Se enderezó, luego se inclinó hacia delante para dejar su vaso sobre una mesita de café más antigua que el propio café. El dolor le atacó de nuevo. Apagó el cigarrillo con mano temblorosa.

—¿Estás bien? —le preguntó Dipe.

—Creo —se puso en pie dando un respingo—, creo que tengo hambre, nada más.

—¿Hambre? —repitió LeClerc—. ¿Después de una comida como ésa?

Lula les había servido chuletas de cerdo rellenas, puré de patatas, espárragos de lata, pastel de manzana casero y helado de postre, y café. Walter no tenía muchas ganas de comer, pero de todos modos había quedado bien comiendo un poquito de todo. Pero ahora, cuando las palabras se escaparon de sus labios, se dio cuenta de que aquel repentino dolor, aquellas volcánicas contracciones y dilataciones que sentía como si fueran a rajarle, eran dolores de hambre. Y de que tenía hambre. Pero no era simplemente hambre. Era hambre voraz, mortal, enloquecida —irresistible— por el

olor, la textura y el sabor de la comida.

Dipe se echó a reír.

—Es un chico, y está creciendo. Te acuerdas de lo que es crecer, ¿verdad, LeClerc? —Aquello era una referencia a la inflada tripa de LeClerc. El desconocido se rió. Disimuladamente. La atmósfera sombría se aclaró momentáneamente.

—Ve a la cocina, Walter —dijo Dipe—. Pega la cabeza a la nevera, examina las alacenas. Ya sabes que puedes servirte todo lo que quieras.

Walter estaba ya en el pasillo cuando el desconocido le dijo:

—Tráeme unos cacahuets o algo así cuando vuelvas, por favor.

Lo primero que vio al abrir la puerta de la nevera fue un paquete de seis cervezas Budweiser. No quería cerveza, no exactamente, pero abrió una y se la bebió de todas formas. Además de la cerveza estaban los restos del pastel de manzana —casi la mitad, en realidad— todavía en el molde de hornear. Walter dio buena cuenta de él en un santiamén. En el compartimento de la comida encontró doscientos gramos de buey ahumado, un pedazo de parmesano duro como una piedra y seis finas lonchas de roast beef en una bolsa de Offenbacher. Antes de darse cuenta de lo que hacía, lo tenía en la boca regándolo con otra cerveza. Ya estaba alcanzando la lustrosa y brillante lata de crema chantilly, pensando en echarse algo más al colete, cuando apareció Mardi.

—¡Ah, oh, hola! —dijo él cerrando la puerta de la nevera con aire culpable. Tenía una cerveza en una mano y, de algún modo, un frasco de corazones de alcachofa en aceite de oliva le había crecido en la otra.

—¿Qué pasa? —le dijo Mardi lacónica, con los ojos muy abiertos y divertidos, pero también un tanto adormecidos. Llevaba un body con medias color carne, sin sostén, con botas camperas. Su abrigo de piel de mapache y la bufanda de lana colgaban de su brazo. Exhalaba olor a hierba—. Poniéndote como un cerdo, ¿eh?

Walter dejó la cerveza para desenroscar la tapa del frasco. Pescó un par de corazones de alcachofa con los dedos y se los metió en la boca, secándose el aceite que le resbalaba por la barbilla con el dorso de la mano.

—Tengo hambre —dijo simplemente.

—¿Por qué no pasas dentro? —dijo ella en un susurro jadeante—. A mi habitación. —Abrió la nevera y cogió una cerveza para ella.

Del otro lado de la casa llegó el rumor de los lamentos con el ensordecido pero inconfundible tono de LeClerc Outhouse asintiendo a una nueva proposición:

—¡Maldita sea!

Walter no pudo resistirlo. Acabó los corazones de alcachofa —había sólo unos doce— y, aún masticando, volcó el frasco y se bebió el espeso y especiado aceite de oliva en el que se conservaban.

Mardi apartó el botellín de sus labios y le miró con una expresión horrorizada y burlona.

—Qué desagradable —dijo.

Walter se encogió de hombros y fue a por los buñuelos que había en la panera.

Ella le observó un momento y luego le preguntó cómo era Alaska.

—Ya sabes —le dijo él entre mordiscos—. Frío.

Hubo un silencio. Las voces del salón se animaron. Joanna, una inmensamente embarazada Joanna, pasó por el pasillo con una bata de seda. Tenía el cutis blanco y el pelo recogido en un peinado convencional. Ni siquiera llevaba mocasines.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Mardi señalando el salón con la cabeza—, ¿están tramando algo o qué?

Walter se encogió de hombros. Estaba dudando si atacar la media hogaza de pan de trigo integral cortado en finas rebanadas que había encontrado junto con los buñuelos. ¿Mantequilla de cacahuete?, pensaba. ¿O crema de queso con pimientos?

De pronto Mardi le cogió del brazo y se inclinó hacia él, rozándole la mejilla con la suya.

—¿Quieres subir a echar un polvo? —jadeó, y por un instante, sólo por un instante, él dejó de masticar. Pero luego ella le empujó con una carcajada—. Querías, ¿eh? ¿Eh? Confiesa.

Walter apartó los ojos de la hogaza que tenía en la mano y los dirigió hacia sus pechos, sus bonitos y familiares pechos, con sus pezones respingones y tan bien delineados que podía haber prescindido del body de punto. El hambre —el hambre de las tripas al menos— empezaba a remitir.

Mardi sonreía, balanceándose para esquivarle, como un chico con una gorra o un cuaderno robados.

—Sólo era una broma —dijo—. Eh, ya me voy.

Walter consiguió dirigirle una mirada interrogativa, aunque la verdad era que le importaba un rábano.

—Garrison —dijo ella— ¿Adónde si no? —Y luego se fue.

Walter se quedó allí un momento, escuchando las voces que flotaban desde el salón, escuchando a Dipe van Wart, su jefe, su mentor, su mejor y único amigo. Dipe van Wart, que había convertido a su padre en un trozo de mierda. Pensó en ello un momento más y pensó en Hesh y Lola, Tom Crane y Jessica, el malogrado Peletiah, Sasha Freeman, Morton Blum, Rose Pollack. Ellos también eran pedazos de mierda. Todos ellos. Él estaba solo. Era duro, desalmado y libre. Era Meursault disparándole al árabe. Podía hacer todo, todo lo que le diera la gana.

Dejó el pan en la panera y tiró el resto de su cerveza por el sumidero. Su abrigo estaba en el salón, pero no lo necesitaba. No tenía ganas de volver allí ahora, y además no hacía frío, al menos no para él, que acababa de llegar de Barrow. Se apoyó contra el mármol y miró el reloj que había sobre la cocina, forzándose a esperar hasta que la manecilla de los segundos hubiera dado dos vueltas. «Está en la sangre, Walter», le había oído decir a su padre. Luego cruzó la cocina y salió por la puerta trasera.

La noche le asaltó en silencio. Avanzó pisando la nieve, luchando por mantener el

equilibrio, y chocó contra el guardabarros del coche. Cuando encendió el motor e hizo parpadear las luces, vio el oscuro rectángulo donde antes estaba aparcado el coche de Mardi, junto al bordillo, y luego los largos surcos de sus neumáticos curvándose graciosamente hacia abajo por el camino. Y cuando llegó al final del camino vio que las huellas viraban a la izquierda, hacia Garrison.

Podría haber virado a la derecha y haberse ido a la cama.

Pero no lo hizo.

Quince minutos después atravesaba el aparcamiento de la estación de Garrison, sobre los oscuros y lejanos límites de los andenes. El solar estaba sin pavimentar y sin techado, una polvorienta extensión muy mexicana, de afiladas rocas y frágil maleza. Aquella noche estaba blanca, lisa, perfecta. Los coches se alineaban en la única calle frente a la estación, y había otros cincuenta o así en el solar, pero estaban cercados, bajo las luces de estacionamiento. Walter decidió ir más allá y abrir su propio camino. Quería ser discreto.

El MG tenía buena tracción, pero sentía las ruedas resbalando bajo él. Obstáculos ocultos le estaban convirtiendo el trayecto en una montaña rusa, la visibilidad era la misma tanto si abría como si cerraba los ojos, y el culo del coche parecía tener voluntad propia: antes de darse cuenta se había hundido en un cráter lo bastante hondo como para engullir a un autobús escolar. Furioso, aceleró a fondo. Las ruedas traseras gimieron, el chasis se estremeció bajo él. Dio marcha atrás, volvió a acelerar. Nada. Siguió así durante unos diez minutos, ganando un par de centímetros en cada intento para volver a perderlos en el siguiente.

Mierda. Aporreó el volante lleno de frustración. Ni siquiera sabía por qué había ido. No era para ver a Tom y a Jessica, mierda, desde luego, ni a Mardi tampoco. La verdad era que no había ido a ver a nadie, ni a que le vieran. Y ahora estaba allí clavado. Como un idiota. Rabioso, pisó el embrague otra vez y volvió a acelerar, y luego golpeó el tablero de mandos con tanta fuerza que rompió el cristal del velocímetro y se cortó los nudillos. Estaba lamiéndose la herida y maldiciendo, tan frustrado que se hubiera echado a llorar, cuando alguien golpeó el parabrisas.

Había una figura abrigada sobre la nieve. Walter bajó la ventanilla y vio otra segunda figura, abrigada también, avanzando tras la primera.

—¿Necesitas ayuda? —dijo un tipo con el pelo desgredado y húmedo, y un barbudo pegó su cabeza a la ventanilla. Por un momento Walter se vio invadido por el pánico, pensando que era Tom Crane, pero luego se recobró.

—Sí. Una putada. Hay un hoyo o algo así, o eso parece.

—Empujaremos —dijo el tipo—. Dale cuando yo grite.

Walter dejó la ventanilla abierta. La nieve caía y se le derretía contra la mejilla. Hacía calor, de verdad hacía calor. Se estaba preguntando cómo era posible que nevara si hacía tanto calor cuando oyó un grito desde detrás y empujó el acelerador.

El coche subió la cuesta, dudó, y entonces un nuevo ímpetu desde detrás lo subió hasta la superficie, y se encontró avanzando por el solar. No se detuvo hasta que llegó al extremo más alejado, cruzando el camino, bajo el refugio de los árboles. Cuando salió sus benefactores se habían ido.

Aún no sabía por qué había ido, ni lo que iba a hacer, pero para empezar pensó que quizá simplemente cruzaría el aparcamiento y asomaría la cabeza hacia la carpa. No estaba seguro de que Jessica estuviera allí, pero sabía que ella y Tom estaban metidos en el asunto de la chalupa —eso le había contado ella misma—, y él esperaba que sí estuviera. Tom también, por supuesto. Tal vez se tomara una cerveza y vagara por allí. En realidad, no quería hablar con ella, sobre todo después de lo que había pasado en la cabaña. Pero una cerveza sí. Tal vez se tomara una sola cerveza.

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Andar por allí era difícil —tan difícil como lo había sido en Barrow, aunque sin tanto hielo—, y se cayó de rodillas dos veces antes de llegar a la barandilla de la plataforma. Su chaqueta —de lana mezclada, punto de espina gris y negro, ciento veinticinco dólares— estaba ya totalmente mojada, seguro que definitivamente arruinada, y la corbata se le había tensado como un nudo corredizo en torno al cuello. Empezaba a arrepentirse de no haber vuelto a por su abrigo. Durante un largo momento se quedó encorvado sobre la plataforma, lamiéndose el corte de los nudillos. Luego se deslizó hacia la música.

Cuando entró estaba tiritando, y a su pesar se abrió camino hacia la más cercana de las estufas. Estaba sorprendido por la cantidad de gente que había acudido, al menos un par de cientos. Al parecer, sólo en la pista de baile habría unos cien. Había cuatro hileras dobles de bailarines de contradanza, tan enfrascados en ello como refugiados de una fiesta de la recolección en Hog's Back, Tennessee. La cerveza era buena —Schaeffer, de barril—, pero después de su ataque devorador Walter se sentía lleno hasta la garganta y sólo podía beber un poco. No vio una sola cara conocida entre la muchedumbre.

Todavía se estaba preguntando qué estaba haciendo allí y empezando a sentirse menos discreto con su pelo corto, su chaqueta deportiva y su corbata, cuando vislumbró a Jessica. Estaba en la pista de baile, en medio del gentío, colgando del brazo de alguien, no pudo ver de quién. Se abrió camino entre un par de personajes de mediana edad, con blancas colas de caballo y camisetas color mostaza con dibujos del *Arcadia* escorándose sobre la hinchazón de sus vientres de mediana edad. Miró mejor. Ella llevaba un anticuado vestido de percal con volantes y hombros puntiagudos. Llevaba el pelo trenzado y tenía una sonrisa de puro placer en los labios. No reconoció al tipo que bailaba con ella, pero no era Tom Crane. Retrocedió de la estufa hacia las sombras, súbitamente inquieto. Sintió que la cara se le contraía y arrojó la cerveza violentamente contra el suelo. Al minuto siguiente estaba fuera otra vez.

Ahora la nieve parecía más gruesa y se había levantado un viento que le hacía

danzar y flotar. A Walter le pareció que hacía aún más frío. Cruzó frente a la carpa y se abrió camino hacia un profundo repliegue de sombras detrás de la casa de dos pisos que daba frente a la calle. Luego se apoyó contra la pared, encendió un cigarrillo con unas manos que ya habían empezado a temblar y observó. Observó cómo se acababa la fiesta y cómo empezaba a disolverse. Observó a la gente palmearse la espalda, hacer gestos señalando el cielo, les oyó llamarse unos a otros con voces cordiales y ebrias, los observó salir en tropel, con las cabezas inclinadas, hacia los coches aparcados a lo largo de la calle y en el aparcamiento de la estación que había más allá. Observó a una pareja mayor con gabardinas London Fog a juego y que pasó presurosa junto a él colina arriba, y observó a Tom Crane, larguirucho como una gran araña contraída, con la cazadora de ante tan empapada que prácticamente tiraba de él hacia el suelo, bamboleándose por entre la multitud y luego entrando en la carpa. También observó a Mardi, que salió con un chico que llevaba poncho, botas y sombrero, como si fuera a una fiesta de disfraces. Observó todo aquello y siguió sin saber por qué estaba allí. Luego Will Connell cantó *We Shall Overcome*, los coches arrancaron como al principio del Grand Prix, y Tom y Jessica, con los brazos unidos, salieron de la carpa.

Como enamorados.

Como enamorados en un sueño.

Walter les observó salir de la multitud y abrirse camino hacia el muelle, hacia la chalupa. Y entonces comprendió: tenían el romance de la tormenta, el romance de los benefactores y protectores de la flora de los pantanos, de los melencólicos y los que ofrecen la otra mejilla, el romance de la paz, la hermandad y la igualdad, y estaban encaminando sus cansadas y rectas almas al lecho, en el romance de la chalupa. De pronto supo qué había sido. De pronto lo supo.

Tardaron una hora en desmontarlo. Por lo menos. Equipos de sonido, contenedores de basura pasaban entre rezagados y mirones que se arremolinaban frente a la carpa como si acabaran de salir de un teatro del Off-Broadway. Walter, helado, avanzó a tientas hacia el MG —la nieve caía tan furiosamente que apenas pudo encontrarlo—, se acurrucó sobre el calefactor y les dio tiempo. Fumó. Escuchó la radio. Sintió que la chaqueta le apretaba en los hombros, se arremangó mientras la humedad empezaba a evaporarse. Una hora. El parabrisas se había desvanecido, las huellas de sus dedos se habían borrado. Se concentró en la misteriosa y amplia luz de la estación y cruzó el solar por tercera vez aquella noche.

El barco estaba oscuro, la dársena desierta. Se quedó de pie, en el muelle nevado, respirando con fuerza, con el mohoso, húmedo y polucionado aire del río en la cara y la chalupa irguiéndose por encima de él como una presencia antigua, como algún corsario rescatado del fondo, como algún barco fantasma. Crujiendo, susurrando, sollozando con cien lenguas, el barco se deslizaba alejándose del muelle arrastrado

por el flujo de la marea, y el muelle sollozaba con él. Tres cuerdas lo sostenían. Tres cuerdas, nada más. Una a popa, otra en medio del buque y otra al timón. Tres cuerdas, curvándose por encima de los noráis. Walter conocía bien los botes, las cornamusas y los cotes, y el oscuro arrastre del río. Sabía lo que estaba haciendo. Se frotó las manos para quitarse el entumecimiento y alcanzó la cuerda del timón.

—Yo no lo haría, Walter —cantó una voz a sus espaldas.

Él no se molestó siquiera en volverse.

—Vete a casa, abuela —susurró—. Déjame en paz.

—Está en los huesos —dijo su padre, y allí estaba, con la cabeza grande, vulgar, con la nieve cubriéndole el rostro como un velo. Estaba inclinado sobre los pilotes entre los barcos, tirando de la cuerda.

—¡Déjalo! —exclamó Walter sorprendido por el sonido de su propia voz. Avanzó en línea recta por el muelle y pasó junto al viejo como si no estuviera—. Déjalo —musitó andando ruidosamente alrededor del noray, como una marioneta sobre una cuerda—. Esto es cosa mía, lo tengo que hacer yo. —Se llevó la mano a la boca y lamió la sangre oscura y helada de sus nudillos. Y luego, en un acceso de rabia, tiró bruscamente de la cuerda atada al noray, y la arrojó al río.

Se enderezó. Risas. Había oído risas. ¿Se estaban riendo de él, era eso? Su boca se endureció. Miró de soslayo bajo la nieve que caía. Enfrente, en las sombras, vio movimiento, un escabullirse de patéticas piernecitas y pies deformes, manos de enano agitándose sobre la línea de popa. Hubo un chapoteo, ensordecido por la nieve y la distancia, y luego la chalupa se deslizó libre como la aguja de un compás hasta fijarse sobre el río abierto, sujeta sólo por la cuerda del timón.

Tardó un momento. Un largo momento. Retrocedió hasta el muelle y se quedó junto a la última y frágil cuerda, y la cuerda se convirtió en una rienda, la cuerda de un caballito, el manillar de una moto Parilla. Tira, tira una sola vez, y quedará libre. Estiró el cuello para mirar a su alrededor. Nada. Ni padre, ni abuela, ni fantasma alguno. Sólo nieve. ¿Qué le hubiera gustado? ¿Subir a bordo, trepar a la litera con ellos, salvar la flora de los pantanos y convertirse en un hombre decente, en un idealista, un hombre sincero y firme? ¿Era eso lo que quería? La idea era tan amarga que le hizo reír en voz alta. Luego tiró de la rienda.

El tiempo quedó suspendido —equilibrio perfecto, silencio absoluto, la lenta gracia del movimiento concentrado—, y luego el barco avanzó, con sus más de treinta metros y sus trece toneladas, alejándose de él como una figura en un sueño. Siguió su instinto y el flujo de la marea, y se fue flotando por el río invisible, directo hacia Gees Point y las negras, embrujadas e inmemoriales profundidades de World's End, el fin del mundo. Walter se quedó contemplándolo hasta que la nieve se cerró sobre él, y luego se volvió.

Estaba temblando —de frío, de miedo, de excitación y de alivio—, y pensó en el coche. Casi con añoranza, miró una vez más hacia la noche, por encima del hombro, y hacia los flagelantes golpes de la nieve y el vacío que se extendía más allá, y luego

se volvió para marcharse. Pero el muelle estaba resbaladizo y sus pies le traicionaron. Antes de poder dar un paso, la dura y blanca superficie del muelle corría a su encuentro y le recibió con un estruendo que pareció resonar a través de la noche. Y entonces sucedió lo inesperado, lo inexplicable, la nimiedad que le llenó de pánico: se encendió una luz. Una luz. Más allá, al final del muelle, a unos nueve metros de él, en una súbita violación de la noche, del río, de la tormenta de nieve. Se quedó en el suelo, con el corazón martilleándole, y oyó movimientos más abajo: pesados, sordos movimientos.

Entonces lo vio. La baja sombra de un bote al otro lado del muelle, ya con una segunda luz encendida, mucho más cerca. Se levantó, ahogado por el pánico, y sus pies resbalaron de nuevo.

—¡Eh! —gritó una voz, y era como si estuviera junto a él. Había un hombre en el barco, un hombre con una linterna, y cuando el bote se materializó entre las sombras, Walter se quedó aturdido. Lo conocía. Conocía aquel bote. Sí. Dársena de Peterskill. Halloween. El retrete flotante con el vagabundo a bordo, el indio, ¿cómo le había llamado Mardi?

Jeremy. Ella le había llamado Jeremy.

Se puso de pronto en pie y echó a correr —arrastrándose, manoteando, tambaleándose, precipitándose hacia la noche— mientras la voz le perseguía a sus espaldas.

—¡Eh! —llamó, y era como el ladrido de un sabueso—. ¡Eh!, ¿qué pasa?

Walter no sabía cuántas veces se había caído antes de llegar al final del muelle y detenerse al borde de los raíles, con la chaqueta desgarrada y pesada por la nieve y las ligaduras de su pie izquierdo flojas. Siguió avanzando, frenético, esperando oír tras él los pasos del indio, esperando que el loco saltara de la penumbra y se abalanzara sobre él, le estrechara la garganta, mordiera su oreja...

La nieve se cernió sobre él como una sentencia. Se cayó de nuevo y esta vez no pudo levantarse. Estaba derrotado, fuera de combate, era un tullido. Sentía una punzada en el costado. Le ardían los pulmones. Daba arcadas. Y luego subió, todo, la cerveza, el buey ahumado, los corazones de alcachofa, los buñuelos, las chuletas de cerdo rellenas y los espárragos en conserva. El calor de aquello se elevó hasta su rostro, y él se apartó y se echó en el suelo como un muerto.

Más tarde, cuando el frío le obligó a moverse, sus dedos se negaron a colaborar. Las prótesis estaban sueltas —ambas— y no podía agarrar las ligaduras. Cuando por fin logró ponerse en pie, no podía sentir el suelo. Sentía sus nudillos sangrantes, sentía la tirantez de su pecho, pero no podía sentir la tierra bajo sus pies. Y aquello era malo, muy malo. Porque la tierra estaba cubierta de nieve, y la nieve subía y todo parecía cambiado. Sabía que tenía que llegar hasta el coche. Pero ¿dónde estaba el coche? ¿Había cruzado las vías? ¿Y dónde estaba la estación? ¿Dónde estaban las luces?

Avanzó en lo que debía de haber sido la dirección correcta —debía de haberlo

sido—, pero no podía sentir el suelo, y se cayó. El frío empezaba a clavar su aguijón, un frío que era treinta grados más cálido que en Barrow, y se levantó. Cuidadosa, metódicamente, poniendo un pie frente al otro y levantando los brazos para mantener el equilibrio, echó a andar otra vez. Contando los pasos —tres, cuatro, cinco, ¿y dónde estaba el coche?—, pero se cayó como un pedazo de madera. Se levantó y casi inmediatamente volvió a precipitarse hacia delante. Y otra vez. Finalmente, empezó a arrastrarse.

Fue mientras se arrastraba, con las manos y las rodillas tan muertas como los pies, cuando oyó el primer gemido. Hizo una pausa. Su mente estaba borrosa y él estaba agotado. Había olvidado dónde estaba, lo que había hecho, adónde iba, por qué había venido. Y de repente lo oyó de nuevo. El gemido se convirtió en un sollozo, un llanto, una queja de protesta y lamento. Y finalmente, quebrantado y desconsolado, más allá de la esperanza o la redención, se elevó en un grito.

Presunto heredero

En realidad, no había ninguna razón para haber ido. Los pedidos eran tradicionalmente escasos en aquella época del año, e incluso aunque no lo hubieran sido, incluso aunque hubiera estallado otra guerra mundial y hubieran tenido que fundir hierro y hacer matrices durante todo el día, tampoco le hubieran necesitado, excepto para firmar los cheques de pago cada semana. Él era superfluo, y nadie lo sabía mejor que él. Olaffson, el jefe de producción, podía encargarse de un volumen diez veces mayor sin siquiera darle al interruptor de su cerebro, y el chico que había encontrado para reemplazar a Walter en ventas y publicidad era la persona apropiada. O al menos eso le habían dicho. En realidad, todavía no lo conocía.

Pero a Depeyster le gustaba su oficina. Le gustaba echarse en el sofá de cuero del rincón y dormir, o sumirse en meditaciones con algún *thriller* en edición de bolsillo, bajo el rico chorro de luz de la lámpara de latón del escritorio, con su pantalla de cristal verde. Le gustaba el olor del escritorio, como el sonido del sacapuntas eléctrico y la forma en que la enorme silla de nogal se ladeaba bajo su región lumbar y se deslizaba sobre la alfombra, sobre sus silenciosas y lisas ruedas. Por las tardes le gustaba tomarse dos horas para comer o escaparse a jugar un partido de golf con LeClerc Outhouse, o, cuando el tiempo lo permitía, navegar hasta Cold Spring a tomarse un martini de Beefeater muy seco, en el Gus Antique Bar. Pero lo que más le gustaba era salir de casa, sentirse productivo, útil, le gustaba sentir que se había enfrascado tanto en su jornada como cualquier otra persona.

Ahora, pasando ociosamente las hojas de una revista y sentado ante una taza de café frío como el hielo, levantó la mirada hacia la ventana y el aparcamiento que había más allá, y vio que estaba lloviendo. Otra vez. Parecía que hubiera llovido todos los días desde aquella extraña tormenta de nieve de dos semanas atrás. La máquina quitanieves había dejado un banco de nieve de metro y medio en el extremo más alejado del aparcamiento, y ahora se había fundido y sólo quedaba un ribete cuarteado de hielo sucio. De pronto tuvo una terrible premonición: la lluvia se volvería aguanieve, las carreteras se helarían como una pista de carreras de trineos y él se quedaría allí encerrado, lejos de casa, y no habría forma de llevar a Joanna al hospital.

Abrió el cajón y cogió el listín de teléfonos.

—Servicio meteorológico —musitó para sí—, servicio meteorológico, servicio meteorológico... —Y siguió pasando páginas y musitando hasta que renunció e hizo

que la señorita Egthuysen marcara por él. Suave e indiferente, la voz grabada le llegó a través del cable con el crujido de una interferencia.

—Lluvia hasta media tarde, temperaturas alrededor de los cero grados, escasas posibilidades de heladas nocturnas en áreas aisladas.

Al momento siguiente estaba dando vueltas alrededor del escritorio, casi frenético de preocupación, luchando contra la tentación de llamar a casa otra vez. No hacía ni cinco minutos que había llamado, y Lula, lacónica, como era habitual en ella, había hecho todo lo posible para tranquilizarle. Todo iba bien, le había dicho. Joanna estaba descansando. Creía que no debía molestarla.

—Aún no ha roto aguas, ¿verdad? —había preguntado él sólo para oír su propia voz.

—No.

Hubo un silencio en la línea. Él esperaba detalles, una descripción del estado de Joanna, hoy era el día, ¿es que no lo sabía, por Dios? ¿No sabía que el doctor Brillinger lo había dicho así, el día, aquel preciso día? Él sólo había ido a la oficina porque Joanna decía que le ponía nerviosa ver asomar su cabeza por la puerta a cada minuto. Pálida hasta la raíz de sus cabellos, ella le había apretado la mano y le había preguntado si no se sentiría mejor en la oficina, yendo a comer o al cine, haciendo cualquier cosa para matar el tiempo. Simplemente, tenía que dejar un número de teléfono donde localizarle, nada más. Ella le llamaría. Que no se preocupara, que ella le llamaría.

—No —repitió Lula, y él empezó a sentirse estúpido.

—Llámeme —dijo él— en el instante en que pase algo, ¿de acuerdo?

La voz de Lula era profunda, intensa y lenta.

—Ajá, señor Van Wart, tan pronto como ocurra algo.

—Estoy en la oficina —dijo él.

—Ajá.

—De acuerdo —dijo él. Y luego, a falta de algo mejor que hacer, dejó el receptor en su horquilla.

No, no podía llamar otra vez. Todavía no. Esperaría media hora, o no, quince minutos. Volvió a mirar la lluvia, intentando hipnotizarse, aclarar su mente, pero sólo podía pensar en hielo. Cuando hurgó en el bolsillo del pecho buscando polvo del sótano, le temblaban las manos; hundió un dedo húmedo en el sobre y se frotó el fino y antiguo polvo contra los dientes delanteros y las encías como si fuese una droga. Hundió en él la punta de la lengua, lo hizo girar sensualmente contra el paladar, lo masticó con los molares y lo aplastó entre los dientes. Cerró los ojos y saboreó su niñez, saboreó a su padre, a su madre, saboreó la seguridad. Él era un niño, escondido en las frías y prohibidas profundidades del sótano, y el sótano era su alma, la encarnación del pasado de los Van Wart y de los Van Wart que vendrían, y sintió que aquella paz le inundaba hasta que olvidó que el mundo existía más allá de ello.

Y entonces sonó el teléfono. Dio un salto para cogerlo.

—¿Sí? —jadeó—. ¿Sí?

El tono ligero de la señorita Egthuysen llegó hasta él.

—Marguerite Mott por la línea dos.

Marguerite Mott. Tardó un momento en reaccionar. El regusto del polvo del sótano empezó a desvanecerse y los contornos familiares de su oficina volvieron a su conciencia. Sí. Muy bien. Hablaría con ella. Apretó el botón.

—¿Dipe? —Su voz era un cacareo lejano.

—¿Sí? ¿Marguerite?

—Ya lo hemos conseguido.

Él estaba perdido. ¿Conseguido qué? ¿Había dado a luz Joanna ya? Tuvo una repentina visión de Marguerite, con su traje de cóctel y sus zapatos de salón blancos, sosteniendo el bebé por los pies, como si fuese algo encontrado entre unas matas.

—¿Eh? —dijo.

—¡La propiedad! —gritó ella—. ¡La propiedad de Peletiah!

De pronto empezó a apoderarse de él, floreciendo en su cerebro como una larga y doble hilera de rosas Helen Traubel abriendo sus dulces y compactos capullos en un solo e imparable momento. La propiedad. La propiedad Crane. Profanada por comunistas y compañeros de viaje, perdida por los Van Wart durante toda la vida de Depeyster, aquellos cincuenta acres de bosque sin explotar ni vallar que eran su lazo con el glorioso pasado y la auténtica piedra angular, los cimientos del triunfante futuro.

Y ella le estaba anunciando que ahora, al fin, era suyo.

—¿Cuánto? —preguntó.

Marguerite emitió una risita.

—No me vas a creer.

Él esperó mientras la sonrisa se extendía por su rostro.

—Prueba a ver.

—Sesenta y dos y medio.

—¿Sesenta...? —repitió.

—¡Dipe! —cacareó ella—. ¡Eso son mil doscientos cincuenta el acre! ¡Mil doscientos cincuenta!

Él estaba atónito. Mil doscientos el acre. Era la mitad de lo que le había ofrecido al viejo hijo de puta narigudo, y dos mil doscientos cincuenta menos de lo que Peletiah pedía.

—Lo sabía —dijo—. Lo sabía. La tumba de Peletiah aún no está fría y el chico ya necesita dinero, ¿qué va a hacer, comprar una camioneta, hierba o qué?

—No es eso, Dipe —ella se aclaró la garganta—, pero el problema es que necesita el dinero ya.

—No hay problema. —¡Joder!, si en el bolsillo llevaba casi el diez por ciento, y Charlie Strand, del County Trust, le haría un pagaré de seis veces sesenta mil. Sin siquiera parpadear— Lo sabía —repitió cacareando él a su vez—. Entonces, ¿qué es?

¿Juego? ¿Mujeres? ¿Para qué coño necesita ese mequetrefe sesenta mil?

Marguerite hizo una pausa para conseguir un efecto teatral, y luego bajó la voz.

—Oye, él no quería decírmelo, al principio no. Pero tú ya sabes cómo soy, ¿verdad?

Él lo sabía. Probablemente le habría sometido con sus falsas sonrisas.

—Era el barco. Ese de la ecología, ¿sabes? Sí, ese que tuvo un accidente y salió en el periódico hará unas dos semanas...

—El *Arcadia*.

—Sí. Bueno, mira, no sé mucho del asunto, pero parece que estaba bastante destrozado. Sissy Sturdivant dice que tenía un agujero por el que podías meter un Volkswagen, y sólo Dios sabe los daños que el agua...

La luz del perfecto entendimiento cayó sobre él. Depeyster descubrió que estaba sonriendo. Se le anticipó:

—Así que va a poner su dinero para las reparaciones, ¿verdad?

—Ajá. Eso es lo que dice. —Se detuvo—. Es un chico extraño, ya sabes, y no me refiero sólo a cómo va vestido. Es casi como si algo no le funcionara, ¿sabes lo que quiero decir?

Aleluya y amén. También había algo que no funcionaba en su hija, y en la mitad de los chicos del condado, y él podría haberle rizado las puntas a la peluca de Marguerite si le hubiera contado lo que sabía sobre el tema, pero no contestó. Estaba paladeando la fuerte ironía de todo el asunto —que su dinero sirviera para reparar el *Arcadia*—, y luego, al cabo de un instante, se puso a pensar en Walter, en el funeral y la fría lluvia que había caído sin cesar mientras le bajaban a la tierra. Tom Crane estaba allí, con aspecto de medio ahogado, y una rubia alta de pecho liso, con una nariz empinada como una pista de esquí, que debía de ser la mujer de Walter. Mardi apareció también, aunque no se dignó ir con su padre, ni quiso que la vieran con él. Se quedó al fondo del grupo reunido en torno a la tumba abierta, acurrucada bajo una sombrilla de playa rota con una chusma de hippies, el hispano con el que iba y un chico negro vestido como el loco de *El rey Lear*. No había sacerdote, ni oficio. Hesh Sollovay leyó algo, alguna bazofia atea que reconfortó tanto a la gente como la propia lluvia, y se acabó. Ni polvo eres, ni en polvo te convertirás. Sólo humedad para el pobre chico enterrado, y olvídense.

Dijeron que llevaba muerto doce horas o más cuando le encontraron. Fue a media tarde, cuando la tormenta ya se alejaba hacia el mar y todo el mundo estaba ocupado quitando la nieve. Habían caído cuarenta y cinco centímetros y en algunos sitios se había amontonado tres o cuatro veces más. Nadie pensó en el coche enterrado, y de no haber sido por un par de niños de sexto curso que estaban construyendo un castillo de nieve, tal vez no le habrían encontrado, al menos hasta que la lluvia hubiera diluido la nieve. La fábrica estaba cerrada, los colegios estaban cerrados, todo estaba cerrado, y durante toda la tarde la gente sólo sabía hablar de que el *Arcadia* había encallado en Gees Point y que la policía estaba investigando un posible sabotaje.

Depeyster, LeClerc y uno o dos más estaban celebrando la triste e intempestiva desaparición de la noble embarcación con un buen fuego y una botella de Pippers-Heidsieck cuando llamaron para informarles sobre Walter. Nadie lo relacionó. Al principio no. Pero Depeyster sabía lo que había sucedido con tanta certeza como si hubiera sido él mismo. Walter lo había hecho, lo había hecho por él.

Depeyster hubiera querido echarse a llorar. De pie, en el vestíbulo, con el frío y negro receptor en la mano y LeClerc y los demás mirándole desde el salón, se sintió conmovido. Walter se había sacrificado a sí mismo. Por él. Por América. Asestar un buen golpe a los sucios judíos y ateos que habían envenenado su niñez y que habían oprimido en la medida de lo posible al grande y sufriente país. Y el chico era... era... era... un héroe, eso es lo que era. Un patriota. Quería llorar, de verdad quería, pensando en la pérdida, pensando en la triste y fatal vida de Walter y en la triste y fatal vida de su padre antes que él, y sintió algo en la garganta que podía haber sido el principio, y también sintió algo en el pecho. Pero no estaba acostumbrado a llorar. Probablemente no había llorado desde que era pequeño. El momento pasó.

—¿Dipe?

Marguerite seguía al otro lado del hilo.

—¿Eh?

—¿Sigues ahí?

—Perdona —dijo él—. Me he quedado un momento en blanco.

—Te preguntaba si quieres que siga adelante.

Claro que quería que siguiera adelante. Lo deseaba más de lo que había deseado nada en su vida. Excepto un hijo. Su hijo. Que llegaría hoy.

—Sí, claro —dijo mirando su reloj. Quince minutos. Quizá Joanna había intentado comunicar con él, quizá no había podido, quizá...—. Oye, Marguerite, encárgate de todo. Tengo que irme. Adiós.

Y luego marcó el número de casa.

La lluvia había cesado. Las carreteras estaban despejadas. Depeyster van Wart, undécimo propietario de la mansión Van Wart e inminente comprador de cincuenta prístinos y ancestrales acres estropeados tan sólo por una simple, frágil y desvencijada estructura que el viejo hubiera podido tumbar un buen día, avanzó por la ajada alfombra gris del pabellón de maternidad del Hospital Municipal de Peterskill. Joanna estaba dentro, en alguna parte, más allá de la doble puerta batiente, sujeta con correas y sedada. Había un problema con la expulsión, eso era lo poco que sabía, lo que Flo Deitz —la enfermera Deitz— le había contado al pasar por la puerta en una de sus centenares idas y venidas hacia Dios sabía dónde. El niño —el niño, su hijo— estaba mal colocado. La cabeza no estaba donde tenía que estar y parecía que no podían darle la vuelta. Iban a practicar una cesárea. Depeyster se sentó. Se puso en pie. Miró por la ventana. Se frotó las encías con polvo. Cada vez que se abría la doble

puerta, levantaba la vista. Vio corredores, camillas, enfermeras con batas, gorros y mascarillas verdes, y oyó sollozos y gemidos que hubieran hecho recular a un torturador. No había indicios de Joanna. Ni del doctor Brillinger. Intentó ocupar su mente con otras cosas, intentó pensar en la propiedad y en la satisfacción que tendría arrasando aquella destartalada cabaña, en cómo cabalgaría con su hijo en las primeras horas de la mañana, antes de desayunar, cuando el mundo estaba quieto, con su aliento suspendido en el aire, pero aún sin funcionar. El intercomunicador crepitaba, las puertas se abrían, y él estaba innegable, interminable e irrevocablemente allí, en el hospital, observando cómo la aguja segunda describía su camino por el grande y feo reloj oficial y mirando fijamente las paredes verde pálido como si fuera el interior de una celda carcelaria. Agachó la cabeza. Se sentía como si fuera a vomitar.

Más tarde, mucho más tarde, tan tarde que ya estaba convencido de que Joanna había muerto en la mesa de operaciones, convencido de que su hijo era una fantasía, ya muerto y guardado en un frasco como una curiosidad para algún cirujano obstetra a medio hornear, que hubiera estudiado en Puerto Rico y apenas supiera por dónde tenía que salir el niño, Flo Deitz se deslizó tras él con sus silenciosos zapatos de suela gruesa típicos de enfermera, y le dio un golpecito en el hombro. Se volvió bruscamente, asustado. Flo estaba de pie junto al doctor Brillinger y un médico al que no conocía. El médico al que no conocía llevaba bata verde y guantes de goma, y estaba tan salpicado de sangre que podía haber estado descuartizando cerdos. Pero sonreía. El doctor Brillinger también sonreía. Flo sonreía.

—El doctor Perlmutter —dijo el doctor Brillinger indicando al ensangrentado hombre con la cabeza.

—Enhorabuena —le dijo el doctor Perlmutter en un tono demasiado flojo como para ser sincero—. Es usted el padre de un saludable niño.

—Cuatro kilos doscientos —dijo Flo Deitz como si eso importara.

El doctor Perlmutter se quitó el guante derecho y le tendió a Depeyster la mano desnuda.

—Joanna está bien —dijo el doctor Brillinger en un meloso susurro. Aturdido, Depeyster estrechó una mano. Aliviado, estrechó la otra. Todas las manos. Incluso le estrechó la mano a Flo.

—Por aquí —le estaba diciendo Flo, que ya avanzaba sobre sus silenciosos zapatos.

Depeyster inclinó la cabeza hacia los doctores Brillinger y Perlmutter y la siguió por un corredor que había a su derecha. Ella andaba deprisa, sorprendentemente deprisa para una mujer de mediana edad y de pies de pajarillo, que no debía de medir más de metro y medio, y él tuvo que apresurarse para mantenerse a su paso. El corredor acababa bruscamente en una puerta que decía PROHIBIDA LA ENTRADA, pero Flo ya estaba deslizándose por otro pasillo perpendicular al primero, con sus vigorosas y fuertes piernas tan rápidas y decididas como las de un corredor de fondo. Cuando Depeyster la alcanzó estaba de pie junto a una ventana, o más bien una

cristalera que daba a una habitación.

—La sala del recién nacido —dijo ella—. Ahí está.

Había pasado tanto tiempo —¿cuánto, veinte, veintiún años?, ¿cuántos años tenía Mardi?—, que apenas pudo contenerse. El corazón le martilleaba como si acabara de subir corriendo diez tramos de escaleras, y tenía el pelo húmedo de sudor en las sienes. Apretó la cara contra la cristalera.

Bebés. Todos se parecían. Había cuatro, encorvados como pequeños monitos colorados en sus cunitas, con nombres escritos a mano en cartelitos identificando el parentesco. Cappolupo, O'Reilly, Nelson, Van Wart.

—¿Dónde? —preguntó.

Flo Deitz le dirigió una extraña mirada.

—Ahí —dijo—. Justo enfrente. Van Wart.

Él miró, pero no lo vio. ¿Eso?, pensó, y algo como pánico, como rechazo, le subió por la garganta. Allí estaba —allí estaba él— su hijo, envuelto en sábanas blancas como los demás, pero grande, demasiado grande, y con un penacho de pelo negro como el alquitrán en la cabeza. Y también había algo raro en su piel: era moreno, casi cobrizo, como si hubiera tomado demasiado el sol o algo así.

—¿Le pasa... le pasa algo? —farfulló—. ¿O sea, la piel...?

Flo le sonreía radiante.

—¿Es una consecuencia del parto, o algo así?

—Es precioso —dijo la enfermera Deitz.

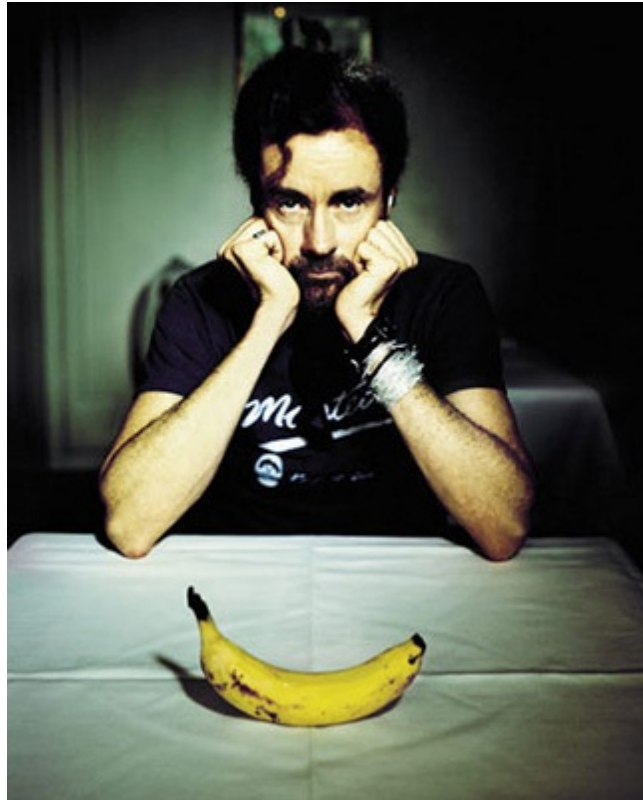
Él volvió a mirarlo. Y en aquel momento, como si hubiera cierto lazo psíquico entre ellos, el niño agitó los brazos y abrió los ojos. Fue una revelación. Un shock. Los ojos de Depeyster eran grises, como los de su padre, y los de Joanna tenían el tono más puro y regio del violeta. Los ojos del bebé eran tan verdes como los de un gato.

Durante largo rato Depeyster permaneció ante la cristalera. Se quedó hasta mucho después de que la enfermera Deitz le dejara y se fuera a casa a cenar, hasta mucho después de que se marcharan los otros orgullosos padres, tanto tiempo que el conserje tuvo que pasar la fregona a su alrededor. Observó cómo dormía el pequeño, examinó su pelo, el aleteo de sus párpados, y cómo apretaba sus puñitos como si se arrastrara de un insondable sueño a otro. Por la mente de Depeyster pasaron ideas de todo tipo, ideas que le perturbaron, que le golpearon a la boca del estómago y le hicieron sentir más vacío que nunca.

Era un hombre fuerte, testarudo y tenaz, un hombre que moraba en la historia y sentía el pulso de las generaciones latiendo en su sangre. Concibió aquellos pensamientos, aquellos turbadores pensamientos, sólo una vez, y luego los apartó para no volverlos a tener nunca más. Cuando al fin se alejó de la cristalera, había una sonrisa en sus labios. Y mantuvo aquella sonrisa mientras avanzaba por el pasillo, cruzaba el vestíbulo y franqueaba la pesada puerta principal. Estaba fuera, en las escaleras, con el frío y dulce aire en la cara y las estrellas diseminadas por encima de

su cabeza como una bendición, cuando se le ocurrió. Rombout, pensó atrapado en la súbita y abrumadora presa de la inspiración, le llamaría Rombout...

Como su padre.



THOMAS CORAGHESSAN BOYLE está considerado uno de los más importantes narradores americanos del momento. Nació en Peekskill, Nueva York, en 1948.

Se licenció en Inglés e Historia por la Universidad de Nueva York en Postdam, y se especializó en Literatura del siglo XIX en el Taller de Escritores de la Universidad de Iowa, donde terminó su primer libro de relatos, *Descent of Man* (1979). Más tarde publicaría *Greasy Lake* (1985), *If the River was Whiskey* (1989) y *Without a Hero* (1994). En 1999 recibió el premio Pen/Malamud por su volumen de relatos *T. C. Boyle Stories*. Entre sus novelas cabe destacar *Música acuática* (1981), que narra las aventuras del explorador escocés Mungo Park, descubridor del curso del río Níger; *El fin del mundo* (1987), que le valió el premio Pen/Faulkner; *El balneario de Battle Creek* (1993), exitosamente adaptada a la gran pantalla; *The Tortilla Curtain* (1997), galardonada con el Prix Médicis Étranger a la mejor novela publicada en Francia ese año; *Drop City* (2003); *Las mujeres* (2009), que narra la vida del arquitecto Frank Lloyd Wright a través del testimonio de cuatro de las mujeres que pasaron por su vida, o *El pequeño salvaje* (2010), *nouvelle* que recupera la historia del niño salvaje de Aveyron, que, conocedora de numerosas adaptaciones, puede considerarse un relato mítico de la narrativa moderna. Actualmente es profesor de literatura en la Universidad del Sur de California. Sus obras han sido traducidas a más de una decena de idiomas, y sus relatos han aparecido en las más prestigiosas publicaciones del género en lengua inglesa, como *The New Yorker*, *Harpers Bazaar*, *Esquire*, *The Atlantic Monthly*, *Playboy*, *The Paris Review*, *GQ*, *Antaeus*, *Granta* y *McSweeney's*. Actualmente vive cerca de Santa Bárbara con su mujer y sus tres hijos.

Notas

[1] Abreviatura de *Mohewoneck*, zamarra de piel de mapache, una referencia a la prenda que llevaba tanto si hacía frío como si hacía calor, aparte de los calzones. <<

[2] El navío en que Henry Hudson llegó a América y exploró el río que lleva su nombre. <<

[3] Industrial Workers of the World: organización sindical estadounidense de carácter radical. <<

[4] Daughters of American Revolution (‘Hijas de la Revolución Americana’), organización estadounidense caracterizada por su aristocratismo y su conservadurismo. <<

[5] British Thermal Unit: en el sistema británico de medidas, cantidad de calor necesaria para elevar un grado Fahrenheit la temperatura de una libra de agua. <<

[6] Literalmente, ‘en salmuera’. <<

[7] El patrón (*patroon*) era titular de la encomienda holandesa, y la gobernaba con la autoridad que le confería el Estado holandés. Al pasar la colonia a manos inglesas, el patrón se convirtió en señor de la propiedad. <<

[8] Personaje libertino y seductor en la obra *The Fair Penitent*, de Nicholas Rowe. <<

[9] *Major Barbara* es una obra teatral de G.B. Shaw. La protagonista, Barbara Undershaft, es un comandante del Ejército de Salvación que renuncia a todo por ser fiel a sus ideas. <<

[10] El primer lunes de septiembre en Estados Unidos y Canadá. <<

[11] Nombre con que en la historiografía estadounidense se suele designar la guerra de Independencia de Estados Unidos. <<